



**Universidad Nacional
de General Sarmiento**

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES 2004-2010
Acreditación de la Coneau (Resolución 320/04)

Tesis para obtener el grado de
Doctor en Ciencias Sociales

Representar. Habitar. Transitar.
Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata

Ramiro Segura
Director: Dr. Alejandro Grimson

Julio, 2010

- i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres):
- j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:
- k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.):
329 páginas, 30 imágenes
- l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis:
La Plata
- m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves):
Experiencia urbana; representaciones espaciales; habitar; transitar
- n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):

Esta tesis se pregunta por la relación entre el espacio urbano de la ciudad de La Plata y las representaciones y las prácticas de distintos actores sociales en y sobre dicho espacio. Esto implica indagar el lugar que el espacio ocupa como condición de posibilidad y condicionante de la experiencia social, así como el papel de dicha experiencia en la construcción social del espacio urbano. Proponemos, entonces, realizar una *antropología de la "experiencia urbana"* en una ciudad intermedia (La Plata) con una fuerte historia migratoria y en contexto de suburbanización, a partir del análisis en distintos y desiguales actores sociales y en dispositivos institucionales de representaciones, relatos y prácticas urbanas.

- o. Resumen en portugués (hasta 1000 caracteres):

Esta tese reflète sobre a relação entre o espaço urbano na cidade de La Plata e as representações e práticas dos diferentes atores sociais no espaço. Isto significa explorar o lugar que ocupa o espaço como condição de possibilidade e de restrição da experiência social, bem como o papel da experiência na construção social do espaço urbano. Propomos, portanto, fazer uma antropologia da experiência urbana "em uma cidade intermediária (La Plata), com um forte histórico de migração e no contexto da suburbanização, a partir da análise de diferentes e desiguais atores sociais e institucionais das representações, as narrativas e práticas urbanas.

- p. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres):

This thesis reflects on the relationship between urban space in the city of La Plata and the representations and practices of different social actors in and about such space. This means exploring the place that occupies space as a condition of possibility and constraint of social experience, and the role of the experience on the social construction of urban space. We propose, therefore, make an anthropology of the "urban experience" in an intermediate city (La Plata) with a strong history of migration and in context of

suburbanization, from the analysis of representations, narratives and urban practices in different and unequal social actors and institutional arrangements.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Kessler, Gabriel
Frederic, Sabina
Carman, María

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

Firma del autor de la tesis:

RESUMEN

Esta tesis se pregunta por la relación entre el espacio urbano de la ciudad de La Plata y las representaciones y las prácticas de distintos actores sociales en y sobre dicho espacio. Esto implica indagar el lugar que el espacio ocupa como condición de posibilidad y condicionante de la experiencia social, así como el papel de dicha experiencia en la construcción social del espacio urbano. Proponemos, entonces, realizar una *antropología de la "experiencia urbana"* en una ciudad intermedia (La Plata) con una fuerte historia migratoria y en contexto de suburbanización, a partir del análisis en distintos y desiguales actores sociales y en dispositivos institucionales de representaciones, relatos y prácticas urbanas.

Por "experiencia urbana" entendemos aquí no el (imposible) encuentro prístino entre sujeto y realidad, idea que desconoce las mediaciones socioculturales en los modos de acercarnos a la realidad; tampoco como la fuente última del sentido y de la acción, posición que ignora las condiciones y las categorías desde las cuales se vive y se aprehende el mundo que nos rodea. A la vez, si bien es imposible pensar la experiencia sin el marco de conocimientos y categorías propios de la cultura, esto no significa reducir la experiencia a dicho marco o, peor aún, considerarla efecto del mismo. Por esto, experiencia urbana remite aquí a los modos (eventualmente diferenciales) de ver, hacer y sentir (la ciudad y la vida en la ciudad) por parte de actores situados social y espacialmente.

La tesis se estructura en tres partes, cada una de las cuales refiere a una operación constitutiva (representar, habitar, transitar) de los modos de vivir la ciudad, a las que se accede a partir del trabajo con registros y materialidades distintas como productos culturales, dibujos, relatos, observación y descripción etnográfica, entrevistas, análisis de medios, entre otros. A la vez, existe cierta recursividad que hace que cada una de las secciones remita a las otras y se iluminen mutuamente.

La primera parte de la tesis se acerca a *la ciudad como espacio de representación*. Se trabaja no sólo con las "representaciones del espacio" producidas por especialistas como urbanistas, arquitectos e ingenieros sino que, a partir del trabajo fundamentalmente con dibujos de la ciudad realizados por sus habitantes, se busca conocer los "espacios representacionales" en los éstos que viven.

La segunda parte de la tesis se aboca al estudio del *habitar la ciudad desde la periferia*. Debido a un conjunto de cuestiones singulares de La Plata se decidió realizar un estudio detallado de su periferia. Se trata de la parte más clásicamente etnográfica de la tesis, resultado de un trabajo de campo prolongado en ese espacio residencial, que se tradujo en tres capítulos sucesivos, dedicados cada uno al estudio de aspectos específicos de la experiencia de habitar la periferia.

Por último, la tercera parte de la tesis se detiene en el *análisis del espacio público urbano* de la ciudad. La preocupación de esta sección es indagar puntualmente en las relaciones de tránsito en el espacio urbano, es decir, la experiencia de vincularse con otros que son, a la vez, espacialmente próximos y socialmente distantes.

Representar, habitar, transitar. Tres vías diferentes para caracterizar un objeto complejo: no la ciudad (las distintas entradas no recomponen una totalidad) sino la experiencia urbana de una ciudad. Así, cada parte enfatiza una dimensión constitutiva de la experiencia urbana y pone en diálogo los datos producidos en el campo con teorías disponibles en las ciencias sociales sobre la cuestión, presentando en cada una de las secciones discusiones específicas que emergen de dicho diálogo; y, a la vez, cada parte remite a las otras, reiterándose muchas veces los mismos actores y los mismos espacios, siendo posible identificar conexiones y resonancias entre lo que se trata en cada una de ellas, conexiones y resonancias que –esperamos– permitan una comprensión más profunda de la experiencia urbana.

ABSTRACT

This thesis reflects on the relationship between urban space in the city of La Plata and the representations and practices of different social actors in and about such space. This means exploring the place that occupies space as a condition of possibility and constraint of social experience, and the role of the experience on the social construction of urban space. We propose, therefore, make an anthropology of the "urban experience" in an intermediate city (La Plata) with a strong history of migration and in context of suburbanization, from the analysis of representations, narratives and urban practices in different and unequal social actors and institutional arrangements.

For "urban experience" we mean here not the (impossible) pristine encounter between subject and reality, an idea that ignores the cultural mediations in the ways of approaching reality, nor as the ultimate source of meaning and action, a position that ignores the conditions and categories from which you live and captures the world around us. At the same time, although it is impossible to imagine the experience without the framework of knowledge and culture's own categories, this does not reduce the experience to that framework or, even worse, considering as effect of that. Therefore, urban experience here refers to ways (possibly differential) to see, do and feel (the city and city life) by actors social and spatially located.

The thesis is divided into three parts, each of which refers to a constituent operation (representing, inhabiting, moving) of the modes of living the city, which is accessed from the work with records and different materials such as cultural products, drawings, stories, and ethnographic observation, interviews, media analysis, among others. At the same time, there is some recursion that makes each of the sections refer to each other and illuminate each other.

The first part of the thesis is about the *city as space of representation*. It works not only with "representations of space" produced by specialists such as planners, architects and engineers but, mainly working from drawings made by city residents, are seeking to know the "representational spaces" in which they live.

The second part of the thesis turns to the study of *inhabiting the city from the suburbs*. Due to a number of issues unique to La Plata was decided to perform a detailed study of its periphery. This is classically the most ethnographic part of the thesis, the result of prolonged fieldwork in this residential space, which resulted in three successive chapters, each devoted to the study of specific aspects of the experience of living in the periphery.

Finally, the third part of the thesis is stopped in the *analysis of urban public space* in the city. The concern of this section is to investigate time in transit relationships in urban space: the experience to relate with others, both spatially and socially distant.

Representing, inhabiting, moving. Three different ways to characterize a complex object: not the city (different inputs do not reconstitute a whole), but the urban experience of a city. Thus, each part emphasizes one dimension of the urban experience and puts in dialogue the data produced in the field with available theories in the social sciences on the issue, presenting in each of the sections specific discussions that emerge from this dialogue. At the same time, each part refers to the other, reiterating many times the same actors and the same space, making it possible to identify connections and resonances between what is developed in each part, connections and resonances that we hope will allow a better understanding deep of urban experience.

INDICE

Agradecimientos..... 7

Introducción: Ciudad, experiencia urbana y antropología..... 11

- 1-El retorno del habitante, 11
- 2- ¿Antropología *en* la ciudad o antropología *de* la ciudad?, 15
- 3- Acerca de “experiencia”, 17
 - La carga normativa de “experiencia”, 18*
 - Dilemas epistemológicos de “experiencia”, 20*
 - Delimitando “experiencia”, 24*
- 4- Antropología de la “experiencia urbana”, 25
- 5- Plan de tesis, 31

Primera Parte. Representar. Las imágenes de la ciudad

Capítulo I. La persistencia de la forma. Forma, historia y representaciones de la ciudad..... 35

- 1- Esto no es una ciudad, 35
- 2- Forma, 38
 - El momento fundacional, 38*
 - El trazado fundacional, 40*
 - Una ciudad en la pampa, 43*
 - La cuadrícula y sus sentidos, 44*
- 3- Transformaciones, 46
 - Suburbanización, 49*
 - Conurbación, 52*
 - Edificación en altura, 53*
- 4- La persistencia de la forma (y sus omisiones), 54
 - Una imagen naturalizada de la ciudad, 54*
 - Ciudades análogas, 56*
 - La política urbana desde los años 90, 64*
- 5- Epílogo, 68

Excursus. La novela como antropología..... 71

- El viaje y la aventura, 71*
- Extraños conocidos: mediaciones en el acceso a la ciudad, 72*
- Imágenes de la ciudad, 74*
- Figuras urbanas y espacio público, 77*
- Literatura y experiencia urbana, 79*

Capítulo II. Cartografías discrepantes. Un análisis de las representaciones socioespaciales de la ciudad..... 80

- 1- Todo fierros, 80
- 2- Las imágenes de la ciudad como problema interpretativo, 82
 - Representaciones y realidad, 83*

- Representaciones de la ciudad y experiencia urbana*, 87
- 3- “Los vacíos” de Garnier, 88
- 4- Los dibujos de la ciudad: tipos y contenidos, 93
- Una primera clasificación: los métodos de elaboración de los dibujos*, 93
- El “contenido” de los dibujos*, 99
- 5- La persistencia de la forma, 101
- 6- El mapa y sus efectos, 105
- El cuadrado como clave de lectura de la ciudad*, 108
- Invisibilidad / inorganicidad de la periferia*, 109
- 7- El punto de vista periférico, 112
- 8- Vivir afuera: las significaciones de las imágenes de la ciudad, 118
- 9- Epílogo, 120

Segunda Parte. Habitar. La ciudad vivida desde la periferia

Capítulo III. La periferia segregada: una experiencia común.....124

- 1- Hacia un territorio desconocido, 124
- 2- Estudiar la periferia, 126
- 3- La periferia urbana platense, 130
- 4- Centro Comunal Altos de San Lorenzo, 133
- 5- Relatos de los inicios, 136
- 5-1 El sector 1, 136
- Todo era campo*, 136
- El ferrocarril*, 138
- La historia como progreso*, 140
- Más allá de la 80: el descampado y el puente*, 141
- 5-2 El sector 2, 144
- Los asentamientos*, 144
- Puente de Fierro*, 144
- La canchita*, 148
- La 90*, 151
- La Esperanza*, 152
- 6- Habitar la periferia: una experiencia común (no compartida), 154
- 7- Epílogo. Experiencias comunes, temporalidades diferenciales y límites barriales, 157

Capítulo IV. La trama relacional de la periferia.....159

- 1- Introducción: Altos de San Lorenzo ¿un barrio?, 159
- 2- Tiempo de residencia y límites (sociales y simbólicos), 163
- 3- Establecidos y *outsiders*. Las relaciones entre los sectores 1 y 2, 167
- Los asentamientos, desde la perspectiva de los residentes del sector 1*, 173
- Barrio y asentamiento*, 175
- Nosotros y ellos*, 177

- 4- La “figuración establecidos y *outsiders*” revisitada, 179
Temporalidades (y organizaciones) diferenciales, 181
Cada barrio tiene su fondo, 182
La imagen de sí, 184
Del binarismo al desdoblamiento, 188
- 5- Epílogo. Experiencias comunes y espacios propios, 189

Capítulo V. La ciudad invertida: la experiencia de la segregación.....192

- 1-Estudiar la segregación. Una antropología de los límites, 192
- 2- Topografía de la periferia, 199
- 2-1 Vivir afuera, 200
Cruzando la 72, 202
La frontera, 208
- 2-2 Delante y fondo, 210
- 2-3 Cerca y lejos, 212
- 2-4 Metáforas urbanas, 214
- 3- Prácticas de espacio, 215
- 3-1 Cotidianeidad barrial, 216
La casa y la calle: la cuestión del género, 219
- 3- 2 Salir, 222
- 3-3 Estigma territorial, jóvenes y espacio público, 228
Estigmas territoriales, 228
La policía, 230
Los jóvenes del barrio, 232
- 4- Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar, 235
- 5- Epílogo. Una “estructura de interacción”, 238

Tercera Parte. Transitar. El espacio público de la ciudad: matrices y relaciones

Capítulo VI. Relatos de espacio. Miedo, cotidianeidad y espacio público..... 241

- 1- Introducción, 241
- 2- Angustia, miedo y clasificaciones sociales, 243
- 3- Relatos del miedo, relatos del espacio, 246
- 4- Relatos del miedo urbano: tres ejes de análisis, 248
- 4-1 Topología del miedo en la ciudad, 248
La casa, 250
El barrio, 251
El afuera, 253
- 4-2 Tiempos del miedo, 255
Eje temporal I: antes – ahora, 256
Eje temporal II: día y noche, 257

- 4-3 Rostros del miedo, 259
- 5- Manuales de sobrevivencia urbana, 264
- 6- Interacciones, intercambios y tensiones, 269
- 7- Epílogo, 273
 - Sobre los miedos*, 273
 - Sobre la sociabilidad: desconfianza e incertidumbre en la vida urbana*, 274
 - Sobre la ciudad: temor y deseo*, 275

Capítulo VII. Brechas de clase en la ciudad. Análisis de límites sociales y simbólicos en el espacio público de La Plata a partir de un drama social.....277

- 1- Introducción, 277
- 2- Sobre el espacio público urbano, 279
- 3- La ciudad y el acontecimiento, 281
- 4- El espacio intermedio, 284
 - Visibilidad y negación del “derecho al anonimato”*, 284
 - De “la convivencia pacífica pero distante” al conflicto*, 288
 - La “banda de la plaza” como problema*, 290
 - La protesta (y sus brechas)*, 291
 - La banda, entre el delito y el temor*, 294
 - La (in) seguridad como frente cultural: narrativas contrapuestas y cambio de escalas*, 297
 - La dilución*, 301
- 5- Epílogo: el acontecimiento y la estructura de interacción, 302

Conclusiones. Algunas reflexiones el lugar de la experiencia urbana en la investigación de la ciudad contemporánea..... 305

- 1- La antropología y la ciudad, 305
- 2- Tres ejes para pensar la experiencia urbana y la ciudad, 306
 - Primer eje: las formas espaciales y las prácticas sociales*, 306
 - Segundo eje: lo articulado y lo vivido*, 308
 - Tercer eje: límites, separaciones y relaciones*, 310
- 3- El futuro de (los estudios sobre) la ciudad, 314

Bibliografía Citada..... 317

AGRADECIMIENTOS

La finalización de la tesis constituye uno de esos momentos en los que parece posible detener el tiempo y mirar el camino recorrido para llegar hasta aquí. Lo primero que observo es que se trató de un camino largo y sinuoso; lo segundo, que me hubiera sido imposible recorrerlo solo. En este sentido, deseo agradecer profundamente a tres personas que han sido fundamentales en este proceso formativo y sin las cuales no hubiera podido realizar esta tesis: Virginia Ceirano, Elizabeth Jelin y Alejandro Grimson.

Antes de terminar mi Licenciatura en Antropología, cuando todavía no sabía qué iba a hacer con mi profesión, tuve la suerte de conocer a Virginia Ceirano, quien generosamente me abrió las puertas de su equipo de investigación en la entonces Escuela Superior de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata y me posibilitó dar mis primeros pasos en la investigación y la docencia universitaria. Virginia me acompañó en mi temprana decisión de estudiar la ciudad desde la antropología y leyó detenidamente la mayoría de los capítulos de esta tesis. Más de diez años pasaron de ese primer encuentro y para mí es un placer trabajar y seguir creciendo juntos.

En el Programa de Doctorado UNGS-IDES conocí a Elizabeth Jelin, a quien estoy agradecido por múltiples motivos: sus lúcidos comentarios a los avances de la tesis; su envidiable vocación pedagógica, manifiesta en su predisposición a escuchar, leer y orientar; y el apoyo que siempre sentí de su parte para que el objetivo de escribir esta tesis se viera realizado. En este sentido, la posibilidad que me brindó de pasar un tiempo prolongado en la Universidad Libre de Berlín constituyó una experiencia intelectual y urbana fascinante y productiva.

Alejandro Grimson no sólo es el director de esta tesis, a la cual contribuyó con su habitual agudeza analítica y claridad conceptual, y con su compromiso para encontrar siempre un momento para leer mis ideas y ayudarme a mejorarlas. Desde hace alrededor de cinco años tengo el placer de trabajar junto a Alejandro en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) en distintos proyectos de investigación que han sido fundamentales para mi formación como investigador. La orientación en mis búsquedas sobre las relaciones entre espacio y sociedad, sus comentarios precisos y sutiles, el incentivo constante que representa colocarme frente a nuevos desafíos a la “imaginación sociológica” y su generosidad y apoyo en momentos difíciles han hecho mi camino mucho más rico y fecundo.

El propio trabajo es, también, producto de las instituciones por las que se transita. En este sentido, el Programa de Doctorado UNGS-IDES constituyó un ámbito

inmejorable para realizar el doctorado. Deseo agradecer a los excelentes profesores del programa así como resaltar la relevancia de los talleres de tesis coordinados por Elizabeth Jelin donde pude presentar y discutir avances de la tesis en un clima que combinó la cordialidad con el rigor académico. Mi agradecimiento para Rossana Reguillo, Silvia Sigal y Verena Stolcke quienes realizaron productivas sugerencias y observaciones en distintos momentos del desarrollo de la tesis, así como a Paula Abal Medina, Pablo Bonaldi, Agustina Cepeda, Damián Corral, Carla del Cueto, Álvaro De Giordi, Cecilia Ferraudi Curto, Federico Lorenz, Gabriel Noel, Pedro Nuñez y Jerónimo Pinedo, compañeros del doctorado por sus lecturas y comentarios. Quiero agradecer especialmente a Sabina Frederic, Adrián Gorelik y Gabriel Kessler, evaluadores del proyecto de tesis, quienes en esa instancia realizaron valiosas sugerencias que procuré seguir en la elaboración de la tesis. Por último, mi agradecimiento para Sandra Gayol, directora del Doctorado, y para Carla Gras, con quien trabajamos en la orientación de estudiantes de la Maestría en Ciencias Sociales UNGS-IDES.

El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) constituyó otro ámbito de diálogo y crecimiento intelectual. Quiero agradecer especialmente a Cecilia Ferraudi Curto, con quien mantuvimos un fructífero intercambio sobre la ciudad, los barrios y la política, el cual se encuentra condensado en el libro que compilamos junto con Alejandro Grimson *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*; a Máximo Badaró, con quien desde hace varios años dictamos el seminario de posgrado Temas de Antropología Social y Cultural y con quien siempre encontramos un momento para hablar sobre antropología; y a los participantes del seminario interno de antropología social organizado por Máximo Badaró y José Garriga donde tuve la posibilidad de presentar y discutir una versión anterior del capítulo cuatro de la tesis.

La Universidad Nacional de La Plata no es sólo la institución en la que me gradué, sino también mi lugar de trabajo desde hace más de diez años. Quiero agradecer a la totalidad de compañeros y compañeras de la cátedra de Antropología Social 1 de la Facultad de Trabajo Social, especialmente a Virginia Ceirano, Marcela Trincheri y Claudia Tello, a los miembros del Núcleo de Estudios Socioculturales (NES) de la misma institución, en especial a Julio Sarmiento, con quien hemos trabajado sobre los foros de seguridad de la ciudad de La Plata, y a los miembros de Grupo de Estudios en Juventudes coordinado por Mariana Chaves, con quienes discutí el capítulo dos de esta tesis.

Durante 2009 tuve la posibilidad de realizar una pasantía de investigación en Berlín. Quiero agradecer muy especialmente a Sérgio Costa, director del Instituto de Estudios Latinoamericanos (LAI) de la Universidad Libre de Berlín y a Bárbara Göbel,

directora del Instituto Iberoamericano de Berlín, por su camaradería y generosidad durante mi estadía, la cual fue fundamental para la escritura de la tesis. Además, deseo agradecer a todos los participantes del Coloquio de Investigaciones Doctorales del LAI donde presenté una versión preliminar de la segunda parte de esta tesis, en especial a Sérgio Costa, Marta Zapata Galindo y Anne Becker por los valiosos comentarios realizados a dicha versión. Antes de viajar a Berlín tuve la suerte de conocer a Anne Huffschmid, investigadora del LAI, con quien recorrimos La Plata. Sus preguntas sobre la ciudad fueron sin dudas más reveladoras para mí que mis respuestas a sus preguntas para ella y algunas de esas reflexiones se encuentran volcadas en el capítulo dos de esta tesis, capítulo que Anne leyó y, según me dijo, disfrutó.

También deseo agradecer a María Carman y Neiva Viera, colegas con las que comparto el gusto y la práctica de la antropología urbana. Con ellas hemos organizado conjuntamente diversas mesas y grupos de trabajo sobre las relaciones entre la antropología y la segregación urbana. María también me invitó a presentar mis en ese entonces iniciales ideas acerca de la segregación en el Taller de Antropología Urbana en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires. La buena recepción que tuvieron en ese momento algunas ideas (acerca de la noción de límite) y estrategias metodológicas (los dibujos) me convencieron de que podía profundizar mi trabajo en esa dirección.

Por supuesto, hay personas con las que he compartido y comparto alguno o varios de los ámbitos mencionados, pero que el vínculo que nos une los trasciende. Se trata de amigos antes que de colegas (en términos no sólo afectivos, sino también cronológicos), con quienes me es imposible establecer límites precisos entre los libros y la vida. Quiero agradecer a Sergio Caggiano por esa larga e interminable charla que, como a él le gusta recordar, comenzó hace más de quince años con una discusión acerca del marxismo inglés. Fue precisamente “Checho” quien, en uno de esos momentos que mirados retrospectivamente adquieren el estatus de encrucijada, me insistió en hacer juntos el doctorado. Si por definición no hay ideas propias, esta regla se cumple estrictamente en relación con Sergio, con quien vivimos hablando y discutiendo sobre los libros, la ciudad y la vida. En la misma dirección quiero agradecer a Mariana Chaves, con quien nos une una amistad que comenzó hace mucho tiempo en “el museo” cuando inicié mi carrera de grado y que luego me allanó muchos caminos cuando di mis primeros pasos en la investigación. Mariana ha sido una interlocutora constante acerca de una pasión común: la antropología y la ciudad. Juntos hemos compartido y compartimos clases, cursos, escritos, libros, trabajo campo, proyectos, viajes y congresos. Resulta difícil ordenar todo eso,

ponerlo por escrito; aunque hoy solo quiero agradecerlo. También quiero agradecer a Mariana Speroni, por recordarme sutilmente los vínculos entre pensamiento y estética; y a Néstor Artiñano, por mostrarme, quizás sin proponérselo, de otro modo la vida.

Mi familia ha sido un soporte fundamental a lo largo de toda mi vida, posibilitándome estudiar en la universidad y brindándome apoyo en todos mis emprendimientos. Esta tesis no es la excepción. Quiero reconocer mi agradecimiento y afecto para “mis viejos” Carlos y Matilde, así como para a mis hermanos Facundo y Dolores.

A Elena Bergé, por el amor que nos une y por la felicidad de estar juntos. No creo que sólo sea una casualidad que haya sido a su lado que la escritura de esta tesis llegue a su fin.

INTRODUCCIÓN

Ciudad, experiencia urbana y antropología

“Los espacios se han multiplicado, fragmentado y diversificado. Los hay de todos los tamaños y especies, para todos los usos y para todas las funciones. Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible para no golpearse”

Georges Perec, Especies de espacios

1- El retorno del habitante

Esta tesis tiene por finalidad analizar la “experiencia urbana” en la ciudad de La Plata. Precisando su objetivo, en este trabajo colocaremos en el centro del análisis antropológico de la ciudad las perspectivas que sobre la misma tienen sus habitantes, a partir del análisis de tres dimensiones constitutivas de la vida urbana: representar el espacio, habitarlo y transitarlo.

En un intento por sistematizar las últimas décadas de reflexión sobre la ciudad en el campo de las ciencias sociales, Guillermo Cantor Magnani (2002) señaló la existencia de dos tendencias dominantes. Por un lado, aquellas investigaciones que enfatizan los aspectos de desagregación de la ciudad como el colapso del sistema de transporte, las deficiencias de saneamiento, los problemas de vivienda, la distribución desigual del equipamiento urbano y la violencia urbana, entre otros, a partir fundamentalmente de variables cuantitativas e indicadores económicos, sociales y demográficos. Por otro lado, aquellas investigaciones que proyectan escenarios urbanos marcados por una sucesión veloz de imágenes, como resultado de la superposición y conflicto de signos, simulacros, no-lugares, redes y puntos de encuentro virtuales. Mientras el primer enfoque se centra principalmente en las grandes ciudades del mundo subdesarrollado, enfatizando la continuidad histórica de ciertos rasgos estructurales, el segundo, básicamente centrado en el análisis de las ciudades del mundo desarrollado, remarca la ruptura con el pasado como consecuencia de las transformaciones tecnológicas, la multiplicación de signos y las nuevas formas arquitectónicas. En el primer caso la ciudad es producto del capitalismo salvaje, en el segundo del capitalismo tardío.

Sin embargo, más allá de sus diferencias, ambas tendencias arriban a conclusiones semejantes en lo que respecta a la vida en las ciudades contemporáneas, la cual estaría caracterizada por “el deterioro de los espacios públicos con la consecuente privatización de la vida colectiva, segregación, evitación de contactos, confinamiento en ambientes y redes sociales restrictas, situaciones de violencia, etc.” (Magnani, 2002: 12; traducción

propia). Y lo paradójico de ambos enfoques radica en que, más allá de las semejanzas en sus conclusiones, la ciudad es pensada como resultado de fuerzas económicas transnacionales, elites locales, variables demográficas, intereses inmobiliarios, impactos tecnológicos y procesos de desterritorialización, entre otros, siendo los habitantes de las ciudades los grandes ausentes en estas investigaciones.

En un contrapunto con estas tendencias ¹ –aunque dialogando con sus resultados– la presente tesis coloca en el centro de la escena a este actor, *el habitante de la ciudad*, y se pregunta específicamente acerca de la *experiencia urbana*, por los modos de vivir la ciudad, intentando responder a esta pregunta a partir de una investigación de orientación antropológica que tomó como terreno empírico a la ciudad de La Plata, sus habitantes y las relaciones existentes tanto entre los habitantes y la ciudad como entre los propios habitantes en la ciudad.

Aunque en relación con las demás ciencias sociales sólo tardíamente la antropología consideró a la ciudad y la vida urbana como objetos legítimos de análisis,² desde sus inicios esta disciplina pensó al espacio como una dimensión fundamental de la vida social. En esta dirección, Durkheim y Mauss (1996) sostuvieron tempranamente la hipótesis de que las clasificaciones espaciales y temporales, lejos de ser un a priori kantiano o una cualidad innata anclada en la biología humana (ambas, interpretaciones dominantes a fines del siglo XIX), se encontraban estrechamente conectadas con la organización social, abriendo de este modo un fructífera línea de investigación acerca de las relaciones entre espacio y estructura social;³ y, desde una perspectiva diferente,

¹ Vale remarcar que estamos hablando de tendencias dominantes; es decir, no estamos sosteniendo que no existan investigaciones que focalicen en los habitantes de las ciudades. De hecho, a lo largo de esta tesis aludiremos de modo continuo a las mismas, las cuales componen un campo vasto y heterogéneo de contornos poco claros, donde convergen abordajes de distintas disciplinas.

² En comparación con la breve historia de los estudios en antropología urbana, en el arco temporal que se extiende desde finales del siglo XIX hasta nuestros días es posible identificar tres configuraciones sucesivas en el pensamiento moderno acerca de la ciudad (Gorelik, 2002). La primera (finales del s. XIX–primeras décadas del s. XX) donde, además de consolidarse la urbanística como profesión, se desarrollaron tanto los enfoques biologicistas como la tradición de crítica cultural sobre la ciudad representada por Simmel, que derivó en dos corrientes contrapuestas: la producción ensayística de posguerra (Benjamin) y la ecología urbana (Escuela de Chicago). La segunda configuración (1930–1960) estuvo marcada por los términos planificación y modernización, aunque desde 1950 comenzaron a emerger planteos críticos frente al reduccionismo funcionalista: enfoques históricos (Foucault, Williams), políticos (Lefebvre, Castells), semiológicos (fundamentalmente, los trabajos de Kevin Lynch que pronto derivaron en una multiplicidad de enfoques que tratan la ciudad como texto). Por último, la tercera configuración, marcada por la conciencia de crisis de la ciudad moderna, recupera la dimensión trágica presente en la primera y las posiciones oscilan entre la disolución y la recuperación de lo urbano. En el curso de la tesis dialogaremos con varias de estas tradiciones.

³ La continuidad de esta hipótesis se puede rastrear en los desarrollos de los principales antropólogos hasta nuestros días. Tempranamente Radcliffe-Brown (1940) aplicó esta idea a la

Bronislaw Malinowski consideró al espacio y al tiempo como componentes esenciales del “contexto de la cultura” (Kuper, 2003: 249). Así, más allá de las diferentes tradiciones, lo que nos interesa remarcar aquí es que contra la habitual naturalización del espacio con la cual colabora, como ha sostenido David Harvey, el hecho de que éste tenga “dirección, área, forma, diseño y volumen como atributos clave, así como distancia” (1998: 227), desde sus comienzos la antropología ha señalado el carácter de artefacto socio-cultural del espacio (y también del tiempo), en el doble sentido de ser socialmente producido y, a la vez, marco fundamental que ordena la experiencia social. Por esto, en términos generales, partimos aquí de asumir que el espacio (y también el tiempo) es un producto social resultado de las prácticas y procesos materiales vinculados con la reproducción de la vida social (Harvey, 1998) el cual, a la vez que en tanto marco para la experiencia condiciona y orienta las prácticas sociales (Bourdieu, 2007), es susceptible de ser transformado por éstas.

Por esto, el espacio no es una realidad externa a las prácticas sociales y éstas no pueden ser pensadas fuera del espacio (Arantes, 2000), así como tampoco alcanza con pensar el vínculo entre ambos términos como una relación entre continente y contenido (Signorelli, 1999).⁴ Es precisamente por medio del análisis de la “experiencia urbana” que la presente tesis busca pensar las relaciones entre espacio y sociedad, sin reducir o disolver uno de los dos términos, como sucede con los determinismos de corte sociológico (donde el espacio expresa materialmente la sociedad) o geográfico (donde la sociedad es expresión de las cualidades espaciales). Nos interesa, en cambio, captar las relaciones complejas

“estructura territorial”, la cual desde su perspectiva provee de un marco para la organización política y económica de la sociedad, mientras de manera contemporánea Evans-Pritchard (1977) refinó esta idea con su estudio sobre Los Nuer, al distinguir entre el espacio físico, el ecológico y el estructural. Las interpretaciones de la planta de la aldea Bororó realizada por Lévi-Strauss (1992), en la que se pone en cuestión la correlación mecánica entre “configuración espacial” (la cual permite acceder al punto de vista nativo sobre la estructura social) y “estructura social” (resultado de la abstracción producida por el analista), y de la casa cabila por Bourdieu (2007), que la entiende como universo invertido del orden social que estructura no sólo la representación del mundo del grupo sino que también el grupo se ordena a sí mismo a través de esta representación, se desprenden de estas tempranas búsquedas que intentaban pensar la relación entre espacio y sociedad.

⁴ La profundidad temporal de las investigaciones de la antropología clásica sobre la relevancia del espacio en sociedades “no occidentales” como, en el caso de trabajos que tempranamente colocaron su mirada en la ciudad, las investigaciones de Simmel (1977, 2001) y la Escuela de Chicago (Park, 1999; Wirth, 2005; White, 2005), entre otras, nos deberían llevar a relativizar afirmaciones tajantes como las de Edward Soja quien sostiene que la tarea de la geografía crítica posmoderna es “re-espacializar el pensamiento social” (1993). Si bien quizás sea cierto que las tendencias dominantes dentro de las ciencias sociales han privilegiado el tiempo sobre el espacio, partiendo de un orden espacial preexistente sobre el cual operan los procesos temporales (Agnew, 1995; Harvey, 1998), las distintas tradiciones referenciadas aquí nos indican que *el espacio como problema* tempranamente formó parte del horizonte de indagación de las ciencias sociales.

entre espacio y prácticas sociales, en tanto el primero es un producto de las segundas que, a la vez que las orienta, puede ser transformado por ellas.

En su ya célebre propuesta de análisis condensada en *La invención de lo cotidiano*, Michel de Certeau (2000) sostenía desde el inicio que el análisis de las prácticas no suponía necesariamente el retorno del individuo a las ciencias sociales; desde su perspectiva es la relación (siempre social) la que determina a los términos involucrados en ella (y no a la inversa), correspondiendo a la investigación identificar, describir y comprender “maneras de hacer” (entendidas como modos de operación o esquemas de acción) y no a los sujetos que son sus autores o sus vehículos. Aún acordando en líneas generales con esta propuesta en lo que respecta tanto a la crítica a las posiciones que colocan al individuo como fuente última (y muchas veces primera) del sentido y la acción, como con el señalamiento del carácter social y relacional de la realidad humana, el trabajo que aquí se presenta pretende ser sensible y estar atento a los habitantes de la ciudad, sus trayectorias biográficas, los escenarios y contextos en los que están insertos, los modos en que éstos los condicionan y, a la vez, las formas en que son apropiados y modificados por ellos; en definitiva, se buscan reponer en la investigación los lugares socio-espaciales desde los cuales los habitantes hablan, ven y viven la ciudad. No porque sean la fuente última de sentido, sino porque el análisis de la lógica práctica de sus quehaceres, representaciones y sentimientos en la ciudad socialmente producidos nos permite comprender – parafraseando a Ortner (2005)- no sólo lo que está en la base de la acción de los actores sociales, sino lo que la acción arriesga y genera. En definitiva, analizar la experiencia urbana de los habitantes de la ciudad no supone necesariamente el retorno del individuo pero sí implica apostar por un acercamiento a la vida urbana que no entienda a las representaciones y a las prácticas sociales únicamente como actualización de un modo de operación o de un esquema de acción preexistentes, sino como una instancia constitutiva y constituida de la vida social, con el doble carácter de ser producida socialmente y, a la vez, socialmente productiva.

2- ¿Antropología *en* la ciudad o antropología *de* la ciudad?

“El lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian en aldeas”

Clifford Geertz, La interpretación de las culturas

Un debate que atraviesa la antropología urbana se condensa en la oposición entre una antropología *en* la ciudad y una antropología *de* la ciudad,⁵ donde mientras la primera hace alusión a trabajos antropológicos desarrollados en contextos urbanos que no problematizan la ciudad como artefacto socio-cultural ni se detienen a pensar el lugar de las configuraciones espaciales en la vida social como tampoco las marcas que la vida social le imprime a las configuraciones espaciales, apareciendo de este modo la ciudad como telón de fondo o escenario de la acción social, la segunda –en las posiciones exclusivistas, la “verdadera” antropología urbana- toma como foco de análisis la ciudad, ya sea que se la entienda “como realidad espacial y social que genera y condiciona actitudes y comportamientos; o bien como realidad espacial y social que se identifica, que está constituida por aquellos comportamientos y aquellas actitudes” (Signorelli, 1999: 71).⁶

Es en el marco del debate entre una *antropología “en” o “de” la ciudad* que la frase de Geertz puede ser interpretada como una muestra más del habitual y generalizado desdén de la antropología metropolitana -en este caso por parte de una de sus voces más autorizadas- por la cuestión urbana. Sin embargo, si bien a nivel “superficial” (para utilizar el arsenal de términos geertzianos) esta interpretación puede ser parcialmente verdadera, a nivel “profundo” la sentencia de Geertz remite a una cuestión diferente que nos llevó largo tiempo asumir, sino en términos abstractos, sí en relación con esta tesis: no se estudian aldeas y la aldea, cualquiera que sea su escala y sus características, puede ser un

⁵ Para un balance de los antecedentes, desarrollo y consolidación de la “antropología urbana” remitimos a Hannerz (1986) y Signorelli (1999) para el caso de las “antropologías metropolitanas”; acerca de la antropología urbana en América Latina ver García Canclini (2005) para su desarrollo en México y Ruben Oliven (1995) para Brasil. A pesar de existir en los últimos años una producción considerable de trabajos antropológicos sobre la ciudad que se manifiesta en mesas en congresos, tesis y libros (Gravano, 2003; Carman, 2006; Gaggiotti, 2006) no existe en Argentina un análisis sistemático de la historia de la antropología urbana en el país. Algunas pistas ha seguir fueron formuladas recientemente en la presentación del número de *Cuadernos de Antropología Social* dedicado a la “Antropología de las ciudades” (Lacarrière, Carman y Girola, 2009).

⁶ Siguiendo a Amalia Signorelli (1999) en ambas alternativas dentro de la antropología de la ciudad nos encontramos con preguntas a tener en cuenta y, a la vez, con posiciones a evitar. En relación con la primera es claro que se deben evaluar las capacidades del espacio urbano para condicionar actitudes y comportamientos así como que se debe evitar el determinismo ecológico que une de manera inexorable ciertos comportamientos a ciertos espacios. Por su parte, la segunda perspectiva llama nuestra atención sobre el papel de la división social del trabajo en la ciudad, que tiende a separarse de los vínculos de sexo y edad y a articularse económicamente, pero puede caer tanto en un determinismo económico como en la posición simétrica e inversa donde la dinámica urbana se encuentra dominada por las estrategias “desde abajo”.

terreno más o menos propicio para formular un problema o una pregunta que en nuestro caso se vincula, paradójicamente, con “las aldeas”. Así, para decirlo de manera directa, la frase nos previene contra la tendencia a confundir el lugar de estudio con el objeto de estudio que en el caso de la antropología urbana es más probable y frecuente ya que, como venimos sosteniendo, toda antropología urbana que se precie de tal debería estudiar ciudades, en ciudades. Aquello que la frase de Geertz nos fuerza a explicitar es entonces el problema, la pregunta de investigación: ¿qué estudiar *en* una ciudad? E inclusive ¿qué estudiar *de* la ciudad (en términos genéricos) en *una* ciudad concreta?

Viéndolo desde esta perspectiva, a la vez que nos desafía, la frase de Geertz nos libra tanto de un imperativo disciplinar, el holismo, la pretensión (imposible) de dar cuenta de la totalidad, como de la necesidad de elección entre uno de los dos términos de la (a nuestro entender falsa) dicotomía entre antropología en la ciudad y antropología de la ciudad. En relación con la primera cuestión, si la pretensión de totalidad es problemática cuando trabajamos en una aldea, lo es más en el caso de una ciudad, no sólo por su mayor escala sino también –y fundamentalmente- por la dificultad de fijar los límites de cualquier ciudad, cayendo en la equivocación de equiparar una ciudad a un sistema (o a una cultura), asignándole un territorio propio y autónomo, con límites claros y precisos, y con una lógica específica y singular que se manifiesta dentro de los límites de dicho territorio; es decir, el error de replicar el isomorfismo entre espacio, lugar y cultura (Gupta y Ferguson, 2000), propio de la antropología clásica. De esta manera, forzados a explicitar nuestro objeto y liberados de la búsqueda de la totalidad, podemos decir que aquello sobre lo cual la investigación busca dar cuenta no es –al menos no principalmente- la ciudad de La Plata, sino la experiencia urbana de algunos (distintos y desiguales) actores sociales en dicha ciudad. Por otro lado, en relación con la segunda cuestión, el análisis de la experiencia urbana, en tanto supone las relaciones y condicionamientos mutuos entre espacio urbano y representaciones y prácticas de los actores sociales, nos permite evitar caer tanto en una antropología insensible al lugar del espacio urbano en la vida social como en aquella otra que confunde la ciudad con la vida social.

Mediante esta investigación esperamos dar cuenta de la singularidad del enclave empírico (La Plata), a la vez que buscamos que los resultados nos permitan discutir “más allá” de ese ámbito puntual y específico, dándonos pistas para pensar la experiencia urbana contemporánea. Sabemos que no existe “experiencia urbana” en estado puro; siempre sucede en algún sitio, se encuentra situada y posibilitada por una localización la cual, a la vez que la condiciona, es modelada por ella. El recorte operado en esta tesis, las cuestiones sobre las que nos detendremos, si bien tiene en cuenta las peculiaridades

locales, obtiene validez (si es que la tiene) en relación con el objeto analítico antes que en relación con el enclave empírico. De hecho, como se verá, la “suma de las partes” no componen una totalidad, no restituyen (en gran medida porque es imposible hacerlo) “la ciudad”, sino que buscan dar luz a ciertos problemas de la experiencia urbana contemporánea que, como adelantamos, podemos sintetizar en tres acciones u operaciones constitutivas de la vida en la ciudad: representar, habitar y transitar. Idealmente *la tesis es pensada como un laboratorio* donde se ponen a prueba teorías; es decir, donde se encuentran y dialogan teorías que hablan (generalmente desde *una* ciudad) sobre *la* ciudad y *las* ciudades, con lo que ocurre con los modos de experimentar *una* ciudad por parte de distintos actores sociales. Así, antes que de una antropología de la ciudad se trata de una antropología de la experiencia urbana a partir del análisis de las representaciones y las prácticas de distintos actores sociales en una ciudad. Dicho esto, surgen dos preguntas relevantes que intentaremos responder por separado: ¿qué significa indagar la experiencia urbana? Y ¿qué es una antropología de dicha experiencia?

3- Acerca de “experiencia”

La noción de “experiencia urbana” corre el riesgo de transformarse en una caja negra donde incluir diversos fenómenos y procesos, en una metáfora que puede hablar simultáneamente de muchas cuestiones distintas. Por esto se torna necesario explicitar el sentido en que la misma será utilizada en lo que sigue, sin pretender agotar un campo inmenso ni resolver un debate que lleva siglos desarrollándose en la filosofía en torno a diversas cuestiones como las condiciones de posibilidad de tener experiencia, las relaciones entre lenguaje y experiencia, el problema del sujeto de la experiencia, la experiencia como fuente de autoridad (social, de conocimiento, etc.), entre otras.⁷ Sin embargo, antes de precisar el sentido que le daremos a “experiencia” en esta tesis, nos detendremos a reflexionar exclusivamente –y de manera breve- sobre dos cuestiones que permean todo trabajo sobre “experiencia”. La primera cuestión se vincula con la habitual *carga normativa* que, generalmente de manera implícita, el término conlleva; la segunda cuestión tiene que ver con los *dilemas epistemológicos* que enfrentamos en el preciso momento en que decimos que el objetivo de la tesis consiste en investigar “la experiencia urbana”

⁷ A lo largo de los últimos tres siglos es posible identificar diversos debates en torno “experiencia”, los cuales han sido magistralmente abordados por un libro irremplazable sobre el tema, *Cantos de Experiencia* de Martin Jay (2009), a quien seguimos en varias de las cuestiones que planteamos aquí.

La carga normativa de “experiencia”

Por carga normativa de la noción de experiencia nos referimos al establecimiento, generalmente a priori o por medio de la comparación con una edad de oro pasada o con un ideal de experiencia, de un *deber ser* de la experiencia que, en la medida en que no se verifica, cuestiona la posibilidad misma de la experiencia o la pondera en términos de su mayor riqueza o pobreza. Además, paradójicamente, muchas veces se llega a tales conclusiones sin indagar en los modos de experiencia identificables en determinada situación.

En efecto, es común observar que el sentido generalmente positivo que durante mucho tiempo se le atribuyó a la palabra como fuente de autoridad y/o conocimiento “es lo que ha permitido a otros observadores referirse en tono sombrío a una crisis de posibilidad misma de tener experiencias en el mundo moderno” (Jay, 2009: 16). Se trata, como decíamos, de una posición resultado de la comparación (habitualmente implícita) entre la sociedad pasada y la actualidad. Así, Walter Benjamín sostenía en su ensayo de entreguerras *Experiencia y pobreza*, refiriéndose a los sobrevivientes de la Primera Guerra Mundial, que “las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable” y, desde su perspectiva, eso no era nada raro:

“Porque jamás ha habido experiencias tan desmentidas como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por el tirano. Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes había cambiado, y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras, estaba el mínimo, quebradizo cuerpo humano” (1994: 168).

Se puede inferir de este pasaje que para Benjamin la experiencia es un tipo de saber que se produce a partir de algo que se vive, conocimiento que se acumula y se transmite, el cual es utilizado para resolver situaciones futuras similares. Por contraposición, la guerra refiere a ese tipo de acontecimientos o procesos radicales, excepcionales o inesperados que desmienten la experiencia acumulada y su aplicabilidad presente (“todo menos las nubes había cambiado”) y, por esto, los actores enmudecen. Y no se trata sólo de la guerra, ya que para Benjamin de manera paralela al desarrollo de la técnica “una pobreza del todo nueva ha caído sobre el hombre”, la cual se identifica también en el habitar, ya que se “han creado espacios donde resulta difícil dejar huellas” (1994: 171).

Similar razonamiento se observa en Giorgio Agamben, quien medio siglo más tarde manifiesta explícitamente la intención de retomar el proyecto benjaminiano. Sintomáticamente –y muy relevante para nuestra investigación– lo que Benjamin

encontraba en el retorno de los sobrevivientes de la guerra, Agamben lo encuentra en la vida cotidiana de las ciudades:

“hoy sabemos que para efectuar la destrucción de la experiencia no se necesita de ninguna catástrofe y que para ello basta perfectamente con la pacífica existencia cotidiana de una gran ciudad. Pues la jornada del hombre contemporáneo ya casi no contiene nada que todavía pueda traducirse en experiencia: ni la lectura del diario, tan rica en noticias que lo contemplan desde una insalvable lejanía, ni los minutos pasados al volante de un auto en un embotellamiento; tampoco el viaje a los infiernos en los trenes del subterráneo, ni la manifestación que de improviso bloquea la calle, ni la niebla de los gases lacrimógenos que se disipa lentamente entre los edificios del centro, ni siquiera los breves disparos de un revólver retumbando en alguna parte; tampoco la cola frente a las ventanillas de una oficina o la visita al país de Jauja del supermercado, ni los momentos eternos de muda promiscuidad con desconocidos en el ascensor o en el ómnibus. El hombre moderno vuelve a la noche a su casa extenuado por un fárrago de acontecimientos –divertidos o tediosos, insólitos o comunes, atroces o placenteros– sin que ninguno de ellos se haya convertido en experiencia” (2007: 8).

El cuestionamiento es contundente; ⁸ pero ¿es adecuado? De todo ese fárrago de acontecimientos –como los denomina– ¿ninguno se convierte en experiencia? Incluso, si nos detenemos en el modo de describir y de adjetivar del propio Agamben las prácticas cotidianas –el viaje a los infiernos del subterráneo, la rutinaria cola frente a las ventanillas, los momentos eternos de muda promiscuidad con desconocidos en el ascensor– es posible intuir las experiencias del autor en la ciudad, sus modos de vivirla y sentirla, o al menos de imaginarla ¿Por qué, entonces, cerrar de antemano la indagación?

En el caso específico de la “experiencia urbana” creemos que la fuerte *carga normativa* se debe –al menos en parte– a que la forma ideal de la vida urbana se encuentra generalmente asociada a algún universo cultural específico e implícito; habitualmente, la polis griega y su espacio público, o la modernidad clásica europea del siglo XIX –paradigmáticamente París– con sus tensiones, conflictos y horizontes futuros aún abiertos. De esta manera, es este conjunto de imágenes el que subyace a distintos juicios (generalmente negativos) acerca de las ciudades contemporáneas, claramente alejadas en escala, población, conflictividad e inserción en el mundo económico de aquel universo cultural que se toma como instrumento de medida.

⁸ Para Agamben es precisamente esa incapacidad para traducirse en experiencia lo que vuelve insoportable la existencia cotidiana. Vale señalar, también, que desde su perspectiva “la experiencia no tiene su correlato necesario en el conocimiento, sino en la autoridad, es decir, en la palabra y en el relato” y actualmente “nadie parece disponer de autoridad suficiente para garantizar una experiencia y, si dispone de ella, ni siquiera es rozado por la idea de basar en una experiencia el fundamento de su propia autoridad” (2009: 9). Desacople entre autoridad y experiencia que se traduce en la imposibilidad de tomar la palabra y relatar desde la experiencia.

Sostenemos, en cambio, que por más deseables que sean aquellas experiencias históricas, en el abordaje de una situación específica debemos abandonar (o al menos dejar en suspenso) semejante carga normativa, ese “deber ser” de la vida en las ciudades. Para apoyar esta posición no está de más señalar la singularidad (pretendidamente universal) del urbanismo europeo occidental, muy diferente al oriental y al del continente americano. La nostalgia que a veces se intuye en muchos trabajos es por demás infundada, pues en nuestro caso muchas veces ni siquiera se trata de un paraíso perdido. Así, desde nuestra perspectiva, debemos *evitar tomar una posición normativa a priori acerca de la experiencia*, su riqueza, su pobreza o, incluso, su posibilidad. Nos desplazamos desde una concepción normativa hacia otra de tipo operativa: *dimensiones o ejes* que la investigación debe tomar como foco de análisis para conocer la experiencia urbana.

Dilemas epistemológicos de “experiencia”

Asumiendo que no es posible tomar una posición normativa apriorística sobre la cualidad (o incluso la posibilidad) de la experiencia que de la ciudad tienen quienes la habitan, inmediatamente surge la pregunta: ¿es posible estudiar dicha experiencia? Si ese es el caso ¿cómo hacerlo?

En su historia semántica del concepto, Raymond Williams sostiene que durante el siglo XX es posible identificar dos posiciones extremas en torno a “experiencia” dentro de un vasto campo atravesado por dudas y objeciones contrapuestas. En uno de los extremos “la experiencia (presente) se propone como el fundamento necesario (inmediato y auténtico) para todo el razonamiento y análisis (subsiguientes)”, mientras en el otro extremo la experiencia “se ve como el producto de condiciones sociales, sistemas de creencia o sistemas fundamentales de percepción y, por lo tanto, no como material de las verdades sino como evidencia de condiciones o sistemas que por definición ella no puede explicar por sí misma” (2000: 140). En efecto, contra un uso habitual del término “para señalar aquello que excede los conceptos y hasta el lenguaje mismo (...) un marcador de aquello que es tan inefable e individual (o inherente a un grupo particular) que resulta imposible transmitirlo en términos comunicativos convencionales a quienes carecen de ello” (Jay, 2009: 19), los desarrollos estructuralistas y postestructuralistas enfatizaron la tendencia “a recusar la “experiencia” (sobre todo la “vivencia”) como un fundamento simplista de la inmediatez, incapaz de registrar la naturaleza siempre mediada de las relaciones culturales y la inestabilidad del sujeto, el cual se supone es el portador de las experiencias” (Jay, 2009: 17). Esta crítica del (post)estructuralismo a los enfoques empiristas de “experiencia”, a nuestro entender correcta, condujo a la posición

exactamente opuesta por parte de los seguidores a ultranza del “giro lingüístico” la cual rechaza la distinción entre lenguaje y experiencia (Scott, 1999), insiste en la cualidad productiva del discurso (la experiencia como efecto discursivo) y, por ende, supone “que no puede aparecer nada significativo fuera de las fronteras de la mediación lingüística” (Jay: 2009: 19-20).

Estas son, sintéticamente, las posiciones polares del debate en torno a “experiencia” en las últimas décadas. Sin lugar a dudas, la historiografía social y los estudios culturales británicos constituyen un hito significativo dentro de los muchos terrenos en los que éste se desplegó (y donde es posible vislumbrar caminos para salir de la dicotomía). Las posiciones polares encontraron sus expresiones en las formulaciones de Louis Althusser (2003) y E. P. Thompson (2002). De un lado, ante la afirmación de Althusser de que “la historia es un proceso sin sujeto”, en el cual los hombres y las mujeres son soportes de relaciones de producción, Thompson sostuvo que “la historia es una práctica no dominada”, donde por medio de la experiencia “hombres y mujeres convierten las determinaciones objetivas en iniciativas subjetivas” y así “la estructura se transmuta en proceso y el sujeto vuelve a ingresar en la historia” (Anderson, 1990: 17-18). Del otro lado, ante la afirmación de Thompson acerca del lugar de la experiencia histórica en la conformación de las clases sociales, las cuales “surgen porque los hombres y las mujeres, bajo determinadas relaciones de producción, identifican sus intereses antagónicos y son llevados a luchar, a pensar y a valorar en términos clasistas: de modo que el proceso de formación de clase consiste en un hacerse a sí mismo, si bien bajo condiciones que vienen dadas” (citado por Anderson, 1990: 18), la crítica de cuño estructuralista no se hizo esperar:

“la experiencia no podía ser, por definición, el terreno de nada, ya que uno sólo puede vivir y experimentar las propias condiciones en y a través de las categorías, las clasificaciones y los marcos de referencia de la cultura. Estas categorías, empero, no se daban a partir de o en la experiencia: más bien la experiencia era su efecto” (Hall, 1994: 12).

A la luz del debate y, fundamentalmente, de la pertinente crítica estructuralista, es claro que no se trata de sostener aquí la posibilidad de una experiencia inmediata, anterior al lenguaje; pero tampoco de quedarnos con la proposición simétrica e inversa, que tiende a reducir y disolver la experiencia en el lenguaje. Es precisamente en la obra de Raymond Williams, uno de los más lúcidos marxistas británicos que participaron de ese debate, que encontramos un camino alternativo ya que, a la vez que atiende a los cuestionamientos estructuralistas realizados a Thompson, busca evitar la reducción de la experiencia a efecto discursivo. En esa dirección, durante una larga entrevista con la *New Left Review*, sostuvo:

“no existe una forma natural de ver y, por lo tanto, no puede haber un contacto directo e inmediato con la realidad. Por otro lado, gran parte de las teorías lingüísticas y algunas de la semiótica corren el riesgo de llegar al extremo opuesto, donde lo epistemológico absorbe totalmente a lo ontológico: es sólo en nuestras formas de saber donde llegamos a existir (...) El lugar específico de una estructura de sentimiento es la comparación incesante que se tiene que dar en el proceso de la formación de la conciencia entre lo articulado y lo vivido⁹ (...) Pues todo lo que no está completamente articulado, todo lo que aparece como disturbio, una tensión, un bloqueo, un problema emocional, me parece que es precisamente una fuente para los grandes cambios en las relaciones entre significativo y significado” (1981: 167-168; citado por Cevasco, 2003: 163-164).

Así, si bien es imposible pensar la experiencia y la acción sin el marco de conocimientos y categorías propios de la cultura, esto no significa reducir la experiencia a dicho marco o, peor aún, considerarla efecto del mismo. Sin minimizar la dimensión de poder y dominación que esta constitución cultural implica,¹⁰ en el proceso de formación de la conciencia se produce una constante comparación entre lo articulado y lo vivido que, “si ustedes quieren, es sólo otra palabra para experiencia, pero tenemos que encontrar una palabra para ese nivel” (1981: 167-168; citado por Cevasco, 2003: 164). Así, para Williams la experiencia y la acción son constituidas en –y, a la vez, constitutivas de– el proceso social total. No son anteriores o exteriores a lo social (es imposible el contacto prístino entre el sujeto y la realidad) pero tampoco son sus efectos ulteriores (que implica reducir a productos dimensiones constitutivas de dicho proceso). No son necesariamente reproductivas o transformadoras, ni ilusorias o verdaderas. Se encuentran configuradas por el proceso social total de determinaciones negativas (fijación de límites) y positivas (ejercicio de presiones), al tiempo que forman parte de su configuración. El modo de

⁹ Dice al respecto Williams en *Marxismo y Literatura*: “la conciencia práctica siempre es algo más que el dominio de formas y unidades establecidas” ya que existe “con frecuencia una tensión entre la interpretación recibida y su experiencia práctica”, la cual se manifiesta “como una cierta incomodidad, una presión, un desplazamiento, una latencia”. Así, una estructura de sentir es un tipo de sentimiento y pensamiento efectivamente social y material que establece relaciones sumamente complejas con lo que ya está articulado y definido (1997: 154-155).

¹⁰ El concepto de *hegemonía* propuesto por Williams va más allá de dos conceptos centrales: cultura (por relacionar el proceso social total con el poder y la influencia) e ideología (por el reconocimiento de la totalidad). Así, la hegemonía, irreductible a la ideología y a las formas de control, “constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores –fundamentales y constitutivos– que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de la sociedad, un sentido de lo absoluto debido a la realidad experimentada más allá de la cual la movilización de la mayoría de los miembros de la sociedad –en la mayor parte de las áreas de sus vidas– se torna sumamente difícil” (1997: 131). La hegemonía “ejerce presiones e impone límites en todas las actividades humanas, selecciona, organiza e interpreta la experiencia y la producción de significados y valores”; es, pues, “la determinación en funcionamiento y en proceso (...) una *economía de la experiencia*” (Cevasco, 2003: 157; las cursivas son mías).

experimentar el mundo, de relacionar lo articulado y lo vivido, en fin, esa experiencia social *en proceso* es precisamente el lugar y el momento en el que, parafraseando al propio Williams, las puertas pueden abrirse o cerrarse, las presiones ejercerse o resistirse, las limitaciones encontrarse o superarse.

Quizás un ejemplo pueda ilustrar lo que estamos sosteniendo. Medio siglo después de que Walter Benjamin sostuviera que se “han creado espacios donde resulta difícil dejar huellas”, Frederic Jameson propuso entender la posmodernidad como expresión cultural del capitalismo tardío y, por medio del análisis de la arquitectura posmoderna condensada en el Westin Bonaventure Hotel de Los Ángeles, sostuvo que en el posmodernismo “la superficie reemplaza a la profundidad” (1984: 12), produciendo efectos de desorganización, desorientación y vacío de significado y afecto tanto en lo que refiere a la orientación espacial como en la propia subjetividad de los actores sociales. Se trata de un análisis sugerente que vincula espacialidad, subjetividad y capitalismo tardío. Sin embargo, en la relectura que Sherry Ortner (2005) propuso de dicho análisis nos encontramos con una advertencia relevante. Para Ortner se trata de un “análisis epocal”, es decir, la descripción de una formación cultural dominante que no presta atención a las contracorrientes que, paradójicamente, pueden inferirse en el propio texto de Jameson:

“Sin embargo, hay un momento del texto en el que podemos ver los efectos de una subjetividad crítica en acción. Luego de transmitir con mucha eficacia al lector los dispositivos espaciales desorientadores del Westin Bonaventure Hotel, Jameson dice que “se han agregado códigos de colores y letreros direccionales”, obviamente en respuesta a las quejas de personas que se perdían. Jameson se burla de esas herramientas orientadoras cognitivas, pues las ve como la prueba de “un intento lastimoso y revelador, más bien desesperado, de restablecer las coordenadas de un espacio anterior” (1984: 44). Tal vez sea así. Pero también me gustaría verlas como carteles políticos (en mi imaginación, alguien ronda durante la noche para instalarlos) que proponen una salida del laberinto y transmiten, a la vez, el mensaje de que los arquitectos arrogantes y el gran capital nunca pueden someterlos del todo” (Ortner, 2005: 46).

Sea cual fuera la interpretación válida (y los materiales presentados por Jameson no nos permiten ir más allá de, como hace Ortner, imaginar), el caso nos muestra las complejidades de la experiencia incluso frente a las formaciones culturales más dominantes, alude a las relaciones complejas entre lo articulado y lo vivido. Como escribió la propia Ortner, esto no significa “que los actores pueden situarse fuera de la cultura, pues no pueden hacerlo”, pero significa que “una conciencia plenamente cultural siempre es al mismo tiempo multifacética y reflexiva, y su complejidad y reflexividad constituyen el fundamento para cuestionar y criticar el mundo en el cual nos encontramos”. En definitiva, una antropología de tales procesos se debería interesar en “comprender la

subjetividad¹¹ en sus relaciones con las (cambiantes) formas de poder y en especial con las sutiles formas de poder que saturan la vida cotidiana a través de las experiencias del tiempo y del espacio, el trabajo y el juego” (2005: 46-47).

Delimitando “experiencia”

A partir de lo dicho resulta bastante probable que Williams acordara con la propuesta de Martin Jay quien, a la vez que rechaza tanto la posición que coloca la experiencia por fuera del lenguaje como aquella que la reduce a efecto del mismo, sostiene:

“Sería más productivo permanecer dentro de la tensión creada por la paradoja. Es decir, necesitamos percatarnos de las formas en que la “experiencia” es tanto un concepto lingüístico colectivo, un significante que unifica una clase de significados heterogéneos situados en un campo de fuerza diacrítico, cuanto un recordatorio de que tales conceptos dejan siempre un residuo que escapa a su dominio homogeneizante. La “experiencia”, cabría decir, se halla en el punto nodal de la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre los rasgos comunes expresables y el carácter inefable de la interioridad individual” (2009: 20).

Comienza a delinearse el sentido en que usaremos experiencia en esta tesis. No como el (imposible) encuentro prístino entre sujeto y realidad, creencia que desconoce las mediaciones socioculturales en los modos de acercarnos a la realidad y supone el acceso a la “vivencia” en estado puro; tampoco como la fuente última del sentido y de la acción, posición que ignora las condiciones y las categorías desde las cuales se vive y se aprehende el mundo que nos rodea. Desde nuestra perspectiva, en tanto la experiencia es el resultado de algo que se vive o se atraviesa, de la constante vinculación entre lo articulado y lo vivido, no se reduce a lo discursivo aunque se encuentra desde el inicio mediada por modelos culturales; por esto mismo, esa experiencia puede ser traducida en una narración o un relato y puesta a dialogar con otras experiencias. Experiencia remite aquí a los modos (eventualmente diferenciales) de ver, hacer y sentir (en nuestro caso, la ciudad y la vida en la ciudad) por parte de actores situados social y espacialmente, por el modo en que en sus vidas cotidianas se vinculan lo articulado y lo vivido. Así, “experiencia” permite captar tanto lo común como lo singular, lo que se reproduce y lo que emerge, siendo sensible

¹¹ A partir de una relectura de las obras de Geertz y Williams, Sherry Ortner propone un acercamiento al estudio de la subjetividad entendida como el conjunto de los modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo y temor que animan a los sujetos actuantes así como las formaciones culturales y sociales que modelan, organizan y generan determinadas “estructuras de sentimiento”. Así, después de la crítica postestructuralista a las nociones ingenuas de experiencia, Ortner (1999; 2005) sostiene que el análisis de la intersección entre poder y subjetividad puede mostrar tanto la forma cultural específica como las maneras reflexivas de habitar esa forma.

tanto a las lógicas sociales dominantes como a las excepciones, a las homogeneidades como a las heterogeneidades. Como sostuvo Francois Dubet:

“Si la noción de experiencia puede parecer más adecuada que aquella de rol y de estatus, esto se debe, en amplia medida, a que evoca una heterogeneidad de lo “vivido”, una diversidad, mientras que la noción de papel sugiere ante todo la coherencia y el orden y las lógicas de la acción que estructuran la experiencia social, no corresponden a los papeles organizados; son previas a los papeles y, sobre todo, mantienen entre sí relaciones de tensiones” (citado por Bourdin, 2007: 56).

Por lo dicho hasta aquí, coincidimos con Díaz Cruz en que la *antropología de la experiencia* “defiende que una obra, una acción, vivencia o expresión son totalidades singulares, no deducibles de lo común, pero elaboradas a partir de lo común” (1997: 6) y, si bien la experiencia es irreductible al lenguaje,

“se la organiza a través de expresiones, relatos, narrativas, dramas sociales y realizaciones culturales que en general se muestran y se comunican, esto es, se hacen públicas (...) Cada experiencia que narramos o que nos narran es un episodio de una historia posible; es una forma de resaltar nuestra hondura y singularidad a través de medios intersubjetivos y, paradójicamente, muchas veces típicos”. Nos encontramos ante “totalidades singulares, pero elaboradas a partir de lo común (de “una estructura de experiencia”). (1997: 12).

Trabajar, entonces, en el interior de la paradoja entre formas culturales públicas y experiencia, donde ninguno de los términos se reduce al otro, y a la vez que el segundo sólo es accesible a través del primero, en su conversión siempre quedan residuos intraducibles.

4- Antropología de la “experiencia urbana”

En *La ciudad vista*, el reciente trabajo de Beatriz Sarlo sobre la ciudad Buenos Aires (2009), la autora cuestiona a la etnografía urbana porque, sostiene, ésta “opta por representar a los pobres a través de sus propios discursos, acompañados de descripciones débiles para evitar un problema clásico: hablar por el otro”. Y agrega: “No comprende que esas transcripciones son también una forma de ‘hablar por el otro’, y, además, no siempre la mejor ni la más comprensiva”. Ante este diagnóstico negativo precisa su propia estrategia:

“el camino que seguí fue el contrario, y lo elegí conscientemente. Durante cuatro años recorrí la ciudad tratando de ver y de escuchar, pero sin apretar las teclas de ningún grabador. Llevaba, cuando llevaba algo, una libretita y una cámara digital, y tomaba centenares de fotografías (...) Me propuse un conocimiento visual de algunas manifestaciones evidentes de la nueva pobreza, confiada en la potencia significativa de los pormenores. Christine Buci-Glucksmann dijo que la captación precisa de un “barroquismo de superficie” puede permitir una especie de mirada

de conjunto y, al mismo tiempo, alcanzar “una escritura del detalle, donde el ver y el saber se dan al mismo tiempo” (2009: 10).

Sin ánimo de discutir las opciones metodológicas, cada una de las cuales tiene sus potencialidades y sus límites, tornándose relevantes o inadecuadas sólo en relación con el problema a investigar, es evidente que estos pasajes nos tocan, a la vez que no se sabe muy bien a qué refiere la autora con etnografía urbana ni cuáles serían sus críticas. Parece bastante claro que la diferencia entre la práctica etnográfica y, para ponerle un nombre, “la crítica cultural” no se explica ni se reduce a una cuestión técnica, como por momentos parece sugerir: llevar o no grabador, ver y escuchar, usar una libreta, sacar fotos, recorrer la ciudad... Todas estas actividades son realizadas tanto por etnógrafos urbanos como por otros investigadores, sin contar a los habitantes y visitantes de la ciudad que realizan prácticas similares todos los días.

Después de darle vueltas al asunto parece bastante claro que el problema es otro: *precisamente el problema es el otro y qué hacer con él en la investigación*. Al respecto, la posición de la etnografía (urbana o del tipo que sea) entendida ya no como mera técnica, sino como método de investigación, experiencia y género narrativo es clara: ni se es el otro (uno no se transforma en su objeto) ni se habla por él (uno no es un vocero del otro), sino que se trata de una forma de indagación de la vida social que implica un tipo de “esfuerzo intelectual” (Geertz, 1997: 21) donde el etnógrafo busca captar el punto de vista del otro, “comprender *su* visión de *su* mundo” (Malinowski, 2001: 77) –en este caso, sobre vivir en la ciudad. Lo que se obtiene –se transcriba o no textualmente el discurso del otro– es un texto (del etnógrafo) donde busca captar la lógica práctica del otro.

Se trata de una opción, claro está, entre muchas otras igualmente posibles y legítimas. Y, también está claro, no es la opción escogida por Sarlo en un trabajo plagado de *insights* reveladores sobre la vida urbana pero con poco espacio para “otros puntos de vista” sobre la ciudad. Así, en los capítulos donde practica ese “barroquismo de superficie” para acceder a lo que denomina “la ciudad de los pobres” y los “extraños en la ciudad”, lo que sabemos luego de leerlos es lo que la autora siente y piensa ante la pobreza y los migrantes y, algo muy valioso y revelador, los desplazamientos que tuvo que hacer para descentrar “su” ciudad, en la que esos pobres no son muy visibles y por la que esos extraños no circulan casi nunca. *La ciudad vista* expresa así aquella ciudad que una reconocida intelectual, rompiendo su territorialidad cotidiana, logra con mucho tiempo y esfuerzo ver, fotografiar y narrar. Casi nada sabemos, en cambio, sobre cómo los pobres ven Buenos Aires o cómo los migrantes (bolivianos, coreanos) experimentan la ciudad. Mientras el etnógrafo intenta captar un punto de vista ajeno, Sarlo propone una estrategia

de pasaje (Magnani, 2002) habitual de la crítica cultural, donde el producto es un relato de sus desplazamientos por la ciudad y las reflexiones que estos le provocan. Sabemos qué siente ante los carteles escritos en coreano, no tanto sobre la experiencia de los migrantes coreanos con el castellano; tenemos vívidas descripciones de “pobres” en la ciudad (familias que duermen en la calle, cartoneros, etc.), aunque sabemos muy poco acerca de quiénes son, qué piensan y cómo llegaron a la situación en que se encuentran.

En contraposición, esta tesis busca conocer distintas formas de ver, practicar y sentir la ciudad, colocando en el centro de la cuestión el intento de comprensión de distintos puntos de vista. Así, sin perder de vista los complejos procesos que modelan la vida urbana, proponemos un desplazamiento desde una mirada de la ciudad “de lejos y de afuera” hacia una mirada “de cerca y de adentro” (Magnani, 2002). El énfasis se sitúa no tanto en la ciudad construida, como en la evocada y recorrida (Silva, 2000), la ciudad diferencialmente vivida por distintos actores sociales.

Roberto Da Matta (1999) sostuvo que el antropólogo debe aprender a realizar una doble tarea: transformar lo exótico en familiar y transformar lo familiar en exótico. De manera similar, Gustavo Lins Ribeiro (1999) remarcó el doble carácter del abordaje antropológico, aproximación y distanciamiento a la vez. La vigencia de esta cualidad en una investigación que se pregunta por los modos diferenciales de experimentar un ámbito socialmente heterogéneo como la ciudad, donde incluso las relaciones más cotidianas generalmente combinan la proximidad espacial con la distancia social, es innegable. Además, en tanto habitante de la ciudad que se estudia, la realización de la tesis supuso exotizar o extrañar mi propia cotidianeidad hecha de supuestos, rutinas, territorios y valoraciones no cuestionados previamente, como familiarizarme con espacios, actores y modos de vivir la ciudad totalmente extraños y desconocidos para mí antes de iniciar la investigación. Así, tanto el trabajo de campo como la escritura de la tesis se transformaron en un constante y enriquecedor ir y venir entre lo familiar y lo exótico, entre lo naturalizado y lo novedoso, resultado del diálogo entre distintos puntos de vista acerca de la ciudad. Y, como no podía ser de otra manera, en el proceso de intentar comprender la experiencia urbana de distintos actores sociales mi propia experiencia de la ciudad se vio modificada significativamente en tanto uno de los efectos inmediatos de la investigación fue activar en mí una constante comparación entre lo articulado y lo vivido.

Haciendo referencia explícita a la experiencia urbana y a esa relación entre lo articulado y lo vivido Duhau y Giglia (2008) sostenían:

“La noción de experiencia puede considerarse como el lado dinámico de la cultura, o como una forma de ver a la cultura urbana en su concreta actualización por

parte de diferentes sujetos y sus múltiples maneras de vivir y ser parte de la metrópoli” (pp. 21).

Ahora bien ¿cómo captar ese lado dinámico de la cultura? ¿Cómo acercarnos a esas maneras diferentes de vivir y ser parte de la ciudad? En un trabajo reciente que nos ayuda a pensar las dimensiones involucradas en el estudio de la experiencia urbana, Oliver Mongin sostenía que la *condición urbana*

“designa tanto un *territorio específico* como un *tipo de experiencia* de la que la ciudad es, con mayor o menor intensidad según las circunstancias, la condición de posibilidad. Multiplicadora de las relaciones, aceleradora de los intercambios, la ciudad acompaña la génesis de valores calificados de urbanos. Es por ello que, más allá del aspecto físico de la aglomeración espacial circunscripta por un territorio y sus límites, por un adentro y un afuera, la experiencia urbana remite aquí a tres tipos de experiencias corporales que enlazan lo privado y lo público, lo interior y lo exterior, lo personal y lo impersonal” (2006: 31; las cursivas son mías).

La condición urbana supone, en primer lugar, dos componentes: un territorio específico (la ciudad) y un tipo de experiencia de la cual la ciudad es condición de posibilidad, pero que no se (con) funde con la ciudad. De este modo, para el análisis de la experiencia urbana es necesario introducir dos distinciones analíticas complementarias. Por un lado, la distinción propuesta por Setha Low entre *producción social del espacio*, que remite a “los procesos responsables por la creación material del espacio donde se combinan factores sociales, económicos, ideológicos y tecnológicos” y *construcción social del espacio*, que “define la experiencia del espacio por medio de la cual las personas intercambian, recuerdan, imaginan y usan diariamente el marco material, transformándolo y dándole sentido” (Low y Lawrence-Zúñiga, 2003: 20; traducción propia). La experiencia urbana no se agota en los procesos de producción del espacio; es imposible, entonces, “reducir la ciudad a las medidas políticas urbanas”, por el contrario “urbanidad designa más el trabajo de la sociedad urbana sobre sí misma que el resultado de una legislación o de una administración”¹² (Joseph, 1988: 28).

¹² Ya se trate de las grandes escenificaciones espaciales del poder (Signorelli, 1999), de la cuadrícula del espacio para el ejercicio capilar del poder (Foucault, 1989), de la autoproyección espacial de un sector social (el liberalismo austriaco y la remodelación de Viena analizada por Schorske, 1981), de la planificación del trazado urbano (como el caso de Buenos Aires investigado por Gorelik, 1998), de la instauración del localismo como política para generar una identidad local a partir de un territorio (el caso español analizado por Ruiz Ballesteros, 1999), o de la gestión de la ciudad para posicionarla en la red de flujos globales (las ciudades globales analizadas por Sassen, 1999; los procesos de gentrificación investigados por Zukin, 2000), *la vida urbana es irreductible a tales procesos de producción del espacio*, aunque se encuentra condicionada por los mismos.

Por otro lado, la distinción entre la ciudad y lo urbano que, aunque con variantes, ha sido sostenida por diversos autores (Lefebvre, 1969; de Certeau, 2000; Silva, 2000), donde mientras *la ciudad* hace referencia a la forma, la materialidad, *lo urbano* refiere a las relaciones, las prácticas, los usos. Vale señalar (con Mongin) que la distinción no supone escisión ni autonomización de ninguna de las dos dimensiones. Como tempranamente advirtió Lefebvre “la vida urbana, la sociedad urbana, en una palabra, “lo urbano” no pueden prescindir de una base práctico-sensible, de una morfología” (1969: 67). El desafío es, pues, pensar sus relaciones recíprocas. Indagar en la experiencia urbana supone, entonces, analizar la relación entre el espacio urbano y las representaciones y las prácticas de los actores sociales en y sobre dicho espacio; es decir, implica indagar tanto el lugar que el espacio ocupa como condición de posibilidad y condicionante de la experiencia social así como el papel de dicha experiencia en la construcción del espacio urbano, prestando atención a los modos de representarlo, habitarlo, transitarlo.

En segundo lugar, una vez realizada la distinción entre ciudad y experiencia, Oliver Mongin cualifica el tipo de experiencia a la que se refiere, la cual nos dice se vincula con los *modos de entrelazar* lo privado y lo público, lo interior y lo exterior, lo personal y lo impersonal. En su trabajo Mongin propone al respecto una metáfora: la experiencia urbana como “pliegue” cuyas posibilidades extremas son el “despliegue” o el “repliegue” en el espacio. Siguiendo a Simmel (2001) podemos pensar que la experiencia urbana remite, entonces, tanto a los límites como a las relaciones, a operaciones de separación y a operaciones de unión. Separar y ligar aparecen como operaciones complementarias y constitutivas de los modos de simbolizar, habitar el espacio y vincularse con los demás. Así, pensamos que una vía útil para conocer y caracterizar los modos de experimentar el espacio es analizar las maneras en que los actores sociales distinguen y a la vez vinculan el adentro y el afuera, el interior y el exterior, lo público y lo privado, la mismidad y la otredad, y esto supone identificar tanto los límites y los umbrales (operaciones de separación de ámbitos y prácticas) como los puentes y pasajes (operaciones de conjunción de tales ámbitos y prácticas disímiles). ¿Qué atributos, ámbitos y categorías son socialmente relevantes en el espacio urbano y funcionan como límites sociales? ¿Cuándo y en qué condiciones se entrelazan y comunican? Con fines analíticos pensamos en un conjunto de oposiciones o *ejes metafóricos* (Silva, 2000) relevantes para los actores sociales (adentro-afuera, nosotros-otros, etc.) y a la *experiencia urbana* como el modo de vincular, no sin tensiones y contradicciones, y de manera cambiante según los actores sociales involucrados, los contextos y las situaciones de interacción, tales oposiciones (Segura, 2007, 2009 a). Aquí son pertinentes dos interrogantes que la investigación intentará

develar. Por un lado, ¿cómo impactan las características materiales y simbólicas del espacio en la experiencia urbana?¹³ Por el otro, se puede suponer que distintos grupos sociales, en base a sus condiciones de vida y posiciones socio-espaciales, vinculan de modo diferente tales oposiciones: ¿qué papel juegan distintas condiciones como la segregación, la procedencia, la clase y el género en la experiencia urbana?¹⁴

Simultáneamente es importante remarcar que la experiencia urbana, en tanto práctica social de separación y entrelazamiento, es *una experiencia espacio-temporal*. La muestra más elemental de esto radica en la constatación de que el uso (circulación, paseo y/o apropiación) de un determinado espacio requiere del consumo de tiempo.¹⁵ Por lo mismo, ambas categorías estarán inextricablemente vinculadas en este trabajo. Tiempo remite aquí a la historia material del proceso urbano de creación y transformación de la ciudad, pero también a la temporalidad de la acción (momentos), al ritmo de la vida urbana (velocidades) y al tiempo presente en los relatos de los actores (antes/ahora).¹⁶ Es en gran medida por esta cualidad espacio-temporal de la experiencia urbana que, si bien no puede verse la sociedad fuera del espacio, a la vez hay que tener presente que nunca se puede buscar una articulación plena entre espacio y sociedad, no existe la articulación plena entre espacio y sociedad. Y el tiempo (tanto en términos de proceso histórico como de temporalidades sociales diferenciales) es la dimensión clave para que estas relaciones plenas sean imposibles: trabajaremos, entonces, sobre conexiones no articuladas plenamente, conexiones fragmentarias entre la experiencia del tiempo, la experiencia del espacio y la experiencia social. En definitiva, no hay ninguna sociedad que esté plenamente articulada consigo misma.

¹³ Mongin señala que mientras la paradoja de la ciudad moderna es la de un espacio claramente delimitado, abierto y finito que permitía infinitas operaciones, en el mundo de la posciudad, del urbanismo generalizado, la ausencia de límites conduce a la fragmentación, haciendo casi imposibles los intercambios. Desde su perspectiva la (pobre) experiencia urbana actual se debe al predominio de los flujos sobre los lugares, lo privado sobre lo público y la protección sobre el conflicto.

¹⁴ Donzelot (2007), evitando caer en el dualismo incluidos / excluidos, ha hablado de la ciudad de las “tres velocidades” donde se ponen en relación formas espaciales, condiciones socioeconómicas y modos de habitar: periurbanos (alta movilidad y protección), relegados (inmovilidad e inseguridad) y gentrificación (ubicuidad).

¹⁵ Michel de Certeau (2000) es quien más claramente distinguió entre lugar y espacio, donde mientras *lugar* remite a un orden en el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia, implicando cierta estabilidad, hay *espacio* cuando se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable tiempo. De esta manera el espacio es el lugar practicado, lo que implica reconocer que las prácticas no se localizan sino que “espacializan”, es decir, en su uso del lugar por medio del consumo de tiempo producen espacio.

¹⁶ Una investigación que se aboca a indagar el lugar del tiempo en la experiencia de la ciudad de Porto Alegre se encuentra en *O tempo e a cidade*, de Ana Luiza Carvalho da Rocha y Cornelia Eckert (2005).

Quizás por esto más adelante en su trabajo Mongin avanza en su caracterización de la experiencia urbana y sostiene que “*la ciudad entendida como experiencia urbana es polifónica*”. Al respecto, sostiene:

“Es ante todo *una experiencia física*, el deambular del cuerpo en un espacio donde predomina la relación circular entre un centro y una periferia. La experiencia urbana es luego *un espacio público* donde los cuerpos se exponen y donde puede inventarse una vida política mediante la deliberación, las libertades y la reivindicación igualitaria. Pero es también *un objeto que se mira*, la maqueta que tienen ante sus ojos el arquitecto, el ingeniero y el urbanista, una construcción y hasta una maquinaria, sometida de entrada a los flujos de la técnica y a la voluntad de control del Estado” (2006: 32; las cursivas son mías).

Analizar la experiencia urbana supone, así, el *trabajo sobre registros diversos y distintas entradas a la ciudad* que, como dijimos anteriormente, sumados entre sí no forman una totalidad. La experiencia urbana refiere aquí, simultáneamente, a tres cuestiones interrelacionadas:

- la ciudad como *objeto que se mira*, un espacio de representación.
- la ciudad como *experiencia corporal*, que supone tanto el límite separa como el desplazamiento que conecta el interior con el exterior.
- la ciudad como *experiencia pública* de vincularse con otros.

5- Plan de tesis

La presente tesis se divide en tres grandes secciones; en cada una de ellas se aborda una de las *tres dimensiones constitutivas* de la ciudad de La Plata entendida como experiencia urbana a partir del *análisis de fuentes y tipos de registro diversos*. Así, cada una de las distintas “entradas” al problema de la experiencia urbana se detiene específicamente en una de esas dimensiones, denominadas por la operación predominante (representar, habitar, transitar), a las que se accede a partir del trabajo con registros y materialidades distintas como productos culturales, dibujos, relatos, observación y descripción etnográfica, entrevistas, análisis de medios. A la vez, existe cierta *recursividad* que hace que cada una de las secciones remita a las otras y se iluminen mutuamente, complejizando la comprensión del objeto analítico.

La primera parte de la tesis, denominada “Representar. Las imágenes de la ciudad”, se acerca a *la ciudad como espacio de representación*. Se trata de dos capítulos y un *excursus* en los cuales, además de caracterizar a la ciudad de La Plata, se trabaja no sólo con las “representaciones del espacio” producidas por especialistas como urbanistas, arquitectos e ingenieros sino que, a partir fundamentalmente del análisis de dibujos de la ciudad realizados por sus habitantes, se busca conocer los “espacios representacionales”

en los que viven. Dicho análisis permite identificar el peso tanto del espacio construido como de las categorías espaciales socialmente disponibles para representar la ciudad, a la vez que las diferencias obtenidas en los modos de representar la ciudad permiten elaborar hipótesis interpretativas sobre el efecto de la procedencia, el tiempo y el lugar de residencia en los modos de experimentar la ciudad. Así, las representaciones de la ciudad no se ponderan en cuanto a su mayor o menor adecuación a “la realidad”, sino en tanto brindan indicios sobre diferentes experiencias urbanas.

La segunda parte de la tesis, denominada “Habitar. La ciudad vivida desde la periferia” se aboca al estudio de los sentidos y las prácticas involucradas en el proceso de habitar el espacio urbano. Debido a un conjunto de cuestiones singulares de La Plata, se decidió realizar un estudio detallado de una parte de su periferia. Se trata de la parte más clásicamente etnográfica de la tesis, resultado de un trabajo de campo prolongado en ese espacio residencial, que se tradujo en tres capítulos sucesivos, dedicados cada uno al estudio de aspectos específicos de la experiencia de habitar la periferia. Mientras el primer capítulo se detiene en una caracterización de ese sector de la periferia de la ciudad y, fundamentalmente por medio de las narraciones de sus pobladores, se reconstruye su historia, lo que permite hablar del habitar la periferia como una “experiencia común”, el segundo capítulo trata de entender desde la perspectiva nativa la lógica que ayuda a comprender porqué personas que han atravesado experiencias similares se perciben como grupos distintos y se vinculan a partir de tales clasificaciones. Cierra esta segunda parte de la tesis un capítulo abocado a analizar la experiencia de la segregación, es decir, la relación que los habitantes de la periferia establecen con la ciudad. Se desprende del mismo la propuesta de una “estructura de interacción” dominante en el modos en que los habitantes de la periferia tienen de circular por la ciudad, prestando asimismo atención a las diferencias de género y edad.

Por último, la tercera parte de la tesis, denominada “Transitar. El espacio público de la ciudad: matrices y relaciones”, se detiene en el análisis del espacio público urbano de la ciudad. La preocupación de esta sección es indagar puntualmente en las relaciones de tránsito en el espacio urbano, es decir, la experiencia de vincularse con otros que son espacialmente próximos y socialmente distantes. Esta última parte se divide en dos capítulos. Mientras en el primero, a partir específicamente del análisis de relatos de miedo, se muestran modos de segmentar y vincular los distintos espacios de la ciudad y de relacionarse con la alteridad en el espacio público, en el segundo capítulo se analiza un acontecimiento urbano donde estas representaciones son puestas en acto, permitiéndonos observar la estructura de interacción delineada en la segunda parte de la tesis.

Representar, habitar, transitar. Tres vías diferentes para caracterizar un objeto complejo: no la ciudad (repetimos, las distintas entradas no recomponen una totalidad) sino la experiencia urbana de una ciudad. Así, cada parte enfatiza una dimensión constitutiva de la experiencia urbana y pone en diálogo los datos producidos en el campo con teorías disponibles en las ciencias sociales sobre la cuestión, presentando en cada una de las secciones discusiones específicas que emergen de dicho diálogo; y, a la vez, cada parte remite a las otras, reiterándose muchas veces los mismos actores y los mismos espacios, siendo posible identificar conexiones y resonancias entre lo que se trata en cada una de ellas, conexiones y resonancias que –esperamos- permitan una comprensión más profunda de la experiencia urbana.

Cierran la tesis las conclusiones donde, a partir de la integración y el diálogo entre los resultados obtenidos, se proponen tres ejes para la indagación de la ciudad, y se reflexiona sobre la experiencia urbana contemporánea y su lugar en los estudios sobre la ciudad.

Primera Parte

Representar.

Las imágenes de la ciudad

CAPÍTULO I

LA PERSISTENCIA DE LA FORMA

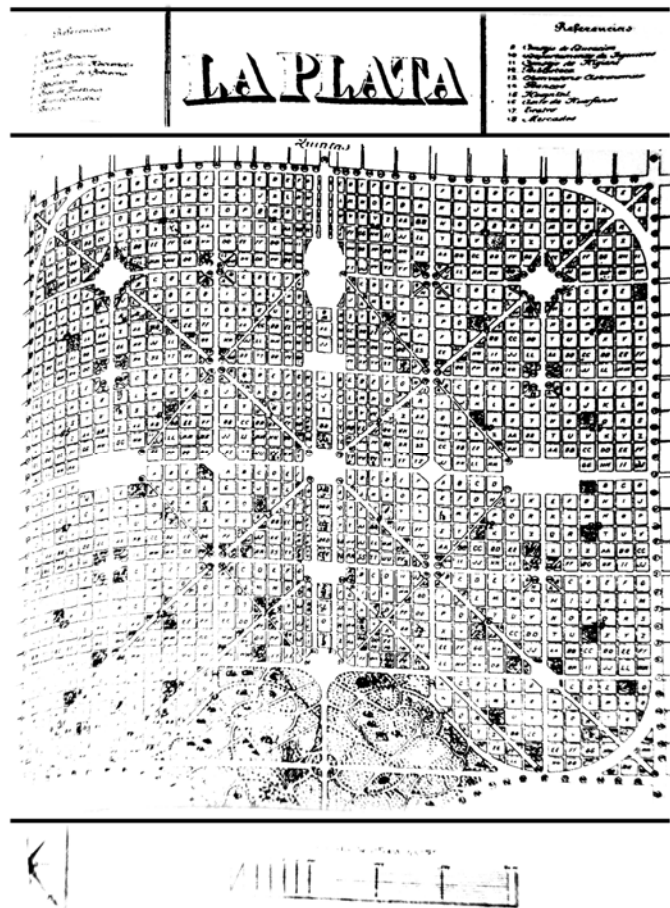
Forma, historia y representaciones de la ciudad

“Las utopías son los lugares sin espacio real. Son los espacios que entablan con el espacio real una relación de analogía directa o inversa. Se trata de la misma sociedad en su perfección máxima o la negación de la sociedad, pero, de todas suertes, utopías con espacios que son fundamental y esencialmente irreales”

Michel Foucault, Los espacios otros

1- Esto no es una ciudad

Quizás sea conveniente decirlo desde un comienzo:



Plano fundacional de la ciudad, obra de Dardo Rocha y Pedro Benoit

¡Esto no es una ciudad! Como sostenía Michel Foucault contraponiendo las utopías a las heterotopías:

“El espacio que habitamos, que nos hace salir fuera de nosotros mismos, en el cual justamente se produce la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo y de nuestra historia, este espacio que nos consume y nos avejenta es también en sí mismo un espacio heterogéneo. En otras palabras, no vivimos en una especie de vacío, en cuyo seno podrían situarse las personas y las cosas. No vivimos en el interior de un vacío que cambia de color, vivimos en el interior de un conjunto de relaciones que determinan ubicaciones mutuamente irreductibles y en modo alguno superponibles” (1967: 2).

Y, sin embargo, aún reconociendo con Foucault que la ciudad no puede ser comprendida como “vacío”, escenario de las prácticas sociales, ni como “modelo”, maqueta del pensamiento proyectual, sino que se trata de “un espacio heterogéneo, socialmente producido por una trama de relaciones, materialización compleja de la cambiante textura de las prácticas sociales” (Gorelik, 2004: 270), en el caso de la ciudad de La Plata parece imposible no comenzar por aquí, por su proyecto, el diseño fundacional, que antecedió a la ciudad y que como intentaremos mostrar en este capítulo, más allá de las transformaciones y alteraciones, guio su construcción, fue y es el contrapunto ineludible a la hora de realizar valoraciones y diagnósticos acerca de la ciudad, y tiene especial relevancia en el modo en que sus habitantes la imaginan y la viven.

No se trata aquí de escribir una historia de la ciudad. Tampoco de realizar un tratado acerca de su diseño urbano. Nos interesa, en cambio, trabajar tanto sobre algunos aspectos del devenir urbanístico de la ciudad como sobre algunas de las representaciones que se han elaborado acerca de la misma en dicho devenir. Ambas, soporte material y representaciones forman parte constitutiva de la vida urbana. Pero no la agotan. En definitiva, aquí presentaremos el escenario donde se desarrolla la vida urbana, para posteriormente desplazarnos a la vida misma, que no puede prescindir ni del soporte material ni de las representaciones y significaciones otorgadas al mismo, pero que no se reduce ni a aquel ni a éstas porque, en definitiva, los excede.

Así, en este capítulo -y en el siguiente- nos mantendremos en cuestiones vinculadas a lo que Lynch (2006) denominó *imagen de la ciudad* o, en términos de Frisby (2007), pensaremos la ciudad como *espacio de representación*. Con representaciones sociales nos referimos a fenómenos complejos, compuestos por diversos elementos que a veces son estudiados de manera separada: informativos, cognitivos, ideológicos, normativos, creencias, valores, actitudes, opiniones, imágenes, etc. Las representaciones sociales “circulan en los discursos, en las palabras, en los mensajes, en los medios de comunicación, cristalizadas en las conductas y las disposiciones materiales o espaciales” (Jodelet, 1991: 25).

Una ciudad, entonces, no se reduce a sus características materiales: edificaciones, plazas y parques, calles, avenidas y autopistas, infraestructura comunicacional y de servicios. Una ciudad involucra, también, la multiplicidad de discursos, imágenes, representaciones y relatos que elaboran aquellos que en ella viven, que les permiten establecer vínculos con el espacio urbano.¹⁷ “La ciudad y sus representaciones –escribió al respecto Gorelik- se producen mutuamente. No hay ciudad sin representaciones de ella, y las representaciones no sólo decodifican el texto urbano en conocimiento social, sino que inciden en el propio sentido de la transformación material de la ciudad” (2004: 12). Así, las representaciones tienen peso específico en las evaluaciones acerca de qué conservar de la ciudad, cuáles serían los usos deseables de sus distintos espacios, dónde intervenir y con qué sentido, qué demoler.

Sin embargo, las implicaciones recíprocas entre representaciones y ciudad, su –por llamarlo de alguna forma- dependencia mutua, no suponen identidad entre ambos términos. Como remarcó Sarlo

“entre la ciudad escrita y la ciudad real hay una diferencia de sistemas materiales de representación, que no puede ser confundida con frases fáciles como “la literatura produce ciudad”, etc. Los discursos producen ideas de ciudad, críticas, análisis, figuraciones, hipótesis, instrucciones de uso, prohibiciones, órdenes, ficciones de todo tipo. *La ciudad escrita es siempre simbolización y desplazamiento, imagen, metonimia.* Incluso en los casos excepcionales [como el de La Plata, agregamos nosotros] en que la ciudad real se ajusta a un programa previo, el desfase entre proyecto y ciudad es la clave misma del problema de su construcción. Escribir la ciudad, dibujar la ciudad, pertenecen al círculo de la figuración, de la alegoría o de la representación. La ciudad real, en cambio, es construcción, decadencia, renovación y, sobre todo, demolición” (2009:145; las cursivas son mías).

Por esto, la apuesta en este capítulo es movernos simultáneamente entre esos dos registros, esos dos sistemas materiales de representación, intentando pensar sus vínculos ineludibles: se trata, así, de no confundir analíticamente ciudad y representación, ni priorizar una ante la otra (las representaciones como reflejo mecánico de la ciudad; la ciudad como efecto lineal de una representación), sino de caracterizar el modo complejo en que se vinculan en contextos históricos específicos la ciudad y sus representaciones.

Específicamente en este capítulo intentaremos mostrar la tendencia dominante – impulsada en las últimas décadas por la política urbana local- a ligar de modo unívoco la ciudad con una representación específica de la misma: el plano fundacional de la ciudad;

¹⁷ En este capítulo trabajaremos fundamentalmente la relación entre plano fundacional y estructura urbana material, incluyendo las representaciones y las valoraciones que se elaboraron al comparar la distancia existente entre esta última con el primero; posteriormente, en el próximo capítulo, nos centraremos en las representaciones sociales que elaboran quienes viven cotidianamente la ciudad, lo cual implicará señalar algunas diferencias y críticas con la teoría de las representaciones sociales.

operación que implica, para decirlo en términos de Sarlo, desconocer el desplazamiento constitutivo entre ciudad y representación de la ciudad. Seguiremos, para esto, un conjunto de procesos históricos, urbanísticos y políticos que creemos se encuentran en la base de lo que hemos denominado *persistencia de la forma*, es decir, la tendencia dominante a pensar la ciudad dentro de sus límites fundacionales. Persistencia que no deja de resultar paradójica en una ciudad sujeta a diversos procesos de transformación (suburbanización, conurbación, segregación) y, por lo mismo, persistencia que no puede existir sin omitir como no ciudad a elementos constitutivos de la ciudad tal como la conocemos hoy.

Como adelantamos, no se trata de pensar la relación entre ciudad y representaciones en clave de la (in)adecuación de las segundas respecto de la primera, lo que supondría una teoría refleja (según los casos, transparencia o falsa conciencia) de las representaciones de la ciudad. Como sostuvo Beatriz Sarlo, incluso “frente a una representación realista, no se trata siempre de controlar si la ciudad real está adecuadamente captada por la ciudad escrita, sino qué significan las desviaciones entre una y otra”, adelantando la productiva hipótesis que trataremos en detalle en el próximo capítulo de que “las desviaciones indican el modo en que se piensa a la ciudad desde la experiencia o desde un ideal de ciudad” (2009: 147). Así, esos dos órdenes diferentes establecen relaciones complejas entre sí: la ciudad no se reduce a (ni, en principio, se confunde con) sus representaciones, a la vez que sólo es posible pensar y vivir la ciudad, estableciendo lazos de inteligibilidad con ella, a partir de representaciones que además, como señaló Gorelik, tienen efectos en los modos en que se transforma materialmente la ciudad.

2- Forma:¹⁸

El momento fundacional

Si para el pensamiento europeo el concepto de ciudad es bastante posterior a la existencia del “hecho urbano” (De Certeau, 2000), esta relación de orden temporal entre pensamiento acerca de la ciudad y hecho urbano se invierte en el caso de América. Como sostuvo Ángel Rama, desde la remodelación de Tenochtitlán hasta la inauguración de

¹⁸ Graciela Silvestri ha señalado que la noción de forma tiene una larga y compleja historia en los campos de la filosofía, por un lado, y de las artes y la arquitectura, por el otro. Mientras en el primero forma se vincula a la esencia conceptual que informa a la materia y es, en general, un a priori; en el segundo forma adquiere distintas significaciones como: lo que se da a los sentidos (opuesto a contenido), disposición de las partes (proporción, medida, orden, armonía) y límite o contorno de un objeto. Específicamente en la arquitectura la palabra “se aplica tanto en sentido genérico (la forma visible, *morphe*) como en sentido intencional (la voluntad de conformar algo que se percibe como informe” (2003: 37). En este capítulo *forma* remite —y se encuentra tensada— por estos dos usos: lo que se ve (límites, orden, simetrías) y la voluntad de informar, de dar forma.

Brasilia, “la ciudad latinoamericana ha venido siendo un parto de la inteligencia, pues quedó inscripta en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad pasó a ser el sueño de un orden y encontró en las tierras del Nuevo Continente, el único sitio propicio para encarnar” (1990: 9). Heredera y producto de este sueño es la ciudad de La Plata.

Las circunstancias históricas específicas de la fundación de la ciudad de La Plata son bastante conocidas. La historiografía argentina coincide en que el año 1880 inaugura, con la primera presidencia de Roca, un período histórico que va a extenderse hasta 1916, caracterizado por un país integrado al mercado mundial como exportador de materias primas provenientes del campo, conducido por una elite oligárquica terrateniente que pone fin a los enfrentamientos regionales que caracterizaron al territorio argentino desde la independencia y que, de esta manera, inicia la construcción de la Argentina moderna: integración al mercado mundial, inmigración masiva proveniente de Europa, consolidación de las fronteras y la administración nacionales, establecimiento de instituciones liberales. Para que esto sucediera la *federalización* de la ciudad de Buenos Aires fue una cuestión central. Al ceder la provincia de Buenos Aires su ciudad capital homónima al gobierno federal, fue necesario dotar de una nueva capital a la provincia. Luego de diversos estudios y discusiones, en lugar de designar capital de la provincia de Buenos Aires a una ciudad preexistente, se decidió *crear una nueva ciudad* (Romero, 2008).

Refiriéndose precisamente a la fundación de la ciudad de La Plata, en un artículo sugestivamente titulado *La Plata o el poder creador de la Argentina* el viajero francés Corvetto sostuvo en 1885 que “en ningún lugar del mundo el presente se transforma tan rápido en pasado; ayer el desierto, hoy un plano y jalones; mañana una ciudad” (1982: 73). La secuencia establecida por el lúcido viajero capta, en un fragmento, la esencia del acto fundacional: desierto-pasado, plano y jalones-presente, ciudad-futuro, y la aceleración del tiempo que permite pasar de uno a otro de los elementos de la secuencia con una velocidad no equiparable en otros lugares del mundo.

Quisiéramos señalar brevemente dos cuestiones que se condensan en este relato. En primer lugar, es posible identificar, combinadas y superpuestas, dos imágenes características de la modernidad señaladas por Berman (1989). Por un lado, identificamos la *imagen fáustica del desarrollo*, representada por los grandes proyectos donde convergen capitales, conocimientos y fuerza de trabajo para transformar aceleradamente la realidad social que, en este caso, como veremos más adelante, supone culturalizar la naturaleza o, si se quiere, civilizar el desierto. Por otro lado, en la modalidad en que esta transformación es implementada es imposible no identificar *el modernismo del subdesarrollo*, que Berman ejemplifica con la construcción de San Petersburgo, donde la modernización es impulsada

desde arriba, por el Estado, e importando modelos occidentales¹⁹. En segundo lugar, debemos señalar que hay algo contradictorio en la expresión “Conquista del Desierto” pues “a un desierto no es necesario conquistarlo, simplemente se lo ocupa” (Mandrini, 1998: 311). El territorio conquistado por Roca e inmediatamente incorporado a la producción no era un desierto. Sin embargo, al igual que los colonizadores españoles, se aplicó el principio de la “tabula rasa” (Rama, 1990: 10). De este modo se entiende porqué desde la perspectiva del cronista se construye sobre “el desierto”. En general, los dirigentes políticos y los pensadores latinoamericanos del siglo XIX definieron la especificidad latinoamericana negativamente y, de este modo, vieron en la herencia colonial –y precolombina- algo a superar. La fundación de la ciudad de La Plata es, entonces, la otra cara, simétrica y opuesta, de la “conquista del desierto”. Es una de las metáforas emblemáticas de una generación que pretendía estar fundando un Estado y una nación desde la nada, a partir de una radical ruptura con el pasado.

El trazado fundacional

Entre sus antecedentes más célebres se encuentran tanto las intervenciones urbanísticas europeas llevadas a cabo por Haussmann en París durante el imperio de Napoleón III (Berman, 1989) y la construcción de la Ringstrasse de Viena por los liberales austríacos (Schorske, 1981) como las nuevas ciudades americanas, como el caso de la construcción de Washington. Sin embargo, más allá de las filiaciones que es posible establecer, el diseño escogido para la nueva ciudad, obra de Dardo Rocha y Pedro Benoit, representa una síntesis de diversas ideas vigentes a fines del siglo XIX acerca del urbanismo (Garnier, 1992 a; CEPA, 1997). En el plano fundacional se combinan elementos de la ciudad ideal del Renacimiento en tanto que fue pensada como una obra acabada; los espacios públicos, las diagonales y la representación física del poder en un eje monumental manifiestan una influencia barroca; la preocupación por la circulación y los espacios verdes proviene del higienismo y de la racionalidad de la ciudad industrial del siglo XIX; y por último, se conservó la cuadrícula, elemento tradicional del urbanismo en América Latina.

¹⁹ Algunos datos que ejemplifican la existencia combinada de estas imágenes específicamente modernas. La construcción de la ciudad fue financiada de manera exclusiva por el Estado y la misma fue levantada en tierras estatales. Además, su “gigantismo” es inocultable para la época y para la sociedad que emprendía tal obra: se llamó a concurso internacional para la presentación de planos de los edificios públicos; para la ejecución de los trabajos se tendieron tres líneas férreas y se crearon más de cien hornos de ladrillos; fue la primera ciudad argentina con alumbrado público eléctrico; y antes de 1890 contaba con 17000 habitantes.

El formalismo, expresado en la centralidad dada a las preocupaciones por la geometría y la simetría, es la característica fundamental del trazado fundacional. El diseño original de la ciudad consiste en un cuadrado de 40 por 40 manzanas –cada lado de la cuadrícula posee 5196 metros de extensión–, claramente delimitado por una avenida de circunvalación de 100 metros de ancho cuya función era separar el centro de la periferia, lo urbano planificado de lo rural. Al interior del cuadrado predomina la disposición en cuadrícula, una geométrica trama ortogonal con avenidas cada seis cuadras, en cuya intersección se encuentran espacios verdes (plazas y parques) equidistantes. Dos diagonales principales y otras seis secundarias procuran dar agilidad a la circulación por el cuadrado y conectan el centro de la ciudad con la periferia. Un eje monumental que corre a lo largo de las avenidas 51 y 53 divide simétricamente al cuadrado fundacional y en él se encuentran emplazados el Bosque, la plaza San Martín alrededor de la cual está simbolizado el poder provincial (Casa de Gobierno y Legislatura), el Teatro Argentino, la plaza Moreno alrededor de la cual se enfrentan la Municipalidad y la Catedral, la plaza Islas Malvinas y el Parque San Martín. Este eje, perpendicular al río de La Plata, además de distinguir los espacios públicos de los privados, conecta simbólicamente el puerto con la pampa, cuya mediación era la ciudad misma.

Orden y equilibrio son las dos ideas que se traducen en el trazado fundacional: la ciudad como “una máquina urbana, en la que no se puede agregar ni sacar un engranaje” (Garnier, 1992 a: 102). Preocupación por la circulación (avenidas y diagonales), por lograr un equilibrio entre el espacio construido y el espacio verde (espacios verdes equidistantes; avenidas y boulevares con ramblas arboladas), por diferenciar claramente espacios públicos de espacios privados (eje monumental donde se localizan los edificios públicos, que divide en dos partes simétricas al trazado fundacional), por separar lo urbano de lo rural (avenida de circunvalación). Inclusive, la búsqueda de racionalidad pretendió llegar hasta la experiencia espacial de la ciudad: idealmente, su previsibilidad era total, al punto de sustituir las referencias espaciales y socioculturales por un razonamiento matemático y mecánico para orientarse en la ciudad.

En 1879 Julio Verne publicó *Los quinientos millones de la Begún*, una novela en la cual su personaje central, el doctor Sarrasin, se embarca en la construcción de France Ville, con la finalidad de contribuir al mejoramiento de la salubridad en las aglomeraciones urbanas de todo el mundo. Esta ciudad modelo, imaginariamente levantada en el territorio americano sobre una llanura despoblada, poseía una traza regular, calles numeradas, cruzadas en ángulo recto y de las que se diferenciaban algunas más anchas denominadas avenidas, ubicadas cada medio kilómetro, arboladas y con jardines en sus intersecciones.

No resulta extraño que tres años más tarde, por el hecho de compartir el carácter fáustico de su construcción, similitudes formales, finalidades higiénicas y dimensiones utópicas, se relacionara la ciudad de Julio Verne con la ciudad de Dardo Rocha (Vallejo, 2001); asociación que, según la distancia entre plano y ciudad que identificaron los distintos observadores de los primeros pasos de su construcción, funcionó como estigma (la ciudad como una muestra más de lo utópico como lo irrealizable) tanto como distinción (la ciudad como materialización de la utopía). En 1889, en la Exposición Internacional de París, el trazado de La Plata obtuvo reconocimiento internacional al ser premiado con la medalla de oro.

Esto no es una ciudad, decíamos. Sin embargo, desde sus inicios es posible identificar la tendencia a perder de vista la diferencia entre diseño y ciudad y, más aún, a tomar al primero por la segunda. La preeminencia del diseño por sobre la ciudad se evidencia desde los primeros pasos que se dieron para la fundación de la ciudad. De hecho, lo último que se conoció fue la localización exacta –Lomas de Ensenada- en la cual se comenzó a construir la nueva ciudad. Y la fecha de fundación de la ciudad, 19 de noviembre de 1882, en realidad corresponde al día en que se colocó la piedra fundamental en lo que según el plano fundacional sería luego el centro geométrico de la ciudad, la actual plaza Moreno, punto donde se cruzan imaginariamente las dos diagonales principales del diseño entre sí y con las avenidas 51 y 53 y la avenida 13, y alrededor de la cual se encuentran el palacio Municipal y la Catedral. Ese día, en un palco montado en medio de la pampa, se repartían como *souvenirs* entre los presentes pañuelos de seda con la reproducción del trazado fundacional, adquiriendo de este modo temprano valor iconográfico. Como señalan acertadamente Gandolfi y Gentile “difundir la planimetría era una de las pocas alternativas para esa ciudad de la cual, en definitiva, sólo se conocía ubicación, trazado y el proyecto de una media docena de edificios públicos ubicados estratégicamente sobre un tablero”. De este modo, la celebración del trazado urbano adquirió una dimensión propia aún antes de fundada la ciudad, tornándose plausible “la identificación de una ciudad prácticamente sin existencia física (puro gesto político, expediente administrativo) con una imagen previa de lo que sería” (Gandolfi y Gentile, s/r).

¿Qué motivó a los fundadores a encerrar el cuadrado perfecto de La Plata en una avenida de circunvalación, tan fácilmente rebasable sobre el plano infinito de la pampa? ¿Fue el equilibrio de la razón o la desolación de la planicie eterna que los obligó –como hoy nos obliga a nosotros- a buscar límites imposibles?

Juan Carlos Pérgolis

La pampa, la continuidad sin límites de la llanura, es así la superficie natural, incivilizada e informe sobre la cual se imprimirá la cultura, la civilización, la forma. Dilema principal del culturalismo argentino decimonónico: cómo informar –dar forma- a la pampa. Era precisamente en la ausencia de obstáculos y de límites característico de la pampa donde radicaba para el culturalismo del siglo XIX la paradoja de la ciudad argentina.

“La cuadrícula intenta llenar el vacío de la pampa, intenta fundar ciudad sobre la nada. Porque ve la naturaleza como amenaza material y cultural, funda una forma abstracta, homogénea, regular: pura cultura (...) pero en esa regularidad el culturalismo denuncia el triunfo de la naturaleza (...) porque lo que aparece como principal abstracción es la propia inmensidad de la llanura, su ausencia de organicidad” (Gorelik, 1998: 34).

Si la ciudad “realizaba” los designios de la pampa al prolongar indefinidamente un trazado en cuadrícula que no encontraba obstáculos para su expansión, es para conjurar este peligro que en el plano fundacional la cuadrícula tiene límites claros y precisos, definiendo un adentro y un afuera que delimitan lo urbano y lo rural, la ciudad y la pampa, la cultura y la naturaleza.

Leer la sociedad en las formas urbanas. Destruir formas si la sociedad se ha transformado. Producir nuevas formas para cambiar la sociedad existente. Para este pensamiento, entonces, ciudad y sociedad se relacionan más o menos directamente: los cambios en la sociedad se traducen en la ciudad y, precisamente por esto, modificar la ciudad puede ser un modo eficaz de transformar la sociedad.²⁰ La ciudad aparece así como un artefacto material, cultural y político por medio del cual se puede intervenir en los

²⁰ Como venimos señalando, esta actitud corresponde a una tradición de pensamiento para la cual “la realidad territorial y urbana es maleable a las ideas en este vacío sudamericano que la naturaleza y la historia habrían brindado como ofrenda a la voluntad fáustica de la modernización occidental. Se trata de una línea persistente que conecta la mística constructiva de mediados del siglo XIX con la del desarrollismo un siglo después (...). La representación de modernidad crea realidad urbana y ella refuerza la representación de un ideal de la nación”. Modo específico de relación entre ciudad y representación que la tradición crítica invirtió “interpretando el poder de las representaciones como ilusión o como falacia, como representaciones del poder” (Gorelik, 2004: 262).

modos como se vinculan ciudad y sociedad, forma y política. Veamos brevemente los sentidos atribuidos a las formas.

La cuadrícula y sus sentidos

“Al igual que la cuadrícula de la ciudad romana, el plano de Nueva York se superponía sobre un territorio en buena medida vacío, una ciudad planeada antes de ser habitada. Si los romanos consultaban los cielos en busca de guía, los padres de la ciudad de Nueva York consultaron a los bancos”

Richard Sennett

“No hay nunca diseño físico que tenga un significado perenne –escribió Richard Sennett. Como cualquier otro diseño, las cuadrículas se convierten en lo que cada sociedad quiere que represente” (2005: 2) Así, mientras los romanos establecían un centro producto de la intersección de los dos ejes o calles principales y un límite o perímetro amurallado, creciendo entonces la ciudad dentro de sus límites, desde el centro hacia el perímetro amurallado, la cuadrícula moderna (cuya modelo paradigmático es la ciudad norteamericana) no tiene límites y se extiende por la acumulación de los bloques a medida que crece la ciudad. Si, siguiendo a Sennett, sabemos que los romanos consultaban a los cielos y los planificadores de New York hicieron lo propio con los bancos, nos podríamos preguntar a quiénes consultaron los fundadores de La Plata, qué finalidad plasmaron en su plano, qué sentidos se expresan en sus formas.

Sin lugar a dudas, intentar establecer los sentidos que en un momento histórico particular adquieren determinadas formas nos coloca ante una dificultad interpretativa mayúscula²¹, donde la respuesta a estos interrogantes debe ser histórica antes que teórica. Y, si bien no es nuestra intención emprender aquí tal tarea, en este punto convendría señalar brevemente algunas cuestiones, para lo cual nos será de utilidad el siguiente relato.

Luego de recorrer la ciudad en 1885 y maravillarse por sus calles rectas, diagonales y avenidas, sus boulevares y sus anchas veredas, el bosque, los edificios públicos y los modernos servicios con los que estaba dotada, Domingo F. Sarmiento, uno de los más fervientes promotores del modelo de “ciudad nueva” para Buenos Aires, es decir, una

²¹ Esto se manifiesta de manera clara en los debates sobre la ciudad de Nueva York. En el caso puntual de esta ciudad, la expansión ilimitada de la grilla de manzanas ha sido generalmente asociada al mercado y la inversión inmobiliaria, como está implícito en el epígrafe de Sennett (1997) que abre esta sección y en la idea afín del propio Sennett (2002) de la grilla norteamericana como ética protestante del espacio o espacio neutralizado y homogeneizado, sujeto a racionalidad instrumental. Esta lectura de Weber por parte de Sennett ha sido puesta en cuestión por Gorelik (1998) quien ha señalado que, también desde una perspectiva weberiana, podría pensarse a la grilla como la manifestación de la voluntad estatal de construir una ciudad en la que el mercado encuentra un reverso necesario en el espacio público.

ciudad que saliera de sus límites históricos, opuesto al modelo largo tiempo dominante de “ciudad concentrada”, es decir, una ciudad que se construye siempre sobre sí misma, modelo expresado en el intendente prototípico de Buenos Aires, Torcuato de Alvear y sus obras (plaza de Mayo, Avenida de Mayo, etc.),²² sostuvo que “La Plata es el pensamiento argentino, tal como viene formándose e ilustrándose hace tiempo, sin que nadie se de cuenta de ello” (1982: 69). Y concluyó:

“Me despido de La Plata revivido, reconfortado, pues antes de ver lo que somos, y poder conjeturar lo que seremos cuando se acaben de *derrochar tierras públicas*, ya que no podemos derrocarlas, dudaba de la fuerza vegetativa y de los progresos morales y sociales que hacemos, para *salir del molde colonial* que en La Plata ha sido dejado, para *inventar habitantes con moradas modernas*” (1982: 71; las cursivas son mías).

El fragmento es instructivo en varios sentidos. En primer lugar no se debería perder de vista que la cuadrícula en latinoamérica tiene una profundidad temporal que la vincula, antes que a la grilla norteamericana, a la colonia española. Sin embargo, esta persistencia histórica de la cuadrícula no debería impedir reconocer que también ha sido un instrumento de reforma moderno, como ha mostrado Gorelik (1998) para el caso de la metropolitización de Buenos Aires. Generalmente, subyace a la valoración de una determinada forma un modelo de ciudad. Así, en el relato referido, Sarmiento contrasta el molde colonial, la cuadrícula de calles angostas, con el trazado cuadrangular moderno de La Plata: calles anchas, avenidas, diagonales; la cuadrícula y el trazado, en este último caso, se vinculan a la modernidad. En segundo lugar, tanto por la forma de utilización de la tierra como por el agente que emprende la construcción de la ciudad, parece claro que en el trazado de La Plata no primó una racionalidad de mercado; al contrario, es la política pública la que crea un mercado pero imponiéndole límites referidos a la uniformidad y regularidad de la ciudad. Antes que el rédito económico (rédito que, dicho sea de paso, no es mal visto por Sarmiento, quien cuestiona el derroche de tierras públicas), el trazado expresa la representación del poder político, por un lado, y la igualación de la grilla y la posibilidad de comunidad del parque, por otro. Dimensión pedagógica de la ciudad que es posible rastrear en una matriz política que se remonta a *Utopía* de Moro: la forma urbana

²² Gorelik señala que los modelos de “ciudad nueva” y “ciudad concentrada” coinciden en la doble ambición de homogeneidad y equidad, control y contención, disintiendo en cambio radicalmente en la clase de relación estado/ sociedad que debe producirla y sobre cómo generar un mercado y un espacio público que la garanticen. “Por eso –escribe– la creación de La Plata coincidirá tan bien, en un primer momento, con todas las expectativas acerca de cómo debe ser una ciudad “moderna”, porque parece realizar ambos modelos de ciudad ideal: en un caso, como la manifestación de la más pura creación cultural sobre la nada, con todos los beneficios de la modernidad sobre las preexistencias territoriales y sociales; en el otro, como una figura regular y acabada, definida por la voluntad pública, cuya geometría pura ofrece, por añadidura, un tamaño también ideal” (1998: 125).

como acceso pedagógico a la nueva forma social. La ciudad como una morada moderna en la cual inventar habitantes.

3- Transformaciones:

¿Cómo se plasmó el plano? Si el plano no es la ciudad ¿cómo fue y es la ciudad? Esta sección busca *temporalizar la transposición del plano* y las representaciones sobre la ciudad que acompañaron dicho proceso; es decir, lo que en el plano aparece sincrónicamente, como una forma acaba y cerrada, dada de una vez y para siempre, estable, implicó un proceso de trasposición al terreno, proceso atravesado por sucesivas transformaciones, vinculadas con representaciones que en la mayoría de los casos surgían de la relación entre la ciudad ideal (el modelo de ciudad expresado en el plano fundacional) y la ciudad real.

Se intentará entonces señalar aquí algunas tensiones existentes entre la ciudad ideal y la ciudad real en el curso del tiempo. De hecho, estas tensiones son identificables tempranamente durante el proceso de construcción de la ciudad. Podemos señalar aquí dos de las representaciones (hoy ya olvidadas y caídas en desuso) que emergieron en el curso del proceso de transposición del plano al terreno y que condensan esas tempranas tensiones.

En primer lugar, más allá del impacto de la modernidad del trazado y de la rápida puesta en construcción de edificios públicos monumentales, la arquitectura doméstica surgida vertiginosamente para acompañar el proceso de construcción de la ciudad se alejó de las normativas previstas. Estas establecían que la edificación privada sería con frentes de mampostería de no más de dos niveles sucedidos sin solución de continuidad sobre la línea municipal, conformando de esta manera un paisaje armonioso sólo alterado por los edificios públicos, más elevados, retirados del frente y rodeados de jardines. Esta imagen no se alcanzó tempranamente y su lugar lo ocuparon precarias y provisorias casillas portátiles, de madera, y separadas entre sí en medio de un espacio vacío. Por esta imagen de *far west* la denominación de *Ciudad yankee* fue la tempranamente utilizada por *El Nacional* para referirse a la ciudad (Vallejo, 2001). Al igual que la olvidada denominación, se trató, en efecto, de una “ciudad efímera” (Liernur, 1993), que actualmente nadie asocia con La Plata y de la que casi no quedan registros.²³ Como escribió Jorge Francisco Liernur sobre la Buenos Aires efímera que su propia investigación rescató del olvido:

²³ Analizando este período Bonastra (1999) contrasta la imagen de la fundación de la ciudad como "milagro de la historia", fundamentada en "la rápida ejecución del trazado del plano, así como la construcción de gran número de edificios en el corto periodo de seis meses", con las pésimas

“quizá no hemos reparado en esa ciudad porque no tuvo la fuerza necesaria como para marcar nuestra ciudad presente. Quizá no la hemos “visto” porque hasta hace pocos años estuvimos instalados en el *centro*, muy cerca del *poder* y de la *plaza*, y desde allí hemos mirado sólo unos monumentos siempre sólidos. Cuando nos desplazamos a la periferia, en cambio, las formas pierden sus perfiles nítidos, el orden se distiende y comienzan a advertirse los vacíos, los flecos, las flojedades. Pero también debió de ser nuestra forma de seleccionar y leer los documentos lo que fue volviéndola invisible” (1993: 178; las cursivas son del autor).

En efecto, lo que Liernur identifica como tendencia de la de mirara sobre la historia de Buenos Aires puede ser claramente aplicable para la historia de La Plata. En contraste con los propios actores de ese pasado, hoy las representaciones habituales de la ciudad están muy cerca del plano, del centro, de la plaza... en fin, del poder. Y, como veremos en esta tesis, en la propia forma de seleccionar, leer y mostrar la ciudad se tornan invisibles tanto la ciudad efímera pasada como la actual periferia.

En segundo lugar, luego de un primer momento de celebración del proyecto de construir una nueva ciudad, y fundamentalmente a partir de la crisis económica de 1890 que significó el estancamiento de las tareas de construcción de la ciudad, muchos visitantes y viajeros comenzaron a referirse a la ciudad con términos como *Necrópolis* o *Ciudad Muerta* debido al contraste existente entre trazado moderno, grandes edificios y luz eléctrica, por un lado, y casas dispersas, calles vacías y funcionarios públicos viajando al atardecer de regreso a Buenos Aires, por otro. Así, por ejemplo el francés Thèodore Child luego de reconocer en la fundación de la ciudad “uno de los fenómenos sociológicos más extraordinarios de nuestro siglo” escribe: “absolutamente desolado es el aspecto de esta gran ciudad de casas dispersas, en que cada calle termina bruscamente en una llanura abierta y desierta. Ahí hay de todo, dirán; sí, de todo, salvo habitantes y una razón de ser”,

condiciones de habitación y salubridad de la mayoría de la población, constituía por varones adultos que se desplazaron para levantar la ciudad, que cuestionaba los principios higienistas explícitos del proyecto fundacional. Al respecto sostiene: “A pesar de la premura en la construcción de nuevos edificios, éstos fueron de nuevo insuficientes para albergar el gran número de habitantes y se repitió, aunque en proporción menor que el descrito en Buenos Aires, el modelo de casas de inquilinato. Así pues, en 1885 ya contaba la recién nacida ciudad con 77 conventillos en los que vivían 2375 habitantes (...).El material de construcción era mayoritariamente la madera, siendo su proporción de tres a uno respecto de los de obra. Cabe añadir la proliferación de fondas y posadas de las que no tenemos datos sobre su ocupación, de todos modos éstas eran 95, de las cuales un tercio estaban construidas en madera. A este panorama debemos sumar la mala construcción de las viviendas y la absoluta falta de higiene, no sólo en el interior de las casas, sino en casi todo el municipio, hecho denunciado por algunos higienistas residentes en la ciudad”. Por esto, según este autor, “el “milagro de la historia” solamente era aplicable a la monumentalidad de sus edificios públicos y a la modernidad de sus servicios de tranvía, alumbrado eléctrico, etc. Una vez más, los problemas derivados de la segregación social y de la falta de calidad de vida de las clases menos favorecidas se hacían patentes en un proyecto, en principio, destinado a corregir los errores cometidos en el pasado”.

para concluir sosteniendo que se trata de una “ciudad incomprensible donde parece haber soplado un viento de locura” (1982: 25). Y no fue el único que vio y señaló estos contrastes. Angelo Scalabrini sostuvo en 1893 que se trataba de un *esqueleto de ciudad*, Francesco Scardin sostuvo en 1905 que “La Plata es una ciudad que duerme y espera” (1982: 30), Walter Larden habló de *ciudad muerta* en 1908 y Francois Clastre, en el mismo año, la denominó *Necrópolis*.

Ciudad yankee y ciudad muerta o necrópolis fueron así representaciones que coexistieron con aquellas que vinculaban la ciudad con la planificación, la racionalidad, la modernidad e, incluso, la perfección. De hecho, podemos decir -esquemáticamente²⁴- que ambos conjuntos de ideas acerca de la ciudad en sus inicios surgen del contraste entre el modelo de ciudad previsto y los resultados obtenidos en el proceso de transposición del plano al terreno.

Sólo hacia las décadas de 1920 y 1930 la ciudad adquiere su perfil definido de ciudad administrativa y universitaria, impulso este último que comienza con la conformación en 1905 de la Universidad Nacional de La Plata.²⁵ Fundamentalmente a partir de 1930 un conjunto de factores como el crecimiento poblacional, la suburbanización y el crecimiento periférico de la ciudad, y la edificación en altura debida a una insuficiente legislación y a la especulación transformaron la fisonomía de la ciudad e hicieron evidentes otras tensiones entre la ciudad ideal y la ciudad real.

²⁴ Decimos esquemáticamente porque cada una de las representaciones referidas tiene su trasfondo específico, vinculado a las posiciones sociales y políticas de quienes las sustentaban y los modelos de ciudad subyacentes que poseían, a partir de los cuales realizaban la valoración de lo que veían. Sin desconocer estas complejidades, aquí nos interesa señalar la coexistencia temprana de múltiples (y contrapuestas) representaciones y valoraciones de la ciudad, coexistencia que nos da pistas de la complejidad e historicidad del proceso de construcción de la ciudad y nos brinda elementos para señalar lo contingente de la persistencia de la forma que identificamos en la actualidad.

²⁵ Es necesario señalar dos tendencias complementarias. Por un lado, la tendencia (pasada y presente) a vincular de modo unívoco la ciudad con la universidad. Si bien es innegable la relevancia que desde su fundación en 1905 la universidad tiene para la ciudad, que muchos describen como “ciudad universitaria”, debemos remarcar que desde la perspectiva fundacional no se trató de crear una ciudad universitaria como habitualmente se cree, cuestión que puede “leerse” en el plano fundacional de la ciudad, donde no hay reservado para dicha institución ningún lugar específico ni significativo. Por otro lado, la tendencia complementaria a no pensar como parte de la ciudad a las localidades de Berisso y Ensenada, ambas preexistentes a La Plata y formalmente parte del partido de La Plata hasta 1956. Estas dos tendencias se pueden observar en las celebraciones por el cincuentenario de la ciudad en 1932, momento en el cual se exalta el “destino universitario” de la ciudad y se invisibilizan las localidades obreras de Berisso y Ensenada, que respectivamente correspondían en ese momento al polo frigorífico y al polo petroquímico más importantes del país.

Suburbanización

El proceso de suburbanización comenzó muy tempranamente por la preexistencia del poblado de Tolosa, ubicado en el límite norte del trazado fundacional, y la formación del barrio de Los Hornos (nombre que hace referencia a los hornos donde se elaboraron los ladrillos con los que se levantó la ciudad), adyacente al límite oeste del trazado fundacional. Así, la avenida de circunvalación, que en el diseño original separaba lo urbano de lo rural, la cultura de la naturaleza, comenzó a separar sectores sociales. Lo que tempranamente le imprime esta función y significación es precisamente que, como se muestra en el gráfico 1, la suburbanización de la ciudad en distintas direcciones más allá del cuadrado fundacional comenzó mientras amplios sectores de dicho trazado fundacional se encontraban aún vacíos. Así, al menos en sus inicios, el crecimiento de la periferia urbana no se debió a que el centro estuviese colmado. La tendencia a la suburbanización adquirió importancia a partir de la década de 1940, expandiéndose la ciudad en todas las direcciones, con preponderancia de desarrollo del eje que une la ciudad con Buenos Aires, actualmente por cuatro vías: ferrocarril, caminos Belgrano y Centenario, y autopista Buenos Aires – La Plata.

En la actualidad la ciudad cuenta con más de 600000 habitantes de los cuales sólo 200000 residen en el trazado fundacional. La *migración* ha tenido –y tiene- un papel central en el crecimiento de la población de la ciudad, que pasó en 100 años de menos de 10000 a alrededor de 600000 habitantes. Como era de esperar, este crecimiento sostenido no se debió de manera exclusiva ni principal a factores vegetativos de la población local sino a la migración, predominantemente del extranjero hasta 1950, del interior de la provincia y el país con posterioridad a esa fecha²⁶. Los datos del último censo señalan -si bien de manera incompleta- la relevancia de las migraciones en la composición de la población de la ciudad, al representar un 21,8 % del total de la misma, correspondiendo 5,5 % a extranjeros y 16,3 % a nacidos en otra provincia. Falta un número significativo de migrantes no registrados, aquellos nacidos en otras localidades de la provincia de Buenos Aires, la mayoría de los cuales residen y / o se radican en la ciudad por su vinculación con la Universidad y / o la administración pública provincial.

En su configuración actual es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, separados por la ancha avenida de circunvalación. El contraste no es

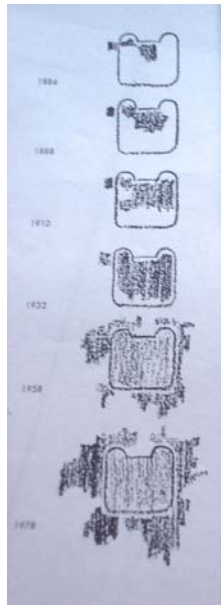
²⁶ Algunas observaciones en relación al crecimiento poblacional. En primer lugar, aunque el crecimiento poblacional ha sido sostenido, desde la década de 1970 se ha desacelerado, pasando las tasas de 16,9 para el período 1970 /80 a 6 para 1991/2001. En segundo lugar, el porcentaje de extranjeros pasó de 60,2 % en 1885 a 14,5 % en 1960 hasta llegar a su mínimo de 5,5 % en 2001. En esta última medición el porcentaje de residentes en la ciudad que habían nacido en otra provincia era de 16,3 %.

únicamente poblacional –200000 habitantes en el trazado fundacional, 400000 en la periferia²⁷- sino también urbanístico, administrativo y socioeconómico. El partido se encuentra dividido en el casco urbano (relativamente homogéneo en términos socioeconómicos) y otros 18 centros comunales, como Tolosa, Ringuelet, Gonnet, City Bell, Villa Elisa, Los Hornos, Villa Elvira, entre otros, muy heterogéneos entre sí y, algunos de ellos, heterogéneos en su composición interna. Así, nos encontramos con un patrón de segregación espacial clásico del tipo centro – periferia. Esta última presenta, en general, peores condiciones socioeconómicas y una menor infraestructura urbana y de servicios que el casco urbano. La excepción la constituyen aquellos sectores con mejores condiciones socioeconómicas que residen en la periferia urbana y que se encuentran concentrados a lo largo del eje que une la ciudad con Buenos Aires. De todas maneras, y debido a que tal eje es muy heterogéneo en términos socioeconómicos, el casco urbano presenta en términos generales mejores condiciones de vida, estando en todos los indicadores por encima del promedio del partido²⁸.

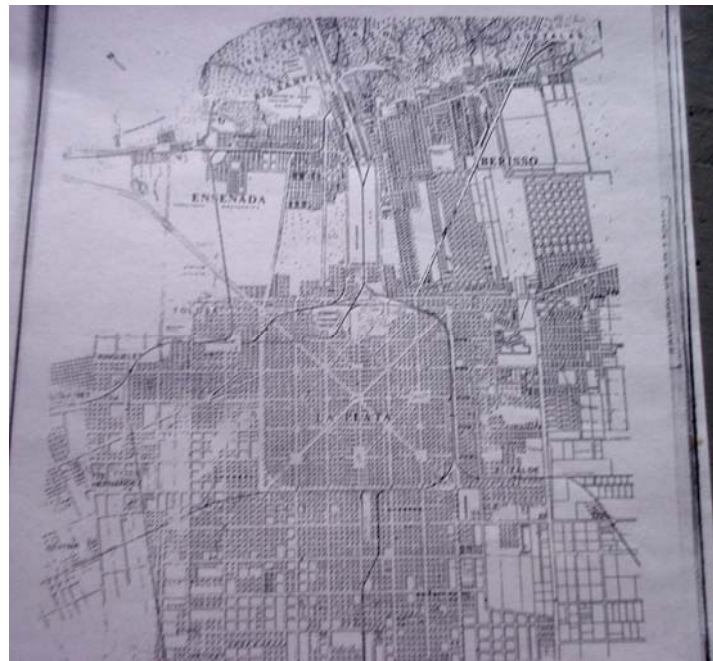
En el siguiente gráfico se evidencia claramente que la suburbanización comenzó con anterioridad a que el trazado fundacional estuviese colmado. A la vez, se evidencia también la voluntad de mantener los límites fundacionales a pesar de que la mancha urbana los rebasara. De hecho, lo que hoy se conoce como *avenida de circunvalación*, que corresponde a los cuatro lados -avenidas 32, 72, 31 y 122- que delimitan el cuadrado –con extremos redondeados- del trazado fundacional y forman un corredor continuo de 100 metros de ancho y alrededor de 20 kilómetros de largo, se culminó recién durante las décadas de 1970 y 1980, a partir de los restos de ramales ferroviarios que existían en tres de los cuatro lados, que fueron desactivados en las décadas de 1960 y 1970.

²⁷ Contrariamente a lo que se podría llegar a pensar, en relación con la cantidad de población residente, la pérdida del trazado fundacional no sólo es relativa al mayor crecimiento de la periferia (fenómeno que efectivamente ocurrió), sino que también se debe al estancamiento –e inclusive la reducción en términos absolutos- de la población que reside en el casco urbano a partir de la década de 1980.

²⁸ A los efectos de señalar algunos contrastes, mientras el porcentaje de la población del partido que presenta NBI es de 12,8 %, en el casco urbano dicho porcentaje desciende a 2,1 %. Lo mismo sucede con la totalidad de los indicadores: viviendas deficitarias (12,6 % y 1,4 %, respectivamente), presencia de servicio de desagüe (71,4 % a 99 %), cobertura de seguridad social (62,7% a 79,8%)



La ciudad se deformaba y, a la vez, los límites de su trazado fundacional eran reforzados, como se puede observar en el último plano que el Instituto de Geodesia realizó sobre la ciudad: *La Plata y Alrededores, 1974*.



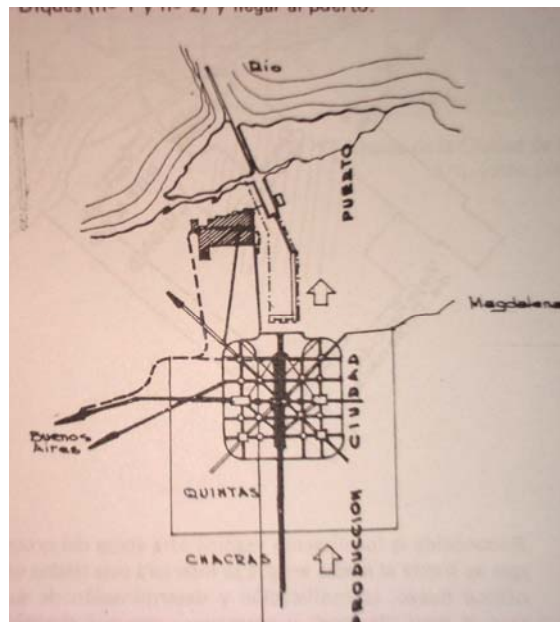
En este plano se ve claramente que el crecimiento periférico de la ciudad supera en superficie al trazado fundacional y, a la vez, este último es fácilmente identificable por sus límites (avenida de circunvalación), por la simetría de las diagonales que se intersectan en el centro del cuadrado, por la malla equilibrada que forman las avenidas y las plazas que

se ubican en la intersección de las mismas. Quizás el contraste entre un ámbito y otro, entre el trazado fundacional y la periferia, remitan a los dos modelos de ciudad, el romano y el norteamericano, que en el caso de La Plata actual se encuentran combinados.

Conurbación

Desde su fundación la ciudad de La Plata ha dependido de los flujos con Buenos Aires. Si inicialmente se pensó en una ciudad capital con un puerto propio que compitiera con el de Buenos Aires, La Plata adquirió un perfil administrativo y universitario y en lugar de competir con Buenos Aires se ha transformado en uno de sus tantos satélites. Esto se evidencia en dos rasgos urbanísticos: la rotación de su eje de circulación y la progresiva conurbación.

En primer lugar, el eje de circulación principal de la ciudad nunca fue el fijado en el plano fundacional, el eje monumental compuesto por las avenidas 51 y 53, perpendicular al río de la Plata, que debía vincular la pampa con el puerto, como aparece representado en el siguiente gráfico:



En lugar de esto, el eje de circulación principal de la ciudad rotó, orientándose hacia Buenos Aires y siendo perpendicular al pautado en el plan fundacional, como se desprende del siguiente gráfico:



Así, dentro del trazado, las avenidas 1, 7 y 13 son las principales y cortan al eje monumental y, como ya dijimos, en la periferia el eje de mayor desarrollo es el que comunica a la ciudad con Buenos Aires, actualmente por cuatro vías: ferrocarril, caminos Belgrano y Centenario, y autopista Buenos Aires – La Plata.

Esto nos conduce al segundo rasgo urbanístico, que refiere a la progresiva conurbación de la ciudad de La Plata. Si bien no es parte formal del conurbano bonaerense, el progresivo crecimiento de la ciudad en esa dirección es significativo. Tal proceso solo ha encontrado un límite en el Parque Provincial Pereira Iraola, que actúa como pulmón, siendo actualmente el único espacio verde que existe en el trayecto entre La Plata y Buenos Aires.

Edificación en altura

Por último debemos señalar brevemente que la edificación en altura dentro del trazado fundacional, no respetando la normativa para la vivienda privada de un máximo de ocho metros, alteró el deseado equilibrio por los planificadores entre la edificación privada (homogénea y continua) y los edificios públicos (singulares, monumentales y discontinuos), relación que posibilitaba que estos últimos se constituyeran en hitos urbanos.

Por la acción combinada de todos estos factores, el urbanista suizo Alain Garnier sostuvo a inicios de la década de 1990 en su análisis de la ciudad sugestivamente titulado *El Cuadrado Roto* que

“La Plata es hoy una ciudad desfigurada. La geometría perfecta de la organización de los espacios urbanos (...) no ha sabido resistir las dificultades del siglo XX (...) Las torres de veinte pisos han reemplazado las casas de patio, las exigencias vehiculares han transformado las avenidas plenas de verde en pistas asfálticas, los

límites de la ciudad han desaparecido y los hitos simbólicos del eje monumental han sido ahogados por el caos de las construcciones modernas” (1992: 102).

Dicho diagnóstico coincide con el realizado posteriormente por el Centro de Estudios y Proyección del Ambiente (CEPA) que caracterizó al tiempo transcurrido entre 1960 y 1990 para la ciudad como un “período de estancamiento y cambio de roles” (1997: 91). En definitiva, durante los años 80 y 90 existía consenso entre los especialistas acerca de que “las tendencias de la primera mitad de este siglo no han apreciado los valores del plan de La Plata y, aplicando sin discernimiento la ideología de la ‘tabula rasa’ han participado de la destrucción espacial y social de esta ciudad nueva” (Bassand y Csillaghy, 1992: 9).

4- La persistencia de la forma (y sus omisiones)

Pese a estas transformaciones y a los diagnósticos negativos sobre las mismas, a partir de la indagación en un conjunto disímil de materiales como legislaciones y políticas sobre la ciudad, publicidad municipal, intervenciones y proyectos urbanos, representaciones mediáticas, dibujos y relatos sobre la ciudad de las últimas tres décadas es posible identificar una imagen más o menos compartida acerca de la ciudad que elegimos sintetizar aquí en la figura de la *persistencia de la forma* la cual, como adelantamos al inicio de este capítulo, no deja de resultar paradójica en una ciudad sujeta a los procesos de transformación descriptos y, por lo mismo, no puede existir sin omitir como no ciudad a elementos constitutivos de la ciudad tal como la conocemos hoy.

Una imagen naturalizada de la ciudad

Si sosteníamos “esto (el plano fundacional) no es una ciudad”, lo hacíamos precisamente intentado tomar distancia y, a la vez, llamar la atención, acerca de la operación (simbólica, política y urbana) por medio de la cual se asocia a la ciudad de La Plata con dicho plano.²⁹

Si bien la idea de ciudad planificada y geométrica es una “marca de origen” asociada a La Plata en diversos contextos históricos –de hecho, como vimos, para muchos de sus visitantes es la medida en la que la ciudad real se acerca o se aleja de dicha marca de origen uno de las principales fuentes para la valoración de la ciudad-, fue durante *los años*

²⁹ La ciudad es un ámbito polifónico, que no se deja domesticar fácilmente. En este capítulo analizamos un proceso político, urbano y simbólico que, como veremos, recuperando ciertos elementos de la historia de la ciudad (y opacando otros) busca imponer una legibilidad específica y un orden narrativo (Fritzche, 2008: 41) a la ciudad, lo que no supone que no existan voces y legibilidades divergentes, cuestiones que abordaremos en los capítulos siguientes.

del centenario el momento en que la ciudad de La Plata volvió a ser repensada como un trazado ideal y cuando, en consecuencia, dicho trazado “pasó a confundirse con LA CIUDAD” (Gandolfi y Gentile s/r; con mayúsculas en el original). Esta operación surgió en medio del clima antimodernista y revisionista que predominaba en el debate arquitectónico y urbanístico en general y, como dijimos, en momentos del centenario de la fundación de la ciudad, en particular. En tal contexto, a través de la comparación de la ciudad real con el trazado original, se elaboró un diagnóstico negativo acerca de la evolución de la ciudad durante su primer siglo de vida, solo se rescató como singularidad digna de valoración su plan fundacional y se consolidó la certeza de que la transformación de ciudad debía pasar por un “redescubrimiento del plano de 1882” (Garnier, 1992 b: 21) y no por su olvido.

Como podía leerse en el principal diario de la ciudad en esos años, a pocos días de la celebración del Centenario de la ciudad:

“La capital provincial surgió por un artificio de la razón, por una necesidad de la inteligencia. Mientras algunas ciudades empezaron siendo alguna vez pequeños poblados o pobres aldeas y se convirtieron en ciudades solo por lenta acumulación, nuestra ciudad, en cambio, nació desde el principio (...) Nació de una vez para siempre, en plena adultez, sin pasado propio. Tuvo pues un destino extraño y en cierto modo inverso al de todas las ciudades; no nació históricamente para alcanzar sólo muy tarde la plenitud de la razón: *nació de la razón misma, al margen de la historia*” (El Día, 4/11/1982; las cursivas son mías)

Si el desarrollo urbanístico de la ciudad a lo largo de su historia es visto como un proceso de deterioro, desvío y decadencia con respecto al plano, la anulación del desplazamiento constitutivo entre ciudad y representación de la ciudad, es decir, la igualación de ciudad y plano, permite salirse de (o anular) la historia y así conservar la forma. En concordancia, los festejos del centenario fueron una exaltación del trazado fundacional y de los sentidos asociados al mismo: la modernidad, el progreso, la fastuosidad, la racionalidad y la excepcionalidad.³⁰

³⁰ Si bien existía considerable literatura celebratoria, fundamentalmente vinculada con el cincuentenario de la ciudad, entre los que se encuentran los libros “La Nueva Capital” (José María Rey, 1932), “La ciudad del bosque: viñetas platenses” (Arrieta, 1935), “La Plata a su fundador” (Municipalidad de La Plata, 1939), y textos posteriores como “La musa platense. Canto epinicio y loa a la ciudad de La Plata” (Siafas, 1963), la literatura celebratoria producida a partir del centenario sobre el trazado fundacional es vasta. Entre otros, podemos citar diversos trabajos como “La Plata, ciudad de Mayo” (De Urraza, 1981), “El centenario de la fundación de la ciudad de La Plata” (Barba, 1981), “La Plata, ciudad milagro” (dirigido por Catalina Lerange, 1982), “La Plata, una obra de arte” (1982), “La Plata. Ciudad Nueva, Ciudad Antigua” (dirigido por Morosi, 1982), “La Plata y su Gente - Primeros Habitantes” (Ferrasa, 1982), “100 años de vida platense” (Soler, 1982), “La ciudad de La Plata, sus tierras y su arquitectura” (De Paula, 1987), “La Plata: de la ciudad antigua a la ciudad nueva” (1992).

La tensión entre forma e historia (y entre forma y vida) tiene una larga tradición en el pensamiento filosófico y artístico, especialmente entre las vanguardias. En el caso del proyecto de la ciudad de La Plata esta tensión lo acompaña desde sus mismos inicios, ya que la ciudad fue pensada como una forma acabada, dada de una vez y para siempre, idea que resistió al paso del tiempo (como en la referida nota periodística) y que obtura la posibilidad de acercarnos al problema de la transposición de un plano bidimensional sobre un terreno tridimensional, a lo largo del tiempo. Como señaló Silvestri retomando a Adorno, “la aristotélica voluntad de conclusión o finitud posibilitó la construcción social de la obra de arte como totalidad autónoma, y así forma se convierte, en los dos últimos siglos, en antítesis de la vida empírica” (2003: 36). Hipostasiar el plano, abolir la historia.

Quizás sin saber que se trataba de una escena simétrica a aquella de cien años atrás, cuando en medio de una pampa “aún indómita” se distribuían como *souvenirs* entre los asistentes al acto fundacional pañuelos con el plano de la futura ciudad, en los festejos del centenario “se instaló en una de las vías de entrada su reproducción escenográfica” (Barros, 2005: 174) mientras en la plaza central los panaderos de la ciudad elaboraron una torta gigante que reproducía el trazado fundacional. En 1882 se distribuía “en medio de la nada” un ícono de la ciudad futura; cien años después, en 1982, se exaltaba y celebraba un trazado que ya no era, un *futuro pasado* que omitía, como decadencia o como amenaza, las transformaciones de la ciudad, fundamentalmente su expansión hacia la periferia.

Ciudades análogas

“Reconocimiento y distancia, impresión y representación, reproducción y construcción: estaciones conflictivas en todo arte figurativo, que generan grados de indeterminación en toda relación artística referencial, pero que encuentran en las imágenes de ciudad una densidad muy particular porque cargan con la propia indeterminación constitutiva de la experiencia moderna metropolitana entre orden y caos, entre sujeto y objeto, pero sobre todo entre memoria y presente, entre duración y cambio. Es esa indeterminación el potencial que explota, y que explotándolo construye el arte de la ciudad”

Adrián Gorelik

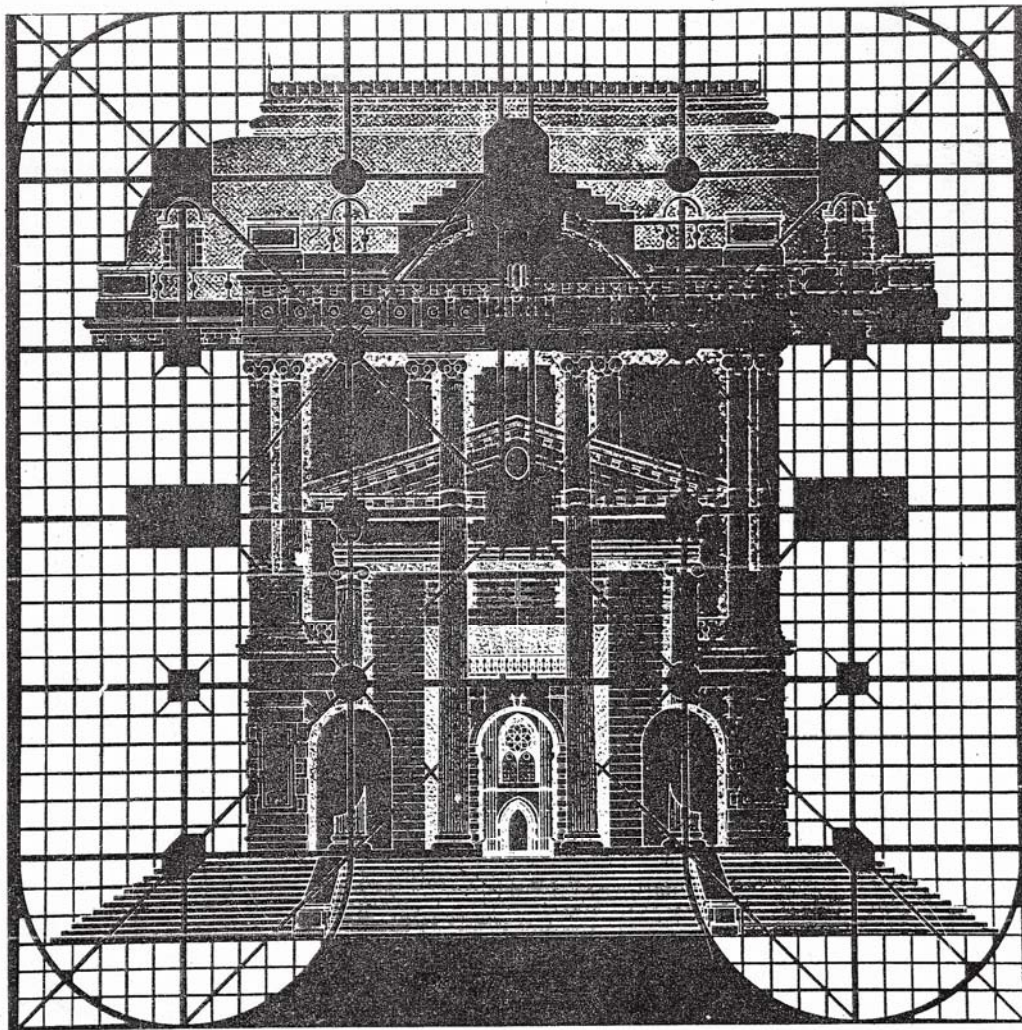
Mientras hurgaba en distintas bibliotecas en busca de materiales sobre la ciudad de La Plata, di casi por azar con un dibujo del arquitecto Clorindo Testa, publicado como separata del *Anuario de la Sociedad de Arquitectos de La Plata* del año 1982. Que un dibujo sobre la ciudad fuera publicado en el anuario de ese año, por otro parte enteramente dedicado a la ciudad, no debe llamar la atención. Como señalamos, 1982 correspondió al año del centenario de la fundación de la ciudad de La Plata y, como es habitual en esas ocasiones, se celebraron múltiples y diversos eventos para conmemorar el

acontecimiento. Entre ellos, un concurso denominado “La Plata dibujada”, organizado por la Sociedad de Arquitectos de La Plata, en el cual participó Clorindo Testa con su dibujo.

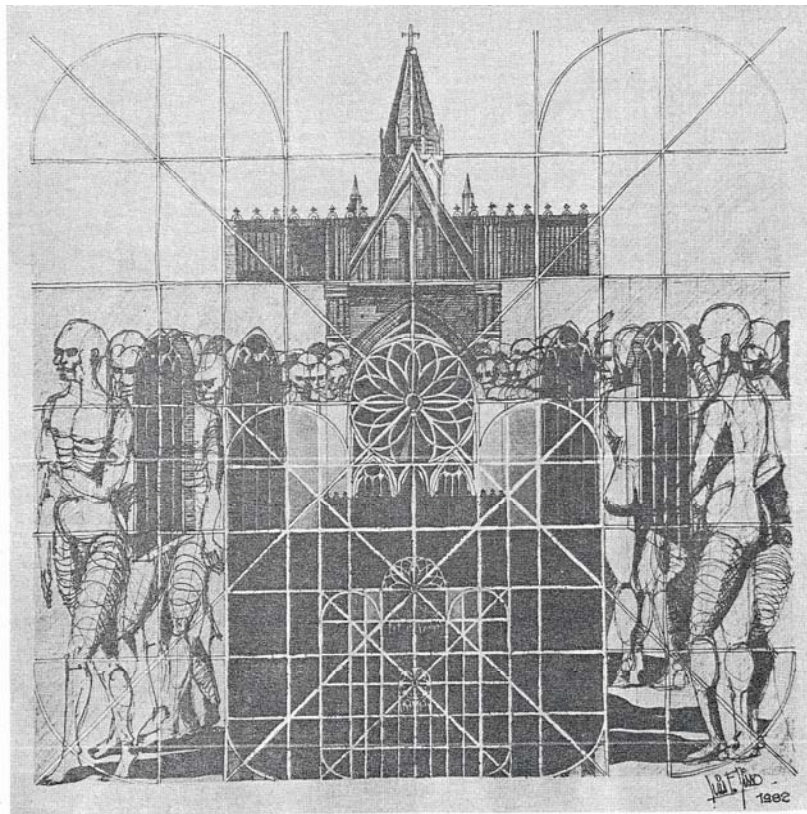
Lo que sí sorprende, incomoda e interroga es el dibujo de la ciudad realizado por Testa, más aún si lo comparamos con otros dibujos presentados al mismo concurso, precisamente aquellos que obtuvieron premios y menciones, reproducidos en el cuerpo de revistas especializadas de arquitectura publicadas durante el mes de noviembre de 1982³¹ dedicadas enteramente a la celebración del centenario. En esas publicaciones resulta llamativo, además, el contraste entre el contenido de los artículos (dedicados a la historia de la ciudad y a sus problemas urbanos) y los dibujos que se reproducen intercalados entre los artículos.

El dibujo que obtuvo el primer premio en el concurso se titula “Las Puertas de Nuestra Ciudad” y en el mismo se representan como “puertas de la ciudad” fragmentos (precisamente, los pórticos de ingreso) de los edificios fundacionales ubicados en el eje monumental (Casa de Gobierno, Legislatura, Teatro Argentino, Palacio Municipal y Catedral), sobre el trazado fundacional. En el epígrafe explicativo se lee: la composición “tiene como fondo LA CIUDAD” (1982: 24).

³¹ Se trata de la revista de arquitectura *SUMMA* N° 181 y el ya referido *Anuario de la Sociedad de Arquitectos de La Plata*.



Este no es el único dibujo de la serie. En todos ellos el cuadrado aparece como marco del dibujo (límite de la ciudad) y el trazado como fondo. Así, en el dibujo del arquitecto Risso se ve dibujada la Catedral en el centro sobre el fondo del trazado fundacional y se puede leer una cita de Augusto Rodin que dice “La Catedral se elevaba para dominar la ciudad reunida a su alrededor como al amparo de alas, para servir de punto de unión, de refugio de peregrinos perdidos en las rutas remotas” (1982: 36).



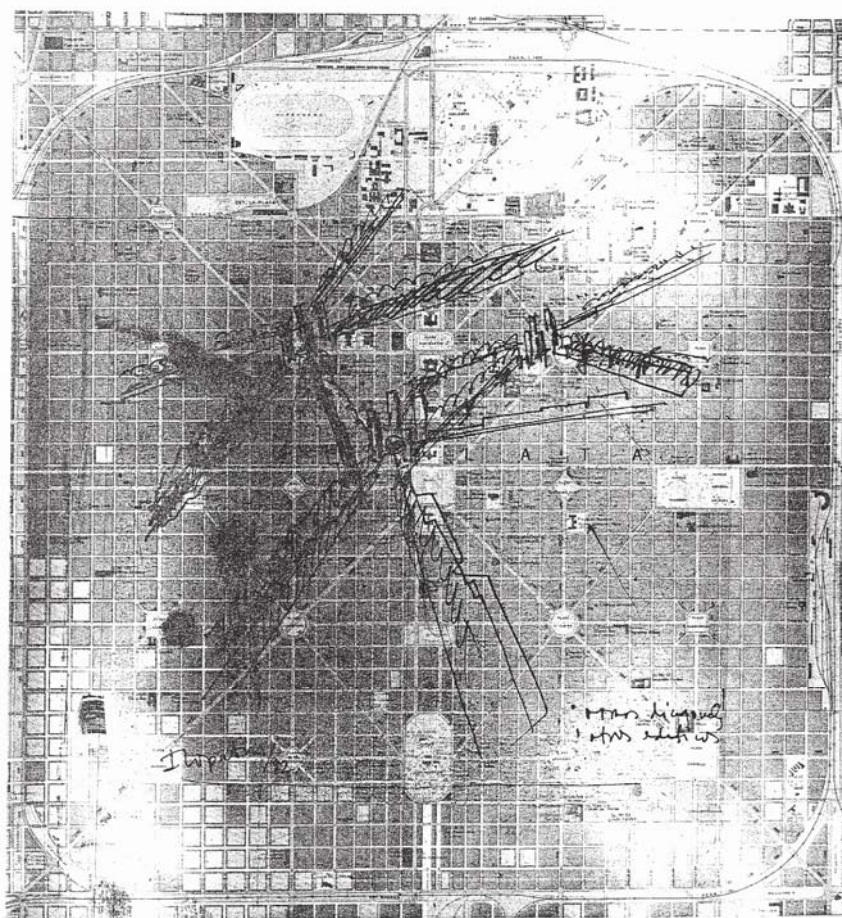
Arq. Pio Riso - 1982

"... La Catedral se elevaba para dominar la ciudad reunida a su alrededor como al amparo de alas, para servir de punto de unión, de refugio a los peregrinos perdidos en las rutas remotas ..."

Augusto Rodin, Las Catedrales de Francia

A partir de cualquiera de estos dos dibujos de la ciudad parecería que los procesos de transformación urbana referidos anteriormente (y que se analizan en los artículos de las revistas) fueran inexistentes. No hay ninguna alusión al crecimiento periférico, a la edificación en altura, a la aparición de nuevos ejes de circulación urbana. Todo lo contrario: en los dos dibujos la ciudad se representa como una forma acaba, cerrada y simétrica, constituida únicamente por elementos fundacionales como la traza, el eje monumental e hitos urbanos como la catedral de la ciudad.

Otros dos dibujos toman, en cambio, ciertas precauciones. Se trata de “Otras Diagonales, Otros Edificios”, del arquitecto Ignacio Lopatín, y “Fachada de la Ciudad de La Plata sin sus Alrededores”, realizado por el arquitecto Justo José Solsona. En este último se dibuja de manera abstracta la planta fundacional de la ciudad y se indica que, si bien es “la ciudad”, algo en el dibujo falta: “sus alrededores”; mientras tanto, en el primero se dibuja sobre la planta y con trazos rápidos y enérgicos que contrastan con las líneas puras y rectilíneas de la traza fundacional, una nueva trama de diagonales y edificios que se superponen con los del diseño original, dando la sensación de ser “incrustaciones” posteriores sobre la trama fundacional.

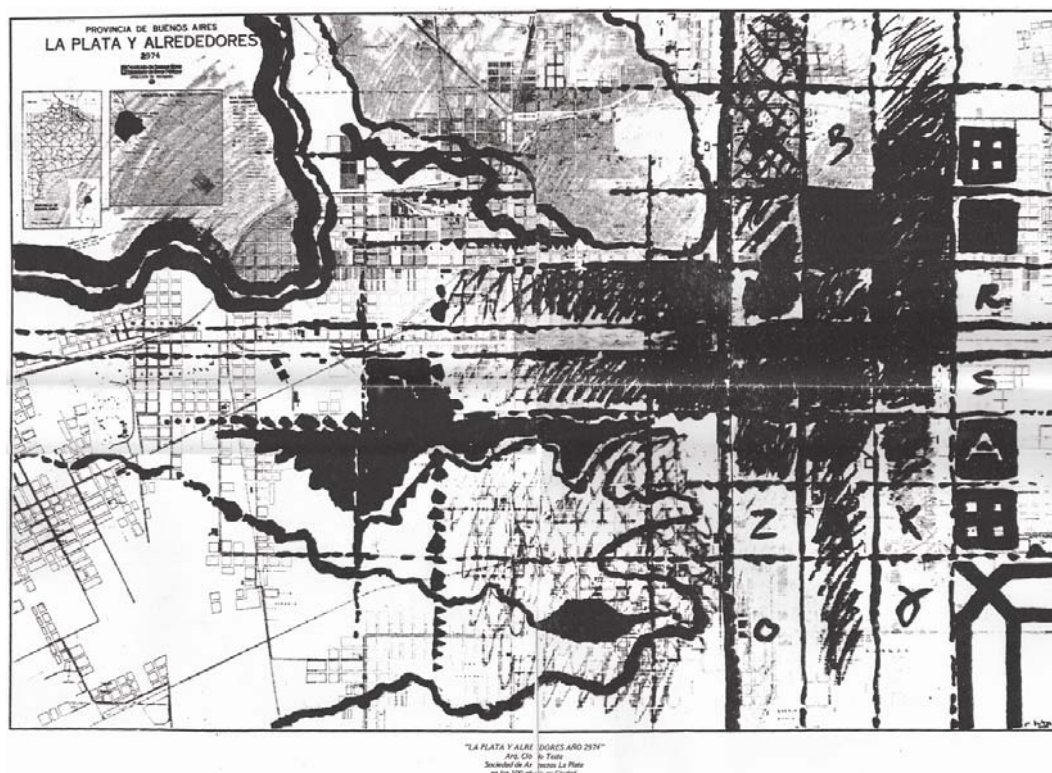


"Otras diagonales, Otros Edificios"
Arq. Ignacio Lopatín - 1982

Fachada de la Ciudad de La Plata sin sus Alrededores
Arq. Justo José Solsona - 1982

Así, en ambos dibujos se dan indicios sobre transformaciones posteriores (el crecimiento periférico, por ausencia; las modificaciones de la traza, por incrustaciones). Sin embargo, al igual que en los dos primeros dibujos, en estos últimos persiste el cuadrado como el marco fundamental para delimitar la ciudad, asociada indefectiblemente con los elementos del trazado fundacional.

El dibujo de Testa, por el contrario, no mira hacia el pasado, sino que se proyecta hacia el futuro. Titulado “*La Plata y Alrededores, 2974*” es un dibujo realizado sobre el cartografiado de la ciudad llevado a cabo por la Dirección de Geodesia, denominado *La Plata y Alrededores, 1974*. Testa modifica un dígito e imagina un futuro posible para la ciudad en el mismo momento en que todos están celebrando su glorioso pasado, negando su presente. En ese imaginado futuro las grandes inundaciones desplazan el centro de la ciudad hacia el sudeste, el eje principal de la ciudad corresponde a lo que aproximadamente es hoy la calle 13, es decir, un eje perpendicular al eje monumental pautado como circulación principal de la ciudad en el plan original, los límites del trazado fundacional se tornan difusos (muchos tramos están, de hecho, bajo el agua), desaparecen las diagonales y se mantiene la grilla cuadrícula de calles y avenidas. Testa propone una imagen global de la ciudad, una ciudad descentrada, amorfa y extendida. Reproducción indefinida de la cuadrícula sobre la pampa, con los obstáculos “naturales” de la inundación. La obra sugiere, además, un gran desfase entre nombre y representación, desestabilizando así la relación entre centro y periferia ¿Dónde está La Plata? ¿Y cuáles serían, entonces, los alrededores? Por supuesto, este dibujo no obtuvo premio ni mención alguna.



¿Cómo entender el arte de la ciudad? ¿Cómo interpretarlo? ¿De qué modo leerlo? Por supuesto, no se trata de llevar a cabo una lectura de las obras de arte como fuentes de

información a través de la reducción a un “contenido”, sino de entender la relación ambigua que se tensa entre arte y ciudad en la misma materialidad de la obra, que como leíamos en el epígrafe de Adrián Gorelik carga con la indeterminación constitutiva de la experiencia moderna metropolitana entre orden y caos, entre sujeto y objeto, pero sobre todo entre memoria y presente, entre duración y cambio.

Fue el arquitecto italiano Aldo Rossi quien propuso el concepto de *ciudad análoga* para reivindicar el papel que la memoria colectiva de los ciudadanos debía desempeñar en el proceso de diseño de la ciudad. En su propuesta se trataba de un proceso compositivo que partiendo de algunos hechos seleccionados de la realidad urbana, servía para construir una *nueva realidad de base analógica*. Se trataba, en definitiva, de un modo alternativo de acercamiento a la ciudad más cercano a la imaginación, la intuición y los intereses personales, que al pensamiento racional. La analogía apelaba a correspondencias que tan solo eran comprensibles dentro de un colectivo humano que compartía una misma base cultural, una misma memoria colectiva.

Mientras Aldo Rossi ha utilizado el concepto para señalar la capacidad simbólica de la ciudad como obra de arte colectiva, Adrián Gorelik lo ha retomado para resaltar que esta figura “pone en acto el tiempo quebrado y el espacio fragmentado de la ciudad contemporánea, sustrayéndonos del *continuum* adormecedor que recompone nuestra experiencia cotidiana” (2004: 146), el cual es también una ciudad análoga, pacificada, sin conflictos ni fisuras. En efecto, Gorelik ha señalado que

“la experiencia cotidiana en la ciudad también se organiza como una ciudad análoga, pero es una ciudad análoga que elude el conflicto, cuya composición plural está orientada a suturar y restituir *un* sentido, pacificado: es una ciudad naturalizada. Quizá por la compleja alianza entre conservación y renovación, entre recuerdo y olvido de sí misma presente en la ciudad, se explique esa extraña capacidad de naturalizar sus propios procesos y la relación de los habitantes con ellos: en esos espacios que fueron recorridos por nuestros antepasados y serán recorridos por las generaciones futuras todo debe parecer tan igual como para permitir aprehender apenas su presente estabilizado. Así, el contacto directo de la experiencia cotidiana en la ciudad tiende lazos firmes de complicidad y mutua inteligibilidad, por medio de los cuales el sentido común reestablece algún tipo de unidad armónica y de explicación reitutiva” (2004: 147-148).

Precisamente por esto, acercarnos al arte de la ciudad como otra ciudad análoga “permite admitir las fisuras de la nuestra, entender los cambios; nos obliga a tomar distancia, a poner en cuestión la naturalización de lo dado, a desconocernos para componer nuevas figuras que enriquezcan la cotidianeidad rutinizada; *nos enseña a mirar*” (Gorelik, 2004: 150; las cursivas son mías).

Si tenemos en cuenta que es precisamente en los momentos rituales como las celebraciones en que aparece con mayor fuerza la ciudad análoga de la cotidianidad, esa “narración naturalizada que nos permite recorrer la ciudad por sendas prefiguradas y no ver lo que vemos; relato homogeneizante en el cual “las imágenes que no condicen con esa narración no arman sentido, son descartadas como excepción y decadencia” (Gorelik, 2004: 148), la operación de Testa es más significativa aún. En un momento en que a partir de un diagnóstico negativo (una lectura decadentista) de la historia de la ciudad todos celebran su pasado, más precisamente el gesto fundacional y su plano, Testa produce una imagen en la cual por medio del lenguaje cartográfico propone un futuro posible para la ciudad en el cual no hay nostalgia por lo perdido ni decadentismo. Una representación “objetiva”, sin valoraciones, de un futuro posible. Nos encontramos ante lo que Beatriz Sarlo denominó *modelo*:

“una imagen que se ubica entre la realidad de la ciudad, la experiencia de ciudad y la idea de ciudad. El artista se mantiene en suspenso entre las tres formas de aparición de la ciudad para encontrar (fabricar) una obra que no es totalizante, porque para ello debería realizar un forzamiento, el forzamiento presente en la fórmula “la ciudad es...”. La imagen no es analítica ni demuestra nada, precisamente porque el orden de la demostración es discursivo y funciona con el supuesto de que puede ignorar lo que deja afuera. La imagen del artista no necesita de ese supuesto; opera, en cambio, de manera ‘bárbara’, más allá del orden demostrativo. La imagen es inexplicable y, al mismo tiempo, pide ser explicada” (2009: 169-170).

La imagen no nos dice qué es la ciudad y nos incomoda porque a la vez que es inexplicable, más que pedir o requerir, *exige* ser explicada. Como decíamos, el escenario propuesto por esta imagen de la ciudad es, sin dudas, radicalmente distinto que el sostenido por imágenes contemporáneas. No es una cuestión de verdad o de adecuación a la realidad, no se trata de saber cuál de las imágenes reproduce como mayor fidelidad *la realidad urbana*. Como escribió Gorelik acerca de las ciudades análogas, se trata de “sistemas de inteligibilidad “delirantes”, pero que están allí para poner en cuestión el delirio implícito en la “normalidad” de nuestro presente fracturado. Son imágenes que quedan allí con todo el poder desequilibrante de su *realidad*” y que nos podrían estar señalando rasgos de la ciudad “que está cambiando delante de nuestra percepción distraída, es decir, interesada” (2004: 150). En definitiva, ese delirante posible futuro realizado por Clorindo Testa en el momento en que todos celebraban el pasado de la ciudad nos ayuda a vislumbrar el delirio de nuestra propia normalidad, que asocia (y confunde) la ciudad con su trazado fundacional.

“En el caso de La Plata está servido, en otros lados hay que inventarlo”, sostenía en una entrevista³² uno de los arquitectos y urbanistas que diseñó el proyecto que, en consonancia con el giro culturalista de las políticas urbanas a nivel mundial, buscaba patrimonializar el trazado fundacional de la ciudad. En efecto, el “rescate” de los ideales fundacionales se ha transformado en las últimas décadas, más allá de las autoridades de turno, en parte fundamental de la política urbana local, que ha revalorizado y resaltado el trazado fundacional. En este marco, en 1996 la Municipalidad de La Plata firmó un convenio de cooperación con la Fundación CEPA, para llevar a cabo “la postulación de la ciudad de La Plata” –en realidad, de su trazado fundacional- ante la UNESCO como Patrimonio Cultural de la Humanidad. La presentación contó, además, con el apoyo de empresas y medios de comunicación locales, diversos organismos de la sociedad civil y el gobierno de la provincia de Buenos Aires. En junio de 1998 la candidatura de la ciudad fue aceptada.

Sabemos que ningún bien es producido para ser patrimonio. Por esto, se deben implementar un conjunto de operaciones/intervenciones en la ciudad con el objetivo de “volverla patrimonio”, entre las que se encuentran seleccionar los elementos que lo constituyen (Rosas Mantecón, 1996), escenificarlo y difundirlo (García Canclini, 1989), construir un metalenguaje acerca de él (García Canclini, 1990) y producir un “paisaje urbano” (Zukin, 1991).³³

Para la UNESCO el criterio básico para que un bien sea declarado Patrimonio Mundial es el de la *excepcionalidad*. En la Convención sobre la protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural aprobada por la Conferencia General de la UNESCO en París el 16 de noviembre de 1972 se considera Patrimonio Cultural de la Humanidad a los monumentos, los conjuntos y los lugares “que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia”. ¿Cuál es el valor universal excepcional de la ciudad de La Plata que, parafraseando al citado arquitecto, “está servido, mientras en otros lugares lo tienen que inventar”? Para la CEPA (1997) el mismo reside en el trazado fundacional¹¹. Así, la selección de los bienes que constituyen el patrimonio

³² Agradezco a la Dra. Mariana Chaves haberme facilitado la entrevista y permitirme reproducir una parte en la tesis.

³³ Como sostiene Arantes, términos como preservación o conservación, que parecen “denotar una forma de acción neutra, casi pasiva, donde no se produce nada nuevo” encubren una producción activa: los bienes seleccionados son retirados del flujo de la vida cotidiana y se les atribuyen significados distintos a los que tuvieron en su origen, por lo que “el trabajo relacionado con los objetos materiales de la preservación resulta siempre transformador” (1989: 36).

¹¹ Lo que se propone como patrimonio ante la UNESCO es el trazado fundacional en su totalidad. Dentro del mismo se seleccionaron ocho componentes constitutivos principales: el

de la ciudad privilegió el pasado -centrado exclusivamente en el período fundacional- sobre el presente, lo tangible –básicamente lo arquitectónico monumental y urbanístico- sobre lo intangible, lo culto –los palacios, los monumentos, las instituciones “culturales” como el museo, la universidad- sobre lo popular. Como sostiene Rosas Mantecón (1998), si bien en el transcurso del siglo XX el concepto de patrimonio se amplió para incorporar lo actual, lo intangible y lo popular, generalmente existe una jerarquía donde estos elementos se encuentran en una posición subordinada.³⁴

En el caso de la ciudad de La Plata resulta relevante remarcar cómo los agentes que impulsaron la política patrimonial basada en revalorización del pasado fundacional se posicionaron respecto a la historia de la ciudad, proponiendo una continuidad histórica entre el período fundacional y el actual. “Por una nueva ciudad revalorizando la antigua”, sostenía el entonces intendente Julio C. Alak en 1999. En efecto, se ha construido lo que Raymond Williams denominó una *tradición selectiva*, es decir, que

“a partir de un área total posible del pasado y el presente (...) ciertos significados y prácticas son seleccionados y acentuados y otros significados y prácticas son rechazados o excluidos”, ofreciendo “un sentido de *predispuesta continuidad* (...), con el objeto de ratificar el presente y de indicar las direcciones del futuro” (Williams, 1997: 137-139).

Se selecciona el pasado fundacional de la ciudad y es lo producido en ese período lo que se propone como patrimonio. En consecuencia, la historia de la ciudad a lo largo del siglo XX es considerada como un desvío de los patrones fundacionales, es decir, un período en el cual los mismos fueron olvidados, desvirtuados, lo que condujo a una agresión constante del plan fundacional. La tarea que se impone desde esta perspectiva es, entonces, corregir dichos desvíos, volviendo a los valores fundacionales y, al mismo tiempo, hallar soluciones para la ciudad actual, proyectándola hacia el futuro.

Desde la perspectiva de sus implementadores, esta tradición permite conservar y modernizar al mismo tiempo, sin riesgo de desviaciones, ya que los principios que guían tanto la conservación como la innovación son mismos: los que guiaron la fundación. De esta manera, la renovación se logra con la vuelta a los orígenes; y, a la inversa, invocando

casco con anillo perimetral, la macrotrama de espacios abiertos, la trama diagonal, el eje monumental, los palacios rodeados de jardines, las centralidades distribuidas (microtrama), las manzanas compactas y equiláteras, y las calles anchas y arboladas (CEPA, 1997: 55 – 71).

³⁴ Claude Fabrizio identifica tres generaciones de políticas culturales y ubica las políticas centradas en el patrimonio dentro de la primera generación de políticas culturales; del mismo modo, Pierre Moulinier habla de tres dominios sobre los cuales se desarrollan políticas culturales, correspondiendo el patrimonio al dominio tradicional (Rabossi, 2000: 369).

una vuelta o continuidad con los orígenes puedo innovar.³⁵ En última instancia, desde la lógica de los impulsores del emprendimiento el reconocimiento buscado ante la UNESCO no significaba otra cosa que volver a situar a la ciudad en el lugar en que la habían colocado sus fundadores –lugar que nunca debió perder-, ya que “a fines del siglo XIX La Plata fue un modelo ejemplar del urbanismo mundial, distinguido en la Feria Internacional de París [1889] con el Premio a la Modernidad –entregado a Dardo Rocha por Julio Verne”. (MLP, 1999).

Como se puede observar con solo mirar las obras realizadas, esta política basada en un régimen de visibilidad específico que resalta el trazado fundacional y

³⁵ El número de obras en la ciudad de La Plata durante los años 90 vinculadas con el patrimonio es realmente importante, se encuentran localizadas únicamente en el trazado fundacional y en todas es posible identificar esta estrategia de innovación conservadora que se cristaliza en frases sostenida por el poder local como “nos interesa *intervenir en ‘los escenarios de la ciudad histórica’* revitalizándola en su conjunto (...) reafirmando los conceptos a los que aspiraron los fundadores” (ICOMOS, 1999: 5). Para realizar este propósito desde la MLP se ejecutaron las “obras de recuperación del proyecto fundador”, que se listan a continuación:

-La construcción de ramblas en las avenidas y diagonales del trazado fundacional. Las ramblas forestadas de las avenidas y diagonales eran un elemento característico de la ciudad. Como consecuencia de la generalización del uso del automóvil, las ramblas de las avenidas y diagonales más transitadas fueron reducidas o eliminadas. En los últimos años fueron construidas nuevas ramblas, respetando el diseño original. Además, fueron las avenidas 51 y 53 que componen el eje monumental de la ciudad.

-Las plazas y parques del trazado fundacional fueron “embellecidos” por medio de la colocación de nueva iluminación y el cuidado de sus plantas y monumentos.

-Fueron realizados dos Centros Culturales. Por un lado, el Centro Cultural Pasaje Dardo Rocha se instaló en un edificio del centro de la ciudad (manzana comprendida entre las calles 49, 50, 6 y 7), el cual a lo largo del tiempo fue sede de diversas funciones: primera estación de ferrocarril de la ciudad (hasta 1906), sede de diversas reparticiones oficiales luego. “Víctima de constantes agresiones a su arquitectura y a su destino, hoy el Pasaje Dardo Rocha, uno de los símbolos de la ciudad, renace como el gran centro cultural de los platenses” (MLP, 1999). Actualmente cuenta con tres museos –el de arte contemporáneo latinoamericano, el municipal de arte y el de fotografía-, cine, sala de teatro, cafetería, etc. Por el otro, el Centro Cultural Islas Malvinas y la plaza homónima se emplazaron donde hasta 1984 se encontraba el Regimiento 7 de infantería. En el diseño fundacional este espacio había sido destinado a un espacio verde –la plaza Sarmiento-, por lo que con la actual obra se recupera “un espacio verde que completa el eje [monumental] fundacional, uno de los atributos de La Plata para aspirar a su declaración de Patrimonio Cultural de la Humanidad” (MLP, 1999). El centro cultural cuenta con salas de exposiciones, auditorio, microcine, bar y restaurante.

-Desde la Municipalidad de La Plata surgió la disposición 75/95 por medio de la cual quedan protegidas las obras del dominio privado que se encuentran dentro del sector comprendido por la avenida 1 y las calles 14, 43 y 61, que fueron construidas con anterioridad al año 1930 (48 edificios), en tanto patrimonio arquitectónico de la ciudad (ICOMOS, 1999: 24-25). Lo que se protege de estas obras particulares es la fachada, no se regula su uso.

-Se suman al desarrollo municipal los aportes del Gobierno provincial, el cual impulsó el “Plan de Jerarquización de la ciudad capital”. Por medio de este plan se culminó el nuevo Teatro Argentino –componente del eje monumental-, el Estadio Único, la remodelación del Museo de Ciencias Naturales, y la culminación de la Catedral, la cual “lucirá renovada al completarse el proyecto original de Pedro Benoit” (MLP, 1999).

simultáneamente invisibiliza la periferia urbana, implica inversiones diferenciales en el espacio urbano. De este modo se incrementa la desigualdad entre zonas de la ciudad.³⁶ “Las zonas favorecidas incorporan, como lugares, el capital cultural que forja no solamente su futuro privilegiado, sino que también reduce el futuro de las zonas menos privilegiadas” (Molotch, citado por Fiori Arantes, 2000: 28).

Esta “frustrada política”³⁷ es el ejemplo emblemático de una tendencia persistente por medio de la cual, como claramente identificó el antropólogo brasileño José Márcio Barros en su trabajo sobre la ciudad, “La Plata continua siendo constantemente actualizada por una “discursividad civilizatoria”, proveniente de grupos políticos ligados al poder ejecutivo municipal, la iglesia y el medio arquitectónico, de gran aceptación popular”, ubicando a la presentación ante la UNESCO y la culminación de la Catedral, entre otros proyectos, como ejemplos de “esa permanente actualización imaginaria” que implica “la continua refundación del proyecto platense de perfección y civilidad a través de acciones cívicas y culturales” (2005: 175). De esta manera la ciudad -heterogénea, conflictiva y desigual- aparece como el espacio en el cual inscribir un orden, ámbito en el cual, por medio de discursos, símbolos y rituales se busca construir “una trama homogénea que difumine o enmascare su verdadero carácter heterogéneo” (Ruiz Ballesteros, 1999: 10). Es por medios simbólicos que se puede realizar el objetivo de la política local: “convertir el agregado de individuos que componen la localidad en una

³⁶ A pesar de lo que pueda suponerse, durante la gestión municipal de Julio Alak (1991-2007) la política urbana no se caracterizó por la oposición entre inversiones en el centro y ausencia de ellas en la periferia. El proceso fue más complejo y nos referiremos al mismo con mayor detalle más adelante. Por ahora basta con señalar la existencia de dos políticas urbanas aparentemente antagónicas, aunque en la práctica fueron complementarias. Por un lado, el ya referido conjunto de políticas orientadas a “re-centrar” el casco fundacional por medio de grandes obras de embellecimiento y administración del espacio urbano central, entre la que se encuentran la revalorización de la traza, el mantenimiento de los edificios fundacionales, la ordenanza de ruido visual y un nuevo código de regulación del uso del espacio público, todas medidas solidarias con el objetivo de que el trazado fundacional de la ciudad sea declarado por la UNESCO Patrimonio Cultural de la Humanidad. Por el otro, una política de “descentralización” y ordenamiento de la periferia urbana a través de la creación de 18 Delegaciones Municipales en las que fue dividido el territorio del partido que no correspondía al casco fundacional y el desarrollo e implementación de políticas de infraestructura básica en base a las demandas y carencias locales específicas. Si bien su sucesor trabajó sobre la distinción centro-periferia, señalando por ejemplo el contraste entre la Catedral terminada y los barrios inundados, continuó con el proceso de descentralización de todo lo que no es el casco urbano.

³⁷ Frustrada en cuanto a que no se obtuvo la finalidad explícita, es decir, la distinción de Patrimonio Cultural de la Humanidad ante la UNESCO, básicamente por las alteraciones que la ciudad actual muestra respecto al diseño original. Distinto –y más difícil de ponderar– es establecer los efectos que la misma tuvo en relación a sus promotores (Julio Alak ganó cuatro elecciones municipales consecutivas y “La Plata, Patrimonio Cultural de la Humanidad” fue uno de sus principales slogans) y a los modos de imaginar y vivir la ciudad por parte de los distintos actores que habitan la ciudad.

comunidad articulada en torno a *un modelo de identificación colectiva*³⁸ (Ruiz Ballesteros, 1999: 9).

5- Epílogo

“Producir no es simplemente construir infraestructuras de transporte y redes, oficinas, fábricas, viviendas e instalaciones colectivas. Producir significa también desarrollar servicios y hacerlos funcionar: un responsable del transporte colectivo produce la ciudad en su forma cotidiana. Producir significa crear percepciones, significados, ambientes y, en términos más generales, un marco de experiencia”

Alain Bourdin, La Metrópoli de los individuos

Hemos identificado un modo dominante de representar (y narrar) la ciudad. La persistencia de la forma no sólo remite a una dimensión representacional sino que, como ha sido aquí descrita, se trata de una operación política y urbana que implica además cierta forma de delimitar e intervenir en la ciudad, para lo cual se propone a los habitantes de la ciudad un *modelo de identificación colectiva* sustentado en rituales, mitos, conmemoraciones, símbolos y narrativas.

Es evidente, sin embargo, que la construcción simbólica de la ciudad no es un proceso unívoco y que, por lo mismo, la acción de identificar por parte de un agente determinado no conduce necesariamente a instaurar el sentido de igualdad interna que los emprendedores de tal acción tienen como finalidad. (Brubaker y Cooper, 2001). Además, sabemos que “símbolos, alegorías, mitos sólo crean raíces cuando hay terreno social y cultural en el cual se alimenten. En la ausencia de esa base, la tentativa de crearlos, de manipularlos, de utilizarlos como elementos de legitimación, cae en el vacío, cuando no en el ridículo” (Murillo de Carvalho, 1990: 89; citado por Grimson, 2003). Por esto mismo debemos mirar ese terreno social y cultural no sólo como efecto sino también como sustrato de la política urbana, base a partir de la cual la misma se puede desarrollar.

En esta dirección, las escasas investigaciones disponibles apoyan nuestra hipótesis. Así, en una investigación realizada en la década de 1980, es decir, con anterioridad a las políticas de revalorización patrimonial de los años 90, el urbanista suizo Alain Garnier mostró por medio de la elaboración de “mapas cognitivos” que más allá de lo consideraba un desfase entre “entre lo simbólico proyectado y la realidad percibida” (1992b: 21), los habitantes se apropiaron de ciertos elementos del trazado fundacional, como el cuadrado y sus límites, es decir, que estos elementos eran relevantes en los modos

³⁸ Esto precisamente lo que se traduce en el concepto de ciudad que sostienen los nuevos urbanistas: “espacio *simbiótico* (poder político - sociedad civil) y *simbólico* (que integra culturalmente, da identidad colectiva a sus habitantes y tiene un valor de marca y de dinámica con relación al exterior)” (Borja y Castells, citado por Vainer, 2000: 57).

de imaginar y vivir la ciudad. A la vez, a partir de una investigación realizada en La Plata durante los primeros años de la década de 2000, el antropólogo brasileiro José Márcio Barros señaló que “la planta de la ciudad es tratada no sólo por los especialistas sino también por los platenses como el primero y uno de sus más importantes patrimonios” (2005: 174; traducción propia).

De esta manera, consideramos que es precisamente sobre este sustrato que trabajó la política urbana, generando efectos de reconocimiento. Sólo así podemos entender la ausencia de grandes conflictos en torno a la definición de la imagen legítima de la ciudad durante los años 90 y, fundamentalmente, la falta de grandes cuestionamientos sobre el destino de las inversiones que tal imagen habilitó en un período de crisis económica y social. Así, esta forma de representar la ciudad funciona, al mismo tiempo, como sistema de interpretación en la relación que los usuarios establecen con la ciudad y los otros, orientando y organizando las prácticas sociales, tanto como un modo de naturalizar, legitimándola, una geografía urbana desigual, al invisibilizar los sectores periféricos de la ciudad.

Ante esta situación nos preguntamos: ¿cómo se estabiliza una imagen de la ciudad? ¿A qué se debe que una multiplicidad heterogénea y desigual de actores tienda a compartir una misma representación de una ciudad que usan diferencialmente? Para responder a estas preguntas creemos que es necesario evitar dos posturas habituales y antagónicas. La primera, que pone el acento en las relaciones “horizontales” que se establecen entre los desiguales y heterogéneos actores sociales que habitan una ciudad. Esta explicación “pluralista” se halla en algunas de las propuestas de Armando Silva (2000) y en la propuesta de Kevin Lynch (2006), en la cual la relación fundamental es entre individuo y ambiente construido. La segunda, situada en el extremo opuesto, que propugna una explicación “verticalista” de la producción de los sentidos y representaciones de una ciudad. Esta explicación “elitista” de los sentidos y significados urbanos se encuentra en algunas de las aportaciones de Ruiz Ballesteros cuando sostiene que “sólo construyen la ciudad quienes tienen poder para hacerlo” (1999: 17)³⁹. Si la primera posición pierde de vista la dimensión de la desigualdad, el conflicto y el poder, la segunda las reifica.

³⁹ Cabe aclarar que esta tipología de explicaciones –“pluralista” y “elitista”- acerca de cómo se construyen los significados espaciales tiene sólo una finalidad heurística. Estrictamente, ninguno de los autores que hemos colocado dentro de cada una de estas vertientes corresponde totalmente a las mismas. Sin embargo, a los efectos de mostrar tendencias explicativas del fenómeno de la construcción simbólica de la ciudad es posible observar que, mientras Silva pone el acento en los procesos imaginarios y simbólicos de los habitantes de la ciudad y Lynch en los procesos cognitivos, Ruiz Ballesteros resalta la importancia del control de ciertos recursos clave y, por ende, el papel central que los sectores dominantes cumplen en dicho proceso.

Como miras a ir más allá de esta dicotomía es que introducimos la dialéctica propuesta por Lefebvre entre las “representaciones del espacio” producidas por arquitectos, ingenieros, urbanistas y políticos, entre otros, representación que como sostuvo Fritzsche en consonancia con Bourdieu “*da forma a la experiencia de lo real*” (2008: 19) y los “espacios representacionales” propios de los actores que habitan y viven la ciudad, elaborados en necesario relación con algunas de tales representaciones del espacio, pero irreducibles a éstas. Estudiaremos esta dinámica en el próximo capítulo.

Excursus

La novela como antropología⁴⁰

El viaje y la aventura

“Alrededor de las cinco, después de un viaje en ómnibus, tan largo como la noche, Nicolasito Almanza llegó a La Plata. Se había internado una cuadra en la ciudad, desconocida para él, cuando lo saludaron” (pp. 9).

Así comienza *La aventura de un fotógrafo en La Plata*⁴¹, una de las últimas novelas de Adolfo Bioy Casares, publicada originalmente en 1985. La novela relata la aventura por la ciudad de La Plata de Nicolasito Almanza, joven procedente de Las Flores, localidad bonaerense donde en sus tiempos libres comienza a desarrollar su pasión por la fotografía como ayudante en el estudio del viejo Gentile, fotógrafo del pueblo. Es en dicho estudio fotográfico donde un potentado local, don Luciano Gabarret, tras maravillarse ante los retratos que Nicolasito le había hecho, le propone: “que se vaya a La Plata, se tome una semana, con todo pago y me fotografíe la ciudad”; y especificó el pedido: “una serie de fotografías de los principales edificios y monumentos de La Plata, para el primer libro de la colección Ciudades de la Provincia de Buenos Aires”. De esta manera el viaje, el desplazamiento espacial hacia un ámbito desconocido en donde se es un extraño, es la condición de posibilidad para la aventura.

La *aventura* remite a un tipo singular de experiencia que Simmel (2002) caracterizó como divorciada o desgarrada de la experiencia cotidiana y que, por lo mismo, exige del aventurero una conciencia aguda y una absoluta actualidad, o vivencia del presente. Es por esto que la experiencia del aventurero es radicalmente distinta a la de quienes viven la

⁴⁰ Mucho se ha discutido en las últimas décadas acerca del carácter ficcional de la práctica antropológica. La propuesta de este *excursus* consiste en invertir el orden de los términos: no tanto la antropología como ficción (Geertz, 1989, 1996; Clifford 1991, 1992; Marcus y Cushman, 1992, Rabinow, 1992, Rosaldo, 1991), sino la ficción como antropología, como *insight* antropológico. Si bien no es una práctica generalizada, no se trata de una operación novedosa; trabajos tan diversos como los de Roberto Da Matta (1997) a partir de los textos de Jorge Amado y de Sherry Ortner (2006) con las novelas de Philip Roth, entre otros, están ahí para atestiguarlo. En nuestro caso, el abordaje de la experiencia urbana implicó, además de realizar trabajo de campo etnográfico, relevar y analizar documentos, mapas, imágenes y relatos sobre la ciudad. Uno de los resultados de la búsqueda fue dar con la novela de Adolfo Bioy Casares. Lo que originalmente se pensó como una breve mención fue ganando autonomía; efectivamente, la novela de Bioy se transformó en un *informante clave*, tanto en el sentido más “clásico” de ser una instancia donde obtener datos como en un sentido más “reflexivo” y “simétrico” (Latour, 2007) de ser un relato a partir del cual intercambiar y discutir interpretaciones acerca de la ciudad.

⁴¹ Seguimos aquí la versión definitiva de la novela, editada por Emecé en 2005. Todas las citas extraídas de la novela corresponden a esta edición. En virtud de su cantidad sólo señalaremos en el cuerpo del texto el número de página correspondiente.

ciudad cotidianamente, como rutina –o, siguiendo nuevamente a Simmel, como realización presente del pasado-, y se acerca a la exigencia de extrañamiento y desnaturalización que supone el conocimiento social. En este sentido, el arco de tiempo comprendido entre el arribo y la partida del personaje de la ciudad se asemeja a la experiencia antropológica, experiencia constantemente tensada entre los extremos del extrañamiento y la naturalización, el exotismo y la familiaridad.

Nos encontramos así ante el relato de una experiencia claramente separada de la cotidianidad previa y que es, a la vez, una unidad, tiene un inicio y un final, la cual se encuentra sintetizada en el descriptivo y honesto título que Bioy le dio a la novela, que es precisamente una crónica de los seis días (y de las cinco noches) que Nicolasito estuvo en La Plata y de los confusos episodios –amoríos, accidentes, persecuciones y sospechas- en los que se vio involucrado, muchas veces a pesar de su voluntad, mientras conocía y fotografiaba la ciudad, sus monumentos y su gente. El aventurero es, así, un extraño que busca conocer y comprender la ciudad y sus habitantes y lo que su experiencia extrañada nos devuelve es una mirada sutil acerca de la ciudad, los personajes que la pueblan, las formas de sociabilidad urbana, la sensibilidad predominante en su espacio público.

Extraños conocidos: mediaciones en el acceso a la ciudad

Recién llegado a la ciudad Nicolasito conoce a la familia Lombardo, compuesta por don Juan y sus hijas Griselda, morocha y madre de dos hijos, y Julia, rubia y soltera, también ellos “forasteros”, procedentes de Brandsen. Es precisamente esta condición común la que posibilita el primer intercambio entre ellos. Así, ante el saludo de los miembros de la familia ni bien se baja del ómnibus que lo llevó a la ciudad, don Juan le dice “pensamos que usted también es forastero”, le pregunta si conoce un lugar para desayunar y agrega “porque hay que desconfiar de la gente pueblera” (pp. 10). Nicolasito desayuna esa madrugada con todos los miembros de la familia, los acompaña hasta la pensión que tenían reservada, ubicada en las calles 2 y 54, ayudando a trasladar su equipaje, y hasta dona sangre para una transfusión que le realizan esa misma madrugada a don Juan Lombardo, tras una descompensación. Luego de ese incidente se entera que don Juan hace años que no ve a su hijo varón, Ventura, quien se ahuyentó del hogar tras una discusión con su padre y nadie sabe si vive o está muerto. Para los Lombardo existe un notable parecido entre Ventura y Nicolasito.

Nicolasito rechaza el ofrecimiento de la familia Lombardo de parar en la pensión ya que un conocido del “pago”, Lucio Mascardi, le consiguió lugar en la pensión donde él reside, ubicada en las calles 43 y 117, y emprende el camino hacia allá. Ese mismo día,

mientras almuerzan juntos el famoso puchero del “restorancito” de la vuelta, Nicolasito se entera que Mascardi abandonó la carrera de derecho y trabaja como policía. “Estudio interrogatorios, seguimientos, un poco de todo. Porque todo tiene su técnica” (pp. 24). Al contarle lo sucedido a su llegada con la familia Lombardo, Mascardi le aconseja: “El que viene de afuera, ande con ojo. El malandra huele de lejos al que no es de la ciudad”. A lo que Almanza responde: “Te aseguro que es una familia en serio. Gente de afuera. Como vos y yo” (pp. 33). La condición de extranjería los iguala.

La novela muestra a esos “extraños conocidos” que actúan como mediadores en el acceso y conocimiento de la ciudad. Nicolasito consigue lugar en la pensión por un conocido del “pago” (aunque Mascardi siempre hablará de la relación en términos de “grandes amigos”); al laboratorio donde diariamente revela y copia las fotografías que toma de la ciudad, ubicado en 24 y diagonal 75, llega porque el viejo Gentile es conocido del dueño, Gruter. Tanto Gruter como su asistente Gladys le advertirán constantemente acerca de los peligros de la ciudad: “Es claro que si uno llega de afuera debe cuidarse” (pp. 40), le dijo en una oportunidad Gruter. Y, al igual que Mascardi, sospecharán de la familia Lombardo; si el criterio de Mascardi es policial (“una nueva figura delictiva”), en Gruter y Gladys es místico (esa familia es el diablo).

Por medio de estos vínculos con el oscuro Mascardi, la extraña familia Lombardo y los místicos Gruter y Gladys, Nicolasito se introducirá en la vida de la ciudad cuyos ámbitos privilegiados son las pensiones, los departamentos de estudiantes, los cafés y los restorancitos baratos, y conocerá las figuras que la pueblan.⁴² Así, en la pensión establecerá vínculos con la patrona, doña Carmen, quien nunca duerme para evitar que los pensionistas se escapen sin pagar por las noches; sentirá la distancia que le impone Zulema, una joven licenciada en sociología, ante cada invitación a posar para fotografíarla; charlará de vez en cuando con Elvira, esposa de un viajante, a quien espera sistemática e infructuosamente en la puerta de la pensión; sentirá el rechazo del matrimonio Kramer, que no lo saludan y lo miran “con mal disimulada extrañeza o desconfianza” (pp. 89). Por medio de Juan Lombardo conocerá al funebrero Lo Prieto, su ayudante el Mono, y su hija Carlota, quienes lo atacarán con fines desconocidos. Saldrá, además, con las dos hijas de don Juan y se enamorará de una de ellas, Julia. Y con Mascardi, en el restorancito y en los cafés, se pondrá en contacto con algunos estudiantes y la bohemia predominante en esos

⁴² Respecto del clima de la novela Noemí Ulla sostuvo “La ciudad de La Plata, nuevo escenario en la topografía de Bioy donde transcurre la novela, presenta un punto geográfico donde convergen, por la composición de los personajes, la ciudad y el campo. Si bien Nicolasito se pregunta: “¿será esto la famosa vida de la gran ciudad?”, el grupo de personas que frecuenta tienden al léxico sencillo, propio de esa zona indecisa entre cielo abierto y ciudad pequeña poblada por estudiantes que en su gran mayoría provienen de las afueras” (1991: 291).

ámbitos. Así conocerá al Viejito Lemonier, joven estudiante de ingeniería, “algo anarco”, crítico del gobierno y a su novia Laura. Mascardi es policía, Lemonier y Laura no lo saben.

Esos vínculos que combinan familiaridad y sospecha hacen que en la novela predomine un clima de incertidumbre en el cual nada se explicita totalmente, clima que por momentos padece el personaje quien, ante las reiteradas muestra de sospecha, desconfianza y el juego de máscaras, “se preguntó si la vida en la ciudad no sería más complicada y misteriosa de lo que había pensado” (pp. 46). Más adelante trataremos la atmósfera que cubre la acción relatada. Ahora nos detendremos en lo que Nicolasito fue a hacer a La Plata, fotografiarla.

Imágenes de la ciudad

*-Tiene que estar en el libro. El Museo es un símbolo de La Plata. Cuando yo no sabía nada de La Plata, sabía que tenía el Museo.
-Yo también. Siempre quise verlo. (pp. 157).*

Este diálogo entre Nicolasito y Julia, quien lo acompaña en varias oportunidades en sus recorridos por la ciudad para fotografiarla y, como en la cita, le sugiere fotos, nos indica cuál es la ciudad que se va a mostrar en el libro para el cual trabaja Nicolasito. Se trata, en efecto, de uno de los tantos libros “celebratorios”⁴³ que se han realizado acerca de La Plata, donde se resaltan el trazado urbano, la arquitectura monumental y ciertas instituciones emblemáticas. En definitiva, una ciudad sin fisuras, sin conflictos y mayormente sin personas, más allá de algún que otro nombre propio célebre. Alcanza con mirar la lista de edificios que fotografía durante sus recorridos por la ciudad: la estación del ferrocarril, la Facultad de Ciencias Exactas, el Museo de Ciencias Naturales, el Banco de la Provincia, la Universidad, la casa de Almafuerde, la Catedral, el Palacio Municipal, el Palacio de Gobierno, la casa de Dardo Rocha, la plazoleta Benito Lynch, la facultad de Ciencias Económicas, la facultad de Derecho, una antigua estación de tranvías y el Jockey Club. Predominan, pues, los edificios públicos fundacionales, los edificios de instituciones universitarias y algunas viviendas asociadas a nombres célebres en la historia de la ciudad, como su fundador, Dardo Rocha, y el poeta Almafuerde.

⁴³ La idea de “literatura celebratoria” fue acuñada por Adrián Gorelik para caracterizar cierta literatura (y también fotografía) sobre Buenos Aires que brinda “una visión reconciliada y en un circuito, de hechos y lugares, que no se arma muy diferente de un circuito turístico: como un manojo de postales se reúnen en el relato monumentos al progreso y arrabales pintorescos. Son narraciones que se autosometen, en toda su extensión, a la complicada pregunta sobre qué “mostrar” de un ciudad” (2004: 114-115). Vale la pena señalar la correspondencia que existe entre las imágenes que produce Nicolasito para publicación sobre la ciudad en la ficción de Bioy Casares con la inmensa producción de imágenes celebratorias acerca de La Plata.

Pero Nicolasito es un fotógrafo, siente un impulso incontenible por fotografiar y disfruta del placer “placer de mirar y compartir lo mirado” (Ulla, 1991: 286). Como un practicante de un flaneur periférico y anacrónico,⁴⁴ recorre la ciudad, muchas veces sin saber dónde se encuentra, observa, escucha, dialoga, pregunta y produce imágenes sobre ella, muchas de las cuales, lo comprende bien desde el inicio, no entrarán en el libro para el cual lo han contratado. Así, fotografía personas, fundamentalmente rostros, comenzando por el de Julia, aunque también hace retratos de don Juan y doña Carmen, más los intentos infructuosos por fotografiar a Zulema, la socióloga de la pensión. En uno de sus últimos días en la ciudad Bioy nos relata que

“fotografió toda la mañana. Para el recuerdo del viaje a La Plata, la pensión de doña Carmen, el sindicato, el café de enfrente, el hotelito, la pensión de los Lombardo y, por no estar del todo conforme con las fotografías que tenía, la casa de Almafuerte y el Palacio de Gobierno” (pp. 154).

Nicolasito comprende qué se le ha pedido representar y puede distinguir entre las fotos que le envía diariamente a don Luciano Gabarret (de hecho, este último queda muy conforme con su trabajo y le solicita que haga lo mismo en la ciudad de Tandil), los retratos de los cuales regala copias a los retratados y aquellas fotos que son para recordar los días de aventura que vivió en la ciudad, espacios si se quiere más íntimos y cercanos a su propia experiencia de la ciudad: la pensión, el café de enfrente, el hotelito.

Al respecto Bellavance (1999) ha distinguido dos formas de representar la ciudad, que se corresponden con dos modos de mirarla y vivirla. Mientras en el *plano panorámico* la experiencia de la ciudad se relaciona con un conjunto de representaciones utópicas positivas o negativas, que no se corresponden necesariamente a la totalidad de la experiencia vivida, pero que traducen aspiraciones, creencias y valores colectivos, en el *plano oblicuo* se deja de lado la posición de sobrevuelo, para adoptar un mirar más oblicuo sobre la ciudad, un mirar que viene de adentro. Por esto, mientras la *representación panorámica* de la ciudad tiene cierta autonomía en relación con la experiencia que hacemos de ella, en la *representación oblicua* hay un parentesco profundo entre la experiencia de la ciudad y su mirada.

La tensión entre los modos de mirar la ciudad que se expresan en la distinción que Nicolasito establece entre “fotos para la publicación sobre la ciudad” y “fotos para el

⁴⁴ Recientemente David Frisby (2007) ha realzado la figura del flaneur no sólo como un practicante de la observación, sino también como productor. En este sentido es interesante señalar que, como mostraremos más adelante, a la vez que la producción de las imágenes que le han encargado es solidaria con los marcos preestablecidos acerca de lo que es la ciudad y de cómo mostrarla, en su propio devenir produce otro tipo de imágenes y representaciones acerca del espacio urbano.

recuerdo del viaje” nos lleva a pensar en qué condiciones y para quiénes la ciudad puede ser un panorama, lo que se vincula directamente con las reflexiones de la “sociología del paisaje”. Tanto Simmel (2001) como Williams (2001) han remarcado la importancia del *punto de vista* en la existencia del paisaje: más que el objeto observado importa quién y en qué condiciones mira. En este sentido, difícilmente las formas arquitectónicas sean percibidas como un paisaje en la experiencia cotidiana de la ciudad, con la excepción de ciertas personas en condiciones específicas, como el caso de un paseante contemplativo y extranjero como Nicolasito a quien, además, se le encargó que fotografíe la ciudad.

Sin embargo, independientemente de la fenomenología de la percepción y de las dimensiones que la condicionan,⁴⁵ la imagen panorámica de la ciudad es también relevante para los residentes en la ciudad y, como mostramos en el capítulo anterior, la evaluación de la ciudad se realiza por una comparación con dicha imagen. Bioy Casares plasma esta cuestión en un diálogo entablado en un café el día que Mascardi presenta a Nicolasito y el Viejito Lemonier.

-¿Vino especialmente a fotografiar mi ciudad? –preguntó el Viejito-. Por encargo, quiero creer.

-Para una colección de libros.

-¿Empieza por La Plata, como corresponde? Una ciudad nueva, de gran pasado. Su pasado es de cuando el país tenía un futuro (pp. 42)

En este pasaje Lemonier muestra una distancia irónica al preguntarse quién podría estar interesado en fotografiar la ciudad y presupone que solo puede hacerlo alguien por encargo, a la vez que reconoce qué es lo que “todos” estarían de acuerdo en fotografiar: *ese monumento vivo, esa ciudad nueva de gran pasado, de cuando el país tenía un futuro*. Se invierte el signo de la mirada panorámica: se trata de una mirada panorámica pesimista (antes que celebratoria) de la ciudad.

Pero la novela va más allá de las ponderaciones positivas o negativas sobre la ciudad panorama; precisamente lo relevante del libro de Bioy Casares es que en el relato acerca de la construcción de una mirada panorámica de la ciudad emergen tanto las condiciones y las prácticas que permiten construir dicha mirada panorámica como *otra ciudad*, rara vez representada, una ciudad practicada, mirada de manera oblicua. En efecto, en la novela Bioy Casares nos narra detalladamente los trayectos por la ciudad, los

⁴⁵ En *El campo y la ciudad* (2001) Raymond Williams distinguió claramente entre *insiders* y *outsiders*, entre quienes viven en un determinado lugar y aquellos que, siendo de fuera, objetivan dicho lugar como paisaje. Sin embargo, actualmente distintos autores señalaron que una distinción tan tajante es difícil de sostener (Hirsch, 1997) y que las operaciones de construcción y uso de la noción de paisaje dependen del contexto histórico y cultural.

criterios para seleccionar qué representar e incluso los artilugios técnicos que Nicolasito realiza para poder construir esa mirada panorámica de la ciudad

“explicó el viejo que solamente en el laboratorio podía hacer uno justicia a la incomparable luz de La Plata, a esa niebla sutil que algunas tardes envuelve los edificios y les da un encanto particular” (pp. 89-90).

De este modo, la novela constantemente nos lleva del “lugar” al “espacio” (de Certeau, 2000), al mostrarnos las prácticas (habitualmente olvidadas) que lo producen en tanto que lugar (fijo, estático, ordenado, representable).

Incluso nos recuerda que no siempre es posible conciliar ambas miradas. Así, hacia el final de su aventura, cuando Nicolasito sabe que abandonará La Plata a la brevedad y comprende, temeroso, que quizás nunca más vuelva a ver a Julia, el recorrido por la ciudad en su búsqueda se tornó incompatible con la fotografía.

“Confiado en su buena suerte se internó en el bosque, dispuesto a encontrarla. *Tan afanosamente la buscaba que no sacó una sola fotografía.* El bosque era grande. Caminó y caminó, hasta perder la noción del tiempo (lo que nunca le había pasado). Al término de esa excursión larguísima, se encontró en el punto de partida, en el sendero entre el Museo y el Jardín Zoológico. Se dejó caer en un banco, a la sombra. Sintió frío. O tristeza nomás” (pp. 193; las cursivas son mías).

La ciudad no es solo un objeto que se mira y se fotografía. Así, deambular por la ciudad, vincularse con los demás, buscar infructuosamente a un ser querido son prácticas que dislocan las condiciones que posibilitan un acercamiento paisajístico o panorámico con la ciudad.

Figuras urbanas y espacio público

-Es muy raro –dijo Lemonier-, la gente quiere a esta ciudad. Vaya uno a saber por qué. Una ciudad de estudiantes, de empleados públicos y de funcionarios de gobierno (pp. 62).

La “taxonomía” propuesta por Lemonier es verosímil: estudiantes, empleados públicos y funcionarios de gobierno remiten a las ocupaciones principales –o al menos, más visibles- de una “ciudad nueva” (La Plata antecedió a los platenses) que con el tiempo conjugó las características de “ciudad administrativa”, sede del gobierno y la burocracia del estado provincial y “ciudad universitaria”, receptora de estudiantes de diversas partes del país. Sin embargo, la novela nos muestra que además de ser parte del sentido común de la ciudad, se trata de una taxonomía incompleta, en un doble sentido. En primer lugar, porque hay muchas personas que no ingresan en ninguna de tales categorías. Así, cuando doña Carmen recibe a Nicolasito y le muestra la pensión se produce el siguiente diálogo:

-¡La pieza! –Después de un silencio agregó en voz más baja: -Con nuestra mataca adentro.

-Aymará, señora -protestó la muchacha.

-Da lo mismo. Contraída, como corresponde, a su obligación: limpiar, barrer. En mi casa todo brilla. Como en los grandes hoteles internacionales, no bien el pensionista sale, la mataca entra, para limpiar y poner orden. (pp. 22)

En segundo lugar, porque hay que tener presente que el par “platense-forastero” atraviesa todo el sistema de clasificación propuesto por Lemonier. Ya mencionamos que los vínculos preexistentes con gente del “pago” (con Mascardi y con Gruter) y la condición compartida de extranjería (con los Lombardo) fueron identificaciones fundamentales para acceder a la ciudad. Y el narrador es un observador minucioso, capaz de registrar cómo esta diferencia se expresa en cuestiones casi imperceptibles como en ciertas marcas discursivas que la novela capta de manera sutil.

Debió caminar un buen rato y mirar de vez en cuando el papelito en que Gentile anotó la dirección [del laboratorio de Gruter]. Como algunas calles no tenían chapa en las esquinas, temió haberse pasado... A un señor que distribuía a su familia en los asientos del automóvil, le preguntó si iba bien.

-Tres cuadras –contestó el señor y agregó que el laboratorio debía de quedar donde 24 hace esquina con la diagonal 75. El señor dijo “el diagonal” (pp. 38).

Noemí Ulla (1991) ha remarcado el carácter dialógico de la novela de Bioy Casares, que se traduce en una prosa o escritura conversada, preocupada por la búsqueda de la naturalidad y la sencillez, y por captar formas coloquiales. Desde nuestra perspectiva, es en la detección del uso diferencial de los artículos para referirse a “diagonal” entre “platenses” (“el” diagonal) y “forasteros” (“la” diagonal)” donde se denota un conocimiento bastante detallado de la ciudad y se logra la más perspicaz captación de las formas coloquiales.

La diferencia entre ser platense y forastero aparece no solo como una discontinuidad abrupta (que se expresa incluso en los usos idiomáticos) sino simultáneamente como una distancia salvable con el tiempo transcurrido en la ciudad y con la interiorización de la lógica de la ciudad:

Dijo Mascardi: “Tengo guardia, pero mañana por la mañana estoy libre. Si te parece, nos damos una vuelita para que te muestre lugares de interés. Comparado con más de uno, soy un platense viejo” (p. 31).

Con algún orgullo se dijo que él ya conocía el trayecto entre la pensión y el laboratorio. Se entretenía en anunciar mentalmente casas, detalles de casas, antes de que aparecieran a la vista. “Ahora viene la casa de la cúpula”, se decía, “ahora el

localcito del barbero, ahora el frente de balcones con tinas cuadradas”. Y más aún que el trayecto, conocía el barrio de las pensiones. Estaba seguro que pocos de los amigos de Las Flores podían jactarse de haber visitado la ciudad capital y, menos, de conocerla como él. “Hoy por hoy, si no me sacan de uno o dos barrios y de este recorrido, soy un platense hecho y derecho, o empiezo a serlo. (pp. 132).

En última instancia, esta duplicidad muestra un rasgo constitutivo de la ciudad: a la vez que el par platense-forastero es relevante en las relaciones que se establecen en la ciudad, “todos” han llegado a ella desde algún otro lugar.

Literatura y experiencia urbana

No es extraño que sea precisamente la literatura el ámbito en el cual encontrar condensados los sentidos y las prácticas vinculadas con la experiencia del espacio urbano. La literatura es, de hecho, el acervo cultural al que la mayoría de las investigaciones recurre para acercarse a los modos de vivir la ciudad moderna, en un movimiento complementario a la desatención sobre estas cuestiones por parte de las ciencias sociales que señalábamos en la introducción de esta tesis.

En la novela de Bioy es la experiencia del desplazamiento del personaje la que posibilita esa mirada extrañada sobre la ciudad y su gente: los emblemas de la ciudad, las categorías sociales que usan los actores para clasificarse, la sensibilidad predominante en el espacio público. La ciudad es en esta ficción mucho más que el escenario donde transcurre la acción, transformándose en tema y objeto de reflexión no sólo para Nicolasito, quien tiene como finalidad fotografiarla y en quien, como señaló Camaruti, “la dedicación a la tarea artística triunfa sobre cualquier otro sentimiento o atracción” (1990: 240), sino también para las distintas personas con las cuales se encuentra y que con su solo presencia interpela.

De esta manera, la bella novela de Bioy Casares nos brinda uno de los acercamientos más sutiles a la ciudad de La Plata, mostrándonos tanto el relato naturalizado acerca de la ciudad (relato anclado en sus imágenes emblemáticas y en las clasificaciones sociales establecidas) como los sentidos y las prácticas que dislocan dicho relato. En definitiva, por medio de la crónica de una aventura por la ciudad nos muestra los modos complejos en se intersectan forma urbana, representaciones sociales y prácticas espaciales.

CAPÍTULO II

CARTOGRAFÍAS DISCREPANTES

Un análisis de las representaciones socioespaciales de la ciudad

“En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas”.

Jorge Luis Borges, Del rigor en la ciencia

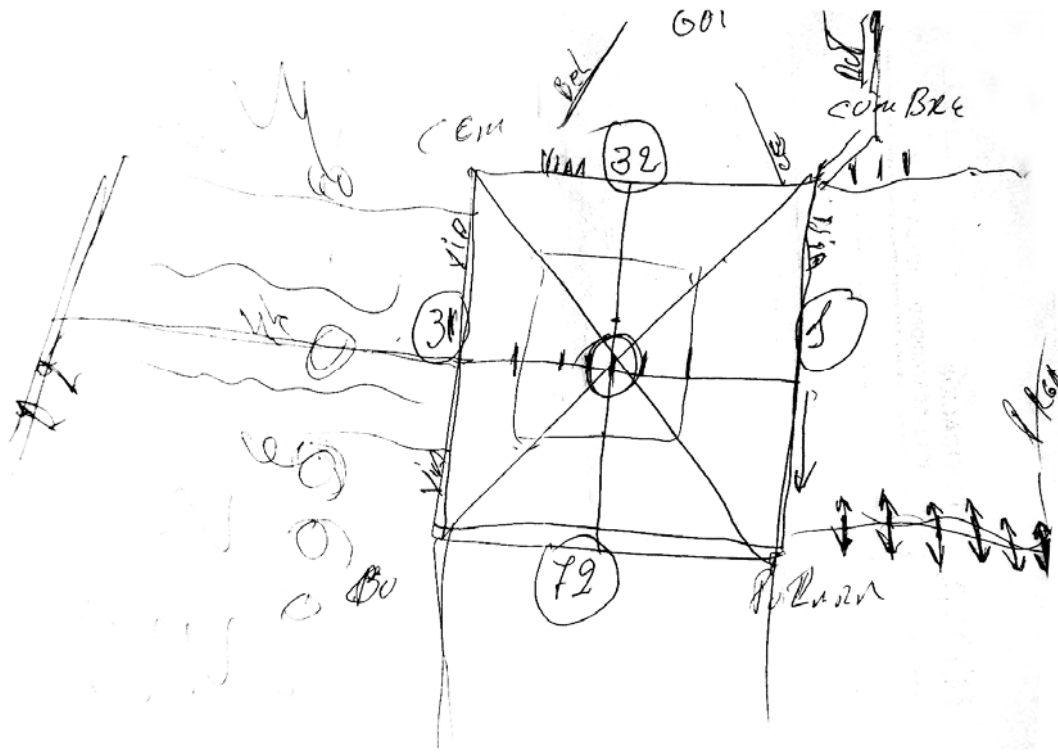
“Muy distinto es el rizoma, mapa y no calco. El mapa es abierto, conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones”.

Gilles Deleuze y Félix Guattari, Rizoma

1- Todo fierros

Durante una larga entrevista con Carlos,⁴⁶ un ex militante sindical y actual referente de un club de jubilados de unos 60 años que vive en una zona periférica de la ciudad, describió a La Plata como “encerrada entre cuatro fierros” y al preguntarle a qué se refería sostuvo “tratan de hacer todo en el centro, fuera de la ciudad, si vos anduviste por acá, ¿qué hay?”. Realizando un evidente esfuerzo por explicarme de varias maneras distintas y complementarias a qué se refería, pidió una hoja y una lapicera a su actual mujer, que nos cebaba mate y asentía silenciosamente a la mayor parte de sus afirmaciones durante la entrevista, realizada en una de las habitaciones del club, que hacía las veces también de morada de la pareja, y procedió a realizar el siguiente dibujo:

⁴⁶ Como es habitual, aplicando criterios éticos con vistas a preservar el anonimato de nuestros informantes, en esta tesis los nombres de la totalidad de las personas y de ciertos lugares han sido cambiados.



Dibujo 1

Y mientras lo realizaba relataba los pasos dados, especificando cada elemento de su composición: “La ciudad está así: esta es la ciudad [dibuja un cuadrado], esta es la plaza Moreno [la ubica en el centro del cuadrado], las diagonales [dibuja dos líneas que cruzan el cuadrado y se intersectan en el centro, la plaza Moreno], y acá tenés [fuera del cuadrado, en cada uno de los extremos donde terminan las diagonales, en cada uno de los vértices del cuadrado] Punta Lara, Cementerio, La Cumbre y El Boulevard. Acá adentro [señala el cuadrado] tenés todo: terminal, facultades, catedral, municipalidad, casa de gobierno, legislatura, el bosque... todo esto corre así [numera los lados del cuadrado] esta es la calle 1, esta es la calle 31, esta es la 32 y esta es la 72. Todo, todo lo tenemos acá. Todo en este cuadrado. Y todo está rodeado de vías: en la 1 tenemos vías, en la 31 tenemos vías, en la 72 tenemos vías. Todo fierros. Por eso dije que la ciudad de La Plata está en cuatro fierros. Y afuera tenemos Los Hornos, Abasto, Echeverri, Romero, la ruta 2. De acá para allá [se refiere a la avenida 32] tenemos Gonnet, City Bell, Villa Elisa, acá viene el Belgrano y acá el Centenario [principales vías de comunicación entre estas localidades] y acá tenemos la que va a Buenos Aires, la autopista. Después acá tenés [más allá de lo que señaló como calle 1] Ensenada, el Dique, Berisso. Después tenés 44, la que va a Echeverri y a la ruta 2. Esto [señala a ambos lados de 44] está prácticamente todo poblado, Los Hornos, Abasto, Echeverri, hay muchos que son todos quinteros. Y entonces –se

pregunta con clara indignación- por qué para acá [señala más allá de 72, la zona en la que vive] no hicieron nada, no hay edificios, colegios, hospitales”.

Por supuesto, se trata de un dibujo con una visión de conjunto de la ciudad exhaustiva e inusual. A la vez, es una representación visual de la ciudad increíblemente rica en sugerencias, indicios e ideas acerca de las imágenes de la ciudad y de las significaciones y los sentimientos asociados a ellas, como la persistencia de la forma fundacional de la ciudad como límite relevante y marco de localización y lectura de la propia posición y de las diversas localidades e hitos urbanos; de la relación entre el centro (“la ciudad”) y periferia; y de la relevancia de la posición social y espacial de quien dibuja la ciudad en el tipo de dibujo que realiza, las significaciones que le atribuye y los sentimientos asociados al mismo; cuestiones todas que analizaremos con más detalle en lo que sigue. Por ahora solo alcanza con señalar que fue esta entrevista –y, específicamente, uno de sus productos, el dibujo- lo que me motivó a solicitar a los entrevistados, generalmente cuando la entrevista estaba llegando a su fin, que dibujen la ciudad. Este capítulo se centrará en analizar específicamente tales materiales y para esto debemos plantear previamente cómo hacerlo.

2- Las imágenes de la ciudad como problema interpretativo

La solicitud de dibujar la ciudad a quienes entrevistaba siempre estuvo presente como una posible técnica que, junto a otras como recabar relatos, realizar entrevistas, reconstruir trayectorias y observar y registrar prácticas, podía presentarse fructífera a la hora de conocer los modos de experimentar la ciudad por parte de sus diversos residentes. Por supuesto, no se trata de algo totalmente novedoso. Por el contrario, el trabajo con y sobre dibujos de la ciudad tiene una larga historia en las ciencias sociales que se remonta, al menos, al texto pionero de Kevin Lynch *La imagen de la ciudad*, publicado originalmente en 1960. A partir de esos años, diversos investigadores, en mayor medida urbanistas críticos del funcionalismo y racionalismo modernista dominantes largo tiempo en la arquitectura y luego psicólogos cognitivistas y geógrafos de la percepción del espacio, aunque también algunos semiólogos y antropólogos, se han aventurado en el trabajo con dibujos de la ciudad. El campo es vasto y los debates múltiples. Sin embargo, en última instancia, la pregunta en la cual las distintas investigaciones convergen –y en torno a la cual discuten- es ¿qué llegamos a conocer a través de estos dibujos? En tanto práctica significativa ¿a qué están sustituyendo? Para decirlo de modo más literal: esos trazos realizados sobre un papel blanco, algunos débiles y dubitativos, indecisos, otros firmes y decididos, seguros, ¿de qué nos hablan? ¿Cómo interpretarlos?

Como es habitual, la bibliografía sobre el tema está dividida; incluso la terminología ha ido variando con el correr de los años. Desde la noción de “imagen de la ciudad” de Lynch (1960), que remite específicamente a las propiedades de diseño de las ciudades que las tornan, según los casos, más o menos imaginables y representables, legibles, para sus residentes y visitantes, pasando por los trabajos sobre “mapas mentales” de Gould (1966), noción que refiere a plasmar en el mapa las preferencias de un grupo social, hasta llegar al concepto de “mapa cognitivo” (Lowenthal, 1967) entendido como una abstracción del modelo que del espacio cada usuario de la ciudad tiene en su cabeza, e incluyendo a cognitivistas más recientes (Castro, 1999) que desechan el uso literal del término “mapa” y cuestionan que para conocer los procesos cognitivos implicados en la orientación espacial de las personas comunes y corrientes en la ciudad sea necesario solicitarles que dibujen un mapa de la misma, se ha abierto un campo de disputa y disenso acerca de la respuesta a la pregunta: *estos dibujos ¿de qué hablan?*

Representaciones y realidad

Sin pretensiones de exhaustividad sobre una producción amplia (y en muchos casos ajena y lejana), y dejando de lado los disensos en torno al lugar atribuido a los procesos mentales y cognitivos en las prácticas espaciales (Tuan, 1975), existen dos puntos principales de discusión relevantes para el presente capítulo. Por un lado, una vez que se acepta que los procesos mentales o cognitivos tienen efectivamente alguna importancia en las prácticas espaciales, el debate versa acerca de saber *en qué medida los dibujos de la ciudad nos acercan a los procesos cognitivos implicados en la práctica del espacio*. En última instancia, los cognitivistas más críticos a la técnica de solicitar dibujos de la ciudad se preguntan en qué medida los procesos cognitivos vinculados con las prácticas espaciales tienen un lenguaje cartográfico (Castro, 1999). Por otro lado, se discute *en qué medida los dibujos que sobre un espacio determinado realiza una persona son expresión de sus prácticas espaciales*. Sin bien es de suponer que las propias prácticas de la ciudad tienen algún tipo de importancia en la confección del dibujo, es indudable que otro tipo de informaciones (como mapas y fotos) y experiencias –por no incluir las capacidades diferenciales de los sujetos para memorizar un espacio y traducirlo al lenguaje cartográfico- tienen igualmente importancia en el momento en que un investigador le solicita a su entrevistado que dibuje “su” ciudad.

Así, la tríada “procesos mentales o cognitivos – prácticas espaciales – dibujos de la ciudad” forman parte de un largo debate acerca de sus vinculaciones. ¿Qué lugar tienen los procesos cognitivos en las prácticas espaciales? ¿En qué medida los dibujos de la ciudad permiten conocer tanto los procesos cognitivos como las prácticas espaciales?

¿Qué tipo de informaciones y experiencias están en la base de los dibujos? Nuevamente, entonces, la pregunta: estos dibujos ¿de qué hablan?

Hay un punto, sin embargo, donde la mayoría de estas investigaciones se encuentra. En efecto, en la mayor parte de los trabajos consultados sobre, según los casos, “imágenes de la ciudad”, “mapas mentales” o “mapas cognitivos” predomina, generalmente implícita, una “teoría de la adecuación” entre representación y realidad. Es decir, desde esta posición sería posible (y deseable) contrastar el mapa con el territorio (la representación de la ciudad con la ciudad) ponderando en cada caso la distancia o desvío existente entre la representación y el objeto representado, procedimiento por medio del cual se supone podríamos identificar en qué medida aquella se adecua a éste. Llevando tal ejercicio al extremo, el dibujo perfecto de una ciudad sería uno de esos Mapas Desmesurados que se corresponde punto por punto con ella, llegando a la aporía de reproducirla. Por supuesto, esa representación sería de dudosa utilidad y merecidamente tendría que ser abandonada a las inclemencias del tiempo y al olvido, como nos narra la ironía borgeana. Como bien sabía Borges, los problemas que presenta este tipo de operación analítica se multiplican hasta el infinito. En última instancia ¿cómo contrastar representación con realidad? ¿Qué es la realidad? ¿Y cómo aprehenderla, si no es por medio de representaciones?

En efecto, en la mayor parte de los trabajos “la ciudad” con la que se contrastan los “dibujos de la ciudad” es un tipo específico de representación que, por la supuesta naturaleza o cualidad mimética que habitualmente atribuimos a las imágenes (precisamente, por la idea de que hay representaciones que reflejan lo real adecuadamente), pasa por no ser tratada como tal, como signo, y en consecuencia, se confunde con la realidad. Se trata de las representaciones cartográficas de la ciudad. De este modo, el contraste que habitualmente se realiza es comparar los dibujos con la cartografía oficial de la ciudad, representación a partir de la cual se identifican desvíos, ausencias, desproporciones y correspondencias, sin explicitar el desplazamiento que efectivamente el analista realiza entre realidad y representación cartográfica, confundiéndonlas y arribando a conclusiones equívocas.

Así, por ejemplo, en un trabajo sobre la percepción del espacio geográfico en Managua, Valverde identifica dos métodos básicos utilizados para la elaboración de mapas mentales: el global (que nosotros llamaremos también panorámico) y el itinerante. Este autor sostiene que mientras con el *método global* se suele empezar por trazar el marco general de la zona en cuestión y se va rellenando con sus elementos principales, prestando atención a proporciones, posiciones y distancias, es decir, se van poniendo los elementos

con una buena visión de conjunto, empezando con los más importantes, y los detalles menos importantes, si se ponen, es al final, con el *método itinerante*, en cambio, el mapa se dibuja siguiendo uno o más itinerarios (en general yendo de un lugar bien conocido a otro), siguiendo una serie de referencias secuenciales como quien va viajando por la ciudad, “viajando por el papel se va trazando el mapa” (1989: 89).

Tal distinción es analíticamente productiva para clasificar y analizar los dibujos (en este sentido, el dibujo de Carlos es un caso ejemplar de aplicación del método global o panorámico). Sin embargo las conclusiones a las que arriba son discutibles, al sostener que el *método global* es el más avanzado y refleja una mentalidad más cartográfica y un sentido de la orientación más desarrollado, produciendo un mapa que tiene una baja distorsión espacial, mientras que el *método itinerante*, por su parte, es más primitivo y carece de una visión de conjunto, presentando una gran distorsión espacial. En última instancia, concluye el autor, estos dos métodos representan dos extremos de una escala continua que *corresponde a los diferentes grados de orientación o apreciación espacial de un cierto grupo de personas*. Y es precisamente aquí donde está el problema: ¿en qué medida ambos métodos nos hablan de “mentes más o menos cartográficas” y, fundamentalmente, de una “mejor o peor orientación”? ¿Por qué establecer una relación evolutiva entre ambos? ¿Las diferencias en los métodos utilizados para confeccionar los mapas no tendrán que ver con otros factores distintos al vinculado con las capacidades diferenciales para orientarse y apreciar el espacio?

En la investigación hemos podido constatar que efectivamente esos métodos son utilizados por las personas cuando dibujan la ciudad; el problema es, de nuevo, qué le hacemos decir, cómo los interpretamos. De hecho, como dijimos anteriormente, la comparación a partir de la cual se deducen capacidades diferentes para orientarse no es con la realidad espacial vivida sino con las representaciones cartográficas, de donde se sale que la distancia entre ambas no se debería traducir necesariamente en una mejor o peor orientación espacial. Para decirlo de manera sencilla, personas que realizan dibujos “distorsionados” no se desorientan o pierden en la vida cotidiana de la ciudad y, a la inversa, es totalmente verosímil imaginarse al mejor de los cartógrafos perderse en los laberintos de la vida práctica. Incluso hay investigadores que sostienen que los mapas itinerantes nos permitirían conocer más de las prácticas espaciales y de la orientación en la ciudad que los mapas dibujados con el método global (Castro, 1999).

Estas cuestiones nos llevan a destacar ciertas cualidades del “lenguaje cartográfico”, mediación fundamental que muchas de las investigaciones pierden de vista. De Certeau (2000) ha señalado, por ejemplo, que la condición de existencia de los planos

urbanos depende, en general, de la abstracción o el olvido de las prácticas espaciales.⁴⁷ Y la cartografía crítica (Harley, 2001) se ha esforzado por distanciarse (y desentrañar los mecanismos) del pensamiento positivista, racionalista y objetivista propios de la geografía, lo que ha posibilitado entender al *mapa más como un texto que como una imagen fiel de lo real*. Es por esto que en nuestras entrevistas se solicitaban “dibujos de la ciudad” y no “mapas de la ciudad”. Que la mayoría de los entrevistados, sin embargo, hayan efectivamente realizado sus dibujos recurriendo al “lenguaje cartográfico”, es decir, que hayan construido una imagen de la ciudad sobre un plano bidimensional, aplicando tramas ortogonales, buscando respetar proporciones, posiciones, distancias y relaciones entre los objetos que colocaban en ellas, es un dato significativo sobre el cual trabajaremos en este capítulo.

Aquí solo cabe decir al respecto que dicho dato nos lleva a reflexionar (y discutir) sobre dos énfasis generalmente compartidos por quienes trabajan con “mapas mentales” o “mapas cognitivos”. Por un lado, el énfasis en colocar el foco en las *relaciones entre individuo y ambiente*, entendiendo que los mapas son producto (casi) exclusivo de tal relación. Por el otro, el énfasis en priorizar *cuestiones perceptivas*, generalmente visuales, en la relación individuo-ambiente. Ambos énfasis pierden de vista (o en el mejor de los casos minimizan) las mediaciones socioculturales que hacen posible que un individuo “se relacione” y “perciba” el ambiente. Si bien resulta lógico pensar que cada “mapa” será único e irrepetible, a la vez conviene no perder de vista las categorías, clasificaciones y modelos socialmente incorporados y puestos en acto a la hora de mirar y representar la ciudad que una investigación centrada exclusivamente en la relación (fundamentalmente perceptiva) entre individuo y ambiente pierde de vista.

Por esto debemos reintroducir lo que en términos de Lefebvre podría denominarse la dialéctica entre las “representaciones del espacio” producidas por arquitectos, ingenieros, urbanistas y políticos, entre otros, y los “espacios

⁴⁷ Según Gorelik la generalización de la metáfora cartográfica en los estudios culturales urbanos se debe en gran medida a la influencia de las obras antagónicas de Michel de Certeau y Frederic Jameson, oscilando las investigaciones actuales entre estos dos polos. Por un lado, la contraposición realizada por Michel de Certeau entre la cartografía moderna y la representación medieval del espacio, por medio de la cual se busca recuperar lo que la representación moderna excluye: las prácticas de espacio. Por el otro lado, a partir del mismo relato del desarrollo de la cartografía, Frederic Jameson se sitúa en el extremo opuesto: a través de la redefinición de la idea de mapa cognitivo de Kevin Lynch, para Jameson no se trata de la recuperación antropológica del mundo que la tecnología desvaneció, sino de una radicalización de sus efectos por medio del trazado de mapas cognitivos que le permitan al sujeto individual un nuevo y más elevado sentido del lugar que ocupa en el sistema global (Gorelik, 2004: 266-269). Resulta bastante claro que, si hay que colocarse dentro de este esquema, nuestra investigación se encuentra mucho más cerca de la primera posición que de la segunda, la cual reintroduce la escisión entre realidad y hablar de la realidad (Williams, 1997) y pondera las representaciones por el grado de adecuación con lo real.

representacionales” propios de los actores que habitan y viven la ciudad, elaborados a partir de tales representaciones del espacio, pero no reductibles a éstas (Donald, 1999). Para decirlo sintéticamente: la experiencia del espacio no puede realizarse sin categorías sociales, a la vez que las categorías que posibilitan y modulan dicha experiencia no la agotan

Representaciones de la ciudad y experiencia urbana

Los dibujos de la ciudad aquí analizados serán abordados como representaciones socioespaciales, es decir, como imágenes y conocimientos sobre el espacio elaborados socialmente en función del sistema cultural y normativo, que ayudan a los individuos a comprender y a dominar su ambiente (de Alba, 2004). Las representaciones sociales “circulan en los discursos, en las palabras, en los mensajes, en los medios de comunicación, cristalizadas en las conductas y las disposiciones materiales o espaciales” (Jodelet, 1991: 25). Los dibujos son empleados frecuentemente en las investigaciones sobre las representaciones sociales pues facilitan la expresión de imágenes y permiten estudiar ciertos objetos de representación donde la dimensión no verbal es esencial (Abric, 1994).

La noción de “representación social” presenta un uso extendido en las ciencias sociales. Su extenso uso contrasta, sin embargo, con la escasa precisión analítica con la que en diversos casos se aplica. La excepción a esta generalizada indefinición la constituye una corriente de investigaciones en psicología social que remite a las investigaciones de Moscovici (1979) y Jodelet (1991). Desde este abordaje “la representación social es siempre representación de alguna cosa (el objeto) y de alguien (el sujeto), sujeto que relaciona al objeto con un contenido” (Jodelet, 2002: 47). Se trata, en definitiva, de una “forma de conocimiento, socialmente elaborado y compartido, con una orientación práctica y orientado a la construcción de una realidad común en un conjunto social” (Jodelet, 1991: 31).

Sin embargo, nos alejamos de esta perspectiva en dos aspectos epistemológicos fundamentales. Por un lado, porque supone la preexistencia del objeto y, por lo tanto, la adecuación o no de la representación al mismo. Por otro lado, porque naturaliza la distinción entre un conocimiento de sentido común -susceptible de ser analizado por medio de la teoría de las representaciones- y otros modos de conocimiento, como la ciencia, sujeto a otro régimen. Para nosotros, en cambio, las prácticas discursivas son constitutivas del objeto al cual se refieren y todo tipo conocimiento es susceptible de ser tratado como formas específicas de representación social.

Existe, por lo tanto, una diferencia fundamental. Retomando a Daniel Mato podemos decir que mientras que en esta tradición teórica “la idea de *representación social* se aparea con la de *realidad*, es decir, se supone que la representación lo es de una cierta realidad”, en el uso aquí dado “la idea de representación se aparea con la de *experiencia*”, lo que supone que no hay una realidad que representar sino diversas maneras de interpretar y simbolizar la experiencia social (2001: 136).

En su investigación sobre mapas mentales en la ciudad de México, de Alba sostiene que la ciudad es un producto histórico y cultural, “y su *representación un proceso de elaboración de significados, subyacente a la experiencia urbana*” (2004: 117; las cursivas son mías). La representación es, entonces, un “proceso subyacente” (constitutivo, diríamos, en el sentido de un proceso constante de representación / interpretación) de la experiencia urbana. Si esto es así, las representaciones visuales de una ciudad darían pistas y serían una vía de indagación de dicha experiencia. Es decir, las diferencias en la representación no se ponderarían en relación con su mayor o menor adecuación a “la realidad”, sino que nos hablarían de experiencias urbanas disímiles. Como hace tiempo sostuvo Ledrut (1973) la imagen de la ciudad expresa menos a la ciudad que la relación que el hombre mantiene con ella.

Es en este sentido que trabajaremos en este capítulo con los dibujos de la ciudad, entendiendo que las representaciones que se producen de la ciudad dependen de las características de la experiencia social de los actores a la vez que organizan dicha experiencia, orientando y otorgando sentido a las prácticas, y siendo eventualmente modificadas a través de tales prácticas. Las representaciones, entonces, como un “trabajo” (Hall, 1997), es decir, como un proceso, necesariamente inacabado, donde interactúan categorías, sentidos y prácticas de la vida urbana.

3- “Los vacíos” de Garnier

Existe un trabajo previo sobre la imagen de la ciudad de La Plata⁴⁸. En efecto, en la década de 1980 el urbanista suizo Alain Garnier (1992a; 1992b) realizó una completa investigación sobre la historia urbana de la ciudad, que incluyó el trabajo con las “cartas mentales”⁴⁹ de 26 residentes de la ciudad, para lo cual retomó los postulados de Kevin

⁴⁸ En este apartado retomaremos algunos de sus principales resultados ya que luego, por medio de la comparación con los nuestros, emergen un conjunto de cuestiones relevantes para pensar las imágenes de la ciudad.

⁴⁹ No hemos accedido a dichas imágenes sino a publicaciones en las cuales Garnier hace alusión a su investigación sobre “cartas mentales” y enuncia algunas conclusiones derivadas de los resultados obtenidos a partir de las mismas.

Lynch. Este último estudió en tres ciudades norteamericanas⁵⁰ la *imagen mental* que de ellas se hacían sus habitantes, concentrándose especialmente en una cualidad visual específica: la *legibilidad*, es decir, la facilidad con que las partes de una ciudad pueden ser reconocidas y organizadas en un modelo coherente. Aunque reconocía la existencia de “artificios simbólicos” externos que podían intervenir en su elaboración, Lynch sostuvo que las imágenes eran el resultado de un proceso bilateral entre el observador y su ambiente, donde el observador –con gran capacidad de adaptación y a la luz de sus propios objetivos- selecciona, organiza y confiere significado a aquello que ve.

Sin embargo, la preocupación de Lynch como urbanista acerca de ese proceso bilateral entre observador y ambiente era trabajar más con las cualidades del espacio construido que con las operaciones llevadas a cabo por el observador⁵¹. Usando sus propias palabras, trataba al *ambiente físico como variable independiente* y a la *imaginabilidad* como la característica (forma, color o disposición) que le confiere a un objeto físico una alta *probabilidad de evocar una imagen fuerte en cualquier observador dado*, facilitando la creación de imágenes mentales⁵² claramente identificadas, poderosamente estructuradas y extremadamente útiles del ambiente.

Así, el diseño fundacional de la ciudad de La Plata, con su énfasis en distinguir usos, jerarquizar funciones, atribuir ubicaciones, delinear circuitos, establecer ejes, en suma, con su objetivo de traducir un tipo deseado de sociedad en una forma espacial específica, pretendidamente racional, y diseñada de tal modo que sus habitantes puedan (al menos en teoría) identificar tales jerarquías y usos espacializados, constituye un campo

⁵⁰ Su trabajo se centró en residentes y/o usuarios habituales de las áreas centrales de Boston, New Jersey y Los Ángeles, de aproximadamente 4 por 2,5 kilómetros cada una, superficie menor a los 5 por 5 kilómetros del casco fundacional de La Plata trabajado por Garnier.

⁵¹ Y esto es algo totalmente comprensible. En tanto urbanista Lynch estaba preocupado por mejorar la “calidad sensible” de la ciudad, es decir, intervenir en el espacio de la ciudad buscando incrementar los estímulos que le permitan a las personas reconocer el entorno (Briceño Ávila y Gil Scheuren, 2005).

⁵² Para Lynch una imagen ambiental puede ser descompuesta en *tres componentes: identidad, estructura y significado*. Una imagen viable requiere, en primer lugar, la *identificación del objeto*, lo que implica su diferenciación de otras cosas, su reconocimiento en cuanto entidad separable. A esto se le da el nombre de *identidad*, no en el sentido de igualdad con alguna otra cosa, sino con el significado de individualidad o unicidad. En segundo lugar, la imagen debe incluir la *relación espacial o paradigmática* del objeto con el observador y los otros objetos. A estos se lo llama *estructura*. Por último, ese objeto debe tener algún *significado* para el observador, sea el mismo práctico o emocional. El significado también es una relación, aunque bastante distinta de la relación espacial o paradigmática. Si bien enunciadas, estas dos últimas relaciones no fueron trabajadas en profundidad por Lynch. Específicamente en cuanto al significado Lynch señalaba que el significado no es tan influenciado por la manipulación física como los otros dos componentes. Por esto, había que concentrarse en la claridad física de la imagen y permitir que el significado se desarrolle sin la orientación directa del urbanista.

fructífero donde analizar el modo en que las personas elaboran “imágenes mentales” de la misma a partir de los vínculos que establecen con ella.

Siguiendo estos presupuestos Garnier muestra cómo “la geometría perfecta de la organización de los espacios urbanos” presente en el plano fundacional de La Plata no pudo resistir a los procesos urbanos del siglo XX (suburbanización, crecimiento en altura, dependencia de Buenos Aires), encontrándonos actualmente ante “una ciudad desfigurada”, lo que afecta “tanto a la vida socioeconómica y cultural de sus habitantes como a los diferentes componentes de la imagen de la ciudad” (1992a: 102).

La finalidad de su trabajo con las “cartas mentales” fue establecer la diferencia existente en el caso de La Plata entre legibilidad y visibilidad. El dilema central para él era que “el plano fundacional de 1882 era perfectamente legible, la pregunta es si era visible en la realidad. Se quería averiguar cuál es la percepción que los platenses tienen de su ciudad y de su organización, qué representación pueden hacer” (1992b: 20).

Para esto, identificó los componentes morfológicos y funcionales⁵³ principales del plano fundacional e indagó en qué medida éstos aparecían en las imágenes de los residentes entrevistados. Es decir, su modo de trabajo consistió en contrastar un conjunto definido a priori de elementos presentes en el plano fundacional (según su terminología, *lo legible*) con los dibujos realizados por las personas entrevistadas (*lo visible*). Desagreguemos esquemáticamente sus resultados más relevantes.

1) *Límites de la ciudad*. Como ya hemos señalado el trazado fundacional preveía un área urbanizable claramente delimitada por el boulevard periférico. “Su forma cuadrada y sus ángulos redondeados se inspiran en el trazado de las fortificaciones. Ese boulevard simboliza, por su ancho (100 metros) y por su función distribuidora, una suerte de muralla horizontal perforada por las puertas, constituidas por las prolongaciones de las avenidas urbanas hacia las quintas. Esa inscripción del tejido urbano en un cuadrado de cinco kilómetros por lado debía permitir a un observador que se aproximase a La Plata, abarcar con su mirada el

⁵³ Lynch identificó cinco tipos de elementos, a partir de los cuales los habitantes elaboran sus imágenes de la ciudad:

-Sendas: canales de circulación a lo largo de los cuales el observador se desplaza de modo habitual, ocasional o potencial. Para muchas personas estos son los elementos predominantes en su imagen de la ciudad. Muchas veces a lo largo de las vías los otros elementos ambientales se organizan y se relacionan.

-Límites: Son elementos lineales no usados o no entendidos como vías por el observador. La relación entre límite y senda es relativa al punto de vista del observador.

-Barrios: Son las regiones medias o grandes de una ciudad, concebidos como dotados de extensión bidimensional.

-Nodos: Son lugares estratégicos de la ciudad a través de los cuales el observador puede entrar, son los focos intensivos para los cuales o a partir de los cuales el observador se desplaza. Pueden ser punto de conexión y / o de concentración.

-Hitos: En este caso el observador no entra en ellos: son externos. En general, son un objeto físico definido de manera muy simple: edificio, señal, comercio o montaña.

conjunto de la ciudad y percibir su dimensión, forma y organización (Garnier, 1992a: 103). Según Garnier, el crecimiento suburbano de la ciudad, que actualmente implica que más de la mitad de la población resida fuera del perímetro inicial; el hecho de que los barrios suburbanos formen un tejido edificatorio continuo (prolongación, extramuros, de la traza de la cuadrícula de avenidas y calles del plano fundacional) que concluye por diluirse en el espacio semirural; y una tipología edificatoria idéntica a un lado y otro del boulevard periférico, perturba “la lectura espacial del cuadrado inicial” (1992a: 104), llevando a “la desaparición de los límites iniciales de la ciudad” (1992a:105).

2) *Eje monumental*. “Un análisis morfológico de la traza de La Plata permite identificar al eje monumental como la espina dorsal de la composición formal y funcional. Esta composición acumula la cuádruple función de trayectoria, borde, hito y nudo (1992a: 108). Sin embargo, otro eje funcional, constituido por las vías de comunicación a Buenos Aires, suplantó al eje monumental. A esto hay que sumarle la edificación en altura. “La lectura de ese eje y la centralidad que el mismo marcaba han desaparecido desde la introducción de los edificios torre que se implantaron, a partir de la década del cincuenta, en el centro de la ciudad y con tendencia a desarrollarse en la dirección de Buenos Aires (...) “Los grandes edificios públicos del eje monumental debían, según las intenciones del plano fundacional, ser visibles desde todos los lugares de la ciudad y cumplir, de tal modo, con su papel de hitos. La desaparición de esos símbolos urbanos ha modificado fuertemente la imagen de la ciudad y la ha sumergido en un verdadero *caos formal*” (1992a: 110-111; las cursivas son mías).

3) *Diagonales*. “El observador que se inclina sobre el plano de la ciudad es sorprendido por el rigor de la traza geométrica de las diagonales. A primer golpe de vista se verá tentado a otorgar a esas diagonales un papel ordenador esencial. La realidad sobre el terreno es muy diferente y aquel observador percibirá rápidamente a esas diagonales como una dificultad suplementaria para la lectura urbana”. Entre las razones que explican “ese fenómeno de desfase entre la interpretación del dibujo y la visión del espacio construido” (1992a:115) se encuentran: un número demasiado grande de diagonales, lo que supone pérdida de su singularidad; sus orientaciones divergentes, por lo que el observador que se desplaza por ellas debe descubrir su sentido, generalmente recurriendo a la numeración de las calles; la complejidad de intersecciones que hace “imposible distinguir el sistema ortogonal de calles del sistema singular de diagonales” (1992a: 116); la ausencia de morfología diferenciada entre las diagonales secundarias (75, 76, 77 y 78) y las calles; y la ausencia de perspectivas visuales ya que “las diagonales, contrariamente al sistema reticulado de las vías ortogonales, concurren a un punto focal (...) En La Plata esos puntos focales están vacíos de símbolos, pues se trata de espacio abiertos (plazas y parques) que no detienen la mirada y que no indican la especificidad de los lugares geométricos” (1992a: 116).

4) *Sistema de plazas públicas*. Las plazas tienen una doble naturaleza. “Son a la vez puntos de intersección y puntos de concentración (...) acontecimientos en los trayectos” (1992a: 118). Sin embargo, en general “han perdido esa segunda condición de centralidad del barrio. Aparte de algunas excepciones (Moreno, San Martín, Italia) esas plazas se han convertido en simples intercambiadores de circulación, concentrando y redistribuyendo el flujo de la flota de vehículos, en las diferentes direcciones de la ciudad” (1992a: 118). “En efecto, las vías que desembocan en esas plazas las han transformado en verdaderos intercambiadores giratorios, que aíslan la plaza del resto del barrio” Por otro lado, “el observador que ingresa con su vehículo al intercambiador giratorio encontrará dificultoso

identificar la continuidad de la avenida o de la diagonal sobre la que circula” (1992a: 120).

Como se desprende de estos pocos párrafos, la investigación es exhaustiva, al poner en relación diseño urbano, análisis funcional, tipologías constructivas y percepciones espaciales, y su conclusión es tajante: “el plano fundacional de La Plata contiene una estructura simbólica muy marcada, pero ese sentido simbólico fue apropiado sólo en una forma muy parcial por los habitantes (...) Se observa un desfase entre lo simbólico proyectado y la realidad percibida” (1992b: 21) y esto se debe, en menor medida, a cuestiones de diseño (como el elevado número de diagonales secundarias) y, fundamentalmente, a procesos urbanos que “desfiguraron la ciudad”, reduciendo así su visibilidad. Desaparición de límites y del eje monumental, conflictivas diagonales, sistema viario perturbado, sistema desfigurado de plazas... en fin, como el título de su libro lo indica, un cuadrado roto.

El procedimiento es equivalente al aplicado por Lynch. El espacio construido es una variable independiente que tiene o carece de una cualidad: la visibilidad. Sabemos poco de quiénes miran y representan la ciudad (y de las operaciones que realizan para tal fin: selección, organización, atribución de sentido). Desde su perspectiva las representaciones obtenidas muestran las cualidades del espacio construido y, en el caso de La Plata según Garnier, la baja visibilidad actual de los componentes morfológicos y funcionales se traduce en representaciones desarticuladas de la ciudad.

Precisamente por esto hablamos de “los vacíos” de Garnier. En lugar de indagar acerca de qué hacen las distintas personas con la ciudad, pondera en qué medida sus dibujos se adecuan al plano de la ciudad. Y es así que no encuentra más que ausencias, carencias y desvíos en los dibujos respecto del plano. Con esto queremos decir que si bien es indudable que operaciones analíticas como contrastar los dibujos de los actores sociales con el plano de la ciudad o identificar qué elementos urbanos aparecen en tales dibujos tienen valor heurístico (y en este sentido serán utilizados más adelante en este capítulo), el problema surge cuando inferimos de los mismos la mayor o menor adecuación entre representación y realidad, entendida como la relación (fundamentalmente visual) entre individuo y ambiente, olvidando las mediaciones socioculturales que exceden esa relación y la multiplicidad de experiencias posibles de una misma ciudad. Teniendo presente en el análisis estos habituales “olvidos”, discutiremos ciertas interpretaciones que, como la propuesta por Garnier, solo ven “vacíos”.

4- Los dibujos de la ciudad: tipos y contenidos

En este apartado describiremos brevemente los dibujos obtenidos durante el trabajo de campo, teniendo en cuenta tanto los métodos aplicados en su elaboración como los contenidos representados en ellos. Se trata de un paso ineludible de caracterización de los materiales con los que contamos para luego discutir algunas interpretaciones habituales sobre las imágenes de la ciudad y proponer la nuestra.

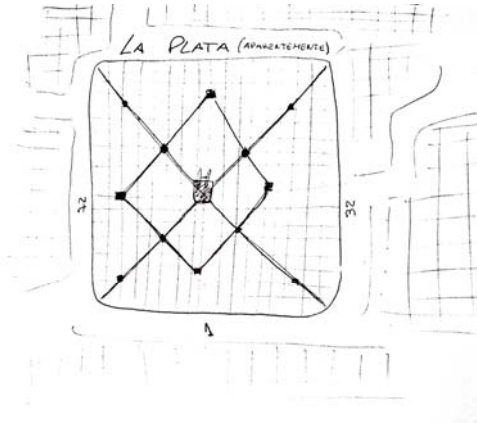
Una primera clasificación: los métodos de elaboración de los dibujos

En diversas situaciones de interacción durante el trabajo de campo se solicitaron a distintas personas dibujos de la ciudad⁵⁴. En total se obtuvieron 86 dibujos. De ellos, la mayoría (74) corresponde a representaciones visuales de la ciudad realizadas en “lenguaje cartográfico”. Es decir, si bien se solicitó a los entrevistados dibujar la ciudad sin dar mayores especificaciones en cuanto a estilo y modo de representación, la mayoría de los entrevistados realizó “mapas” de la ciudad y solo doce realizaron dibujos de la ciudad que podrían clasificarse como “figurativos”, en los que se representan fundamentalmente hitos urbanos (como la catedral) y calles de la ciudad.

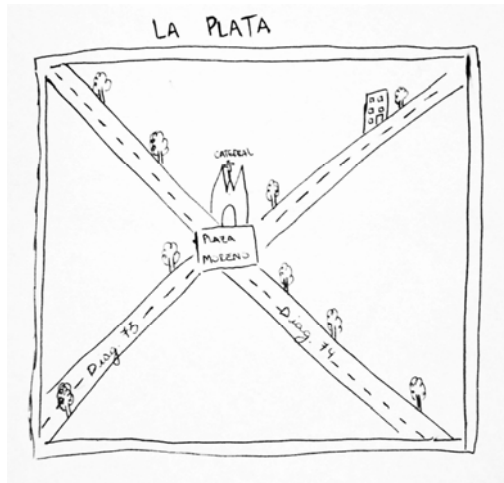
De los dibujos en lenguaje cartográfico la mayoría de ellos (66 sobre 74) fueron realizados aplicando el *método global o panorámico*, es decir, cada entrevistado trazó en primer lugar un marco general de la ciudad, rellenándolo luego con sus elementos principales y prestando atención a proporciones, posiciones y distancias entre los distintos elementos. Ese *marco general* inicialmente dibujado fue de *dos tipos básicos*:

-Por un lado, aquellos dibujos (41 sobre 66) en los que el entrevistado comenzó por señalar *los límites de la ciudad*, representados por *la avenida de circunvalación*, para luego representar en el mayor número de casos la plaza Moreno y las dos diagonales principales y, en menor medida, otras diagonales y avenidas, otras plazas, otros hitos, etc. (los dibujos 1, 2, 3 y 4). Se trata de dibujos que replican la imagen de la ciudad como un cuadrado que coincide con los límites del plano fundacional, en los cuales la avenida de circunvalación funciona más como límite que como senda y donde, solo en algunas excepciones (6 de 41), aparece dibujada la periferia urbana.

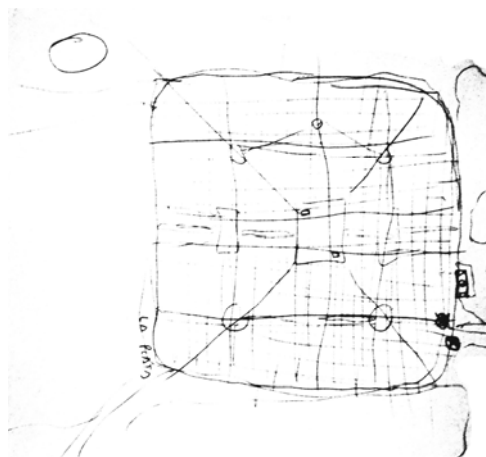
⁵⁴ Muchos de los dibujos fueron solicitados antes de finalizar entrevistas individuales en profundidad a diversos actores sociales; otros, en cambio, fueron solicitados en una instancia colectiva. Con respecto a esta última modalidad, se reunió un grupo de ingresantes a la universidad, heterogéneo en términos de edades, lugares de residencia, procedencias y tiempo de residencia en la ciudad, y se les solicitó que dibujaran la ciudad. Este ejercicio posibilitó identificar variaciones en los modos de representar la ciudad según las dimensiones antes mencionadas. Varias de estas personas fueron luego entrevistadas, utilizando el dibujo realizado como insumo para la entrevista.



Dibujo 2

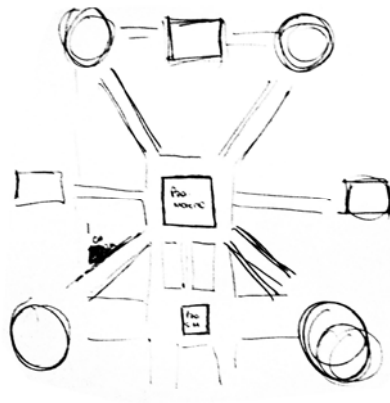


Dibujo 3

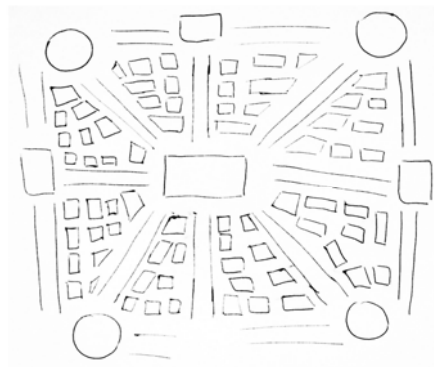


Dibujo 4

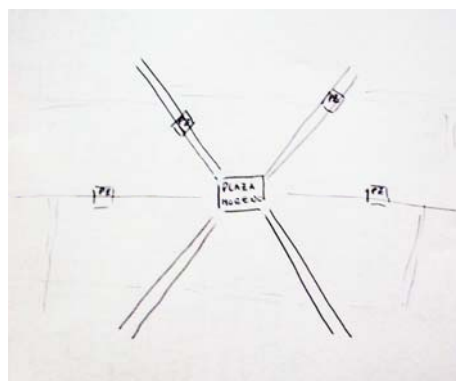
-Por otro lado, aquellos dibujos (18 sobre 66) en los que se comenzó por dibujar *el centro geográfico del trazado fundacional, la plaza Moreno, y las dos diagonales principales* que cruzan íntegramente el trazado fundacional, para luego representar en algunos casos otros elementos como plazas, diagonales, avenidas y grilla urbana (dibujos 5, 6 y 7).



Dibujo 5



Dibujo 6



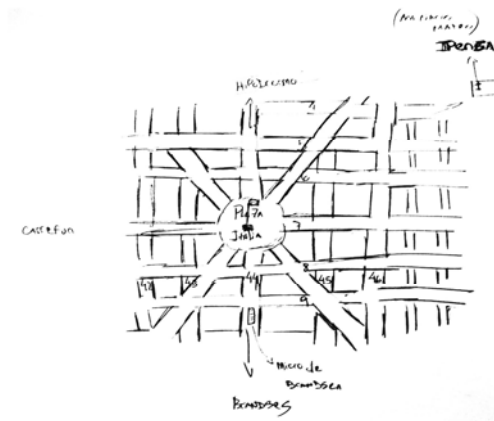
Dibujo 7

En los dibujos de este segundo tipo, la circunvalación de la ciudad no fue trazada y sin embargo, más allá de esta ausencia, la sensación que produce mirar estos mapas es, al igual que en los primeros, que la ciudad es un cuadrado. En ninguno de estos dibujos, además, fue representada parte de la periferia de la ciudad. Los límites son invisibles, pero no se dibuja nada que esté más allá de ellos.

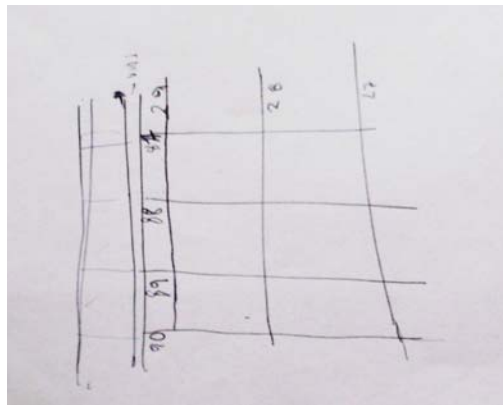
El grado de detalle y la cantidad de elementos dispuestos en ambos tipos de dibujos varía desde representaciones sumamente simplificadas de la ciudad, como el dibujo de un cuadrado o de un cuadrado cruzado por dos diagonales (dibujo 3), hasta representaciones sumamente detalladas de diversos elementos de la ciudad (dibujo 1). Sin embargo, independientemente de la complejidad y el grado de detalle variable, estos dibujos señalan *la persistencia de la forma*, la ciudad como un cuadrado, más allá de los diversos procesos de transformación urbana acaecidos en la historia de la ciudad.

Otro aspecto importante a señalar de estos dibujos es la tendencia a que exista cierta correspondencia entre el orden en que se realiza la representación visual y el desarrollo histórico de la ciudad. Milgran y Jodelet (1976) encontraron este tipo de correspondencia entre el desarrollo histórico de París y la evolución de los croquis de esa ciudad y similar paralelo identificó de Alba (2004) para la ciudad de México, donde la mayoría de los sujetos comenzó su mapa por los contornos de la ciudad, para enseguida dibujar el centro histórico. En nuestro caso, la mayoría comenzó por los límites de la ciudad y el resto por su centro histórico y geográfico, para luego, según los casos y con grado de detalle variable, introducir otras sendas, hitos y barrios.

Dentro de los mapas confeccionados con la preeminencia del método panorámico debemos incluir también aquellos dibujos (7 de 66) en los que se mapea un barrio o zona de la ciudad. En estos dibujos no aparece ninguno de los elementos presentes en los marcos generales caracterizados previamente, es decir, no se dibujan ni los límites de la ciudad ni los hitos urbanos habituales. Así, un joven estudiante universitario procedente de Brandsen (localidad ubicada a 40 kilómetros de La Plata) representó en lenguaje cartográfico la zona de la ciudad en que vive y señaló, entre otras cosas, la ubicación de la clínica en la que nació su hijo y el lugar donde toma el colectivo que lo traslada a su lugar de origen (dibujo 8). De la misma manera, ante mi pedido al finalizar la entrevista a una mujer residente en un barrio periférico de que dibujara la ciudad, ella contestó que no podía, ya que no se ubicaba en la ciudad, y cartografió su barrio (dibujo 9).

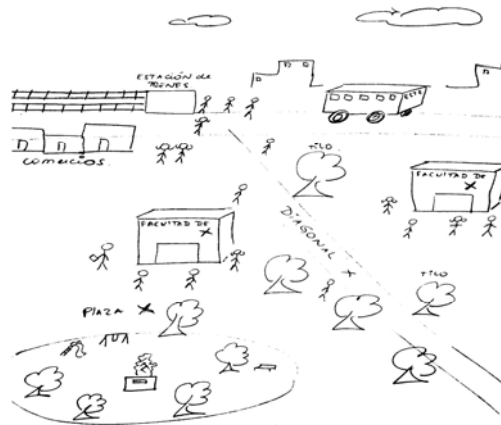


Dibujo 8



Dibujo 9

También con predominio de un “lenguaje cartográfico” fueron realizados otros dibujos (9 de 74) en los que se aplicó el *método itinerante*, es decir, los entrevistados dibujaron su trayecto habitual por la ciudad, el recorrido que realizan entre un punto y otro de la ciudad. De este modo Evangelina, una joven de 18 años que cuando la entrevisté hacía menos de dos meses que había comenzado a estudiar en la universidad y viajaba de lunes a viernes en tren desde Berazategui, en el sur del conurbano bonaerense, a La Plata, ante mi solicitud de que dibuje la ciudad, representó el trayecto entre la estación de trenes y la facultad (dibujo 10) y mientras lo hacía sostuvo: “mucho tampoco me ubico, esto es lo que recorro, más que nada”.



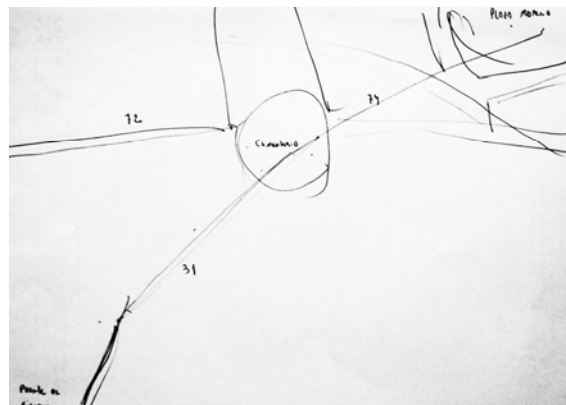
Dibujo 10

Por su parte Daniel, un hombre de unos 50 años, que desde hace más de una década vive en el barrio periférico de Puente de Fierro, proveniente de Jujuy, dibujó el recorrido que generalmente realiza en moto desde su casa hasta el centro geográfico del trazado fundacional, la plaza Moreno, y mientras dibujaba me relató el trayecto, señalando los hitos más relevantes para su recorrido:

“D: Mirá, yo la visión que tengo de la ciudad y desde siempre, el único camino que recorrí de siempre y me queda en la memoria, por supuesto que es de acá, saliendo de Puente, que yo siempre lo hago así, que es 31, diagonal, Plaza Moreno (risas) entendés?”

R: esta sería 31, esta es diagonal 74 digamos

D: Claro, tomás 31, acá tenés la rotonda, este es mi camino, nunca me voy a olvidar, cruzás 72, creo que por acá pasa la vía...La vía, después agarrás la diagonal, después pasas una plaza, otra plaza y otra, no sé cuántas... hasta plaza Moreno”.



Dibujo 11

Así, en este tipo de dibujos está generalmente ausente una mirada panorámica y global de la ciudad. Lo que se dibuja es un trayecto. En ambos casos se plasman trayectos entre dos puntos -la estación del ferrocarril y la facultad en el primero, un barrio periférico y el centro geográfico e histórico de la ciudad en el segundo- y mientras se realiza el recorrido en el papel se señalan las referencias utilizadas para orientarse en el espacio como cruces de calles, diagonales, plazas o vías que actúan como *acontecimientos en un recorrido*, puntos relevantes para la orientación cotidiana⁵⁵.

Por esto, mientras los dibujos panorámicos suponen una *lectura sincrónica* de la ciudad⁵⁶, los dibujos itinerantes corresponden a una *lectura diacrónica o secuencial* de la ciudad. Por supuesto, estos tipos no son fijos y muchos de los dibujos realizados resultan de una combinación en proporciones variables de ambos métodos (dibujos 8 y 15), lo que habitualmente significa -como profundizaremos más adelante- dibujar un trayecto teniendo previamente una visión global de la ciudad (un marco de referencia) y no a la inversa.

El “contenido” de los dibujos

Aunque insuficiente por los motivos anteriormente esgrimidos - fundamentalmente por la tentación de caer en una teoría de la adecuación- un análisis del contenido de los dibujos clarifica algunos de los resultados obtenidos en el trabajo con los mapas.

⁵⁵ Se podrían comparar estos trayectos dibujados por los entrevistados con el trazo de los mismos recorridos sobre la cartografía oficial. Se observarían desvíos y distorsiones. ¿Podríamos deducir falta de orientación? Por lo argumentado hasta aquí, seguramente no. Nuestros entrevistados no se pierden en la ciudad al realizar estos recorridos habituales. La distorsión (con respecto a la cartografía oficial) no puede ser interpretada mecánicamente como desorientación. Más relevante es ver en estos dibujos y relatos formas cotidianas de orientación a partir del uso de elementos (hitos, calles, indicadores) distintos al de la racionalidad matemática y abstracta propia del proyecto fundacional.

⁵⁶ Valverde (1989) ha señalado ciertas tendencias generales en este tipo de dibujos.

-*Tamaño*: exagerar el tamaño (y el detalle) de las zonas por las que nos movemos más y reducir o eliminar las menos conocidas.

-*Distancias*: reducir la distancia entre zonas que conocemos y relegar las otras a la periferia, centrando y concentrando, por lo tanto, “nuestro mundo” en el mapa. Ciertos hitos importantes fuera de nuestras zonas puede que aparezcan en el mapa mental, pero su distancia y orientación con relación a ellas serán bastante incorrectas sino no tenemos una buena “visión cartográfica”.

-*Proporciones*: igualar las proporciones físicas de las entidades incluidas en las zonas conocidas, puesto que lo que las hace importantes para el autor no es su magnitud física real sino otros factores.

Tipo de dibujo	Cuadrado con límites (41 dibujos)	Cuadrado sin límites (18 dibujos)	Itinerante (9 dibujos)	Otros dibujos (18 dibujos)	Totales
Elementos					
Plaza Moreno	33	15	3	1	52
Diagonales principales	26	15	0	0	41
Circunvalación	41	0	0	0	41
Otras plazas	6	11	7	6	30
Grilla	13	9	0	0	22
Catedral	9	3	3	6	21
Otras diagonales	5	5	7	1	18
Periferia	6	0	1	1	8
Eje Monumental	6	1	0	0	7
Municipalidad	3	1	0	0	4

Este cuadro muestra los elementos urbanos (hitos como la plaza Moreno, sendas o vías como las diagonales, límites como la Avenida de Circunvalación) más utilizados en la composición de las representaciones visuales de la ciudad, tanto en términos generales como en relación a los distintos tipos de dibujos identificados. Del mismo se desprenden algunas cuestiones sobre las que luego trabajaremos en detalle:

El hito urbano que más aparece en los dibujos (52 de 86) es la plaza Moreno, *centro geográfico del trazado fundacional* de la ciudad. Este hito, además, aparece representado en los distintos tipos de dibujos que se produjeron sobre la ciudad. Se trata, así, de un elemento compartido por distintos tipos de personas. Y es una muestra que, más allá del crecimiento en altura de la ciudad y de su suburbanización, ciertos hitos urbanos no han perdido centralidad en la imagen de la ciudad. El hito, entonces, puede eventualmente no ser totalmente visible en la experiencia cotidiana del espacio y no por eso deja de ser un hito. Lo que nos lleva a pensar que, más allá de la percepción concreta, otros procesos (historia, difusión, etc.) participan en la transformación de un elemento urbano en hito. El dibujo recurrente de la Catedral (en 21 oportunidades) y, en menor medida, de la Municipalidad (en 4 oportunidades) no hacen más que reforzar esta característica central de este espacio urbano en las imágenes de la ciudad. Los elementos urbanos que ocupan el segundo lugar con más apariciones (en 41 oportunidades cada uno) en los dibujos son la Avenida de Circunvalación y las dos diagonales principales (diagonales 73 y 74), que cruzan de extremo a extremo la planta

fundacional. Ambos elementos aparecen exclusivamente en los dibujos panorámicos de la ciudad y refuerzan *la imagen de la ciudad como un cuadrado*. Por último, del análisis de los dibujos se desprende una *muy baja visibilidad* tanto de la *periferia urbana* (8) como del *eje monumental* (7).

Estos datos cuestionan al menos parcialmente algunas de las afirmaciones de Garnier sobre la disolución y desarticulación de la forma de la ciudad. Para profundizar en el análisis debemos vincular *el qué* (el contenido) y *el cómo* (el método) de los dibujos con *quiénes* realizaron los dibujos y los *sentidos* atribuidos a los mismos. Si consideramos que *la ciudad es un sistema no verbal de elementos significantes* (Barthes, 1970; Choay, 1970, 1987), el análisis de contenido de las representaciones socioespaciales permite observar *la relación* que el habitante de la ciudad mantiene con su ciudad, así como *la "lectura"* que hace de este espacio (del Alba, 2004)

5- La persistencia de la forma

A partir de los resultados obtenidos es innegable que para la mayor parte de las personas *la ciudad es un cuadrado*. Es decir, que el cuadrado constituye lo que Kevin Lynch denominó una *imagen pública* de la ciudad, es decir, una imagen mental común a vastos contingentes de habitantes de una ciudad.

¿Cómo se estabiliza una imagen pública de la ciudad? ¿A qué se debe que una multiplicidad heterogénea y desigual de actores tienda a compartir una representación similar de una ciudad que usan y experimentan diferencialmente? En definitiva ¿cómo ha cristalizado esta imagen de la ciudad? Decíamos en el capítulo anterior que para responder a esta pregunta es necesario evitar dos posturas antagónicas: tanto aquella que pone el acento en las relaciones "horizontales" que establecen los desiguales y heterogéneos actores sociales con la ciudad (explicación "pluralista" donde la relación fundamental es entre individuo y ambiente construido) como aquella que propugna una explicación "verticalista" de la producción de los sentidos y representaciones de una ciudad (explicación "elitista" de los sentidos y significados que pone el énfasis en el control por parte de ciertos actores de recursos, saberes e instituciones). Antes que proponer la prioridad ontológica de una operación sobre la otra, ambas igualmente presentes en la "producción del espacio" (Lefebvre, 1974; Harvey, 1998), quizás sea factible pensar retomando a Lefebvre en una relación dialéctica entre las "representaciones del espacio" producidas por arquitectos, ingenieros, urbanistas y políticos, entre otros, que tratamos en el capítulo anterior y los "espacios representacionales" propios de los actores que habitan y viven la ciudad, muchas veces elaborados a partir de tales representaciones del espacio,

pero no reductibles a éstas. La imagen de la ciudad aparece así como una compleja red de relaciones que se produce a través de la interacción entre instituciones, relaciones sociales de producción y reproducción, prácticas gubernamentales y el accionar de medios masivos (de los Ríos, 2008), entre otros agentes.

Kevin Lynch propuso el concepto de *legibilidad* para referirse a “la facilidad con que las partes pueden ser reconocidas y organizadas en un modelo coherente” (2006: 2), siendo la *imaginabilidad* “la característica, en un objeto físico, que le confiere una alta probabilidad de evocar una imagen fuerte en cualquier observador dado. Es aquella forma, color o disposición que facilita la creación de imágenes mentales claramente identificadas, poderosamente estructuradas y extremadamente útiles del ambiente” (2006: 11; traducción mía). Sin aceptar su punto de partida individualista, es decir, la idea de que las imágenes se producen en la interacción del individuo y el ambiente, con la consecuente falta de atención hacia las mediaciones socioculturales, la historia y los conflictos, parece claro que los límites del trazado fundacional de la ciudad tienen una alta legibilidad, producto tanto de la experiencia del espacio como de un conjunto de dispositivos urbanísticos, institucionales y representacionales que buscan organizar dicha experiencia.

La pregunta que inmediatamente surge es, entonces, porqué Garnier arribó a la conclusión de la existencia de una imagen totalmente desfigurada, desarticulada de la ciudad, subestimando incluso varios de los datos que tendrían que haberlo dirigido a una conclusión opuesta⁵⁷. Es posible encontrar algunas de las pistas para responder a esta pregunta en el bello relato que compone de su primer viaje en auto desde Buenos Aires a La Plata que a modo de introducción abre su trabajo sobre la ciudad.

“El vehículo que me conduce de Buenos Aires a La Plata se desliza entre dos filas interminables de edificios construidos en una o dos plantas, que exhiben arquitecturas muy discordantes y sorprendentes a veces, como este edificio

⁵⁷ Refiriéndose a los límites Garnier sostiene “La Plata perdió esta “muralla”, la suburbanización ha rebasado desde hace mucho tiempo los límites del casco. A pesar de esa desestructuración y de la pérdida de valor de la avenida periférica, debo reconocer que casi la totalidad de las cartas mentales hechas por los veintiséis entrevistados han expresado perfectamente el cuadrado” (1992b: 20). En este pasaje se nota claramente su “malestar”, ya que según su razonamiento la transformación material de la ciudad debería tener como efecto la desaparición e invisibilización de los límites. Sin embargo, como señalamos los límites son marcados por la mayoría de las personas entrevistadas. Lo mismo le sucede con las diagonales principales, ya que reconoce que son frecuentemente representadas, más desestima ese dato.

Así, si bien una lectura morfológica externa, contrastando la ciudad construida con la ciudad planificada, puede identificar un caos formal, lo interesante es que para la mayoría de las personas la ciudad tiene forma. No solo esto, también muchos hitos tienen centralidad. Esto nos lleva a un segundo problema, de tipo analítico: qué ve cada uno cuando mira la ciudad. Es imposible cuestionar el análisis morfológico de Garnier; en efecto, los hitos han perdido centralidad formal debido al crecimiento en altura. Sin embargo, a la vez, muchos de ellos (y de manera privilegiada la catedral) son claves para identificar la ciudad.

comercial con forma de vaca o aquel chalet tirolés. A veces ese desfile pleno de colores es interrumpido por espacios poco definidos de las villas miseria o por los recintos vedados de una escuela de policía o de un cuartel. A mitad de camino, los grandes árboles de la reserva del parque Pereyra Iraola introducen una nota de optimismo en esta conurbación, casi amenazante, que no logra cautivar me. Luego, nuevamente la letanía de las casas bajas, los pequeños talleres, los depósitos y los comercios que se confunden en alegre mezcla. *Bruscamente, sin que este paisaje desordenado haya señalado transición alguna, se me dice que me encuentro en La Plata ¿dónde está, entonces, la ciudad?*

Las calles rectas, cruzándose ortogonalmente, cobijan un parque vehicular que no parece dirigirse a ninguna parte. Giramos a la derecha, luego a la izquierda, nuevamente a la derecha según las reglas misteriosas de un juego que aún desconozco. El paisaje urbano desarrollado a mi frente me parece tan indescifrable como una partitura de música concreta. Las fachadas bellas o curiosas, como acordes aislados, atraen furtivamente mi atención. *También bruscamente, se me dice ahora que me encuentro fuera de la ciudad ¿dónde está, entonces, la campiña?*

Concluyo este primer viaje con la sensación de no haber entendido nada durante ese recorrido y de no haber podido ubicarme. Pero ya, insidiosamente, La Plata me tienta. Y ya no me abandonará. En la vivienda que me alberga cuelga un cuadro desteñido, *un dibujo delicado, que representa un cuadro perfecto atravesado por dos grandes diagonales*. Se trata de la traza de La Plata. Ese dibujo geométrico, casi ideal, me fascina. *Me subyuga la diferencia entre la claridad de este plano y la confusión de ese primer contacto*” (las cursivas son mías).

¿De qué nos habla este pasaje revelador? Quienes conducen al autor desde Buenos Aires a La Plata identifican discontinuidades –en ciertos momentos señalan que *están* en La Plata, en otros que *se encuentran fuera* de la ciudad- mientras que para el narrador no ha ocurrido ninguna transición ni ha podido identificar ningún umbral, límite o frontera que señale que en un momento determinado se encuentra en la ciudad y luego, en otro momento, fuera de ella. Cierra el pasaje un marcado contraste: la pura y clara legibilidad del plano de la ciudad colgado en la pared de una de las habitaciones de la casa donde se aloja opuesto a la confusión de la experiencia sensible de su primer recorrido por la ciudad. Y quizás de lo que se trata para la mayoría de los residentes de la ciudad (quienes relacionan la ciudad con un cuadrado e identifican con claridad cuándo están adentro y cuándo fuera de la misma) sea reducir esa distancia entre plano y experiencia sensible.

En efecto, el pasaje de Garnier nos muestra que la imagen de la ciudad no es producto (al menos no exclusivamente) de la relación que un individuo aislado establece con las cualidades (fundamentalmente visibles) del ambiente construido. En definitiva, en la imagen de la ciudad están presentes otras dimensiones además de la forma física y la visualidad del espacio construido, aunque se podría argumentar que en su análisis Garnier minimiza también ciertas discontinuidades morfológicas que son relevantes para señalar el

adentro y el afuera de la ciudad como diferencias constructivas y la ausencia, en la periferia, de diagonales y plazas equidistantes, entre otras.

Más allá de esto, lo relevante del contraste entre el residente de la ciudad y el visitante ocasional, es que nos permite hipotetizar que el reconocimiento de la forma urbana, del cuadrado y sus límites, no es únicamente visual y que, además de cuestiones morfológicas, tienen un lugar central las mediaciones socioculturales y la incorporación de las mismas para hacer inteligible la ciudad. Las imágenes de la ciudad, sin descuidar el componente individual, son sociales y suponen un proceso de aprendizaje en el curso del cual se produce la incorporación del plano como imagen mental que sirve de marco de referencia para ubicarse en la ciudad. Existe así una *educación urbana* por la cual se internalizan categorías socioespaciales que hacen posible organizar la experiencia del mundo sensible.

Por supuesto, esto no ocurre con todas las personas. Y las excepciones (como la ciudad conocida por Evangelina) refuerzan nuestra hipótesis de relación dialéctica entre “representaciones del espacio” y “espacios representacionales”. Del mismo modo María, una joven de 26 años procedente de Santiago del Estero que cuando la entrevisté hacía escasos meses que estaba viviendo y trabajando como empleada doméstica en la ciudad me dijo: “yo todavía no sé mucho, no me manejo bien en la ciudad, porque no soy de salir mucho y si salgo salimos caminando pero presto poca atención a las calles, siempre me retan y me dicen mis amigas “tenés que fijarte los números” y les digo “yo no me llevo, me ubico por las casas”, viste? por las casas, por los lugares, es más fácil para mí”.

Estas situaciones son una muestra de que la legibilidad no surge, al menos no únicamente, de la relación entre individuo y ambiente, de la percepción que el individuo tiene de los atributos (forma, color, etc.) del ambiente. Algunos *recién llegados* a la ciudad (y los visitantes ocasionales) no ven un cuadrado a pesar de ver y atravesar la avenida de circunvalación cotidianamente ni utilizan el sistema matemático de referencias espaciales para moverse por la ciudad debido a que carecen de tales categorías y esquemas de percepción.

Vieja discusión epistemológica: no existe experiencia prístina, ni tabula rasa; tampoco a la hora de mirar y representar la ciudad. Hay categorías, representaciones espaciales preexistentes que orientan la mirada y la experiencia de la ciudad, las cuales no se reducen necesariamente a aquellas. Trabajaremos brevemente sobre tales categorías y sus efectos.

6- El mapa y sus efectos

En la mayor parte de las investigaciones consultadas se vinculan de modo más o menos lineal los mapas mentales o cognitivos con su sentido práctico: la idea de que son producto exclusivo de la práctica del espacio y, a la vez, que tienen una finalidad orientativa, eminentemente instrumental. Este énfasis es el correlato lógico del anteriormente mencionado predominio de una “teoría de la adecuación” entre representaciones y realidad. La serie queda compuesta, entonces, por la circularidad de cuatro elementos: individuo – espacio – representación – orientación práctica. La representación surge de la relación entre el individuo y su entorno y la misma es extremadamente útil para la orientación práctica, cotidiana.

Por otro lado, existe un conjunto de investigaciones que han enfatizado en la dimensión de poder presente en la práctica de la cartografía. Representación del espacio socialmente situada y producida que, en la medida que se vuelve exitosa, pasa por ser tratada como el espacio mismo, olvidando así su carácter ficticio y naturalizando un modo de representación del mundo y de relación con él. En su tarea deconstructiva la geografía crítica ha sostenido que lejos de ser una reproducción fiel de lo real, los mapas constituyen una representación, lo que permite tratarlos “*más como un texto que como una imagen fiel de lo real*” (Montoya Arango, 2007: 167; las cursivas son mías).

Este tipo de representación moderno se basa en la “separación que los geógrafos europeos realizaron entre el centro étnico y el centro geométrico de observación” (Mignolo, 1995: 233). En casi todos los mapas conocidos hasta el siglo XVI, como los mapas griegos, romanos y medievales, “el centro étnico y el centro geométrico coincidían” (Castro-Gómez, 2005: 61), lo que se traducía en un tipo de representación que colocaba en el centro y con el mayor tamaño al lugar de origen del mapa, reduciéndose progresivamente el tamaño y relegándose a los márgenes del mapa los lugares menos conocidos y alejados, hasta la invisibilidad. En cambio, “la perspectiva supone la adopción de un *punto de vista fijo y único*, es decir, la adopción de una mirada soberana que se encuentra *fuera de la representación*. Con otras palabras, la perspectiva es un instrumento a través del cual se ve, pero que, a su vez, no puede ser visto; la perspectiva, en suma, otorga la posibilidad de tener un punto de vista sobre el cual no es posible adoptar ningún punto de vista (...) Al tornarse invisible el lugar de observación, el centro geométrico no coincide más con el centro étnico (...) La representación verdaderamente científica y “objetiva” es aquella que puede abstraerse de su lugar de observación y generar una “mirada universal” sobre el espacio” (Castro-Gómez, 2005: 62).

Esta ausencia de punto de vista, premisa por antonomasia de una objetividad fundada en la separación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido, sería el principio fundacional del pensamiento científico occidental. Es a partir de estas características que varios autores sugieren que “el mapa no sólo representa el territorio, lo produce” cumpliendo “no solo la función de familiarizar al sujeto con su entorno sino también aquella más profunda de “naturalizar” el orden de relaciones que le son permitidas con el espacio”. (Montoya Arango, 2007: 167)

Fue precisamente el reconocimiento de esta capacidad performativa del mapa y las dimensiones de poder involucradas lo que llevó a algunos investigadores cognitivistas a cuestionar la solicitud de mapas como estrategia válida para conocer los modos de orientarse de las personas en el espacio urbano. En palabras de Castro (1999), el vaciado sobre la trama ortogonal del plano desconoce la habitual relación de los sujetos con su entorno, marcada por una *lógica vivencial* y una *semiótica de la proximidad* articulada en una *gramática emocional y no racional*. En estas condiciones, desde la perspectiva del autor la hegemonía de la imagen/representación terminaría por nublar las posibilidades ofrecidas por el recorrido/experimentación, imponiendo de nuevo una lógica cartesiana según la cual todos los individuos deberían reconocer su espacio vital en una trama de sentido ortogonal y vaciar sobre ella su experiencia de manera automática.

El cuestionamiento es contundente y nos fuerza a pensar y estar alertas. Su alternativa es, sin embargo, en algún punto equívoca. Al reconocimiento de este efecto de los mapas, Castro (1999) propone dejar de solicitarlos y, en su lugar, construir relatos. Su argumento de base es reintroducir el pensamiento binario habitual que sostiene que: a la lógica cartesiana se le opone una lógica vivencial, al espacio geométrico un espacio antropológico, en definitiva, al mundo objetivo y objetivado sensaciones subjetivas. Esta dualidad se hace evidente cuando el autor argumenta sobre la doble realidad de los hitos urbanos. Sostiene que cuando un peatón inicia un desplazamiento de su memoria urbana emergen aquellos puntos que sirven para hilvanar un recorrido, un *escenario de desplazamientos*. Y esto, sostiene, es ir más allá de la mera presencia de elementos geográficos; vamos tras algún valor significativo que envuelve un mensaje de orientación no en todos pero sí en algunos elementos de esa geografía urbana. Así, los *hitos* encubren una doble realidad: una realidad física y otra mental o psicológica. En cuanto piezas de la geografía urbana son comunes a todos los sujetos; en cuanto hitos, dotados de un mensaje de orientación, son pertenencias de la interioridad subjetiva.

Se trata de una crítica relevante a Lynch y sus seguidores. Y sin embargo, queda a mitad de camino. Por un lado, señala adecuadamente que no importa tanto el espacio

construido como lo que los sujetos hacen con él, es decir, la relevancia que algunos aspectos del mismo tienen para los actores sociales, que en lugar de reproducir o reflejar el espacio físico en sus imágenes de la ciudad *seleccionan, construyen y organizan* (Nuere, 2000) un escenario para sus desplazamientos. Por otro lado, sin embargo, su crítica queda a mitad de camino precisamente por centrarse de manera exclusiva a nivel del sujeto individual, no pudiendo responder a la pregunta: ¿por qué muchos hitos son compartidos? ¿Por qué en el caso de La Plata los límites de la ciudad y un conjunto de hitos son los que la gran mayoría de las personas usan? ¿Todas las personas descubrieron por su cuenta la relevancia de tales hitos o, por el contrario, hay algún proceso involucrado que excede la relación entre individuo y ambiente?

Desde nuestra perspectiva es sumamente importante reconocer que la experiencia del espacio no se agota en representaciones cartográficas como un mapa o un plano, a la vez que también es necesario señalar que los actores aprehenden el espacio a partir de un conjunto de categorías socialmente relevantes y que si la cartografía está entre esas categorías de comprensión de la realidad (vale recordar que solicitamos dibujos y realizaron mapas) debemos analizar a qué tipo de fenómeno refiere este uso. Simultáneamente, debemos evitar la tentación de encontrar “por debajo”, “más allá” o “por fuera” de los mapas una lógica otra, autónoma y diametralmente distinta. El trabajo con los dibujos de la ciudad nos indica, en cambio, la emergencia de la creatividad, la singularidad e incluso el disenso a partir (y dentro) de marcos de construcción. Por esto, la concepción de Montoya Arango nos parece más adecuada cuando señala que “como en el caso de la cartografía convencional, el mapa cognitivo estará inserto en intrincadas tramas de sentido, en juegos de poder que pugnan y sobredeterminan sus contenidos y sus parámetros de estructuración”, debido a lo cual “el mapa cognitivo se construye en una tensión dinámica entre el imperativo espacial derivado de la existencia física del individuo y su posición al interior del colectivo social en que vive”(2007: 170).

En esta dirección, es indudable que la imagen dominante de la ciudad como un cuadrado remite simultáneamente a una clave de lectura de la ciudad que, a la vez que resulta útil para orientarse en la ciudad (o precisamente porque resulta útil), nos habla de una conjunto de relaciones sociales y espaciales naturalizadas, lo que se expresa en el predominio del centro sobre la periferia en los “contenidos” de los dibujos, en la generalizada invisibilización de esta última y, en los casos en que está dibujada o referida, en su definición a partir de su relación con el centro y en su relativa inorganicidad. A la vez, en algunos dibujos, como veremos, es a partir de la cartografía dominante (o en sus intersticios), que emergen otras lógicas, otras territorialidades.

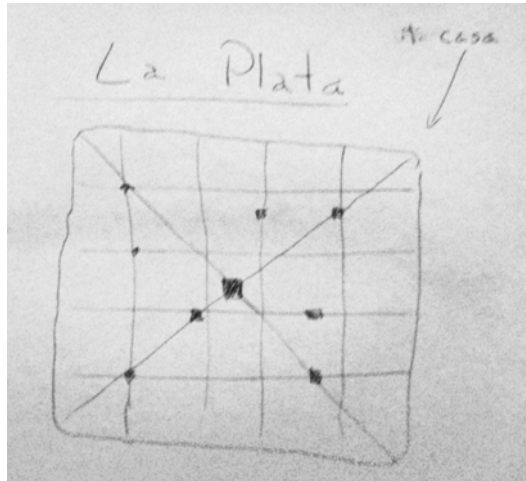
El cuadrado como clave de lectura de la ciudad

Entendemos la cartografía mental (Neure, 2000) como un proceso interactivo en el que se construyen *marcos de referencia* en los cuales podemos introducir la información del entorno para interpretarla. Los marcos de referencia simplifican el mundo y lo hacen comprensible. Hacemos esquemas partiendo de la base de los conocimientos de los que disponemos utilizando experiencias e informaciones pasadas y presentes para resolver las futuras, al producir *modelos analógicos* para organizar nuestro conocimiento espacial.

Ahora bien, como hemos mostrado, esos marcos no surgen únicamente de la experiencia perceptiva y práctica del espacio, ya que la extensión física perceptible está muy restringida por la capacidad espacial de nuestros sentidos, dejando la información incompleta y aislada⁵⁸. Se recurre, entonces, a otros tipos de informaciones y recursos. La imagen mental de la ciudad como un cuadrado es un modelo socialmente disponible, que no es neutral, el cual a la vez que tiende a naturalizar una serie de relaciones sociales y espaciales es útil para orientarse en la ciudad, ya sea realizando una lectura sincrónica para identificar la propia posición y la de los demás (dibujo 12) como para lecturas diacrónicas, recorridos e itinerarios (dibujos 8, 13 y 15).

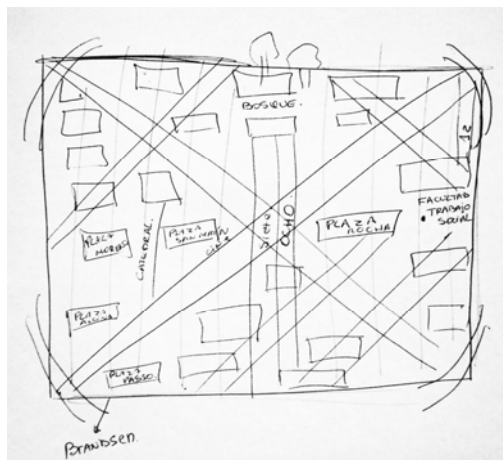
La joven que realizó el siguiente dibujo vive en Berisso, localidad aledaña a La Plata. Y para referenciar y localizar su casa compone una imagen que remite al trazado fundacional. Su casa se encuentra fuera del cuadrado y a la vez es localizable a partir de la relación con dicho trazado.

⁵⁸ Desde la teoría de la Gestalt se ha enfatizado el movimiento en el tiempo y el espacio como el elemento activo de la percepción, que genera *secuencias visuales*. “Los elementos del espacio urbano nunca son vistos en su integridad por nadie. Por el contrario, son producto de una imagen mental sintetizada con mayor o menor éxito, a través de visiones parciales. El ojo que vaga por un objeto experimenta una secuencia, más que una imagen unificada, aún cuando la imagen del observador se incorpora al conjunto unificado, de manera que puede alcanzar una imagen de conjunto, al encontrar las relaciones entre los componentes” (Briceño Ávila y Gil Scheuren, 2005: 19). Aunque complejiza el proceso, nuestra discusión en este punto es que muchas veces esa “imagen de conjunto” no es únicamente una sumatoria de imágenes parciales (sean secuenciales o no) sino que es producto de la incorporación de un modelo que permite mirar y orientarse en la ciudad. Por supuesto, las sucesivas secuencias visuales experimentadas pueden reproducir ese modelo, complejizarlo o (algo más difícil) ponerlo en cuestión y elaborar otro.



Dibujo 12

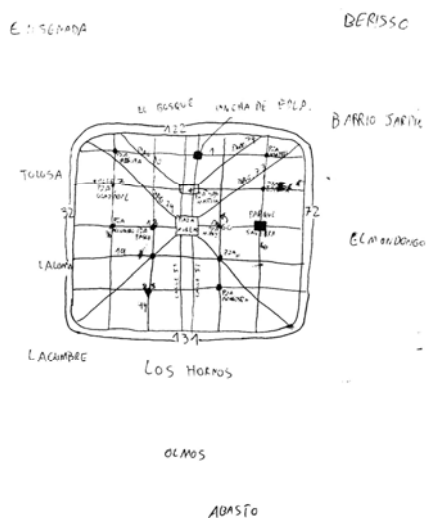
Idéntica situación se observa en el dibujo de un estudiante universitario procedente de Brandsen. La localidad –ubicada a 50 km de La Plata– es definida en relación al cuadrado.



Dibujo 13

Invisibilidad / inorganicidad de la periferia

El cuadrado es la imagen pública de la ciudad para la mayoría de las personas que en ella habitan. En la mayor parte de los dibujos obtenidos nada pareciera existir más allá de sus límites, invisibilizándose de este modo la periferia urbana; en otros, en cambio, se dibuja la periferia, la cual se define por su relación con el cuadrado y se caracteriza por una relativa inorganicidad, producto del contraste con un cuadrado estructurado, como se desprende del siguiente dibujo, en el cual se enumeran las localidades periféricas ubicadas por su posición y distancia relativa de los límites del cuadrado.



Dibujo 14

La “educación urbana” en la ciudad supone internalizar un cuadrado. Éste es una imagen pública de la ciudad, compartida por diferentes y desiguales habitantes, que posibilita leer y orientarse en la ciudad.

Al respecto, es relevante en este sentido señalar que los elementos concretos que cada persona identifica como los límites de ese cuadrado suelen variar, aunque no aleatoriamente⁵⁹. Pero lo significativo más allá de estas variaciones es *la imagen compartida de un cuadrado* en personas que tienen una experiencia diferencial de la ciudad; moverse en la ciudad y conocerla supone la incorporación de un modo de representarla, un sistema de categorías, que permite luego mirarla y ubicarse. Se trata de un modelo que cada persona va de hecho actualizando a medida que conoce la ciudad y que puede, incluso, llegar cuestionar.

Un caso prototípico son los “recién llegados” a la ciudad. Incluso habiendo conocido muy poco de la ciudad, muchos de ellos dibujan un cuadrado. Violeta tiene 22 años y es de Avellaneda. Estudia en la Universidad y luego de tres largos años viajando diariamente en el ferrocarril para cursar en La Plata alquiló junto a otras amigas un departamento en la ciudad, cerca de la avenida de circunvalación. Cuando le pido que me dibuje la ciudad

⁵⁹ Así, por ejemplo, muchos señalan que el cuadrado se encuentra delimitado por las avenidas 1, 31, 32 y 72. Si así fuera, no se trataría en términos geométricos de un cuadrado, pues sus lados no serían iguales, 30 cuadras de 1 a 31 y 40 cuadras de 32 a 72. Lo que sucede en este caso bastante habitual es que no se identifica como parte del cuadrado la franja comprendida entre la avenida 1 y la avenida 122 y en esto colaboran un conjunto de elementos: la numeración discontinua, que pasa de la avenida 1 a la calle 115; la presencia de las vías del ferrocarril Roca paralela a la avenida 1 hasta la calle 44 (lugar donde se encuentra la estación del ferrocarril) y la interrupción de la grilla cuadrangular por el Bosque de la ciudad cuyo límite se encuentra sobre la calle 1 desde 47 a 60. La convergencia de estos elementos es transformada por muchos en el límite de la ciudad.

hace un cuadrado cruzado por dos diagonales. Y dice: “el típico cuadrado, las plazas, las diagonales, las plantitas a cada rato”. Luego dibuja un círculo concéntrico, exterior al cuadrado, y remarca, irónica: “y esto no sé, no es La Plata, ¿no? La Plata no asume como tal ciertos barrios aledaños, la periferia es muy poco visible”. Y compara con su experiencia previa: “en Avellaneda son todos barrios... son todos de Avellaneda, ¿entendés?”, mientras “hay algo que en La Plata que no se ve, o que no se quiere ver, que está, pero que no se quiere ver”. Paradojalmente, a la vez que identifica esta característica como singular de la ciudad, reconoce que ella luego de cuatro años tampoco conoce la periferia de la ciudad. “¿Dónde termina para vos la ciudad?”, le pregunto. “Ahora donde vivo, en 121”.

Del mismo modo Fabricio, un joven de 20 años proveniente del sur del país que cuando lo entrevisté llevaba más de dos años viviendo en la ciudad, señala que “la ciudad de La Plata es así, el casco urbano y después bueno, el sector digamos marginado, igual yo no conozco todo” y agrega que “muchacha gente de La Plata no sabe lo que hay alrededor, mucha gente estará encerrada en este casco y no se pone a pensar en los de afuera”. Y el contraste entre adentro y afuera desde su punto de vista se manifiesta “en todo”, es decir, “la clase que lo compone, los tipos de vivienda, el tipo de barrio, todo, es una ciudad y alrededor es otra área que no parece que fuera parte de la ciudad, del casco urbano”.

En ambos relatos la incorporación del cuadrado es anterior a la experiencia cotidiana de habitar y vivir la ciudad. Se trata de una categoría socialmente dominante y disponible que los recién llegados (fundamentalmente aquellos que ingresan a la universidad) adoptan y luego van “llenando”, a medida que conocen la ciudad. Lo significativo de ambos relatos es que, incluso remarcando que la ciudad no termina donde los mapas señalan, ellos nos conocen la periferia. Es decir, saben de su existencia pero no pueden dibujarla. Sus territorialidades cotidianas no implican, en ningún caso, “salir” de la ciudad.

Así, para la mayoría de los habitantes de la ciudad el *cuadrado* constituye un *parámetro cognitivo básico a partir del cual organizar sus territorialidades cotidianas* que están en la base de su experiencia de la ciudad: qué lugares recorren, por cuáles transitan cotidianamente, con quiénes interactúan y qué espacios pueden representar. Por esto, incluso reconociendo que la experiencia espacial cotidiana es irreductible a la cartografía y que las representaciones espaciales prácticas son de una naturaleza distinta a la de la geometría, no podemos perder de vista categorías sociales como los mapas y sus efectos en las experiencia espacial cotidiana y en las representaciones espaciales prácticas.

Reconociendo su influencia Piccolloto ha señalado que “los mapas trazan una realidad nueva, abstracta y simbólica, según convenciones sociales validadas por el uso, que hacen que en una cierta época y sociedad se reconozca el mundo en el cual se vive en una determinada configuración gráfica” (2004: 195). Y al respecto Arango sostuvo que “esta configuración gráfica será entonces la que determine el sentido de lo real, haciendo que el mapa se superponga al territorio y anule la posibilidad de observación” (2007: 167).

Quizás de manera más matizada, y a partir de los resultados obtenidos, podemos decir que los mapas más que determinar un sentido de lo real y anular la posibilidad de observación, parecen en la mayor parte de las personas entrevistadas estructurar y orientar la observación, posibilitando algunas (e imposibilitando otras) miradas y prácticas.

Así, cuando vemos que luego de dibujar el plano muchos de los entrevistados traducen sus recorridos habituales en el mapa, señalan espacios e hitos significativos para su propia biografía, emiten sentimientos que le produce la ciudad o un aspecto de ella, e incluso mantienen una distancia irónica con el dibujo que acaban de realizar, nos damos cuenta que antes que agotarse en la lógica cartográfica y en el espacio geométrico, los mapas cognitivos posibilitan reconocer y reflexionar sobre el espacio como una tensión entre las *múltiples territorialidades* (Arango, 2007) involucradas en la experiencia urbana.

Michel de Certeau señaló que “entre el siglo XV y el XVII el mapa se vuelve autónomo” (2000: 133), liberándose progresivamente de los recorridos e itinerarios que eran de hecho su condición de posibilidad y consolidándose la imagen de un espacio abstracto, cuantificable, medible, objetivo. En muchas de las imágenes de la ciudad que recurren al lenguaje cartográfico vemos reaparecer al sujeto y a las prácticas que lleva a cabo, dibujadas en el mapa, espacio geométrico del cual fueron progresivamente expulsadas.

7- El punto de vista periférico

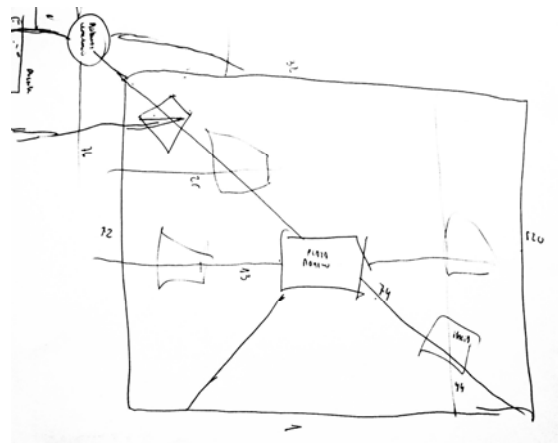
Nos centraremos ahora en las imágenes que sobre la ciudad construyen quienes viven en espacios habitualmente invisibilizados en la mayoría de las representaciones de la ciudad. Nos interesa, así, lo que podríamos denominar *punto de vista periférico* sobre la ciudad, el cual únicamente podría llegar a ser un punto de vista singular y único mirado desde el punto de vista central, que iguala a la totalidad que lo rodea en tanto no ciudad. Por el contrario, como veremos con mayor detenimiento en la segunda parte de la tesis (y como sugieren los dibujos obtenidos), en *la periferia* coexiste una multiplicidad de puntos de vista y de experiencias y trayectorias socioespaciales. Comparten todos, sin embargo, una posición espacial y social desventajosa, más no idéntica ni tramitada del mismo modo

por todos sus residentes. Así, pues, la pregunta que surge es: ¿cómo miran, viven y sienten la ciudad quienes habitan un espacio situado fuera del espacio que habitualmente se (re) conoce como “la” ciudad?

No hay, dijimos, un modo único de representar la ciudad desde la periferia; es más, existe una alta diversidad de tipos de dibujo con un punto en común: en todos los dibujos aparece el propio lugar de residencia y se menciona la relación de éste con “la ciudad”. Es decir, se asume algún tipo de *diferencia entre el barrio y la ciudad* y, a la vez, se enuncia el tipo de relación que se establece entre ambos espacios: distancia, ajenidad y/o separación.

Así, cuando le propongo a Azucena, una joven ama de casa de 21 años procedente de Tucumán que vive desde hace unos años en Puente de Fierro con su marido y sus dos hijos, que dibuje la ciudad, me contesta “¿la ciudad o acá, el barrio?” y me cuenta que en la ciudad “las diagonales me pierden, hay muchas diagonales. Después me ubico con las calles, pero cuando hay diagonales... Si yo me voy sola, me pierdo y no vuelvo más. Las diagonales me confunden, una vez salí, no me perdí, sé cómo volver, pero me confunden. Te hago el barrio, mejor” (dibujo 9), y agrega “porque yo, desde que estuve acá no fui de salir”.

Tanto en lo extremadamente acotado del espacio representado como en la ajenidad manifestada en relación con la ciudad (visitas esporádicas, desconocimiento, confusión) la representación de Azucena contrasta con otras representaciones de la ciudad desde la periferia como la imagen panorámica de la ciudad realizada por Carlos (dibujo 1) y también con otras representaciones realizadas por vecinos de Azucena. Así, Joaquín, referente de un comedor barrial, compone la siguiente imagen de la ciudad.



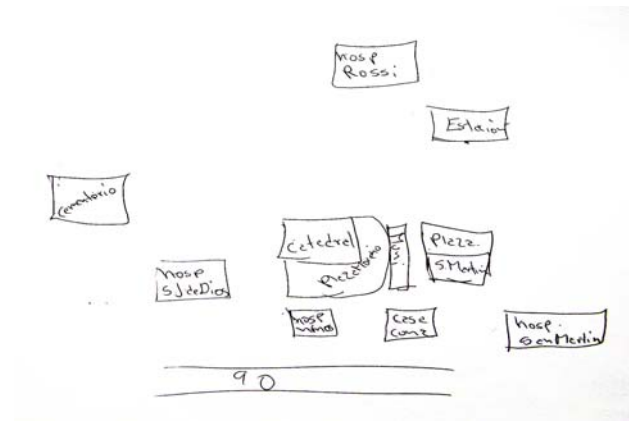
Dibujo 15

Y señala: “la ciudad de La Plata es la ciudad de las diagonales. Puede hacerse un cuadrado [dibuja el cuadrado] Después tenés diagonales, yo de las diagonales no me acuerdo muy bien, pero sí, hay una diagonal que pasa, supuestamente, esta es donde estamos nosotros ¿no es cierto? [señala diagonal 74, que va del extremo superior izquierdo de su cuadrado a la plaza Moreno, ubicada en el centro del dibujo]. Llegás desde acá [el barrio] al centro, que está Plaza Moreno...bueno, que vas hasta 1 [extremo inferior derecho de su cuadrado]. Después tenés, acá tenés la 25, por acá pasa por 13, de acá sale otra diagonal que es diagonal 80, esta es 1, 32, 72, 520 [señala los límites del cuadrado] Esta es diagonal 74, después venís, hacés un poquito más está la rotonda del cementerio [extremo superior izquierdo del dibujo], agarrás 31, acá ya agarrás 31, hacés para acá, entonces Puente estaría más por acá [dibuja su barrio]”.

A partir de su dibujo (y del relato que lo acompaña) Joaquín compone un *escenario de desplazamientos* sumamente instructivo, donde se combinan una imagen visual panorámica compartida por vastos contingentes de los habitantes de la ciudad⁶⁰ con la posición que él y su barrio ocupan con respecto a dicha imagen y el itinerario que debe realizar para conectar ambos puntos. Está claro que para él, al igual que para Azucena, la ciudad (cuadrado, diagonales) y el barrio no se confunden ni son lo mismo; la diferencia con Azucena radica en el tipo de relación que ambos establecen con la ciudad. De la experiencia de Joaquín se puede inferir que la ciudad está lejos, más no es algo totalmente ajeno a su cotidianeidad.

A la misma conclusión se puede arribar al observar el dibujo de la ciudad (y leer el relato) de Ester, una mujer de 35 años procedente de Villazón (Bolivia), que hace más de diez vive en el barrio. Estamos en el comedor que ella gestiona desde hace años, charlando y tomando mate; está anocheciendo. Desde hace un rato está junto a nosotros la suegra de Ester, doña Clara, oriunda de La Paz, lugar al que no ha vuelto desde cuando emigró hacia Argentina, hace 40 años, primero a La Quiaca (donde nacieron sus hijos, uno de ellos Javier, el marido de Ester), luego a Córdoba y ahora La Plata. Ante mi solicitud, Ester comienza a dibujar su ciudad; el dibujo terminado es el siguiente.

⁶⁰ Obsérvese que lo que se comparte es una imagen o modelo (un cuadrado) a partir del cual imaginar la propia posición en la ciudad y la ubicación de otros elementos urbanos (hitos, barrios, sendas, etc.). Se trata, reiteramos, de un marco de referencia relativamente compartido aunque, como sucede con el dibujo de Joaquín, las calles que se utilizan para delimitarlo puedan variar.



Dibujo 16

Y mientras dibuja, charlamos:

E: Primero la 90 [calle en la que se encuentran su casa y el comedor; más allá de la 90 hay descampado]

(Risas)

E: Ponele, acá en este pedacito ponele que esta es la 90, donde estamos nosotros, bueno por acá está el hospital San Juan de Dios. Después, y más por acá está la catedral, ponele. Catedral. Cuadrados nomás, no los dibujo no?

R: No, está bien, está bien, los cuadrados.

E: Y después la Plaza San Martín que está por acá, ponele, está en la misma dirección, no?

R: Sí, está en la misma, es verdad

E: Plaza San Martín, y por más por acá la Estación de trenes, que es histórica también, para nosotros, ese era nuestra concentración para ir a los piquetes

R: Ahí se encontraban, ustedes iban de acá del barrio hasta la estación

E: Hasta la Estación, con nuestra plata, como podíamos, nosotros por ejemplo mirá había un tiempo que todos los varones de acá, que eran 5, 7, en bicicleta, todos los varones

R: Todos en bici hasta allá

E: Porque no tenía plata para los micros, no teníamos fondos, no teníamos nada. Todos los varones de la 90 en bicicleta, íbamos a la autopista a hacer los cortes, en bicicleta, íbamos a la 44, todos los varones en bicicleta. Nosotros íbamos en micro, en dos micros, en lo que sea, en bicicleta, porque no teníamos plata, qué ibas a gastar en tu boletito, que...

R: No, además acá en La Plata el pasaje es muy caro, los colectivos son carísimos

E: Y después acá, Plaza San Martín, Catedral, que estaría ahí la Plaza Moreno ¿no?

R: Claro

E: Ponele acá le pongamos, todo esto ponele, Plaza Moreno. (Silencio) Y acá esta ponele sería la municipalidad

R: Claro

E: ¿Acá no? un pedacito porque hay un par de cuadras por allá. “La muni” le ponemos

R: “La Muni”

(Risas)

Doña Clara: Las Torres también Ester

E: Las torres?

Doña Clara: Claro, hay 1 y 2 [se refiere a dos torres adyacentes de la municipalidad donde funcionan dependencias del gobierno provincial]

E: ¡Pero eso no! Doña Clara

(risas)

Doña Clara: ¿no?

E: Y por este lado, de la 90 por acá, más o menos, sería el San Martín

Doña Clara: Es el barrio del Hospital San Martín ese

E: San Martín. Que son a los únicos que fui más o menos yo, viste? Y sería por acá de la Estación por acá, por acá atrás sería el Hospital Rossi, que fui, ahí me operaron a mí

R: ¿A sí?

E: Sí

(silencio)

E: Que esos serían los puntos como para mí, más importantes

R: Los más importantes, está buenísimo, genial

E: Mucho hospital ¿no?

R: Mucho hospital

(Risas)

E: Bueno, después está aparte acá también la Casa Cuna, el Hospital de Niños

R: Claro

E: Que sería por acá nomás, estaría... por acá por el medio, ponele, por acá sería ¿no? el Hospital de Niños ponele por acá

Doña Clara: Porque está casi todo eso entre la 72 Ester

E: Claro, y acá más por acá sería Casa Cuna,

Doña Clara: Cementerio no has puesto

E: ¡No!, el cementerio no me gusta

(Risas)

R: Claro, ese lugar mejor no ir ¿no?

E: El cementerio está por acá más o menos

Doña Clara: Cementerio, cementerio, vamos a llegar algún día igual, todos.

E: Yo no me quiero quedar acá, me voy a mis pagos que me lleve. Eso le diría a mi hija yo.

R: Bueno, buenísimo

E: Eso sería, más o menos, lo más

R: Espectacular, me encanta, me lo llevo al dibujito

E: Listo

R: Bueno, muchísimas gracias por el tiempo, por la charla, por las historias...

Está claro, el dibujo de Ester sintetiza parte de su experiencia de la ciudad: el lugar desde donde mira la ciudad (“la 90”), ciertos hitos urbanos compartidos como la Catedral y la Municipalidad, los distintos lugares por donde circula o ha circulado en el pasado (el hospital donde la operaron, la municipalidad donde gestiona recursos, la estación del ferrocarril hacia donde se dirigía para ir al piquete), las distancias a cubrir y las carencias de recursos monetarios para hacerlo e incluso cierto sentimiento de extranjería y el deseo de morir en su tierra.

Se trata, además, de un dibujo sumamente original e infrecuente entre los obtenidos en el trabajo de campo, por dos motivos. En primer lugar, reaparece *el punto de vista* que la cartografía expulsó. Ester nos dibuja la ciudad como ella la ve desde su lugar de residencia. No realiza un cuadrado y luego ubica su barrio en relación al mismo, aceptando la perspectiva geométrica y totalizadora, sino que dibuja en primer lugar su posición y desde ahí, mira la ciudad y la representa “como se ve” desde el punto desde el cual la mira. En segundo lugar, mientras en la mayoría de las investigaciones se resalta que, en general, las sendas o vías son utilizadas para conferir una estructura a la imagen de la ciudad (y nuestro caso no ha sido la excepción en este sentido) en el dibujo de Ester se señalan hitos urbanos (plazas, hospitales, estación de ferrocarril, catedral, cementerio) distribuidos en el espacio según su posición y distancia relativa entre sí y con el punto de observación de Ester, sin que ninguna vía o senda los conecte.

A partir de las diferencias entre los dibujos de Azucena, por un lado, y de Joaquín y Ester, por otro, se puede sostener que en el tipo de dibujo intervienen múltiples factores como la procedencia, el tiempo de residencia y el tipo de actividad que se realiza, entre otros, los cuales influyen tanto en el conocimiento de la ciudad como en las territorialidades cotidianas de cada una de las personas en la ciudad.

De todos modos, más allá de las diferencias entre los dibujos, el punto de vista periférico llama la atención sobre las debilidades de una teoría de la adecuación de las representaciones sociales. En lugar de interpretar esos dibujos por sus inadecuaciones, desvíos y carencias con respecto al plano, nos hablan de formas de vincularse con la ciudad, de modos diferentes de vivirla. En efecto, si dirigimos nuestra mirada y nuestro cuerpo hacia la periferia para conocer otras vidas, con lo que nos encontramos es con *otras ciudades*, las cuales remiten a experiencias, trayectorias y territorialidades distintas.

Nos desplazamos, así, de la inadecuación entre dibujos y ciudad –a partir de la cual se diagnostica, según los casos, problemas de diseño y / o desorientación de los sujetos- a los modos -diferentes y desiguales- de estar y de hacer en la ciudad, de experimentar un lugar: “fabricaciones de espacio”, como bellamente las denominó de Certeau (2000: 134)

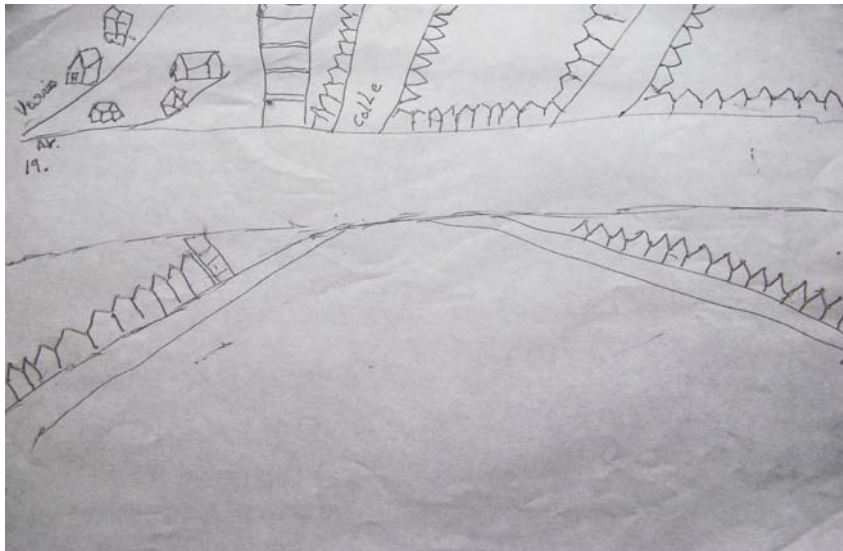
8- Vivir afuera: las significaciones de las imágenes de la ciudad

Las cuestiones formales y cognitivas han sido las más trabajadas en las investigaciones sobre imágenes de la ciudad. Sin embargo, al ver los dibujos y los relatos que generalmente los acompañan es imposible no hacerse la pregunta por su significado. En este sentido Charles Morris formuló el concepto de *territorialización emocional* con el cual señaló que el habitante busca configurar o traducir territorialmente aquellas percepciones y sentimientos destacables experimentados y vividos dentro del espacio urbano marcando los *lugares significativos*. Según Agusti (2005) se trata de una dimensión complementaria a las indagaciones de Lynch: para orientarse el individuo es capaz de establecer tanto centros, direcciones, ejes, llenos, vacíos como presencias, vivencias, recuerdos, olores. Incluso muchas veces los mapas mentales pueden estructurarse más a partir de instantes, de sensaciones y de encuentros, de espacios llenos y vacíos, que de instituciones, hitos o monumentos. Así, en muchos de los dibujos obtenidos se señalaban simultáneamente una configuración espacial determinada (y muchas veces compartida con otros) y un conjunto de significados y sentidos singulares (incluso biográficos) ligados a lugares específicos: la dirección en la que se encuentra el lugar de procedencia (dibujos 8 y 13), la ubicación de la casa (dibujo 12), el lugar de nacimiento de un hijo (dibujo 8), el hospital donde la persona fue operada (dibujo 16), entre otros.

Más allá de estos lugares significativos, que nos revelan las múltiples fuentes de las que se nutren los dibujos y, una vez más, nos dan pistas acerca de que los dibujos nos hablan de formas de experimentar la ciudad por parte de sus habitantes, nos interesa detenernos especialmente en un conjunto de sentimientos que se expresan en los dibujos

de la ciudad realizados por habitantes de la periferia, los cuales no se limitan a hitos particulares, sino que hablan de la experiencia del “vivir afuera”.

Introducimos un último dibujo. En este caso su autora es Aurora, una mujer que reside en un asentamiento de las afueras de la ciudad desde hace tres años, cuando llegó con sus hijos, hijas y nietos procedentes de Misiones. Es uno de los pocos dibujos “figurativos” que se obtuvieron sobre la ciudad. Aurora no recurrió al mapa ni a la ayuda del lenguaje cartográfico (¿es probable que esto exprese su procedencia, su escaso tiempo de residencia y una vida centrada en su barrio?) sino que dibuja en tres dimensiones el barrio, la ciudad, las casas y las calles. Y más relevante que lo que dibuja y cómo lo hace, es lo que busca transmitir con su dibujo: un sentimiento acerca de lo que es vivir en ese barrio y la relación que tiene con el resto de la ciudad.



Dibujo 17

A medida que lo dibuja charlamos:

A: Bueno, vamos a hacer de que esta es la calle, esta es la ciudad, todo así [realiza hileras uniformes de polígonos], este es un barrio [extremo superior izquierdo del dibujo; dibuja casas dispersas]

R: ¿A ver cómo es?

A: Las casitas, esas son las casitas [señala los polígonos uniformes], y acá, soy fiaca, esto es un barrio, viste? ese es un barrio y esto la ciudad

R: Ah, está bien, y esto qué, es una calle esta ancha?

A: Claro, una avenida, la 19

R: Aurora una pregunta, ¿qué quisiste marcar en esta diferencia entre este tipo de construcción y acá, la del barrio?

A: Y qué está dividido

R: ¿Están divididos?

A: Sí, el centro es una cosa y el barrio es otra

Barrio y ciudad están divididos. Con su dibujo Aurora está intentando expresar un sentimiento fuerte acerca de cómo es vivir en el lugar donde vive. Sentimientos de ese tipo –aunque no necesariamente los mismos– emergen en todos los dibujos realizados por habitantes de la periferia. Recordemos *la ajenidad* con la ciudad manifestada por Azucena cuando señalaba la confusión que le produce ir al centro y el temor a perderse; *las carencias* señaladas por Carlos al marcar el contraste entre el cuadro (todo entre “cuatro fierros”) y su barrio (“no hicieron nada, no hay edificios, colegios, hospitales”); *la distancia* remarcada por Joaquín al describir el largo trayecto entre su barrio y el centro.

División, ajenidad, carencias, distancias... De diferentes modos, todos estos dibujos remiten a la distinción entre ciudad y barrio (complemento necesario de la visión dominante de la ciudad como un cuadrado) y nos hablan de la relación que se mantiene con la ciudad y de los sentimientos que esto genera.

9- Epílogo

Apostamos aquí por un abordaje procesual de las representaciones de la ciudad. En tanto *dimensión constitutiva* de la experiencia urbana, las representaciones que de la ciudad hacen las personas se encuentran relacionadas de modo complejo con las prácticas, saberes e informaciones de que disponen acerca de dicho espacio. La representación de la ciudad, entonces, como un *trabajo inacabado* que se relaciona de modo complejo con la *experiencia del espacio*. Por lo mismo, en lugar de relacionar representación con realidad y calibrar su (in) adecuación, *vinculamos representación con experiencia*. De esta manera, las diferencias en los modos de representar una “misma” ciudad fueron entendidas como indicios que hacen posible comprender formas distintas de ver, vivir y significar la ciudad. Formas distintas que remiten a condiciones de vida, trayectorias biográficas y posiciones sociales desiguales, las cuales se traducen en “*maneras de hacer*” diferentes en lo que se relaciona a posiciones espaciales, territorialidades cotidianas y circuitos urbanos. Las variaciones en los dibujos de la ciudad nos hablan de esas diferencias en los modos de vivir la ciudad y apropiarse de ella. De hecho, precisamente porque se trata de un proceso inacabado, es factible suponer que si cambiaran ciertas condiciones de vida y las prácticas cotidianas de una persona (incluso si un “recién llegado” prolongara su estadía en la ciudad), los dibujos serían otros. La representación de la ciudad es, entonces, un *proceso continuo de representación / interpretación del espacio* que está estrechamente vinculado con la práctica del espacio; a la vez que la orienta, puede ser transformada por ella.

Ahora bien, este proceso no es un fenómeno únicamente individual ni exclusivamente perceptivo (visual). La relación individuo-espacio se encuentra mediada

por *categorías sociales* de comprensión del espacio. Si bien es factible pensar que cada representación es única y en ella influyen múltiples factores como historia personal, capacidades perceptivas e incluso disposiciones para el dibujo en cada individuo, aquí nos interesó poner el énfasis en las *posiciones sociales y espaciales* de los habitantes de la ciudad. La clase social, la procedencia y el lugar de residencia tienen relevancia en el tipo de dibujo que un individuo situado social y espacialmente realiza, por lo que las formas en que las personas perciben, organizan, representan y experimentan el espacio no es un fenómeno que se pueda reducir a la relación individuo-ciudad.

Las *categorías sociales* –no necesariamente disponibles todas para todos los habitantes de una ciudad– orientan la mirada, *posibilitan la experiencia*, y a la vez cada experiencia concreta y singular no se reduce a ellas pero tampoco puede realizarse sin ellas. Por esto, la relación con la ciudad no es ni individual ni únicamente perceptiva; en los modos de ver y representar es posible rastrear la presencia de categorías sociales y la experiencia de la ciudad trabaja constantemente en diálogo con tales categorías, llegando incluso a cuestionarlas.

Según Lynch la *identidad* de una imagen refiere a la *identificación del objeto*, lo que implica su diferenciación de otras cosas, su reconocimiento en tanto entidad separable. En el caso de la ciudad de La Plata existe una imagen compartida por vastos sectores de los habitantes de la ciudad, que recorta como “la ciudad” un cuadrado que se (con) funde con el trazado fundacional. Por lo dicho hasta aquí entendemos esta *imagen pública* de la ciudad como un fenómeno que excede los procesos perceptivos individuales del espacio construido. Que la imagen mental de la ciudad como un cuadrado esté presente en la mayoría de sus habitantes, lo que implica invisibilizar la periferia o establecer con ella una relación de adentro/afuera, nos habla no solo de una cuestión de representaciones, lo que supondría sencillamente modificar el modo en que la ciudad es representada para cambiar el estado de las cosas; por el contrario, tales representaciones de la ciudad son sedimentaciones de un proceso histórico y urbano donde se articulan los procesos políticos, morfológicos, geográficos e históricos sobre los que hemos trabajado en estos capítulos. En definitiva, nos habla de un *entrelazamiento complejo entre espacio, sociedad y prácticas*, entrelazamiento que impregna la vida cotidiana de la ciudad.

Para Lynch la imagen de la ciudad debe incluir además la *relación espacial o paradigmática* del objeto con el observador y los otros objetos; a esta relación la denomina *estructura*. Esa relación espacial o paradigmática es función de la posición social y espacial de los actores. De este modo, una primera diferencia a realizar es entre quienes se encuentran dentro y fuera de ese cuadrado. Como mostramos, en la mayoría de las

personas entrevistadas, la imagen de la ciudad como cuadrado servía como marco de referencia a partir del cual pensar la propia posición y la relación con la ciudad. De hecho, en pocos casos el cuadrado no era el marco relevante para situarse y desplazarse por la ciudad; y esto sucedía a menudo con los visitantes ocasionales de la ciudad, muchos recién llegados y algunos actores de la periferia urbana. En este último caso era muy distinta la situación de quienes no podían representar más que el espacio acotado de la vida diaria y aquellos que usaban otros criterios y categorías para pensar y representar la ciudad.

Un cuestión relevante que se desprende del trabajo con dibujos sobre la ciudad es la centralidad del *punto de vista* ciudadano (Silva, 2000) para comprender el tipo de relación que se establece con el entorno; es decir, el lugar (social y espacial) desde el cual un actor mira y vive la ciudad *hace la diferencia* a la hora de comprender las discrepancias en las cartografías. Precisamente, intentamos evitar aquí una lectura “adecuacionista” de los dibujos. Donde algunos identifican desvíos, omisiones y errores con respecto a la cartografía oficial, pensábamos en diferentes modos de usar y vivir la ciudad.

Por último, para Lynch ese objeto (la imagen) debe tener algún *significado* para el observador, sea el mismo práctico o emocional que se relaciona, agregamos nosotros, con los modos diferenciales de experimentar la ciudad. En la segunda parte de la tesis nos centraremos específicamente en la *experiencia del habitar afuera* para comprender la relación que se establece entre centro y periferia, la experiencia práctica de dicha relación y los significados que la acompañan.

Segunda Parte.

Habitar.

La ciudad vivida desde la periferia

CAPÍTULO III.

La periferia segregada: una experiencia común

Daniel me cuenta que el *barrio* se creó en 1994 a partir de la ocupación de tierras pertenecientes al ferrocarril desactivado. Cuando llegaron la zona era un descampado y desde entonces no ha hecho más que crecer. Mientras me relataba los orígenes del asentamiento fuimos caminando hasta el Puente de Fierro, una antigua estructura de acero de 40 metros de largo y 5 metros de alto de un ramal de ferrocarril abandonado que le da nombre al barrio y que inmediatamente asocié a ese *futuro pasado* que transmite toda arquitectura industrial desmantelada, símbolo de lo que ya no es. Vemos sobre las bases de ladrillo que sostienen al puente gran cantidad de orificios producidos con armas de fuego. Para muchos se trata de indicios de fusilamientos realizados en el puente durante la última dictadura militar, cuando la zona era un descampado, con solo algunas quintas cercanas. Daniel refiere a relatos de los viejos pobladores sobre escuchar disparos por las noches y personas desaparecidas (más adelante me enteraría que en el año 2006, con motivo de los 30 años del golpe militar, el actual intendente de la ciudad elevó un proyecto a la Legislatura provincial para declarar el sitio Monumento Histórico). Mientras mirábamos el puente, un hombre con una carreta tirada por un caballo juntaba cartones y desperdicios aún utilizables en el basural que hay debajo del puente y que continúa más allá del terraplén, el cual funciona como límite del asentamiento, mientras varias mujeres con carritos manuales buscaban leña y otros combustibles. Vimos también tres camiones que salían y otros que entraban al basural. Daniel me dice que son de la Municipalidad y que hay un gran basural que se extiende pasando la 90, desde 25 hasta 137.

La sensación que me produjo llegar a Puente de Fierro fue pensar en dicho asentamiento como producto de la confluencia de tres procesos asincrónicos: la desarticulación de los trenes que comenzó en la zona a partir de 1960, la dictadura militar iniciada en 1976 que dejó sus huellas de manera particularmente fuerte en toda la ciudad, incluso en los espacios menos esperados y conocidos, y la transformación de la estructura social y productiva de la Argentina neoliberal, que forzó a gran cantidad de personas desocupadas a la migración a los centros urbanos. La escena a la que asistía, palimpsesto donde se acumulan, como capas sedimentarias, marcas de estos procesos y de sus destiempos -simultáneamente *asentamiento precario, basural, lugar de la memoria*- era, en gran medida, producto de la articulación de tales procesos.

(Fragmento del diario de campo)

1- Hacia un territorio desconocido

Llegué al *barrio* en abril de 2007. En varias ocasiones había escuchado hablar del *Puente de Fierro*, pero desconocía a ciencia cierta su ubicación. “Por Altos de San Lorenzo”, “allá lejos, por la 90” o “en el fondo” eran las habituales, fragmentarias e imprecisas referencias de las que disponía. Este dato, que parece ser sólo anecdótico, encierra una clave de lectura significativa para comprender porqué fue necesario para esta investigación *ir hacia la periferia*: precisamente porque no forma parte de los recorridos habituales de los residentes del centro y de otras zonas de la ciudad, encontrándose además como vimos

invisibilizada en las representaciones dominantes acerca de la ciudad y siendo referenciada de manera casi exclusiva en la prensa gráfica local por cuestiones relacionadas a delitos, problemas y carencias infraestructurales y asentamientos precarios. Se trata, así, de *un territorio desconocido* –pero no por eso no imaginado y referenciado– para la mayoría de las personas que habitan la ciudad, entre los que por supuesto me incluía yo hasta la realización de la presente investigación.

Mi propia trayectoria de vida en la ciudad ayuda a comprender ese desconocimiento generalizado. Estudiante universitario procedente del interior de la provincia de Buenos Aires primero, docente e investigador en la universidad después, el espacio vivido y referenciado por mí como *la ciudad* no excedía en mucho los límites del trazado urbano fundacional –donde habitualmente residen los estudiantes universitarios–, en el que se concentran los ámbitos de trabajo, servicios, ocio y recreación. Las excepciones a esta territorialidad restringida estaban dadas por las progresivas excursiones *fuera* del trazado a medida que iba conociendo la ciudad, fundamentalmente a las zonas residenciales localizadas en el eje La Plata – Buenos Aires y alguna que otra visita a barrios colindantes al trazado, como Los Hornos o Tolosa. Esa fue para mí *la ciudad* durante mucho tiempo.

Como se evidenció en los dibujos de la ciudad analizados previamente, que *la ciudad* sea un cuadrado para la mayoría de sus habitantes, es decir, que sus límites coincidan con los del trazado fundacional, lo que implica invisibilizar la periferia o establecer con ella una relación de adentro/afuera, no se trata solo de una cuestión de representaciones; por el contrario, como intentamos mostrar, tales representaciones de la ciudad son sedimentaciones de un proceso histórico y urbano donde se articulan procesos políticos, morfológicos, geográficos e históricos. Se trata de un *entrelazamiento complejo entre espacio, sociedad y prácticas*, entrelazamiento que impregna la vida cotidiana de la ciudad, en la que los límites fundacionales constituyen parámetros cognitivos que estructuran las prácticas espaciales en la ciudad. Simultáneamente, del análisis del *punto de vista periférico* también se desprendía la distinción entre la ciudad y el barrio (complemento necesario de la visión dominante de la ciudad como un cuadrado), dándonos indicios de la relación que sus residentes mantienen con “la ciudad” y de los sentimientos que esto genera.

Por lo mismo, con ir hacia la periferia se buscó en esta investigación *descentrar la ciudad y nuestra mirada sobre ella*, para incorporar la experiencia que de la ciudad tienen aquellos que residen en un espacio invisibilizado en el relato dominante acerca de la misma, un ámbito que es pensado como no ciudad, como algo distinto de la ciudad. La finalidad de estos capítulos es profundizar en tales representaciones, prácticas y relaciones.

2-Estudiar la periferia

La investigación en las periferias de las ciudades tiene una larga historia en las ciencias sociales latinoamericanas que no podremos reponer aquí. Sin embargo, cuando desde las ciencias sociales se dirige la atención hacia esos espacios desventajados producto del desigual acceso a la ciudad habitualmente denominados como *periferia* predominan básicamente dos tipos de acercamientos. Por un lado, las investigaciones que se centran en la descripción de las características físicas de esas zonas, las condiciones materiales de vida de sus residentes y el análisis de los procesos históricos, sociales y urbanos que las generaron, caracterizando generalmente a la periferia a partir de *las carencias*. Como señaló hace tiempo Teresa Caldeira la palabra *periferia* es usada habitualmente “para designar los límites, las franjas de la ciudad (...) Pero su referencia no es sólo geográfica: además de indicar distancia, apunta hacia aquello que es precario, carente, desventajoso en términos de servicios públicos e infraestructura” (1984: 7; traducción propia). Por otro lado, las investigaciones que analizan los movimientos políticos surgidos en tales ámbitos –los cuales son, sin dudas, la causa principal de que las ciencias sociales hayan dirigido su mirada hacia la periferia-, enfatizando en este caso cuestiones relativas a *la agencia* de los actores sociales que viven en la periferia (Caldeira, 1984).

En las investigaciones recientes en el ámbito latinoamericano, por ejemplo, estas opciones se traducen en dos tipos de estudios. Por un lado, los análisis de los patrones de segregación residencial de las áreas metropolitanas latinoamericanas, a partir de datos cuantitativos, con la finalidad de medir la segregación (Rodríguez y Arriaga, 2004), identificar cambios en sus patrones (Sabatini, Cáceres y Cerdá, 2001) y evaluar sus efectos en la vida social (Katzman, 2001). Si bien se acepta que la segregación residencial no es un fenómeno reciente sino que, por el contrario, es en sus distintas modalidades de segregación residencial socioeconómica, racial o étnica, un rasgo constitutivo de la ciudad capitalista, sólo en las últimas décadas las ciencias sociales se han volcado a su análisis, en gran medida porque se supone que a partir de la articulación con procesos recientes como la transformación del mundo del trabajo y la segmentación del sistema educativo, entre otros, no sólo se incrementa la segregación sino que sus efectos negativos se potencian, al tiempo que desaparecen los pocos efectos positivos que podría llegar a presentar en ciertas circunstancias específicas.

Por el otro lado, las investigaciones centradas en el análisis del emergente mundo comunitario de los pobres urbanos que, como señala Svampa, “la sociología argentina contemporánea ha sintetizado como el pasaje de la fábrica al barrio” (2005: 160). En

efecto, en investigaciones recientes se ha señalado que frente a la pérdida de centralidad de la actividad laboral, con la consecuente declinación de las formas de organización y de identificación propias del mundo del trabajo, la vida social de los sectores populares tendió a quedar circunscripta a los límites del barrio y de las organizaciones locales que allí operan⁶¹. Denis Merklen (2005) ha denominado a este proceso “inscripción territorial” de los pobres urbanos, es decir, que frente al proceso de desafiliación generalizado y empobrecimiento, el barrio aparece como lugar tanto de repliegue como de inscripción colectiva. También se ha señalado que el proceso de “territorialización de los sectores populares” (Svampa, 2005) producido en los últimos 25 años no sólo se relaciona con la pérdida de centralidad del mundo del trabajo sino también con una correlativa transformación profunda de las políticas públicas. En primer lugar por la adopción de políticas sociales focalizadas que abandonaron cualquier pretensión universalista para centrarse en la asistencia directa a los más desfavorecidos. En esta dirección se implementaron multiplicidad de programas que hacían de la participación y la autoorganización de los más pobres un objetivo explícito y prioritario; en muchos casos, una condición necesaria para la asignación de recursos. No es extraño entonces que hayan dado lugar a la formación o el fortalecimiento de innumerables organizaciones comunitarias. En segundo lugar por la descentralización administrativa que transfirió responsabilidades hacia los niveles locales de gobierno, provocando una desagregación de las demandas y una mayor dificultad para la conformación de actores colectivos de más vasto alcance (Bonaldi y del Cueto, 2009). De este modo, una vasta bibliografía coincide en señalar que la conjunción entre la limitación de la mayor parte de las prácticas cotidianas al espacio barrial y los procesos de inscripción territorial han reforzado la segregación socioespacial de los sectores populares.

Nuestro interés se encuentra precisamente en el *vacío* que surge de cruzar ambas miradas. Si en el último tipo abordaje –y de manera paradójal- más allá de la efectiva constatación de la “territorialización de los sectores populares” (Svampa, 2005) o de su “inscripción territorial” (Merklen, 2005) se ha prestado escasa atención a las dimensiones territoriales, la focalización en lo territorial por parte del primer tipo de enfoque en general ha implicado la minimización de las dimensiones prácticas y simbólicas de la vida social. Buscamos conocer *la experiencia de habitar un espacio segregado* en la periferia de la

⁶¹ Sin dudas, es probable que sea necesario matizar la afirmación de un pasaje lineal de la fábrica al barrio en los sectores populares de la Argentina actual. Diversas investigaciones –y un conjunto de transformaciones recientes- muestran una complejidad mayor y alertan sobre la generalización de dicha tesis. A los fines de nuestra investigación queríamos señalar tan sólo una de las líneas de investigación sobre barrios populares de Argentina más fructíferas de las últimas décadas, independientemente de su grado de adecuación y certeza para el momento actual.

ciudad. Se trata de estudiar precisamente lo que no se reduce a las condiciones de vida e infraestructura de un barrio ni al estudio de los procesos políticos que tienen lugar en él, sino en *conocer el cotidiano de la vida barrial y urbana* en el que ambas cuestiones (carencias y política) están incorporadas en los puntos de vista de los actores y en la experiencia cotidiana del habitar la periferia.

Debemos tener presente, además, la advertencia realizada recientemente por Hiernaux y Lindón acerca del uso de la voz periferia en las ciencias sociales, el cual sostienen los autores se generalizó sin prestar atención a su sentido, como si el mismo “fuera evidente, monolítico y refiriera a un objeto simple y unidimensional” (2004: 102). En el análisis de esta voz y de su relación con otras afines como arrabal y suburbio,⁶² los autores citados sostienen que el término periferia tiene “dos herencias: por un lado, la herencia geométrica de la palabra periferia (la circunferencia externa), por otra, es heredera de la teoría social de los años sesenta” (2004: 111), que implicó la transferencia implícita de la antinomia centro/periferia al espacio a las ciudades, correspondiendo entonces la periferia a “la circunferencia externa a la ciudad en la cual están los pobres, los dominados, los despojados”. La consecuencia inmediata de la asimilación mecánica que liga la periferia a la pobreza, la irregularidad y la anormalidad, asignándole habitualmente la función de “ciudad dormitorio”, es que “borra de un golpe toda la complejidad y riqueza de la vida social periférica” (2004: 114). Y esta reducción semántica es todavía más grave si tenemos en cuenta que también hay periferias⁶³ de clases medias y altas. El resultado de esta historia es la disociación entre espacio y contenido semántico, ya que mientras “la periferia como espacio es sinónimo de complejidad y heterogeneidad, la palabra periferia tiene un contenido mucho más restringido” (2004: 118).

⁶² Los términos “arrabal”, “suburbio” y “periferia” presentan semejanzas y diferencias significativas. Mientras los tres refieren a “la zona de expansión de la ciudad a expensas de tierras de vocación rural”, cuyos rasgos serían “la juventud relativa de las construcciones y de las formas de ocupación del suelo, así como la discontinuidad de la ocupación del suelo”, presentan diferencias importantes en su historicidad (arrabal es una herencia europea, de amplio uso a fines del siglo XIX e inicios del XX; suburbio tiene una clara influencia norteamericana y se utilizó ampliamente la primera mitad del siglo XX; y periferia es un término de cuño latinoamericano y se utiliza desde 1970) y en el tipo de relación que establecen con la ciudad: “el arrabal es lo que está afuera de la ciudad, mientras el suburbio es lo que está cerca de la ciudad. En tanto que la periferia tiene un sentido geométrico: es la circunferencia o el contorno de un círculo, en este caso el círculo es la ciudad” (Hiernaux y Lindón, 2004: 104).

⁶³ En una dirección similar Eduardo Nivón sostuvo que “si algo sabemos de la periferia metropolitana es que ésta ha sido cambiante, históricamente definida y heterogénea en cuanto a los intereses que supone. Lejos de representar un modo de vida, la periferia es más bien el lugar de encuentro de diversas maneras de establecer vinculación con la vida urbana y, a través de ésta, con la modernidad” (1999: 217). Por lo tanto habría que hablar en plural: periferias. Específicamente para el caso de la ciudad de México, Nivón identifica tres tipos de localidades periféricas: pueblos históricos conurbados, suburbios residenciales para clases medias y altas y asentamientos populares pobres (la periferia como expulsión).

Para reponer esta heterogeneidad y complejidad de la periferia rechazamos, al igual que los autores citados, la creación de un nuevo término o neologismo, y buscamos “darle un papel protagónico al sujeto anónimo que vive y hace la periferia” (2004: 118). Conocer esta experiencia supone *indagar en los modos en que los residentes de la periferia viven la ciudad*. ¿Cómo se relacionan los habitantes de la periferia con la ciudad? ¿Qué representaciones tienen acerca de la ciudad? ¿Qué prácticas desarrollan en ella y cuáles no? ¿Cómo piensan su propio lugar? ¿Qué hacen para transformarlo? En definitiva nos interesa el *habitar* “como el proceso de significación, uso y apropiación del entorno que se realiza en el tiempo” a través de un “conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal y al mismo tiempo establecerlo” (Duhau y Giglia, 2008: 22-24). Se trata de un proceso “inacabado” mediante el cual los actores sociales se sitúan en unas coordenadas espacio-temporales a partir de la relación (representación y uso) del entorno que los rodea.

Espacio y sociedad se relacionan de manera compleja. Partimos de la idea de que entre ambos términos existe una “relación desfasada”: ni total autonomía (no hay sociedad fuera del espacio a la vez que todo espacio está socialmente construido) ni correspondencia necesaria (la sociedad no se refleja linealmente en el espacio ni el espacio determina la sociedad) entre espacio y sociedad. El desafío analítico consiste, precisamente, en evitar recurrir a dos posiciones teóricas antitéticas. Por un lado aquella que confunde las condiciones en que los acontecimientos ocurren con las causas que provocan dichos acontecimientos, en este caso la aplicación de una “razón espacial” que explicaría lo que ocurre en el barrio por razones localizadas únicamente en dicho espacio; por otro lado, aquella que enfatizando procesos sociales globales desconoce los efectos que eventualmente las configuraciones (sociales) del espacio tienen en la vida social.

Georg Simmel captó hace más de un siglo la dialéctica entre espacio y sociedad a la que nos referimos: si por un lado sostuvo que “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial”, por el otro resaltó que “cuando se ha convertido en un producto espacial y sensible, en algo que dibujamos en la naturaleza con independencia de su sentido sociológico y práctico, esto ejerce una influencia retroactiva sobre la conciencia de la relación entre las partes” (1986: 652). Dicho de otro modo, el espacio social se traduce en el espacio físico de una manera más o menos “turbia”, de modo que la posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado (Bourdieu, 2002: 120); y a la vez, mediante un proceso de naturalización, las oposiciones sociales objetivadas en el espacio físico (espacio social reificado) tienden a reproducirse en el lenguaje y en las prácticas en

la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, es decir, en tanto categorías de percepción y evaluación (pp. 121) del espacio social. Suponemos, así, que el lugar que se ocupa en la ciudad se relaciona con la posición de los actores en el espacio social y, a la vez, dicha posición y experiencia cotidiana del habitar el espacio urbano se incorpora como clave de lectura para los actores de su posición –y la de los otros- en el espacio social y urbano.

Con la finalidad de avanzar en el análisis de habitar la periferia, en lo que queda de este capítulo abordaremos tres cuestiones principales. En primer lugar, se realiza una breve caracterización la periferia urbana de la ciudad de La Plata, para centrarnos luego de manera específica en el Centro Comunal Altos de San Lorenzo; en segundo lugar, el trabajo sobre los relatos de sus pobladores sobre el arribo y el establecimiento en la zona nos servirá tanto para profundizar en la historia del lugar como para presentar el escenario y los actores; en tercer lugar, a partir del análisis de los relatos nos encontramos ante una situación dilemática: la existencia de una experiencia común (más no compartiva) vinculada con habitar la periferia. Cierra el capítulo la propuesta de una hipótesis interpretativa que nos ayuda a comprender dicho dilema.

3- La periferia urbana platense

La ciudad de La Plata fue diseñada a fines del siglo XIX como una obra cerrada, acabada. Debía ponérsele un límite y un marco a la cuadrícula, recortar la ciudad de la no ciudad, separar la cultura de la naturaleza, la civilización de la barbarie. Esa función se le asignó en el plano fundacional a la *Avenida de Circunvalación*. En dicho diseño se pensó en una verdadera “muralla horizontal perforada” (Garnier, 1992), una estructura vehicular de doble mano, de cien metros de ancho y veinte kilómetros de longitud que delimita el damero urbano, permite circular en torno al mismo y tiene puntos de comunicación con el exterior. “Frontera ambigua -la calificó el antropólogo brasileño Barros-: límite y boulevard, muralla pero también vía de circulación y comunicación” (2005: 15).

Las murallas de las ciudades europeas comenzaron a ser destruidas a partir del s. XVIII debido a cambios en los modos de organización económica, política y social. Quizás nada exprese mejor estos cambios que la transformación en los usos dados a los espacios ocupados por las antiguas murallas: de fortificaciones a estructuras de circulación, cuyo caso emblemático tal vez sea la construcción de la Ringstrasse en la Viena liberal, analizado por Schorske (1981). De este modo, durante el siglo XIX los espacios antes ocupados por las murallas se convirtieron en espacios de circulación que, por lo mismo, funcionaban como fronteras urbanas horizontales.

En consonancia con las tendencias del urbanismo moderno, en el caso específico del diseño de La Plata a la Avenida de Circunvalación se le asignaron tres funciones específicas. En primer lugar, una función político-administrativa: separar al hombre urbano del hombre rural, creando entre ambos una línea de transición progresiva que reservara a los de adentro la experiencia de la polis y de la vida pública y, a los de afuera, la condición de trabajo, además de organizar también el sistema tributario de la ciudad. En segundo lugar, una función urbanística: enmarcar el casco urbano, de forma de garantizar la ruptura entre una zona y otra y el principio de circulación. En tercer lugar, una función estética: bulevar por donde el desplazamiento ofrecería también la experiencia del paisaje de la ciudad (Barros, 2005: 140-141).

La historia urbana de la ciudad de La Plata se condensa en la imagen de una constante tensión entre el plano ideal, estático y sincrónico (la ciudad dada de una vez y para siempre) y el proceso real, dinámico y diacrónico de como la ciudad se fue consolidando. Al respecto, es relevante para el análisis de la periferia remarcar dos cuestiones ya tratadas.

En primer lugar, que la superficie de la ciudad planificada (el cuadrado de cinco kilómetros de lado) se fue poblando y consolidando en un largo y lento proceso, respetando en gran medida los lineamientos del plan fundacional en lo que refiere a traza de calles, avenidas, diagonales y espacios públicos. Esto es especialmente relevante en el caso de la Avenida de Circunvalación, la cual adquirió los rasgos formales presentes en el plano (anillo perimetral de 100 metros de ancho) recién en la década de los noventa. Se construyó en etapas, por tramos y cada uno de sus cuatro lados tiene peculiaridades tanto urbanísticas como relativas al tiempo de poblamiento y tipo de población que se localizó más allá de ella. Por ejemplo, el tramo⁶⁴ que separa el casco de la zona urbana donde se llevó a cabo la etnografía (avenida 72) se urbanizó para el centenario de la ciudad, siendo la sección de la avenida que más tardíamente se consolidó y transformándose en una avenida de doble mano recién a inicios de la década del 90. La función de límite de la ciudad antes de la consolidación de la Avenida de Circunvalación la cumplieron los ferrocarriles. De hecho, en tres de los cuatro lados de la ciudad se establecieron tempranamente ramales ferroviarios, los cuales fueron luego desmantelados entre las

⁶⁴ La avenida de circunvalación a la vez que posee una homogeneidad formal resultado de la deliberada función original de garantizar unicidad y continuidad a la silueta del casco urbano, se encuentra separada en cuatro tramos (cada uno de los lados) señalados con una numeración diferente: 120, 31, 72 y 32. Cada uno de estos lados presenta diferencias también en lo que respecta a tiempos, usos y grados de urbanización. Un análisis detallado se encuentra en Barros (2005).

décadas de 1960 y 1970 (“los fierros” que encerraban la ciudad señalados por Carlos), quedando en funcionamiento en la actualidad solo uno, el que comunica la ciudad con Buenos Aires.

En segundo lugar, que tempranamente comenzó el proceso de *suburbanización* de la ciudad, debido tanto a la preexistencia del poblado de Tolosa como a la formación del barrio de Los Hornos, cuyo nombre hace referencia a los hornos donde se elaboraron los ladrillos con los que se levantó la ciudad. Ambas localidades son adyacentes al trazado fundacional. De esta manera, la avenida de circunvalación, que en el diseño original separaba lo urbano de lo rural, la cultura de la naturaleza, comenzó a separar sectores sociales. Lo que tempranamente le imprime esta función y significación es que la suburbanización de la ciudad en distintas direcciones más allá del cuadrado fundacional comenzó mientras amplios sectores de dicho trazado fundacional se encontraban vacíos. Así, al menos en sus inicios, el crecimiento de la periferia urbana no se debió a que el centro estuviera colmado. Más allá de estas tensiones iniciales, la suburbanización adquirió una importancia mayor a partir de la década de 1940, expandiéndose la ciudad en todas las direcciones, con preponderancia de desarrollo del eje que une la ciudad con Buenos Aires, actualmente por cuatro vías: ferrocarril, caminos Belgrano y Centenario, y autopista Buenos Aires – La Plata.

A la vez que la ciudad real, en comparación con la ciudad ideal, se deformaba por procesos como la suburbanización periférica y la progresiva conurbación con Buenos Aires, paradójicamente se reforzaron sus límites por una serie de medidas políticas como la descentralización administrativa de la ciudad a través de la creación de centros comunales que retoman los límites fundacionales, intervenciones urbanísticas como la definitiva consolidación de la Avenida de Circunvalación y una profusa y continua publicidad oficial que construye un imagen de la ciudad que la relaciona con el pasado fundacional. Por esto, actualmente es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, separados por la ancha avenida de circunvalación. El contraste no es únicamente poblacional –menos de 200000 habitantes en el trazado fundacional, más 400000 en la periferia⁶⁵- sino también urbanístico, administrativo y socioeconómico. El partido se encuentra dividido en el *casco urbano* (relativamente homogéneo en términos socioeconómicos) y otros 18 *centros comunales*, como Tolosa, Ringuelet, Gonnet, City Bell, Villa Elisa, Los Hornos, Villa Elvira,

⁶⁵ Contrariamente a lo que se podría llegar a pensar, en relación con la cantidad de población residente, la pérdida del trazado fundacional no sólo es relativa al mayor crecimiento de la periferia (fenómeno que efectivamente ocurrió), sino que también se debe al estancamiento –e inclusive la reducción en términos absolutos- de la población que reside en el caso urbano a partir de la década de 1980.

entre otros, muy heterogéneos entre sí y, algunos de ellos, heterogéneos en su composición interna. Así, nos encontramos con un patrón de segregación espacial clásico del tipo centro – periferia. Esta última presenta, en general, peores condiciones socioeconómicas y una menor infraestructura urbana y de servicios que el casco urbano. La excepción la constituyen aquellos sectores con mejores condiciones socioeconómicas que residen en la periferia urbana y que se encuentran concentrados a lo largo del eje que une la ciudad con Buenos Aires. De todas maneras, y debido a que tal eje es muy heterogéneo en términos socioeconómicos, el casco urbano presenta mejores condiciones socioeconómicas, estando en todos los indicadores por encima del promedio del partido⁶⁶.

4- Centro Comunal Altos de San Lorenzo

El trabajo de campo etnográfico fue realizado durante los años 2007 y 2008 en el sector de la ciudad conocido actualmente con Centro Comunal Altos de San Lorenzo, que fue creado como unidad administrativa por medio de la ordenanza municipal número 7888 el 26 de marzo de 1992, aunque su progresiva y lenta ocupación comenzó mucho antes, acelerándose en las últimas décadas.

Altos de San Lorenzo se encuentra emplazado al sudeste del casco fundacional de La Plata, estando delimitado por la avenida 13 al noreste, por la calle 640 al sudeste, por la calle 137 al sudoeste y por la avenida 72 al noroeste. Se trata del sector de la periferia urbana consolidado de manera más tardía y se localiza en el extremo opuesto al sector con mayor desarrollo de la ciudad, representado por el eje Buenos Aires-La Plata, donde hay enclaves de clases medias y medias altas. Su posición singular con respecto a la ciudad hace que el centro comunal se encuentre a un “costado” y “marginado” de las mayores inversiones urbanas y de las principales vías de comunicación.

⁶⁶ A los efectos de señalar algunos contrastes, mientras el porcentaje de la población del partido que presenta NBI es de 12,8 %, en el casco urbano dicho porcentaje desciende a 2,1 %. Lo mismo sucede con la totalidad de los indicadores: viviendas deficitarias (12,6 % y 1,4 %, respectivamente), presencia de servicio de desagüe (71,4 % a 99 %), cobertura de seguridad social (62,7% a 79,8%)



“Las mayores dificultades se producen en la conexión con el casco urbano fundacional, lo cual deriva en una *clara división morfológica y funcional entre casco y periferia*”, sostenía un documento de la Municipalidad de La Plata (1999), resaltando que “la conectividad interna de la localidad se ve dificultada por la existencia de *diversas barreras urbanas*” que impiden la continuidad de la trama y de las vías de circulación, entre las que identificaba el cementerio, las vías abandonadas del ferrocarril Gral. Roca (Ramal Magdalena), los grandes vacíos urbanos, entre ellos la cantera que se encuentra ubicada desde la calle 81 hasta avenida 90, y desde 15 hasta 19, los baldíos que se encuentran comprendidos desde la calle 76 hasta 80 y desde 23 hasta 25, el que se localiza desde la calle 22 hasta la calle 30 y desde 82 hasta 90, y por último el que se ubica desde la calle 134 hasta la Avenida 137 hasta Avenida 90, y la barrera natural que corresponde al cauce del arroyo Maldonado. En la actualidad, diez años después de la redacción de ese documento, en la mayoría de esos grandes vacíos urbanos y baldíos existen asentamientos precarios producto del establecimiento en la zona de gran cantidad de migrantes del interior y de países vecinos.

En efecto, en términos sociodemográficos el área muestra un incremento poblacional que ronda el 20% para los períodos intercensales 1980-1991 y 1991-2001, crecimiento superior continuo a la media del partido. Según el último Censo Nacional de Población (2001), el número de habitantes era levemente superior a los 30000 y se estima

su población total actual en 40000 habitantes. Los índices socioeconómicos para el conjunto del centro comunal muestran un panorama no sólo peor que el del casco sino también por debajo del promedio del partido. Si tomamos como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), las mismas están presentes en el 22,5 % de la población de Altos de San Lorenzo, mientras esa cifra desciende a 12,8 % para el promedio del partido y sólo a 2,1 % de la población del casco. En materia de equipamiento educativo la localidad dispone de jardines de infantes y escuelas primarias, lo cual implica que para satisfacer instancias educativas superiores, la población deba trasladarse hacia el casco fundacional. Del mismo modo sucede con el equipamiento sanitario, ya que la localidad sólo dispone de dos centros de atención primaria, los Centros de Salud N° 8 y 21.

Sin embargo, no se trata de un espacio homogéneo en términos socioeconómicos. Por el contrario, es un espacio heterogéneo, en el que las condiciones económicas, habitacionales y urbanas desmejoran a medida que uno se aleja de la avenida 72 (denominación que adquiere en ese tramo la avenida Circunvalación) hacia el espacio rural. Se observa, así, un *degradé urbano* (Grimson, 2009) donde las condiciones de vida y habitabilidad decrecen de manera progresiva y continua desde los límites fundacionales de la ciudad hacia el espacio rural, con algunas “fronteras” fuertes.

De esta manera, en la *configuración socio-espacial* de la localidad es posible identificar *tres sectores* bien diferenciados. Un área en la que se verifica la mayor ocupación de las parcelas, conformadas por un tejido compacto y homogéneo, que comprende una franja que va desde la avenida 72 a la calle 80 aproximadamente (extendiéndose en algunos tramos hasta la calle 85 y reduciéndose en otros hasta 76). En todo este sector, que corresponde a los primeros espacios ocupados de la zona, se localizan habitantes de clase media y media-baja y se concentran los comercios (fundamentalmente sobre la calle 22) y las principales instituciones públicas (escuelas, centros de salud y delegación municipal) y barriales (clubes y sociedades de fomento). Un segundo sector que presenta tejido residencial más abierto, grandes vacíos urbanos que interrumpen la trama y asentamientos precarios, lo que provoca inconvenientes en la dinámica local en relación con la desconexión inter e intrabarrial resultantes. Este sector comprende el espacio delimitado entre la calle 80 aproximadamente y la avenida 90 y desde avenida 13 a la avenida 137 y se encuentra aún en expansión, con la creación continua de nuevos asentamientos. Por último, el tercer sector puede caracterizarse como típicamente rural y comprende el ámbito definido desde Avenida 90 a calle 640 y desde Avenida 13 hasta 137.

5- Relatos de los inicios.

Nos detendremos aquí en una breve historia de la zona, combinando fuentes escritas con datos contruidos en el trabajo de campo a partir de observaciones y entrevistas. A la vez que nos permite una primera historización y caracterización del escenario y de los actores de nuestra etnografía, el trabajo con los relatos de los inicios nos introduce en los criterios nativos acerca de qué es un barrio, cuáles son las características en base a las que se define, cuáles son sus límites y las características de sus residentes, y qué tipos de relaciones se establecen con la ciudad y con los residentes de *otros barrios*.

5-1 El sector 1

Todo era campo

Inicialmente se trató de una zona rural, en la cual a partir de la fundación de la ciudad se instalaron quintas que abastecían a la población urbana y fábricas de ladrillo, cuya producción se destinaba enteramente a la construcción de la nueva ciudad. Las grandes cavas que se observan en su topografía actual -muchas de ellas ocupadas hoy por asentamientos- son producto de esta última actividad, que se recuerda en el escudo del Centro Comunal –una combinación de elementos representativos de la zona como las vías, el puente y los ladrillos- ya que desde esas fábricas “se transportaban en carros tirados por burros los ladrillos para la construcción de la Catedral de La Plata”.

Recién entre fines de la década del 40 e inicios del 50 se realizaron los primeros loteos, en la zona adyacente a los límites de la ciudad fundacional. Cuando entrevisté a Lidia, ya fallecida, tenía 86 años, y vivía en su casa de calle 14 entre 74 y 75 desde diciembre de 1949. “Acá en esta manzana –recordaba- debía haber unas dos, cuatro, cinco, seis casas en la manzana, que yo me acuerde. Allá sobre la 74 creo que había una casa sola en la esquina, otra después acá, donde vive el doctor ahora, que era una casita chiquitita, y bueno acá al lado era una casa de chapa, no me acuerdo bien, y nosotros que recién habíamos venido a vivir, que era chiquita, habíamos construido recién, habíamos comprado el terreno y acá en la esquina que era de nosotros también había... era medio como de madera, bueno una casilla podríamos decir, como las de antes. Y en esta manzana no había nada más, desde acá se veía 72 y 13. Mi marido venía del trabajo y se bajaba allá en 72 y 13 del micro... y los chicos lo veían de acá desde la ventanita cuando se bajaba. Era tipo campo”.

Llegaron al barrio con su marido, ambos oriundos de la localidad bonaerense de Azul, en el interior de la provincia de Buenos Aires, y con su hijo mayor de apenas dos meses. Los dos trabajaban y se conocieron en los frigoríficos de Berisso, localidad cercana

a La Plata, por ese entonces de marcadas características industriales, y habían comprado el terreno y construido algo pequeño para comenzar. Contaba Lidia que cuando compraron el terreno le parecía hermoso, pero rápidamente encontró la diferencia entre *allá*, el lugar donde se encontraba la casa que alquilaban antes, ubicada en 69 entre 19 y 20, y *acá*, el barrio, a escasas cuadras de ahí, *cruzando la 72*. “Nada que ver con esto –señala- pero que sé yo, me gustaba. Después, cuando me vine a vivir me di cuenta que no era así de vivir en la tierra, primera vez vivía sin asfalto, no sabía lo que era vivir en la tierra podríamos decir”. Y prosigue: “cuando vinimos a vivir me la pasaba casi llorando porque no había nada, nada de nada, había que andar con botas, era horrible, horrible, horrible”. Y sintetiza: “Nunca había vivido así, *tan alejada*, siempre de soltera viví en 20 entre 64 y 65, toda la vida, después cuando me casé fui a vivir ahí [69 entre 19 y 20] y después acá. Una diferencia terrible, me costó mucho, me costó mucho”.

Ermelinda, de 73 años, aún vive en la casa familiar de 18 entre 77 y 78, lugar al que llegó junto con su marido, empleado telefónico oriundo de La Pampa ya fallecido, en el año 1964. “Vinimos acá porque compramos el terreno para hacernos nuestra casa. Esto era todo campo –recuerda-. En esta calle no vivía nadie”. Y señala “somos como fundadores del barrio, porque cuando vinimos no había agua, no había luz, ni había asfalto. Nos embarrábamos hasta la cabeza. Hicimos nuestra casa, por intermedio del banco, y después la ampliamos porque teníamos otro nene, que nació en esta casa. La pagué y acá estoy. Es mía”.

De igual manera, unos años antes que Ermelinda y su marido, llegaron a un lugar cercano los padres de Gabriela, de 41 años de edad, quien actualmente trabaja en la salita de salud ubicada en 20 y 85. “Yo nací acá, mis padres fueron unos de los primeros que vinieron a vivir a la zona, mi papá, más o menos hace 47 años llegó al barrio donde no había nada, eran pocas casas. Yo viví y crecí en 20 y 80. Todo lo demás era fábricas de ladrillos y todo esto [se refiere al lugar donde se ubica la salita en la que trabaja] era área cultivable, había quintas. Por ahí el desarrollo era hasta 80, había casas hasta 80, después de 80 para acá no, ese fue más o menos el crecimiento, hace 47 años más o menos mi papá compró ese lote y empezó a construir, uno de los primeros que llega”.

Las historias de las familias de Lidia, Ermelinda y Gabriela condensan los rasgos principales de las familias de trabajadores asalariados que desde finales de los años 40 comenzaron a poblar la zona: migrar hacia la ciudad; adquirir un terreno accesible para ellos fuera del casco fundacional de la ciudad, en lo que hasta ese momento era campo, lugar de quintas y algunas pequeñas fábricas; construir de a poco la casa propia; luchar

para obtener la infraestructura y los servicios urbanos básicos. Historias de trabajo, sacrificios y mejoras lentas y progresivas.

El ferrocarril

Desde sus inicios la zona estuvo vinculada al desarrollo del ferrocarril. El espacio actualmente ocupado por el Centro Comunal era atravesado por un ramal del Ferrocarril General Roca habilitado el 15 de mayo de 1887 que conectaba las localidades de Tolosa y Magdalena. “Ramal tendido a partir de la estación Tolosa y cuyo recorrido sigue el boulevard 83, cruza marginalmente el paseo del bosque, continua por el boulevard 84 y la avenida 72, en la intersección de esta y la calle 12 se emplazó la estación “Circunvalación”, y prosigue en línea recta hasta la calle 26, a partir de ahí cambia de rumbo al sudeste, uniendo las estaciones intermedias de “Rufino de Elizalde”, “Arana” (construida con posterioridad) e “Ignacio Correas” en el partido de La Plata y, en el lindero municipio de Magdalena, las denominadas “Bartolomé Bavio”, “J. Ardití” y, desde esta con rumbo nordeste, continua hacia la ciudad de Magdalena” (De Paula, 1987: 349).

Además de este primer ramal, cercana a esos primeros loteos se encontraba la Estación del Ferrocarril Provincial Meridiano V. El proyecto de creación de los ferrocarriles provinciales fue aprobado el 27 de mayo de 1908. “Comprendía una línea troncal con arranque desde el puerto de la Ensenada y recorrido por el boulevard de Circunvalación de La Plata, situando la estación cabecera en la calle 71 entre 13 y 22; la vía troncal cruza los partidos e Coronel Brandsen, Monte, Saladillo, 25 de Mayo y 9 de Julio; fueron previstos un ramal oeste a las localidades de General Alvear y Olavarría y un ramal sur hasta Balcarce y Mar del Plata” (De Paula, 1987: 361). En 1910 se inauguró el primer tramo y la línea conoció un proceso de expansión progresiva desde 1912 hasta 1950, conectando la ciudad con un elevado número de localidades de la provincia. De hecho, el sector del casco fundacional aledaño a la estación conocido actualmente como barrio Meridiano V se consolida y adquiere su carácter distintivo a partir de la creación de la estación homónima en 1910, lo que dio lugar a la aparición de equipamientos urbanos como hoteles, comercios, restaurantes, sindicatos y edificios vinculados a la actividad ferroviaria.

Así, muchos de los primeros residentes de los lotes ubicados del *otro lado de la vía* eran trabajadores del ferrocarril, así como también trabajadores de otras dependencias estatales, cuentapropistas y empleados de los frigoríficos en Berisso. Como señala Gabriela “el tren movilizó, yo creo que con la aparición de este tren empezó a aparecer el barrio, supongo, ¿no? El tren es más antiguo que el barrio y daba la movilidad a la gente

que vivía, se hicieron las estaciones cerca”. En efecto, la zona creció alrededor de las vías, que prácticamente delimitan su perímetro actual, ya que lo que hoy corresponde a las calles 72, 30 y 90 eran vías. La estructura ferroviaria abandonada conocida como Puente de Fierro era precisamente el cruce entre ambos ramales ubicado en la intersección de las calles 30 y 90. Por encima pasaba el ferrocarril provincial y por debajo el ferrocarril General Roca.

Julio, uno de los dos hijos de Lidia, quien aún vive en el barrio, señala “yo tengo 58 años, nacido acá y el barrio cambió después de tantos años muchísimo. Y en principio es como todo barrio alejado de esta zona: tierra, casas humildes. Esta era una zona de gente de trabajo. De a poco fue creciendo”. Y describe a los trabajadores que tempranamente se localizaron en la zona: “había construcción, había muchos albañiles, acá enfrente el señor que vino de Italia era albañil, los hijos se dedicaron a la albañilería, había de todo, había gente que trabajaba en el ferrocarril, otros que tenían un negocito que empezaba, había distinta variedad de trabajos que no había de comercios que hay ahora por ejemplo”. “Esta zona era toda de ferroviarios. Gente de trabajo. Todos obreros. Los oficios llegaron con los obreros. El electricista, el plomero, el albañil llegaron cuando hubo gente”, señala en la misma dirección Marcelo, el hijo menor de Ermelinda, de 40 años.

Muchos de los residentes más antiguos recuerdan el tren como un símbolo del barrio. “Era hermoso –dice Ermelinda-. Íbamos a ver pasar el tren y bueno, la gente sacaba la mano por la ventanilla y nos saludaba”. Por su parte Lidia señala que, como forma de contrarrestar la lejanía, “lo que daba mucho desahogo era el tren que pasaba, era en lo que viajaba siempre yo, que iba a Bavio. Iba a comprar mercadería a Bavio, ahora los de Bavio vienen a comprar mercadería acá –se ríe y recuerda- era baratísimo, iba una vez por semana”. Su hijo Julio también recuerda el tren: “Teníamos el tren en pleno funcionamiento, pasaba por circunvalación, iba hasta Avellaneda, todo lo que era carga ganado, traían piedras, arena, acá todo se hacía por trenes. Acá en 72, lo que venía a ser manzana de 72 73 14 y 15, ahí era donde se hacían las montañas del canto rodado, arena y piedras y nosotros los vecinos de noche íbamos y nos traíamos algún baldecito (risas) porque todos estábamos construyendo. Es cierto, íbamos de noche y nos traíamos y a mí me tocó hacerlo”.

En el curso de las décadas de 1960 y 1970 el ferrocarril provincial es desmantelado progresivamente, al ritmo que el puerto de Ensenada pierde importancia y los frigoríficos de Berisso son abandonados, impactando en la vida del barrio. Al respecto recuerda Ermelinda que “eso fue la muerte de todo el barrio. Quedó todo paralizado porque la

gente que trabajaba en el tren y no estaba jubilada tuvo que buscar otros horizontes, otro trabajo”. Y Silvia, una mujer de 42 años que vive en barrio desde que nació, ahora junto a su marido Alberto y sus hijos, señala que “cuando estaba el tren que pasaba por 72 eso hacía que la zona de la estación de 17 y 71 sea una zona florecida, digamos, de mucha vida, porque el tren llevaba y traía gente, había comercios. Cuando venía el tren había muchísimo movimiento en las estaciones de 17 y 71 y de 12 y 72. Eso se murió cuando se cerró el tren. Antes había mucho movimiento, un ir y venir de gente. Eso se cortó y quedó prácticamente una zona muerta”. El predio de la estación estuvo abandonado durante varias décadas y recién en los últimos años las instalaciones del ferrocarril provincial localizadas sobre la avenida 72 fueron utilizadas para el establecimiento de Centros Culturales, del otro lado de la vía.

“De alguna manera uno espera que el tren pase”, dice actualmente Gabriela. Sonríe y agrega: “vos sabés que nosotros con mi marido lo vemos porque viste que vos ves en el diario, va a venir el tren universitario, entonces “¿pasará por la 72?” entonces todo un tema, ¿levantan o no levantan las vías? “Uh, viste que taparon las vías de la 72?”, me decía mi marido, si vas por 22 había un trayecto de vías que cruzaba la 72, y bueno un día las taparon “Uh, taparon, quiere decir que no”.

La historia como progreso

Con idas y vueltas, con hitos fuertes como el cierre del ferrocarril, la historia del *barrio* es narrada en términos generales como un lento progreso. “Pasaron años para que fuera mejorando, ya empezó la gente a comprar terrenos y que empezara a edificar, pero pasaron unos cuantos años, no me acuerdo cuantos, pero pasaron”, rememoraba Lidia. “Lo primero que se hizo fue el calcáreo, después las luces, que hoy siguen estando las mismas, ya teníamos agua que eso lo hizo obras sanitarias, y cloacas, después vinieron las cloacas, después vino el gas, que el gas se pagaba, todos los frentistas pagaban, algunos no pagaban y hoy igual lo tienen”, cuenta Julio enumerando la adquisición progresiva de servicios e infraestructura urbana. Incluso Diego, hijo de Julio y nieto de Lidia, de 29 años, también narra la historia del barrio a partir de avances en los servicios públicos y la infraestructura urbana: “el barrio que nosotros conocíamos de pibe, de calle de tierra, empieza a cambiar, empieza a haber asfalto a partir de la 72, de 72 para acá está todo asfaltado y eso era todo calle de tierra. Y después se hace la 72 [se refiere a la doble mano] y en ese momento empieza a cambiar mucho el barrio, empiezan a haber mas casas, deja de haber terrenos baldíos y se revaloriza mucho la zona, en este pedazo, en este pedazo te hablo, desde 72 a 80 y de 13 hasta 22”. Así, la historia de ese primer sector es la de la

progresiva adquisición de infraestructura y servicios urbanos a lo largo de las décadas de 1970 y 1980 y también la del establecimiento de un pequeño núcleo de nuevos residentes de clase media a partir de una mejor conexión con la ciudad a partir de inicios de la década de 1990. Como relata Roberto “en los últimos 15 años llegó el teléfono, el asfalto, el micro... el encarecimiento del casco urbano hizo que por ahí gente de clase media, hasta media alta, viniera, comprara un terreno acá a tres cuadras e hiciera una hermosa casa, que por ahí por imitación la gente del barrio más vieja empezara, en la medida que pudiera, a embellecer su propia casa como para no desentonar. Entonces me parece que eso fue como positivo, como que los límites empezaron a mezclarse”. Así, al menos por contraposición con períodos anteriores y refiriéndose a la infraestructura urbana y la accesibilidad, en muchos de los relatos de los residentes de este sector se manifiesta una *sensación de una progresiva disolución de los límites* que los separaban de la ciudad, a partir de una más sólida integración de este sector con el casco urbano.

El contrapeso a esta mejora progresiva lo constituyen, para los residentes del sector 1, los asentamientos en el sector 2, que modificaron su estilo de vida.

Más allá de la 80: el descampado y el puente

Hasta la década de 1990 la calle 80 era el límite de un barrio que fue creciendo y consolidándose a partir 72, adquiriendo servicios públicos e infraestructura urbana y densificando la ocupación del suelo. Incluso en un período relativamente tardío como 1978, cuando Carlos, en ese entonces empleado municipal y militante sindical, llegó a vivir en el barrio, señala que más allá de la calle 80 “era todo campo, había vacas, yo me acuerdo que iba caminando hasta 80 y 22, acá había una casa en la esquina y después era todo baldío. Cruzabas campo acá e ibas a tomar el micro”.

En los relatos de infancia de personas de distintas edades de ese primer sector la zona *más allá de la 80* aparece como un espacio de recreación y divertimento. Julio recuerda que “me gustaba mucho ir a cazar, a pescar y se podía hacer acá, en 15 y 75 se terminaba todo, ahí había un horno de ladrillos y ahí se terminaba todo, no había mas nada, estaba lleno de mandarinas, sandías, íbamos a robar mandarinas y sandías”. Relata que “sigue estando todavía el famoso terraplén del puente de fierro, sigue estando ahora habitado por otro tipo de cosas, villas y ese tipo de cosas, pero en esa época no había nada, todo virgen, pasaba el tren por ahí, el tren de circunvalación que iba para el lado de Bavio, tomábamos ese tren los sábados a la tarde con mi mamá. En una de esas pasadas que hice en el tren conocí el puente de fierro, así que quise ir a investigar, y nos íbamos ahí con los chicos del barrio, en bicicleta, caminando, como sea”.

Los hijos de Ermelinda, unos años más chicos que Julio, narran historias similares. Marcelo, de 50 años, señala que “del puente de fierro me acuerdo que era una de las primeras excursiones que uno se animaba a hacer lejos. Era ir lejos. Íbamos caminando, no había habitantes permanentes en esa época, estaba el puente, la vía que todavía estaba en pie y nos divertíamos. Tan abandonado era ese sector que la calle que lleva al puente de fierro, la 27, prácticamente de 80 en adelante le llamábamos el caminito muerto porque no había nada. El caminito muerto, era famoso ir a cazar pajaritos al caminito muerto”. Y su hermano Roberto, de 40 años, cuenta que “yo iba a cazar a Puente de Fierro con mis amigos. Esa zona era campo, yo corría liebres. Donde ahora hay asentamientos, yo corría liebres. Me cruzaba algún ciruja de vez en cuando pero la 90 no era una mugre como es ahora”. No se trataba de un espacio únicamente de sociabilidad masculina. Gabriela también señala que “era un lugar de encuentro, íbamos al Puente de Fierro a las tardes a jugar, íbamos con una mamá. Íbamos a cazar pajaritos con la gomera o a pescar, porque por ahí se hacía algún arroyito, alguna lagunita ahí cerca del puente, jugabas arriba del puente, abajo, no había suciedad, este barrio era completamente limpio, o sea que vos podías moverte tranquilamente en el barrio, ibas y andabas en bicicleta”.

Sin embargo, con la dictadura militar, para muchos la situación cambió. Gabriela cuenta que “después, no nos dejaron ir más..., mi mamá no recuerda y mi papá falleció o sea que mucho no..., pero se decía que cosas raras pasaban en el puente, a partir de qué se yo, 12 años, yo tengo 43, para que ustedes saquen más o menos la cuenta, nací en el 66 y hasta el 78, 79 íbamos, sí, más o menos, ya después no”. No solo se decía que ocurrían cosas raras en el puente. Gabriela cuenta que “recuerdo que en el arroyo Maldonado, que pasa todo lo que es la calle 19, donde hay otro asentamiento, 19 y 76, bueno hay todo un arroyo... El asentamiento antes no existía, eso era todo campo, o sea nosotros cruzábamos para ir a la rotisería que estaba más cercana, en 17 y 76. Nosotros íbamos con mi hermano y yo recuerdo un día, eso no me lo olvido más, llego y la rotisería estaba cerrada, toda la gente del barrio estaba comentando, qué se yo... luego cuando viene mi papá me cuenta, la rotisería era de un compañero de mi papá de YPF, sus hijos habían sido secuestrados esa noche. Bueno, a partir de ahí es como que tampoco fuimos más a la rotisería”. Silvia también rememora que “era una de las diversiones de nosotros, cuando salíamos por ahí, ir a la zona de Puente de Fierro a jugar, porque había un terraplén impresionante, de tierra bien colorada, en donde hacía prácticas el ejército, hacían prácticas de tiro en esa zona. En plena dictadura. Nosotros íbamos con mi hermano y mis amigos a cazar pajaritos y nos llevábamos los casquillos de las balas. Nunca se

comentó que en esa zona hubiera habido fusilamientos, sí que venían a practicar en ese lugar. Eso sí”.

Como se ve, existen distintas versiones sobre las actividades de los militares en ese espacio durante la última dictadura.⁶⁷ En lo que todos coinciden es en que el Puente de Fierro dejó de ser un lugar de juegos de chicos y de paseo familiar por muchos años. Progresivamente se transformó en un basural a cielo abierto (en gran medida todo el espacio que corresponde a la avenida 90, desde la calle 13 a la calle 30, en los hechos un camino de tierra, es hoy un basural), en un lugar donde se abandonaban autos robados y, más tarde, comenzaron a establecerse los asentamientos. “Mi hijo creo que fue una vez sola –cuenta Gabriela-, con mi marido a andar en bicicleta, pero ya después no porque después empezó todo lo que era el asentamiento y la basura”.

En la tapa del primer número de la revista *Imágenes de un barrio* publicada en 1995, momento en el que los asentamientos ya habían comenzado a establecerse en la zona, se observa una foto donde se puede ver el Puente de Fierro como fondo y un gran descampado, cubierto de basura y con restos de un automóvil abandonado en el primer plano; el epígrafe señala “cuantos recuerdos debe despertar esta imagen, a los que antaño iban a cazar ranas, de picnic dominguero, o a juntar leña de los matorrales junto al terraplén”. A pesar de no saberse o imaginarse, hoy hay otros chicos que juegan en el puente.

⁶⁷ Las voces sobre el Puente y sobre lo que allí ocurrió durante la última dictadura militar son múltiples, equívocas, fragmentarias. Tenemos las marcas de los impactos de bala y relatos disímiles sobre sus causas: fusilaban personas, realizaban prácticas de tiro. A partir de un pedido de la Asamblea de Puente de Fierro, desde la Comisión Provincial de la Memoria se ha comenzado a trabajar sobre el lugar con el objetivo de saber si es factible declarar al sitio “Patrimonio Provincial de la Memoria”. Es sabido por la Comisión que en el lugar fue colgado el cuerpo sin vida de un militante de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en 1977 (aunque nadie en el barrio se refirió a este evento). La dificultad mayor estriba en que los residentes actuales del barrio llegaron mucho tiempo después de finalizada la última dictadura. Desde la perspectiva de la Comisión hacen falta testimonios documentados de gente que en esa época vivía en la zona para conocer lo que allí ocurrió. Para muchos vecinos, en cambio, se trata de algo incuestionable: en ese lugar hubo fusilamientos y es común que remitan a antiguos vecinos que les contaron que vieron cuerpos o escucharon tiros. Incluso en el año 2006, con motivo del trigésimo aniversario del golpe de Estado, el actual intendente de la ciudad de La Plata, Pablo Bruera, en ese entonces diputado provincial, presentó un proyecto de ley para declarar “Monumento Histórico de la provincia de Buenos Aires” al lugar denominado como *Puente de Fierro* ubicado en la calle 90 entre 29 y 30 de la ciudad de La Plata como testimonio de las atrocidades cometidas en la última dictadura militar” con la inclusión de una placa que diga: “Aquí se cometieron crímenes de lesa humanidad. Si todos nos acordamos no volverá a suceder”.

5-2 El sector 2

Los asentamientos

A partir de los años noventa comenzaron a establecerse los asentamientos. El paisaje que hoy se observa es la de una gran proliferación de casas y casillas a lo largo de todo el sector dos, en expansión continua. Hay zonas más antiguas y consolidadas; otras más recientes y precarias. Lo mismo ocurre con el acceso a infraestructura y servicios urbanos como el asfalto, la luz y el gas, que no se distribuyen de manera homogénea.

La ocupación no siguió el patrón de poblamiento presente en el primer sector, es decir, ir extendiendo la urbanización de manera progresiva y homogénea, del centro a la periferia, sino que se fueron ocupando los espacios según la disponibilidad de los terrenos. La disponibilidad se relaciona fundamentalmente con la situación dominial de los terrenos (terrenos fiscales, propiedad privada) y con la calidad del suelo, básicamente con que no sean terrenos inundables. De este modo, entre los distintos asentamientos se fueron dejando vacíos en virtud de su situación legal y/o topográfica, la mayoría de los cuales también fueron posteriormente ocupados. Actualmente, los pocos terrenos vacíos que quedan corresponden a cavas inundables producto de las antiguas fábricas de ladrillo de la zona, algunas de las cuales están siendo rellenadas para su ocupación por nuevos residentes, y algunos terrenos de propiedad privada de los cuales han sido desalojados distintos intentos de ocupación.

Puente de Fierro

La ocupación más antigua corresponde al Puente de Fierro. Rosa, una mujer que con el tiempo se transformó en *referente* de una guardería y refugio barrial y *puntera política* del partido justicialista, y Daniel, referente de otro comedor barrial, cercano al de Rosa, viven en el barrio desde sus inicios. Ambos narran una historia similar. Remontan los orígenes del asentamiento al año 1994 y señalan a Antonio, hombre fuerte del Partido Justicialista en la zona y coordinador de un conocido comedor cercano, como la persona que organizó la toma de tierras.

“Vine porque Antonio estaba organizando el asentamiento y le dio un terreno a mi hermana -relata Rosa-. Mi hermana se había divorciado y bueno le dio un terreno y vinimos, le ayudamos a hacer la casa y empezamos a participar”. Rosa es una mujer de 56 de años, oriunda del Chaco. A diferencia de la mayoría de los residentes de la zona, Rosa llegó a La Plata a estudiar ciencias económicas en la Universidad. Sin embargo, a los 20 años se casó, abandonó la carrera, tuvo dos hijos, se separó, se volvió a casar, tuvo otros dos hijos y se separó nuevamente. Para cuando llegó al barrio recuerda que “en esa época

vivíamos en Ensenada, mi marido trabajaba en YPF, éramos una familia privilegiada hasta que YPF se privatizó y pasamos a ser de privilegiados a no tener nada; o sea, no es que ganabas menos y te tenías que arreglar con menos, no, pasamos a no tener nada, vino el divorcio encima, y la cosa estaba complicada. Mi hermana se arregló con el marido, yo me divorcié, entonces el marido compró un terreno más acá, el terreno de una familia que se iba, porque no se adaptó nunca. Pasó con muchas familias que vinieron y después no se adaptaron porque en esa época no había asfalto, llovía y de la línea 275 hasta acá había que venir chapaleando barro, era medio complicado, entonces se fueron, le vendieron la casita y ella se mudó ahí y yo instalé entonces donde era la casa de ella”.

Hoy en esa casa funcionan la guardería y el refugio y es el lugar donde se desarrollan múltiples actividades barriales: talleres, ropero, capacitaciones laborales, entre otras. Rosa, actualmente una figura importante en la dinámica barrial, señala que desde los inicios “empezamos sin querer a hacer una cosa, a hacer la otra y cuando nos dimos cuenta ya había hecho demasiado”. En su relato ciertos saberes y capacidades adquiridas por una trayectoria biográfica distinta a la de los otros residentes es la que explicaría su posición en el barrio. “La idea era que por ahí yo tenía capacidad para gestionar y por ahí la gente del barrio no la tenía, entonces por ahí me metí sin querer para pedir una mejora para el barrio, una mejora para los vecinos, como la luz, el agua. El agua nosotros, al principio, cuando el asentamiento se hizo había dos familias que tenían bomba, una era al lado del comedor de Antonio y la otra era Lita, acá en 86 y 28, entonces la gente iba a buscar con baldes y lavaba la ropa. En la 90 no había nada. Todo esto era campo y basural, tiraban la basura. Entonces por eso le decían *el barrio la palangana*, porque las mujeres andaban todo el día con su palangana lavando la ropa de un lado para el otro”.

Daniel tiene 45 años, es oriundo de Tucumán y hace 25 años que llegó a La Plata. Antes de migrar trabajaba en el campo, en el limón, la frutilla y el tomate. Cuando llegó a La Plata estuvo trabajando en el corralón, en los hornos de ladrillo, después quedó desempleado y se dedicó a nuevamente al trabajo rural, en las quintas. Vive en Puente de Fierro “desde que nació el barrio”. Se enteró que “Antonio empezó a marcar los terrenos y le daba a la gente que más necesitaba. Yo trabajaba en la quinta y me vine para acá, lo vi a él, después lo conocí, nos hicimos amigos y él me dice “marcate algo y quedate a trabajar con nosotros”. Así Daniel consiguió un terreno donde construir su casa y comenzó a trabajar con Antonio, ayudándolo a organizar los lotes.

El asentamiento se emplazó en tierras fiscales, que pertenecían al abandonado ferrocarril. Ninguno de los pobladores tiene título de propiedad. Daniel me cuenta que cuando comenzaron a marcar los terrenos “se dijo que se puede construir dejando 4

metros a cada lado de la vía”, la cual pasaría por donde hay un canalcito construido por los pobladores bastante alejado del asentamiento original: “nosotros, más o menos pensando en eso, lo hicimos lo más lejos posible”, dice sonriente. En cuanto a los terrenos señala que “no son todos iguales. Por ejemplo todo lo que es la cuadra de 85 y 86 son terrenos enteros de 40 metros de fondo y 10 metros de ancho. Y después, en 86 y 87 ya tienen pasillo. Ahí los terrenos son más chicos, son de 10 metros de ancho y 20 metros de fondo y con un pasillo al lado para el fondo, donde los terrenos tienen también 10 de ancho y 20 de fondo. Y después se va haciendo así hasta 88 y 89”. También señala que “como siempre pasa, en los barrios cuando son nuevos, algunos llegan por necesidad, algunos llegan por hacer negocios y bueno, llegan, hacen la casita, la venden y después se van a otro barrio”.

Entre los que compraron terrenos se encuentran las familias de Mónica y Azucena. Mónica tiene 31 años y es procedente del Chaco. Llegó a la ciudad con 16 años en busca de trabajo. Al poco tiempo conoció a Juan, su marido de 39 años, con quien tienen dos hijos. Ambos trabajan en las quintas y vivieron ocho años en la localidad de Arana. Después decidieron “comprar el terrenito que tenemos ahora, porque la señora nos vendía la casilla, porque el terreno no se vende y nos vendió la casilla. Y ahí lo teníamos parado como 3 años hasta que hicimos una pieza y nos vinimos a vivir acá”, hace cinco años. Actualmente Mónica coordina junto con Daniel el comedor, en el cual realiza la contraprestación de su *plan* Azucena, oriunda de la provincia de Jujuy y quien desde los 9 años vive en La Plata. “Nosotros vivíamos en la quinta con mi mamá, el marido de mi mamá, no teníamos casa propia. Cuando nos enteramos que estaban dando este lote, se enteró mi mamá, compró un lote y cuando el patrón dijo que no íbamos a trabajar más en la quinta nos vinimos para acá”. En relación a la adquisición del terreno señala que les ocurrió “lo que siempre pasa en todas partes, hay algunos vivos que tienen casa que lo primero que hacen, agarran dos o tres terrenos, levantan un techito, una casa de chapa y los venden. Lo mismo pasó con las vías, vinieron dos o tres que hicieron la casa de chapa y lo venden. Siempre pasa lo mismo, el que realmente lo necesita no llega a tiempo y el que no lo necesita se aviva de esas cosas”. Hace 12 años que Azucena vive en el barrio. Cuando la conocí hacía tres meses que se había mudado con su pareja y sus dos hijitas a una pequeña casa de material que construyeron delante de la casilla de su madre.

Daniel cuenta que el asentamiento inicial iba de las calles 85 a 87 y de 27 a 29 y que luego, con el correr de los años, “creció un montón, hasta 88, después 89 tiene un poquito menos, y así sucesivamente hasta la vía”, el barrio “se abre hasta 25 y se va abriendo hasta 90. Es grandísimo”. Entre las razones señala que “había una migración de

gente impresionante, por eso creció el barrio en poco tiempo”, donde hoy “hay mucha gente paraguaya, misionera, chaqueña, mucha gente chaqueña, gente boliviana, también hay gente de acá de La Plata, que vienen de otros lugares, pero la mayoría es gente de afuera”.

No solo se extendió sino que, fundamentalmente la zona de ocupación inicial, progresó. Rosa señala que “pusimos el agua con los caños que conseguíamos, el zanjeo lo hicieron un par de hombres y nosotros que molestábamos, cebábamos mate, estábamos ahí pero digamos, nunca agarré una pala, si te digo que la agarré te miento. Después organizamos la primera vereda, después empezó a venir el basurero, dos veces por semana el camión para tirar la basura y después hicimos jornadas de plantar arbolitos. De a poco fuimos pidiendo que nos arreglen las calles, nos hicieron un mejorado y el 275 empezó a entrar. Venía todo por la 86, daba vuelta ahí, se volvía a ir, porque era la única calle transitable. Ese fue el primer colectivo que tuvimos acá.⁶⁸ Después, en la campaña de Duhalde- Palito Ortega [año 1999], como iban a venir a visitarnos nos asfaltaron la calle 86 de 22 a 27”.

Azucena coincide con la percepción de Rosa y enumera las mejoras “hay mucha gente que hizo su casa de materiales, se hizo el asfalto, las veredas, hay más comedores, porque antes había uno o dos, ahora hay varios. Después que limpian las calles, pasan limpiando las veredas. Habían puesto un alumbrado, uno en cada esquina, pero no sé si los chicos o qué pero rompieron los focos...Pasa el micro, acá a una cuadra y media pasa el micro desde hace 2 años recién. Yo cuando empezaba a ir a la escuela me costaba un montón porque tenía que caminar hasta el cementerio, irme hasta allá, iba con botas, mi mamá me acompañaba, iba ella hasta allá me daba las zapatillas y se venía ella”.

Desde a perspectiva de Rosa entre las razones para adquirir progresivas mejoras se encuentran tanto Antonio como la organización de los vecinos. Si bien Rosa reconoce que “Antonio era un puntero alakista⁶⁹, con el apoyo del intendente, y muchas cosas se

⁶⁸ La terminal de la línea urbana 275 se encuentra ubicada en la intersección de las calles 22 y 86. Cuando la mayor parte del barrio carecía de asfalto, una de las pocas calles asfaltadas era la 22 hasta 86. Por esto aún hoy la mayoría de los comercios de Altos de San Lorenzo se ubican a lo largo de la calle 22, entre 72 y 80, constituyendo “el centro” del barrio.

⁶⁹ Julio Alak fue el intendente de la ciudad de La Plata por el Partido Justicialista (PJ) durante 16 años, desde 1991 hasta 2007, ganando cuatro elecciones municipales consecutivas. Bajo su gestión en el poder ejecutivo local se emprendieron diversas políticas de ordenamiento territorial así como se delinearón planes estratégicos para el desarrollo local. Centralmente hay que señalar dos políticas solo aparentemente antagónicas. Por un lado, un conjunto de políticas orientadas a “re-centrar” el casco fundacional por medio de grandes obras de embellecimiento y administración del espacio urbano central, entre las que se encuentran la revalorización de la traza, el mantenimiento de los edificios fundacionales, la ordenanza de ruido visual y un nuevo código de regulación del uso del espacio público, todas medidas solidarias con el objetivo de que el trazado fundacional de la ciudad sea declarado por la UNESCO Patrimonio Cultural de la Humanidad. Por el otro, una

lograron porque él tenía una pata en la Municipalidad” sostiene que “también se lograron por la participación de la gente, que es muy importante”. En las primeras épocas “Antonio⁷⁰ armó el comedor y le puso el nombre de su hermana, en honor a su hermana desaparecida, fue lo primero y lo que nucleó a los vecinos. O sea en principio ahí era de todo, unidad básica, porque a medida que los vecinos iban llegando les exigían que hagan el cambio de domicilio y que empiecen a participar, los afiliaban al PJ”. Pero sumado a esto el barrio mejoró por la paulatina organización y movilización de los vecinos, “porque nos costó mucho conseguirlo, porque fueron reuniones, notas de pedidos, bochinche, quilombo, movilizaciones, realmente las mejoras en este barrio a nosotros nos costaron. Los políticos invirtieron porque nosotros les dábamos votos pero también porque éramos aguerridos, siempre fuimos un grupo organizado, cuando hay una comunidad organizada los políticos se ponen las pilas. Y acá en el barrio aunque no lo crean somos una comunidad organizada, más allá que ahora estamos tranquilos porque ya, comparado como cuando empezamos, ahora abris la canilla y tenés agua, apretás un botoncito y tenés luz, no es como antes que había que ir a lavar a lo de Lita o a lo de la vecina de Antonio. Ahora es otra cosa, ahora ya es otra cosa, tenés asfalto, antes no entraba la ambulancia, no entraba la policía. ¡No podía entrar porque cada pozo le rompía el auto!”.

La canchita

Aledaño a este primer asentamiento, en el espacio delimitado por lo que correspondería a la intersección de las calles 88, 89, 27 y 26, actualmente pequeños caminos de tierra, se encuentra *la canchita*. Se trata de un gran espacio abierto, de aproximadamente 100 metros de largo por 20 de ancho, rodeado de gran cantidad de casas pequeñas, la mayoría construidas con paredes de madera y techos chapa, las menos de material, entre las que se encuentra una pequeña construcción donde funciona el *templo evangélico*, que en términos arquitectónicos no se diferencia del resto. Aunque no exista ningún hiato o discontinuidad, de hecho la sensación que se tiene es la de no haber

política de “descentralización” y ordenamiento de la periferia urbana a través de la creación de 18 Delegaciones Municipales en las que fue dividido el territorio del partido que no correspondía al casco fundacional y el desarrollo e implementación de políticas de infraestructura básica en base a las demandas y carencias locales específicas.

⁷⁰ Antonio es uno de los referentes históricos y de más peso del justicialismo en el barrio. Todos los relatos señalan que él tuvo un rol central en el establecimiento de asentamientos como el de Puente de Fierro, los cuales se iniciaron y crecieron alrededor de sus comedores. Progresivamente las relaciones de Antonio con otros referentes como Rosa se volvieron tensas, cuando no en un abierto enfrentamiento y Antonio dejó de tener relevancia en Puente de Fierro, centrando su accionar en otros comedores cercanos. Varias veces intenté hablar con él, para conocer su perspectiva. Sin embargo, al contarle que estaba realizando un trabajo en Puente de Fierro nunca accedió a una entrevista.

cambiado de barrio, muchos se refieren a esta zona como *el barrio de los chaqueños*, diferenciándolo así de Puente de Fierro. Rosa cuenta sus orígenes: “El asentamiento donde está la canchita se arma en el 2001. Muchos chaqueños que vienen, incluso uno de ellos que se destacaba mucho, lástima que como todos, cuando le daba al vino se perdía, se zarpaba, se mandaba macanas. Bueno, él lo que hizo fue hacer arar toda esa zona y alisar, esa zona nunca estuvo así. Estaba como estaría ahora más o menos si vos te vas a la misma zona allá en 90 y 24 o 25, así estaba. Él lo que hizo fue pagar una máquina, le hicieron alisar todo. Mucho trabajo hicieron ellos, lo pagaban ellos, cuidaban autos en el centro y empezaron a hacer ahí el campeonato de fútbol. Había varias canchitas. Cuando ellos fueron trayendo su gente, sus amigos, sus vecinos, sus conocidos fueron empezando a usar las canchas para casas. Y después se mandaron una macana grandota, vino la policía, mataron a uno, mataron a otros dos, ¡un despelote! El chaqueño se fue al Chaco en un cajón y los demás presos. Cuando él se va, también se va mucha gente, sobre todo se va la gente más jodida porque la policía empezó a intervenir, empezó a entrar, y digamos, hubo un buen tiempo mucha tranquilidad en el barrio. Ahí empezaron a entrar los paraguayos, los misioneros, gente que antes era medio imposible porque los chaqueños eran como un clan, entonces empezó a entrar más gente. Mucha gente después volvió, muchos chaqueños que se habían ido, sólo que cuando volvieron ya no tenían terrenos, ellos antes vivían en 88, 89, en esa cuadra, pero cuando volvieron, los que habían vendido para irse, se instalaron en la zona de la 90 para atrás o sea, la última calle, porque ya no había espacio, ya lo otro se fue cubriendo”. Así, como ocurre también en Puente de Fierro, hacia la calle noventa la ocupación es más tardía. Se trata de un terreno irregular, donde desde hace mucho tiempo funciona un basural y está atravesado por un gran terraplén construido para sostener el puente.

Zulema y Ramona son dos mujeres cercanas a los 60 años procedentes del Chaco que viven en el asentamiento de la canchita, desde sus inicios. Las historias de vida de ambas son similares; de hecho, se conocen de su pasado común en el Chaco, donde trabajaron desde la infancia en la cosecha del algodón, y son vecinas en el barrio, siendo ambas el centro de sus respectivas familias y activas participantes en el templo evangélico. Zulema vive al lado del templo y todas las casas que rodean la suya son de sus familiares llegados del Chaco. Cuenta que migró a La Plata porque “no quería que mis hijos trabajen en el campos ni que vayan a lavar ropa ajena o a limpiar pisos como yo lo hacía” y “quería que ellos aprendan a leer y a escribir”. Llegó a La Plata de visita, por el casamiento de una de sus hijas, la Negra. Cuenta que cuando llega “justo era *tiempo de política* y nosotros veíamos que una señora le daba mercadería a la Negra y ahí la señora me empezó a hablar,

me dijo si yo no quería trabajar más en el campo, que acá había más posibilidad para las nenas para estudiar, que podía trabajar en una fábrica. La señora me dijo que ganaba pero no ganó y cuando no ganó desapareció. Nosotros vinimos por eso, porque ella me dijo que me iba a ayudar a buscar un trabajo, que íbamos a trabajar en una fábrica de galletitas, yo y las nenas más grandes. Trabajaríamos en una fábrica de galletitas y los chicos iban a poder estudiar e iban a poder llegar a ser alguien cuando fueran grandes”. Las promesas no se cumplieron, pero Zulema se quedó y vive de un plan del gobierno y de un subsidio por la cantidad de hijos.

Muy cerca vive Ramona, quien siempre cuenta, orgullosa, que tiene 7 hijos, 20 nietos y 5 bisnietos, además de recordar, dolorida, a cada uno de sus 7 hijos fallecidos. Ella y su marido trabajaban para los colonos en el algodón y también en la producción de ladrillos. Al quebrar los colonos se quedaron sin trabajo y migraron. Llegaron al barrio por su hijo mayor, quien estaba con su mujer desde un tiempo antes. Tiene un terrenito en la 90, sobre el terraplén y vive con toda su familia. Me dice que no tiene ni luz, ni asfalto y se queja porque “por las noches se escuchan tiros, está todo oscuro y lleno de criaturas y cuando llueve se inunda”.

Como decíamos, las construcciones se vuelven más precarias a medida que comienzan a situarse sobre el terraplén del puente. En ese espacio también vive Claudia, una chica joven, morocha, de 27 años, aunque el prominente vientre y la dentadura sugieran más edad. Vive junto a su actual pareja y sus cinco hijos en una precaria casilla de madera, ubicada sobre la ladera del terraplén. Su casa está rodeada de otras casillas similares, las que dan a la parte de atrás de la canchita, en la última zona del barrio que se pobló. “Nunca tuve nada propio –me cuenta- esto es mi primer lugar propio y hace 5 años que tengo esta casita que es una masa y de a poco voy aumentando, con la ayuda de mucha gente, me dejé ayudar y hoy por hoy tengo algo bueno”. Claudia vive de un plan y de cirujear junto con sus hijos, especialmente el mayor, Jony, de seis años.

También viven frente a la canchita María (oriunda de Brasil) y Carlos (oriundo de Misiones), con sus hijos. Llegaron al barrio hace seis años y son personas reconocidas en el lugar. En su casa María supo tener comedor y copa de leche y organiza múltiples eventos, como la celebración cada año del día del niño. Carlos es un personaje controvertido y singular: luchador de artes marciales, estuvo preso un año por lastimar a otra persona en una pelea callejera y es un fanático de las riñas de gallo. Suele contar que cuando llegó el barrio “estaba lleno de mafiosos y delincuentes en cada esquina” y que él se encargó de que se fueran y de que los que aún están no molesten. Además, desde hace dos años está “asociado” a un conocido empresario de la construcción local, quien

habitualmente realiza donaciones para las actividades que María y Carlos organizan en el barrio. Tienen una “empresa de albañilería”. El empresario pone el dinero y Carlos es “el capataz”, se encarga de organizar los trabajos y juntar y dirigir a los trabajadores. “Todos los albañiles son del barrio –dice-. Los conozco a todos, hasta en las mañas”, señala. “Lo importante –me dice- es que me llevo bien con mi barrio y nadie puede decir nada contra mí”. Ni los mafiosos, a los que en su relato expulsó o controló, ni los vecinos, a quienes da trabajo e incluso casa, pues si bien él había desmotado el terraplén y construido una huerta, cuando hace un año o dos fue llegando gente nueva él las “colocó” en el terraplén, desapareciendo así la huerta. La mayoría de estos nuevos residentes “son paraguayos y bolitas. Ojo, gente buena, laburantes”, algunos de los cuales trabajan con él. También aclara: “gente que necesitaba un terreno, no los que lo piden y después lo venden”.

La 90

El asentamiento de la canchita se extiende hasta la altura de lo que correspondería a la avenida 25, la cual solo está trazada hasta 86. Desde 25 hasta 22 hay un gran vacío, un espacio irregular e intransitable. Del otro lado de dicho terreno se encuentra el barrio conocido como “*la 90*”, el cual consiste en un conjunto de casas y casillas ubicadas sobre la calle 90, entre las calles 19 y 22. Precisamente en dicha intersección se encuentra el comedor de Ester, una mujer de 36 años, procedente de Villazón, Bolivia. Llegó al barrio hace 12 años junto con Javier, su marido, procedente de La Quiaca, a quien conoció “en la frontera” y con quien tiene dos hijas. Cuando Ester tenía 16 años su padre falleció y su vida y la de su familia cambió drásticamente. Comenzó a trabajar en distintas actividades y una vez finalizada la escuela inició un largo periplo junto a Javier por distintos lugares del país que incluyó las provincias de Jujuy, Salta, Mendoza, Tucumán, Córdoba y Santiago del Estero, hasta su arribo y afincamiento en La Plata, aunque sus deseos sean siempre los de regresar a la frontera. Sobre los primeros tiempos en la ciudad relata que “llegamos a esos asentamientos que había en el mercado, en Tolosa, creo que ahora los sacaron. Nosotros llegamos ahí por un conocido y estuvimos casi un mes, durmiendo en la camioneta. Nos prestaban para cocinar, pero nosotros no queríamos molestar, dormíamos con mi marido y mis hijas en la camioneta, en la parte de atrás de esa camioneta. Dormíamos ahí atrás nosotros y mi cuñado dormía en la cabina, estábamos con mi cuñado. Eso durante un mes”. Después calcularon y les convenía ir a vivir al centro, “entonces ahí estuvimos viviendo un par de meses, tres meses creo. Y de ahí nos vinimos acá” porque “conocí una chica que vivía ahí que es paraguaya. La chica me dice “porqué no te hacés algo acá al lado, si esto no es de nadie, es fiscal”, me dijo. Porque viste que allá

no existe eso, no existe el terreno fiscal, ni en la Quiaca ¿eh? Ni en la Quiaca, que es Argentina. No existe, viste hay campos y todo, pero tenés que pagar. Porque es supuestamente del Estado y tenés que pagar, no te dejan asentarte por ningún lado”. Una vez instalados llegaron su suegra (la madre de Javier) y sus cuñados (los hermanos de Javier) con sus familias, instalándose también en el barrio. Ester es una figura muy conocida en el barrio. No solo tiene el comedor, lugar en el cual también se realizan talleres, capacitaciones, cursos y eventos como el día del niño, sino además una larga historia de militancia junto a su marido. De hecho, fue una de las primeras en participar en el movimiento de desocupados del barrio, por medio del cual obtuvieron planes para gran cantidad de personas y actualmente se desempeña como visitadora de salud en el barrio.

La Esperanza

Por último, el asentamiento más reciente de la zona corresponde a lo que algunos denominan “*La Esperanza*” y la mayoría llama “*el barrio de los peruanos*”, el cual se encuentra localizado en una gran cava que ocupa el espacio delimitado por las calles 19, 15, 81 y 90. Su ocupación comenzó hace cinco años, asentándose los primeros en llegar sobre los bordes más elevados de la cava y descendiendo y alejándose progresivamente hacia 90 los de residencia más reciente; solo el centro del gran terreno (que correspondería aproximadamente al espacio delimitado por las calles 17 y 18, de gran profundidad) está desocupado. Del conjunto de los asentamientos trabajados es el que presenta en términos generales peores condiciones de infraestructura y servicios y una menor densidad de organizaciones sociales. Solo recientemente han conseguido algunas bocas de agua (canillas comunitarias) y que la municipalidad abra algunas calles y coloque iluminación pública. Con la excepción de las cavas el asentamiento es plano, de tierra seca y sin árboles. La mayoría de las viviendas son pequeñas casillas de madera, entre las que se vislumbran casas de material, algunas de dos pisos, en proceso de construcción. Se calcula que actualmente viven ahí 6000 personas.

El asentamiento comienza en la intersección de la calle 81, asfaltada, con la avenida 19, asfaltada, de doble mano, la que se interrumpe al encontrarse con 81 y continúa luego hasta 90 como una angosta calle de asfalto precario. En el asentamiento se ven alambrados que delimitan los lotes y pequeñas casillas de madera dentro de cada uno de ellos. Uno de esos lotes es el de Aurora, una mujer adulta de 56 años, con la piel curtida, procedente de Misiones. Su vivienda, ubicada en 81 entre 16 y 17, en el frente del asentamiento, consiste en dos casillas de madera, comunicadas por una galería al aire libre,

con piso de tierra, al igual que en el interior. Cocina a leña, que busca “por ahí”, pues carece de gas, como todo el asentamiento. Aurora llegó a La Plata hace tres años, junto con tres de sus hijas y sus maridos. Su hijo mayor vive en la ciudad desde hace 12 años y fue él quien “le preguntó a un señor que estaba en el barrio que hacía poco que se había ido y le dijeron que acá había un terreno”, donde inicialmente se instalaron Aurora y toda su familia. Con el tiempo las hijas, sus maridos y nietos consiguieron terrenos y construyeron sus propias viviendas en el asentamiento.

Cerca de 19 vive Víctor con su mujer, sus hijos y sus padres. Víctor tiene 42 años y desde hace 24 años vive en Argentina, a donde llegó desde Perú con miras a realizar estudios universitarios. Actualmente se dedica a la construcción y desde hace tres años consiguió un terreno en el asentamiento y comenzaron a construir dos casas -una para él, su mujer e hijos; otra para sus padres, que migraron hacia la Argentina en los años 90- a las que se mudaron hace un año. Cuenta que consiguió el terreno porque “me lo comentó un compañero de trabajo, obviamente en ese momento yo no tenía la más mínima intención de venir y meterme en un terreno, aparte, qué sé yo, es como que tenía un poco de temor, o algo así, entonces yo lo que hice fue comprar a alguien que estaba. Compré un terreno a alguien que ya estaba y así los vecinos sabían que yo era el nuevo dueño digamos, entonces, dueño entre comillas ¿no?”.

Hacia el interior del asentamiento, en la calle 16 entre 86 y 87 vive Coco, un correntino de 40 años, que tiene uno de los pocos comedores del lugar. Coco es un puntero político del PJ local y cuando lo conocí el comedor (donde viven él, su mujer y sus hijos) estaba recién construido. De hecho, Coco no hace más de dos años que vive en el asentamiento, haciendo de nexo entre el barrio y el gobierno. Los terrenos en los cuales se encuentra este asentamiento son propiedad privada de un actual funcionario del gobierno provincial. Coco cuenta que ya han tenido varias reuniones. “La gente quiere pagar sus terrenos, en cuotas, pero no un disparate. Ahora están pidiendo 70000 pesos por lote. Se olvidan que muchas mejoras fueron realizadas por los vecinos y que no tendrían que incluir en el precio”. De todos modos, señala que este es el momento para arreglar, ya que el propietario es funcionario y al parecer debe mucho de impuestos. “Si tenés todo en orden –dice- no podés ocupar un terreno, no es tan fácil”. Señala que “la lucha es el único medio para conseguir algo”, sostiene y ejemplifica: “imaginate, yo soy oficialista y si no hacemos quilombo no nos dan nada. Vos podés hacer todo bien, cartas, notas, todo (tengo una caja llena), pero si no luchás y molestás, no conseguís nada”. Las mejoras recientes son producto de la lucha: la luz en algunas calles, la mejora de las calles, las cuales hasta que no pasaron la máquina eran calles vírgenes, producto de que la gente y

los autos pasaran de vez en cuando, el agua. Ahora buscan pedir el calcáreo para las calles. Sin embargo, cuenta Coco que todas estas mejoras no evitan los conflictos entre los vecinos, por el agua, por los terrenos, por lo que sea. Según dice muchos quieren expulsar del asentamiento a los de “la favela”, término que se usa para nombrar a quienes residen en la cava- y él dice “loco, todos tenemos derecho, todos buscamos un pedazo de tierra para poder vivir y poner nuestras cosas. O nos olvidamos que nosotros llegamos igual”. Admite, a la vez, que “todos los días viene gente pidiendo, pero no alcanza para todos” y que cada día la gente ocupa nuevos terrenos, en la cava y en la 90.

6- Habitar la periferia: una experiencia común (no compartida)

De los relatos de los residentes sobre los inicios se desprende una cuestión central: el habitar la periferia como *una experiencia común para sus residentes*, aunque *no necesariamente una experiencia compartida entre ellos*. Queremos decir con esto que en los diversos relatos acerca del establecimiento en el lugar es posible identificar un conjunto de expectativas, problemas y prácticas comunes, vinculadas a lo que implica arribar, afincarse y vivir en la periferia. Simultáneamente, esta experiencia común, narrada de modos similares, no se traduce necesariamente en una experiencia compartida entre los distintos residentes, entendiendo por compartir la experiencia el hecho de encontrar en la misma un punto de articulación entre residentes que llegaron en distintos momentos y con condiciones socioeconómicas desiguales, fundamentalmente en lo que respecta a la situación legal con la tierra en la que se asentaron (propietarios primero, ocupantes ilegales después) y a la inserción en el mercado de trabajo (mayormente asalariados primero, trabajadores informales y/o beneficiarios de planes sociales de empleo después).

¿Cómo entender las dificultades –si no la imposibilidad- de compartir una experiencia común? Las condiciones objetivas y el tiempo, seguramente, son una respuesta más que suficiente. Se trata de oleadas sucesivas de familias que llegaron con expectativas similares (un lugar para asentarse, la casa propia en el mejor de los casos) y se enfrentaron a problemas similares relacionados con la vivienda, los servicios, la infraestructura, el transporte, pero hicieron esto en momentos distintos y en condiciones objetivas bien diferentes en lo que respecta a la tierra y a la inserción en el mercado de trabajo. En definitiva, esquematizando la cuestión, migraron y se establecieron en la ciudad en dos momentos bien distintos de la historia del país. Si esto es así (y creo que en

líneas generales lo es) ¿cómo entender la experiencia común? ¿Y qué es lo común de esa “experiencia común”? ¿De qué nos habla? ⁷¹

Analizando la literatura inglesa de los últimos cuatro siglos, Raymond Williams se encontró ante un problema similar que condensó en la paradoja de reconocer *la persistencia* de las significaciones y los sentimientos contrapuestos asociados a las imágenes del campo y la ciudad, por un lado, y *la variabilidad* física y social de los campos y las ciudades existentes a lo largo de la historia inglesa, por el otro. Señaló que tal persistencia nos puede llevar a “caer en la tentación de reducir la variedad histórica de las formas de interpretación a lo que, sin mucho rigor, se llaman símbolos y arquetipos”, reducción habitual “cuando comprobamos que ciertas formas, imágenes e ideas importantes persisten a través de periodos de grandes cambios”. Desde luego, la solución no puede ser nunca –sostuvo– la abolición u olvido de uno de los términos (la persistencia o la variación), sino que el desafío consiste precisamente en *comprender la persistencia en el marco de la variación histórica*, ya que así es posible identificar diferencias a la vez que la “persistencia indica alguna necesidad permanente” (2001: 357).

Como decíamos, en nuestro caso de los relatos se desprenden las distintas situaciones (históricas, económicas y políticas) en las que se produjeron las sucesivas oleadas de ocupación de la zona de la periferia estudiada a la vez que la persistencia de un conjunto de problemas, expectativas y prácticas comunes vinculadas a lo que implica establecerse y vivir en la periferia, lo que siguiendo a Williams nos habla de una experiencia común al hacer frente a una necesidad que permanece a pesar del paso del tiempo. Creemos que es esa ecuación entre persistencia y variación donde se encuentra la llave para permitirnos comprender la aparente contradicción entre lo común de una experiencia y la dificultad para compartirla.

Los trazos de esa “experiencia común” son tópicos relativos a la migración hacia la ciudad; el sueño de un lugar propio; las múltiples dificultades a las que tuvieron (y muchos aún tienen) que enfrentar relativas a la ausencia de infraestructura, los servicios deficientes, las largas distancias a cubrir para acceder al trabajo, la salud y la educación; la

⁷¹ En efecto, conocemos una gran cantidad de relatos similares de personas de los sectores populares acerca de los procesos de ocupación de la tierra y la urbanización: la llegada de los servicios (asfalto, luz, gas, transporte), el establecimiento de instituciones (la escuela, la salita), la cualificación del espacio público (iluminación, plazas, espacios comunes). Estas narrativas no se limitan a los sectores populares de la Argentina (Auyero, 2001b), sino que procesos similares han sido descriptos en los sectores populares urbanos de países como Brasil (Caldeira, 1984; Kowarick, 1993; Durham, 2000) y México (Lindón, 2005), por referenciar tan sólo a aquellos países de la región donde existen más investigaciones. Lo que buscamos en este apartado es, a partir –y más allá– de tales relatos y descripciones, caracterizar la experiencia común que tales procesos suponen.

historia como un paulatino progreso en el acceso a dichos bienes y servicios; etc. Ahora bien, quizás lo que torna común a estas experiencias desarrolladas en, como se dijo, momentos y condiciones diferentes, lo que esas narrativas bastante similares expresan, es precisamente lo que distingue (casi diríamos, opone) a la vida en la periferia de la vida en la ciudad, es decir, la distancia que para los actores sociales existe entre lo histórica y socialmente establecido y esperado sobre la vida urbana y lo que han tenido (y tienen) que enfrentar cotidianamente viviendo en la periferia.

La experiencia del espacio se nutre tanto del “aquí y ahora” como de múltiples escalas en relación con las cuales el “aquí y ahora” adquieren sentido. Alicia Lindón ha señalado que la territorialidad es multiescalar y resulta de “la espacialidad de un actor en un espacio dado en un momento (el aquí), pero también se conforma a través de un juego de espejos múltiples en los cuales el sujeto contrasta el lugar en el que está ahora (el aquí) con otros lugares vividos anteriormente e incluso, imaginados. Esos otros lugares –vividos e imaginados- son referencias indirectas a otras escalas espaciales, pero se entrelazan en la conformación del sentido que se le atribuye al lugar presente” (2006: 17). De esta manera, en nuestro caso, un conjunto de bienes y servicios sociales naturalizados en la ciudad pasan a ser en la periferia un problema cotidiano y por esto su ausencia y la lucha por obtenerlos o suplirlos forman parte relevante de las distintas narrativas de la vida en la periferia. Así, lo común es la experiencia de un conjunto de problemas y prácticas que emergen de la distancia entre las expectativas socialmente construidas acerca de lo que es la vida en la ciudad y lo que efectivamente se tiene en la periferia; experiencia que, está casi de más decirlo, es singular y específica de la periferia y, por lo mismo, totalmente invisible al resto de los habitantes de la ciudad, quienes acceden *naturalmente* a los bienes y servicios urbanos ausentes o insuficientes en la periferia.

En definitiva, lo común es, parafraseando a Williams, la experiencia de hacer frente a la persistencia de una necesidad permanente y de aprehender o incorporar el lugar (espacial y social) desde el que se vive y se relaciona con la ciudad. Como señaló Caldeira “enfrentar esos problemas y esas condiciones se constituye en una experiencia que es común a los que moran en barrios de la periferia, o sea, que es conocida y vivenciada por todos, independientemente del hecho que puedan ocupar diferentes posiciones en relación a otros sectores de la sociedad”. Compartir esa misma manera de vivir en la ciudad significa “tener una serie de referencias comunes a partir de las cuales se elabora un visión de esa ciudad y de la sociedad que ella abarca” (1984: 72). Sin embargo, esto no quiere decir, como claramente advertía Caldeira, que las representaciones de los habitantes de la periferia sean las mismas ni que sean informadas exclusivamente por su vivencia de

lo urbano, pero sí que “tendrán en la referencia a esa experiencia común uno de sus puntos de articulación” (1984: 72). De hecho lo que vemos es que la conjunción de tiempos y condiciones diferentes generalmente impiden u obstaculizan compartir una experiencia común.

7- Epílogo. Experiencias comunes, temporalidades diferenciales y límites barriales

“El barro hace suburbio porque las materias primitivas siempre vuelven a surgir: lo reprimido de la tierra penetra y rompe el asfalto, el polvo se convierte en la cobertura de las casas. El suburbio es el lugar donde lo urbano no se estabiliza, el límite interior jaqueado siempre por lo no urbano, que no es campo, sino roña, deterioro, envilecimiento”

Beatriz Sarlo, La ciudad vista

Después de este recorrido podemos decir que el barro condensa, en su oposición con el asfalto, la distancia que existe entre la periferia y la ciudad. A la vez, es necesario señalar que ese límite interno no se reduce –como parece desprenderse de la cita de Sarlo– a carencias infraestructurales, por dos razones que veremos en detalle en los capítulos siguientes: por un lado, porque en general el límite entre ciudad y periferia persiste a pesar de que la segunda adquiera, al menos en algunas de sus zonas, infraestructura urbana similar a la primera; por el otro, porque los límites relevantes para los actores sociales no son únicamente relativos a la infraestructura.

Antes de finalizar este capítulo queremos señalar tres cuestiones fundamentales para entender la dinámica barrial y su vinculación con la ciudad que se desprenden de lo trabajado hasta el momento.

En primer lugar, una *experiencia común* vinculada con el habitar la periferia: la migración hacia la ciudad; la búsqueda de terrenos; los esfuerzos para construir un lugar propio donde vivir; la fragilidad legal de su situación; una existencia marcada por calles de tierra, poca iluminación, mal transporte, deficientes servicios, ausencia de seguridad; la lucha constante por mejorar el espacio en el que se vive; e incluso la percepción de que, en comparación con el punto de partida, la situación ha mejorado. Se mira y se vive la ciudad desde una posición social y espacial en la que se experimentan como parte de la vida cotidiana ciertas cuestiones singulares de ese espacio (y ajenas a otros habitantes de la ciudad), que tienen influencia en los modos de pensarse en relación a la ciudad.

En segundo lugar, la *temporalidad diferencial* en la ocupación del territorio. En efecto, en la configuración socio-espacial actual se observa una *fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida* que se expresa en un *degradé urbano* en el cual las condiciones

de vida desmejoran a medida que nos alejamos del límite del trazado fundacional de la ciudad, generando clivajes hacia el interior del espacio barrial y, en cierta medida, minimizando las posibilidades de articulación a partir de la experiencia común de habitar la periferia. Si bien la mayoría de distintos residentes del barrio atravesaron una experiencia similar de habitar el territorio, lo hicieron en momentos distintos, por lo que se ven recíprocamente como (y en términos sincrónicos son) grupos diferentes. Es necesario remarcar, además, que atravesaron la experiencia de habitar la periferia en *condiciones desiguales*, fundamentalmente en el caso de los residentes de los sectores 1 y 2 en lo que respecta a los terrenos que habitan, que divide a las zonas entre propietarios y usurpaciones. Pero la temporalidad diferencial no se limita a la diferencia entre ambos sectores. Hacia el interior del sector 2 es posible identificar la misma correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida y la tendencia a pensarse como grupos diferentes.

Por último, la zona está atravesada por *límites barriales*. El primer gran clivaje es entre los sectores 1 y 2, que remite como decíamos a la conjunción de temporalidades diferenciales y condiciones desiguales entre los residentes de ambos sectores. Pero la proliferación de los límites no se detiene ahí. Si bien es muy probable que un observador externo no aprecie diferencias relevantes en ese territorio delimitado aproximadamente por las calles 19, 31, 80 y 90, el tiempo de residencia, la situación legal de los terrenos que ocupan, la procedencia, la infraestructura de la que disponen y las tramas institucionales (comedores, organizaciones políticas, iglesias) en las que se encuentran insertos los distintos residentes son categorías relevantes en la interacción cotidiana. Estas cuestiones serán las que analizaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

La trama relacional de la periferia

“Un hombre es miembro de un grupo político de la clase que sea en virtud de su no pertenencia a otros grupos de la misma clase. Los ve como grupos y sus miembros lo ven a él como miembro de un grupo (...) Pero un hombre no se ve a sí mismo como un miembro de ese mismo grupo en la medida en que es un miembro de un segmento de él que es independiente y se opone a otros segmentos de él. Por eso un hombre puede ser miembro de un grupo y a la vez no ser miembro de él. Este es un principio fundamental de la estructura política nuer. Así, un hombre es miembro de su tribu en sus relaciones con otras tribus, pero no es miembro de su tribu en la relación de su segmento dentro de ella con otros segmentos del mismo tipo”.

E. E. Evans-Pritchard, Los Nuer

*“Más que un barrio, esto se parece a una confederación de tribus”
(Un militante del barrio, al referirse a las continuas disputas y diferencias dentro del barrio)*

1- Introducción: Altos de San Lorenzo ¿un barrio?

El Centro Comunal Altos de San Lorenzo es una unidad territorial administrativa con límites claros y precisos. A la vez, la misma tiene relevancia en la vida cotidiana de sus habitantes, pues la mayoría de las demandas de la población se canalizan a través de la delegación municipal así como también diversos tipos de políticas (educativas, sanitarias, sociales, de seguridad) se estructuran e implementan teniendo presente sus delimitaciones. Esta relevancia se evidencia, entre otras cosas, en la rápida aceptación de la denominación Altos de San Lorenzo - invención bastante reciente⁷² - como nombre del *barrio*.

En efecto, hasta inicios de la década de 1990, previamente a la implementación de las políticas de descentralización municipal, los pobladores se referían a su zona de residencia de modos diversos. Diego cuenta que cuando le preguntaban dónde vivía él decía “yo vivo en circunvalación”, debido a la cercanía de su casa con la estación abandonada del ferrocarril del mismo nombre, ubicada en 72 y 12, y sostiene que “la cuestión de la identidad en San Lorenzo se dio mas ahora que antes, porque antes San

⁷² Como ya señalamos, la zona se denomina Altos de San Lorenzo a partir de la ordenanza municipal N° 7888 por medio de la cual se creó el Centro Comunal, el 26 de marzo de 1992. La mayoría de los habitantes desconoce los orígenes del nombre y su profundidad temporal. La minoría alude a que si bien su uso se generalizó en los últimos años, la denominación ya existía y que se eligió ese nombre para el centro comunal precisamente porque se denominaba así con anterioridad (Gabriela) o porque antiguamente había un importante equipo de fútbol en la zona que llevaba ese nombre (Julio). En el escudo del centro comunal, en cambio, la elección del nombre se atribuye a que el día de su fundación es San Lorenzo en el calendario.

Lorenzo no se usaba mucho”. Su padre, Julio, coincide: “nosotros siempre pertenecemos a Villa Elvira, tendrá 18 o 20 años Altos de San Lorenzo, hará 18 o 20 años fue subdividido”. Gabriela relata una historia:

“cuando Alak llega al gobierno municipal lo primero que hace es la creación de los Centros Comunales, porque este no era un barrio que se llamaba Altos de San Lorenzo en un comienzo. Hace 40 o 50 años por ahí sí, pero después como que se fue perdiendo y se llamaba Villa Lenzi o Villa Elvira”.

De este modo, mientras hasta los años 90 proliferaban las denominaciones como Circunvalación (por la cercanía a una estación del ferrocarril), Villa Lenzi (debido a un antiguo club de la zona, fundado en 1961, ubicado en 22 y 76), Elizalde (otra estación de ferrocarril abandonada) o Villa Elvira (en referencia a la dueña de unos terrenos que luego fueron loteados), denominaciones todas que eran utilizadas por los residentes para denominar *su barrio* en función de la cercanía de esos u otros hitos respecto de sus hogares, *la política de descentralización municipal* funcionó a la vez como una efectiva política de *territorialización de la periferia*, es decir, de construcción de unidades territoriales con las cuales se vinculan las personas que residen en ellas. Es por esto que, más allá de las diferencias y clivajes internos, la totalidad de los residentes refieren a su zona como Altos de San Lorenzo en tanto por medio de las políticas de descentralización y territorialización de los años noventa se transformó en una categoría socio-espacial relevante para canalizar demandas y acceder a políticas sociales. Además de ocuparse de cuestiones administrativas cotidianas como cobranzas de tasas e impuestos municipales, gestionar distintos tipos de documentos e implementar políticas de vacunación, la Delegación Municipal Altos de San Lorenzo, ubicada en las calles 25 y 75, es el ámbito al cual los residentes del Centro Comunal deben dirigirse en caso de querer hacer llegar demandas, quejas y pedidos a la Municipalidad de La Plata. Ya se trate de demandar obras en infraestructura como asfalto, iluminación o cloacas; mejorar la calidad de los servicios urbanos como recolección de basura, electricidad y agua; o incrementar la seguridad en el barrio; la totalidad de éstas y otras demandas se canalizan a través de la delegación municipal. Al mismo tiempo, políticas sanitarias, educativas, securitarias y sociales se implementan replicando los límites de los centros comunales. Por todo esto, los centros comunales se convierten en *marcos de interlocución* (Grimson, 2003) relevantes para los habitantes y para las organizaciones comunitarias y políticas que actúan en el barrio.

De esta manera, simultáneamente a la política de “re-centramiento” del casco urbano trabajada en el primer capítulo de la tesis, la política municipal de los años 90 intervino descentralizando y ordenando la periferia, conformando *espacios públicos locales*. En efecto, como señaló Gorelik para la historia cultural de Buenos Aires, es necesario

distinguir *analíticamente* ⁷³ entre barrio y suburbio, entre barrio y vecindario, donde los últimos términos de cada oposición refieren a la expansión material y económica de la mancha urbana mientras el primero nos remite a la producción social y cultural de un territorio. Así, teniendo en cuenta esta distinción, para las primeras décadas del siglo pasado Gorelik identifica “la conversión “silenciosa” en el suburbio de manojos de vecindarios amorfos y semirrurales en el dispositivo cultural barrio, un espacio público de nuevo tipo y escala local” (1998:18). Desde esta perspectiva barrio no es, entonces, una entidad únicamente jurisdiccional, sino que se trata de un *dispositivo cultural* en cuya producción se ven involucrados múltiples actores e instituciones, cuyo resultado consistió para la historia de Buenos Aires en la reestructuración de “la identidad de los heterogéneos sectores populares en el suburbio” (1998: 273). Alejándose de esta manera del mito comunitario como sustento de la idea de barrio, el autor sostiene que se trató de un proceso histórico por medio del cual los vecindarios se transformaron en barrios por la aparición de un espacio público local constituido por diversas instituciones vecinales y barriales.⁷⁴ En definitiva, barrio como un “lugar político”, históricamente conformado (Frederic, 2004: 125).

Más allá de la cronología elaborada por Gorelik para los barrios de Buenos Aires, diversos autores (Auyero, 2001 a; Merklen, 2005; Grimson, 2005, 2009) han resaltado la persistencia, con flujos y reflujos, del barrio como “lugar político”, como dispositivo históricamente producido, a la vez que remarcaron las variaciones a lo largo del tiempo. Analizando específicamente la política municipal durante los años 90 de un partido del Gran Buenos Aires, Sabina Frederic (2009) sostuvo que por medio de la creación de unidades barriales a través de las cuales debían circular bienes y servicios del Municipio hacia el barrio, y las demandas de éste hacia aquel, se “tendía a recrear una nueva comunidad política de referencia denominada “el barrio” y un nuevo actor político denominado “vecino”” (pp. 253), “barrio” donde los “vecinos” establecen relaciones de *vecindad*, categoría esta última que “imagina individuos iguales, fundidos en una comunión que no tiene lugar para la desigualdad” (pp. 260). De manera similar describe Cravino

⁷³ Decimos -y remarcamos- la necesidad analítica de distinguir tales categorías, a la vez que señalamos que tal distinción –como se verá en este capítulo- carece de relevancia para los actores sociales, que utilizan barrio para referirse a realidades y situaciones diversas. Lo que aquí se presenta es un ejercicio de interpretación acerca de la lógica práctica implicada en tales usos por parte de los actores sociales.

⁷⁴ Los trabajos de Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez (1995) abordan algunas de estas transformaciones en las primeras décadas del siglo XX. En consonancia con los planteos de Gorelik sostiene Romero que durante los años 30 “las experiencias de la sociabilidad barrial fueron originales y tanto o más significativas que las de la vida laboral (2007: 14; citado por Grimson, 2009: 12).

(2008) las políticas de los últimos tiempos: apelación a la idea de comunidad que proyecta una imagen homogénea y armónica del espacio barrial a la vez que recorta dicho espacio del resto de la sociedad.

La política municipal de creación de Centros Comunales en la ciudad de La Plata retiene lo central de estos trazos. En primer lugar, la búsqueda de transformación de los suburbios y vecindarios periféricos productos de la lenta y continua expansión de las últimas décadas –proceso que se condensa en los relatos trabajados en el capítulo anterior– en barrios, en espacios públicos locales y marcos de interlocución entre el gobierno municipal, las diversas organizaciones e instituciones barriales y sus residentes⁷⁵ a través de un conjunto de intervenciones, instituciones y políticas como la conformación de Centros Comunales con límites precisos, el establecimiento del Delegaciones Municipales por cada centro, las elecciones periódicas de delegados municipales, las políticas de Presupuesto Participativo, la consolidación de Mesas Barriales, las celebraciones de los aniversarios de cada centro y la elaboración de historias locales, entre otras.⁷⁶ En segundo lugar, se observa el peso en la construcción de esos espacios locales de ideas directivas que los imagina como comunidades básicamente homogéneas, por un lado, y específicas y singulares, por otro, donde las acciones de sus residentes y organizaciones coinciden con los límites de tales unidades territoriales.

Simultáneamente, más allá de los efectos producidos por estas políticas en el espacio local (entre ellos, como señalamos, la misma constitución del Centro Comunal como espacio público local y marco de interlocución relevante), sabemos que al interior del espacio local generalmente no existe coincidencia entre los límites fijos de las unidades administrativas y políticas y aquellas delimitaciones realizadas por los actores sociales. Barrio es considerada aquí “una *categoría social referida al espacio*, no una categoría meramente administrativa” (Grimson, 2009: 12). Mientras los catastros tienen límites claros y estables, las fronteras de los barrios pueden ser claras o difusas, fijas o cambiantes, pueden generar consensos o disensos. La escala espacial a la que la categoría barrio hace referencia tampoco es única y con el término se suele aludir desde localidades enteras hasta

⁷⁵ Vale señalar que la política municipal no actúa sobre una materia inerte sino que, como mostramos en el capítulo anterior, en lo que hoy es Altos de San Lorenzo preexistían experiencias ricas, múltiples y diversas de organización social y de resolución de problemas urbanos que luego son reestructuradas por la política municipal. Como buscaremos mostrar en el presente capítulo, son precisamente esas experiencias previas sedimentadas las que explican en gran medida la dinámica actual en el espacio local.

⁷⁶ No todos los Centros Comunales presentan idéntica historicidad. Los Hornos y Tolosa, por ejemplo, son localidades con una profundidad temporal mucho mayor (en realidad, desde los tiempos fundacionales) que Altos de San Lorenzo y existían como unidades territoriales con anterioridad a las políticas de descentralización de los años 90.

vecindarios de unas pocas cuadras. Como suele suceder, los sentidos atribuidos a la categoría barrio dependen de la *lógica práctica de los actores sociales* y de los contextos de interacción en los que se encuentran insertos. Así, en relación con la ciudad, todos los residentes de Altos de San Lorenzo comparten la percepción de *estar afuera* y de ese modo suelen oponer el barrio -en sentido amplio e inclusivo- al casco urbano, más allá de que, como trataremos más adelante, lo que ese *estar afuera* significa e implica varía fundamentalmente entre los residentes de los sectores 1 y 2. A la vez, la categoría barrio es usada con otros sentidos en la cotidianidad local donde por ejemplo, desde la perspectiva de muchos residentes del sector 1, el establecimiento de asentamientos cercanos son un problema para *su barrio*, la calidad de los servicios que recibe y el valor de las viviendas. Se trata, así, de un sentido más restringido y exclusivo de uso de la misma categoría.

Nos centraremos aquí en el análisis de las relaciones hacia el interior del *espacio barrial* que, como dijimos, no es homogéneo en términos socioeconómicos, verificándose un *degradé urbano* en el que decrecen las condiciones de vida y la calidad y dotación de servicios e infraestructura urbana de manera progresiva y continua a medida que nos alejamos de la avenida 72 hacia 90. Tenemos la hipótesis que, a la vez que el Centro Comunal constituye un espacio público local, *el espacio vivido y sentido como propio* es en la mayoría de las situaciones bastante más reducido que el espacio delimitado por las categorías administrativas y políticas y que ese proceso de *delimitación local de barrios* remite a las relaciones sociales entre sus residentes que se diferencian a partir de la movilización de elementos diacríticos como la infraestructura (presencia o ausencia de iluminación, asfalto, cloacas, etc.), elementos urbanos (caminos, vías, discontinuidades en la trama), la posición en el espacio barrial (delante, detrás), el origen de la población (bolivianos, paraguayos, migrantes del interior del país), el tiempo de residencia (viejos y nuevos residentes), la situación legal de los terrenos (propietarios, ocupantes), o una combinación de varias de estas dimensiones.

En definitiva, la propuesta de este capítulo es caracterizar los *usos diversos de barrio* en la cotidianidad por parte de los actores sociales ya que, en tanto categoría social referida al espacio, nos permite vislumbrar la *trama relacional de la periferia*.

2- Tiempo de residencia y límites (sociales y simbólicos).

La indagación en el proceso de ocupación de la zona permitió identificar dos cuestiones significativas. Por un lado, una *experiencia común* vinculada con los problemas a los que los residentes hicieron frente al *habitar la periferia*, relevantes para comprender la visión que se tiene del lugar propio y de la relación con la ciudad; por el otro, la

constatación de *temporalidades (y condiciones materiales) diferenciales* en el proceso de llegada y establecimiento en la periferia que se traduce en la configuración socio-espacial actual en una *fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida* que genera clivajes hacia el interior del espacio barrial y, en cierta medida, minimiza las posibilidades de articulación a partir de la experiencia común de habitar la periferia, la cual se desarrolló en tiempos (y condiciones) distintos.

Fue precisamente a partir del análisis de las relaciones entre residentes en una localidad obrera inglesa que Norbet Elías y John Scotson (2000) cuestionaron la habitual disociación entre estructura e historia: “de acuerdo con las convenciones actuales del pensamiento-escibieron-, la historia no tiene estructura y la estructura no tiene historia”, constatando sin embargo que “sin una referencia al desarrollo de Winston Parva, su estructura en la investigación permanecería incomprensible. El esbozo de ese desarrollo fue parte integrante de la investigación sobre la estructura – sobre la configuración de la comunidad en un momento dado” (2000: 67; traducción propia). En otras palabras, comprender las relaciones sociales en Winston Parva exigía *introducir el tiempo en la estructura*. Así, según su propuesta, es posible leer en la lógica de funcionamiento de una figuración social sincrónica como la de establecidos y *outsiders*, procesos temporales relativos a la antigüedad y novedad de los grupos, sus efectos en la cohesión social diferencial de cada uno de ellos y el impacto de dicha cohesión diferencial en las relaciones entre los miembros de los distintos grupos.

Como es sabido, Elías y Scotson estudiaron una localidad inglesa en la cual no existían marcadas diferencias de clase, etnia o estatus entre las poblaciones de dos barrios obreros a simple vista muy similares y donde, sin embargo, los residentes de uno de los barrios (el más antiguo) se sentían miembros de un grupo superior al barrio vecino (el más reciente) a la vez que los residentes de este último barrio aceptaban pertenecer a un grupo de menor valía, relacionándose en una *figuración del tipo establecidos-outsiders*. Como señalaron estos autores, el tiempo de residencia es un factor de clasificación de familias y grupos bastante conocido en la investigación social; sin embargo, lo novedoso de su estudio y “menos evidente es que esos términos [la antigüedad y la novedad] apuntan para diferencias específicas en la estructura de los grupos y que ese tipo de diferencia estructural desempeña un papel en su jerarquización” (2000: 53; traducción propia). En definitiva, lo relevante de su análisis no es que hayan encontrado un nuevo diacrítico (tiempo de residencia) a partir del cual los grupos y las personas se clasifican y se diferencian (sabemos que los diacríticos son contingentes) sino su señalamiento que el tiempo de residencia se traducía en grados diferenciales de cohesión social de los grupos

involucrados en la figuración estudiada, cohesión que se manifestaba en el monopolio de ciertas instituciones de la comunidad, la exclusión del acceso a las mismas a los recién llegados y la sanción por parte de la comunidad sobre los miembros del grupo establecido que se relacionaran con los recién llegados más allá de la órbita laboral que efectivamente ambos grupos compartían.⁷⁷

Una referencia explícita a la estrategia analítica planteada por Elías (1998) se encuentra en la ya citada investigación de Frederic acerca de la moralidad política en un partido del Gran Buenos Aires. En la dinámica cotidiana de dicha localidad se asistía, según la autora, a “una de las relaciones más ríspidas de la vida urbana argentina, la existente entre *villeros* y *vecinos*” (2004: 86-87). La periferia “incluía un amplio espectro de situaciones irregulares en la tenencia de la tierra, que hacían de aquella un área homogénea, frente a la ausencia de tales problemas entre los *vecinos* del centro de la ciudad”. Así, nos encontramos aquí ante una estructura urbana del tipo centro y periferia que se correspondía con dos categorías de actores sociales, los vecinos y los villeros, donde “la permanencia –y su opuesto, la transitoriedad- era el criterio que organizaba la oposición” (2004: 88) entre ambos.⁷⁸ Incluso cuando alguno de los residentes de la periferia llevaran más tiempo viviendo en el municipio que algunos vecinos del centro “lo que prevalecía era que las frecuentes olas de recién llegados que integraban esta población, sumada a la irregularidad de la ocupación de las parcelas, abonaban la transitoriedad del conjunto como instrumento de estigmatización”. De esta manera “los “desplazados” y los “establecidos” se distinguen no sólo por la pobreza, o la nacionalidad, sino por el modo en que se usa la diferencia en el tiempo y las condiciones de residencia en la ciudad, para justificar el desplazamiento. También este mecanismo opera entre los mismos villeros,

⁷⁷ Otra conclusión a la que arriban a partir de su investigación en Winston Parva, más que relevante para el estudio de barrios populares, es la disociación o desfase entre significación estadística y significación social, es decir, la constatación de que miembros de barrios estadísticamente similares se vieran y se relacionaran como grupos disímiles y jerarquizados. En sus palabras: “los datos sociales pueden ser sociológicamente significativos sin tener significación estadística y pueden ser estadísticamente significativos sin tener significación sociológica” (2000: 59; traducción propia).

⁷⁸ Es sobre esta oposición (diluyéndola) que opera la política municipal de los 90, obturando la posibilidad de que la categoría villero (y las prácticas y demandas asociadas) sea movilizada en el espacio político y reemplazándola por una generalización de la categoría vecino, con el consecuente desplazamiento de la militancia política a la militancia social. Sostiene la autora: “El énfasis en el *barrio* y sus *vecinos* como *comunidad* sí era novedoso, pues disolvía los límites entre *villeros* y *vecinos* (...) Los Consejos de Organización de la Comunidad organizaban una comunidad en la cual no habría espacio político para la distinción entre villeros y vecinos, desarraigados y arraigados. Todos los residentes en Uriarte, sin distinción, serían clasificados como vecinos. Los Consejos eran la organización de la comunidad de los vecinos para asignar prioridades a los problemas del barrio y compartir la toma de decisiones con el municipio” (Frederic, 2004: 125).

justificando procesos de diferenciación interna y desplazamiento relativo de los menos establecidos entre los desplazados” (2004: 90).

Aunque en el último pasaje se reconoce la posibilidad de desdoblamiento de la relación establecido-outsider por medio de la replicación del mecanismo hacia el interior del espacio social de “los villeros”, Frederic se focaliza de manera exclusiva en la oposición centro-periferia y su correlato en las oposiciones propietario-situación irregular, vecino y villero. Si bien coincidimos con esta caracterización (como decíamos, al igual que en el caso trabajado por Frederic, vista desde la ciudad la periferia es un área homogénea con un conjunto de problemáticas específicas y compartidas entre sus residentes, y totalmente ajenas para los residentes del centro), nuestra intención es ir más allá de la oposición dicotómica, en tanto es posible advertir constantes desdoblamientos de una misma lógica. Además, si bien es posible suponer que la diferencia en el tiempo y en las condiciones es utilizada para justificar el desplazamiento de los *outsiders*, las temporalidades diferenciales muchas veces dan cuenta de la desigualdad en las condiciones (y no sólo la justifican). Así, consideramos que el tiempo de residencia (y la resultante cohesión diferencial de los grupos) puede ayudarnos a comprender no sólo las relaciones entre los residentes de los sectores 1 y 2, sino también las relaciones hacia el interior del sector 2 donde, como señalamos, no existe homogeneidad y al igual que entre los sectores 1 y 2 el tiempo de residencia se correlaciona positivamente con las condiciones de vida. Resumiendo: si bien como sostiene Frederic también en nuestro caso de estudio tiempo y condiciones se utilizan como justificación de la desigualdad, proponemos aquí además, retomando una de las hipótesis más productivas de Elías, que el tiempo diferencial ayuda a comprender y explicar las condiciones desiguales en tanto las relaciones (de poder) entre establecidos y *outsiders* sedimentan en instituciones y modos de relacionamiento que impactan en el acceso y la distribución de recursos y prestigio. A la vez, el caso estudiado se aleja del de Elías y Scotson ya que el tiempo de residencia es una de las dimensiones presentes, más no la única, ya que actúa junto con otras como las condiciones económicas y legales y la procedencia, en una compleja intersección entre límites sociales y simbólicos.

Sabemos que las clasificaciones espaciales hablan más de las relaciones sociales entre las personas que de las características intrínsecas de los espacios físicos. Como Durkheim y Mauss (1996) mostraron, las clasificaciones espaciales son (al menos parcialmente) análogas a la estructura social y, a la vez, una vez construidas y naturalizadas significan e influyen aspectos de las configuraciones sociales, fundamentalmente en los aspectos relacionales entre personas situadas en posiciones diferentes dentro de una

misma configuración socio-espacial.⁷⁹ Así, además de los *límites* (boundaries) *sociales* en tanto formas objetivadas de diferencias sociales manifestadas en el acceso y la distribución desigual de recursos y oportunidades que en el caso del espacio urbano refiere al desigual acceso a la ciudad, debemos tener presente lo que Lamont y Molnár (2002) denominan *límites simbólicos*, es decir, las distinciones conceptuales realizadas por los actores sociales para categorizar objetos, personas y prácticas, que mantienen relaciones complejas (refuerzo, inversión, cuestionamiento, etc.) con los límites sociales.

En este capítulo nos dedicaremos a trabajar dos cuestiones. En primer lugar, nos abocaremos a analizar las relaciones que se establecen entre los residentes de los sectores 1 y 2, las cuales sostenemos podrían caracterizarse en el marco de la *figuración establecidos-outsiders* propuesta por Elías y Scotson (2000). En segundo lugar, analizaremos las relaciones hacia el interior del sector 2, por medio de lo cual buscaremos alejarnos de una aplicación dicotómica de las ideas de Elías y mostrar la productividad de dicho modelo si lo pensamos como un modo vincular que, antes que fijo, continuamente se desdobra en distintos marcos relacionales.

3- Establecidos y *outsiders*. Las relaciones entre los sectores 1 y 2.

Permítanme comenzar por dos escenas. La primera corresponde al sábado 12 de mayo de 2007, al poco tiempo de haber iniciado el trabajo de campo. Ese día estábamos realizando un relevamiento con una colega y anoté lo siguiente en el diario de campo:

En 26 y 83 nos encontramos con un descampado que se extiende hasta 85, y desde 24 a 29. Había gente tomando lotes y mucho movimiento de personas: en autos, camionetas, a pie. La gran superficie del terreno fue subdividida con alambre en lotes y cada lote estaba siendo trabajado por un grupo de personas, suponemos que la familia. Se ve gente quemando pasto y basura, desmontando con machetes la vegetación, cavando pozos, alisando el terreno. Los autos y camionetas, y las personas que van y vienen a pie o en bicicleta, traen materiales como madera y chapas, herramientas, etc. Los más avanzados ya están dando los primeros pasos en levantar casillas de madera, al parecer prefabricadas y traías en camionetas y camiones. Un rápido cálculo nos hace estimar que hay entre 200 y

⁷⁹ Si bien es cuestionable la idea de Durkheim y Mauss acerca de que las clasificaciones espaciales son análogas (en sentido estricto) a la estructura social, su temprana propuesta tiene la virtud de cuestionar las ideas del espacio como un a priori necesario para la experiencia social, ya sea de origen kantiano o biológico, enfatizando la construcción social del espacio. Esa línea inaugurada por ambos autores fue continuada en la tradición sociológica francesa por Halbwachs (2004), Lévi-Strauss (1992) y Bourdieu (2007), quienes introdujeron mediaciones entre estructura social y clasificaciones espaciales, a la vez que reforzaron la idea que las configuraciones espaciales socialmente construidas tienen efectos significativos en los modos en que las personas y los grupos se piensan a sí mismos y se relacionan con los demás. Desde la perspectiva de la geografía marxista David Harvey (1998) propuso algo similar: el espacio socialmente producido como marco para la experiencia.

300 personas participando en la toma de los terrenos, distribuidas en grupos que trabajan cada cual su lote. La primera impresión es que hay mucha organización: una gran superficie loteada, en disposición cuadrangular, con lotes de 10 x 30 metros, con cada familia trabajando sobre su lote. En 83 entre 25 y 26 un grupo de 15 o 20 mujeres conversa y discute. Si bien no podemos escuchar lo que hablan, se trata de cuestiones relativas a la organización de la toma.

La toma se extiende hasta 83 y 24, incluyendo la canchita de fútbol que se encontraba en 25 y 83, que habíamos visto unos días antes y que para cuando arribamos el sábado, ya tenía los arcos de madera desarmados y utilizados como parantes para casillas. En 83 y 24 se encuentra desde antes el comedor y copa de leche “31 de octubre” (según el diario El Día, parte de esos terrenos habían sido pedidos por la gente del comedor para tener un espacio verde).

Caminamos alrededor de la toma y por dentro. Tomamos por la calle 85, asfaltada, límite de la nueva toma que se encuentra delimitada por 83 y 85. Cruzamos la toma por la calle 26, que a partir de 83 es una calle de tierra. A ambos lados de la calle se encuentra un basural a cielo abierto y se ve mucha gente, fundamentalmente mujeres y niños, quemando la basura, de la que emana un fuerte olor a plástico quemado. En nuestro recorrido por el lote tomado vimos reiteradas veces las escenas antes descritas: gente trabajando en el lote (desmonte, quema de basura, alisamiento del terreno, primeros pasos en la construcción de las casillas) y camiones, camionetas y carros que traen materiales (madera, chapas, tierra) a los lotes. Entre 85 y 83 la calle 28 se transforma en un pequeño sendero de tierra con mucha basura, que se corta en 83, la cual a su vez desaparece hacia 31. En ese punto (83 y 28) se lee un cartel que dice “Propiedad privada. Prohibido pasar. El dueño”. Ese terreno también está siendo tomado.

Luego de unas horas la construcción de varias de las casillas había avanzado significativamente y continuaba el movimiento de camionetas con materiales y la circulación de personas. “Tengo un asco –decía una mujer desde atrás de las rejas de su casa, situada frente al lote- porque esto hace mal al barrio y estos chorros te roban todo, te roban todo”. Se había juntado un grupo de personas en la vereda lindante al terreno que estaba siendo tomado, en 83 entre 25 y 26. “Y vos, boludo –decía irónicamente uno a otro- por qué no te tomaste la tierra y agrandabas tu casa”. Nos quedamos charlando con ellos. Estaban indignados y en un primer momento nos identificaron como parte de la organización de la toma, al ir cada uno de nosotros con una pequeña libreta en la mano, anotando cosas. “¿Ustedes son los que coordinan esto?”, nos preguntaron. Al contarles lo que estábamos haciendo comenzaron a hablar y a distinguirse de los ocupantes, fundamentalmente a partir de la oposición entre un nosotros que trabaja y paga impuestos versus los otros, vagos, vinculados con la política, delincuentes. “No sabemos quienes son”, “no son de acá” y, a la vez, “son de La Matanza, Lobos, City Bell”. Caracterizaron su barrio como “tranquilo, de gente humilde, honrada y trabajadora” y a las tomas como acciones que generan “villas, robos y peligros” además de reducir la calidad de los servicios urbanos, como la recolección de la basura, la tensión de la electricidad y la presión del agua. Señalaron, a la vez, que estas tomas eran organizadas por los políticos, “ya que la otra vez tomaron esos mismos terrenos unos pibes del barrio y los sacaron” y ahora, a estos que “no son de acá”, los traen los políticos y “en los diarios no sale, lo tapan”. “Andá a hacerlo en la rambla de 32”⁸⁰, dijo uno de los presentes, indignado. También contaron que

⁸⁰ La rambla de 32 corresponde a uno de los lados de la Avenida de Circunvalación, precisamente aquella que separa el casco urbano de la zona predominantemente residencial de clases medias y altas que se ubica en dirección a Buenos Aires. La expresión actualiza la geografía socio-espacial de la ciudad, al señalar que es inverosímil que una toma como la que estaba ocurriendo más allá de

la toma había comenzado ese día a las 4 de la madrugada. Que habitualmente utilizan esa estrategia pues los juzgados permanecen cerrados hasta el lunes y sin una orden judicial no se los puede desalojar. Para cuando llega la orden, ya tienen algo construido. “Vamos a tener que esperar hasta el lunes”, dice uno. “Tenemos que hacer algo”, dice otro. “Esto va a ser una guerra”, coinciden. Ya atardecía. Nos íbamos, mientras los patrulleros daban vueltas por la toma, se encendían fuegos y el humo de los pastizales y la basura quemada cubría todo el espacio.

Contrariamente a las previsiones de estas personas, la noticia salió en los diarios locales. “Alerta por usurpaciones en Altos de San Lorenzo”, tituló el diario El Día del 14 de mayo de 2007 y en el cuerpo de la nota reproducía testimonios de *los vecinos*. “En este barrio nos costó un montón de tiempo y esfuerzo conseguir cada mejora, cada servicio: el gas, la recolección de residuos, el asfalto (...) y con cada nueva ocupación de tierras perdemos calidad de vida. Hay días y horas en que los electrodomésticos directamente no encienden, por la baja de tensión que producen los colgados. La presión de agua es cada vez menor, se forman basurales y ni hablar de la desvalorización de nuestras casas”. No sólo eso, los vecinos juntaron firmas y el lunes por la mañana los ocupantes fueron desalojados por la policía.⁸¹

La segunda escena corresponde a las observaciones realizadas durante las asambleas del Presupuesto Participativo 2008⁸² en Altos de San Lorenzo, llevadas a cabo en una escuela del barrio. A lo largo de cuatro asambleas convocadas y coordinadas por funcionarios de la Municipalidad de La Plata, entre ellos el Delegado Municipal, los *vecinos* discutieron, propusieron y votaron proyectos para *su barrio* y precisamente porque se trataba de *un ámbito en el que se escenificaba el barrio* siguió de cerca las asambleas. La escuela

72 sucede en 32, y nos recuerda que, como señalamos en el capítulo anterior, los lados de la circunvalación se comportan de modos distintos.

⁸¹ Además de seguir gran cantidad de casos puntuales como el aquí narrado, fue posible identificar en el diario El Día editoriales dedicadas al tema de *las usurpaciones como un problema de la periferia de la ciudad* desde finales de los años 90.

⁸² Durante el año 2008 la Municipalidad de La Plata implementó por primera vez el Presupuesto Participativo con la finalidad explícita de ampliar los márgenes de la democracia participativa, generando una vía directa para que los ciudadanos participen de la administración municipal y puedan discutir y definir las prioridades y el destino de parte de los recursos públicos, con “una firme convicción: que sólo es posible construir y mejorar la ciudad sumando el esfuerzo de todos quienes la habitan”. En ese momento se destinaron 7 millones de pesos para realizar las obras que decidieran “*los vecinos*” de cada una de las 35 “*asambleas vecinales*” en la que fue dividida la ciudad (el casco y los 18 centros comunales fueron subdivididos en áreas menores, como Casco I, II, III y IV; San Lorenzo I y II, etc.). En cada sección se realizaron cuatro asambleas, en las cuales se discutieron, propusieron y votaron proyectos para “*el barrio*”. La Municipalidad calcula que participaron en ese proceso que duró cuatro meses más de 3000 personas y se presentaron más de 400 proyectos. Los proyectos seleccionados en el marco de cada una de las asambleas fueron puestos a una votación general, de la que participaron más de 17000 personas y en la que se seleccionaron 39 obras. En el año 2009 se repitió la experiencia y ya está en marcha la realización del Presupuesto Participativo 2010.

que se seleccionó para las asambleas se encuentra ubicada en la intersección de la avenida 19 y la calle 81. Es un punto de discontinuidad urbanística importante, frontera entre los sectores 1 y 2. La avenida 19 se urbanizó (doble mano, rambla, iluminación) desde 72 a 81 durante los años 90. Más allá de 81 la avenida 19 consiste en una estrecha calle de asfalto en mal estado que separa una zona de casas de material del reciente asentamiento que se extiende desde 19 hasta 15 y desde 81 hasta 90, conocido por muchos como “el barrio de los peruanos”.

Rápidamente fue posible identificar dos grupos de participantes en las asambleas (que nunca superaron las 50 personas), cada uno con su propio espacio en el salón de actos de la escuela donde se llevaron a cabo. Por un lado, un grupo donde predominaban las mujeres jóvenes con hijos, que procedían de los asentamientos y charlaban habitualmente sobre las carencias y problemas que enfrentaban vinculados con la situación legal de los terrenos donde vivían y la ausencia de servicios básicos; por el otro, un grupo donde era predominante la presencia de varones y mujeres adultos, que residían en el sector 1 y que llegaron a los encuentros iniciales con la firme intención de pedir la realización de cloacas, una vieja demanda del Centro Comunal ya que, más allá de las distintas situaciones socioeconómicas, más del 60 % de los hogares carece de ellas. Rápidamente, sin embargo, se enteraron que el presupuesto no alcanzaba para una obra de tal envergadura.

Además de cierto desengaño inicial hacia el gobierno local por parte de la mayoría de los asistentes al ver lo exiguo del monto disponible (lo que hacía que las obras deseadas no fueran posibles), desde la primera asamblea hasta la última las discusiones entre los participantes giraron en torno a los criterios de legitimidad para participar, proponer y votar proyectos, y la razón de ser de los proyectos (dónde, para quién y por qué). ¿Era necesario ser propietario para votar? ¿Y pagar impuestos? ¿Pueden proponer y elegir proyectos los residentes de los asentamientos? ¿Cómo hace una persona aislada para sostener su proyecto frente a una organización barrial? ¿Cómo hacer para elegir un proyecto en una zona tan amplia y con tantas situaciones diversas? ¿Qué criterio aplicar? ¿Quién debería tener la prioridad, quien está en peores condiciones socioeconómicas o quien hace tiempo vive en el barrio y paga los impuestos? En la primera de las cuatro asambleas, de carácter informativo, se produjo el siguiente intercambio entre asistentes y representantes del gobierno municipal:

- Soy un vecino, no participo de ninguna institución ¿Cómo hago para juntar los votos?
- Así cualquiera. ¡Te llenan un micro de votos y ganan con eso!
- Sólo votan los domiciliados (representante de la municipalidad)

- Es lo mismo, no parece coherente
 - Hay que armar un proyecto de mejora de la *comunidad*. El proyecto tiene que ser en esta zona (representante de la municipalidad)
 - Yo presenté hace 2 años un proyecto a obras sanitarias pidiendo las cloacas... en la zona hay necesidades terribles: cloacas, se inunda, no hay agua... Tendríamos que delimitar los proyectos, si no cualquiera sale con una barbaridad.
 - Las aguas servidas en la calle provocan focos infecciosos, me parece que el problema más importante es la cloaca, no se ven políticamente pero son importantes
 - Yo vivo al lado del jardín de infantes, hay infecciones, contaminación, se inunda.
 - Hay que analizar la viabilidad del proyecto (señala representante de la municipalidad). El presupuesto total se divide entre todas las delegaciones de La Plata.
 - A mi me interesa la situación legal de los terrenos. No tienen los servicios.
 - No puedo presentar proyectos si no se sabe con cuanta plata contamos
 - Que venga Bibiloni! (dueño de los terrenos donde se encuentra el asentamiento y en ese entonces funcionario municipal). Si antes se propició la ocupación de esas tierras, que ahora se hagan cargo.
 - Nosotros, los del asentamiento, entonces, ¿no podemos formar parte del presupuesto participativo?
- Discusión generalizada. El representante de la municipalidad señala que pueden traer sus proyectos y que ya verán como se resuelve en Tierra y Vivienda. Los debates se polarizan en dos grupos: los del asentamiento que reclaman los servicios, y el resto de “los vecinos” que reclaman mayormente las cloacas.
- Con respecto a las cloacas, estamos pidiendo algo que nos corresponde, nosotros pagamos los impuestos.
 - Si se permite que se asienten ahí, no se los puede tratar como perros.
 - Cuando nos quejamos, no era que no queríamos que se asienten, sino que queríamos que vivan dignamente.
 - Necesitamos bomberos, siempre se quema todo antes de que lleguen.
 - Yo creo que todos precisan, sobre todo la gente de los asentamientos. Con el dinero que hay es imposible solucionar todos los problemas de la zona. Soy conciente de eso. Yo estoy a favor de todos pero también estoy a favor mío.
 - Que pongan una tarifa social para los del asentamiento.
 - El gobierno los puso a estos (los del asentamiento) cuando necesitaba votos.

De esta manera, mientras desde la municipalidad se apelaba a la idea de *comunidad* y a que sus miembros, *los vecinos*, participaran en pos de obtener mejoras para la misma, desde el punto de vista de los participantes se ponía en duda la existencia misma de la comunidad a la cual la municipalidad interpelaba. Por un lado, emergían las diferencias entre establecidos y recién llegados (quienes vinieron más tarde o, directamente, “fueron puestos” por los políticos), entre propietarios y ocupantes ilegales, entre quienes tributan y quienes no lo hacen, entre domiciliados y quienes carecen de domicilio legal, diferencias que se traducían en necesidades, demandas y urgencias también diferentes. Por otro lado, dada la imposibilidad de satisfacer la totalidad de estas necesidades, demandas y urgencias diferentes en vista a lo reducido del presupuesto, se abría el espacio para una discusión en torno a los criterios de distribución y acceso a los bienes municipales: ¿Cuál debería ser el

criterio a aplicar? ¿La necesidad? ¿El mérito? ¿La igualdad? ¿La antigüedad? Más allá de cómo se resuelvan estas cuestiones –probablemente, de manera contingente en cada situación específica y concreta- la situación descrita nos permite vislumbrar cierta *ambivalencia o dualidad en el espacio local*: la efectiva relevancia de los Centro Comunales –en tanto ámbitos de implementación de las políticas municipales- como marco de interlocución y espacio público local, por un lado; la multiplicidad de espacios propios al interior del Centro Comunal, con problemáticas específicas, que ponen en cuestión los criterios desde los cuales son interpelados por la política municipal, es decir, la idea de que el barrio es una comunidad de vecinos básicamente iguales, por el otro, instalando una disputa en torno a los criterios y legitimidad para acceder a los recursos estatales.

El proceso de propuesta y de votación proyectos fue engorroso. Las quejas habituales eran que “acá cada uno vota por su calle” y efectivamente el clivaje en la votación se definió entre votar proyectos “del barrio” o “de la villa”, como sostuvo un hombre mayor del sector 1 que había participado activamente en las asambleas remarcando la necesidad de cloacas. Las propuestas más votadas en la última asamblea barrial fueron realizar una huerta comunitaria en el predio ubicado en el espacio delimitado por las calles 80-81 y 16-19, colocar reductores de velocidad en 81 entre 19 y 20, y el zanjeo del espacio delimitado por las calles 81-87 y 15-18. Finalmente, en la elección general realizada en julio de 2008, ganó el proyecto de ampliación y mejora de la Sala de Salud N° 8 ubicada en 20 y 85.

Unos días después de la elección definitiva entrevisté a Miguel, un comerciante que vive en el sector 1 a quien conocí precisamente en las asambleas del Presupuesto Participativo, que además participa en el Foro de Seguridad⁸³ del barrio. Una vez que formalmente habíamos finalizado la entrevista, mientras nos despedíamos retomamos la charla sobre la experiencia del Presupuesto Participativo. En ese marco se produjo el siguiente diálogo:

R: Había mucha gente del asentamiento participando en las reuniones del presupuesto participativo,

M: sí, si

R: ¿No?

⁸³ Los “Foros Vecinales de Seguridad” surgen en el año 1998 con la sanción de la ley provincial 12.154, en la que al mismo tiempo que se reconoce que el gobierno tiene la responsabilidad primaria de la Seguridad Pública en todos sus niveles, se sostiene que es necesario que la comunidad participe activamente en la construcción de la seguridad pública como bien común. Para esto, la ley establece la creación de Foros Vecinales de Seguridad donde participan representantes de las distintas instituciones asentadas en la jurisdicción de cada comisaría.

M: Sí, porque querían que les pusieran las cloacas [sic], pero no, si no tenemos cloacas nosotros de este lado, imagínate, que pagamos impuestos, toda la gente que paga el impuesto, menos ellos, un asentamiento, tienen que esperar, se va a hacer, no ahora

R: ¿De este lado, cuál sería?

M: El de la 19 para acá hasta 22 y de 83 a 90 no tenés cloaca por ejemplo, entonces la gente se quejaba por eso, pero “cómo le van a hacer las cloacas a ustedes si nosotros no tenemos cloacas”. Pero bueno, hubo un acuerdo que se iban a hacer las cloacas a esta zona, hay que esperar... si nosotros acá estuvimos esperando 20 años, ellos tendrán seguir esperando ¿viste? (y se ríe).

Las constantes referencias a la relación legal con la tierra (propietarios vs. intrusos), al pago de impuestos y, en la charla con Miguel, a *la espera*⁸⁴ para acceder a los servicios, permiten vislumbrar que las clasificaciones no se reducen a los vínculos entre los residentes de ambos sectores, sino también a la relación diferencial con el Estado. En este sentido, del relato de Miguel se desprende la alusión a una “desigualdad justa” entre los residentes de los sectores 1 y 2, ponderable en los tiempos de espera necesarios para acceder a la infraestructura urbana.

Nosotros y ellos, pagar y no pagar impuestos, ser propietario y estar ilegalmente, vivir hace 20 años en el barrio y ser un recién llegado. Estas y otras oposiciones asociadas atraviesan un espacio que solo en términos administrativos puede llegar a ser llamado barrio, como si fuera una unidad. A partir del análisis de las interacciones cotidianas es posible ver otra realidad en el espacio local, signada por diferencias, tensiones y conflictos y el uso de la *categoría barrio* como un modo de delimitar *espacios de interacción social específicos*.

Los asentamientos, desde la perspectiva de los residentes del sector 1

La primera reacción por parte de los residentes del sector 1 es, como vimos en la escena que abre este apartado, el rechazo y la búsqueda de expulsión de los recién llegados. Sin embargo, cuando un asentamiento logra permanecer, comienzan a establecerse vínculos con sus residentes. Miguel cuenta la historia de un puntero local que “hizo un barrio, trajo gente, los bolitas le decimos, o peruanos ¿viste? *el barrio peruano* le decimos. Armó, trajo gente, armaron un barrio *abí atrás*, que también es un asentamiento, en 19 entre 89 y 90. Los vecinos están enojados, están como locos. Ahora ya más o menos hace como un año que están ahí, ya está el asentamiento hecho todo también, ya tienen agua, tienen todo, la luz, pero bueno...., están ahí?”. Cuando se establecieron “estábamos como locos, cuando se armaron allá, inclusive fuimos a la comisaría, se hizo la denuncia,

⁸⁴ Recientemente Javier Auyero y Débora Swistun (2008) han remarcado que la relación asimétrica entre el Estado y los sectores populares se manifiesta en el control del tiempo de los segundos por parte del primero, control que se traduce en la espera de éstos en relación a aquel.

tenemos una vecina ahí frente a la escuela, ella estaba como loca, fue a hablar, inclusive se dedicó a buscar a los dueños de los terrenos, los encontró, pero los terrenos no les importaban. Pero bueno, como la gente empezó a trabajar, se ve que era gente trabajadora, porque realmente es gente trabajadora, empezaron a hacerse las casitas, todo bien. Bueno, estuvimos como un año yendo a la comisaría, yendo a todos lados para que los sacaran ¿viste?” porque nuestra preocupación era “que no fuera un barrio como que dijéramos, bueno, la marginalidad, que hubiera mucho, que vivan los chorros, droga y la falta de luz, bueno ya nos sacaban la luz, ¿viste? pero después pasó el tiempo, ya te digo, ya estamos acostumbrados”. De la indignación y rechazo inicial al acostumbramiento de la presencia de *ellos* cerca de *nosotros*. Acostumbramiento que no supone ausencia de distinción ni de conflictos, como se escenificó durante las asambleas del Presupuesto Participativo, y que no reduce la desconfianza ni el temor.

De hecho, la percepción de los residentes en el sector 1 es que el barrio se transformó radicalmente con el establecimiento de los asentamientos a partir de la década de 1990. “Acá siempre tranquilo ¿viste? –dice Adolfo-. Por lo menos desde que vine *acá* tenemos todos los servicios. El problema cambió con los asentamientos que se han ido armando y lo que vemos es cada vez más violencia, eso sí, hay mucha violencia, acá robos me han entrado un par de veces, acá a mi casa, por eso debimos poner reja”. A diferencia del pasado, “lo que vemos –sostiene Gabriela- es mucha gente extranjera, está *invadido por extranjeros*; antes no, antes éramos todos argentinos y por ahí del interior de la provincia, pero ahora hay mucha gente extranjera”. Esto que impacta en la vida barrial: “esta invasión de tanta gente nueva hace que bueno, antes por ahí éramos todos del barrio y más o menos te conocías, tanta gente nueva que está entrando cuesta organizarse”. Roberto, el hijo mayor de Ermelinda coincide y señala que “hace unos veinte años que *el clima empezó a cambiar*. La gente no encontró lugares más céntricos y empezó a asentarse y a hacer lo que podía, digamos”. Ese proceso, al igual que lo que señalaban Adolfo y Gabriela, se manifiesta en cambios importantes en la sociabilidad barrial como el desconocimiento y la desconfianza entre vecinos y el incremento de la inseguridad y el temor. Muchos de esos cambios son casi imperceptibles para quienes viven en el barrio.

“Yo volví al barrio después de 10 años –cuenta Roberto-. Y eso te da otra perspectiva porque estuviste en otro lado y noto el cambio. El que está todo el día acá no se da cuenta, pero se ve con claridad el cambio. Algunas cosas que pasaron están buenas y otras, qué se yo, son como son. A mí una de las cosas que me impresionaban fue *la era de las rejas*, la llamo. La década del 80: todo reja. Primero empezaron las rejas de adelante, después las rejas en las ventanas, después venía uno ponía reja en la claraboya del baño y después venía otro ponía una reja detrás de la reja. Y acá se entraron a encerrar. Yo andaba con mucha tranquilidad por acá antes, ahora no”.

Barrio y asentamiento

Así, hacia el interior del espacio barrial es posible identificar un primer gran clivaje que se condensa en *la oposición entre barrio y asentamiento* y que rápidamente remite a cuestiones económicas, de procedencia, de antigüedad en la residencia e incluso a diferencias conductuales y morales. A la vez que señala que “la 72 es un límite” que separa el casco del barrio, Adolfo sostiene inmediatamente después que “acá también estamos delimitados por zonas”. Al preguntarle cuáles serían esas zonas sostiene “desde la 72 hasta la 80, 81 como máximo, y después de la 81 hasta 90. Aquellos [de 72 a 80] tienen más plata, estos [de 80 a 90] menos y los de allá al fondo no tienen nada, de la 90 para el fondo no hay nada de plata”. Para Adolfo las diferencias no son solo económicas. El degradé en términos socioeconómico y urbano se correspondería, por un lado, con los “rasgos físicos” predominantes en cada sector, con presencia de los “descendientes de europeos” en el espacio delimitado por 72 a 80 y con personas “de Bolivia o de Perú” en el espacio que se extiende hacia 90, a quienes “ya se las empieza a... a rechazar un poco ¿viste? aunque te dicen que no, hay un rechazo bastante generalizado”; y, por el otro lado, con las “conductas”, ya que la gente que “vive hacia la 90 son los que tienen todo ese problema de alcoholismo, que no son tan chorros, pero tienen ese problema de alcoholismo y violencia familiar”. Incluso para Adolfo son estas conductas, más que las diferencias económicas, lo que “lleva a hacer esa separación” entre sectores.

“Son *distintos los barrios*”, sostiene Miguel. Desde su perspectiva las diferencias estarían marcadas por el “nivel de gente”. Al solicitarle que me lo explique despliega una peculiar *cartografía social*. “Acá es un barrio concheto, de 19 hasta 25, toda esta zona de acá es todo concheto, le gusta la marca, le gusta lo bueno, pero no le gusta pagar. En cambio, de 76 para allá hasta 80 es otra gente, más trabajadores, más este... cómo te puedo decir... segundo nivel de dinero digamos, acá es un nivel más alto, allá es medio, y bueno, de 80 a 90 ya es bajo, totalmente”. En esta última zona es “todo inmigrantes que vienen del conurbano, vienen de Monte Grande, de Avellaneda, Quilmes, San Isidro, muchos peruanos, muchos paraguayos, no hay un 10% argentino” y, a diferencia de lo que sostenía Adolfo, se encuentran “los focos” de peligro. “Acá es un semillero de delincuentes”, dice Miguel, y enumera: “hay zonas específicas como la 90, 20 y 90, 20 y 84, 22 y 82”.

De esta manera ciertos límites sociales vinculados con el acceso desigual al espacio urbano son reforzados por límites simbólicos que asocian de manera estable ciertos espacios físicos con un conjunto de características sociales y morales de aquellos que los

habitan. El afuera de la ciudad se estructuraría, así, en un degradé continuo desde el límite exterior de la ciudad (la avenida 72) *hacia atrás*, hacia *el fondo* (la avenida 90), apareciendo de este modo un *eje metafórico* que opone *delante y detrás*. El afuera tiene un delante y un detrás, *un fondo*.

Barrio	Asentamiento
Clase media	Clase baja
Propietario	Usurpador
Trabajo	Plan / Ayuda social
Argentino	Extranjero
Antiguo	Reciente
Nómico	Anómico ⁸⁵

Los pares de oposiciones listados en el cuadro condensan el universo de sentido que atraviesa la oposición entre barrio y asentamiento. El espacio barrial es percibido como un desmejoramiento continuo de las condiciones de vida desde 72 hacia 90, hacia el fondo, a la vez que dicho degradé se correlaciona directamente con la clase (media-baja), la situación legal de los terrenos (propietario-usurpador), la procedencia (argentino-extranjero), el tiempo de residencia (antiguo-reciente), la relación con el trabajo (trabajo-plan/ayuda) y las conductas y moralidad (nómico-anómico) de sus residentes⁸⁶. Así, muchos residentes en el sector 1 contraponen su experiencia da habitar la periferia, caracterizada por prolongados esfuerzos por trabajar, comprar un terreno, luchar y pagar por los servicios e infraestructura con la experiencia de los residentes de los asentamientos a quienes, según su perspectiva, llegaron hace poco, son extranjeros, no pagaron por los

⁸⁵ El cuadro busca sintetizar de modo esquemático un conjunto de *categorías nativas* que son ampliamente utilizadas por los residentes y cuyo(s) sentido(s) se busca reponer en este capítulo. Por supuesto, palabras como nómico y anómico no son utilizadas en el barrio. Con su uso aquí busco señalar que los actores sociales se distinguen entre ellos (y entre barrios) no sólo por la capacidad monetaria o los títulos de propiedad, sino por un conjunto de prácticas y cualidades morales y conductuales que se asocian con la observancia (o su ausencia) de las normas sociales.

⁸⁶ No se trata, sin embargo, de sentidos fijos. Al contrario, nos encontramos con un conjunto de clasificaciones dicotómicas que son movilizadas por los actores sociales para caracterizar un mundo social no dicotómico. Como veremos más adelante, es factible encontrar muchas de estas mismas oposiciones utilizadas por los actores tanto al interior del sector 2 así como en las relaciones que los residentes de cada uno de los barrios tienen con su fondo. Al respecto Michael Herzfeld (1995) ha señalado la relevancia que tienen en la observación etnográfica las oposiciones binarias, las cuales no deberían ser ignoradas debido a que entran en contradicción con las predilecciones ideológicas y teóricas de los investigadores. Por el contrario, éstas son un indicador confiable de modos específicos de leer la desigualdad e incluso de justificarla.

terrenos que “usurparon” ni por los servicios de los que “se cuelgan” y, como si fuera poco, el Estado les da planes de desempleo y ayuda social. “No quieren que ingresen al barrio, porque dicen que no pagan impuestos, que se les da todo”, señala Adolfo. En efecto, es común observar entre los residentes del sector 1 cierta sensación de *injusticia* para con ellos que trabajan y pagan impuestos sin recibir nada, a la vez que desde su punto de vista *recibir ayuda social del Estado* se relaciona con *ser del asentamiento*, conducta que funciona como otro diacrítico relevante en la sociabilidad barrial. En este sentido, la situación ambivalente de personas como Adolfo (reside en el sector 1, trabaja en políticas sociales en el sector 2) resulta sumamente iluminadora. “Los que trabajamos socialmente acá somos muy criticados”, señala y me cuenta que “la crítica más habitual es que yo trabajo para *ellos* y que acá no arreglo las calles o porqué le pusiste la luz a ellos (las gestiones las hago yo) y me dicen “ellos tienen luz y a *nosotros* por ahí nos cortan la luz”.

Nosotros y ellos

Los límites remiten a relaciones sociales, a los modos como las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios. Las configuraciones espaciales, ellas mismas objetivaciones del espacio social, en tanto adquieren evidencia dóxica, es decir, en tanto adquieren ante “los ojos de todos aquellos que lo disfrutan la inmutable razón de ser de los hechos de la naturaleza” (Signorelli, 1999: 57), participan de muchas maneras en la naturalización del espacio social y de las posiciones sociales de los agentes. Las oposiciones sociales objetivadas en el espacio en la forma de *barrio y asentamiento* tienden a reproducirse en el lenguaje y las prácticas como principios de visión y división, en definitiva, en categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. En definitiva, las categorías espaciales funcionan como categorías sociales que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a dimensiones morales y organizan las relaciones entre los actores en clave de *nosotros – otros*. Así, hacia el interior del espacio barrial un conjunto de dimensiones como el acceso desigual a la ciudad, la situación legal de los terrenos, la procedencia, las relaciones con el Estado y el tiempo de residencia produce un modo de vincularse en clave *establecidos – outsiders*, en la cual los primeros se consideran superiores a los segundos y, de este modo, cuestionan tanto su establecimiento como su acceso a un conjunto de bienes y servicios urbanos.

En una entrevista grupal un grupo de jóvenes del sector 1 recuerdan su infancia y reflexivamente buscan una explicación para su aversión por *los villeros*.

- Me acuerdo que ver aparecer un carro era señal del mal, era un cosa... ¿te acordás?
- Venía, porque nosotros veíamos la villa, la villa la tenemos ahí, a 5 cuadras
- Tres cuadras, estaban ahí casi, eran prácticamente un
- Sí, pero eran parte, te quiero decir, que pasaba un carro y era
- Era pánico, era como tener un miedo...
- ¡Ahí vienen los villeros!
- Yo creo que tiene que ver con una formación, con el hecho de decir es otra gente y estás a tres cuadras, y estás en un mismo barrio, un barrio suburbano, de calles de tierra, es algo increíble pero se daba, se daba y era así.

Sin embargo, la existencia de límites no supone ausencia de interacciones, así como atravesar un límite tampoco supone abolirlo (Barth, 1976). Miguel condensa esta ambivalencia del límite, separación e interacción, al señalar los vínculos y los prejuicios: “son gente que viene a trabajar acá y se desconfía, vienen del fondo dicen”. En efecto, muchos de los residentes en el fondo realizan changas en el sector 1 y los comercios del sector 1 trabajan con ellos. “Se trabaja bien -dice Miguel- yo trabajo con mucha gente del fondo, yo en mi comercio trabajo más con la gente del fondo que con el barrio y el peluquero tiene mucha gente de paso y del fondo, no tiene casi vecinos de acá, vecinos de acá pocos”.

Sin embargo, la circulación por el espacio barrial es básicamente unidireccional. Son los habitantes *del fondo* quienes van hacia el sector 1, ya sea que tengan que atravesarlo para llegar al centro de la ciudad como para ir especialmente a dicho sector para conseguir alguna changa, consumir en los comercios de la zona o realizar algún trámite en la delegación comunal; el trayecto inverso no es habitual, es decir, rara vez los residentes del sector 1 van hacia el fondo, con la excepción de personas como Gabriela y Adolfo que trabajan en el lugar. Como reconocía Javier, un joven de 29 años, “yo me di cuenta de que había un asentamiento en 19 y 81 cuando fui a votar”. Ese asentamiento existe hace cinco años y se encuentra a escasa distancia de su casa.

Barrio y asentamiento remiten así menos a tipologías edilicias que a una lógica clasificatoria de espacios y personas basada en las relaciones sociales existentes. Las distancias sociales se han traducido en una configuración espacial desigual que se incorpora como principio de (di) visión y lectura del espacio social: nosotros y ellos. “Entre ser villero y ser del barrio –escribió Ratier- se extiende una frontera no territorial sino social y simbólica” (1991: 9). Si bien en líneas generales –y cambiando villa por asentamiento- nuestro caso no cuestiona esta afirmación, es decir, antes que de una condición material las distinciones hablan de relaciones sociales, nosotros agregaríamos siguiendo los términos de Ratier que tales fronteras sociales y simbólicas encuentran

habitualmente en el territorio (producto de esas relaciones) algunos de los diacríticos en los cuales expresarse y fundamentarse. El espacio socialmente construido y significado no es secundario o ulterior a las relaciones sociales, ni tan solo escenario de las mismas, sino que es constitutivo de ellas, *el espacio es una prolongación de las propias personas* (Ingold, 2000) que se ven a sí mismas y a los demás siendo del barrio o del asentamiento, de adelante o de atrás, espacios y localizaciones socialmente cargadas de sentidos vinculados con la clase social, la nacionalidad, las conductas y la moral, entre otras.

Ahora bien, a partir del estudio del proceso de urbanización de una villa en el partido bonaerense de La Matanza y en diálogo crítico con una larga tradición de investigaciones en la antropología social argentina acerca de las villas miseria (Ratier, 1985; Guber, 1991, 1999; Grassi, 1993; Cravino, 2006, 2008) Ferraudi Curto propone como hipótesis que “la oposición villa/barrio capta sólo un nivel muy general y tiende a oscurecer tanto las trayectorias como los sistemas de clasificación que se ponen en juego cotidianamente”. (2009: 9). Desde nuestra perspectiva consideramos que esto efectivamente sucede si pensamos la oposición (en nuestro caso, entre barrio y asentamiento) en términos dicotómicos y estancos, es decir, como si se tratara de dos posiciones que se corresponden (o reflejan) de manera estable con dos conjuntos de condiciones materiales y estilos de vida claramente diferenciados y distinguidos. Si, en cambio, pensamos en esas categorías como parte del universo significativo disponible por parte de los actores, podemos ver cómo son utilizadas y puestas en acto en distintas circunstancias de interacción y no en otras. Nuestra hipótesis es que su uso depende de las posiciones de los actores involucrados en la situación y de las relaciones que establecen entre ellos y que, como veremos, la oposición se desdobra en múltiples situaciones de interacción.

4- La “figuración establecidos y *outsiders*” revisitada

Permítanme comenzar con otra escena. Se trata en realidad un relato (un montaje) de tres eventos cercanos en el tiempo y en el espacio: *¿tres días del niño en un mismo barrio?* Ese podría ser el título, pues esa fue precisamente mi pregunta. Al poco tiempo de trabajar en *el barrio* comencé a participar, por medio de la invitación de algunos de los miembros a los que había conocido en diversas instancias barriales, en la *Asamblea de Puente de Fierro*. Surgida a partir de una demanda puntual –la necesidad de jardines y colegios en el barrio– la asamblea se reúne semanalmente en uno de los comedores del barrio Puente de Fierro y en ella participan personas que tienen comedores y son referentes políticos de la zona como Rosa, Daniel, Mónica y Ester; efectores de políticas y programas sociales que dependen tanto de la provincia de Buenos Aires como de la Municipalidad de La Plata como es el caso de profesionales del Centro de Prevención de las Adicciones (CPA), del Programa Barrio Adentro y del PROA del Ministerio de Desarrollo Social, del

Centro de Orientación Familiar (COF) del Ministerio de Educación, del Hospital del Niños, entre otros; residentes del barrio que traen sus propuestas y problemas; militantes políticos y sociales; y antropólogos y otros científicos sociales como yo. En los dos años en los que asistí a la asamblea la participación tuvo sus picos y sus caídas en cantidad de personas e intensidad, pero el funcionamiento fue continuo abordándose, además de la demanda educativa que le dio origen, diversos temas como la seguridad, los jóvenes, los programas de capacitación y empleo, las becas, los trámites para obtener el DNI, el proyecto de declarar patrimonio al puente, entre otros. Además de los problemas que van surgiendo y son tratados en la asamblea, ésta es un ámbito en el cual circula información sobre el barrio, los problemas de los vecinos y los programas y políticas públicas vigentes. Desde el punto de vista de muchos de los participantes (ya sean residentes en el barrio o participen por trabajo y/o militancia) la asamblea es un intento por superar lo que diagnostican como *la fragmentación* existente en el barrio. Por esto, desde la asamblea se busca coordinar actividades conjuntas, que involucren a distintas zonas del barrio y durante el 2009 se editó el primer número de una revista barrial llamada *El Puente*.

Fue en el marco de mi participación en la asamblea, durante 2008, que asistí a la difusión y organización (luego participé) de tres eventos consecutivos para celebrar el día del niño. En primer lugar María, la mujer de Carlos, junto con Zulema, organizaron en *la canchita* el día del niño. Si bien Carlos y María hace años que a partir de donaciones de empresarios y políticos festejan el día del niño (Carlos siempre relata que en una oportunidad consiguieron una gran carpa y salieron en TV por el programa de Tinelli) contaron en esta ocasión con el apoyo de los miembros del Taller de Recreación para niños que semanalmente organizan en el templo evangelista aledaño a la canchita los miembros del CPA y del mismo participaron algunos asiduos concurrentes a la asamblea. El festejo incluyó torneo un de penales para los varones (el cual arbitré), concurso de baile para las mujeres y que se cerró en una fría y nublada tarde con chocolate y torta para todos los asistentes.

Luego, al fin de semana siguiente, Ester celebró en *la 90* el día del niño con choricán, juegos como la carrera de embolsados, el baile alrededor de la silla y partidos de fútbol (nuevamente fui árbitro y, por momentos, jugador), cerrando el evento con chocolate, torta y juguetes de regalo para los chicos. En esta oportunidad, además de diversas donaciones de alimentos y juguetes, el evento contó con el apoyo de miembros del Programa Barrio Adentro, que semanalmente dictaba un taller de arte para los niños que concurren al comedor de Ester.

Por último, al poco tiempo, en la placita de *Puente de Fierro* (29 y 89), con el apoyo del Foro de la Niñez de la CTA, se celebró nuevamente el día del niño, que incluyó empanadas (aprendía a hacer el repulgue) realizadas en el comedor de Rosa, juegos, obras de teatro y chocolate como cierre. Si bien muchas de las personas que participábamos habitualmente de la asamblea estuvimos en los tres eventos, ni los chicos ni los adultos –salvo excepciones– fueron a más de uno. En el último de los tres eventos estábamos charlando con Ester en la placita de Puente de Fierro mientras comíamos unas empanadas y me dice que si bien estaba planteado en el programa del evento, no cree que la banda *Charly y los pibes de la 90* (un grupo de música de chicos surgido a partir de un taller del Programa Barrio Adentro⁸⁷ que se realiza en su comedor) toquen pues va a ser difícil que los chicos

⁸⁷ Barrio Adentro es el nombre de un programa de trabajo con adolescentes y jóvenes en situación de riesgo diseñado en el marco del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, cuya prueba piloto se desarrolló en Altos de San Lorenzo. En el capítulo siguiente trataremos con mayor detalle cuestiones vinculadas con los jóvenes y dicho programa.

de *su barrio* vengan. ¿Por qué?, le pregunto inmediatamente, pues están a seis cuadras: “*son dos barrios, son distintos y no se juntan*”, me dice.

Habitualmente los análisis se centran en la relación entre establecidos y (quienes desde el punto de vista de los establecidos son) *outsiders*. Este apartado hará foco precisamente en las relaciones entre estos últimos, mostrando la complejidad presente en las mismas, algo que se desprende de la escena anterior en la cual confluyen múltiples instituciones de gobierno, distintas organizaciones sociales y políticas, historias singulares de cada asentamiento y las relaciones cotidianas entre sus residentes. Dicha complejidad, que se aleja de visiones duales, fue señalada para Buenos Aires por Prévot Schapira:

“A la primera separación entre propietarios y no propietarios, que hace renacer el viejo temor por los villeros, *se superponen múltiples fronteras en espacios considerados a menudo como homogéneos*. Diferencias sutiles en el aspecto del barrio, las casas y el acceso a los servicios, son presentadas por los habitantes como signos de pertenencia o exclusión (...) Estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia y separan a los pobres de los menos pobres, a los villeros de los habitantes de los asentamientos, a los propietarios de los no propietarios, dando lugar a estrategias de esquivamiento, formas de territorialidad exacerbada y de identidad restringida” (2001: 50).

No solo mostraremos aquí que, contrariamente a lo que un residente del sector 1 o un observador externo puedan suponer no se trata de un ámbito homogéneo, constatándose -para decirlo en los términos de Prévot Schapira- la superposición de múltiples fronteras, sino que el tiempo de residencia (y el distinto grado de organización resultante) juega un rol importante tanto en la relación entre asentamientos como hacia el interior de cada uno de ellos. Es decir, consideramos que existe una trama relacional históricamente construida que puede ayudarnos a comprender la proliferación de diferencias y límites en un espacio considerado externamente como homogéneo. A la vez, señalaremos la relación ambivalente que los residentes de este sector tienen en relación con la imagen de sí que construyen los demás.

Temporalidades (y organizaciones) diferenciales

En primer lugar, como señalamos anteriormente, el sector dos no es un ámbito homogéneo. Contrariamente a lo que se podría deducir a partir de una mirada rápida y exterior, se encuentra subdividido en distintos asentamientos. Como sintetiza Adolfo

“Puente de Fierro abarcaría 24 a 30 y de la 85 a la 90. Ese es un sector. Estamos trabajando con adolescentes que viven en ese sector, estamos trabajando también con los adolescentes de la 90. La 90 es un barrio, es un asentamiento que va por toda la 90, desde 19 hasta la 22. A eso le llamamos la 90. Y después estoy trabajando también en lo que es el barrio Esperanza, ahí también tengo un par de comedores. Sería la zona que abarca de 19 a 15 y de 81 a 90”.

El momento en que los distintos asentamientos se establecieron parece ser el criterio fundamental de la diferenciación entre ellos. En efecto, la diferencia temporal entre antiguos y nuevos asentamientos se traduce generalmente en una estructura organizacional diferencial de cada uno de ellos y en un acceso también diferencial a infraestructura, servicios urbanos y políticas públicas. Así, Puente de Fierro, el primer asentamiento de la zona (1994), cuenta con una densidad organizacional mucho mayor que La Esperaza (2004), uno de los asentamientos recientes, en términos de presencia de organizaciones políticas, comedores comunitarios y vínculos con las instituciones públicas. Mientras en el primer asentamiento existen al menos seis comedores, dos iglesias (una católica, otra evangélica), diversas organizaciones políticas pertenecientes al peronismo y la izquierda que militan activamente, y sólidos vínculos con distintos programas y políticas sociales de la provincia y el municipio, en el segundo asentamiento sólo existen dos comedores bastante recientes y los efectores de políticas sociales están desplegando estrategias para establecer vínculos con las organizaciones establecidas y sus residentes. Estas diferencias se traducen en desigualdades significativas evidentes en el acceso a planes y subsidios estatales, talleres para mujeres, niños y adolescentes, capacitaciones laborales para jóvenes y proyectos a largo plazo como construir una escuela. A la vez –y por lo anterior- se observan marcadas diferencias en cuanto a infraestructura y servicios urbanos entre ambos asentamientos, presentando el primero asfalto en muchas de sus calles, luz y agua, mientras el segundo carece de calles y solo recientemente cuenta con dos canillas comunitarias para acceder al agua, después de que el incendio de una casilla provocara la muerte de una persona. Esta división entre asentamientos se reproduce, además, en diversas prácticas cotidianas y excepcionales como las celebraciones del día del niño a las que nos referíamos en el inicio de este apartado.

Cada barrio tiene su fondo

En segundo lugar, hacia el interior de cada uno de estos asentamientos también existen marcadas diferencias, replicándose la lógica de la antigüedad y el fondo que se evidenciaba en las relaciones entre los residentes de los sectores 1 y 2. Es decir, los recién llegados se ubican más lejos, hacia atrás, en el fondo, tienen peores condiciones de vida, mayores dificultades para acceder a políticas sociales y las relaciones entre unos y otros son tensas. Nos encontramos una tarde en el comedor “Los chicos del Puente”, ubicado en 29 entre 87 y 88, charlando sobre el barrio con los coordinadores Daniel y Mónica.

Hablan de que el barrio ha crecido mucho y sigue creciendo. Mónica señala que “el espacio de la 90, de la 90 bis, era todo un campo, ahora está lleno de casas, todo está lleno de casas. El barrio que pasa de la vía al otro lado digamos”. Y Daniel acota que “no han cambiado nada, va..., sí algunas casitas sí, pero no como el crecimiento de *este barrio*, en ese sentido creció mucho, muchísimo”. Además, señala Mónica, el peligro es allá al fondo, en 27 y 89. Ahí sí han sido robados, han sido golpeados, justo en la cuadra de mi casa, en la otra esquina”.

Azucena vive en Puente de Fierro desde hace 12 años y realiza la contraprestación por el plan que recibe del gobierno en el comedor que coordinan Mónica y Daniel. Al igual que ellos señala que “de 89 para allá son gente que vinieron después, porque cuando yo me vine a vivir acá de aquel lado no había nada, era todo campo” y mientras “acá recién se están haciendo casa de materiales, allá no. Ahí era todo campo, había como una laguna ahí, yo me acuerdo cuando estudiaba, salía de la escuela que iba a la escuela 72, estaba haciendo noveno, y me iba a jugar con los compañeros por ahí, con las compañeras, y era todo campo. Y hace un año me fui a dar una vuelta, la primera vez que me fui para allá, porque con todo lo que ocurría no iba, pasé por allá no lo podía creer, está todo poblado”.

Ese sector, de 89 hacia 90 y “de 27 para allá [hacia 25], porque eso también era todo campo” se pobló hace unos pocos años. En diversas situaciones Daniel (de Puente de Fierro), Carlos (de la canchita) y Ester (de la 90) han señalado lo reciente de esa ocupación en lo que anteriormente era una huerta. Azucena vive en 29 entre 88 y 89, es decir, alrededor de cien metros de la 90 y doscientos de la 27, y nunca pasa por ahí. Cuenta que “a mí me da miedo de noche porque, no sé, me quedó ese miedo de que se juntaban ahí [varones jóvenes], cuando se juntaban así en la esquina, pasaba la gente, uno de los chicos lo paraban, le pedían plata, lo apuntaban con algo, le daban la campera, la zapatilla, y siendo que era vecino de ahí, de la vuelta. Por esa razón, ese era el miedo. Ahora por ahí esté un poco tranquilo, quizás no. Pero igual no me animo a salir”. Y señala que “el que me da más miedo a mí es el barrio de allá atrás, no sé cómo le dicen a ese barrio, el de 90 y 27, porque decían que había chicos más peligrosos, no sé cómo será el tema ahora. Yo me enteraba cuando iba más días al comedor, cuando había gente, cuando salía un poco más. Pero ahora ya no, no sé cómo estará, si está tranquilo. Porque también había robos, disparos, que se juntaba un grupo de chicos de aquella esquina, con el de allá atrás que no se querían y se amenazaban, se peleaban, había esas cosas así”. Complementa señalando que “son chaqueños, dicen, chaqueños, misioneros, no sé. A mí me dijeron que son peligrosos”. Le pregunto cómo es la relación con ellos y me dice “hola

y chau, nomás. No somos de... yo a la gente que no conozco por ahí no la saludo, porque no la conozco, la mayoría de la gente se trata así, hola y chau. Por ahí la gente que conoce un poco más “¿Cómo estás? Bien”. Porque el barrio de aquel lado son todos conocidos entre ellos, por ejemplo de Chaco dice que vinieron varias familias, hay unos misioneros que vinieron de varias familias, y están siempre juntos”.

De esta manera, dentro de *un mismo asentamiento* se señalan *barrios distintos*, referenciados por la antigüedad relativa, la posibilidad de progresar, la procedencia de sus residentes y las relaciones que los unen. Nuevamente, una conjunción de límites sociales y simbólicos producen clivajes en personas que atravesaron (y atraviesan) una experiencia común vinculada con la producción de su hábitat y la figuración relacional (re) produce desigualdades en el acceso y distribución de recursos y prestigios.

La imagen de sí

En tercer lugar, en relación con la imagen de sí y de su entorno se observa cierta ambivalencia. Si Elias y Scotson (2000) señalaron que existe la tendencia por parte de los *outsiders* a aceptar como verdadera la imagen que ellos construyen los establecidos, esta situación corresponde en nuestro caso sólo a situaciones específicas. Es más generalizado y habitual, en cambio, que la imagen que los residentes construyen de sí mismos y de los demás se encuentre atravesada por la *ambivalencia*. Es decir, es común caracterizar al barrio como compuesto por una mayoría de buenas personas (donde bueno refiere de manera específica a las capacidades y voluntades de los residentes en torno al trabajo y, en menor medida, a cualidades como la ayuda y la reciprocidad entre vecinos) y una minoría, muy visible, de personas problemáticas.

Así, la mayor parte de los residentes señala, como hace Víctor acerca del asentamiento donde vive, que “la gran mayoría de gente es gente de trabajo, casi toda es gente de trabajo, hay solo una zona que tiene tres o cuatro casas que desgraciadamente se juntan chicos que no tienen otra cosa que hacer”. En la misma dirección, durante un charla en el comedor de Puente de Fierro, Mónica señala que “hay gente buena y hay gente... diferente, qué va a hacer. Hay gente buena, hay gente también mala, una que te puede dar más una mano que la otra”. En la misma charla, Daniel sostiene “hay mucha gente laboradora, la mayoría de la gente son laboradoras” y Mónica coincide: “acá sí, eso es lo que tiene, la mayoría son de provincia y trabajadora. Y la minoría, son poquitos, pero hacen mucha bulla”.

De esta manera, en términos generales sostienen una imagen positiva del sí mismo y de sus vecinos, a la vez que señalan *una minoría de los peores* bastante reducida y acotada

espacialmente, pero visible y ruidosa, con la que generalmente la gente de afuera suele asociar al barrio. Es decir, movilizan un conjunto de categorías y valores –trabajo, esfuerzo, ganas de progresar- para revertir el estigma que habitualmente recae sobre ellos a la vez que reconocen como problemática a una minoría de los residentes. En estos relatos, además, se evidencia un fuerte sentido de pertenencia al lugar que se habita; se trata de *su* barrio.

Otros expresan esta ambivalencia de otro modo, desplazándose en la evaluación desde el barrio y los vecinos a las casas y la familia. Ester y Javier viven en *la 90* hace más de una década y más allá de su sueño compartido de regresar al norte, expresan un fuerte sentido de pertenencia al lugar. A diferencia de su hija mayor, que prefiere *el centro*, Javier me cuenta una tarde mientras lo acompaño al chiquero donde cría cerdos su sueño de hacer una casa con frutales y parra en ese terreno, contrastando la tranquilidad y el verde del barrio con el ruido, el tránsito y la inseguridad del centro. Al mismo tiempo, afirma que “en el barrio te tenés que llevar bien con los vecinos o irte”, señala que muchos son vagos, jodones, chupan, pero que a él y a su familia nunca les robaron, pues hay ciertos códigos y cuando puede los ayuda. Ester, su mujer, es menos contemplativa. Si bien junto con Javier llevan adelante un comedor para ayudar, sin distinciones, a los pibes del barrio, me dice: “estoy viviendo acá hace 12 años más o menos y hay gente que vino y en 12 años no progresó nada, hay algunas casas que ni el piso tienen. No progresaron nada. Nosotros no, nosotros empezamos con la piecita y nos costó hacer la casa, pero acá hay gente que desde que vino sigue en lo mismo, peor capaz, la casa capaz que se le cae a pedazos y no le importa”. El barrio se dividiría entre quienes progresan y quienes no lo hacen, diferencias que se expresan en las casas. “Acá cada casa es un mundo –prosigue- y muchos están acostumbrados a estar todo el día chusmeando lo que hace el otro, todo el día chupando, porque acá hay esa gente, que está todo el día chupando, dos o tres días chupando ¡y laburan! Hay algunos, no te digo todos, hay algunos que laburan en construcción, o en changas, en lo que haya, haciendo pozos, qué se yo. Y hay algunos que viven del plan solamente o ponele ahora de las becas, o del comedor, de eso”. No alcanza, entonces, con el trabajo. Hay cuestiones morales y conductuales, que se traducen especialmente en la casa, que impiden progresar.

En este sentido, las políticas sociales son también señaladas por algunos como un obstáculo para el progreso. “Como que están esperando lo fácil, que vengan, que les den, les dan chapas, les dan todo, ¿y sabés qué es lo que hacen? las venden”, remarca Ester. En la misma dirección Azucena señala que “la mayoría de la gente se adapta a los comedores y al plan, porque andan de comedor a comedor y no trabajan, ese es otro tema, por eso es

que la mayoría de la gente por ahí no progresa, digamos, porque están en su casa y van al comedor y piden comida y le dan, hasta mandan a los chicos que tomen el te y los padres están tranquilos viste”.

Para muchos las procedencias explicarían la predisposición para progresar. Un día, recorriendo unos comedores con Adolfo, me dice que

“acá hay gente que crece, que va creciendo, se va construyendo sus casitas de material. Pero principalmente son *los extranjeros*, eso es algo para pensar ¿no? El argentino se queda en su casilla, mal, le cuesta mucho construir, en cambio el peruano, el paraguayo, empieza a construir su casa. Porque *el argentino* está acostumbrado a recibir, esa es una de las cuestiones que hace mal el Estado, vos tenés que dar, pero también tenés que pedir a cambio. Acá le das pero no hace nada”. Incluso para Adolfo también las ocupaciones se diferenciarían por nacionalidad “algunos son albañiles, muchos albañiles, panaderos... y el argentino es cartonero”.

Víctor vive en el asentamiento que comienza en 19 y 81, conocido por todos como *el barrio de los peruanos*. “La mayoría somos extranjeros, al menos de la zona que estoy yo, que es de 81 a 85, y de 15 a 17, la gran mayoría son extranjeros”, señala. Y lo mismo sostiene Aurora “acá son más extranjeros que argentinos, en esta parte [se refiere a la calle 81] por ejemplo la única argentina soy yo. Y la parte de atrás también. Ahí hay uno más que es argentino y después el resto es todo peruanos y acá a la vuelta todos peruanos, o sea que acá, en esta manzana, solamente dos argentinos hay”. Víctor dice que “todo el mundo se da cuenta que somos extranjeros y nos tratan como extranjeros” al tiempo que remarca que precisamente por tratarse de un barrio de trabajadores y de extranjeros “puede salir adelante y va salir de hecho, la gran mayoría al ser gente de trabajo, al ser la gran mayoría también extranjero, es como que anhelan tener lo suyo, no quieren las cosas de arriba, inclusive queremos comprar un terreno, no es que queramos que nos lo regalen, no, lo queremos pagar, que nos pongan el precio, nosotros lo pagamos, que nos den facilidades”. Me dice –y lo he podido comprobar a la largo del tiempo que llevó el trabajo de campo- que, pese a las condiciones y con mucho esfuerzo, el asentamiento avanza “si tu vas un día y vuelves en una semana vas a ver que algo cambió, algo cambió, no somos gente que se queda en lo que está, que vive, no es por nada, pero que vive así, digamos del plan social. No, si tu vas y preguntas en el barrio, si bien hay gente que vive del plan social, la mayoría son gente que vive de su trabajo”.

En algunas situaciones lo oposición se transforma en interior/provincia versus platense. Mientras tomamos mate en su comedor, Ester señala que “son pocos los que progresaron acá, muy pocos, gente por ahí *de provincia*” y Marcos, un joven de 28 años procedente de Catamarca que vive en la 90 acota: “no es tema de discriminación pero por

ahí al *platense* que es humilde le da lo mismo si tiene o no tiene, en cambio el provinciano, el extranjero o el que sea de afuera viene con fuerza, con ganas de hacer algo, porque le cuesta el mango”. “Con ganas de progresar”, remarca Ester. Con *platense* se referían a hijos de migrantes “nacidos acá”, jóvenes de 20 o 30 años.

En las únicas situaciones donde asistimos a la aceptación de una imagen de sí acorde con la que señalan los establecidos fue entre los residentes de la zona de la 90, el fondo de los asentamientos de Puente de Fierro y la canchita. La imagen que presentan de sí mismos es la de anomia generalizada y sin pertenencia con el lugar.

“Nos robamos mutuamente loco, entre vecinos –me cuenta Claudia, una joven de 27 años, madre de cinco chicos, que se dedica al cirujeo-. A mí me costó ese lavarropas y que venga el vecino de allá que sabés que se falopea y te lo robe por 50 pesos para comprarse falopa te da por las bolas, ¿me entendés? Porque todos luchan acá por tener algo, todos tienen bastantes chicos, y no tienen uno o dos, ¿me entendés? Y eso es como que duele una banda porque te roban los propios vecinos, andá robar a otro lado, o no sé, andá a mendigar, que es otra cosa. Pero no, vienen y te roban por la cara cosas que a vos te costaron”.

Sostiene que “no tenemos nada en este barrio” y que “lo más triste de este barrio es que somos mucha gente, muchos chicos y nadie se ayuda con nadie. Al contrario, más discriminación, más rastreo que otra cosa, eso es lo malo que hay acá”. Y en la misma dirección Zulema me decía que “no me gusta nada de este lugar, pero estoy porque no puedo comprarme algo mejor y más al centro. No me gusta este barrio, no me gusta ni para mí ni para mis hijos ¿pero qué va a hacer? Es lo que hay”.

Sin dudas, esto se debe a una combinación de diversos factores y ejemplifica adecuadamente los efectos de la temporalidad diferencial en los modos en que los actores se clasifican y relacionan entre sí. En efecto, se trata de los asentamientos (y porciones de algunos asentamientos preexistentes) más recientes, con las peores condiciones socioeconómicas y habitacionales, donde sus residentes carecen de vínculos fuertes tanto con las organizaciones y residentes más antiguos (quienes los ven como recién llegados y, como mostramos con anterioridad, les temen y los evitan) como entre ellos. En esta situación, quizás transitoria, es sumamente difícil establecer un sentido de pertenencia con el lugar, se exagera la tendencia ya presente en relatos como los de Javier y Ester a diferenciarse de sus vecinos y la única alternativa deseable más no posible es la huida.

Wacquant (2007) ha señalado que la estigmatización territorial produce efectos similares entre los residentes de configuraciones socio-espaciales distintas (el gueto negro y el cinturón rojo) vinculados con la tendencia a la diferenciación, fenómeno que mina la cohesión y la solidaridad internas. A partir del análisis de barrios carenciados de Suecia Jorgensen (2010) mostró, en cambio, que barrios similares en términos de condiciones

materiales de vida son disímiles si tomamos en cuenta el sentido de pertenencia de sus residentes, lo que lo llevó a preguntarse por “la conexión entre la calidad de los vínculos sociales locales y el sentido de pertenencia” (2010: 7; traducción propia). Al respecto sostuvo que “la movilidad y los patrones de movimiento son factores muy importantes para comprender las condiciones de cohesión social y comunidad en barrios pobres” (2010: 14-15; traducción propia).

Muestro caso muestra, quizás, la necesaria relativización o matización de dos ideas habituales. Por un lado, la que sostiene que los *outsiders* reproducen y aceptan como propia la imagen que de ellos construyen los establecidos; por el otro lado, la que sostiene que el estigma que sobre ellos recae conduce inevitablemente al incremento de la diferenciación y conflictividad interna, minando la cohesión grupal.

Por supuesto, dijimos matizar y no descartar. Así, al tiempo que matizamos ambas cuestiones debemos remarcar que la imagen que sobre los *outsiders* construyen los establecidos los interpela. En nuestro caso, la imagen de sí resultante de ese diálogo tenso es, en la mayor parte de las situaciones, ambivalente. Solo en casos específicos esa imagen se acepta como propia y sus efectos (diferenciación, falta de cohesión y apego al lugar) se manifiestan plenamente. Pero, agregamos nosotros, las razones de que esto ocurra en unos casos sí y en otros no dentro de una misma unidad territorial depende de las relaciones sociales en las cuales los actores se encuentran insertos.

Del binarismo al desdoblamiento

Del análisis de las dinámicas presentes tanto entre los sectores 1 y 2 como hacia el interior del sector 2 surge la necesidad de reflexionar acerca de los usos habituales de la figuración establecidos – *outsiders*, básicamente por dos motivos. En primer lugar, porque si bien desde la perspectiva dominante en el sector 1 lo que caracterizaría al sector 2 sería la desorganización y la anomia, los residentes de tal sector cuestionan tal caracterización, a la vez que son un grupo sólo desde el punto de vista de los residentes del sector 1, ya que en su dinámica se identifican múltiples organizaciones y diferenciaciones. En segundo lugar, lo que nuestro caso ilumina es que como bien marcaba Elías el clivaje percibido en Winston Parva no hablaba de divisiones perennes, relativas a las cualidades innatas de cada grupo, sino de relaciones sociales entre los grupos dentro de una figuración social.

Revisitar la “figuración establecidos y *outsiders*” permite, en este segundo sentido, reafirmar la tesis de Elías saliendo del binarismo con el que a veces se la asocia. Como sostiene Antonádia Borges “a semejanza del principio segmentario construido por Evans-Pritchard a partir de la etnografía con los Nuer, la oposición entre establecidos y *outsiders*

se desdobra constantemente, orientando en cada nueva relación la forma como los agentes se comprometen con el mundo que los rodea”. Es decir, al interior del sector dos, tanto en las relaciones entre residentes de asentamientos antiguos y recientes como al interior de cada uno de los asentamientos en la oposición entre delante y fondo, es posible identificar como se desdobra la oposición fundamental identificada por Elías. Así como en la *lógica segmentaria* descrita por Evans-Pritchard los segmentos solo existen como unidad categorial cuando se oponen a un segmento externo, para luego hacia el interior dividirse en segmentos antagónicos, la periferia es una solo con respecto a la ciudad, así como el sector 2 lo es solo con respecto al sector 1. En la cotidianeidad emergen otros clivajes, otras disputas, comprensibles a partir de la noción de desdoblamiento de la figuración establecido-*outsider*, mecanismo por medio del cual se movilizan las mismas categorías binarias (antiguo-reciente, delante-fondo, etc.) para aplicarlas a otros marcos relacionales

5- Epílogo. Experiencias comunes y espacios propios

A principios de febrero de 2009, cuando mi trabajo de campo en el barrio había concluido, fui invitado a la primera reunión del año de la Asamblea de Puente de Fierro. Era un caluroso y húmedo miércoles por la tarde, y el sol se sentía más fuerte en aquel lugar carente de árboles y reparos que dieran sombra. Éramos pocos asistentes a esa primera reunión anual: las vacaciones, el calor y una convocatoria quizás apresurada eran las razones que se manejaban como posibles causas de tan baja asistencia. Se habló fundamentalmente de cómo programar el año entrante, lo que rápidamente derivó en una charla sobre el rol y las finalidades de la asamblea. Generar un espacio común de diálogo y encuentro barrial, superar la fragmentación existente en el barrio, ser un puente⁸⁸ entre los distintos actores; sin dudas, es esa la idea compartida por sus movilizadores y por los más fervientes y sistemáticos concurrentes. Y, sin embargo, para ellos -y después de dos años de trabajo- la incógnita persiste. Como se preguntó uno de los asistentes de esa primera reunión del año: “¿Cómo llegar al barrio?”. Pregunta que no tiene una respuesta sencilla para ninguno, pues la propia historia de la asamblea es un continuo experimento en pos de dicho fin. Pero si la pregunta no tuvo –ni tiene– una respuesta sencilla, surgieron inmediatamente en ese contexto un conjunto de hipótesis de los motivos por los cuales la tarea de la asamblea es difícil y compleja: -“Hay distintos conceptos de barrio entre la gente y nosotros”, dijo Manuel, residente en el barrio y asiduo concurrente a la asamblea. Y continuó: “para la gente el barrio son dos cuadras” -“Cuesta mucho que la gente salga de su lugar”, remarcó de modo coincidente Cintia, psicóloga del CPA -“Hay además muchas peleas políticas”, señaló Ester en referencia a las distintas organizaciones presentes en el lugar -“Y conflictos de lazos familiares”, complementó Ana, socióloga del Programa Barrio Adentro.

⁸⁸ *El Puente* es precisamente el nombre que se le dio a la revista de la Asamblea, en referencia explícita a Puente de Fierro y a la finalidad de la asamblea misma, ser un puente. El primer número salió a mediados de 2009.

Superar la angustia y la desorientación que se intuyen tanto en la pregunta -¿cómo llegar al barrio?- como en las posibles respuestas ha sido el motor de este capítulo. De nuestro análisis se desprende que un ámbito que para una mirada ajena y extraña es un área relativamente amplia y homogénea en términos de apariencia, indicadores sociodemográficos y dotación de infraestructura urbana es, para sus residentes, un ámbito heterogéneo, donde proliferan categorías clasificatorias acerca de las personas y los grupos, produciendo de esta manera un efecto de *multiplicación de espacios en un lugar restringido*.

La idea de que un espacio urbano es un único barrio, villa o asentamiento es una idea habitualmente promovida por el grupo de líderes que busca representar y organizar a la totalidad de sus residentes o por las categorías de gestión y administración estatales (cuestión esta última que, como señalamos, tiene relevancia en la vida cotidiana de los residentes del barrio, al constituirse un espacio público local y marco de interlocución con el poder municipal). Sin embargo, sus habitantes diferencian distintas zonas fundamentando esto en elementos diacríticos como la infraestructura (presencia o ausencia de iluminación, asfalto, cloacas, etc.), elementos urbanos (camino, vías, discontinuidades en la trama), el origen de la población (bolivianos, paraguayos, migrantes del interior del país), el tiempo de residencia (viejos y nuevos residentes), la situación legal de los terrenos (propietarios, ocupantes), o una combinación de varias de estas dimensiones. Así, además de las *límites sociales* en tanto formas objetivadas de diferencias sociales manifestadas en el acceso y la distribución desigual de recursos y oportunidades, debemos tener presente lo que Lamont y Molnár (2002) denominan *límites simbólicos*, es decir, distinciones conceptuales realizadas por los actores sociales para categorizar objetos, personas y prácticas, que mantienen relaciones complejas (refuerzo, inversión, etc.) con los límites sociales. De este modo se observan en el espacio barrial *múltiples límites simbólicos* a partir de las cuales proliferan distinciones relativas a la nacionalidad, el modo de vida y las cualidades morales de los grupos y las personas que habitan “un mismo” espacio. La consecuencia directa de esto es que en general *el espacio vivido como propio* es extremadamente acotado. Como sostuvo Ester “el barrio la 90 son estas dos manzanas”.

Sin embargo, el análisis de la trama relacional de la periferia buscó mediante la identificación de heterogeneidades (límites, diferencias, desigualdades) no sólo cuestionar la mirada exterior que lo supone un espacio homogéneo sino también identificar lo que siguiendo a Alejandro Grimson (2007) podríamos llamar la *lógica de la heterogeneidad o la diferencia* en el espacio barrial. Es decir, no se trató únicamente de contraponer a una mirada homogeneizadora otra que enfatizara la proliferación de las diferencias y las

heterogeneidades; en lugar de esto, al ver que las diferencias no se distribuían aleatoriamente, se buscó comprender el modo y los criterios en base a los cuales los actores identifican y señalan diferencias, así como se propuso una hipótesis interpretativa acerca de los procesos que se encuentran en la base de tal lógica de la heterogeneidad.

En este sentido, desde nuestra perspectiva las diferenciaciones entre personas que han atravesado una experiencia común en las formas de llegar, establecerse y vivir en la ciudad, diferenciaciones sustentadas en un conjunto de diacríticos como infraestructura, procedencia y/o tiempo, se comprenden si introducimos las relaciones sociales y el tiempo. Por un lado, los residentes de los distintos asentamientos han pasado por experiencias similares vinculadas con habitar la ciudad en momentos distintos y se han sustentado en un conjunto de vínculos como la participación en organizaciones políticas y sociales y el establecimiento de relaciones de parentesco y de vecindad diferentes. Por el otro, las diferencias temporales en una experiencia común se traducen en diferencias organizacionales y, consecuentemente, en acceso desigual a terrenos, infraestructura y servicios urbanos, y a los beneficios de las políticas sociales, desigualdad que reproduce las diferencias entre los grupos. Así, los relatos sobre el establecimiento en la periferia tienen fuertes paralelismos (al igual que la posición y experiencia de la ciudad) pero la vida cotidiana en el espacio barrial remite a posiciones diferenciales y a redes de relaciones distintas que tienen como resultado que las personas se piensen como miembros de grupos distintos, se relacionen en la clave nosotros-ellos y en tales relaciones se (re) produzcan desigualdades en el acceso y distribución de recursos y también de prestigio.

En definitiva, como decíamos anteriormente, categorías sociales como barrio y asentamiento o delante y fondo no remiten necesariamente a las cualidades intrínsecas de los espacios físicos de una ciudad, sino que antes nos hablan de las relaciones sociales que se dan entre sus residentes. Las mismas funcionan, entonces, como categorías sociales que remiten a los modos como las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios.

CAPÍTULO V

La ciudad invertida: la experiencia de la segregación

“Hace ya varios días que vivimos en una nueva casa, lejos del centro, a orillas de los inmensos terrenos baldíos que rodean La Plata —esa franja que ya no es la ciudad ni es, aún, el campo. Frente a la casa hay una antigua vía de ferrocarril desafectada, basuras y desechos abandonados, al parecer, hace ya mucho tiempo. De cuando en cuando, una vaca”

(...)

“En el barrio donde vivimos ahora, la calle está como bombardeada de baches hondísimos entre los que los colectivos y los autos tratan de abrirse un camino lo más clemente posible. Por suerte, los barquinazos se hacen más esporádicos a medida que nos acercamos al centro, a la Plaza Moreno”

Laura Alcoba, La casa de los conejos

1-Estudiar la segregación. Una antropología de los límites.

Sabemos que el espacio de las ciudades no es homogéneo o indiferenciado: ni las residencias de los habitantes ni tampoco las infraestructuras y los servicios urbanos se encuentran distribuidos de manera uniforme por la ciudad. La pregunta por la proximidad o la distancia entre grupos sociales en el espacio urbano, por la homogeneidad o heterogeneidad de los distintos espacios residenciales de una ciudad, o por el grado de concentración de un grupo social en un determinado territorio son distintas maneras de acercarse al estudio de la segregación socio-espacial, término ambiguo que designa “tanto al proceso como a su resultado” (Wieviorka, 2009: 79). Por lo tanto, preguntarse por la segregación espacial supone indagar en qué medida se correlaciona un grupo social (que puede ser definido en base a distintos atributos como la clase, la etnia y la religión, entre otras) con un determinado sector de la ciudad y cuál son los vínculos y las relaciones que los miembros de ese grupo establecen con el resto de la ciudad.

Al respecto debemos tener también presente la variabilidad histórica, social y cultural de la segregación. En efecto, en distintas sociedades son segregados grupos sociales definidos en base a distintos atributos y relaciones. Para citar solo un ejemplo, mientras la segregación predominante en la sociedad norteamericana se basa en criterios raciales, teniendo al gueto como su forma socio-espacial específica, en las ciudades latinoamericanas ha predominado la segregación en base a criterios socio-económicos o

de clase, teniendo en el conventillo porteño su forma socio-espacial tradicional, donde no es la raza o la etnia lo que se espacializa, sino una condición social compartida por personas de distintas procedencias.⁸⁹

Ante la evidencia de que los grupos sociales no se distribuyen de manera aleatoria en la ciudad ni que todos acceden a la misma calidad de infraestructura y servicios urbanos tenemos que dirigir nuestra mirada a los actores involucrados en tales procesos: el Estado y sus mecanismos y políticas de (des) regulación del uso del espacio, el mercado de tierra urbana y los agentes inmobiliarios, con sus proyectos y emprendimientos, y las múltiples organizaciones como ONGs, organizaciones políticas y sociales, sociedades de fomento o asociaciones de vecinos, entre otras, para las cuales el acceso, la permanencia y las mejoras del territorio son el foco de su acción. En términos más abstractos, debemos dirigir nuestra atención a las cambiantes y conflictivas relaciones entre Estado, clases y espacio (Wacquant, 2007). Es necesario, entonces, desustancializar los espacios urbanos, es decir, poner en cuestión la idea según la cual las razones de que un espacio tenga determinadas cualidades se encuentra en el espacio mismo, en una supuesta esencia de la que ese espacio (y sus habitantes) sería portador.

Por medio de la comparación entre el gueto norteamericano y la periferia de París, Wacquant (2001, 2007) mostró que, más allá de similitudes morfológicas e incluso de vivencias semejantes entre sus residentes, nos encontrábamos ante formas socio-espaciales específicas, que remiten a lógicas diferentes. En sus palabras, mientras el gueto es “un universo racial y culturalmente homogéneo caracterizado por una baja densidad organizacional y una débil penetración del Estado social”, la periferia parisina “es fundamentalmente heterogénea en el plano de su composición étnico-nacional y su estructura de clase, con una fuerte presencia de las instituciones públicas” (2007: 200). Así, si bien por la conjunción de alta densidad organizacional, heterogénea composición de la población y fuerte penetración estatal en el territorio, que como vimos se traduce en la coexistencia en un mismo espacio de una pluralidad de grupos sociales, diversas organizaciones sociales y políticas, y la presencia –desde la lógica de la focalización y la descentralización- de una multiplicidad de instituciones, políticas y programas públicos en el espacio barrial, los barrios populares de las ciudades argentinas se encontrarían mucho más cerca de la lógica predominante en la periferia francesa que en el gueto norteamericano, debemos introducir un matiz significativo. Incluso reconociendo la

⁸⁹ Este contraste tiene fines comparativos y heurísticos. No debe hacernos perder de vista los elementos vinculados al “enclavamiento de las relaciones raciales” y a “la racialización de las relaciones de clase” (Margulis, 1998) presentes en los casos norteamericano y argentino respectivamente.

mayor semejanza del caso argentino con el francés, las organizaciones sociales y políticas tienen en el primero una centralidad al parecer mayor que en el segundo. Como vimos en los capítulos previos, en los barrios populares argentinos, además de tener una larga profundidad temporal, las organizaciones median y articulan las cambiantes y conflictivas relaciones entre Estado y residentes del barrio.

Ahora bien ¿qué aportes podrían hacerse al estudio de la segregación desde la antropología? ¿Cuál sería la especificidad de su mirada? Del análisis de la producción académica (dispersa y heterogénea) sobre el tema surgen varias cuestiones relevantes:

En primer lugar, la proliferación de categorías: segmentación, división, fragmentación e incluso marginalidad y exclusión, son algunos de los conceptos que, aunque partiendo de premisas distintas y recortando analíticamente distintas clases de problemas, tienen puntos de intersección y solapamiento con la noción de segregación. Tal multiplicidad conceptual es problemática, ya que no se trata de sinónimos y, por lo mismo, no son términos intercambiables. De hecho, cada uno de esos conceptos tiene su historia teórica y sus implicaciones específicas. Así, por ejemplo, una noción como la de fragmentación, bastante generalizada últimamente, implica asumir la separación de la totalidad urbana en segmentos socio-espaciales relativamente autónomos. Otros estudios, en principio opuestos a la noción de fragmentación, replican esa autonomía al tomar como unidad de análisis barrios y no pensar las relaciones que sus residentes mantienen con el resto de la ciudad, estrategia habitual en el estudio de urbanizaciones cerradas.⁹⁰

En segundo lugar, incluso cuando se trabaja bajo una misma categoría, se observan énfasis temáticos diversos, cierta polifonía que hace que con un mismo término se refiera a procesos diferentes. Así, por ejemplo, Martha Schteingart (2001) identificó en México cinco tipos de estudios agrupados bajo la noción de segregación⁹¹ y un panorama similar describe Prévot-Schapira (2001) en cuanto a los usos de la noción de fragmentación urbana en las investigaciones recientes.⁹²

⁹⁰ Un caso paradigmático es el dossier de la revista *City & Society* publicado el año 2004 a partir de una mesa temática celebrada en la reunión anual de la American Anthropological Association, en 2002. Véase Kuppinger (2004)

⁹¹ Investigaciones donde la segregación urbana se relaciona según los casos con: la expansión de las ciudades y el crecimiento de la población; los servicios urbanos y la vialidad; sus aspectos históricos; estudios de sectores de la ciudad: centro, barrio, periferia irregular; nuevas formas de segregación urbana como los barrios cerrados.

⁹² Proceso histórico de fragmentación de la unidad urbana; ausencia de autoridad metropolitana (fragmentación institucional); lógicas de gestión de servicios privatizados; creación de territorios ad hoc; proximidad de ricos y pobres, pero en espacios herméticamente cerrados, lo que establece relaciones asimétricas entre las dos partes de la ciudad.

Por último, se observa el predominio en los estudios sobre segregación de las variables y dimensiones cuantitativas del fenómeno,⁹³ con la consiguiente ausencia de trabajos que centren su atención en la dimensión práctica (usos y representaciones) de la segregación socio-espacial. La significativa excepción son los trabajos pioneros de la sociología de la Escuela de Chicago, que nos remiten a la imagen propuesta en las primeras décadas del siglo XX por Robert Ezra Park (1999) de la ciudad como un mosaico de “pequeños mundos” (los cuales fueron descritos en profundidad por medio de la etnografía urbana) que se tocan sin interpenetrarse y entre los cuales los individuos pueden circular fácilmente. Tanto la imagen de la ciudad como mosaico, con mundos separados claramente por rígidas fronteras, como la imagen paradójicamente opuesta, acerca de la facilidad con que los individuos podían transitar por esos mundos claramente distintivos y separados, constituyen un interlocutor significativo para este capítulo.⁹⁴

Ahora bien, incluso en aquellos trabajos predominantemente cuantitativos en que se reconoce la importancia de las dimensiones simbólicas y experienciales de la segregación, estas últimas aparecen relegadas a tener un lugar secundario. Ese es el caso, por ejemplo, del trabajo de Sabatini, Cáceres y Cerdá (2001) sobre la segregación en las principales ciudades chilenas, en el que identificaron tres dimensiones principales de la segregación residencial socioeconómica:

- 1-La tendencia de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad.
- 2-La conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos.
- 3-La percepción subjetiva que los residentes tienen de la segregación “objetiva” (constituida por las primeras dos dimensiones) que, según estos autores, en las

⁹³ Vale señalar que no hay acuerdo entre las investigaciones de corte cuantitativo de la segregación residencial sobre su definición y los índices más adecuados para estudiarla. En un intento por sistematizar cuatro décadas de investigaciones sobre segregación residencial en Norteamérica y realizar una propuesta superadora a la dispersión predominante, Massey y Denton (1988) sostienen que la segregación es un fenómeno multidimensional compuesto por cinco dimensiones relacionadas con los grados de uniformidad (evenness), exposición (exposure), concentración, centralización y agrupamiento (clustering) de los grupos sociales que habitan en una ciudad y testean 20 índices para medir cada una de estas dimensiones.

⁹⁴ Para cuestiones vinculadas con la segregación el trabajo más relevante de la Escuela de Chicago probablemente sea *The Ghetto*, de Louis Wirth (1928), donde “pretendía demostrar que tanto el gueto medieval, antes de que fuera impuesto a los judíos, como el gueto moderno de la ciudad de Chicago, corresponden, para quienes residen ahí, a protecciones y a un conjunto de recursos, y no solamente a un espacio de rechazo”, lo que hacía de esta específica segregación “más bien una ventaja y no un mal, ya que permite a los individuos participar en la vida de la gran ciudad, beneficiándose de cada uno de los recursos de la comunidad étnica inscrita en un territorio más pequeño” (Wieviorka, 2009: 80-81). Nuevamente, la idea de la coexistencia de mundos sociales con fronteras claras e individuos que se mueven de modo más o menos sencillo entre tales mundos.

situaciones trabajadas en ciudades chilenas consiste en “sentimientos de marginalidad y de “estar de más”.

Desde nuestra perspectiva, si bien enriquecedor, es insuficiente estudiar las percepciones de la situación de segregación, dejando de lado dimensiones prácticas, espaciales y simbólicas: los usos del espacio y las rutinas diarias, los ámbitos de sociabilidad, los estigmas territoriales, etc. Por otro lado, también es discutible la escisión tajante entre segregación objetiva y subjetiva. ¿Acaso no están en juego dimensiones simbólicas y subjetivas en la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en áreas específicas de la ciudad? ¿Y qué decir respecto de las percepciones y valoraciones que acompañan emprendimientos como urbanizaciones cerradas o políticas de relocalización de la población y renovación urbana?

Con la finalidad de complejizar la mirada, Rodríguez distingue dos “tipos” de segregación: una segregación geográfica, que significa desigualdad en la distribución de los grupos sociales en el espacio físico y otra de tipo sociológica, que significa ausencia de interacción entre grupos sociales. Al respecto señala que “la presencia de un tipo de segregación no asegura la existencia del otro (2001: 11)”. Si, como sugiere Cortés (2008), en lugar de pensar en tipos de segregación, lo geográfico y lo sociológico se constituyen en dimensiones interrelacionadas de manera compleja y cambiante de nuestro concepto de segregación, se abre un conjunto de cuestiones relevantes a resolver empíricamente, entre las cuales se pueden señalar:

-En primer lugar, es necesario señalar que habitualmente la dimensión geográfica es generalmente analizada de manera incompleta, ya que al referirse a la distancia como un atributo exclusivamente cuantitativo, no se contemplan tanto otros aspectos geográficos como la modalidad de localización (que puede ser abierta o cerrada, continua o discontinua, accesible o inaccesible) como los medios de comunicación y transporte de que disponen los actores sociales para recorrer o suprimir la distancia.

-En segundo lugar, la dimensión sociológica no es posible de deducir a partir de la geográfica. Por vía de los datos censales podemos conocer los criterios (económicos, raciales, étnicos, etc.) a partir de los cuales se distribuyen los habitantes en el espacio de la ciudad. Desconocemos, en cambio, si miembros de grupos distintos se encuentran, dónde, cuándo y para qué si es que lo hacen⁹⁵; tampoco sabemos cómo experimentan su

⁹⁵ Por supuesto, muchas investigaciones cuantitativas han ideado distintos índices para medir las probabilidades de encuentro en la vida urbana de personas que residen en distintas zonas de la ciudad correlacionadas positivamente cada una con un grupo social, como el grado de “exposición” (Massey y Denton, 1988) o “el índice de aislamiento socio-espacial” (Schnell y Yoav,

situación, ni cómo se piensan recíprocamente, en base a imaginarios, clasificaciones sociales y estereotipos socialmente construidos en sus interacciones cotidianas.

Teniendo en cuenta estas inquietudes, nuestra propuesta es pensar el análisis de la segregación residencial como una de las formas (pero la única) en que se expresan los procesos de limitación –establecimiento de límites y fronteras- social. Es decir, se debe reponer tanto su singularidad (no todos los límites sociales se expresan espacialmente) como aquellas características que comparte con otros procesos de establecimiento de límites a simple vista muy disímiles como, por ejemplo, las identidades étnicas (Barth, 1976), las clasificaciones sociales (Durkheim y Mauss, 1996; Bourdieu, 2007), las categorías morales (Lamont, 1992) y diversos tipos de interacciones sociales cotidianas (Simmel, 1986, 2001), que como veremos se relacionan de manera compleja entre sí.

El desafío interpretativo consiste en ir más allá de la constatación de la relación existente en determinado momento de una ciudad entre la estructura espacial de la distribución de agentes y la estructura espacial de la distribución de bienes, servicios y oportunidades. Ante un escenario de acceso desigual a la ciudad emergen las preguntas sobre las interacciones sociales entre grupos sociales desiguales y residentes en distintos espacios de la ciudad, las prácticas espaciales de los grupos segregados, las clasificaciones e imaginarios sociales en base a los cuales se regulan las prácticas espaciales y las interacciones sociales y el papel de las configuraciones espaciales en los modos de imaginarse y relacionarse con los demás y con la ciudad.

En esta dirección, la distinción propuesta por Lamont y Molnár (2002) entre fronteras o límites sociales y fronteras o límites simbólicos es pertinente para pensar la segregación socio-espacial como un tipo específico de limitación social que, a la vez que comparte con los otros tipos ciertos mecanismos y lógicas, presenta especificidades y particularidades. Lamont y Molnár (2002) proponen la distinción entre las fronteras sociales y simbólicas como un modo de intentar comprender el rol de los recursos simbólicos (distinciones conceptuales, estrategias interpretativas, tradiciones culturales) en la creación, mantenimiento, cuestionamiento e incluso disolución de diferencias sociales institucionalizadas (clase, género, raza, desigualdad territorial). Mientras las *fronteras sociales* son formas de diferencias sociales que se manifiestan en un acceso y distribución desiguales de recursos (materiales y no materiales) y oportunidades sociales, las *fronteras simbólicas* son distinciones conceptuales realizadas por los actores para categorizar objetos, gente, prácticas e incluso tiempo y espacio. Las relaciones entre ambos tipos de fronteras

2001). Actualmente se acepta que no existe correlación necesaria entre las dimensiones geográfica y sociológica.

son complejas⁹⁶ y no suponen una correlación o adecuación absoluta entre ellas. Así, las fronteras simbólicas pueden ser utilizadas tanto para reforzar como para cuestionar ciertas fronteras sociales.

La segregación socio-espacial, entonces, no se reduce a un fenómeno de desigual distribución espacial de bienes y servicios a través de la cual se expresa la frontera social. En la base de tal proceso hay también límites simbólicos, imaginarios y clasificaciones sociales que, sostenemos nosotros, se vinculan con la traducción de las posiciones sociales en el espacio urbano y la incorporación por parte de los actores sociales de las categorías espaciales para leer el espacio social (Bourdieu, 2002). El hecho de que distintas sociedades tracen límites sociales y simbólicos en base a diversos atributos (clase, raza, etnia, religión, incluso tiempo) nos muestra su gran variabilidad. En relación con esto, Bernard (1994) ha remarcado la habitual relación que parece existir entre segregación y contaminación (Douglas, 1973). El encierro, la clausura, la relegación e incluso el propio desplazamiento como modalidades de evitar el contagio de la enfermedad o el peligro del que el otro es portador, manteniendo de ese modo la pureza.

De este modo, nuestra estrategia en este capítulo consiste precisamente en *estudiar los límites o las fronteras*. En un movimiento equivalente al realizado hace ya mucho tiempo por Barth (1976) en el estudio de los grupos étnicos, que se desplazó desde el grupo hacia el límite que lo separaba de los demás y que le permitía constituirse como tal, se trataría no de mirar un lugar (barrio, urbanización cerrada, villa, etc.) sino sus límites (sociales y simbólicos) con los demás. En relación con las fronteras, coincidimos con Grimson (2004) en que el “énfasis insistente en el carácter poroso, ambiguo, híbrido de las fronteras, a veces parece olvidar por qué se las sigue llamando así: límite, diferencia, frente de batalla, separación, discontinuidad” y que tampoco ayuda demasiado a comprender el fenómeno la generalización deshistorizante que “afirma que `todas las fronteras son separación y unión al mismo tiempo” (pp. 3). Debemos, en cambio, analizar cómo se ordenan y jerarquizan las dos características de toda frontera: *la separación y la unión*. En toda frontera hay momentos de mayor apertura y otros de mayor cierre, hay personas que la atraviesan con mayor facilidad que otras, hay motivos o razones por los cuales es más factible atravesarla que otros. Así, debemos mirar las relaciones, las interacciones y las

⁹⁶ Podemos pensar, por ejemplo, la gran disputa simbólica en torno a las villas y los asentamientos, donde una forma socio-espacial ha adquirido múltiples y contrastantes significaciones. O los habituales estigmas territoriales que suponen un isomorfismo entre espacio, residentes y cualidades morales, marcando al habitante de zonas desfavorecidas en gran parte de sus interacciones cotidianas. De hecho, muchas veces las fronteras simbólicas persisten cuando se han abolido las fronteras sociales. Ese es el caso nuevamente de ciertos estigmas territoriales, que suelen persistir mucho tiempo después de que una villa se ha urbanizado.

prácticas concretas en el espacio urbano. En efecto, los análisis sobre segregación residencial nos indican los lugares donde las personas residen; nada nos dicen, en cambio, de lo que las personas hacen: dónde trabajan, cómo llegan hasta el trabajo, con quiénes y para qué se relacionan, con quiénes no, a quiénes evitan, etc., dinámicas en las cuales generalmente están presentes otros límites sociales y simbólicos en forma de estereotipos y estigmas territoriales, aunque la interacción ocurra a gran distancia del espacio residencial.

En base a estas inquietudes el presente capítulo se divide en tres grandes secciones, abocada cada una de ella a una cuestión específica. En la primera sección, “Topografía de la periferia”, se trabajan los modos de representar el espacio barrial y las distintas fronteras sociales y simbólicas que son relevantes para los actores sociales en las interacciones cotidianas. En la segunda sección, “Prácticas de espacio”, nos abocamos específicamente a caracterizar la relación entre las prácticas espaciales y las fronteras sociales y simbólicas; así, mientras la primera sección focaliza el modo de simbolizar el territorio, ésta se centra en la territorialidad de las prácticas. Por último, en la tercera sección, “Efectos de lugar”, nos abocamos a señalar el modo como el espacio urbano participa en el establecimiento y mantenimiento de las categorías sociales. Cierra el capítulo un breve epílogo sobre la ciudad que emerge tras el descentramiento producido al ir hacia la periferia y la postulación de una “estructura de interacción” específica que ayuda a comprender el vínculo que establecen con la ciudad los residentes de la periferia.

2- Topografía de la periferia

“En un sentido tanto inmediato como simbólico, tanto corporal como espiritual, somos a cada instante aquellos que separan lo ligado o ligan lo separado”

Georg Simmel, Puente y puerta

Separar y ligar son operaciones complementarias y constitutivas de los modos de simbolizar y habitar el espacio. Por un lado, existe un conjunto de operaciones de marcación de límites y umbrales que separan y aíslan ámbitos y prácticas, distinguiendo según los casos adentro y afuera, interior y exterior, público y privado, nosotros y otros. Por otro lado, existe un conjunto de operaciones que se dirigen en el sentido opuesto, estableciendo puentes y pasajes entre tales ámbitos separados y diferenciados. Así, pensamos que una vía útil para conocer y caracterizar los modos de experimentar el espacio es analizando las maneras en que los actores sociales distinguen y a la vez vinculan el adentro y el afuera, el interior y el exterior, lo público y lo privado, la mismidad y la otredad, y esto supone identificar tanto los límites y los umbrales (operaciones de

separación de ámbitos y prácticas) como los puentes y los pasajes (operaciones de conjunción de tales ámbitos y prácticas disímiles).

Con fines analíticos pensamos en un conjunto de oposiciones o *ejes metafóricos* (Silva, 2000) como cerca-lejos, adentro-afuera, arriba-abajo e interior-exterior, sentidos contrapuestos a través de los cuales o mejor dentro de ellos “la ciudad no sólo significa, sino que se ritualiza estableciendo distintas mediaciones” (2000: 120) y a la *experiencia urbana* como el modo de vincular, no sin tensiones y contradicciones, y de manera cambiante según los actores sociales involucrados, los contextos y las situaciones de interacción, tales oposiciones (Segura, 2007; 2009).

En esta dirección, a partir del trabajo de campo fue posible identificar tres ejes metafóricos, los cuales permiten *representar lo urbano de la ciudad* desde la perspectiva de los habitantes de la periferia. Esos tres pares de oposiciones que aparecían recurrentemente en los modos en que las personas hablaban y vivenciaban su barrio y los vínculos con la ciudad son los ejes metafóricos adentro-afuera, delante-detrás y cerca-lejos, límites, distinciones y jerarquías que hablan de las posiciones diferenciales de los actores sociales en los espacios social y urbano.

2-1 Vivir afuera

La sensación compartida por la totalidad de los habitantes de Altos de San Lorenzo, independientemente del sector donde residan, es que *viven afuera de la ciudad*. En los relatos obtenidos en múltiples situaciones durante el trabajo de campo aparecía el *eje metafórico* que oponía *adentro y afuera*, oposición que según los contextos de interacción remite a la diferencia entre el asfalto y el barro, la ciudad y el barrio, el centro y el barrio. Alberto, el marido de Silvia (sector 1), señala “una cosa es el barrio y otra cosa es La Plata en sí. La Plata como ciudad para vivir me parece una ciudad preciosa, inigualable, yo compré La Plata y no la pienso vender más, salvo los cordones de pobreza, los cordones que están de la 72 para el otro lado que es la frontera”. Aurora (sector 2) coincide: “Está dividido, el centro es una cosa y el barrio es otra” y Carlos (sector 2) remarca la necesidad de “abrir la ciudad”, que “está encerrada entre cuatro fierros”, donde “adentro” hay de todo y “afuera” no hay nada.

Así, desde la perspectiva de los actores el barrio y la ciudad aparecen como *dos entidades socio-espaciales diferentes*.⁹⁷ Las descripciones que realizan sobre la ciudad lo

⁹⁷ Esto no significa que en otros espacios y situaciones de interacción las categorías ciudad y barrio sean usadas en otro sentido. Por ejemplo, personas que viven dentro del casco fundacional también suelen distinguir entre “el centro” y “su barrio”. Como ya señalamos, estos usos nos hablan más de las relaciones sociales que se establecen entre los actores sociales en situaciones

confirman. Víctor (sector 2) señala que “es una de las pocas ciudades en el mundo que ha sido planificada antes de ser construida. Es una ciudad que se puede decir que arquitectónicamente es novedosa, o muy singular, en comparación con cualquier otra ciudad que yo haya visto al menos, por sus plazas, su diseño, su catedral, las cosas que tiene, que para ser relativamente chica en comparación de otras grandes ciudades, tiene de todo en ese pequeño territorio. Es muy atractiva por eso. Quizás tenga que decir también que es una ciudad netamente administrativa, que prácticamente se vive de la administración pública y de la Universidad. Si se llevan la administración pública y la Universidad quedaría muy poco acá en la Plata como para poder sobrevivir”. En la misma línea Ester (sector 2) remarca que “yo la veo como ciudad histórica que tiene muchas cosas lindas, por ejemplo la catedral, todas esas cosas históricas ¿viste? Eso, tiene historia, mucha historia”. De esta manera, las descripciones de la ciudad realizadas remiten al trazado fundacional y a los elementos urbanos e históricos que lo caracterizan: planificación, diseño, plazas, monumentos, universidad, administración pública, elementos ausentes en el espacio barrial. Se trata, en efecto, de *algo distinto del barrio*, un lugar hasta el que el habitante del barrio debe desplazarse. Azucena (sector 2) me dice que, aunque no sale mucho, la ciudad le gusta por “las plazas” y le disgusta por “el tema del tráfico, es peligroso, porque el que va caminando tiene que tener cuidado porque los autos andan rápido”. Las cosas más lindas son “las plazas, las flores, las casas. Por ahí cuando vamos con mi marido, o cuando voy sola, miramos las casas, la forma de las casas”.

Esta oposición entre ciudad y barrio se manifiesta para los residentes en diversos ámbitos de la vida cotidiana. Refiriéndose a un programa municipal de recolección de residuos y educación ambiental denominado *Ciudad Limpia* que se había lanzado en tiempos del trabajo de campo Julio, señalaba “dentro del casco es una cosa y fuera del casco es otra. Andá a 10 y 90, fijate los basurales que hay. Eso es todo contaminación ¡hay ratas, hay mugre! ¿Qué ciudad limpia? 72, 31, 32 y 1 [refiriéndose a los límites del cuadrado fundacional] es ciudad limpia, lo otro no es ciudad limpia”. Y Adolfo, una persona que desde hace 10 años vive en el barrio (sector 1) y se desempeña como orientador social (en el sector 2) me dice que “eso está muy marcadito. Yo a mi nieta la mando a la escuela de 12 y diagonal 80, la Remedios Escalada, la Escuela 37, antes iba acá, la mandábamos a la escuela 40. Bueno, el cambio fue brusco, allá la educación es mucho más acelerada, más fuerte y a la vez mi nieta me cuenta que “acá en la escuela me daban

específicas que de las cualidades objetivas de los distintos espacios de la ciudad. Aquí, entonces, nos centraremos específicamente en cómo piensan y experimentan su relación con la ciudad quienes residen en un espacio periférico singular, sin pretender que el análisis desplegado agote los usos y sentidos posibles de esas categorías en otros contextos.

mate cocido para tomar, voy allá me dan chocolate con leche”. Ahí ya te das cuenta la separación. La 72 es un límite. Parte aguas, allá chocolate con leche, acá mate cocido”. Por estas diferencias, incluso a veces se sostiene que se trata de *dos mundos distintos*. Diego (sector 1) recuerda la escuela a la que asistía (dentro de la ciudad) y la compara con el barrio (fuera de la ciudad). “Que sé yo, eran dos mundos completamente distintos; acá no cruzábamos la 72 y allá los pibes iban al centro, iban a bailar todos los días”. Similar recuerdo de cuando comenzó a estudiar en la secundaria tiene Cristián (sector 2), actualmente obrero metalúrgico, quien relata que al llegar al colegio se dio cuenta de que “eran *dos ciudades distintas*”.

La diferencia, entonces, no es solo urbanística sino que refiere al acceso diferencial a bienes y servicios, infraestructura urbana y diversas políticas públicas: la ciudad tiene historia, monumentos, plazas, mejores colegios y servicios. En la misma dirección Aurora opone el centro con el barrio: “la parte del centro está bien. Acá ya cambia mucho, no podés comparar” y enumera las diferencias: “el barrio tiene que irse movilizándolo en todo, la inseguridad, la luz, el gas. A los barrios ellos les abandonan. En los barrios, si nosotros no íbamos, no nos quejábamos, no teníamos nada”. Esa invisibilidad e inaccesibilidad a servicios e infraestructura *naturalmente presentes* en la ciudad, parcialmente morigerada vía la movilización de los residentes en el barrio, también es remarcada por Víctor (sector 2) quien sostiene que La Plata tiene problemas vehiculares, habitacionales, de seguridad y salud en la periferia y que sin embargo “te parás en el centro y es como que eso no ocurriera, andate hoy a calle 8, a calle 7, todo el mundo está feliz y contento, eso no ocurre, no existe”.

Cruzando la 72

La avenida de Circunvalación, que a esa altura adquiere la numeración de Avenida 72, es señalada por la totalidad de los residentes como un *límite o frontera espacial* relevante. La ciudad se divide “de 72 para acá” y “de 72 para allá”. De un lado uno está dentro de la ciudad, del otro uno se encuentra fuera; hay actividades que se hacen dentro del barrio, otras afuera.

En un asado al mediodía con Diego y sus amigos, un grupo de jóvenes que rondan los 30 años y desde la infancia residen en el sector 1, charlamos sobre el barrio y su relación con la ciudad. Se produce el siguiente diálogo:

- había que cruzar 72
- ese era el límite territorial
- no se podía cruzar 72 porque...
- los padres se volvían locos

-y no era doble mano, era una callecita de 5 metros. La 72 en ese momento era una callecita de 5 metros, con mucho tráfico

Ramiro: Todos vivieron la 72 como un límite?

-Yo creo que todos

-Sí, los que vivíamos ahí sí.

-Definitivamente sí.

Y más adelante, en la misma charla, señalan las actividades para las cuales actualmente deben *salir* del barrio, que en sus términos es ir afuera del barrio (o entrar en la ciudad):

-Hay que trabajar, trabajás afuera

-Tenés una actividad que sea por ejemplo la murga, tenés que ir afuera del barrio

-A un cine tenés que ir afuera

-A una biblioteca tenés que ir afuera

-Vas a tomar algo, afuera

-Para aprender música fui a Bellas Artes, que es afuera, todo está afuera

Como decíamos, la circunvalación como límite aparece en residentes de ambos sectores. A la vez, parece que la relevancia de ese límite no es idéntica para las personas que residen en los sectores 1 y 2. Por un lado, porque en las prácticas cotidianas -y aún reconociendo la existencia de dicho límite- los residentes del sector 1 muestran una relación más fluida con la ciudad. Como cuenta Gabriela, quien reside en el sector 1 y trabaja diariamente en el sector 2:

Ramiro: ¿Y vos vas mucho a La Plata o teniendo tu trabajo acá solamente circulás por acá, vas poco digamos?

Gabriela: No, voy, voy

Ramiro: ¿sí?

Gabriela: sí, sí, porque tenemos actividades con el nene o bueno, yo también tengo actividades, el gimnasio, bueno, está de la 72 para allá, sí, yo voy de compras, bah, yo me muevo por todo el casco. No tengo problema.

Por otro lado, algunos residentes del sector 1, tanto por estas prácticas cotidianas como por ciertas transformaciones en la estructura urbana, señalan la sensación de progresiva disolución o difuminación (nunca definitiva) de la 72 como límite, que se correspondería con una mayor cercanía y comunicación con la ciudad, y el corrimiento del límite hacia el fondo, hacia la calle 80. En la ya referida entrevista grupal Diego sostiene que, a diferencia del pasado, le parece que hoy “hay una relación mas fluida con todo, con la ciudad. Antes era como una división en 72, de allá para acá y de acá para allá. Ahora es como que no lo veo así, porque había un límite pero ahora es como si se hubiese corrido hasta 80. Antes de la 72 para acá eran carritos a caballo y ahora no, es como que se amplió, ahora los carritos están allá [después de 80]”. Entre las causas señala la realización de la avenida 72 y “la apertura de las avenidas 25 y 19. Antes no entraba nadie por 19 o

por la 25,⁹⁸ había todo un límite”. Si bien reconoce que el barrio se ha transformado, en la misma charla Javier no coincide totalmente con Diego: “hoy el barrio sigue siendo suburbano por una cuestión del límite que está puesto de la 72 a la 32 y de la 122 a la 131, ponele, ese es el cuadrado del casco urbano. Ha cambiado, pero yo lo veo como un barrio suburbano, lo sigo viendo de esa manera. Al barrio, ya te digo, *lo siento como algo al costado de la ciudad*, lo sigo viviendo como algo que cruzás la 72 y es algo totalmente distinto, más allá de que las distancias hoy son diferentes, porque me puedo movilizar por cualquier lugar, pero lo sigo sintiendo de esa manera”.

Un conjunción de procesos como la sensación de mayor fluidez en la comunicación con la ciudad producto de la mejora en infraestructura urbana, especialmente la urbanización de la avenida de Circunvalación, la apertura de avenidas como 19 y 25 más allá de 72; la reducción de la discontinuidad morfológica, producto de la consolidación de un tejido urbano compacto, asfalto y dotación de servicios, y fundamentalmente el establecimiento de múltiples relaciones en la ciudad, están en la base del señalamiento de un corrimiento de la frontera hacia 80, a partir de la cual se encuentra la mayoría de los asentamientos.

El señalamiento del corrimiento del límite es, a la vez, un modo que utilizan los residentes en el sector 1 para diferenciarse de los habitantes del sector 2. Así, Alberto señala que “hoy se podría decir que de 72 hasta 80 ya somos parte del sector que entre comillas mucha gente de clase media cree que es el sector más civilizado” y Julio sostiene que “sacando de 72 a 80, que son 10 cuadras, la civilización es distinta”. Ambos testimonios nos muestran cómo las configuraciones espaciales (cualidades del espacio como asfalto, comunicabilidad y distancias) significan para los actores límites simbólicos. La distancia espacial expresaría así distancia cultural. De este modo, la avenida 72 continúa funcionando como límite entre ciudad y barrio a la vez que, para los habitantes del sector 1, su zona sería la de un *espacio transicional entre la ciudad y el asentamiento*, sin asimilarse con ninguno de los dos.

La persistencia de la avenida 72 como límite relevante para la imaginación socio-espacial y la organización de las prácticas sociales se vislumbra con mayor claridad a partir de una situación concreta. Durante el año 2004 la escuela especial N° 532 ubicada en 19 y

⁹⁸ En el diseño del trazado fundacional se establece la existencia de avenidas cada seis cuadras, en cuya intersección se fijan espacios públicos verdes (plazas y parques). Como ya se dijo, más allá de los límites fundacionales no se siguió esta pauta y, a la sumo, se replicó la cuadrícula, sin avenidas, sin plazas y sin diagonales. Durante mucho tiempo la calle 22 (una de las primeras en tener asfalto debido a que en 22 y 86 se encuentra la terminal de un línea de transporte local) fue el eje principal para ingresar a la zona y aún concentra la mayoría de los pequeños comercios del barrio. Solo recién durante la década de 1990 se urbanizaron más allá de 72 las avenidas 19 (hasta 81) y 25 (hasta 76), agilizando los intercambios entre centro y periferia.

81 recibió una invitación de la Federación Argentina de Amigos de Museos (FADAM) para que sus alumnos participaran en un concurso denominado “Descubriendo nuestro patrimonio cultural y artístico”. La idea de los docentes de la escuela fue hacer un trabajo con los alumnos mostrando el patrimonio cultural y artístico del barrio, pero inmediatamente surgió el problema acerca de sobre qué hacerlo; en definitiva, la pregunta que todos se hicieron en ese momento fue: *¿cuál es el patrimonio del barrio?* Como relató Olga, una de las maestras que coordinó el proyecto, cuando recibieron la invitación se pusieron a pensar sobre qué hacerlo pues “es un barrio nuevo, sin historia; acá no hay casas viejas ni monumentos”. Y Gabriela (sector 1), que también participó, recuerda lo mismo: “nosotros pensábamos que acá no tenemos nada típico que fuera patrimonio arquitectónico ¿qué tenemos nuestro?”. Lo interesante es que rechazaron la sugerencia de algunas instituciones para hacer el trabajo sobre la vieja estación del ferrocarril provincial (ubicada en 17 y 72), espacio que desde finales de los años 90 tiene una creciente visibilidad por ser sede de múltiples emprendimientos culturales y comerciales que refieren a la recuperación del patrimonio de la ciudad. Como sostuvo Gabriela “Meridiano V y todo eso no forma parte de Altos de San Lorenzo”, por lo que finalmente se decidieron por hacer el trabajo sobre el Puente de Fierro que “está en Altos de San Lorenzo” y que, como dijo Olga, “acá es muy conocido. Yo trabajo acá hace 15 años. Antes parecía que el puente estaba lejos, en el campo, y ahora hay casas hasta en el puente”.

En efecto, aunque en algunos casos se encuentre a menor distancia de sus viviendas, la Vieja Estación está dentro de la ciudad y fuera del barrio. Simultáneamente, Puente de Fierro, más alejado y ubicado en un lugar por donde habitualmente no circulan, está *dentro* del barrio donde como remarcaba Olga, a diferencia de lo que ocurre en la ciudad, “*acá* es muy conocido”. Así, la avenida 72 funciona como un parámetro espacial (aunque diferencialmente experimentado por los residentes de los sectores 1 y 2) para comprender la posición respecto de la ciudad y la relación que se establece con ella. Cuando hay que pensar acerca del barrio y lo que hay en él, hay que dirigirse hacia atrás, de 72 hacia *el fondo*.

En la misma dirección, durante el ya mencionado asado, hablamos sobre lo que falta en el barrio. Se produjo el siguiente intercambio:

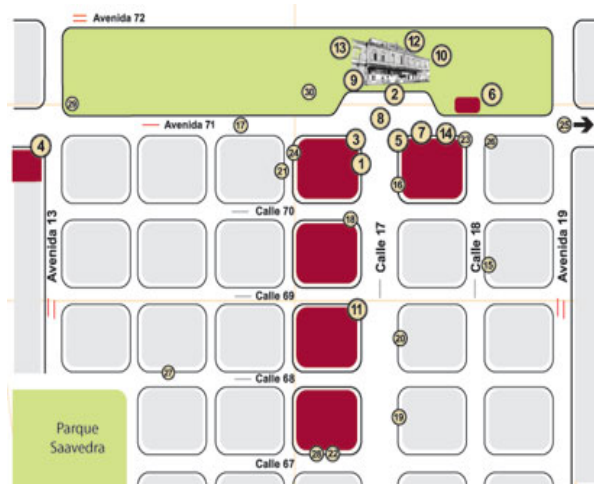
- Los clubes
- Los centros culturales
- En la zona donde vivimos nosotros esas cosas culturales
- Claro, yo fomentaría más eso
- O sea, existe después de 72
- Ramiro: después de 72 como para el centro

- Claro, tenés el Centro Cultural
- Ramiro: Ah, claro, el centro cultural, la Grieta...
- Pero aunque vos no lo quieras creer eso no pertenece al barrio
- No pertenece porque trabaja con otro mundo
- Es otra gente
- La 72, cruzas la 72 y es otro mundo, una frontera, es como si hubiera una frontera de un país ¿viste? un país para acá, un país para allá.

Como decíamos, en el espacio donde hasta fines de la década de 1970 funcionó la estación principal del ferrocarril provincial y que posteriormente fuera abandonado, se han establecido a partir de finales de los años 90 diversos centros culturales, restaurants y bares en los cuales se realizan conciertos, obras de teatro, muestras y ferias artesanales, y que la Municipalidad engloba bajo la denominación de “Proyecto Circuito Cultural Meridiano V”. De hecho, muchos de estos lugares –como es el caso de los Centro Culturales Estación Provincial y La Grieta- se encuentran ubicados en estructuras que pertenecían al ferrocarril y todos estos espacios han mantenido y exaltado el pasado barrial y ferroviario de Meridiano V.

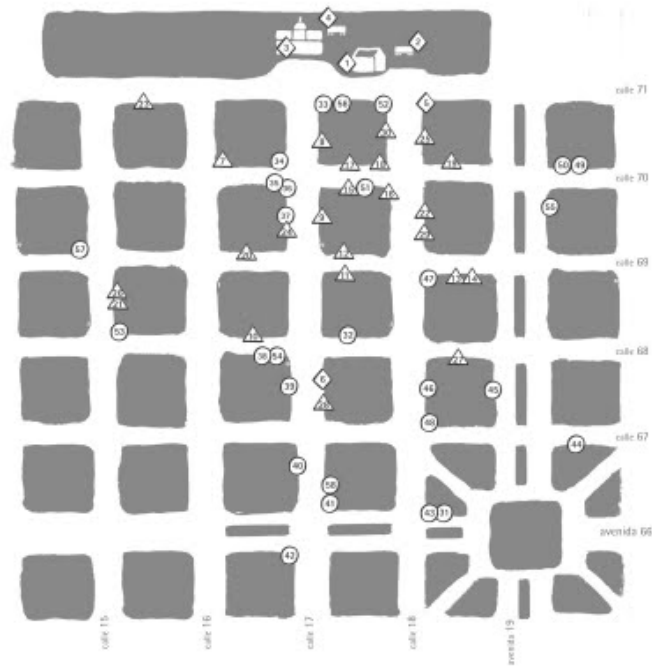
Los mapas de difusión del Circuito Cultural Meridiano V (el primero donde se indica cómo llegar al lugar; el segundo donde se referencia geográficamente sus principales atracciones) son el reflejo invertido de lo que sostienen los residentes de Altos de San Lorenzo y ayudan a entender con mayor profundidad el rechazo de Olga y Gabriela a tratar a esta zona como patrimonio de “su” barrio.





Como puede verse, en ambos planos 72 es la frontera más allá de la cual no hay nada (Altos de San Lorenzo no aparece representado) ni al parecer se espera que alguien del barrio puede llegar a visitar el lugar, ya que como se ve en el primero de los mapas la circulación esperada es desde el centro de La Plata (y desde Buenos Aires) hacia el circuito cultural.

Algo similar puede observarse que ocurrió con la 5° Muestra Ambulante organizada por el Grupo La Grieta en el barrio Meridiano V durante 2009. Al igual que en ediciones anteriores, la muestra consistió en que por un período de dos semanas algunos comercios, garages y casas abrieran sus puertas para realizar muestras de diversas actividades artísticas y talleres en contextos no habituales. En el programa del evento podía leerse: “Queremos tensar el límite de lo público y lo privado. Que la calle se meta adentro y la casa salga hacia fuera. No para violar la intimidad, sino para desobedecer el aislamiento. No para cortar el tránsito, sino para habilitar nuevos caminos”. “Un mapa para perderse” fue la denominación de esta edición de la muestra, donde se sostenía que “nos gusta que haya un mapa porque nos confirma cómo creció la propuesta. Más garajes y comercios. ¡Algunos vecinos abren sus casas enteras! Pero no hay centros ni circuitos establecidos. La Muestra no empieza ni termina en la esquina en 17 y 71. El mapa no regula recorridos. Sólo acompaña la deriva. La invitación es a perderse... Ponete las zapatillas y largate a caminar. Doblá en cualquier esquina. Todas las propuestas valen la pena”. Además, en el volante de difusión de la muestra se encontraba el siguiente mapa que brindaba la referencia geográfica de los lugares donde se llevaría a cabo la muestra:



Nuevamente, tanto el espacio representado (nada más allá de 72) como la territorialidad de los vínculos de este grupo con “el barrio” que es posible inferir a partir de los lugares donde “los vecinos” prestaron su casa o su comercio para realizar la muestra, remarcan el fuerte clivaje que venimos sosteniendo la avenida 72 representa tanto para quienes viven “más acá” y “más allá” de ella.

La frontera

La *Avenida de Circunvalación* se pensó en el diseño fundacional como una verdadera “muralla horizontal perforada” (Garnier, 1992), una estructura vehicular de doble mano, de cien metros de ancho y veinte kilómetros de longitud que delimita el damero urbano, permite circular en torno al mismo y, a la vez que separa el centro de la periferia, establece puntos de comunicación con el exterior. “En las ciudades planeadas por la modernidad, las murallas eran invisibles, materializadas en bulevares periféricos, fronteras que buscaban tornar impermeables y porosas las relaciones entre el centro y la periferia” (Barros, 2005: 144). Lo que quiere decir que en su propia forma la avenida de circunvalación establecía normas a través de las cuales se podrían llegar dar las relaciones entre ciudad y periferia, separando y uniendo desde una lógica específica; en definitiva, disciplinando el movimiento de continuidad de las personas y de los intercambios entre el adentro y el afuera.

En su análisis comparativo de las avenidas de circunvalación de La Plata y Belo Horizonte realizado un siglo después de la fundación de ambas ciudades, José Marcio

Barros sostiene que en el pasaje de la modernidad (del siglo XIX) a la contemporaneidad (del siglo XXI) estas fronteras “se transformaron en espacios de consumo de informaciones y bienes, ofreciendo experiencias diversas y discontinuas, marcadas por la interactividad y conectividad (...) corredores de significados múltiples y simultáneos de la actualidad, propios de una ciudad que se configura como una especie de “supermercado semiótico””. (2005: 145) A partir de este diagnóstico general sobre la transformación de ambas avenidas concluye, para el caso de La Plata, que “la Circunvalación asume hoy un sentido plural y fluido, en una especie de jeroglífico de una modernidad inacabada, como sugiere Canclini. Su especificidad reside justamente en la capacidad de (re)unir lo que se mantuvo separado a lo largo de la trayectoria de la ciudad. La avenida parece el lugar por excelencia en que las cosas pueden cohabitar” (2005: 190).

Sin embargo, por lo visto hasta aquí, nos parece que reconocer como acertadamente señala Barros que la frontera a la vez que separa una y que de manera simultánea a la homogeneidad circulatoria existen heterogeneidades relativas a tiempos, usos y grados de urbanización de los cuatro lados de la traza, no debe llevarnos a perder de vista el mantenimiento de algunas de sus características fundacionales programáticas, fundamentalmente la de ser un límite urbano que funciona tanto a nivel representacional (la ciudad es un cuadrado; la periferia se invisibiliza o se establece con ella una relación de adentro-afuera), práctico (ese límite no se cruza ni siempre ni para todo y organiza los andares) y administrativo (el casco es una unidad administrativa, los centros comunales otras). Es precisamente resultado de la sedimentación de estos procesos y dimensiones por lo cual ese límite es clave en la imaginación socio-territorial de los actores sociales.⁹⁹

⁹⁹ Una muestra más, contra lo sostenido por Barrios, de la persistencia de ese límite en la imaginación socio-territorial de los actores se evidencia en las prácticas que, asumiéndolo como tal, es decir, como límite, trabajan contra él. Así, al momento de cerrar esta tesis la organización platense “Habitante. Grupo Interdisciplinario” organizó una “Jornada de Integración” denominada “Bienvenida Periferia”, cuyo primera jornada se desarrolló precisamente sobre la rambla de la avenida 72, entre las calles 2 y 18, abarcando la frontera entre el casco y los centros comunales adyacentes de Villa Elvira y Altos de San Lorenzo. La convocatoria surgió de las “ideas de integración, de inclusión y conformación de espacios que apunten a los vínculos entre los dos sectores mas representativos, o mas encasillados, llamados Periferia y Casco, donde considerando el anillo verde (mas las vías férreas) como un elemento articulador entre ambos lugares característicos de la vida de la ciudad”. De este modo, para el evento convocaron a “artistas plásticos, fotógrafos, escultores, bandas, centros culturales, vecinos muchos vecinos, de toda la ciudad (casco y periferia)” con la finalidad de “intervenir pictóricamente” en el espacio verde de la avenida de circunvalación, por medio de grupos conformados por “artistas de ambos lugares, de la periferia y el casco” y donde el arte es una “excusa para integrar, el arte en todas sus ramas como parte de romper barreras, de generar el encuentro, las miradas, el dialogo, de reforzar vínculos”. (www.bienvenidaperiferia.blogspot.com)

Incluso, como analizaremos luego con mayor detalle, ese límite que separa espacios físicos contrastantes se transforma muchas veces en un límite categorial que separa personas; como ha señalado Bourdieu (2002) las distancias sociales objetivadas en el espacio físico como adentro-afuera tienden a reproducirse en el lenguaje y las prácticas como principios de visión y división, en definitiva, en categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. De este modo, las categorías espaciales funcionan como categorías sociales que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a dimensiones morales y organizan las relaciones entre los actores en clave de nosotros – otros. Así, durante una asamblea barrial Aida (sector 2), una mujer que durante un tiempo tuvo una copa de leche sostenía: “yo siempre digo, de 72 para allá [señala hacia el casco] es un tipo de gente; de 72 para acá [señala hacia el lugar desde el cual ella habla] es otro tipo de gente. Y los chicos del barrio no van a ir a Meridiano V, a la biblioteca, al barrio”.

Como remarcó Elias (2000), la significación estadística no se correlaciona necesariamente con la significación social. En esta dirección, es claro que el eje metafórico adentro-afuera y los sentidos que se le asocian son simplificaciones de la sociedad, pero no por eso dejan de tener eficacia en la vida práctica de los actores sociales involucrados. Así, si bien una oposición esquemática como adentro-afuera se podría discutir en términos sociológicos y estadísticos en los distintos aspectos en los que aparece operando en la lógica práctica de los actores (distribución de las clases sociales, las procedencias y las moralidades, entre otras), eso no significa que tal oposición carezca de relevancia en la vida cotidiana, en los modos en que las personas se imaginan recíprocamente y se relacionan en la ciudad. A la vez, como hemos insistido, no se trata de una inadecuación entre realidad y representación. La oposición condensa un conjunto de procesos políticos, históricos y urbanos que sedimentaron y forman parte de la imaginación socio-territorial de los actores.

2-2 Delante y fondo

Como trabajamos detalladamente en el capítulo anterior, *el afuera* tiene, a su vez, un delante y un detrás, *tiene un fondo*. De los relatos y las prácticas de los residentes en la periferia surge que, contrariamente a la visión que tienen los medios de comunicación y las personas que no residen ese espacio, se trata de un espacio heterogéneo, en el cual las condiciones económicas y urbanas decrecen de manera continua a medida que nos alejamos del límite fundacional de la ciudad hacia fuera, hacia el fondo. Además de ese *degradé urbano* continuo y progresivo fue posible identificar un fuerte clivaje entre *dos*

entidades socio-espaciales diferentes: el barrio y el asentamiento que se corresponden con los sectores 1 (aproximadamente hasta la calle 80) y 2 (desde 80 hacia 90, hacia el fondo).

En esta oposición se condensan diferencias relativas no sólo a la infraestructura y el tipo de vivienda, sino que en la perspectiva de los residentes del sector 1 refiere también a diferencias en la clase social (media y baja), la relación con el terreno (propietario e intruso), el tiempo de residencia (antiguo y reciente), la procedencia de los residentes (argentino y extranjero), la relación con el Estado (trabajo y planes) e incluso las cualidades morales (nómicos y anómicos), en una compleja intersección entre fronteras espaciales, sociales y simbólicas. Retomando la propuesta de Elias y Scotson (2000) sostuvimos que al interior del afuera es posible identificar una *figuración del tipo establecidos y outsiders*, donde los actores se imaginan y clasifican como grupos distintos, es decir, los límites sociales objetivados en el espacio urbano funcionan como límites simbólicos a partir de los cuales los grupos se relacionan, los primeros se consideran superiores a los segundos y cuestionan la legitimidad de estos últimos para estar en ese lugar y recibir ayuda del Estado.

A la vez, al analizar el punto de vista de los residentes del sector 2 observamos que –a diferencia de lo que pensaban los residentes del sector 1–, mostraba una alta complejidad y organización, con clivajes y diferenciaciones internas que replicaban la lógica de establecidos y *outsiders* a una escala menor, es decir, los tiempos de ocupación diferenciales se traducían en grados de organización también diferenciales, lo que impactaba en el acceso desigual a servicios, infraestructura y políticas sociales, tanto entre asentamientos como al interior de los mismos, y esas fronteras sociales eran la base para el establecimiento de fronteras simbólicas entre grupos al interior de los asentamientos: los de adelante y los del fondo.

De esta manera, siempre es posible ir más hacia fuera, más hacia el fondo. Antes que cuestionar a Elias lo que esta constatación nos indica es que la lógica señalada no es binaria y se desdobla continuamente. Si visto desde el sector 1 todo el sector 2 es recién llegado, al interior del sector 2 hay asentamientos más antiguos (y con mejores condiciones) que otros y dentro de cada uno de los asentamientos también hay recién llegados que ocupan los terrenos del fondo, con peores condiciones de habitabilidad. Todo lo cual se traduce en que personas que atravesaron y atraviesan una experiencia común (Caldeira, 1984) vinculada al habitar la periferia (migración, ocupación de terrenos, luchas por mejorar la calidad de vida, etc.) se perciban como grupos distintos, con sus propias redes organizativas y vinculares y con dificultades para articularse.

De este modo, este segundo eje metafórico delante-detrás es la espacialización de la trama relacional de la periferia producida centralmente por la temporalidad diferencial en la experiencia de radicarse en el lugar y nos permite entender porqué lo que la avenida 72 separa es diferente para los sectores 1 y 2. Como ya señalamos, para los residentes del sector 1, después de un largo proceso de adquisición de infraestructura y servicios como asfalto, nuevas avenidas, transporte público, entre otros, la ciudad es más accesible, incluso algunos (la minoría) sostienen que el antiguo límite se corrió hacia 80. Distinto es el caso de los residentes del sector 2, que identifican otros límites mucho antes de cruzar la 72 y los sentimientos en que condensan la experiencia de habitar la periferia son muy distintos.

2-3 Cerca y lejos

Por último, el tercer eje metafórico identificado en los relatos de los residentes es la *oposición entre cerca y lejos*, eje que comunica (estableciendo un puente entre) los otros dos. Es decir, desde el límite de la ciudad, desde los inicios del afuera, puede uno irse alejando cada vez más, hacia el fondo, a la vez que *cuanto más en el fondo uno se encuentre, se estará cada vez más lejos de la ciudad* y de lo que a ella se asocia.

La lejanía no refiere única –ni exclusivamente– a la cantidad de metros que separan la vivienda de otros ámbitos y prácticas urbanas como la escuela, el hospital, el trabajo, la administración pública y los espacios de ocio, generalmente ausentes en el espacio barrial. Además de la distancia que separa, por ejemplo, la vivienda de la escuela o del centro, debemos mirar tanto otras características geográficas (localización, accesibilidad, discontinuidad del trazado urbano) como los medios de los que las personas disponen para superar esa distancia.

Haciendo referencia a lo que falta en el barrio Daniel señala que sería necesario un centro de salud pues “el Hospital de Niños [hospital más cercano, ubicado en 14 y 66], *está lejísimo...* el medio de transporte, tiene que tomar dos micros para llegar al Hospital de niños, así que *es muy complicado salir de acá*”. Y luego detalla “tenemos por 31, de acá al cementerio muchas cuadras, hay muchísimas cuadras, de acá al cementerio que ya pasan muchos micros y de ahí se pueden tomar para todos lados, pero para la gente de acá son de 90 a 70, son 20 cuadras ¿no? son 20 cuadras y *hay que caminarlas*”. De la misma manera, Azucena reclama por espacios educativos para sus hijos: “un jardín maternal *acá cerca no hay*. De los dos años, del año me decían, “mandala a un jardín maternal”, y yo dije que no, que no podía, *me queda lejos*. Había uno que está por 66 y 131, y es re lejos, para mí es re lejos. Y en ese entonces *no tenía los recursos* para decir me voy en bici porque no tenía bici,

me voy en micro porque no tenía plata y para pagar algo tampoco. Así que mejor esperé hasta los 3 años que recién fue este año que pudo entrar al jardín”.

La distancia no es solo un atributo cuantitativo, pues hay que contemplar también otros aspectos geográficos como la modalidad de localización, que puede ser abierta o cerrada, continua o discontinua, accesible o inaccesible, etc. y los modos en que la distancia es suprimida, es decir, las formas y los medios disponibles de desplazamiento. Sennett (1997) ha señalado que tanto la planificación urbana moderna, con sus líneas rectas primero y sus autopistas después, como el diseño de medios de transporte como el ferrocarril y el automóvil, mediante el énfasis en reducir el tiempo, eliminar obstáculos e incrementar el confort y el placer del viajero, han favorecido la indiferencia por los lugares que se atraviesan, incrementando de este modo la pasividad de quien los atraviesa.¹⁰⁰ Precisamente es lo opuesto a lo que ocurre con los residentes de la periferia, donde desplazarse y cubrir grandes distancias supone múltiples esfuerzos y donde podríamos pensar que el cuerpo “siente” y “aprende” la distancia física (y social) que lo separa de bienes y servicios fundamentales para vivir. En esta dirección Bourdieu (2002) ha sostenido que la ubicación en el espacio de la ciudad y las distancias que se deben recorrer traducen las posiciones y las distancias sociales. La incorporación de las estructuras del orden social se realiza en gran medida a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales que se afirman en distancias sociales y a través de los desplazamientos y movimientos del cuerpo que esas estructuras sociales convertidas en estructuras espaciales, y con ello naturalizadas, organizan y califican: entrar y salir, ir y venir, cerca y lejos.

A la vez, desde la perspectiva de diversos actores (residentes del sector 1, agentes estatales, entre otros), alejarse en el espacio desde la ciudad hacia el fondo no es sólo descender en la posición socioeconómica que se ocupa en la sociedad sino también estar distanciado de un conjunto de atributos y prácticas vinculadas con la urbanidad. De ahí las continuas alusiones a que, a medida que uno se interna en el barrio hacia el fondo, se abandona la “civilización”, para ingresar en otro mundo con actores, códigos, problemas y cualidades distintas.

¹⁰⁰ Al respecto Michel de Certeau (2000) propuso la imagen de la circulación en tren como la realización perfecta de la utopía racional, donde el circular se caracteriza por cierto tipo de “encierro viajero”: el individuo inmóvil dentro del tren ve como se deslizan cosas inmóviles. Ambas inmovilidades –la interior y la exterior- permiten el establecimiento de un orden, son las condiciones de posibilidad de la circulación (123-126).

2-4 Metáforas urbanas

Los tres pares de oposiciones identificados forman un sistema topográfico por medio del cual se simboliza, segmenta y otorga sentido al espacio barrial y a las relaciones con el entorno y con los demás: entrar y salir del barrio y de la ciudad, el delante y el detrás del barrio, lo que está cerca y lo que se encuentra lejos. Es a través de tales ejes que se representa el espacio barrial y se orientan las prácticas del espacio. Ejes metafóricos que, en tanto modo de conceptualizar la realidad, impregnan la vida cotidiana: el lenguaje, el pensamiento y las prácticas. En definitiva, se trata de un sistema que tiene su base en la experiencia del espacio y al mismo tiempo le da forma a dicha experiencia, orientando a los actores sociales en el espacio.

De manera simultánea –y aquí radica su riqueza metafórica– al hablar del espacio habla también de otra cosa: simboliza las relaciones de poder y las desiguales posiciones sociales de distintos actores asociados a un determinado espacio. El “fondo” y “el afuera”, por ejemplo, hablan de espacios específicos y a la vez de grupos de actores sociales, “los del fondo” y “los de afuera”. Y, como decíamos, las nociones de cercanía y lejanía no sólo miden distancias espaciales sino distancias sociales, culturales e incluso morales.

Vale señalar, además, que antes que referir y delimitar (o estar asociadas de manera unívoca a) espacios físicos concretos y estables, el uso de tales categorías socio-espaciales remite a dimensiones relativas a las posiciones que ocupan los actores sociales y a los vínculos que establecen entre sí. Por esto, como observó Manuel Delgado, “el dentro y el afuera son en esencia campos móviles que no tienen por qué corresponderse con escenarios físicos concretos” (2007: 32), siendo posible ver que “dentro” refiere tanto al espacio privado de la casa, como al barrio y también al casco urbano. Y lo mismo podemos sostener con respecto a delante-detrás y cerca-lejos, ya que como hemos identificado en nuestro propio trabajo lo que está “al fondo” o “lejos” depende de la perspectiva del actor y de su posición en el sistema de relaciones barrial.

A partir de la combinación de estos tres ejes es posible entender la práctica (y el sentimiento) diferencial de la ciudad por parte de los residentes en el sector 2. No sólo se está afuera de la ciudad, sino también lejos, en el fondo. Y esta posición (afuera y lejos) no es sólo espacial sino que remite también a fuertes fronteras simbólicas relacionadas con la clase social, la procedencia y las conductas sociales. Visto desde el sector 1, habla de la (ausencia de) urbanidad entendida como un conjunto de pautas y normas de conducta de los residentes del sector 2.

De esta manera -y paradójicamente- los ejes metafóricos nos permiten identificar cómo a partir de lo plano de la geografía y de lo homogéneo de la traza¹⁰¹ emergen límites, distinciones y jerarquías que brindan indicios tanto de los modos de usar el espacio de la ciudad como de las posiciones diferenciales actores sociales en los espacios social y urbano.

3- Prácticas de espacio

Allí donde el mapa corta, el relato atraviesa
Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*

Hasta el momento hemos delineado una topografía de la periferia, señalando límites sociales y simbólicos relevantes para los actores sociales involucrados. Nuestro interés en lo que sigue consiste en indagar cómo se ordenan y jerarquizan para los residentes en el sector 2 las características distintivas que, sostuvimos, tiene todo límite o frontera: *la separación y la unión*. Para caracterizar cómo se vinculan separación y unión tomamos la idea propuesta por Ulf Hannerz (1993) para *antropologizar el urbanismo* de pensar la ciudad como compuesta por cinco dominios o ámbitos de actividad diferenciados y relativamente autónomos (doméstico/parentesco, aprovisionamiento, recreación, vecindad y tránsito) en los cuales los actores sociales se encuentran involucrados y pueden ocupar roles y posiciones diferenciales.

¹⁰¹ La estrategia analítica de identificar ejes metafóricos surgió en una investigación anterior sobre un espacio segregado en el norte del Gran Buenos Aires (Segura, 2006, 2009). La comparación de los resultados de ese trabajo previo con lo observado en la periferia de La Plata es instructivo tanto por los puntos de convergencia como por los aspectos en los cuales existen divergencias. Por un lado, las similitudes refieren principalmente a la recurrencia de dos pares de oposiciones: adentro-afuera para simbolizar la relación entre barrio y entorno, delante-detrás en lo que refiere a la organización del espacio barrial, ejes que refuerzan la idea de los barrios segregados como espacios cerrados y jerarquizados hacia el interior. En este sentido vale mencionar aquí que, a partir de diversas investigaciones de campo en barrio populares, Kessler (2004: 227) remarcó que desde la perspectiva de los actores barrio y villa se diferencian, además de por cuestiones infraestructurales y por cualidades morales, por lógicas de circulación: mientras del barrio se va y se viene, a la villa se entra y se sale. Así, si el ir y el venir remiten a un espacio abierto, el entrar y el salir aluden a un espacio cerrado sobre sí mismo: hay una entrada y a medida que nos introducimos hacia el fondo las condiciones se tornan más desfavorables. De manera concordante, en su trabajo comparativo entre la periferia francesa y el gueto norteamericano Wacquant ha identificado, más allá de tratarse de formaciones socio-espaciales distintas, una sensación compartida por parte de sus residentes: “encierro social” (2007: 46). Por otro lado, las diferencias son también relevantes: si en la plana (y planificada) ciudad de La Plata, un eje fundamental para pensar tanto las relaciones dentro del barrio como entre la periferia y el casco es la oposición cerca-lejos, en el espacio irregular, discontinuo y carente de intervención de un pozo donde antiguamente había un basural y hoy hay una “villa” esa función la desarrolla la oposición arriba-abajo. Es decir, las diferencias entre ambos lugares nos muestran cómo la topografía simbólica es producto de un “diálogo” entre relaciones sociales y topografías físicas, sustrato socialmente simbolizado y apropiado.

Nos desplazamos aquí desde los modos de representar el territorio hacia las *territorialidades cotidianas de los actores sociales* y nos preguntamos: ¿Cuál es la espacialidad que las prácticas en tales ámbitos o dominios suponen? ¿El espacio barrial las contiene en su totalidad? En caso de no ser así, ¿a cuáles sí y a cuáles no? ¿Qué tipo de prácticas se llevan a cabo fuera del barrio? ¿Y cuáles dentro? Por otra parte, ¿existen variaciones en el uso del barrio y de la ciudad según la edad y el género? Por último ¿cuáles son las interrelaciones entre los dominios? ¿Total autonomía de cada dominio? O, por el contrario, ¿interpenetración entre vecindad y recreación, entre familia y trabajo, entre vecindad y familia?

3-1 Cotidianeidad barrial

Víctor nos brinda una primera caracterización de la dinámica barrial durante la semana: “mirá, el barrio lo que tiene es lo siguiente, y esta es una característica de barrio de gente que trabaja, vos ves movimiento desde las cinco y media, seis de la mañana, siete, hasta las ocho y media, nueve menos cuarto, después, todo el barrio queda tranquilo, por ahí una radio, por ahí unos chicos jugando... por ahí encuentras un poco de movimiento al mediodía, pero muy poco, y después empieza de nuevo la gente, a las cuatro de la tarde, cinco, seis; y después, a eso de las siete de la tarde no encuentras a nadie, duermen”. Y esta dinámica se debe a que, según sus palabras, “toda la gente trabaja afuera del barrio”.

En efecto, quien visita el barrio los días de semana observa que después de las primeras horas de la mañana, y hasta bien entrada la tarde, la tranquilidad, la quietud y el poco movimiento es lo que lo caracteriza. Se ven solo algunas mujeres circulando por el barrio y niños en la calle, lo que habla de una marcada distinción en el uso de la ciudad según el género. Durante la mañana y la tarde el espacio barrial es predominantemente femenino, así como también lo son los distintos espacios colectivos del barrio, como los comedores y las guarderías de las organizaciones sociales barriales y los talleres y capacitaciones que realizan diversas instituciones públicas, actividades que son sostenidas en el tiempo fundamentalmente por mujeres.

En términos esquemáticos, entonces, se podría decir que los días de semana existe una circulación diferencial por el barrio y la ciudad según género. La mayoría de los varones adultos *salen del barrio hacia sus trabajos*, caracterizados todos por la informalidad y la baja calificación, mientras las mujeres –trabajen o no; muchas de ellas lo hacen- se encargan de la *reproducción del espacio doméstico y de sostener las actividades barriales*, lo cual implica también la movilidad cotidiana hacia la escuela, la salita o el hospital, el comedor.

Como decíamos, los trabajos disponibles tanto para hombres como para mujeres del barrio se caracterizan por la informalidad y la baja calificación. Se trata, en efecto, de trabajos *en la construcción*, como los casos de Víctor, que se dedica a la electricidad, o de Carlos, quien es capataz de una empresa y sale del barrio con el grupo de albañiles que dirige –la totalidad del barrio- bien temprano por la mañana y regresa a las cinco y media de la tarde; *en las quintas* de la zona hortícola del partido de La Plata, como Daniel y Juan; y en actividades vinculadas al *cartoneo* en el centro de la ciudad, como Javier, el marido de Ester, quien diariamente va en su carro tirado por un caballo fundamentalmente en busca de sobras de los restaurants, para darle de comer a los cerdos que cría en su casa y luego vende. En el caso de las mujeres, los trabajos habituales se encuentran tanto en las quintas como en el servicio doméstico en la ciudad y, salvo excepciones, son más esporádicos e inestables que los de los varones. Así, en la mayoría de los presupuestos familiares se verifica la combinación de al menos dos fuentes de ingresos monetarios – planes para desempleados y trabajos en el sector informal-, la (intermitente) ayuda social del estado y las redes de intercambio social, básicamente familiares.

En este sentido, la familia de Azucena y Juan es un buen ejemplo. Ella siempre trabajó junto con su madre en las quintas de Arana, “desde los 11, 12 años trabajé cosechando chaucha, siempre cosechando chaucha hasta que después, ya cuando tenía 14 años, trabajé curando las flores del tomate, cosechando tomate, cosechando berenjena. Y trabajaba porque así me pagaba los estudios y para algunas cosas que me hacían falta”. En esa época “salía en bicicleta a la cinco, seis de la mañana, antes de que amanezca, me llevaba algo de comer y venía a la noche, re cansada, a dormir, me bañaba, me dormía y al otro día lo mismo. Y ya cuando era temporada de escuela ya dejaba de trabajar, por ahí trabajaba cuando eran conocidos, trabajaba sábados y domingos y los días de semana estudiaba”. Después se conocieron con su actual marido “acá, en el barrio” y dejó de trabajar. Actualmente, mientras su marido “se levanta siete menos cuarto, a las siete sale y vuelve a las seis de la tarde, todos los días de lunes a sábado”, Azucena cuenta que “no soy de esas personas que se sale todo, por todas partes, no, yo estoy juntada hace seis años y medio, siete años casi, *siempre estuve acá en mi casa*, de mi casa a la casa de mi mamá, de la casa de mi mamá a la casa de mi suegra”, la primera ubicada “a media cuadra y la casa de mi suegra a una cuadra y media”. Una vez a la semana “voy acá al comedor, trabajo ahí porque tengo un plan que me dieron ellos, voy ahí, charlo porque vienen madres que se acercan, converso, me preguntan”. Si bien “cada trabajador del comedor tiene su día porque para estar trabajando todos los días no alcanzan los 250 pesos al mes, hay gente que se modifica el día que puede y los otros días se va a trabajar. Hay gente que trabaja en

las quintas o en el centro limpiando”. Por eso, a veces “por ahí cuando falta alguien me llaman y voy”.

Del comedor al que va Azucena “somos los referentes Mónica y yo” –dice Daniel– y explica el modo de organización en el comedor: “hay un grupo de gente que trabaja, que está muy comprometido con el comedor, pero en este caso somos dos personas que nos encargamos de hacer todas las cosas, nos ayuda otra gente también”. Además de ellos, “hay gente, uno por día, nosotros tenemos 10 planes que son del comedor y rotan. Ellos trabajan una sola vez por semana, así que un día trabaja uno, al otro día otro, después se suma la gente que viene a colaborar”.

Las rutinas de Daniel y Mónica se dividen entre las tareas de coordinación en el comedor y la participación en el mercado de trabajo. Daniel cuenta que “el día lunes me quedo a trabajar en el comedor, hago los trámites que tengo que hacer, después me quedo a la tarde en la cocina, me encanta ayudar en algunos trabajos que hay que hacer, como terminar el baño. El día martes me voy a trabajar, porque con el plan no alcanza, el día lo dedico a eso, me voy a trabajar”. Daniel se dedica a la jardinería “habitualmente yo corto pasto en el corralón o me voy a Gómez, depende los lugares que hace falta, me llaman y voy ahí. El día miércoles me voy para 520 a retirar la verdura para el comedor, trabajo todo el día para el comedor. Los jueves y los viernes me voy a trabajar, a veces me quedo, como es el último día hábil de la semana, buscamos hacer todos los trámites del comedor y otras cosas como las compras. El día sábado trabajo por todos lados y el domingo trabajo en mi casa”. Los días que trabaja fuera del barrio se levanta “a las seis o siete de la mañana” y “en la moto me muevo para todas partes” ya que “tengo que llevar las máquinas más para cortar el pasto. Como mi trabajo es independiente no tengo horario fijo, pero generalmente vuelvo alrededor de las tres de la tarde, termino de hacer las cosas y me vuelvo. Me quedo acá, llego a casa, preparo algo, veo a mis hijos, qué tienen de tarea, todas esas cosas y de ahí me vengo para acá, me dedico al comedor, y de acá a última hora, si tienen tareas mis hijos, les ayudo con las tareas, cocino, lavo”.

Mónica también combina sus tareas en el comedor con el trabajo en las quintas, en un vivero en Arana junto a su marido. “Yo entro a trabajar a las ocho de la mañana y diez y media salgo” y luego “entramos a trabajar a las dos y yo a las cuatro y media como mucho estoy saliendo”. A diferencia de su marido (“ellos entran a las 8 de la mañana, salen a las 12, entran a las 2, salen a las 6; ellos están en blanco”), va al vivero “dos o tres días a la semana, cuando no tenemos que hacer algunos papeles de acá [por el comedor]”. Ambos van y vienen en bicicletas, su marido va “todos los días en bicicleta”. Mónica me cuenta su día: “me levanto, me voy a trabajar, vuelvo, vengo a mi casa, hago para comer

[su marido regresa a almorzar a su casa todos los días y cuando ella va al vivero por la tarde salen juntos en bicicleta] y después me voy a trabajar de vuelta y después vengo. A las seis y media de la tarde entro a la escuela y hasta las nueve de la noche no vuelvo a mi casa”. Últimamente “me enganché con la iglesia, ahí en frente de mi casa, así que también ando por ahí. Me hice responsable de ir a limpiar la iglesia y de prender la luz en la mañana y apagarla en la noche”.

Se delinea, de este modo, una lógica barrial cotidiana: los varones salen temprano para trabajar y regresan al barrio por la tarde; las mujeres –trabajen o no- se ocupan de las actividades de la casa, muchas de las cuales implican desplazamientos hacia la escuela o el hospital, y sostienen diversas instancias barriales como el comedor; y la noche es un tiempo para estar en la casa.

La casa y la calle: la cuestión del género

Más allá de que las mujeres participen en el mercado laboral, es necesario destacar en la dinámica barrial *la posición diferencial de los varones y las mujeres*, división de ámbitos que en general se refuerza cuando forman pareja. En su análisis de la sociedad brasilera Roberto Da Matta (1997) sostuvo que *la casa y la calle*, además de ser espacios físicos, delimitan esferas culturales donde predominan, respectivamente, la persona, los lazos familiares/ de amistad y la reciprocidad en una, el individuo, el anonimato y el contrato en la otra. Simultáneamente, no se tendría que perder de vista una dimensión no tratada por Da Matta relacionada con que la institución de ambas esferas en la sociedad occidental implicó también una asignación diferencial de roles según el género: lo masculino, lo público y la producción por un lado, lo femenino, lo doméstico y la reproducción por otro, asignación tradicional de roles de género que se traduce en el acceso y uso diferencial de los espacios público y privado (Bourdieu, 2007; Rosaldo, 1974). Así, en nuestra indagación “la casa” adquiere una significación diferencial entre los varones y las mujeres y, consecuentemente, la práctica de “salir” remite para cada uno de ellos a situaciones y sentimientos diferentes. No se trata, sin embargo, de un binarismo estático que distribuye de manera rígida e inmodificable roles y espacios según género; por el contrario, las prácticas espaciales de las mujeres cuestionan esta visión dicotómica, apareciendo espacios mediadores predominantemente femeninos entre la casa y la calle que las mujeres asocian a espacios de recreación, libertad e, incluso, política.

En términos generales es posible sostener que las desigualdades de género observadas en la lógica barrial cotidiana se traducen en *itinerarios territoriales claramente diferenciados* entre varones y mujeres. Mientras los primeros realizan *itinerarios lineales* del

tipo casa-trabajo-casa, podríamos caracterizar a los itinerarios femeninos como *no lineales o múltiples*, en tanto deben hacer compatibles múltiples requerimientos (domésticos, laborales, etc.) debido a que las tareas de “la casa” son realizadas de manera casi exclusiva por las mujeres. Así, el almacén, el comedor, la escuela y la salita son espacios específicamente femeninos, puntos a partir de los cuales las mujeres organizan cognitivamente el resto de la morfología urbana (Delgado, 2007: 238) y ordenan sus andares, con itinerarios del tipo casa – escuela – trabajo – escuela – almacén – casa, o casa – salita – casa – escuela- casa.

Así, la mayoría de las mujeres “sale” cotidianamente de la casa para trabajar, realizar las compras, ir al médico, llevar a los hijos a la escuela. De hecho, desde la mañana hasta la tarde predominan las mujeres circulando por el espacio barrial, generalmente acompañadas por sus hijos, realizando diversas tareas. Sin embargo, para ellas el barrio no es un lugar para estar (como lo es, por ejemplo, para los jóvenes en las esquinas) sino un espacio que necesariamente hay que atravesar para llevar a cabo las tareas cotidianas. Como relataba Azucena “*no soy de esas personas que se sale todo, por todas partes, no, yo estoy juntada hace seis años y medio, siete años casi, siempre estuve acá en mi casa, de mi casa a la casa de mi mamá, de la casa de mi mamá a la casa de mi suegra*”, ambas localizadas en el barrio, a escasos metros de la vivienda que tienen con Juan.

En la misma dirección Aurora cuenta que antes vivían en su casa todas sus hijas, pero por suerte “mi hijas se hicieron sus casitas, una está en la 90, otra está acá por 82 entre 17 y 18 y la otra está por 87, todas acá en el barrio” y mientras antes “estaban todas conmigo y me ayudaban a mí acá, ahora cuando el marido empezó a trabajar, *ellas quedan en la casa*”. Y remarca “no voy a la casa de los vecinos, no soy de eso de andar. Yo me crié así y a mis hijos también, cada uno en su casa, no tienen porqué molestar a los vecinos.” Además, Aurora vuelve a señalar la diferencia de género. “La mayoría [de los hombres] trabaja en la construcción, el que recién se fue [por uno de sus hijos] trabaja por cuenta propia, y tengo el otro que está trabajando en pintura, todo en la construcción Y mi yerno está trabajando en una empresa de electricistas”, mientras sus hijas están en la casa y “mi trabajo de todos los días es levantarme, tomar mate y empezar a cocinar, todos los días. Yo no salgo, solo a veces voy a la ciudad, cuando nos llaman para la reunión, para ver qué es lo que falta en el barrio, cómo estamos en el comedor, solo eso. Si necesito mandados, le mando a mi hija que haga, pero antes que sea de noche, ya de noche no”.

Y también Ernestina, que vive a dos cuadras del comedor de Puente de Fierro, cuando relata su rutina diaria sostiene que *la mayor parte del tiempo lo pasa en su casa* y realizando algunas actividades en el barrio. Solo sale del barrio por la Iglesia (Ernestina es

Testigo de Jehová) los domingos, ya que va al templo con su hija. Habitualmente se levanta a las cinco o seis de la mañana, su marido se va a trabajar (se dedica a la construcción) y ella toma mate con sus hijos y su nieta de seis años. A veces da apoyo escolar gratuito para los jóvenes del barrio. A la vez remarca que, si bien conoce a todos sus vecinos y vecinas, y mientras charlamos da muestras de conocer a muchas personas, sus situaciones y problemas, por ejemplo, conoce los comedores, conoce a Zulema, a Claudia, a María y señala sus orígenes, aquel es brasileño, el otro es paraguayo, “mantiene las distancias” y no es de ir a visitar sin aviso a nadie: para “no andar llevando y trayendo chismes”, dice que le recomienda a su hija.

Dicho de otro modo, parecería reproducirse el mandato de género tradicional para la mujer por el cual solo se sale de la casa (se atraviesa el espacio barrial) cuando es necesario (la mayoría de las veces para actividades vinculadas fundamentalmente con la propia casa), el resto del tiempo se debería pasar en la casa, sancionándose negativamente la asociación entre mujer y calle. Es decir, se atribuyen sentidos diferenciales a la vinculación entre, por un lado, la calle y los varones, y por otro, la calle y las mujeres, ya que “una *mujer de la calle* no es la versión en femenino del *hombre de la calle*, sino más bien su inversión, su negatividad” (Delgado, 2007: 225). De esta manera, el mismo atributo (de la calle) resalta la categoría de ciudadano del primero y rebaja a prostituta a la segunda.

Como decíamos, esto no significa que las mujeres pasen todo el día en la casa; sí significa que el deambular de las mujeres es habitualmente sancionado de manera negativa en la sociabilidad barrial cotidiana y que entonces salir de la casa supone para las mujeres superar obstáculos inexistentes para los varones. Como sucedió una tarde en la canchita. Estábamos charlando con Carlos en la puerta de su casa y él le pidió a María, su mujer, que hiciera unos mates. María entró a la casa y al rato salió y dirigiéndose a Carlos dijo “ya vengo, nos quedamos sin yerba”. Continuamos hablando con Carlos y al rato María volvió con un nuevo paquete de yerba. “¿Dónde fuiste?”, preguntó Carlos. “A comprar yerba”, respondió María y se dirigió a su casa. Mientras le daba la espalda Carlos, entre serio y cómico, dijo “¡Todo el día chusmeando! ¡Media hora para conseguir un poco de yerba!”

Los *chismes* a los que se refería Carlos son tanto el mecanismo para sancionar negativamente las salidas de la casa por parte de las mujeres como el motivo que algunas de ellas alegan para no salir. Como veremos más adelante, las actividades barriales y las prácticas políticas son para muchas mujeres un espacio relevante de encuentro e intercambio de experiencias, muchas veces vividos como ámbitos liberadores de la cotidianidad de la casa, a la vez que según ellas son espacios por donde circulan los chismes del barrio. Esta ambivalencia se desprende del relato de Azucena acerca del

comedor, un ámbito central de la sociabilidad barrial, fundamentalmente femenina: “cuando está tranquilo el comedor, cuando está el día hermoso, me voy a conversar, a tomar mate, ayudo y charlamos. Mayormente hablamos de la escuela, de los chicos, o por ahí el tema que venía saltando mucho era el del barrio “¿Te enteraste esto?” Yo no me enteraba nunca de nada casi, pero cuando voy me entero de todo, de dónde entraron, de quiénes, de qué pasó, de que la policía estuvo por acá, de todo”.

3- 2 Salir

“¿Qué suponen los gestos en principio elementales de entrar y salir? ¿A qué nos conduciría una reflexión profunda acerca de las connotaciones de ese acto de apariencia simple que es abrir una puerta para pasar de dentro afuera o viceversa?”

Manuel Delgado, Sociedades movilizadas

Existen diversas respuestas a la pregunta acerca de los sentidos del entrar y del salir, respuestas vinculadas fundamentalmente a las cualidades, oportunidades y riesgos atribuidos tanto al dentro como al fuera. En este sentido, una larga tradición asocia el dentro con la protección, ámbito donde

“se supone que estaremos al amparo de las inclemencias de un mundo exterior que para la cultura moderna –desde Descartes y la Reforma- aparece gravemente devaluado. El descrédito de lo externo da por sentado que fuera, y más cuanto más nos alejamos del sagrario de la propia subjetividad, todo es banal, frío y que allí nos aguardan –dicen- todo tipo de peligros físicos y morales. *Entrar* entonces resulta idéntico a ponerse a salvo de un universo exterior percibido como inhumano y atroz” (Delgado, 2007: 27).

La oposición básica de la vida social del Brasil propuesta por Roberto Da Matta (1997) entre casa y calle es deudora de esta tradición: la casa como un ámbito de protección y seguridad de la persona a través de lazos de reciprocidad familiar en oposición a el anonimato, la impersonalidad y el peligro para el individuo en el espacio público de la calle.

Si en el análisis de Da Matta la calle se evalúa desde la lógica de la casa, Georg Simmel realiza la propuesta inversa. Su preferencia de la puerta por sobre el puente responde a que mientras el último comunica entre dos puntos delimitados, en la puerta se encuentra “la posibilidad de salirse a cada instante de esta delimitación [la casa] hacia la libertad” (2001: 53). La de Simmel es, así, una de esas visiones que

“hacen el elogio de la experiencia exterior, esto es, de la vida fuera de la vivienda, a la intemperie de un espacio urbano convertido en una dinamo de sensaciones y experiencias. Se reconocen de ese modo las potencialidades del acto de abrir la puerta para *salir*. En el dentro, precisamente porque es el lugar de y para la estabilidad, uno puede sentirse prisionero de roles con los que no se siente

identificado, obligado como está a un ejercicio permanente de la previsibilidad, clavado al lugar preciso que se le asigna en una estructura predeterminada” (Delgado, 2007: 28).

El salir, quizás por ser riesgoso, es valorado desde estas perspectivas porque habilita a la capacidad de cambiar, de devenir otra u otras cosas, de salirse de los lugares y los roles de la casa.

Nos encontramos de este modo con dos posturas contrapuestas acerca del salir. Antes que optar a priori por alguna de ellas, las mantendremos en diálogo, ya que la resolución de la tensión entre el dentro y el fuera, entre el entrar y el salir, será empírica antes que normativa. De esta manera, si retomamos los cinco ámbitos o dominios urbanos identificados por Hannerz (doméstico/parentesco, aprovisionamiento, recreación, vecindad y tránsito) y analizamos la *territorialidad de las prácticas* de los residentes del barrio asociadas a cada uno de esos dominios, lo primero que identificamos es la centralidad que tiene la *práctica del salir*, es decir, el *desplazamiento hacia fuera del barrio*, ya sea hacia la ciudad o hacia el campo, en las estrategias de *aprovisionamiento*. El barrio no es un ámbito autónomo ni autosuficiente, por lo que sus residentes deben salir para obtener un conjunto de bienes y servicios fundamentales para la reproducción de la vida.

En otro trabajo (Segura, 2009 a) hemos propuesto la ecuación “*recursos hacia afuera, vínculos hacia adentro*” como una fórmula que condensa esquemática y parcialmente la vida en barrios populares, vida tensada entre una multiplicidad de fuerzas que empujan hacia el aislamiento y la exclusión, por un lado, y la movilidad como práctica fundamental en las estrategias implementadas para sobrevivir, por el otro, que de este modo cuestiona la idea de una total exclusión. Decimos que se trata de una fórmula esquemática y parcial por dos motivos. En primer lugar, porque no todos los recursos para vivir se obtienen fuera del barrio ni se sale únicamente en búsqueda de recursos. En segundo lugar –y relacionado con la anterior– porque según la posición social de los actores barriales analizados, la circulación, los desplazamientos y las territorialidades varían sensiblemente.

Así, en relación a la primera cuestión –no todos los recursos se obtienen fuera del barrio; sin bien primordial, no se sale únicamente por recursos– es importante señalar, por un lado, el lugar relevante que *las políticas sociales focalizadas* y las diversas *organizaciones sociales y políticas* que actúan en el barrio tienen en el ámbito de aprovisionamiento de las familias. La relevancia de ambas instancias en las estrategias de aprovisionamiento se infiere en muchos relatos a través de la formulación de la oposición *allá-acá*. Ester señala que “en el norte, que es Argentina, la Quiaca, no te dan el plan Vida, no hay becas, no hay nada, y si te dan un kilo de leche cada 15 días es porque tu hijo realmente necesita y está bajo de

peso. Todo tenés que pagar, hasta para que te vea el médico tenés que pagar un bono, no pagás y no te dan el número, todo es plata, y no hay plan, hasta estudiar te cuesta”. Zulema y su hija Cati, que llegaron desde el Chaco, coinciden con Ester. “Acá hay más ayuda que allá –señala Zulema-, allá en el Chaco no hay ayuda de nada, nada, todo lo que tengas que comer, tengas que ponerte, todo tenés que comprar, no te dan nada, no es como acá. Cuando nosotros vinimos se conseguía más todavía, te daban mercadería por todos lados, ropa, calzado, y eso estaba más bueno porque se lleva una vida mejor, más tranquila”. “Acá es más lindo –dice Cati, su hija-, acá tenés más posibilidad de vivir, tenés más ayuda, allá en el Chaco no, allá en el Chaco te morís de hambre, allá no había nada. En el Chaco cosechábamos, íbamos al matadero que le decían, buscábamos achuras de ahí para comer, esas cosas, teníamos que rebuscarnos porque no había nada en el Chaco”. Lo mismo sostiene Aurora, con respecto a Misiones. “Acá hay mucha ayuda, no es como allá, allá en Misiones si no te levantas a las tres y media o cuatro de la mañana para hacer algo no hacés nada, pero acá no, acá tienen muchas cosas y no saben aprovechar lo que tienen”. Así, la diferencia fundamental entre el *acá* y los distintos *allá* refiere a las posibilidades de acceso a la educación, la salud y, fundamentalmente, a las políticas sociales, a *la ayuda*, que adquiere centralidad en el aprovisionamiento familiar. Por otro lado, si bien se sale fundamentalmente para aprovisionamiento, las escasas salidas por cuestiones de ocio, recreación y política adquieren para los actores, como veremos más adelante, una fuerte relevancia simbólica.

En relación a la segunda cuestión, se observa una *movilidad diferencial de los actores* del barrio relacionada con las posiciones que ocupan en la trama relacional. En efecto, como la razón fundamental para salir del barrio se vincula con el aprovisionamiento, la ocupación de las personas es fundamental para comprender sus desplazamientos y, por ende, sus vínculos con la ciudad y las representaciones que tienen de la misma. Varones como Carlos (construcción) y Javier (cartoneo) sostienen lo mismo que Víctor “voy al centro todos los días”. En la misma dirección, el rol de Mónica en el comedor supone su ida al centro: “voy, pero cuando tengo que hacer algunos trámites nomás, al centro me voy prácticamente cuando tengo que hacer algunos papeles del comedor, que tenés que ir a rendir, después al ministerio, pero que sea ir a pasear... muy raro” aunque a veces “con mis hijos vamos, por ahí cuando quieren comprarse ellos las zapatillas al gusto de ellos, bueno, me voy con ellos, vamos, nos sentamos a comer”.

Se trata de *una relación predominantemente instrumental con “la ciudad”*, la cual como ya dijimos es vista como una entidad socio-espacial distinta al barrio y a la cual en general se va por algo específico, por algún motivo puntual: trabajo, trámites, acceso a la salud.

Alejandro Grimson ha señalado una dinámica similar para Buenos Aires donde “la mayor parte de los habitantes del sur de Buenos Aires que van hacia el norte y los del norte que van hacia el sur lo hacen instrumentalmente. Cruzan para algo, por alguna razón precisa, con un fin específico. Saben que han salido de su territorio”, el cual es producto de “procesos sutiles y profundos a través de los cuales se construyen fronteras que devienen *parámetros cognitivos básicos de la vida urbana*” (2009: 20; las cursivas son mías). Es precisamente porque existen esas fronteras que actúan como parámetros cognitivos de la vida urbana y porque predomina un vínculo instrumental entre ambos lados, que las experiencias de personas como Víctor y Mónica contrastan con la de varones desocupados y mujeres amas de casa, entre otras personas, que “no tienen nada que hacer en la ciudad”. Lo decíamos, la combinación entre transformaciones en el mundo del trabajo y cambios en las políticas sociales han incrementado el aislamiento de los sectores populares.

Ester ilustra estas diferencias al comparar la experiencia propia con las de muchos de sus vecinos. “Casi siempre estoy en el centro, viste que participo en la asamblea barrial, que por los subsidios, por un montón de cosas, porque *si no me muevo esto no funciona*”, sostiene. *Esto* que requiere de su constante movilidad es el comedor y la totalidad de las actividades que se articulan a partir del mismo: planes, becas, proyectos, programas, talleres. A la vez, reconoce que “hay gente que ni conoce el centro, mirá, con decirte bien, *se pierden en el centro*, porque *no salen nunca*, están acá, como una bola de cristal, que dan vuelta ahí, no salen. Es más, los chicos que conocen capital o Buenos Aires, es por cuando yo les llevaba a los piquetes, bueno, ahí salieron a conocer los pibes”. Y me cuenta que “acá mayormente, cuando la gente de provincia más que todo, un montón de gente, sabés por qué iba a Buenos Aires, por conocer más que por el piquete”.

Así, además del trabajo –para quienes tienen uno– y las prácticas (excepcionales y por eso valoradas) ligadas al consumo y al ocio, *la política* aparece como instancia para salir del barrio. Rara vez voy a pasear al centro, decía Mónica, solo va a hacer trámites “y a la plaza ¡cuántas veces! para marchar”. Al igual que la mayoría de las prácticas sociales, el sentido de lo que se entiende por política no es ni fijo ni estable, como tampoco lo son los sentidos y valoraciones atribuidos por los actores involucrados a prácticas como marchas y piquetes (Ferraudi Curto, 2009) que desde una mirada externa se suelen vincular de manera unívoca con la política. Charlando un día con Azucena se produce el siguiente intercambio.

Azucena: Voy a las marchas que hace el comedor. Que ahí es donde *me voy un poco a despejar, porque paso mucho tiempo acá en la casa.*

Ramiro: ¿Así que lo de las marchas lo usas así, para pasear un poco?

Azucena: Sí, porque me gusta, porque las marchas que hace del comedor no son como los piquetes, porque los piquetes me dan miedo

Ramiro: ¿En qué se diferencian?

Azucena: Claro, que es tranquilo, que son marchas o por homenaje o por ejemplo por Julio Lopez, por pedir algo. Por la muerte de Eva Perón, o por Perón, que es un homenaje.

Ramiro: Claro ¿y con quién vas?

Azucena: Con algunas compañeras del comedor, por ahí la llevo a mi hermana, a mi mamá, *vamos porque miramos*, porque es tranquilo. *Para ver, para salir al aire*. Por ahí a marchas de Buenos Aires, si van así me prendo, más cuando hay un micro, mejor. Porque una vez me fui en tren y después a la vuelta hicieron un piquete en las vías y no había tren. Por eso me voy cuando hay micro. Aparte porque *conocés gente, ves la gente*. No sé si la gente va porque lo siente, yo mayormente tengo entendido que van porque lo obligan o porque le sacan el plan o por x motivo Pero hay gente que parece que va porque lo siente, he visto gente que va y lo siente a las marchas, como Hugo, cuando él va a las marchas, a él se lo ve el entusiasmo que tiene y siente, eso me gusta, esa clase de marchas.

Para una mujer con Azucena, ama de casa y madre de dos hijos, las marchas son fundamentalmente una oportunidad para salir de la casa, despejarse, mirar, conocer gente. La forma de hablar sobre dichas prácticas condensan los sentidos asociados al salir por contraposición con el estar adentro: “me voy un poco a despejar, porque paso mucho tiempo acá en la casa”, “salir al aire”. De esta manera, el salir adquiere un sentido diferencial entre varones y mujeres; es precisamente a través de actividades vinculadas al ocio, al consumo o a la política en lugares públicos y semipúblicos donde las mujeres han encontrado “la posibilidad de construir reductos de seguridad y confianza ajenos a la familia, continuando con una vieja tradición de lugares de encuentro –lavadero, fuente, tienda, parroquia- en que se cumplía la paradoja que ha hecho a las mujeres encontrar tantas veces *fuera*, en el exterior, un refugio para su intimidad que no habían logrado encontrar *dentro*, en ese hogar presunto reducto de autenticidad” (Delgado, 2007: 241). En efecto, se trata de prácticas que tienen un *alto contenido simbólico*, en tanto permiten escapar momentáneamente a una cotidianeidad anclada y circunscripta a los límites del barrio (y, en el caso de muchas mujeres, de la casa) por una conjunción de límites económicos (ausencia de dinero, sin vínculos con el mercado de trabajo), geográficos (distancias, inaccesibilidad y medios de transporte), políticas públicas territorializadas (que tienden a reforzar el aislamiento) y, en el caso de mujeres como Azucena, roles de género tradicionales que ligan a las mujeres a la casa.

La tendencia a permanecer dentro de los límites del propio barrio se refuerza los fines de semana, mostrando la centralidad que tienen las salidas instrumentales vinculadas con el aprovisionamiento. “Los fines de semana nos quedamos acá en la casa, él [por su marido] por ahí arregla acá el alambrado, limpia, y yo lavo ropa. Nos vamos, si está lindo

el día, nos vamos a casa de mi mamá a tomar unos mates y cuando hay plata, por ahí hay veces... ya hace cuanto que no salimos... pero cuando podemos vamos a pasear a la plaza, a plaza Moreno, por el parque las nenas quieren ir ahí”, cuenta Azucena remarcando tanto la rutina habitual con el disfrute de lo excepcional, la salida de fin de semana. Mónica señala algo similar: “los fines de semana tampoco [salgo], me quedo en mi casa, con mi marido y mis hijos”.

En la dinámica barrial se evidencia el contraste entre días de semana y fin de semana. “Se nota mucho”, señala Víctor e intenta explicar, “a ver... viste como que... no todos, pero hay gente que espera el fin de semana para descargar, música a full, cerveza a full. Está bien, si trabajan toda la semana, el fin de semana se relajan como pueden. No todos tenemos la misma forma de pensar, pero bueno, yo prefiero quedarme a dormir un poco más, leer el diario, ver las noticias, escuchar radio, me gusta mucho escuchar radio, en cambio ellos no, ellos música, pero la gran mayoría usan para divertirse el fin de semana”. Así, durante los fines de semana es posible ver una gran cantidad de personas en las calles del barrio, desde temprano hasta tarde. La música, la comida al aire libre, la cerveza, los partidos de fútbol, incluso las carreras de caballo y de carros que se celebran los sábados más allá del puente. Los fines de semana (y los feriados) son también los días que las distintas organizaciones barriales y políticas escogen para realizar diversas actividades comunitarias como las celebraciones del día del niño a que hicimos referencia en el capítulo anterior y otros festejos. Por último, también es importante señalar que mientras realizamos el trabajo de campo se estableció más allá del puente un gran galpón conocido como *El rincón paraguayo*, administrado por personas que no residen en el barrio, que todos los domingos, desde la mañana y hasta la noche, abre sus puertas y entre sus actividades están los torneos de fútbol, las comidas y el baile.

Resumiendo: salir del barrio es una práctica sumamente necesaria para las estrategias de aprovisionamiento, tanto de dinero a través del mercado de trabajo como de bienes y servicios como la salud y la educación. Sin perder de vista que no se sale únicamente por estos motivos –el ocio, el consumo y la política también se encuentran entre las razones, más excepcionales y con una importante carga simbólica-, el vínculo predominante que se establece con la ciudad es de carácter instrumental: se sale por algo concreto y si no, si no hay motivos concretos para salir, permanece en el barrio. En este punto, es importante recordar que la posición social de los actores (si tienen trabajo, si militan, etc.) es el factor explicativo fundamental de su movilidad. Si el afuera adquiere relevancia en las estrategias de aprovisionamiento, en el adentro se solapan y entrecruzan los ámbitos de la vecindad, el parentesco y el ocio.

3-3 Estigma territorial, jóvenes y espacio público

A partir de los estigmas territoriales y centrándonos especialmente en un actor barrial no analizado hasta el momento (los jóvenes) abordaremos el último dominio urbano señalado por Hannerz, las *relaciones de tránsito*, fundamentales para cualificar las prácticas del espacio. Las relaciones en el espacio urbano nos remiten constantemente al problema de la accesibilidad y la diversidad en la ciudad, ya que “la gente reacciona no sólo al hecho de estar cerca, sino a estar cerca de tipos particulares de personas” (Hannerz, 1993: 117). Por esto, en términos generales las interacciones en el espacio público exceden la relación entre extraños, entre anónimos. Superan la experiencia de la pluralidad, poniéndose en juego mecanismos de alteridad / identidad. Marcas o atributos funcionan como indicios de la edad, el género, la etnicidad, la clase y la ocupación (entre otras) promoviendo, según los casos, el acercamiento, la indiferencia, el rechazo. De esta manera muchas veces conducen, paradójicamente, a la negación de la accesibilidad y la diversidad en el espacio urbano.

Así, las relaciones de tránsito, características y constitutivas de la vida en la ciudad, relaciones de “interacción mínima”, constituyen un ámbito de la vida urbana relevante para entender la experiencia de la ciudad de las personas que residen en un barrio periférico y que establecen una relación básicamente instrumental con la ciudad. ¿Cómo experimentan sus propios desplazamientos por la ciudad? ¿Qué imagen le devuelven los otros con los cuales se encuentran e interactúan en el espacio público? “Cuando estuve en el centro –me contaba Mónica-, la desconfianza era total”. Este apartado busca, en definitiva, comprender qué se encierra en una expresión como esa.

Estigmas territoriales

En el imaginario de la ciudad Altos de San Lorenzo y fundamentalmente sus asentamientos son estigmatizados. Los medios masivos de comunicación refuerzan estos estereotipos al asociar de modo unívoco dicho espacio con los delitos, las carencias infraestructurales como servicios deficientes, basurales e inundaciones, y las usurpaciones de terrenos, al tiempo que los habitantes del sector 1 se desmarcan de tales señalamientos estableciendo un fuerte clivaje entre ellos y los asentamientos. En esta dirección, Gabriela (sector 1) contaba que cuando ella dice “yo vivo de la 72 para allá, fuera del casco urbano” las personas la miran extrañadas y le preguntan “¿en Altos de San Lorenzo?” Sí, en Altos de San Lorenzo, lo digo con orgullo, a mí no me molesta vivir acá y a veces he escuchado a gente decir, se escucha más Altos de San Lorenzo por los problemas delictivos que por las obras en sí, y yo digo, bueno, pero en Altos de San Lorenzo vive gente buena también,

como que nos relacionan con el delito y todo eso, entonces yo digo, vive gente buena, vivo yo, (risas) desde siempre”. En la respuesta de Gabriela se evidencia su esfuerzo por cuestionar la habitual asociación lineal y esquemática entre determinado espacio y determinado tipo de gente, entre límites sociales y simbólicos. Se trata de un cuestionamiento parcial del estigma territorial que recae sobre la zona: “acá hay gente buena también”. En la misma dirección que Gabriela, Domingo (también del sector 1) edita desde hace unos años una revista bimestral de distribución gratuita sobre el barrio que se financia con publicidad de los comercios y en la cual se publican notas sobre el barrio. En una asamblea barrial a la que concurrió para ver la posibilidad de hacer un informe sobre las actividades de la asamblea en la revista, explicitó su criterio para las notas: “queremos colaborar con lo bueno del barrio, buscamos apoyar los emprendimientos buenos del barrio. Queremos mostrar lo que no sale en los diarios. Siempre que salimos en los diarios es por policiales. Yo hace 60 años que vivo en el barrio y cuando digo que vivo en Altos de San Lorenzo la gente se asusta, te mira con una cara rara. Y lo cierto es que en el centro hay más robos que acá”.

Sin embargo, muchos de estos esfuerzos parecen infructuosos, más que nada para los residentes del sector 2. Hablando sobre *su* barrio Ester señala que

“este lugar es como que es *villa*. Acá los del centro a nosotros *nos dicen villeros* y en la escuela, cuando va mi hija a la 11, cuando era más chica, le decían villera, porque a ella le decían “¿dónde vivís?” “en la 90” “Ah! esta es villera, negrita villera”, nos ven como eso acá. Aparte este lugar, la 90, este lugar está re-*contra* quemado porque incendiaron autos, robaron autos y todos los autos venían a esta calle, entonces como que está quemado, ni los remises, ni los autos quieren entrar a este lugar, ni los taxis. La mayoría de la gente no quiere, “no” dice “a la 90 no vamos, es peligrosa”.

En el relato de Ester se condensan las características principales de los *estigmas territoriales* (Waquant, 2007), básicamente el desplazamiento que el estigma opera desde un tipo de hábitat o vivienda a un tipo de persona, de la villa a los villeros, lo que se traduce tanto en las prácticas espaciales de los habitantes de la ciudad, que asocian esos espacios a la violencia, la delincuencia y el temor, por lo que no quieren entrar al barrio, como en una marcación que acompaña a los residentes del barrio a diversos espacios de interacción social.

La estigmatización se verifica así en múltiples esferas de la vida cotidiana. Las situaciones narradas son múltiples. Daniel cuenta que

“hay dos o tres compañeras que ya están independizándose, quieren hacer su vida, salen a buscar trabajo, salen al centro y ahí cuentan ellas que como son morochitas, bien trigueñas, como que las hicieron al costado y agarraron a otra más blancona, algo así, ¿entendés? Se sentían muy mal estas chicas porque habían

sido despreciadas. Donde se ve un trabajo que lo puede hacer cualquiera y es más, con más experiencia, sin embargo eligen a gente sin experiencia y más blancos”.

Ester relata la ya mencionada escena en la escuela con su pequeña hija (es importante señalar que las hijas de Ester son de los pocos niños de los asentamientos que van a la escuela fuera del barrio) y me cuenta que fue a hablar con la maestra y la directora y les dijo “a mí me pueden decir boliviana, bolita, lo que ustedes quieran, pero a mi hija no. Le guste a quién le guste, mi hija es muy nacida en esta tierra y en este suelo, no será acá, pero bien en el norte, pero es muy nacida acá, y tiene todos los derechos como todos estos”. Y Aurora cuenta que durante una capacitación en un comedor del barrio, una de las talleristas se refería a los chicos como “los del barrio, los negritos” y ella le dijo

“se equivoca, porque muchas veces puede haber negritos y muchos maleducados pero no hace falta tener plata y vivir en el centro para ser educado. Como ciudadano le digo, como vecino le digo, tengo el mismo derecho y la misma forma de que me den siempre las cosas, yo me considero así. Muchos lo piensan ¿viste? Muchos lo piensan así, igual que las charlas allá en el San Juan de Dios y dice una doctora, “sí, los mocosos del barrio” dice, cuando hablábamos de las adicciones, yo digo, no hace falta ser del barrio para ser adicto”.

De esta manera, además de los obstáculos económicos y geográficos, los residentes en los asentamientos son objeto de la estigmatización cotidiana, a la cual muchas veces se oponen, cuestionando en la medida de sus posibilidades los argumentos sostenidos acerca de ellos. Como muestran los relatos citados, las prácticas estigmatizadoras¹⁰² se verifican en múltiples ámbitos de la vida social: trabajo, educación, salud, políticas sociales. Y también en la circulación por los espacios públicos, en los espacios transicionales entre el barrio y la ciudad.

La policía

Una situación recurrente, donde la idea de frontera deja de ser solo metafórica o conceptual, es en la relación con *la policía*, donde convergen límites espaciales, sociales y simbólicos. Durante los dos años que realicé trabajo de campo en el barrio, era habitual ver un puesto de la policía localizado en la intersección de las avenidas 72, límite del casco urbano, y 19, principal vía de entrada y salida con los asentamientos, que funcionaba como una verdadera *aduanas urbana*, controlando los flujos y los desplazamientos de las personas entre el casco urbano y la periferia.

¹⁰² Esta experiencia es la que se encuentra en la base de lo que Gabriel Kessler (2009) que denominó relato de la estigmatización sostenido fundamentalmente por aquellos jóvenes (y sus madres) que siendo habitualmente señalados como peligrosos y victimarios, narran la vivencia cotidiana del estigma en el barrio, en el espacio público y el maltrato de la policía.

Además de esta práctica, son habituales los controles discrecionales realizados por la policía a los residentes del barrio, ya sea cuando están saliendo o retornando a sus hogares, en las inmediaciones del barrio, o cuando se encuentran en espacios públicos alejados de su lugar de residencia. Por esto, muchas de las personas entrevistadas refrieron a la policía, negativamente. Como relata Daniel “la policía, no sé si se puede probar ni nada, la policía misma te agarra, cuando te preguntaba, te decía de dónde sos, vos le decías de Puente de Fierro, listo, para ellos “ahí están todos los malandras”, ¿entendés? Directamente, y metían a todos en la misma bolsa”. Cansado de esta situación, Daniel aprendió a responder a los interrogatorios policiales callejeros.

Daniel: Después ya uno tomando esa experiencia, después le cambiaba la dirección a ver qué es lo que pasaba

Ramiro: ¿Y qué le decías?

Daniel: En vez de decirle Puente de Fierro, decirle “en calle 88 entre 28 y 29” entonces, qué hace el policía, piensa, dice “¿adónde queda? Ah, queda para allá ¿no?”, como que se pierde.

La anécdota es muy reveladora. El cambio en los criterios de referencia y localización, desde el nombre propio estigmatizado (Puente de Fierro) a la racionalización y cuantificación del espacio propio de los criterios inclusivos de la grilla fundacional le permiten, al menos situacionalmente, desmarcarse. A la vez, es una muestra más de que la mayoría de las personas que habitan la ciudad desconocen incluso la ubicación del barrio, lo que no impide que en general continúen reproduciendo el estigma.

El cotidiano rol de aduanero de la policía con las personas que habitan el barrio es remarcado por Mónica.

“La policía sí, cuando te ven que venís, cuando vos andás bien cambiadito, venís bien, o venís de otro lado y venís cambiado, no te hinchán para nada. Pero te digo porque a mí me ha pasado en la 90, cuando venís de trabajar, te hichan las pelotas, te piden documentos, que ¿de dónde venís?, que ¿dónde trabajás? Yo muchas veces le tenía que mandar a la mujer policía que se vaya al diablo (Risas). Le dije “¿querés encontrar a los chorros? Vení después de las 6 y media de la tarde, vení abajo del puente. A mí no me vas a encontrar nada” le dije”. Y prosigue: “a mí me han parado varias veces pidiéndome el documento y a mi marido lo han llevado un par de veces, cuando volvía de trabajar. Él antes venía siempre en bicicleta. Después ya le empezaron a traer los patrones, les comenté que lo levantaban y ahora lo traen y lo dejan en la 80 y 137 y de ahí se viene en bici”. También cuenta que “el otro día un tipo de acá venía de trabajar y venía con ropa de trabajo, le han parado y le pidieron el documento y él venía de trabajar... y el chorro de acá pasó por al lado de ellos y no le dijeron nada. Ese día me agarró una calentura, yo estaba justo acá en el comedor, estábamos con la sobrina de Daniel, y vi que lo paró al muchacho este, un compañero que va a la escuela conmigo y me fui y le dije “¿Qué pasó?”, me dice “me pararon, me pidieron documento, y qué se yo, yo vengo de trabajar...” y le dije al policía ese día “mirá, vos parás a las personas equivocadas, ¿sabés por qué? Mirá, el flaco que pasó con una mochila negra en la

espalda es el chorro, uno de los pibes chorros de acá, y vos lo parás al pobre infeliz que viene de trabajar”.

De este modo, los cuestionamientos más habituales no son acerca de la legitimidad de la institución policial, sino acerca de su ineficacia, que se basa en el uso de criterios equívocos (vestimenta, color de piel, lugar de residencia) para llevar adelante su tarea. Incluso, muchas de las personas que señalaron su disconformidad con las prácticas policiales y expresaron su malestar por ser foco de sospechas por parte de la policía, suelen sostener lo necesaria que es la presencia policial¹⁰³ para terminar con un problema acuciante, la inseguridad, y el actor con el que habitualmente se la asocia, los jóvenes.

Los jóvenes del barrio

Hasta el momento hemos señalado diferencias respecto a dos ejes en la vida barrial. Por un lado, diferencias de género, en el sentido de que las prácticas espaciales muestran variaciones entre varones y mujeres en lo que hace a sus rutinas cotidianas, reproduciendo patrones tradicionales de género en las oposiciones entre esferas de la producción y la reproducción y accesos desiguales a los espacios público y privado. Por otro lado, diferencias en las prácticas espaciales relacionadas con la posición y rol social de los actores en la trama barrial, lo que contraponía experiencias disímiles de la ciudad según movilidades y desplazamientos diferenciales, cuyos polos antitéticos se encuentran representados por las personas que participan en el mercado laboral y quienes tiene un rol relevante en la política barrial, ambos con una alta movilidad, y personas adultas desempleadas y mujeres amas de casa, con la tendencia a no salir del barrio. Trataremos ahora el tema de la edad y, fundamentalmente, el lugar de *los jóvenes* en la vida barrial.

Los jóvenes –fundamentalmente los jóvenes varones- constituyen para los demás actores barriales, en consonancia con la tendencia dominante en la sociedad (Chaves, 2006), *un problema*. La mayoría de los testimonios de los residentes en el barrio se refieren a que uno de los principales problemas del barrio son los jóvenes y tanto desde las políticas estatales como desde las organizaciones sociales y políticas y las ONGs que actúan en el barrio se implementan diversas actividades cuyo foco común de acción son los jóvenes: cursos de educación sexual, talleres de arte, jornadas sobre derechos, capacitaciones laborales, entre otras.

¹⁰³ Por esto, y aunque parezca paradójico, la visión negativa de la policía por parte de muchos de los residentes de los asentamientos coexiste con la demanda de mayor presencia policial, demanda canalizada institucionalmente por parte de los miembros del Foro de Seguridad barrial, compuesto en su mayor parte por residentes del sector 1.

Pese a estos intentos, algunos de ellos relativamente exitosos, como el caso de una capacitación laboral a partir de la cual surgió un micro emprendimiento laboral que emplea a los mismos jóvenes que participaron de la capacitación, podemos decir que *los jóvenes del barrio no tienen lugar*, ni en el barrio ni en la ciudad. En general los jóvenes de sectores populares (Saraví, 2004) se encuentran fuera de la escuela (los índices de deserción escolar son elevados), fuera de la casa (espacio de los adultos y generalmente de pequeñas dimensiones) y fuera del mercado laboral (con la excepción de changas esporádicas en el sector informal). Carecen de espacios propios, no están en la escuela, ni en el mercado de trabajo, la casa no es suya. Y tampoco pueden ir a la ciudad. Esta última imposibilidad se debe a que es entre ellos donde el estigma territorial recae con más fuerza y reduce sus perspectivas de accesibilidad y circulación por el espacio urbano.

Aurora: el otro día me enteré, mi hijo vino, el dice acá en las marchas los chicos no pueden ir, los varones, porque dice que en el centro le tienen... los de Altos de San Lorenzo, las chicas la mayoría van

Ramiro: ¿A qué lugar, a dónde no pueden ir?

Aurora: Al centro

Ramiro: ¿No van al centro?

Aurora: No, porque dice que a ellos los tienen como identificados, cuando la policía les toman así el documento le dicen “¿de qué barrio sos?” “de Altos de San Lorenzo” le levantan sin pregunta, le llevan. Después fuimos a una asamblea allá en la 22 [escuela del barrio] y se volvió a hablar otra vez el tema. Ella [la directora] dijo que ella sentía mucho que sean discriminados los muchachos así, porque a los chicos de Altos de San Lorenzo los varones nunca quieren ir al centro dice por ese motivo

Ramiro: ¿En cualquier momento del día?

Aurora: Sí, a cualquier momento, él dice que le levantan

Ramiro: ¿No es solamente a la noche para ir a bailar?

Aurora: No, no, a cualquier hora del día, cuando van también al centro, las chicas sí, pero los varones ya no, les tienen como identificados como mala persona, eso creo yo que está mal

Ramiro: ¿Y eso dónde lo hablaron?

A: En la escuela. Eso se habló con la directora en la asamblea que hicimos en la 22. Mi hijo va acá a la 40 y él vino y dijo “mami vos sabés que la directora estaba hablando así”, porque es la misma directora, me dijo que estaba hablando que los varones de acá de Alto de San Lorenzo no pueden ir al centro porque les tienen identificados, la policía te pregunta dónde vivís, Altos de San Lorenzo te levantan, te llevan. Así que los chicos se niegan directamente, la directora dijo así “los chicos directamente, cuando le digo vamos a ir chicos al centro, no dicen, las chicas sí, pero los chicos directamente te hacen renegar.

Así, teniendo en cuenta estas cuestiones, consideramos que la ocupación de esquinas, descampados y el puente, el juntarse en esos ámbitos para que el tiempo transcurra, fundamentalmente en horas de la tarde y la noche, lejos de hablarnos de una apropiación del espacio barrial por parte de los jóvenes como suele aparecer en discursos

mediáticos -los jóvenes como dueños del barrio- señala el repliegue hacia el único lugar y tiempo disponibles. Y es esa práctica la que genera temor entre los adultos y se transforma en un punto de discusión y disenso entre las diversas organizaciones sociales y políticas del barrio en cuanto a qué hacer con los jóvenes.¹⁰⁴

Ante la centralidad de la problemática tanto para estas instituciones y programas que intervienen sobre la juventud como para las organizaciones barriales, se conformó en el comedor de Puente de Fierro una “mesa técnica” donde quincenalmente miembros de las distintas instituciones y referentes barriales intercambiaban información y experiencias y discutían vías de intervención a seguir sobre casos puntuales, evitando soluciones represivas. De hecho, el origen de esta experiencia se remonta a un conflicto que hubo en torno a un grupo de jóvenes que tenían en la calle 29 y 89 su lugar de reunión, donde pasaban largas horas, fundamentalmente durante la tarde y la noche. Se trataba de chicos que, como sostuvo Daniel, “conocemos a los padres, los hermanos, los primos, a todos, son gente que llegaron junto con nosotros, siguen viviendo en el barrio”. La ocupación de esta esquina por parte de los jóvenes y, según algunos adultos, la molestia que generaban por estar todo el día en ese lugar, bebiendo, fumando marihuana y robando, condujo a que un grupo de “16 vecinos” conducidos por Mónica (en sus palabras “yo fui la cabecilla”), presentaran una denuncia contra los jóvenes y los detuviera la policía.

En torno a este evento las posiciones se polarizaron y generaron (o reforzaron) diferencias entre personas y organizaciones que habitualmente trabajan de manera

¹⁰⁴ Como señalamos, en el barrio existen diversos programas de intervención sobre los jóvenes, considerados una población de riesgo: el Centro de Prevención de las Adicciones (CPA), los distintos programas del Ministerio de Desarrollo Social, las intervenciones del Foro de la Niñez perteneciente a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), los trabajadores sociales del Hospital de Niños, entre otros. Entre las actividades barriales en las que realicé observación participante, seguí de cerca un Programa del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires denominado “Barrio Adentro”, destinado a niños y adolescentes de Altos de San Lorenzo. Implementado a partir de 2008 como prueba piloto, se eligió el centro comunal por ser este el barrio designado tanto por el Poder Judicial como el Poder Ejecutivo como el de mayor índice delictivo en niños y jóvenes. Se trata de un programa que busca generar espacios de contención e integración barrial a partir de talleres de música con los jóvenes, los cuales se realizan en organizaciones barriales. Yo observé los talleres realizados en los comedores de Ester (en la 90) y Rosa (en Puente de Fierro), de los cuales surgieron CDs con canciones compuestas en conjunto entre talleristas y los participantes. Si bien no se pueden tomar como reflejo de la situación barrial, los datos de los jóvenes que participaron durante 2008 nos dan indicios de la situación de los jóvenes del barrio. Participaron 104 jóvenes, todos menores de 19 años, de los cuales el 47% asistía regularmente a la escuela, mientras del resto el 26 % había abandonado, el 18% asistía irregularmente y el 9% no concurría hace menos de un año. El 75 % de estos chicos se encuentra en grupos familiares que, según el programa, están en “zona de desafiliación y vulnerabilidad” y el 45% de ellos está o estuvo vinculado a actividades delictivas, varios de los cuales están procesados. Por último, el 47% de ellos permanece en las esquinas o deambulando en el barrio la mayor parte del día.

conjunta. El enfrentamiento más evidente se dio entre quienes realizaron la denuncia y quienes no participaron en la misma. Entre estos últimos se encontraba Rosa, importante referente barrial, que tiene una guardería y un refugio en el barrio. “Por ese motivo no me llevo con Rosa”, me dijo Mónica, “ella apaña a los chorros, vos pasás por su casa el sábado tipo 9 o 10 de la noche y están apilados ahí afuera”. Pero incluso entre las personas que realizaron la denuncia era posible identificar sentidos y finalidades diferentes. Así, por un lado Daniel sostiene que

“nosotros hicimos la denuncia no para que vengan y los caguen a tiros en la esquina, hicimos la denuncia asentando que a estos chicos cuando se los lleven presos no los larguen a las dos horas, sino que busquen porque yo creo que hay muchas instituciones, me dijeron a mí que hay muchas instituciones, que los deriven a instituciones que lo puedan ayudar al chico, porque no sirve de nada que lo tengan dos, 3 horas y lo larguen de nuevo”;

Sin embargo, por el otro Mónica se distancia de las maestras que “cuando empezó la asamblea acá, las maestras pedían por los chicos, los chicos chorros estos” y sostiene que “nosotros necesitábamos lo más urgente posible una solución, ellos nos daban todo a largo plazo... ¡es más fácil que viniera el 911!”.

De esta manera, el estigma territorial que recae sobre los residentes del barrio (y en especial sobre los jóvenes varones) presenta un doble efecto: “hacia afuera”, en relación con la ciudad, refuerza el límite y la separación, el cual es atravesado casi exclusivamente por motivos instrumentales; “hacia adentro”, en relación con la vida barrial, potencia la conflictividad interna, estimula la evitación mutua y la desconfianza interpersonal, colaborando de este modo en la producción de la realidad (violenta, insegura) que nombra.

4- Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar:

Por último, queremos trabajar brevemente sobre los *efectos de lugar*¹⁰⁵ (Bourdieu, 2002) que las configuraciones espaciales tienen la vida social, es decir, en qué medida las posiciones y distancias del espacio social objetivadas en el espacio urbano se incorporan en los actores sociales como principios de visión y división del espacio social.

¹⁰⁵ La expresión “efecto de lugar” corresponde al título de un artículo de Pierre Bourdieu (2002) en el cual el autor argumenta contra el pensamiento sustancialista acerca de los lugares y propone, en cambio, pensarlos en clave relacional: analizar las relaciones entre espacio social y espacio físico, productos de luchas por la apropiación del espacio (Wacquant, 2007). Además, el artículo señala un conjunto de “efectos” que el espacio físico (espacio social reificado) produce; es decir, el espacio físico expresa el espacio social y a la vez, en tanto es reificado, tiene efectos sociales, que el analista debe evitar, pero que a pesar de esto no dejan de tener importancia en la dinámica social, apareciendo entonces el espacio como “uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, y sin duda en la forma más sutil, el de la violencia simbólica como violencia inadvertida” (2002, 122). Es en este último sentido que utilizamos en lo que sigue la idea de efectos de lugar.

Una tarde, en el comedor de Puente de Fierro, mientras tomábamos mate con Mónica y Daniel, se produjo el siguiente diálogo:

Daniel: Como que la gente de acá *está mucho más aislada*

Mónica: Sí

Ramiro: A si ¿ven eso?

Daniel: Aislada con la gente de ciudad, o sea, hay poca participación en el tema de convivir con *gente de ciudad*, más, lo que es *gente de barrio* es barrio, y pareciera que lo que es gente de ciudad, de ciudad

Ramiro: Vos Mónica entre la gente que vive en la ciudad y la gente que vive en el barrio, ¿qué diferencias ves? Coincidíamos en esto de que hay poco diálogo...pero ¿qué diferencias notás? Vos dijiste “son diferentes” o “la gente nacida y criada acá es muy extraña” dijiste vos, ¿por qué?

Mónica: Es muy extraña, porque la gente de acá es más...cómo te puedo decir, es más...

Daniel: tímida

Mónica: La de las provincias sí, las de acá son más despiertas o son más cancheros que nosotros dice (Risas)

Ramiro: ¿Por qué se da eso?

Mónica: En realidad no colaboran ellos, ni tampoco lo que es del barrio, en ambos *hay desconfianza*, en realidad es eso. Hay personas mayores que muchas veces, te digo que me ha pasado *cuando estuve en el centro*, que te miran bien, te preguntan algo... ¡pero te miran bien primero! Para preguntarte dónde queda esa calle, dónde ese lugar

Daniel: Viste lo mismo que yo te contaba por las chicas que fueron a pedir trabajo y las dejaron fuera porque eran trigueñitas

Ramiro: ¿Y vos esas cosas las notás cotidianamente?

Mónica: Sí, yo te digo, cuando voy al centro a veces con mis hijos la *desconfianza total* está.

En otra oportunidad Daniel volvió sobre el tema y señaló:

Daniel: la gente de barrio es más quedada, y sobre todo cuando la gente es del interior, viene del trabajo y se queda, *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, generalmente siempre hace así la gente que viene del interior. Hay *muy poco contacto* con la gente de ciudad, con los chicos, en general, hay muy poco contacto y bueno, al haber poco contacto se va perdiendo, *se separa, no hay una unión*, no se puede trabajar porque no, yo creo que dialogando más con la gente de ciudad, con gente más capacitada, o no sé, juntándose yo creo que se pueden armar muchas cosas y hay mucha gente que se queda acá y no lo hace

Ramiro: ¿Vos notás esa separación entonces entre la gente del barrio y la gente de la ciudad?

Daniel: Y sí, hay mucha..., ¡a los chicos mismos les pasa esto eh!, esto no es que lo diga yo, sino que lo he podido ver, gente que vienen de las quintas por ejemplo, estoy hablando de chicos que quieren ir a la universidad y no se sienten bien, hay una diferencia que no sé, es *como el agua y el aceite*, siempre cuesta juntarse.

Ambas situaciones son iluminadoras en tanto nos muestran cómo las categorías espaciales tienden a funcionar como categorías sociales. Desde la perspectiva de Mónica y Daniel la ciudad y el barrio se corresponderían con tipos de personas -“gente de la ciudad” y “gente del barrio”-, con atributos diferenciales y que establecen, si es que lo

hacen, pocas relaciones entre sí, basadas en la distancia, la desconfianza y la reserva. Y lo mismo hemos señalado que sucede (ver capítulo IV) con el eje delante-detrás, están “los de adelante” y “los del fondo”.

Sostuvimos que en el espacio urbano se expresa de manera “turbia” (no necesariamente lineal) el espacio social. A la vez, creemos que esa frontera social materializada en el espacio urbano una vez establecida tiene relevancia en las fronteras simbólicas (clasificaciones e imaginarios) y en los modos de relaciones sociales que se establecen en base a las mismas. Para decirlo de otra manera, sostenemos que “el espacio urbano sirve para crear categorías sociales” (González Ortiz, 2009: 208), para definir “un conjunto de actores que comparten un límite que los distingue de al menos otro conjunto de actores visiblemente excluidos por ese límite” (Tilly, 2000: 75); en otras palabras, hemos buscado señalar cómo se relacionan en un caso concreto espacio, límites y diferencias en los procesos que Bernard (1994) denominó “construcción espacial de diferencias culturales”.

De esta manera el límite remite a relaciones sociales, a los modos como las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios. Y así como atravesar un límite no supone abolirlo, tampoco la existencia de relaciones entre las partes supone necesariamente identidad entre las mismas (Elias, 2000). Así, si bien *límite* refiere a un hecho sociológico que puede tener (aunque no necesariamente) forma espacial y no a la inversa, dicha forma espacial tiende a naturalizarse y condiciona las relaciones sociales presentes (Simmel, 1986). Las configuraciones espaciales, ellas mismas objetivaciones del espacio social, en tanto adquieren evidencia dóxica, es decir, en tanto adquieren ante “los ojos de todos aquellos que lo disfrutan la inmutable razón de ser de los hechos de la naturaleza” (Signorelli, 1999: 57), participan de muchas maneras en la naturalización del espacio social y de las posiciones sociales de los agentes. Es por medio de este proceso que los límites espaciales producto de la objetivación de las distancias sociales como adentro-afuera, delante-detrás y cerca-lejos tienden a reproducirse en el lenguaje y las prácticas como principios de visión y división, en definitiva, en categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. “Somos distintos”, coinciden Daniel y Mónica, “como el agua y el aceite”, y estamos “separados” y “aislados”; cuando en realidad es probable que la sociogénesis de esa percepción sea exactamente la inversa: porque estamos separados y aislados, nos imaginamos (y nos imaginan) como diferentes y nos vinculamos a partir de esas imágenes recíprocas.

5- Epílogo. Una “estructura de interacción”

Quizás sea posible sostener que existen dos metáforas habituales para pensar la ciudad. Por un lado, *la ciudad como mosaico*, imagen heredada de la sociología urbana de Chicago, que representa al espacio urbano como una colección de mundos relativamente autónomos, separados y delimitados por duras fronteras; por el otro, *la ciudad como flujo*, metáfora con la cual se representa –fundamentalmente en las últimas décadas– al espacio urbano como cambiante, dinámico, líquido, inestable. Si la primera imagen enfatiza las posiciones y los límites, con el consecuente descuido a las relaciones y los intercambios, la segunda pone el foco en la movilidad y la circulación, infravalorando las posiciones y los límites.

El análisis de la experiencia de la segregación nos muestra, en cambio, un entrelazamiento entre límites y fronteras, por un lado, y relaciones e intercambios, por otro. Es decir, las funciones de toda frontera –la separación y la unión– se ordenan de manera compleja y cambiante según las personas involucradas, los momentos, las finalidades y los contextos de interacción. La periferia no es un espacio autónomo y por eso las prácticas del espacio implican *salir del barrio* (lo que no es otra cosa que *entrar a la ciudad*), fundamentalmente por trabajo, pero también para acceder a la salud y a la educación, para aprovechar los espacios de ocio y, claro, para manifestarse políticamente.

En el intento de comprensión en las maneras de vivir la ciudad desde la periferia fue posible identificar un conjunto de “límites y presiones”, en el sentido de Williams (1997), que tienden a reforzar la separación entre los barrios populares y la ciudad, entre los cuales se encuentran cuestiones relativas a la economía (falta de recursos y/o trabajo), la geografía (distancias cuantitativas y configuraciones espaciales), la política (ya sea de tipo represivo, como los controles policiales, o el modo como están estructuradas las políticas sociales, focalizadas y territorializadas) y la cultura (estigmas que acompañan a la población de la periferia en diversas situaciones sociales, incluso muy lejos de su lugar de residencia como en la educación, la salud y el espacio público, entre otros). A la vez, incluso con la importancia que las políticas sociales y las organizaciones sociales y políticas tienen en la reproducción de la vida cotidiana, el barrio no es una entidad autónoma ni autosuficiente. Es un imperativo para la mayoría de las personas salir del barrio para acceder a bienes y servicios fundamentales para la vida.

Esa tensión entre límites y circuitos, entre fronteras y pasajes, tiende a estabilizarse en una “estructura de interacción” específica, que se manifiesta en cierta *selectividad de la frontera*. La mayoría de las salidas del barrio (o de entradas a la ciudad) se vinculan con el dominio del aprovisionamiento. Se trata de incursiones instrumentales: trabajar, ir al

hospital, hacer un trámite, a la vez que los dominios del parentesco, la vecindad y el ocio se mantienen, en la mayor parte de las personas y en la gran mayoría de las situaciones, dentro de los límites barriales. Recursos hacia fuera, vínculos hacia adentro. Esta ecuación (con todas las limitaciones y excepciones que hemos señalado; básicamente el hecho de que algunos importantes recursos se obtienen en el barrio y que a veces se sale del mismo para algunas otras cosas) busca graficar –en su esquematismo- dicha lógica de uso de la ciudad por parte de los residentes del sector 2 de la periferia.

No se trata de un caso excepcional. Hace tiempo Barth (1976) mostró la existencia de “estructuras de interacción” que regulan los encuentros sociales interétnicos por medio de la combinación de preceptos que permiten la articulación entre grupos sociales distintos en algunos dominios de actividad y de sanciones que prohíben la interacción de miembros de esos mismos grupos en otros dominios. Y a una conclusión similar arribaron Elias y Scotson (2000) en su ya mencionado análisis de la *figuración establecidos-outsiders* en una comunidad obrera de Inglaterra: existían básicamente dos categorías de personas que se encontraban exclusivamente en el ámbito laboral y las interacciones en los demás ámbitos estaban vedadas y eran sancionadas por la comunidad.

Su falta de excepcionalidad no significa, sin embargo, carencia de conocimiento. Nos recuerda –y dialoga críticamente- que algunos de los usos habituales muy en boga de nociones como fragmentación urbana y segmentación de la ciudad deberían ser revisados, si por eso entendemos una ciudad dividida en fragmentos o segmentos autónomos. Lo interesante es que incluso en un mundo urbano donde proliferan fronteras, divisiones y barreras, se establecen a la vez vínculos y relaciones, muchas veces conflictivos. Quizás un ejemplo histórico extremo lo represente la lógica de interacción que Richard Sennett propuso para el gueto judío de Venecia y el “miedo a tocar” dominante entre los venecianos católicos. Según su análisis de la sociedad veneciana del s. XVI la forma socio-espacial gueto representó “un compromiso entre la necesidad económica de tratar con los judíos y la aversión que despertaban, entre la necesidad práctica y el miedo físico” (1997: 233). Sabemos que los barrios populares latinoamericanos se encuentran lejos de los guetos étnico-raciales (Sennett, 1997; Wacquant, 2001), por eso, además de mirar separaciones tenemos que mirar vínculos. La “estructura de interacción” propuesta busca, de esa manera, caracterizar el modo dominante en que los residentes de los barrios pobres de la periferia se relacionan con la ciudad. Lo que quiere decir, también, que existen de manera real o potencial otras maneras de vincularse, entre las cuales la política –con toda su polisemia- es una, que muchas veces reproduce y a veces cuestiona las fronteras sociales y simbólicas establecidas y su lógica de funcionamiento.

Tercera Parte.

Transitar.

El espacio público de la ciudad: matrices y relaciones

CAPÍTULO VI

Relatos de espacio

Miedo, cotidianeidad y espacio público

“La diferencia entre ser perseguido por dragones o imaginarlo no modifica para nada la situación. Ni mucho menos modifica a los dragones. Que no existen, eso es justamente lo único que se sabe acerca de la existencia de dragones”

Aberlado Castillo, Crónica de un iniciado

1- Introducción

La ciudad -más específicamente el espacio público urbano- ha sido habitualmente definida como el espacio que posibilita el encuentro entre extraños, constituyendo la diferencia, la complejidad y la extrañeza aspectos constitutivos de la experiencia urbana (Sennett, 1997: 29). Por esto, las relaciones que los actores sociales establecen en el espacio público de la ciudad, denominadas *relaciones de tránsito* (Hannerz, 1986), se caracterizan por ser relaciones de “interacción social mínima” entre actores que son recíprocamente extraños, desconocidos y/o anónimos, es decir, nos encontramos ante relaciones sociales que combinan la proximidad espacial y con la distancia social.¹⁰⁶ Por esto, la vida social en los espacios públicos se caracteriza “no tanto por estar ordenada, como por estar permanentemente ordenándose” (Delgado, 2007: 90), orden que es el resultado transitorio e inestable producto de la relación entre la forma urbana, los practicantes de la forma (formantes) y las reglas implícitas y explícitas que orientan y son producto de las prácticas del espacio (formalidades).

En esta última parte de la tesis nos centraremos sobre algunos aspectos de *la experiencia del espacio público* de la ciudad. No se trata de una cuestión novedosa. Tempranamente las ciencias sociales (Simmel, Benjamin) –y la literatura moderna (Poe, Baudelaire)- exploraron las relaciones que se establecían entre extraños en el espacio público urbano por antonomasia: *la calle*. Sin embargo, estas cuestiones han vuelto al centro de la escena por dos procesos que se retroalimentan en un “círculo vicioso”: la declarada *crisis de la ciudad* (y, específicamente, del espacio público de la ciudad) y la proliferación y expansión de los *miedos urbanos*. De hecho, la literatura especializada

¹⁰⁶ Según Frisby (2007) el término alemán *fremde* utilizado por Simmel al reflexionar de modo original sobre estas cuestiones puede significar tanto *extranjero* como *extraño*, abarcando un amplio espectro que va desde la frontera territorial hasta la distancia social ya que, según Simmel, en la modernidad hasta el más próximo no deja de ser también un extraño.

coincide en sostener que la generalización del miedo y el incremento de la sensación de inseguridad conspiran contra la existencia de un *espacio público moderno*. Así, la conjunción y retroalimentación de procesos de fragmentación social, segregación espacial e incremento de la sensación de inseguridad en Santiago de Chile está llevando, en palabras de Lucía Dammert (2004), a una “ciudad sin ciudadanos”, legible en el abandono de los espacios públicos, la falta de interacción entre distintos sectores sociales, la retracción en lo privado. La paradoja brasilera es clara según Roberto Da Matta (1997): se es “superciudadano” en la casa y “subciudadano” en la calle, ámbito por antonomasia del ejercicio ciudadano. Por su parte Teresa Caldeira (2000), a partir de su trabajo en San Pablo, señala un desplazamiento en las ciudades de un espacio público moderno y democrático hacia otro que niega ambos valores, en tanto ámbito en el cual se refuerzan y valorizan las desigualdades y las separaciones, contradiciendo explícitamente los ideales de heterogeneidad, accesibilidad e igualdad.

Por medio del trabajo sobre *relatos de espacio* de distintos habitantes de la ciudad,¹⁰⁷ en este capítulo nos preguntamos por los efectos del miedo en la sociabilidad urbana. Consideramos que el miedo, marca de época, en tanto modo de hablar y de estar en el mundo (Reguillo, 2000), es un vector privilegiado para analizar las formas de vivir y de imaginar la ciudad, y de pensar la relación con los otros en el espacio urbano. ¿Cómo se vive la ciudad con miedo? ¿Quiénes temen? ¿Cuándo y a qué o a quiénes temen? ¿Qué papel juega el miedo en la sociabilidad urbana? Por esto, se discutirán aquí menos las causas del miedo que sus efectos en los modos de pensar y usar la ciudad y de relacionarse con los demás. Si es cierto que el miedo es un poderoso principio de organización de la vida en ciudad contemporánea (Améndola, 2000: 316), el trabajo a partir de un caso empírico persigue mostrar cómo, cuándo y para quiénes esto es así, estando atento a las diferencias etarias, al género y a la clase social, por un lado, y a las situaciones y los contextos de interacción social, por otro.

¹⁰⁷ Este capítulo se basa en fuentes diversas: además de los materiales surgidos en el trabajo etnográfico en el barrio, se realizaron 20 entrevistas (10 hombres y 10 mujeres) a usuarios de espacios públicos de la ciudad y se observaron prácticas en espacios públicos; también fueron entrevistadas 10 personas adultas de distintas zonas de la ciudad en sus respectivos lugares de residencia; y se analizó el material procedente de entrevistas a participantes en distintos foros de seguridad de la ciudad de La Plata, realizadas en el marco del Proyecto de Incentivos “Seguridad/inseguridad y Violencia en el partido de La Plata. Un análisis de las representaciones sociales y de las políticas de seguridad”. La búsqueda se complementó con el análisis de fuentes secundarias, provenientes fundamentalmente de la prensa escrita. Agradezco a Elena Bergé, quien colaboró en la realización del trabajo de campo en espacios públicos, y a Virginia Ceirano y Julio Sarmiento, con quienes llevamos adelante la indagación sobre los foros de seguridad en la ciudad de La Plata.

Sintetizando, los miedos son pensados aquí como un *lugar metodológico* desde el cual mirar y analizar modos de representar y practicar la ciudad. Nos interesa entonces indagar en los “procesos simbólicos mediante los cuales los actores entienden ‘su’ ciudad, la nombran, se la apropian, la transforman, la segmentan, en una palabra la construyen simbólicamente para exorcizar el peligro, reducir la incertidumbre y dotar de sentido al conjunto de sus prácticas” (Reguillo, 1999: 471). De esta manera, más que centrarnos (como en la segunda parte de la tesis) en un “grupo” definido a partir de su “territorialidad”, nos desplazamos hacia el análisis de las *matrices culturales* de las que forman parte los actores sociales “que permite hacer el análisis espacial del modo en como se relacionan con la ciudad y con los otros” (Reguillo, 2003: 5). Las matrices culturales relativizan el papel de las relaciones territoriales en la conformación de grupos sociales y permiten comprender cómo personas espacialmente cercanas son distantes socialmente, y viceversa. A la vez, las matrices nos remiten a la intersección entre esfera pública y espacio urbano: se trata precisamente de narrativas y relatos acerca del miedo en la ciudad que circulan en la esfera pública e impactan en los modos de vivir el espacio urbano.

2- Angustia, miedo y clasificaciones sociales

*“Toda clasificación es superior al caos”
Claude Lévi-Strauss, El pensamiento salvaje*

En los trabajos sobre miedo e inseguridad es habitual distinguir entre la *inseguridad objetiva*, que remite a la probabilidad que existe de que una persona sufra un delito, y la *inseguridad subjetiva*, que refiere al miedo de ser víctima de un delito (Pegoraro, 2000). Además, hay cierto consenso acerca de que la segunda no es el efecto reflejo de la primera y que, por el contrario, la inseguridad subjetiva goza de una relativa autonomía (Kessler, 2006) en relación a los índices delictivos. Ante esta evidencia, reiterada en diversas sociedades y contextos, se han planteado dos caminos alternativos de explicación. El primero, que cuestiona las cifras, ya sea la tasa del delito (por subdeclaración)¹⁰⁸ o el índice que mide el sentimiento de inseguridad (por problemas metodológicos que sobredimensionan la inseguridad). Si bien es cierto que ambas mediciones presentan problemas, creemos que no radica ahí el meollo de la cuestión. El segundo camino se

¹⁰⁸ Existen múltiples problemas en relación a las tasas de delito, desde la “cifra negra” (que hace alusión a la tendencia a no denunciar muchos delitos y, por ende, a la falta de confianza en las instituciones públicas vinculadas al problema de la inseguridad) hasta la manipulación de los datos en distintos contextos políticos. Sin embargo, aún teniendo presente estos problemas, hay consenso en que el delito ha aumentado en las últimas décadas en toda América Latina, fundamentalmente en los centros urbanos (Concha-Eastman, 2000; Kessler, 2004 y 2009; Portes y Roberts, 2005).

bifurca en dos tipos de respuesta. Por un lado, aquellas explicaciones que oponen razón a emoción, donde la segunda nublaría a la primera, señalando en consecuencia la irracionalidad de los sujetos con respecto a la situación “real”. Por el otro, donde nos ubicamos nosotros, aquellos abordajes que reconocen la ausencia de identidad entre delito e inseguridad (Kessler, 2009: 11), ya que la inseguridad y el miedo no abarcan el conjunto de los delitos, a la vez que muchas veces hacen referencia a prácticas y a sujetos considerados amenazantes que no infringen ninguna ley. Por esto, la tasa de delito y su evolución son necesarias pero insuficientes para entender el generalizado sentimiento de inseguridad, el incremento del miedo y las configuraciones que dichos procesos adquieren.

Entendemos al miedo como “una experiencia *individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida*” (Reguillo, 2000: 189). Es decir, se trata de una forma de respuesta ligada a lo individual, a lo subjetivo donde, sin embargo, es la sociedad la que construye las nociones de riesgo, amenaza, peligro y genera modos de respuesta estandarizada, que el individuo incorpora en su socialización. Mediante este proceso el individuo aprende a identificar y discriminar las fuentes de peligro y las respuestas a los mismos. Además, las nociones y los modos de respuesta se modelizan en los territorios de la cultura, es decir, adquieren su especificidad por mediación de la cultura. En efecto, como sostiene Sherry Ortner, *subjetividad* remite tanto “al conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo, temor, etc., que animan a los sujetos actuantes” como “a las formaciones culturales y sociales que modelan, organizan y generan determinadas “estructuras de sentimiento””. (2005: 22). De esta manera la cultura como proceso simbólico (y político) es “un conjunto de formas simbólicas públicas, que expresan y a la vez configuran el significado para los actores inmersos en el flujo constante de la vida social” (Ortner, 2005: 32-33). Comprender esa nueva forma de subjetividad que Rotker (2000) denominó “ciudadanía del miedo”, implica dar cuenta de dicho proceso.

En *El malestar en la cultura* Freud (2001) sostenía que la cultura ofrecía al individuo seguridad respecto de los diversos peligros que proceden de la naturaleza, del propio cuerpo y de los demás. En definitiva, la cultura liberaba del miedo o al menos era un atenuante. A cambio, la cultura imponía restricciones a la libertad individual, a los deseos, a los instintos. Precisamente para Freud el malestar provenía de tales restricciones a la libertad individual, restricciones que posibilitaban la seguridad colectiva e individual. Más de medio siglo después, en su libro *En busca de la política* (2001), Bauman reflexiona acerca

de la pérdida de la seguridad y sus consecuencias.¹⁰⁹ Sostiene que *Sicherheit*, el término que figura en el texto original de Freud, es un caso extremo de condensación que comprime en una única palabra un fenómeno complejo para cuya traducción se necesitan tres términos: seguridad, certeza y protección. La pérdida de *Sicherheit* produce angustia, una sensación inespecífica. La tentación de crear un culpable de tal sensación es poderosa y el terreno de la protección se presta más fácilmente que la inseguridad y la incertidumbre (ambos ligados a las transformaciones del capitalismo global) a identificar un enemigo o amenaza concreta.

La angustia carece de objeto, el miedo no: recorta, delimita, define objetos. Es sintomático que Lévi-Strauss y Geertz, más allá de sus diferencias, hayan identificado en el caos conceptual el punto de partida –y la razón de ser- de todo proceso de simbolización. Nuestra hipótesis es que subyace a los miedos contemporáneos una profunda *angustia cultural* (Martín Barbero, 2000) producto de las múltiples transformaciones de la vida social que se dieron en las últimas décadas a nivel global, proceso que adquiere modulaciones particulares en los distintos contextos nacionales y locales. En este sentido, la actual configuración de los miedos es producto del proceso social que atravesó la sociedad argentina en las últimas dos décadas, vivido y sentido como desintegración, fragmentación y crisis (ver Minujin, 1992; Minujin y Kessler, 1995; Svampa, 2000; Svampa, 2005). Esta nueva forma de subjetividad no es sólo un discurso acerca de la sociedad, sino también un modo de vivir en ella, que remite a sistemas de clasificación socialmente construidos que orientan y regulan las prácticas sociales.

La construcción de tales sistemas de clasificación es un proceso conflictivo, donde participan distintos y desiguales actores sociales. Así, el miedo y la inseguridad constituyen lo que González Sánchez denomina un “frente cultural urbano”, es decir, un significante compartido que funciona como espacio donde los diversos y desiguales actores e instituciones sociales se encuentran y confrontan, y donde se modelan y modulan los elementos culturales transclasis, la materia prima de la vida cotidiana (González, 1991: 51). “Habla del crimen”, la denominó Caldeira (2000), ya que incluso con debates en torno a las causas, la magnitud y las medidas necesarias para combatirlo, el crimen se habla cotidianamente en la ciudad y es por medio de esa interacción que se construye una

¹⁰⁹ Existen diversas posiciones acerca de los procesos sociales que nos ayudarían a explicar la pérdida de seguridad y el incremento de la sensibilidad hacia los riesgos (Giddens, 1993), desde la teoría que piensa dicho fenómeno como expresión de la emergencia de una sociedad del riesgo (Beck, 1998; Lash y Urry, 1998) hasta la que lo interpreta como resultado del desfase entre las expectativas socialmente construidas de protecciones y las capacidades efectivas de una sociedad dada para ponerlas en funcionamiento (Castel, 2004), resultado del debilitamiento del Estado social.

realidad compartida. Es decir, en el proceso socio-cultural y político -para nada lineal y cerrado- de definición de qué, quiénes, dónde y cuándo del miedo está en juego la configuración de un sentido común acerca de los modos de usar la ciudad y de vincularse con los demás.

3- Relatos del miedo, relatos de espacio

Contra el efecto inmediato que habitualmente genera leer las encuestas de opinión¹¹⁰ y las múltiples notas periodísticas que cotidianamente construyen un escenario de pánico y temor generalizado, sostenemos que el miedo no es un sentimiento constante y permanente. Por el contrario, es claramente situacional / contextual y, por ende, temporal y discontinuo. En efecto, los resultados del trabajo de campo muestran varias cuestiones relevantes: en primer lugar, que no todas las personas temen; en segundo lugar, que aquellos que temen no viven (salvo excepciones) continuamente atemorizados ni comparten necesariamente el objeto de temor; y, en tercer lugar, que el temor no es habitualmente sinónimo de abandonar el espacio público de la ciudad.

La indagación acerca de los miedos nos coloca ante un obstáculo metodológico complejo, ya que “más que acceder a la emoción en sí misma, se accede a su manifestación discursiva” (Kessler, 2009: 36); es decir, se accede a una narración *ex post facto* de un evento que generó temor, donde la mediación no es sólo discursiva sino también temporal. Incluso puede llegar a suceder que los actores refieran a miedos y temores que nunca sintieron, desde sufrir un delito hasta una guerra o la muerte, es decir, se enuncia una emoción no suscitada en el pasado. Se trata, en este último caso, de lo que Hugues Lagrange (1996) denominó “miedo derivativo”, un miedo de segundo orden que,

¹¹⁰ En consonancia con las cifras nacionales, en la ciudad de La Plata la inseguridad aparece en la totalidad de las encuestas de opinión disponibles como una de las principales preocupaciones, compitiendo únicamente con la cuestión socioeconómica. De esta manera, en una encuesta realizada en la ciudad de La Plata en 2004 por la Consultora Prisma sobre 416 casos, el 75,8% de los encuestados consignó que el principal conflicto en la ciudad era la inseguridad, seguida por el desempleo, la educación, la corrupción y la salud, y que los lugares más inseguros eran la vía pública (80%), los medios de transporte (65%) y el propio hogar (58%) (Diario Hoy, 28/11/04). Para ese mismo año, en una encuesta realizada por la Universidad Católica a partir de un muestreo de 370 casos representativos de todo el partido, la mayoría de los encuestados sostuvo no sentirse protegidos por la policía y responsabilizó a los políticos por la situación, el 49,2% sostuvo que la inseguridad seguiría igual, el 27,5% pronosticó que la situación empeoraría y sólo el 23,3% tenía expectativas en que la situación mejorara en el futuro (El Día, 24/04/04). Los últimos datos disponibles para la ciudad muestran que la inseguridad continúa al tope de las preocupaciones locales. Así, en una encuesta de la Consultora Prisma realizada sobre 600 casos en marzo de 2008 la inseguridad era el tema que más afligía a los platenses, con el 27,3%, seguido por las inundaciones (19,6%), el transporte (10,7%), la carencia de servicios públicos (8%), el desempleo (7,6%), el tránsito (7,5%), la educación (2,9%), la pobreza (2,7%), la corrupción (2,4%) y la falta de limpieza (2,1%) (Impulso Baires, 3/04/2008).

a la vez que puede prescindir de la experiencia previa de confrontación directa con una amenaza, orienta la conducta del sujeto en ciertas circunstancias como si éste se encontrara efectivamente amenazado (citado por Bauman, 2007: 11-12). Así, independientemente de haber experimentado la circunstancia que genera temor, en lo que resta de este capítulo trabajaremos fundamentalmente con lo que los actores sociales dicen acerca de los miedos en la ciudad.

El análisis de relatos de los habitantes de la ciudad fue la estrategia metodológica escogida. El *relato* no sólo informa sobre modos de interpretar lo real sino también sobre el modo de practicarlo en base a tales interpretaciones. Como señaló Michel de Certeau todo relato “es un relato de viaje, una práctica del espacio”, donde estas “aventuras narradas” producen “geografías de acciones”. Los relatos “cada día, atraviesan y organizan lugares; los seleccionan y los reúnen al mismo tiempo; hacen con ellos frases e itinerarios. Son recorridos de espacios” (2000: 127-128). Nuestro corpus está constituido, entonces, por múltiples descripciones de lugares, narraciones de vivienda, relatos de la calle, en los cuales se combinan de maneras cambiantes descripciones tipo *mapa*, donde predominan el “hay” y el “ver”, y descripciones tipo *recorrido*, donde prevalece el “ir” y “el hacer” (de Certeau, 2000: 132). Se trata de analizar el modo en que los entrevistados describen espacios, tiempos, actores y prácticas, cómo los ordenan, jerarquizan y vinculan, cuáles espacios permanecen intransitados e invisibles, en qué momentos, con qué significaciones y actores se asocian, qué emociones despiertan.¹¹¹

¹¹¹ Es el sentido específico de “recorridos de espacio” que utilizamos la noción de relato. Nos diferenciamos así de usos más abarcadores de la misma noción, como el caso de Gabriel Kessler, quien por *relatos de la inseguridad* entiende “construcciones discursivas que postulan algún grado de coherencia entre descripciones, explicaciones y orientaciones para la acción”, que involucran “dimensiones cognitivas, políticas, emocionales y del terreno de la acción” (2009: 105). Nuestra diferencia con Kessler en el uso de la noción es menos un cuestionamiento que una *especificación* en su uso, la cual es necesaria por dos motivos. En primer lugar, porque las maneras cotidianas de practicar la ciudad y el lugar del miedo en tales prácticas corren en la clasificación de relatos de la inseguridad propuesta por Kessler una suerte dispar: nos encontramos con relatos que no brindan datos sobre este aspecto y otros, la minoría, que se centran en esta cuestión. En segundo lugar, porque no todas las prácticas de espacio donde el miedo está presente se “deducen” de las orientaciones generales acerca de las causas de la inseguridad contenidas en tales relatos; de hecho, muchas de esas prácticas son transversales a los mismos. Por ejemplo, es totalmente factible imaginar que personas que adhieren a relatos diversos sobre las causas (políticas, económicas, sociales o morales) de la inseguridad y disienten en los caminos a implementar más adecuados para resolverla (medidas punitivas, inclusión social, educación, entre otras) coincidan en algunos modos prácticos de resolver los encuentros cotidianos con los sujetos que consideran amenazantes.

4- Relatos del miedo urbano: tres ejes de análisis

Realizaremos en este apartado un primer análisis de los relatos del miedo obtenidos en el trabajo de campo. Con la finalidad de tornar operativos los lineamientos sugeridos por el concepto de relato como “recorridos de espacio” propuesto por Michel de Certeau, el análisis de los relatos se efectuará a partir de tres ejes analíticos: el eje topológico o espacial, el eje temporal y el eje de la identidad/alteridad.¹¹²

4-1 Topología del miedo en la ciudad

La antropología ha mostrado que la simbolización del espacio es un proceso social continuo que se da en diferentes niveles, desde la casa y el espacio doméstico y privado, pasando por el conjunto de casas, barrios, zonas profanas y sagradas, hasta establecer la frontera entre el espacio simbolizado y la naturaleza salvaje (Da Matta, 1997). Y este establecimiento de centros, umbrales, límites y fronteras remite, sin dudas, a la necesidad de pensar la identidad y la relación, el sí mismo y el otro (Augé, 1996). Es con la finalidad de captar esta dinámica (y el lugar del miedo en ella) que indagamos en la topología del miedo, por la cual entendemos las relaciones entre espacios que emergen de los relatos en que los entrevistados refieren al miedo en la ciudad. En efecto, los actores sociales establecen relaciones entre los lugares, señalan continuidades y discontinuidades, instituyen vínculos entre lo público y lo privado, distinguen y caracterizan los lugares seguros y los inseguros, las zonas conocidas y las desconocidas, los espacios recorridos y los espacios evitados; en definitiva, la topología del miedo refiere a los *modos de segmentar y usar la ciudad* en virtud de las características y las propiedades atribuidas a los distintos espacios en los que transcurre la vida social. David Frisby sostuvo que las reflexiones sobre el puente y la puerta de Simmel, sobre el vínculo y la separación, “podrían aplicarse sin dificultades a los mecanismos urbanos destinados a crear interiores y exteriores en la metrópoli” (2007: 147). Como veremos, esto es lo que los actores sociales hacen cotidianamente en la intersección entre miedo y ciudad.

Al respecto, varios de los entrevistados manifestaron *no sentirse seguros en ningún lugar de la ciudad*, argumentando que “te puede pasar cualquier cosa en cualquier lugar”. Así, al preguntarle a un artesano de 41 años las razones por las cuales se sentía de ese modo sostuvo “porque la seguridad no existe en ningún lado”. En la misma dirección, un

¹¹² Es necesario resaltar nuestra deuda con la estrategia analítica desarrollada por Rossana Reguillo” (1996b) quien propuso tres ejes de análisis de los relatos: topológico (que incluía la casa, la ciudad, el país, el mundo), temporal (antes y ahora) y cognoscitivo (experiencias inmediatas y mediatas; es decir, fuentes de las que se nutren los mitos). Para los fines de este capítulo, mantenemos (con variaciones) los dos primeros ejes y proponemos un tercer eje distinto al propuesto por la mencionada autora.

empleado público de 26 años sostenía que “*hoy* no sé si se puede estar seguro en todos lados, en cualquier lado, pero por lo menos sé que cierro la puerta y estoy seguro, en cierto modo”, y una mujer adulta indicaba “no se puede estar ni en la puerta en este momento”.

Estos testimonios hablan de un miedo generalizado, “del exilio en la propia ciudad”, la cual asume el rostro de “la inevitabilidad de la violencia” (Reguillo, 2001: 4). De hecho, en una encuesta ya citada, el 80 % de los encuestados sostuvo que la vía pública era el lugar más inseguro de la ciudad (Diario Hoy, 28/11/2004). A la vez, sería posible identificar en estos testimonios una de las características principales de la inseguridad tal como es caracterizada en la actualidad: *ubicuidad de la amenaza, aleatoriedad del peligro* y, en consecuencia, *imprevisibilidad de la vida urbana*. Las amenazas y los riesgos están en todo lugar, a toda hora y actúan al azar. Son precisamente estas características las que según Gabriel Kessler activarían dos procesos novedosos para las ciudades argentinas. Por un lado, la imprevisibilidad de la vida social en relación a la inseguridad y su ubicuidad se proyectan en el espacio produciendo una “deslocalización del peligro” que referiría al fin de la división nítida y clara entre zonas seguras e inseguras (2009: 97). Por el otro lado, la imprevisibilidad y la aleatoriedad multiplicarían las figuras de lo temible, provocando una “desidentificación relativa de las figuras del temor”, por lo que el sentimiento de amenaza no se limitaría a las imágenes estigmatizadas (2009: 98).

Sin embargo, los resultados del trabajo de campo revelan que estas tendencias no implican la abolición de viejos y persistentes estigmas sobre personas, tiempos y lugares. La ciudad es interacción, flujos, intercambios y, por lo mismo, los delitos, las violencias y los miedos desespacializan, mezclando (y cuestionando) las ecologías de la ciudad; simultáneamente, los relatos trabajan en la dirección opuesta: “no se puede estar seguro en ningún lado, pero los lugares peligrosos son estos” parecen decir los habitantes de la ciudad, reterritorializando el miedo y el peligro, circunscribiéndolo, reestableciendo una ecología urbana con lugares buenos y malos, seguros e inseguros que, aunque puede no ser totalmente eficaz, parece ser al menos tranquilizadora.

Por esto, más allá de ciertos relatos extremos de corte altero (y agora) fóbico, en los cuales se describe una vida signada por el temor al espacio público y a las figuras que lo pueblan, y se señala el consecuente repliegue sobre un espacio privado cerrado y vigilado, existe una topología del miedo que en términos generales va desde la intimidad y seguridad del espacio privado de la casa hacia la inseguridad generalizada de ciertos espacios (no todos) de la ciudad, pasando por el barrio como ámbito mediador de ambos

polos. Esta topología compuesta por la serie “casa – barrio – espacio público” es, como veremos, compartida por la mayoría y, a la vez, diferencialmente vivida.

La casa

El espacio hogareño representado por la casa fue nombrado por la mayoría de los entrevistados –jóvenes y adultos, varones y mujeres, de ocupaciones diversas- como uno de los lugares de la ciudad en el que se sentían seguros. De ellos, algunos varones adultos y muchas mujeres adultas, lo resaltaron como el único lugar de la ciudad en el que se sentían seguros. “En mi casa, únicamente”, sostuvo un taxista de 41 años que vive en Tolosa, localidad del norte de la periferia urbana, adyacente al trazado fundacional. “En mi casa porque es [un espacio] cerrado, lo conozco y me da miedo salir por ahí, a la calle”, testimonió una ama de casa de 25 años; y una vendedora ambulante de 51 años aseguró sentirse insegura “en todos lados en este momento, hasta en la puerta de mi casa”.

Sabemos que las sociedades occidentales se han constituido a partir del establecimiento de un límite o frontera entre el espacio privado y el espacio público. Límite o frontera que, como tal, separa y une, siendo precisamente la puerta el dispositivo que permite o impide atravesar dicho límite. A toda frontera, sin embargo, hay que historizarla, analizar su comportamiento a lo largo del tiempo. Al respecto, parece claro que testimonios como los citados señalan el “endurecimiento” de una frontera preexistente: la que existe entre lo público y lo privado, entre la calle y la casa, entre los espacios abiertos y cerrados, proceso que se ve en la obturación por medio de rejas, alarmas y perros de las estructuras destinadas a la comunicación entre ambas esferas. Como puede leerse en algunas cartas de lectores publicadas por la prensa local:

“El ama de casa no puede salir a barrer la vereda porque cuando entra puede estar acompañada (...) Kioscos y negocios saqueados hasta frente a las comisarías (...) Se vive colocando rejas en todas partes, alarmas y perros guardianes. Vivimos enjaulados” (Carta de Lectores; El Día, 16/8/2004).

“Actualmente la sociedad padece un recrudecimiento de la delincuencia, que azota con un nivel de violencia y de impunidad inusitado. Así la vida diaria de la gente, sus costumbres, sus actividades laborales, familiares o sociales están determinadas por el miedo. Todos tenemos amigos, conocidos, parientes que han sido víctimas de algún delito. Y, presas del pánico, ponemos rejas, alarmas, cadenas, seguros, perros, guardianes” (Carta de Lectores; El Día, 30/7/2004).

Así, mas allá de las diferencias de clase, género y edad, la casa aparece en general como el espacio de la seguridad, repitiendo su lugar central en cualquier *topofilia* (Bachelard, 1994; Lindón, 2005). Sin embargo, aunque se advierte un endurecimiento de la frontera que separa lo público y lo privado, no todos contraponen tan abruptamente la casa con la calle como en los relatos antes mencionados.

El barrio

El *barrio* fue señalado por muchos de los entrevistados como un ámbito que brinda seguridad. “En mi barrio me siento seguro porque lo conozco y sé la gente que lo frecuenta y cómo se maneja”, sostuvo un joven de 22 años, estudiante universitario. Otro estudiante, procedente de Neuquén, señaló: “en mi barrio me siento seguro porque conozco a la gente del barrio; es cerca de la estación, que si bien no es una de las zonas más lindas de La Plata, yo, por una cuestión de pertenencia, es como que me siento seguro”. Ambos testimonios son relevantes: mientras por “su barrio” el primer joven se refería a Villa Alba, una localidad de las afueras de La Plata habitualmente estigmatizada, el segundo joven residía cerca de la estación, en calle uno, zona de la ciudad habitualmente señalada como espacio del miedo, por la conjunción de bares, prostitución y alta circulación de personas. Sin embargo, a ambos sus barrios le parecían seguros en tanto que los conocían, en términos geográficos, y eran reconocidos, en términos sociales. Como sostiene Pierre Mayol, el barrio “es para el usuario una porción conocida del espacio urbano en la que, más o menos, se sabe reconocido. El barrio puede entonces entenderse como esa porción del espacio público en general (anónimo, para todo el mundo) donde se insinúa poco a poco un espacio privado particularizado debido al uso práctico cotidiano de este espacio” (1999: 8). Así, muchos de los testimonios recogidos sobre este tópico remarcan en el barrio las dimensiones del conocimiento del territorio y el reconocimiento de la persona, construidas a partir de la práctica cotidiana del espacio barrial, práctica ausente en aquellas personas ajenas al barrio, ausencia que puede ser el sustrato a partir del cual se construye el temor a ciertos espacios.

A la inversa de estos jóvenes, pero reforzando la importancia del conocimiento del territorio y el reconocimiento de la persona en el espacio barrial, Marta, una ama de casa de 60 años que vive desde que llegó de Italia a los cinco años en Los Hornos, señala un conjunto de cambios que afectan su experiencia del espacio barrial: “*Abora* lo que se ve también es mucha gente que ha venido de Paraguay. Yo confío en que sean todas buenas personas, pero no se sabe. Uno no les vas a echar la culpa a esas personas tampoco, pero está como esta sensación de que cuánto más grande se hace esto, uno está más desconocido”. El cambio de escala y los nuevos residentes trastocan, en este caso, el (re) conocimiento del barrio y de las personas que lo habitan, generando incertidumbre.

A la vez, varios de los testimonios antes citados son relevantes por tratarse de *jóvenes universitarios*, es decir, por la especificidad que resulta de la conjunción entre una etapa de la vida (ser jóvenes) y una posición socioeconómica específica (universitario de clase media) que, como veremos más adelante, supone una experiencia singular de la

ciudad. Una de las paradojas señaladas de manera recurrente en la investigación sobre miedos e inseguridad es que las personas con más alto índice de victimización, como los jóvenes, son quienes menor temor manifiestan a ser victimizadas; y, a la inversa, categorías con tasas relativamente bajas de victimización (como las mujeres y los adultos mayores) manifiestan un elevado temor a ser víctimas de la inseguridad (Varela, 2005).

Para matizar estas paradojas (y reponer la singularidad de los jóvenes universitarios) es necesario destacar dos cuestiones. Por un lado, como señalamos en el capítulo anterior, muy distinta a la experiencia de los jóvenes universitarios se revela la vida en el barrio (y en la ciudad) para los *jóvenes de sectores populares*, donde se evidencia un relato sobre su experiencia urbana que coincide a la perfección con los trazos delineados por lo que Kessler denominó relato de la estigmatización: habitualmente señalados como peligrosos y victimarios, el relato de estos jóvenes (y, muchas veces, de sus madres) “está centrado en la vivencia continua de un estigma en el barrio, del hostigamiento y el maltrato de la policía y de los patovicas en los lugares de diversión” (2009: 121). Por el otro lado, para muchas otras categorías sociales el (re) conocimiento del barrio y de la persona, si bien relevante, no es suficiente para sentirse seguro en su propio barrio. Así, el sentimiento de *proximidad o distanciamiento con el delito y la amenaza* tiene un rol fundamental en los modos de sentir y vivir el propio barrio, mostrando que dicho sentimiento no es únicamente producto de la clase o del lugar de residencia, sino de la conjunción de factores socioeconómicos y ecológicos (Kessler, 2009: 143).

El peso de la distancia que los actores sociales perciben que tienen con respecto a las fuentes de su temor en los modos de vivir “su” barrio se evidenció con bastante claridad en nuestra indagación acerca de los Foros de Seguridad Vecinal (Sarmiento, Tello, Segura, 2007). De hecho, al comparar los modos de funcionamiento de los foros de las localidades de City Bell y Altos de San Lorenzo (Segura, 2009b), ambas ubicadas fuera del casco urbano de la ciudad de La Plata (la primera en el eje que comunica a La Plata con Buenos Aires, caracterizada por ser una zona residencial de clase media y media-alta; la segunda, zona de clase media-baja y baja, presente en el imaginario de la ciudad como una de sus áreas más peligrosas), identificamos una diferencia muy relevante: entre ambos foros se evidenciaba una capacidad diferencial para denunciar delitos y situaciones no necesariamente delictivas percibidas por los miembros del foro como amenazantes, diferencia que se vinculaba con la distancia existente con la alteridad señalada como peligrosa. Mientras para los participantes en el foro de City Bell los delitos y las amenazas provenían tanto de la periferia pobre del distrito, recientemente poblada, como del exterior de la localidad (La Plata, partidos cercanos como Berazategui, el tren que atraviesa

toda la localidad), en Altos de San Lorenzo los foristas localizaban el peligro en el interior del barrio, entre sus residentes, generando tanto temor a participar en el foro como conflictos al interior de la trama de sociabilidad barrial. “Este barrio siempre fue un barrio muy pesado, una zona muchas veces liberada”, sostenía uno de los foristas de Altos de San Lorenzo, mientras otro señalaba “nosotros estamos rodeados, nosotros convivimos con los delincuentes”. Así, mientras en el primer caso la amenaza era distante o, en su mayoría, extranjera y en consecuencia el peligro (excepcional) provenía de afuera, situación que incrementaba el sentimiento de seguridad en el barrio; en el segundo caso, desde la perspectiva de los foristas se convivía e interactuaba con aquellos que eran considerados peligrosos, quienes en definitiva eran conocidos. Así, el foro funcionaba como caja de resonancia donde se replicaban y amplificaban los clivajes y conflictos locales entre residentes de los sectores uno y dos, entre adultos y jóvenes, etc. El sentimiento de proximidad con la amenaza y el delito incrementaba el temor.

El afuera

Más allá de la casa y el barrio (y de los cambiantes sentimientos asociados a ambos espacios), en general la ciudad no es significada como peligrosa en su totalidad, ni es vista de modo homogéneo. Por esto, muchas veces declaraciones como “toda la ciudad es insegura” o “no se puede andar por ningún lugar”, al contrastarlas con las prácticas cotidianas de quienes las enuncian, deben ser interpretadas más como un modo de expresar posiciones críticas ante la situación actual que como un sentimiento persistente y continuo en la vida cotidiana de quienes las sostienen. Además, ya sea para reducir la incertidumbre como para reforzar antiguos prejuicios, la mayoría de las personas entrevistadas procede a segmentar la ciudad; se señalan las zonas peligrosas -los elementos marcados (Barthes, 1993) de la estructura urbana-, se construyen cartografías del miedo y se despliegan “manuales de sobrevivencia urbana” (Reguillo, 2000) en base a las mismas.

La mayoría de los espacios a los que se les teme fueron ubicados en el afuera de la ciudad, *topofobia*¹¹³ que remite a la periferia urbana, es decir, aquella parte del trazado urbano no pensado como tal en el plano fundacional. Los entrevistados se referían a esos lugares de dos modos. Por un lado, algunos lo hacían de manera generalizada e indistinta,

¹¹³ Lindón sostiene que mientras la topofilia “es la experiencia grata y placentera de un lugar, resultante de un estado de consonancia o congruencia cognitiva frente al territorio circundante”, la topofobia es “es la relación incómoda que establece el sujeto con su entorno espacial, debida a un estado de disonancia o incongruencia” y, al igual que la topofilia, “se pueden identificar grados, desde la sensación de incomodidad leve hasta el rechazo profundo por el lugar o, incluso, el miedo y pánico que le impide al sujeto estar en cierto lugar” (2005: 165-167).

señalando que sentían miedo en “zonas suburbanas, más alejadas de lo que es la ciudad, donde hay algunas villas miseria”, como sostuvo un estudiante platense de 18 años; en “la periferia, donde trabajaba antes; ahora, acá no, en el centro no” (empleado, de 33 años); “en lugares lejos del centro, donde las calles son oscuras, pasa poca gente, uno se entra a preguntar si va a llegar entero a casa (...) yo creo que afuera, en lo que es afuera de La Plata, me da un poquito de miedo”, afirmaba un estudiante universitario de 19 años, procedente del interior. En cambio, por otro lado, la mayoría precisaba lugares específicos de ese “afuera” que, como ya dijimos, es altamente heterogéneo. Un entrevistado nos brinda su mapa de zonas peligrosas: “hay zonas, La Favela, hay zonas, barrio Aeropuerto, yo que soy taxista, estamos atentos a todas las zonas en que abunda la delincuencia, que es peligrosísimo, como el Churrasco, como la zona del mercado, son zonas muy, muy jodidas, sobre todo a la noche”. Y muchos ven a dichos barrios como sinónimos del riesgo. Tengo miedo “en las villas, en los lugares que hay más peligro” sostuvo una mujer platense de 42 años que trabaja en un comedor comunitario, le temo a “algunos barrios de Los Hornos, La Favela (...) porque no conozco, por la inseguridad”, argumentaba un estudiante de 22 años.

Afuera – lejanía – oscuridad – pobreza – temor – delincuencia forman una cadena de sentidos que muchos articulan. Se teme a lo desconocido, se teme a lo estigmatizado y estos dos temores se conjugan a la hora de identificar tales lugares como peligrosos. De hecho, la mayoría de las personas no tiene un conocimiento directo de tales sitios (algunos nunca han pasado por los mismos), ya que no forman parte de sus circuitos cotidianos por la ciudad. Así, un docente de 31 años afirma tenerle miedo a los “lugares estigmatizados” que “de oídas parecen ser los peligrosos” y un estudiante de 18 años cuenta que “directamente no voy, imagino que sí, que debe ser bravo ir”.

Basándonos en el trabajo de campo en Altos de San Lorenzo podemos señalar que quienes viven en ese afuera marcado como peligroso tienden a coincidir acerca de que la inseguridad es un problema (recordándonos que el miedo y la inseguridad no son una característica exclusiva de una clase social en particular), a la vez que se distancian de muchas descripciones sobre su lugar de residencia, fundamentalmente cuestionando aquellos relatos estigmatizantes acerca de su barrio. Donde ambas operaciones (la inseguridad como problema y el cuestionamiento del estigma territorial) se encuentran es precisamente cuando los residentes de la periferia describen la inseguridad como un problema general, que afecta tanto al barrio como al centro. “Cambió todo -señalaba Lidia-, la situación está complicada y cada vez peor, pero no solamente acá”. En la misma dirección Víctor contaba que si uno sale caminando a la noche por el barrio “sos suicida”,

pero no es sólo un problema local ya que “en el mismo centro no podés andar a la una de la mañana, porque cruzás la Plaza San Martín y te asaltan, a mi me asaltaron a las 11 de la noche en la Plaza San Martín”. Incluso hay personas como Aurora que invierten la relación entre peligro y lugar al señalar que “acá es más seguro ¿sabes por qué? porque se dedican más a robarle las cosas al centro que a los de acá. Yo le veo que se van más allá, al centro”. Es decir, al reintroducir las características de la imprevisibilidad, la aleatoriedad y la ubicuidad de amenazas difusas los residentes reconocen un problema y, simultáneamente, cuestionan un estigma.¹¹⁴

Sin embargo, la mayor parte de las cartografías del miedo analizadas se inscriben sobre el modo dominante de imaginar la ciudad de La Plata. Por un lado, *refuerzan las marcas de espacialidad* que establecen una frontera que delimita un adentro y un afuera dentro de la ciudad. Por otro lado, *invierten el régimen de visibilidad*; es decir, cuando de miedos, delitos e inseguridades se trata, es el afuera el que adquiere visibilidad, el elemento marcado de la estructura urbana, espacio invisibilizado cuando se tratan de resaltar las características positivas de la ciudad y son marcadas la planificación, la arquitectura monumental y las plazas, entre otros elementos. La deslocalización del temor es, entonces, relativa, coexistiendo una cartografía del miedo que distingue lugares seguros e inseguros con la certeza de que, como relataba un empleado público de 26 años, hay que tratar “de no cometer imprudencias, hoy por hoy podés estar pasando por la mejor de las plazas que te pueden asaltar igual”. En definitiva, paradójicamente coexisten la territorialización del miedo, por un lado, con cierta certeza de que las amenazas son ubicuas y aleatorias, por el otro.

4-2 Tiempos del miedo

El eje temporal en los relatos se desdobra. Por un lado, la oposición antes – ahora funciona como un eje que posibilita identificar clivajes temporales en la experiencia de la ciudad a medida que los entrevistados percibían que se incrementaban el miedo y la inseguridad. Por el otro, en el tiempo de los relatos es posible identificar momentos

¹¹⁴ En la misma dirección, el citado creador de una revista barrial de distribución gratuita que se quejaba porque el barrio siempre salía en los medios en la sección policiales (ver capítulo cinco), habitaba a tener en su revista una sección donde, por medio de un cuadro de doble entrada, comparaba la frecuencia de delitos (robos, hurtos, homicidios, etc.) entre el casco urbano y Altos de San Lorenzo. Más allá del efecto de lectura que estos cuadros producían (recuerdo que la primera vez que lo leí supuse un barrio, o al menos un editor, aterrorizado) y de su validez y representatividad (sobre todo porque hay que relacionar el número de delitos con el número de residentes), la intención explícita de su creador era cuestionar por medio de los números la habitual asociación entre barrio y peligro.

distintos, como la oposición entre el día y la noche. Trataremos cada uno de estos aspectos por separado.

Eje temporal I: antes - ahora

En los relatos se identificaron marcas de *temporalidad* que contraponen un *antes* con el *presente*, el cual se vincula con una ciudad tanto descuidada y sucia como peligrosa e insegura. En un primer momento, la sensación que se tiene es la de un cambio abrupto y discontinuo donde sería factible identificar dos series claramente separadas (un antes tranquilo y seguro, por un lado; un presente signado por el miedo y la inseguridad, por el otro), como se desprende de los siguientes testimonios:

“El barrio era muy tranquilo, siempre fue muy tranquilo –dice Lidia-. Ahora, de tranquilidad no se sabe en ningún lado, porque por ahí le golpean la puerta a uno que ni sabe quien es y le entran. Ahora todos tenemos precauciones, reja y miramos por la ventana antes de abrir, pero no es por nosotros, creo que en todos lados es así”

Víctor compara: “La Plata era una ciudad en la que, al menos en la época en que yo llegué, salías a las 2 de la mañana, yo salía de mi casa caminando, vivía en 66 y 117, de Barrio Mondongo, salíamos caminando al centro a las doce de la noche, una o dos de la mañana, con mis viejos, y ahí en el 90 todavía se podía salir a esa hora caminando y no pasaba nada, pero nada, nada, no pasaba nada. Y ahora es imposible hacer eso”.

Un forista señala: “antes no pasaba en los barrios, que los mismos del barrio robaran en el barrio. Los códigos se perdieron, pero antes los códigos eran tan claros que el delincuente te cuidaba el barrio”

Sin embargo, en otros relatos los entrevistados reponen algunos de los cambios cotidianos que se fueron dando a medida que se instalaba la incertidumbre en la vida urbana, de manera que en lugar de un abrupto contrapunto entre el pasado y el presente, la imagen que se obtiene es la de una transformación progresiva de los modos de habitar y usar la ciudad. Como contaba Gabriela, una mujer de 41 años residente en el sector 1 de Altos de San Lorenzo:

“Lo que pasa es que aumentó tanto la inseguridad que la circulación por el barrio es cada vez está más limitada. Tengo dos hijos, uno de 24 años y otro de 11 años, y al de 24 años lo crié de una manera y a mi hijo de 11 años lo crié de otra manera... Al de 11 años lo estoy criando encerrado y a mi hijo más grande no, mi hijo más grande jugaba como yo jugaba en el barrio, mi hijo más pequeño no puede hacer lo mismo por el tema de las calles que hoy hablábamos, la velocidad que toman los autos, pero también por el tema de la inseguridad que hace que uno cambie los hábitos, no es lo mismo hace 20 años que lo que es ahora, yo eso lo veo y lo sufro, yo a mi hijo lo tengo encerrado entre rejas...mi hijo no puede andar en bicicleta, mi hijo no puede ir al kiosco solo, mi hijo no va a ir a hacer mandados y tiene 11 años... me da miedo que se maneje sólo en micro, cosa que

el más grande iba y venía en micro o iba desde mi casa a la casa de otros amigos acá en el barrio, mi hijo más pequeño no”.

En las modificaciones en la crianza de sus hijos y en las formas de circular por el barrio Gabriela vislumbra los cambios en los hábitos cotidianos. Algo similar relata Laura, una joven de 22 años que vive junto a su familia en la localidad residencial de clase media de Gonnet, ubicada en el eje Buenos Aires – La Plata.

“Seguridad teníamos nosotros cuando me vine a vivir acá porque no teníamos reja en mi casa, la calle era de tierra, por lo tanto, había menos tránsito. Era más tranquila la cosa, teníamos las bicicletas en la puerta de mi casa y nadie las robaba. Después tuvimos que poner rejas, para que no nos roben las bicicletas. Cerramos la casa con rejas hace seis años [se refiere, aproximadamente, al 2001; esta entrevista fue realizada en 2007]. Después me di cuenta que la cosa no estaba muy bien como para salir sola al centro o dar vueltas y hacerme la loca”.

En su relato Laura establece un contraste entre el momento de arribo junto a su familia al barrio y el presente, contraste que se manifiesta en un conjunto de cambios en el modo de vida: rejas, cerrar la casa, precauciones cuando va al centro. Como sostuvo Kessler “los cambios en los desplazamientos son una forma de relatar la historia de la inseguridad” (2009: 193), es decir, el miedo y la inseguridad remiten a transformaciones en la experiencia urbana, en los modos de usar y recorrer la ciudad.

Eje temporal II: día y noche

Así como se le asignan territorios al miedo, también se le asigna un tiempo. Y aquí casi existe unanimidad: *la noche es el tiempo del miedo*. De hecho, la asociación entre peligro y noche (como también entre peligro y villas, y, como veremos, entre peligro y ciertos actores) podría ser pensada como una representación pre-analítica, que orienta los modos de acción en la ciudad, reduce la incertidumbre al circunscribir el problema y perpetúa modos de exclusión.

“No salgo de noche”, nos dice un ama de casa de 25 años. No sale, pero le teme. O, también, le teme y por eso no sale. Y del mismo modo que muchos entrevistados aseveran que ciertas zonas de la ciudad son peligrosas aunque nunca han ido, esta mujer sostiene que tiene miedo “a la noche, cuando entrada la tarde ya... y bueno, la gente mala se empieza a juntar a esa hora”. Frase en la que se condensa una asociación bastante estable, casi una constante antropológica, entre la noche y “el mal”.

Del mismo modo, varios entrevistados propusieron la imagen prototípica del miedo: ir solo, de noche, por un espacio oscuro, y encontraron en el Paseo del Bosque, una zona concreta de la ciudad, el lugar donde anclar dicha imagen. “No cruzaría el bosque a las tres de la mañana”, sostuvo una joven estudiante de 22 años, y un docente

de 31 años afirmó prácticamente lo mismo: “no cruzaría el bosque de noche”. La imagen es productiva tanto porque moviliza un imaginario fuerte sobre la noche como porque nos brinda indicios sobre el rol de la oposición día y noche en la regulación de las prácticas cotidianas. De hecho, el Paseo del Bosque –el espacio público verde más amplio del trazado fundacional- es durante el día una zona de intensa actividad, pues concentra instituciones como el Museo de Ciencias Naturales, el Observatorio Astronómico, instalaciones (incluidos los estadios) de los clubes locales Estudiantes y Gimnasia, distintas facultades y paseos. Por la noche, en cambio, la actividad es casi inexistente y por la conjunción de oscuridad y soledad es el paradigma del temor.

Sin embargo, aún cuando la mayoría coincide en señalar a la noche como causante de miedos, es variada la relación que establecen con la noche. Como en el citado relato del ama de casa, muchos de los adultos entrevistados no salen de noche. Un desocupado de 48 años tiene miedo, aunque “yo a la noche no ando”, aclara; y un empleado de 33 años sufre por su hija: “miedo a que mi hija tenga algún problema”. Marta, una mujer de 40 años que vive en Gonnet, señala:

“Mirá, yo veo que la gente después de las siete y media de la tarde no sale de su casa y es un barrio mediano, que vos ves que cada persona tiene su auto, maneja su sueldo, o sea, tiene elementos para consumir a las tres de la tarde o a las siete o diez de la noche, pero la tendencia es que a las siete o siete y media, se apague esa convivencia en el barrio”.

Y de la misma manera Adolfo, residente en Altos de San Lorenzo, relata:

“La gente a lo que mayormente le tiene temor es a este problema de la delincuencia, al temor de por ejemplo no poder salir en la noche, ahora es medio riesgoso salir en la noche”.

De los testimonios recogidos, los únicos adultos que circulan por la ciudad de noche lo hacen por cuestiones laborales, y tienen miedo. “Te puede pasar cualquier cosa y no tenemos seguridad en la calle”, comenta un barrendero de 33 años; y, refiriéndose a su trabajo nocturno, un taxista sostiene “arriba del taxi te agarrás unos miedos que es impresionante, hoy yo trabajo con mucho miedo arriba del taxi y a la noche es peor”.

El caso de los jóvenes es diferente. Varias investigaciones han señalado la asociación entre espacio urbano, noche y juventud. “La ciudad es de los jóvenes mientras los adultos duermen; es otra ciudad. Hay un empleo del tiempo para conquistar el espacio”, escribió Margulis (1994: 12). Más allá de lo cuestionable que pueda ser proponer una “cultura de la noche”, lo cierto es que la ciudad es usada diferencialmente también en relación con el tiempo y que la noche resignifica la ciudad, al aparecer otras figuras y otras

prácticas en el espacio urbano. Así, en contraposición a los adultos, la mayoría de los jóvenes entrevistados frecuentan la noche.¹¹⁵

El miedo emerge en situaciones y contextos específicos. “Si es muy de noche y me encuentro con algún cana, o si es muy de noche y no hay nadie en la calle, por ahí también me da miedo eso” sostiene una chica de 22 años, que vino del interior de la provincia a estudiar en la Universidad; “cuando veo un grupo numeroso que se acerca y yo vengo solo... cuando voy con alguna amiga, amigo y bueno, hay un grupo numeroso de personas que se viene y es a la noche”, cuenta un empleado de 26 años; “los sábados a la noche, por ahí ando solo, anda mucha gente borracha, te piden una moneda acá, una moneda allá”, describe otro. Todos toman precauciones. “Me tomo un remise, o no salgo, o salgo con alguien”, comenta un estudiante de 19; “si tengo que salir voy a algún lugar derecho, voy y vuelvo a mi casa, o si no, bueno, si se puede salir en algún auto, algún amigo o algo por el estilo, mejor; pero así, caminar con pocas personas o solo un viernes o un sábado a la noche, trato de no hacerlo”, cuenta otro de 26. Como resume un joven de 28 años “caminar por la calle en la noche, en cualquier lugar, no en un lugar específico, me hace sentir inseguro”, por eso “voy con un poquito más de precaución”.

Las sensaciones de inseguridad, peligro y miedo están presentes en los jóvenes, lo que no supone, sin embargo, que las mismas devengan en motivo o razón de abandono del espacio público y de las prácticas vinculadas con las “salidas”. Lo que sí se observa es la elaboración por parte de los jóvenes de estrategias individuales y/o grupales para reducir el miedo y la incertidumbre en las situaciones y los contextos donde ambos tienden a emerger. De la existencia de estas estrategias es posible deducir que dichas sensaciones y sentimientos no son, salvo excepciones, constantes, omnipresentes ni ubicuas. Por el contrario, se trata de percepciones con intensidades variables, dependientes de la situación y el contexto. En definitiva, la inseguridad, el miedo y la incertidumbre no son sensaciones estables y continuas. Por el contrario, emergen en determinados contextos de interacción, variando en consecuencia según los horarios, los lugares y los actores involucrados.

4-3 Rostros del miedo

Retomando la propuesta de Marc Augé (1995) sobre las tareas de la antropología y, a la vez, desplazándola desde el observador hacia los actores, Rossana Reguillo sostuvo que la experiencia cotidiana de la ciudad se nutre de tres niveles de experiencia: la

¹¹⁵ Para un estudio sistemático de los usos juveniles del espacio urbano de la ciudad de La Plata, remito al exhaustivo trabajo doctoral de Mariana Chaves (2005).

pluralidad, la alteridad y la identidad, donde “la pluralidad [la convivencia diaria con múltiples y diversos actores en los tránsitos y desplazamientos cotidianos] se experimenta como un dato dado, no problemática *a priori*, mientras que la experiencia de la alteridad requiere de un proceso de reconocimiento por parte de los actores involucrados”. De esta manera, “el otro y el mí mismo, como dimensiones de la experiencia del actor, se constituyen en el núcleo metodológico a partir del cual se ordenan los relatos producidos” desde el eje identidad/alteridad (Reguillo, 1996b: 227-228).

Como sabemos, las ciudades han sido por siempre ámbitos privilegiados de encuentros e intercambios entre personas y grupos diferentes. El problema que nos ocupa en esta sección no es la experiencia de la alteridad en sí, constitutiva de la experiencia urbana, sino ciertos matices que dicha experiencia adquiere cuando el miedo está presente en los vínculos entre individuos. Así, al igual que con los espacios y los tiempos, se construyen “otros” calificados como peligrosos, como enemigos o como amenazas, y este reconocimiento del otro amenazante influye en los modos de sociabilidad en el espacio urbano, cuando el temor y la sospecha se establecen como constante de las relaciones en la ciudad.

La vida urbana ha sido descrita como *una sociedad de miradas*, “ágora visual” (Sennett, 1997: 381) donde prevalece la mirada sobre el discurso (Simmel, 2001) y donde, en consecuencia, ante todo cuenta lo observable a primera vista, lo intuido o lo insinuado mucho más que lo sabido (Delgado, 2007). Por esto, en la experiencia de vivir la ciudad somos *máquinas de hacer inferencias*, donde como puso de manifiesto Bourdieu (2007) los gestos más insignificantes, la vestimenta y los rasgos corporales pueden brindar pistas sobre la identidad de quien los realiza y el lugar que ocupa en el espacio social. Como muestran los relatos juveniles sobre las formas de practicar la noche en la ciudad analizados en el apartado anterior, los encuentros más azarosos y espontáneos entre sujetos están orientados por la percepción de indicadores sutiles como el aspecto personal, la vestimenta, el peinado y los gustos a partir de los cuales los actores involucrados se clasifican mutuamente.

Ahora bien, gestos, vestimenta, modales y aspecto, entre otros, sólo pueden funcionar como *indicios de temor* en la medida en que, al igual que en el caso de los espacios y los tiempos, remiten a una *lógica de clasificación* socialmente construida. El análisis de los relatos desde el eje identidad-alteridad buscó reponer dicha clasificación. En esta dirección, si bien no existe necesariamente coincidencia entre los entrevistados acerca de quien es el otro amenazante en la ciudad, los temores se concentraron principalmente en dos figuras: el delincuente y la policía.

Por un lado, existe un consenso generalizado en señalar a los *jóvenes varones de sectores populares* como figuras que generan miedo, asociándolos de manera más o menos directa con el delito. Los relatos en esta dirección son múltiples y los sostienen personas diversas en términos de clase, género, edad, procedencia y lugar de residencia en la ciudad:

-“Le tengo miedo a la gente que me puede robar y las características de la gente que me puede robar en la calle, que obviamente no es un tipo que tiene mucha plata y que roba cosas mucho más importantes (...) Esa es la gente que me da miedo, que son las que menos condiciones económicas tienen” (estudiante, 19 años)

-“A la gente que le tengo miedo es a la gran mayoría de los drogadictos, de vagancia que se para en la esquina a chupar cerveza, droga... y bueno, a esa gente, es la que te asalta, la que te pega una puñalada, la que te pega un tiro, toda esa gente” (taxista, 42 años).

-“Yo no le tengo miedo a nadie, pero a veces los pibes que andan, toman cerveza en la esquina, se drogan, hay que esquivarlos” (desocupado, 48 años).

-“A los que no son como yo, clase media, a los que no son clase media (...) por prejuicioso, jamás me pasó nada, a ninguna hora” (docente, 31 años).

-“Para ser te sincero, a las personas que uno nota, por prejuicio, de baja condición social” (empleado, 26 años).

-“A alguna persona de clase baja que uno piensa que te puede llegar a robar o a algunas personas que están drogadas” (médico, 28 años).

De esta manera, la figura del delincuente o, según los casos, la emergencia del delito, se asociaron con condiciones materiales de vida específicas (la pobreza), un período de la vida (la juventud) y un conjunto de prácticas (grupos en las esquinas, consumo de alcohol y drogas), dimensiones que se intersectan en (y a la vez exceden) la figura del *joven marginal*. En su investigación, Kessler encontró en todos los relatos esta asociación entre inseguridad y jóvenes de sectores populares a la vez que señaló, agudamente, que en tales relatos el delito juvenil se explica por fuerzas exteriores a los actores, como la droga, el desempleo, la crisis familiar, entre otras dimensiones estructurales que atenuarían la idea de maldad individual (2009: 136-138).

Si bien no hay consenso acerca de qué hacer al respecto, con posiciones que van desde la integración social a través del trabajo y la educación hasta la represión y la “mano dura”,¹¹⁶ la concentración del temor en torno a esta figura remite sin dudas al proceso que

¹¹⁶ Es en este punto donde los relatos identificados por Kessler (2009) son particularmente reveladores y remiten a matrices socioculturales que se evidenciaron en nuestro trabajo de campo, cuyos extremos son, por un lado, la posición que exige represión del delito a través de la aplicación de la “mano dura”, como se desprende del siguiente relato: “acá si no ponen una mano dura, que venga alguien y ponga una mano dura, como se hacía antes, como hacía la policía antes, que salía con razias, con los colectivos y vaciaba los boliches y vaciaba bailes y vaciaba las esquinas, no lo van a parar” (comerciante, 45 años); por el otro lado, la relativización del incremento de la inseguridad: “a mi, en particular, jamás me pasó nada... me parece que la sensación de inseguridad generalizada es una especie de paranoia general. Habría que ver a cuantas

Castel denominó *retorno de las clases peligrosas*, es decir, la cristalización en grupos particulares, situados en los márgenes, de todas las amenazas que entraña en sí una sociedad (2004: 70). En términos de prácticas de espacio –y más allá de los disensos políticos– el reconocimiento en el espacio público de personas que coincidan con tal estereotipo lleva inmediatamente al despliegue de prácticas de distanciamiento y evitación: no se frecuentan los lugares donde se los puede encontrar (y aquí aparece el vínculo con espacios estigmatizados de la ciudad) y, en los casos en que la vida urbana pone en contacto aquello que los relatos buscan separar, en la medida de lo posible los evitan (ya sea tomando un taxi, cruzando la calle o doblando al llegar a la esquina) o se relacionan en base a la sospecha y el temor.

Por otro lado, la otra figura urbana que concentra múltiples temores es *la policía*. Miedo a encontrarse “de noche con la policía”, sostuvo una chica de 22 años; “le tengo un poco de miedo a la policía, nunca me ha pasado nada, nunca he tenido problemas con ellos, pero siempre están metidos en algún quilombo”, comentó un joven de 28 años. La policía es identificada por muchos con su opuesto, la delincuencia, en tanto no serían muy diferentes, ambos generando inseguridad y miedo. “En realidad ahora no sabés a quien tenerle miedo, si a los delincuentes o a la policía, porque hoy en día también la policía está implicada en todo esto”, decía una mujer de 42 años. “Le tengo más miedo a la policía que te rompe las pelotas que a algún chabón que esté descontrolando en una esquina o que se aparezca alguien con un arma”, comentó un joven de 22 años.

Sin dudas, estos relatos remiten a la crisis de legitimidad de las instituciones vinculadas con la seguridad. Sin embargo, a diferencia de la imagen cristalizada del delincuente, varios de los entrevistados tomaron una posición ambivalente respecto de la policía: “a veces te dan una respuesta y a veces no”, “hay buenos y hay corruptos”, “hay de las dos cosas, hay muy pocos honestos y la mayoría no”; y también aparecieron aquellos que tenían una valoración positiva: “a mi me salva” (taxista, 41 años), “están bien, pero faltarían un poco más” (barrendero, 33 años).

Así, los datos de nuestro trabajo de campo son coincidentes con una encuesta ya referida, en la que los encuestados identificaron como responsables de los delitos a los siguientes actores: adictos a las drogas (33,6 %), expulsados de la policía (23,2 %), residentes en villas de emergencia (14,1 %), menores (8,7 %), policías (8,7 %) e inmigrantes de países limítrofes (2,5 %) (El Día, 28/4/2004). Exceptuando a los inmigrantes, todas las demás categorías se condensan en las dos figuras que surgen de los

personas realmente les ha pasado algo y después sacar las conclusiones” (estudiante universitario, 19 años).

testimonios de los entrevistados: la delincuencia (asociada a la juventud, la pobreza y las drogas) y la policía.

En los relatos también se refiere a *otras figuras* que, aunque con un menor consenso, generan temor y/o malestar en la ciudad, como es el caso de algunos *vendedores ambulantes* y de los *jóvenes* que están en algunas de las esquinas de la ciudad *limpiando vidrios o cuidando coches* en el centro. Algunos también señalaron a *las prostitutas y los travestis* y propusieron regular los lugares por donde circulan, asignarles un territorio, circunscribirlos: “así como hay un centro comercial para ir a comprar pantalones y remeras, tendría que haber una zona hot, porque tampoco está bueno que se mezcle, porque bueno, hay gente que no lo tolera y también hay que escuchar sus voces”, sostuvo un estudiante de 19 años; y, en la misma dirección, una joven de 22 años señaló “que no estén en cualquier lugar, porque qué se yo, en un lugar donde hay escuelas y eso, bueno, hay chicos”. Nos reencontramos, en este caso, con un mecanismo reiterado: asignarle al otro un territorio. A lo temido, a lo diferente, a lo peligroso, se lo territorializa.

Por último, una figura recurrente fueron *las manifestaciones* y, específicamente, *los piqueteros*. Si bien existen posiciones diversas en cuanto a la legitimidad de los reclamos, desde el apoyo hasta el cuestionamiento, las marchas y los piquetes –prácticas habituales en el centro de la ciudad- son vistas por muchos como formas de protesta que incomodan, molestan y alteran la vida cotidiana. “Molestan, porque me parece que no es una forma de reclamar. Sería bueno que vayan a la casa de los del gobierno y que le hagan un piquete en la puerta de la casa para que no puedan salir ellos y no nosotros que estamos trabajando” (taxista, 41 años); “hay un error del método, porque es cierto que un piquete perjudica a mucha gente que va a trabajar (...) yo estoy a favor, por ahí el medio no es el más adecuado y es cierto que a mucha gente le da miedo el hecho de que vayan con palos y la cara tapada” (estudiante, 19 años); “¿Vos sabías que a los piqueteros les pagamos nosotros? Los ciudadanos que trabajamos, que nos cobran impuestos, nosotros les pagamos. ¿Por qué a esa gente que le pagamos nos cortan las calles, nos obligan, nos rompen todo?” (artesano, 41 años). Al respecto, un lector escribió:

“Nosotros, los albañiles, comerciantes, mozos, profesionales sin distinción de especialidad, desocupados, personal de servicios, choferes, policías, empleados públicos, jubilados, docentes, alumnos y el resto de los habitantes de la ciudad, somos blanco de constantes agresiones, somos víctimas de la barbarie (...) En el preciso momento en que un grupo de individuos desembarca en la ciudad para reclamar por sus derechos (algunos reales y otros no tanto), desaparecen automáticamente nuestros propios derechos (...) Uno se pregunta ¿hasta cuándo ser tolerantes con los intolerantes? (Carta de Lectores, El Día, 27/10/2003).

Por supuesto, como señalamos, no todos coincidirían con este lector, ya que algunos apoyan las medidas y otros presentan un cuestionamiento menos crítico. Sin embargo, la cita en extenso de esta carta responde a que en ella se observa claramente la dinámica de la identidad, la construcción de un nosotros (en este caso, todos aquellos que sufrimos las consecuencias de los piquetes; en otros, todos aquellos que somos víctimas en potencia) y de un otro agresivo y bárbaro que, como suele ocurrir, viene de afuera, “desembarca en la ciudad”, según las palabras de este lector, y genera temor, malestar y el despliegue de distintas prácticas defensivas o elusivas.

5- Manuales de sobrevivencia urbana

Partimos del supuesto que *los miedos configuran su propio programa de acción*: a cada miedo (a ciertos espacios, a ciertos momentos y a ciertos actores) unas respuestas. En este sentido, Reguillo ha hablado de “manuales de sobrevivencia urbana” los cuales son “códigos no escritos que prescriben y proscriben las prácticas en la ciudad” (2000: 201). Generalmente, se reconoce que la gestión de la inseguridad es resultado de la combinación variable de estrategias defensivas (instalación de rejas, alarmas y cámaras de seguridad) y estrategias elusivas (evitar ciertas zonas y horarios, restringir movimientos). Al respecto, Kessler ha llamado la atención acerca de que la incorporación de estas estrategias (y su intensidad) depende de dos factores: la evaluación que los actores realizan del entorno y el acceso diferencial al creciente mercado de la seguridad (2009: 187-189).

Más allá de la intensidad variable del temor y de la capacidad de acceso diferencial al mercado de la seguridad, el desarrollo de estrategias defensivas y elusivas es bastante generalizado. Entre las primeras se encuentra la omnipresencia de las rejas en todas las zonas de la ciudad y, en menor medida, la proliferación de otras tecnologías como alarmas, cámaras de vigilancia y luces fotosensibles en los barrios pudientes y en la mayoría de los comercios. Un residente de un barrio de clase media relata:

Entrevistado: acá robos me han entrados un par de veces, acá, a mi casa, por eso debimos poner reja y trabamos allá [señala puertas y ventanas]

Ramiro: Todas medidas de seguridad, de protección

Entrevistado: Sí, ya nos entraron o sea, no robaron mucho pero robaron, o sea me robaron la bicicleta de 1500 pesos, entonces dijimos “bueno, nunca más”, cierro la casa y tengo este perro.

En la misma dirección Olga, una mujer ama de casa de 56 años que vive en Los Hornos relata:

“Estar adentro de una casa, bien cerrada, entonces estás segura. Igual segura no estás en ningún lado. A una amiga mía la agarraron un fin de año, pobre mujer, venía de la casa del hijo a las diez, once de la noche. Te pegan o te agarran, están

medio borrachos y te dan, porque te sacan lo que sea. Yo no soy de tener miedo, pero también hay que tener un poco de, estar atenta a lo que está pasando. Por ejemplo ahora mi mamá es una persona grande y nosotros le decimos “cerrá bien” porque se está escuchando a cada rato que van y matan a un pobre viejo”.

Los temores pueden ser similares (por ejemplo, temer un ataque a la propiedad o a la persona) pero muchas veces los recursos de que se dispone son desiguales. Mónica, residente en Puente de Fierro, sostiene:

“Lo que me gustaría es estar tranquila, poder decir “bueno, me voy y dejo mi casa, sé que voy a venir y encontrar todas mis cosas”. Pero decís “me voy a cenar con un pariente y vuelvo” y no podés, prácticamente ahora no se puede. Ellos te están vigilando si estás en tu casa, si hay movimiento o si no hay, prácticamente lo que más me gustaría que cambie es que sea más seguro”.

En una charla informativa organizada por un Foro de Seguridad Vecinal ante una “ola de inseguridad” que afectó a Altos de San Lorenzo, en la que estaban presentes, además de sus miembros, representantes del Ministerio de Seguridad, el capitán de la comisaría y *vecinos* del *barrio*, el capitán sostuvo:

“yo por ahí lo que les voy a recomendar, es un consejo a la gente mayor, que tampoco se dejen llevar por aquellos que van y le dicen, le tocan el timbre en su casa y le dicen “vengo porque se ganó una heladera, se ganó una motocicleta”, se confían, abren la puerta y resulta que después los asaltan; vamos a vivir la realidad, hoy nadie les va a dar nada, el que les va a tocar timbre seguramente va a ser con algún fin ilícito, ¿no?, entonces no vamos a ser crédulos, porque ahí es donde mucha gente abre la puerta, la reducen y nos roban; entonces tengan precaución en eso”.

Por supuesto, no todos llegan a tal grado de sospecha ni toman estas precauciones al pie de la letra en la vida cotidiana. Como reconocía (lamentándose) un forista en la misma reunión “a la gente la podés instruir en lo que es un robo, explicarle, no abra la puerta, antes de abrir pregunte, o pásense los teléfonos de la cuadra, o pegue dos vueltas antes de entrar a su casa, pero eso hay que hacerlo”. Y no todos lo hacen, tanto porque pueden parecer medidas excesivas como porque suponen un alto grado de atención y esfuerzo. Kessler ha propuesto la hipótesis de que los dispositivos contribuyen a lograr una mayor seguridad personal cuando “pueden ser incorporados en la vida cotidiana, en las acciones más habituales y naturalizadas”, a la vez que “cuando tienen una extrema presencia, incrementan el temor o, por lo menos, recuerdan en forma constante la existencia de peligros” (2009: 197). Este último parece ser el caso, también, de las acciones defensivas que sólo reposan en el propio cuerpo, que suponen la incorporación de gestos y acciones de precaución para cada momento de la vida cotidiana.

Además de estas estrategias de corte individual, se identificaron en el trabajo de campo estrategias defensivas colectivas. Así, en la mencionada reunión de foros, el capitán de la policía instaba a

“no solo denunciar el hecho consumado, sino del compromiso en la prevención; vemos una cara rara en el barrio, que la desconocemos, la vemos por la ventana, y ahí estamos llamando [a la policía] de que hay una persona sospechosa. Si después resulta que es el sobrino del vecino de enfrente, que anda de visita porque es de afuera, bueno, pero estamos ahí viendo; yo creo que se debe apuntar a recuperar ese compromiso social, el compromiso de la seguridad comienza por esas pequeñas cosas, el tema, el hecho consumado, el ir a denunciar, por supuesto que sí, porque va a ayudar a la investigación, pero la prevención es la mayor herramienta contra la inseguridad”.

Apoyando la idea del capitán, y ante el miedo de *los vecinos* a denunciar los delitos producidos en el barrio (cuestión que nos remite al ya tratado efecto que la proximidad con lo que se considera amenazante tiene en la vida cotidiana), un participante de la reunión proponía un peculiar modo de denuncia que consistía en colocar urnas en las escuelas, donde se pudieran dejar denuncias anónimas:

“las denuncias nunca van a tener nombre, no van a tener domicilio, sino que van a tener dónde está el problema de la prostitución, la droga, el que vende cosas robadas, que cada uno lo sabe. Eso en la urna no se va a notar, porque no va a tener ni nombre ni apellido y eso va a quedar puesto acá en la mesa, y ellos [la policía] tienen gente para trabajar, de investigaciones, van a poner lo que corresponde, y listo; y así de a poquito se va despoblando; la rata que está en la ciudad se va a tener que alejar”.

En la misma dirección, otro *vecino* propuso utilizar esa misma urna para desarrollar una estrategia de registro de quienes arriban al barrio:

“yo voy a tirar una idea, que todos los que vinieron ahora, todos los inquilinos nuevos que vienen al barrio, uno haga la denuncia en la urnita que vino un vecino nuevo al barrio, cuando se agarre ese papelito, ya queda el comisario atento que vino una persona nueva de otro barrio o de otro lugar, de ahí hay que ir al mobiliario a preguntar nombre, apellido y ya queda sentado el antecedente”.

Si bien las urnas no llegaron a ser colocadas, en el barrio se encontraron diversos relatos que refieren a prácticas de este tipo. Así, en una charla Adolfo describía:

Adolfo: nos conocemos todos, ya sabemos, en cualquier caso nos llamamos, cuando hay alguien raro...

Ramiro: ¿En esos casos qué hacen?

Adolfo: En el caso de que haya alguien sospechoso, llamás a la policía o al 911

De la misma manera, Miguel sostuvo que “cuando vemos caras desconocidas ya nos comunicamos, entre los comerciantes, eso ya es una gran cosa”, y precisaba:

Miguel: Si un tipo está en la vereda, el que está allá afuera, el que está trabajando, te está vigilando la zona, ¿viste? Nosotros en mi casa por ejemplo tenemos los

teléfonos de los vecinos, vemos movimientos raros, nos llamamos entre los vecinos, esa es una muy buena medida.

Ramiro: Se han ido intercambiando los teléfonos...

Miguel: Tenemos 5 o 6 vecinos que estamos, sale uno, “mirá, yo me voy, vengo a tal hora”; sale el otro “bueno yo me voy, queda sola la casa” y así, cualquier cosa llama. En ese sentido estamos bien organizados

Ramiro: ¿Esas precauciones las toman siempre?

Miguel: Más que nada a la noche. Porque de día siempre anda alguno, que estamos en la calle, estamos, la mayoría trabaja, pero de noche, más que nada a la noche tenemos ese código

Si bien no todas las personas llegan a los grados de *alterofobia* que se desprenden de algunos de los relatos citados y de las prácticas que los mismos describen, a los cuales por otro lado hay que contextualizar, como ya dijimos, en un barrio de clases medias-bajas y bajas donde se vive cotidianamente con el sentimiento de proximidad con lo que genera temor, tales relatos muestran que lo diferente, lo extraño/extranjero y lo desconocido son características habitualmente leídas en clave de amenaza. También es necesario repetir que, incluso en ese contexto, no todos llevan adelante tales prácticas de modo sistemático y continuo y que, como ya señalamos reiteradas veces a lo largo de este capítulo, el miedo generalizado y la restricción total de movimientos son situaciones tan extremas como inhabituales. Por el contrario, en términos prácticos lo más común es, incluso en quienes relativizan la inseguridad como problema, la restricción de algunos movimientos (por ejemplo, no andar solo de noche), la evitación de ciertos lugares (no pasar por x esquina o en el camino de regreso a casa evitar cierto trayecto) y protegerse en circunstancias puntuales (al entrar a la casa, al guardar el auto, al salir de noche).

Así, además de las estrategias defensivas, los actores despliegan estrategias elusivas, que suponen un elevado grado de atención sobre el entorno. Ya hemos mencionado las estrategias presentes en los jóvenes para salir de noche; además de salir en grupo, los jóvenes desarrollan un conjunto variado de estrategias para mitigar el miedo y el peligro. Muchas de esas estrategias están vinculadas con *los desplazamientos y traslados* durante las salidas nocturnas, los cuales probablemente ocurren antes y después de encontrarse con los amigos, la pareja, etc. Así, en lugar de caminar van en colectivo o taxi, como se desprende de los siguientes relatos:

“voy a la casa de mis amigas y a las 12 o 1 de la noche no me voy a volver sola caminando aunque esté cerca”

“yo soy más de cuidarme: si voy al centro siempre ando en horario y trato de evitar quedarme sola mucho tiempo”

“hay que cuidarse de no andar solo a las cuatro de la mañana por la calle a oscuras porque una cosas es tentar y otra exponerse”

Y, más allá de los jóvenes, la mayoría señala que cuando se desplaza por la ciudad toma precauciones, lo que supone “ir atento”, “prestar atención”, en definitiva, *mirar*, transformarse en esa máquina de hacer inferencias a la que nos referíamos, guiándose en los desplazamientos urbanos por imágenes sencillas y estereotipos sociales que buscan reducir la complejidad de la experiencia urbana (Sennett, 1997: 389-390). Como relata una mujer de 45 años que vive en Gonnet (el cual “respecto de otros, es un barrio seguro”): “me desplazo segura, pero estoy prevenida, porque por ejemplo yo pienso que ellos también buscan”. Cuando el caminante precavido identifica indicios de peligro o amenaza (por ejemplo, un grupo de jóvenes en una esquina), los evita, cruzando de calle, cambiando el recorrido, tomando un taxi.

La intensidad y sistematicidad de estas prácticas es variable, pero nos indican la instalación de la sospecha, la desconfianza y el temor en los vínculos cotidianos. Nadie (o, mejor, casi nadie) abandona el espacio público, es decir, no nos encontramos frente a una alternativa dicotómica entre estar y no estar; antes bien, *se trata de modos de estar, de transitar y de vivir la ciudad*. Y aquí el denominador común es la sospecha, la desconfianza y el temor en muchas de las relaciones con los otros. Lianos y Douglas (2000) han denominado *dangerization* a la tendencia de analizar el mundo por medio de categorías de amenaza, con la consecuente generalización de la sospecha en las distintas áreas de la vida social, producto no de un mundo más amenazante, sino de una mayor sensibilidad a supuestos peligros. Así, paradójicamente, medidas defensivas como rejas, alarmas y cámaras muchas veces tienen como efecto incrementar el temor en quien atraviesa el paisaje urbano, ya que comunican que el lugar no es seguro o que algo ha cambiado con respecto al pasado.

Y acá reaparece el problema, tratado en el apartado anterior, acerca de *a quiénes se teme*, ya que más allá de las ideas de generalización de la inseguridad y el temor, no todos son vistos como extraños peligrosos e, incluso, el rechazo a ciertas personas (como los jóvenes varones de sectores populares) puede coexistir con una amplia tolerancia hacia diferentes estilos estéticos y modos de vida en la ciudad. Así, es la potencial amenaza lo que “se convierte en un criterio legítimo para evitar al otro, para impedir que se acerque y, si es posible, para mantenerlo lo más alejado posible” (Kessler, 2009: 61). De este modo, la frontera con el otro no se plantea en términos de clase, etnia o nacionalidad, ya que la misma sólo puede ser socialmente legítima si el otro es peligroso. Y a la vez, paradójicamente, son la clase, la etnia y la nacionalidad los criterios habituales para definir al otro como amenaza.

6- Interacciones, intercambios y tensiones

La experiencia urbana se encuentra constantemente atravesada por la tensión entre la *confiabilidad* y la *vulnerabilidad* (Reguillo, 1996b), es decir, la tensión entre la necesidad del desarrollo de intercambios de diversa índole (económicos, políticos, culturales) que reposan sobre un mínimo de certezas y los dispositivos que buscan mantener a distancia aquellos elementos (materiales y simbólicos) que representan una amenaza. Ante la evidencia de que los mecanismos que dan confiabilidad fallan, se incrementan la sensación de inseguridad y el miedo, y se ponen en funcionamiento los mecanismos que buscan reducir la vulnerabilidad. Es en este momento donde se (re) producen ciertas representaciones sociales –mitos, estereotipos, estigmas- que se objetivan en “manuales de sobrevivencia urbana”, es decir, un conjunto que prescribe y proscribte prácticas (evitar ciertos espacios, tiempos y actores, tomar precauciones, etc.), orientando los modos de vivir y transitar la ciudad.

Esta tensión atraviesa la vida urbana, pero no de manera idéntica para todas las personas. Al respecto es necesario señalar tres puntos relevantes. En primer lugar, las cartografías urbanas identificadas en el trabajo de campo son diversas y se vinculan con el “estilo de vida”¹¹⁷ y las posiciones socio-espaciales de los distintos entrevistados. En segundo lugar, más allá de que no exista un miedo generalizado, la ciudad recorrida, en términos generales, es reducida (Martín Barbero, 2000) y se corresponde con el ya referido estilo de vida. En tercer lugar, contrariamente a lo que se podría suponer, no hay necesariamente relación unívoca entre el grado de movilidad de las personas y el miedo. Así, si bien es cierto que, como señalaron Sennett (2001) y Urry (2002), la reducción de la movilidad y de los contactos erosiona la vida social a la vez que, como hemos mostrado, el miedo reduce la movilidad y los desplazamientos, lo que puede retroalimentar el miedo y el malestar, las relaciones entre movilidad y miedo son ambivalentes, ya que personas con cartografías urbanas reducidas y baja movilidad cotidiana han mostrado mayor distancia con el sentimiento del temor y, a la inversa, personas con una alta movilidad cotidiana por la ciudad, han señalado la omnipresencia del temor.

¹¹⁷ Nos referimos a la productiva idea propuesta por Anthony Giddens (1995) acerca de que “los riesgos” no son evaluados de manera aislada por los individuos, sino como un conjunto (un paquete de riesgos) íntimamente asociado con un “estilo de vida”. En sus palabras: “Dado que las prácticas específicas están de ordinario vinculadas a un conjunto integrado de hábitos de estilo de vida, los individuos no evalúan siempre, o quizá casi nunca, los riesgos como elementos separados (...). La aceptación de ciertos riesgos dentro de unos “límites tolerables” como consecuencia de la búsqueda de un determinado estilo de vida, se considera parte del paquete general” (1995: 161).

Los estudiantes universitarios son, al respecto, un caso paradigmático. Su “estilo de vida” hace compatible una geografía de movimientos bastante reducida con un bajo sentimiento de temor. Una joven de 22 años, procedente de la localidad de Bolívar, señala:

“La verdad es que yo me manejo en un ámbito que es muy reducido y por ahí cuando voy a Buenos Aires, que se yo, por ahí tengo más cuidado, pero por una cuestión de que no me sé manejar tan bien, pero digamos, mi ámbito es bastante reducido, yo voy a la facultad, frecuento a determinada gente, pero no hago más que eso, no trabajo”.

Al igual que los personajes de la novela de Bioy Casares, la mayor parte de los estudiantes de la ciudad reside y transita por *el adentro*, el cual contrasta con *el afuera* porque como describía un joven de 20 años en el primero “hay más iluminación, hay más gente. Por lo general las casas son menos precarias, hay menos riesgos de robo”. Como relata un joven procedente de Neuquén:

“no he recorrido mucho La Plata pero he estado en lugares lejos del centro donde bueno, las calles son oscuras, pasa poca gente... uno se entra a preguntar si va a llegar entero a la casa (risas). Pero sí, yo creo que afuera, en lo que es afuera de La Plata, me da un poquito de miedo el hecho de que me pueda llegar pasar algo”.

Ese afuera es temido y es desconocido, a la vez que la vida universitaria no requiere de intercambios con esas zonas de la ciudad. El temor y la ausencia de vínculos con dicho sector configuran para estos actores una geografía de acciones bastante reducida, en la que viven sin miedos, manteniendo a distancia (física y social) las figuras del temor e incluso, en algunos casos, sosteniendo relatos que cuestionan la inseguridad como problema. En definitiva, se trata de una ecuación “equilibrada” entre confiabilidad y vulnerabilidad: se vive confiado en un espacio reducido y se mantienen a distancia las figuras, los espacios y los tiempos del temor.

Sin embargo, esta situación no es la de todos, ni la más común. La vida urbana no deja de poner en contacto aquello que los relatos y las ecologías urbanas separan; y cuando esto ocurre la pregunta que inmediatamente surge es ¿cómo hacer compatibles los requerimientos de flujos, intercambios y diálogos que la vida urbana supone, con los dispositivos para fijar, circunscribir, territorializar lo peligroso, lo temido, lo desconocido, lo diferente? ¿Es posible, a nivel práctico, resolver esta tensión?

Tomaremos para intentar responder a esta pregunta algunos casos de nuestro trabajo de campo, no porque pensemos que se trate de casos paradigmáticos o prototípicos de resolver tales tensiones –o de vivir con ellas-, sino porque cada uno de ellos muestra el modo singular en que un sujeto situado –social y contextualmente- resuelve la tensión entre la necesidad de intercambios para el desarrollo de la vida urbana y los miedos y los estereotipos que lo empujan en la dirección opuesta. Cada caso

muestra, además, que el sujeto no se reduce a efecto, categoría o lugar producido por la formación social. Por el contrario, “es un ser existencialmente complejo, que siente, piensa y reflexiona, que da y busca sentido” (Ortner, 2005: 28), por lo cual puede reflexionar acerca de sus propias condiciones y no reproducir necesariamente los sentidos dominantes.

Juan es un comerciante de 29 años, propietario de un ciber en un barrio ubicado dentro del casco urbano. En primer lugar nos narra los criterios para localizar su comercio. “Lo primero que intentamos encontrar era una zona donde no hubiera el negocio, hubiera movimiento y que relativamente nos diera la idea de... de qué sé yo... te acercas a la zona de 32 y corrés mucho riesgo por el lado de la villa, si pasas 25 ya tenés otro perfil socioeconómico en el cual un ciber no sabes cuanta vida útil podía llegar a tener, entonces tratábamos de encontrar algo en el medio, siempre apuntando al barrio, nunca en el centro”. Vemos así como actualiza cierta cartografía de la ciudad. Adentro, no afuera, por el peligro de la villa. Y, en ese adentro, barrio, no centro, pero barrio con movimiento. Luego, una vez hallado un local que cumpliera con los criterios establecidos, irónicamente señala que tales criterios no fueron suficientes (o no eran totalmente válidos) para evitar el peligro. “Después nos dimos cuenta, alquilamos a mediados de septiembre, y los primeros días de octubre –es cómico- sale toda una página en *Trama urbana*¹¹⁸ del *Diario Hoy* donde habla de las zonas de mayor riesgo de robo y era el sector comprendido por la comisaría segunda, que es esta zona”. La profecía mediática se cumplió. “Nos metimos directamente en la boca del lobo, dijimos. Y en ese momento así fue, porque a los 20 días nos robaron; después de esos 20 días pasó un mes y nos volvieron a robar; y a los 6 días nos volvieron a robar. En ese momento todos dijimos “bueno, si pasamos una semana y nos vuelven a robar, cerramos la persiana”. Los robos cesaron –previa instalación de un sistema de alarmas y el pago mensual, junto a comerciantes cercanos, a la policía- pero la tensión persiste: “con la inseguridad tenés que aprender a convivir, más cuando tenés un negocio”, nos dice. Y enumera las situaciones que actualizan su temor cotidiano: “en estos últimos 15 días han intentado robar la veterinaria, el domingo robaron en el video, entonces estás esperando que la tercera o la cuarta te caiga a vos. Empezás con la paranoia, empezás a pensar que hacés, abris la puerta, no abris la puerta, de última tenés un negocio”.

“Abrir o no abrir”, este parece ser el dilema de Juan cada vez que suena el timbre de la puerta de su comercio, dilema que en última instancia pone en riesgo la posibilidad misma de llevar adelante su trabajo. De la misma manera Marta, una farmacéutica de Gonnet, relata que por seguridad también tiene “el sistema del timbre” a la vez que agrega, incrédula, “que me dicen por el aspecto [abra o no lo puerta]” pero “yo tuve un solo robo en tres años” y el aspecto no fue un criterio válido. Relata lo sucedido:

Bueno, entró el muchacho, que venía en una moto re bien vestido, resfriado, y preguntó si tenía algo para el resfrío. Hizo toda su investigación y después me dice “olvidé la billetera”. Yo nunca iba a sospechar cuando volvió que venía a

¹¹⁸ Resulta sintomático que la sección policiales de uno de los principales diarios locales se denomine *Trama urbana*, asociando de manera unívoca y estable lo urbano con el peligro.

robarme y entonces le volví a abrir y ahí cometió el robo, ¿entendés? , sacó su arma y cometió el robo. ¡Yo no iba a sospechar!

Actualmente Marta sostiene que ciertos riesgos e incertidumbres forman parte de su realidad cotidiana, son características de su propio trabajo y que hay que convivir con ellos:

“Siempre pienso que puede ocurrir. Lo que pasa es que uno también se vuelve, no sé si vulnerable, pero adoptas una actitud que decís, “me va a pasar, me puede pasar”, no la descartas, todo lo contrario, la incorporas [como posibilidad]. Por ejemplo, yo siempre le digo a Estela, que me acompaña para la atención, “si viene un ladrón no te resistas, entrega lo que tengas que entregar, pero que no haya violencia”. Yo te digo, ya lo acepto como parte del trabajo al riesgo, porque en general [los robos] son rápidos, se resuelven en cinco minutos”.

Así, más allá de la duda constante de Juan o de la incorporación del riesgo como dato cotidiano de Marta, en ambos relatos se evidencia que el miedo transforma las relaciones de intercambio económico de simple acto anónimo entre desconocidos que la economía monetaria reducía a la pregunta “¿cuánto cuesta?” (Simmel, 2001) en un juego teatral en el que los involucrados se transforman en máquinas de realizar inferencias y decodifican supuestas señales de peligro en el rostro, la vestimenta y los modales que, a pesar de ser muchas veces inadecuadas, nunca son descartadas totalmente. Economía de la relación bastante antieconómica (Bourdieu, 2002 b), que incluso llega en algunos casos a la imposibilidad de realizar ciertos intercambios.

Esto último es lo que a veces le sucede a Carlos, un taxista de 41 años que vive en Tolosa.¹¹⁹ Como en los casos anteriores, su trabajo aparece constantemente atravesado por la tensión entre la necesidad de realizar intercambios económicos para vivir y el temor omnipresente que lo impulsa en la dirección opuesta. “Yo trabajo con mucho miedo arriba del taxi; cuando salgo de mi casa no sé si voy a volver”. Sin embargo, en su relato no se observan una deslocalización y una desdiferenciación totales; por el contrario, actualiza ciertos temores bastante generalizados sobre espacios, tiempos y rostros que orientan sus prácticas por la ciudad. El miedo se manifiesta “sobre todo en ciertos lugares a la noche” como las villas y los asentamientos de la periferia, horario en el que trabaja porque “no tengo posibilidad de encontrar un taxi de día, entonces no puedo evitarlo y sí o sí tengo que trabajar”. Si bien con “con el taxi a veces es difícil evitar ciertos lugares, porque a veces tenés que llevar un pasajero y estás jugado a entrar en la villas con

¹¹⁹ No hemos tratado aquí los problemas que presentan los desplazamientos a simple vista sencillos que las personas de sectores populares residentes de la periferia realizan hacia el centro y otras zonas de la ciudad. Como señalamos en otro lugar (ver capítulo cinco) nuestros datos nos orientan en la dirección de la existencia de una “estructura de interacción” en que la, en términos generales, estarían habilitadas tan sólo “las salidas” (o, según desde donde se lo mire, “las entradas”) vinculadas con cuestiones instrumentales. E incluso estos desplazamientos no están libres de obstáculos espaciales (distancia, inaccesibilidad), económicos (carencia de medios de comunicación, falta de dinero) y simbólicos (estigmatización, control policial). En el próximo capítulo trataremos en detalle un acontecimiento que ilumina la dinámica a la que estamos haciendo referencia.

el auto y después no sabés si salís”, “cuando veo dos o tres en una esquina que me hacen seña no los levanto, me pierdo de trabajar por el miedo”.

Además de mostrar cómo muchas veces el miedo obtura la posibilidad de intercambios, el relato de Carlos ilumina otras dos cuestiones relevantes. Por un lado, nos muestra cómo ciertos estereotipos y estigmas acerca de lugares y personas, más allá de su (in) eficacia para evitar el peligro, regulan las prácticas sociales. Por otro lado, nos muestra que una alta movilidad no supone necesariamente ni un mayor conocimiento interpersonal ni una reducción significativa del temor. Al respecto, el relato de Carlos se encuentra en las antípodas de los relatos de los estudiantes universitarios con los que iniciamos este apartado: se trata de una persona que combina una geografía de movimientos amplia con la incertidumbre, la desconfianza y el miedo permanentes en los vínculos que establece con los demás.

7- Epílogo

Luego de este recorrido en el que analizamos las vinculaciones entre miedo y ciudad o, mejor, miramos la ciudad desde los miedos, queremos resaltar tres dimensiones diferentes sobre las que los relatos del miedo iluminan.

Sobre los miedos

Más allá de que es habitual escuchar la afirmación acerca de que “no se puede estar seguro en ningún lugar”, afirmación que nos conduce hacia las nociones de ubicuidad, imprevisibilidad y aleatoriedad del peligro, en nuestro caso los temores se concentran mayormente en torno a ciertos espacios, tiempos y rostros. En efecto, ante la evidencia de la persistencia de un conjunto de estereotipos y prejuicios acerca de lugares, tiempos y actores, los relatos nos conducen a relativizar las ideas acerca de los procesos de deslocalización y desidentificación del temor. Ambos procesos serían, entonces, *relativos* y de aquí se desprenden dos cuestiones centrales. Por un lado, que la sensación de inseguridad, el miedo y la incertidumbre no son sensaciones estables y continuas sino que, por el contrario, emergen en determinados contextos de interacción, variando en consecuencia según los horarios, los lugares y los actores involucrados. Por otro lado, que miedo y delito no se identifican ni coinciden plenamente. Así como muchos delitos pasan desapercibidos y no son señalados como causantes de miedo, muchos de los espacios, tiempos y rostros del miedo no implican necesariamente la infracción de la ley.

Quizás lo que delineamos aquí para la ciudad de La Plata pueda ser definido como una *cultura local de seguridad*, concepto que se vincula con la aceptabilidad diferencial de los

riesgos según escala urbana, características de la localización y tipo de población. Gabriel Kessler (2006; 2009) acuñó este concepto ante la evidencia de que mientras en la Capital Federal y el gran Buenos Aires la inseguridad adquiría las características de lo aleatorio y lo ubicuo, en un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires la inseguridad no era un problema y en ciudades como Posadas y Córdoba nos encontrábamos con situaciones intermedias y a la vez singulares; mientras en Posadas hay un “mapa de riesgos definido y compartido” (2009: 228) y el rasgo característico de la ciudad es la frontera con Paraguay como zona franca, en Córdoba se señalan con precisión “las partes de la ciudad que se han dejado de transitar a pie o de noche” (2009: 236) y se establece una fuerte relación entre inseguridad y dictadura. Por lo antes descrito, en La Plata nos encontraríamos en una situación también intermedia entre los extremos de la aleatoriedad y ubicuidad del peligro y la ausencia del mismo. Al respecto, señalamos que hay un mapa de riesgo bastante compartido, con dos fronteras urbanas que se refuerzan en relación con el miedo. Por un lado, *la frontera entre la casa y la calle*, entre el espacio privado y el espacio público, legible en las estrategias defensivas. Por otro lado, una característica específica de la ciudad de La Plata, *la frontera entre el adentro y el afuera* de la estructura urbana, afuera que adquiere visibilidad negativa, al relacionárselo con la pobreza y el peligro.

Sobre la sociabilidad: desconfianza e incertidumbre en la vida urbana

Ahora bien, más allá del grado en que debemos relativizar la deslocalización y la desidentificación, es indudable que los relatos refieren al incremento de la desconfianza y la incertidumbre en la vida urbana. Si, como ha sostenido Niklas Luhmann (1996), la función de la confianza es disminuir la complejidad propia de la vida social incrementando la certidumbre en la cotidianeidad, la erosión de la confianza y la consecuente instalación de la sospecha en los vínculos interpersonales complejiza la vida social. En este sentido, hemos mostrado entre otras cosas que en algunas situaciones la desconfianza obtura la realización de ciertos intercambios que a simple vista parecen sencillos como tomar un taxi, comprar en un comercio o atravesar ciertos espacios de la ciudad en momentos determinados. Así, la ausencia de confianza vuelve a la vida cotidiana más compleja debido a la incertidumbre que corroe la previsibilidad de las interacciones, incluso en situaciones habituales.

Por supuesto, la intensidad y sistematicidad de las prácticas preventivas es variable y, como se desprende de las cartografías analizadas, su variabilidad se relaciona con las posiciones socio-espaciales y el estilo de vida de los distintos grupos y actores analizados. Sin embargo, es indudable que los relatos nos indican la instalación de la sospecha, la

desconfianza y el temor en los vínculos cotidianos. Así, las interacciones en el espacio público de la ciudad, donde por definición la mayoría de las personas son desconocidas, dependen de ese mundo teatral goffmaniano donde formas, etiqueta, rostro, modales y contexto espacio temporal son claves para definir la situación, incluso cuando dichos criterios no sean totalmente válidos para evitar la victimización y/o el miedo.

Las estrategias defensivas y elusivas están a la orden del día y se dirigen hacia la separación, el distanciamiento y/o la evitación de lo amenazante. Sin embargo, y salvo excepciones, nadie (o, mejor, casi nadie) abandona el espacio público, es decir, no se trata de una alternativa dicotómica entre estar y no estar en el espacio público de la ciudad; antes bien, se trata de modos de estar, de transitar y de vivir la ciudad. Y esos modos de estar, de transitar y de vivir la ciudad (mediados por las posiciones socio-espaciales y los estilos de vida) hablan en general de cartografías reducidas y vínculos con los extraños signados por la incertidumbre y el temor.

Sobre la ciudad: temor y deseo

Por último, surge la pregunta ¿en qué medida la ciudad temida nos brinda indicios de la ciudad deseada? Rossana Reguillo señaló que las distintas matrices culturales presentes en el espacio público se vinculan con la ciudad desde una triple lógica: *el espacio tópico*, el territorio propio y reconocido, seguro y a la vez amenazado; *el espacio heterotópico*, el territorio de los otros, una geografía atemorizante; y *el espacio utópico*, la ciudad deseada. Desde esta perspectiva es posible leer simbólicamente al “topos”, al lugar propio, debido a que se configura tanto a partir de las percepciones de “la ciudad otra”, fea, descuidada, ruidosa, peligrosa, oscura y amenazante, como en relación con la “ciudad ideal”, la ciudad deseada, ya sea buscada o perdida. De hecho, como ya hemos señalado en la primera parte de esta tesis, a cada evaluación de la ciudad subyace un modelo de ciudad deseada.

De esta manera, si aceptamos la hipótesis que sostiene que “cuando los actores urbanos refieren sus mapas heterotópicos de la ciudad, apelan fuertemente a su utopía urbana” (Reguillo, 2003: 6), el problema político al que se enfrenta el presente y el futuro de la ciudad es más que relevante, ya que como se desprende de lo analizado, en la mayoría de los relatos lo heterotópico (y las topofobias) remite a campos de sentido que se entrecruzan: afuera, villa, noche, droga, jóvenes, pobreza.

Se delinea de este modo una *geografía de lo amenazante* sobre la que hay un consenso bastante generalizado y problemático, que nuevamente nos recuerda la no necesaria identidad entre miedo y delito. Como ya señalamos, el disenso se produce en torno a los caminos para resolver una realidad vivida y sentida como problemática. En efecto, el

miedo y la preocupación por la inseguridad se extendieron a distintos grupos y sectores sociales con orientaciones políticas diferentes y, por ende, con propuestas de “soluciones” distintas e incluso antagónicas, en un arco que va desde proposiciones punitivas hasta la búsqueda de la integración social. Así, el miedo y la inseguridad urbanos aparecen como un frente cultural urbano: punto de encuentro y, a la vez, de disenso entre actores sociales que remiten a matrices culturales y políticas distintas y antagónicas. En el próximo capítulo analizaremos un evento donde tales diferencias se ponen en acto en una discusión acerca del acceso al espacio público de la ciudad.

CAPÍTULO VII

Brechas de clase en la ciudad

Análisis de límites sociales y simbólicos en el espacio público de La Plata a partir de un drama social.

*“Andar es no tener un lugar. Se trata del proceso indefinido de estar ausente y en pos de algo propio”
Michel de Certeau, La invención de lo cotidiano*

1- Introducción

La noche del 25 de julio de 2008 se produjo un acontecimiento que conmovió a parte de la opinión pública de la ciudad de La Plata. Ese día, alrededor de la medianoche, un grupo de personas adultas (¿policías?) atacó sorpresiva y violentamente a un grupo de niños y jóvenes “de la calle” bautizado tiempo antes por los medios locales como “la banda de la frazada”, grupo de niños y jóvenes que habitualmente pasaban sus horas –días y noches- en una de las principales plazas céntricas de la ciudad, la plaza San Martín, la cual se encuentra rodeada de edificios públicos como la Casa de Gobierno, la Legislatura provincial y el Centro Cultural Pasaje Dardo Rocha.

Los diarios locales no se refirieron al evento en los días siguientes, que se conoció a través de la denuncia presentada por los Autoconvocados por los Derechos de los Pibes de la Calle, asociación compuesta por un conjunto de organizaciones políticas y sociales nucleadas unos meses antes, debido precisamente a la situación “crítica” de este grupo de chicos de la plaza San Martín.

El acontecimiento y algunas de las narrativas y las prácticas que se sucedieron a continuación del mismo son pensados en este capítulo como un drama social en el cual se despliegan múltiples puntos de vista sobre la ciudad, la inseguridad y el derecho de acceso a la ciudad. Así, en el drama se ponen en juego disputas sobre los límites (sociales y simbólicos) habitualmente naturalizados, que regulan las relaciones sociales en el espacio público urbano.

Se suele sostener que el espacio público de las ciudades es un ámbito intensamente disputado. A partir de los resultados del trabajo de campo parece posible sostener que no necesariamente se verifica esta tendencia. De hecho, quizás sea más adecuado reconocer que los distintos actores sociales tienden a *naturalizar* un sistema de posiciones y relaciones en el espacio urbano,¹²⁰ a la vez que es precisamente a partir de tal sistema de posiciones y

¹²⁰ Quizás sea necesario señalar dos procesos que se encuentran entrelazados en la naturalización de cierto orden de la ciudad. Así, a la vez que, como mostramos en el capítulo cinco, el espacio es

relaciones que en coyunturas específicas algunos actores sociales urbanos *lo cuestionan*. Así, en lugar de contraponer como magnitudes polares irreductibles el conflicto y la naturalización, asistiríamos a un espacio urbano tendencialmente naturalizado y, dependiendo de las coyunturas, sutilmente conflictivo. Queremos decir con esto que en la ciudad existe un conjunto de regulaciones y reglamentaciones explícitas e implícitas que prescriben y proscriben acciones y usos. Se trata de una “estructura de interacción” que, si bien se encuentra sujeta a cuestionamientos, negociaciones y modificaciones, tácitamente supone que hay “un lugar y un tiempo para cada cosa” (y para cada clase, grupo, género, edad, etc.). Por esto, si bien se entiende habitualmente al espacio público como el espacio físico de la ciudad accesible a todos, susceptible de diversos usos y que implica la co-presencia entre desconocidos, sabemos que el hecho de que el espacio público

“sea un espacio abierto no quiere decir carente de normas. Las convenciones sociales que regulan los espacios públicos establecen las formas en que debe desarrollarse la interacción y fijan la *normalidad* de usos y comportamientos. Al conjunto de estas convenciones lo solemos denominar urbanidad. La *urbanidad*¹²¹ regula el cuadro de interacciones en el espacio público y establece las formas “adecuadas” de gestionar la proximidad-distancia con desconocidos según los distintos contextos, usos y situaciones” (Torres, 2008: 369-370; las cursivas son mías).

Es precisamente cuando suceden acontecimientos no esperados -y distanciados de la rutinaria reproducción de los usos habituales de la ciudad- que este conjunto naturalizado de supuestos se deja ver. ¿Por qué se transforma en noticia que el movimiento social liderado por Raúl Castells tenga una de las sedes de su organización en Puerto Madero? O, como sucedió hace unos años en Río de Janeiro ¿a qué se debe la reacción de los medios masivos y de vastos sectores de la ciudad ante la iniciativa de los habitantes de una favela de cerrar el barrio y poner cámaras de vigilancia en los accesos? Si el primer caso puso en cuestión la distribución naturalizada de los distintos sectores sociales y de las actividades en la ciudad de Buenos Aires, el segundo desafiaba la idea establecida acerca de los espacios urbanos racializados asociados con las actividades ilícitas y de sus residentes desprovistos de agencia política legítima (Costa Vargas, 2005). Del

uno de los ámbitos donde se afirma y ejerce el poder de la forma más sutil, el de la violencia simbólica como violencia inadvertida (Bourdieu, 2002), colaborando de esta manera la naturalización del espacio en la legitimación de un orden socio-espacial; por otro lado la naturalización del espacio aparece como el producto lógico de –y la condición necesaria para- vivir la ciudad, lo que a su vez nos ayuda a comprender la importancia de la naturalización del espacio en la legitimación del orden social.

¹²¹ Según Isaac Joseph urbanidad cuenta con dos acepciones: mientras la primera “el gobierno de la ciudad”, la segunda refiere a “las cualidades del hombre de la ciudad” y es en este último sentido que se ha continuado utilizando ya que “la urbanidad designa más el trabajo de la sociedad urbana sobre sí misma que el resultado de una legislación o de una administración” (1988: 27-28).

mismo modo, la presencia habitual de los jóvenes de sectores periféricos de la ciudad en la plaza San Martín vista por muchos como problemática y amenazante, los intentos por desalojarlos, la posterior agresión a dichos jóvenes y las narrativas y prácticas que le sucedieron posibilitó identificar *brechas* donde leer límites sociales y simbólicos que remiten a modos de vida y usos de la ciudad diferenciales.

2- Sobre el espacio público urbano

Antes de introducirnos en el análisis del acontecimiento es necesario abrir un pequeño paréntesis o, si se quiere, introducir un *excursus*. Desvío necesario en tanto en el curso de la investigación *espacio público* resultó ser un concepto que presenta dos tipos de problemas entrelazados (y a la vez diferentes). Por un lado, resulta difícil su recorte analítico: ¿Qué es el espacio público? ¿Dónde buscarlo? ¿Cuáles son sus límites? Por el otro lado, presenta una fuerte carga normativa, de sesgo positivo en el caso de las ciencias sociales, que muchas veces nos lleva a discutir y a mirar a partir de lo que debería ser (o creemos que es) el espacio público, obturando la posibilidad de analizar lo que sucede con -y en- el mismo. En definitiva, antes de continuar nos gustaría señalar un conjunto de advertencias o precauciones para abordar el análisis del espacio público urbano.

La primera advertencia o precaución remite a *evitar reificar el espacio público*. Hace un tiempo García Canclini (1996) se preguntaba, no sin cierta ironía: “¿se acuerdan de que hubo épocas en que lo público era un espacio?”. Y enumeraba: la plaza y el ágora en la Grecia clásica; salones, clubes y cafés a partir del Iluminismo. El lugar común de las investigaciones fue, entonces, asociar la desorganización de estas dos maneras clásicas de lo público con el advenimiento de las democracias masivas, pasando así del espacio público a la esfera pública. Separar analíticamente espacio público urbano de esfera pública política es una operación necesaria en tanto gran parte de las cuestiones públicas se vehiculizan cada vez más por medio de soportes tecnológicos y mediáticos distintos al espacio público urbano y a la comunicación cara a cara que predomina en este último; a la vez, tales procesos comunicacionales masivos impactan en el espacio urbano, coexistiendo con la ciudad material una ciudad comunicacional (García Canclini, 1998) clave para entender las representaciones y los usos del espacio público urbano. Simultáneamente, el intento de pensar las relaciones recíprocas entre ambos se enfrenta con el desafío de superar el obstáculo de lo que Adrián Gorelik reconoció como *la radical ambigüedad del espacio público*: por un lado remite a esferas de la acción humana (habla de la política), por otro nombra lugares materiales (habla de la forma). Así, mientras en su primera acepción aparece como la dimensión que media entre la sociedad y el estado, en la que se hacen

públicas múltiples expresiones políticas de la ciudadanía en distintas formas de asociación y conflicto con el estado, desde la segunda ha sido revalorizado en su cualidad material: el espacio público de la ciudad, en el que la ciudadanía se activa. Lucha que no tiene lo estatal como amenaza sino lo privado (1998: 19-20). Es precisamente esta ambigüedad constitutiva la que se ha transformado en un obstáculo para pensar la producción mutua entre el espacio público urbano y la esfera pública política, desarrollándose estudios bifurcados: los que analizan la política, donde la ciudad aparece como escenario, como telón de fondo, por un lado; los que analizan la forma (tipología, evolución, aspectos físicos, etc.) sin pensar en su significación y vínculo con la esfera pública, por otro. Siguiendo nuevamente a Gorelik en el intento de superar esta dicotomía podemos pensar al espacio público como “el producto de la colisión, fugaz e inestable, entre forma y política”. De este modo, más que de tratarse de una relación estable entre forma y política, *la emergencia del espacio público puede ser pensada como una coyuntura*, en su doble acepción: como ocasión puntual en la historia y como contacto entre esferas diferentes. Un espacio es público, entonces, cuando “es atravesado por una experiencia social al mismo tiempo que organiza esa experiencia y le da formas” (1998: 20).

La segunda advertencia o precaución remite a tener presente que *lo público es multiescalar*. A diferencia de las perspectivas clásicas que ligaban de modo unívoco ciudadanía y esfera pública al territorio delimitado por la soberanía de un Estado nación, se observa que los ciudadanos no actúan únicamente dentro de una esfera pública nacional ¹²². Asistimos, al contrario, a un complejo mosaico de esferas públicas sobrepuestas e interconectadas, de diferentes tamaños y alcances (Keane, 1995): locales o micropúblicas, nacionales o mesopúblicas, supranacionales y globales o macropúblicas. Así, articulando las dos primeras advertencias podemos pensar que una misma forma material puede ser soporte de procesos políticos de múltiples escalas o de la interacción entre algunas de ellas.

La tercera advertencia o precaución nos habla de *evitar idealizar el espacio público*, ya que es habitual encontrar afirmaciones donde, desde una posición normativa, se sostiene que “ese espacio colectivo por excelencia no debería rechazar ni extrañarse ante lo extraño, dado que resulta de un proceso masivo de extrañamiento recíproco” y, por lo mismo es el ámbito donde “es posible estar juntos sin jerarquías ni estructuras concluidas” (Delgado, 2007: 49-50). Y prosigue el citado autor:

“el espacio público es programáticamente un espacio no sólo asexuado, sino también aclasista, aétnico y generacional, en el sentido de que las diferencias de

¹²² Esto no significa, sin embargo, perder de vista la escala nacional, arguyendo una supuesta era posnacional, como en el caso de ciertas teorías posmodernas.

género, clase, etnia o edad deberían ser irrelevantes a la hora de ejercer lo que Hannah Arendt había llamado “derecho a la presencia”, es decir derecho de todos y todas a acceder y disfrutar de lo que es de todos y de todas, derecho que se adquiere por el mero hecho de *estar ahí?* (pp. 260).

Sin renunciar a tales ideas como horizonte político, en la investigación es conveniente no perder de vista que *lo público es producto de desigualdades, exclusiones y conflictos*. Ha sido Nancy Fraser quien, a partir del rescate de la noción de esfera pública de Habermas entendida como “foro de las sociedades modernas donde se lleva a cabo la participación política a través del habla (...) espacio institucionalizado de interacción discursiva” distinto del Estado y de la economía (1997: 97), señaló que el modo en que Habermas formuló el concepto no es totalmente satisfactorio, ya que no se cumplen cuatro de sus supuestos centrales: el supuesto de igualdad, cuando en realidad la esfera pública se constituyó históricamente por medio de exclusiones y desigualdades; el supuesto de un público único, cuando es habitual (y fructífera) la emergencia de “contra-públicos”; el supuesto de que el espacio público debe restringirse a la deliberación sobre el bien común, cuando muchas veces sucede que la rotulación de ciertos intereses como “privados” limita el rango de problemas; y el supuesto de la total escisión entre Estado y sociedad civil, cuando en realidad existen públicos fuertes y públicos débiles, en base a las posibilidades de cada uno de participar no sólo en la formación de opinión sino también en la toma de decisiones.

Triple precaución, entonces: evitar reificar lo público para, en cambio, restituir su ambivalencia y carácter contingente, reconociendo las múltiples escalas que eventualmente pueden estar involucradas en las coyunturas donde emerge lo público y prestando atención a las desigualdades y exclusiones que lo constituyen y que se reproducirán, cuestionarán y/o revertirán a través del mismo.

3- La ciudad y el acontecimiento

La Plata, 25 de julio de 2008, plaza San Martín.

La plaza San Martín es uno de los principales espacios públicos verdes del centro de la ciudad y se encuentra rodeada de emblemáticos edificios públicos: la casa de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires y el Centro Cultural Municipal Pasaje Dardo Rocha. El 25 de julio de 2008, por la noche, un grupo de adultos atacaron con cadenas, fierros y armas blancas a un grupo de alrededor de 20 chicos y jóvenes que habitualmente pasaban sus días –y últimamente también sus noches- en dicho espacio céntrico de la ciudad.

La centralidad geográfica y simbólica de la plaza y su cercanía con la sede central de la Policía de la Provincia de Buenos Aires levantó sospechas entre los denunciantes del hecho y parte de la población de la ciudad acerca de la participación policial en el acontecimiento: algunos hablaron de “zona liberada”

por la policía para que actúen los atacantes de los niños; otros sostuvieron la directa participación de policías vestidos de civil en la agresión. Para todos ellos la agresión los retrotraía a prácticas habituales durante la última dictadura militar.

Desde hacía bastante tiempo este grupo de chicos pasaba gran parte del día en la plaza San Martín (junto con otra gran cantidad de usuarios). La mayoría de ellos procedía de barrios periféricos de la ciudad y mientras algunos de ellos retornaban por la noche a sus casas, otros dormían en el hall de entrada semi-cubierto del frente de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, institución que se encuentra a pocas cuadras de la plaza.

A diferencia de la multitud de visitantes habituales u ocasionales con los cuales compartían el uso de dicho espacio público, la presencia de los chicos no pasaba desapercibida y eran habitualmente señalados como *fuentes de temor y peligro*. Así, tiempo antes de la agresión, en el mes de abril, el diario El Día –principal periódico de la ciudad– tituló “Preocupación por ola de robos en Plaza San Martín” y en el cuerpo de la nota bautizó a los jóvenes con los nombres *La banda de la frazada* o *La banda de la Plaza San Martín*, aludiendo con el primero de ellos al “original método que utilizaban para atacar a ocasionales transeúntes en ese tradicional paseo de la ciudad: les tiraban una manta encima para inmovilizarlos y, así, sin resistencia posible, les quitaban dinero, celulares y todo otro objeto de valor comercial”.

En junio, un tiempo antes de la noche de la agresión, se les prohibió dormir en la puerta del edificio de la facultad (de jurisdicción federal) y comenzaron a dormir en una glorieta de la plaza (de jurisdicción provincial). Desde la perspectiva de las autoridades de la institución universitaria se vieron obligados a realizar la denuncia debido a sucesivas perturbaciones cotidianas en el trabajo y la destrucción de unos vidrios de la biblioteca de la facultad. Lo supieran o no los chicos, este dato no es menor. Mientras durmieran en una dependencia de la Universidad Nacional de La Plata la policía provincial no podía indagarlos ni detenerlos; era un ámbito vedado. Sin embargo, al tener que dormir en la plaza esa situación cambió sustancialmente, se produjo la agresión y se abrió un espacio-tiempo de discusión y debate acerca de la ciudad, la inseguridad y el derecho de acceso a la ciudad.

En la escena descrita se condensan múltiples actores, dimensiones, escalas e interrogantes. Así, teniendo presente las advertencias o precauciones señaladas previamente, nos dirigimos al análisis de lo público como producto de una coyuntura singular donde se intersectan forma urbana y política, se encuentran involucradas diversas escalas y actores sociales, y emergen múltiples narrativas acerca de la ciudad, la inseguridad y el acceso al espacio público urbano. Como señaló Rossana Reguillo a partir de su análisis de las explosiones en Guadalajara “*mirar la ciudad a través de la irrupción de un acontecimiento* permite problematizar las formas de estructuración/desestructuración de lo social en su dinámica política y cotidiana” (1999: 18; las cursivas son mías). En efecto, sostenemos aquí que la irrupción de este acontecimiento produjo lo que Reguillo denominó un “espacio intermedio”, es decir, una zona de cruces y de encuentros “en el que se tocan los diversos, múltiples y complejos modos en que se participa de y en el espacio urbano”. (1999: 18). En pocas palabras, el acontecimiento “genera su propio marco espacio-

temporal”, *espacio intermedio* que no es ni un “estado” ni un “momento”, sino un “proceso” en el cual entran en conflicto, tensión, diálogo y negociación las categorías con las cuales pensar el mundo. El foco de este capítulo se coloca, así, más que en un “antes” y un “después” del acontecimiento, en ese “durante” (Reguillo, 1999: 45-46) entendido como proceso abierto, indeterminado y de lucha en el que participan diversos y desiguales actores sociales, viéndose involucradas distintas esferas y escalas de la vida social. Por estas cualidades, reconstruir y analizar el espacio intermedio supuso un *enfoque nómádico*, es decir, “seguir la configuración del objeto desde diferentes perspectivas y ángulos de observación” (Reguillo, 1999: 19), mirar la relación ciudad-acontecimiento en los medios, en la plaza, en las marchas, en el barrio, en las asambleas.

Una de las formas más originales de pensar el acontecimiento se encuentra en la obra antropológica de Víctor Turner (1974) con su noción de *dramas sociales*, es decir, unidades de procesos inarmónicos o a-armónicos que surgen en situaciones de conflicto y en donde las estructuras supuestamente estáticas se tornan visibles a través de un flujo que las energiza mostrando una dinámica social particular. Desde la perspectiva de este antropólogo inglés un drama social se inicia con su primera fase que corresponde al momento en que se quiebran las relaciones sociales regulares gobernadas por normas entre personas y grupos, ruptura que las sucesivas etapas del drama buscarán saldar o suturar. Así, para Turner todo drama social tiene etapas más o menos fijas por medio de las cuales se “regresa” a la situación anterior a la ruptura. Y es precisamente esta noción cíclica, la dialéctica entre estructura y *communitas* que en Turner tiende a cristalizarse en la secuencia estructura – crisis – estructura, con su énfasis en las etapas fijas del drama y la idea de “regreso” a un estado anterior, lo problemático para pensar el “drama social” que aquí se analiza. Nos encontramos ante un drama social que “no cierra” ni “se resuelve” simbólicamente, en cierta medida porque, como veremos, en la lógica práctica de los diversos actores involucrados remitió de manera casi inmediata a ese frente cultural del que hablamos en el capítulo precedente, la inseguridad y el miedo urbanos, que movilizan un conjunto de posiciones irreconciliables al respecto, posiciones que siguen enfrentadas y en debate a la hora de escribir estas páginas. Así, si bien dividimos el espacio intermedio en que se desarrolla el drama social en etapas, adelantamos que el mismo carece de resolución simbólica, cierre, sutura o regreso al estado previo, a la vez que nos permite analizar los supuestos implícitos acerca de la ciudad, el espacio público y sus usos.

4- El espacio intermedio

Con la circulación por medio de volantes, folletos y cadenas de mails de la noticia de la agresión y su repercusión creciente en diversos ámbitos se abre el *espacio intermedio* que es el objeto de análisis en estas páginas, *durante* que se extiende desde los días posteriores a la agresión hasta fines de diciembre de 2008, cuando tras meses de referencias sistemáticas a la cuestión, con picos de visibilidad pública y fuertes debates en diversos ámbitos que significaron llegar a la prensa nacional, el acontecimiento comienza a perder progresivamente visibilidad pública y se identifica en un pequeño apartado del principal diario de la ciudad la última –y escueta– referencia a los chicos de la plaza. En efecto, durante esos meses el drama se desarrolló en distintos ámbitos que incluyeron las calles de la ciudad, con el despliegue de marchas y de contramarchas organizadas por diversas organizaciones sociales; las distintas posiciones sobre la seguridad y la ciudad en los medios masivos y los modos de seguir los acontecimientos por parte de la prensa gráfica; y la esfera de la justicia, con un intrincado juego de solicitudes de amparos, presentaciones de demandas y de apelaciones.

Fieles a ese enfoque nomádico por el propugnábamos más arriba, presentamos aquí una descripción y un análisis del drama social a partir de indagar en esos distintos ámbitos (calles, medios, justicia y sus relaciones) donde el drama se desarrolló. Así, cada uno de los apartados de esta sección, ordenados cronológicamente, remite a lo que nosotros identificamos como las *etapas del drama*, es decir, a partir de las características que el desarrollo del drama adquiría a medida que se iban desplegando distintos eventos en cada una de las esferas, fue posible recortar etapas distintivas del drama, desde el inicio hasta su finalización.

Visibilidad y negación del “derecho al anonimato”

A la luz de lo sucedido la noche del 25 de julio ciertos hechos previos que es probable que en el momento en que ocurrieron pasaran desapercibidos adquirieron una relevancia retrospectiva, ya que nos ayudan a comprender la emergencia del drama social. En términos concretos, el drama nos obliga a ir hacia atrás en el tiempo y en ese movimiento encontramos indicios tanto de que la presencia de los chicos en ese espacio céntrico de la ciudad generaba malestar desde tiempo antes de la agresión, como de que la agresión no fue un hecho aislado, aleatorio ni espontáneo. En definitiva, los chicos fueron en primer lugar vistos, es decir, recortados como distintos y peculiares en el marco de un espacio intensamente transitado; recién después de esta operación de visibilización es que fueron agredidos.

El primer registro de la temprana visibilidad que tomaron los chicos en el espacio público corresponde a la citada nota publicada por el diario El Día el 18 de abril de 2008, varios meses antes de la agresión. En la misma se asocia la “ola delictiva” que causa preocupación en “los vecinos” con la presencia de un grupo de jóvenes que pasan muchas horas del día en la plaza San Martín, grupo que será bautizado por el diario local como “*La banda de la frazada*” debido al método que, según fuentes policiales, utilizan para robar:

Alarmante: volvió a actuar la denominada "banda de los pibes chorros", integrada mayoritariamente por menores de edad, que se reúnen a diario en la Plaza San Martín y cometen todo tipo de delitos, por los que entran y salen constantemente de las comisarias del centro de la Ciudad. Esta vez puso en práctica una nueva modalidad delictiva: 'el ataque de la frazada'. (El Día, 18/04/2008).

El desencuentro entre título y contenido de la nota es marcado: se trata de una “ola de inseguridad” conformada por tan solo un hurto, realizado aparentemente por “tres ladrones” integrantes de una supuesta banda, dos de ellos menores de edad. Sin embargo, más allá de las críticas que se le puedan hacer a la forma de nominar y de narrar del diario, para una mirada retrospectiva el artículo periodístico llama la atención sobre un hecho más relevante aún: la presencia de estos chicos en un espacio público urbano central de la ciudad no había pasado desapercibida ni para la policía ni para los medios; tempranamente – ¿por sus modales y sus formas, por sus vestimentas, por sus procedencias?- llamaron la atención de la prensa local. Y, como veremos, no sólo de ella: otros usuarios habituales de dicho espacio y comerciantes cercanos comenzaron a cuestionar su presencia.

En esta dirección, el conocimiento de lo ocurrido la noche del 25 de julio también colocó en el ojo de la tormenta otro evento previo: la decisión por parte de las autoridades de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata de impedir a los chicos de la plaza San Martín dormir en el hall semi-cubierto que se encuentra a la entrada del edificio, ubicado a escasas cuadras de la plaza, debido a lo que denunciaron como “perturbaciones cotidianas” en el trabajo, “agresiones” a algunos estudiantes y “la destrucción de unos vidrios de la biblioteca” de la facultad, próxima al hall de entrada ocupado por los jóvenes. Como ya señalamos, lo supieran o no los chicos, un edificio de jurisdicción nacional es un área vedada para la policía provincial, la cual se encuentra sospechada de haber participado de la agresión, ya sea de forma directa o indirecta. Conocida la agresión, la decisión de las autoridades de la facultad generó un fuerte debate hacia el interior de la institución donde se estudian carreras como sociología, historia, filosofía y letras, entre otras, acerca del rol de las ciencias sociales y de las relaciones entre universidad y sociedad. En este sentido, el presidente del Centro de Estudiantes de la

Facultad de Humanidades sostuvo que “muchos estudiantes vemos que no tenemos las herramientas suficientes para poder abordar la realidad concreta” y la agrupación estudiantil AULE tituló en un comunicado crítico con las autoridades de la institución “La universidad que no queremos: la que oculta la pobreza” (La Pulseada N° 62, agosto de 2008), en referencia directa a las medidas implementadas por las autoridades que culminaron en el desalojo de los chicos de la puerta de la institución.

Al mismo tiempo que eran expulsados de ciertos espacios como la entrada de la Facultad de Humanidades y perseguidos sistemáticamente por la policía, dato que se desprende de la cantidad de detenciones que las mismas fuentes policiales dieron a conocer a la prensa, se constituyó la agrupación *Autoconvocados por los Derechos de los Pibes de la Calle*, quienes se autodefinían como un grupo

“conformado por un conjunto de vecinos, personas, organizaciones sociales, culturales, gremiales, políticas y de Derechos Humanos que venimos abordando la problemática de los chicos en situación de calle y exigiendo al Estado la puesta en funcionamiento de un plan integral de atención y un hogar de día y de noche, de acuerdo a las leyes 13.298 y 13.634.¹²³ Esta reglamentación fue refrendada por el Municipio de La Plata a principios de este año”.

Desde mediados del mes de julio los miembros de autoconvocados comenzaron a vincularse con los chicos de la plaza y a partir del 20 de julio realizaron “una olla popular todas las noches garantizando la cena y la contención de los pibes, y exigiendo al Estado Provincial y Municipal que se haga cargo de esta problemática” (ver www.argentina.indymedia.org). Como relató uno de sus integrantes en una entrevista con *Prensa de Frente*, las prácticas de acercamiento y solidaridad por parte de los autoconvocados estuvieron motivadas por la constatación de que los chicos de la plaza

“estaban estigmatizados y señalados de una manera tan perversa que salimos a protegerlos de la manera que podíamos, con los recursos que teníamos: una olla popular para darles de comer y visibilizar que detrás de esa Banda de la Frazada había un montón de problemas familiares, de violencia, de alcohol, de exclusión” (ver www.apdn-laplata.blogspot.com).

¹²³ Se trata de las leyes provinciales de Promoción y Protección Integral de los Derechos de los Niños sancionadas a finales del año 2004, que cambiaron el marco legal desde el cual abordar la problemática de la niñez desde el clásico y paternalista modelo de patronato a la visión del niño como sujeto de derechos. Si bien la sanción de estas leyes fue bien recibida, adecuándose a los convenios internacionales, pronto se vio que el desmantelamiento del “modelo patronato” no fue reemplazado, en términos prácticos, por instituciones con capacidades y recursos para encargarse de la efectiva promoción y protección de derechos. Es en este marco que se comprende la demanda de los Autoconvocados por el cumplimiento de las leyes dictadas por el gobierno provincial y los convenios firmados por la municipalidad de La Plata.

De esta manera, en el curso de unos pocos meses la *visibilidad creciente* de este grupo de chicos y jóvenes (y las intervenciones contrastantes sobre ellos por una diversidad de agentes) significó la pérdida progresiva de su “derecho al anonimato”.

En efecto, uno de los presupuestos fuertes de la noción de espacio público es la igualdad en la accesibilidad al mismo y en la movilidad a través de él. Cuando esto sucede, la actitud habitual hacia los demás en el espacio público se caracteriza por lo que Goffman (1979) denominó *desatención cortés*, es decir, una forma de sociabilidad, una manera de organizar la co-presencia de extraños entre sí en los espacios públicos que consiste en “una manera de tener bien presente la presencia de aquellos a quienes se ignora” (Delgado, 2007: 137- 138). Nos encontramos ante personas que en sus tránsitos por el espacio público, ya sea para circular o permanecer en el mismo¹²⁴, han conquistado el “derecho al anonimato”, personas que “son, en efecto, *nadie*, en el sentido que no son nadie en concreto, lo que implica que encarnan una especie de *alguien o cualquiera en general*, o, si se prefiere, un *todos en particular*” (Delgado, 2007: 188), lo que les permite transitar por la ciudad sin dar explicaciones.

Es precisamente este derecho al anonimato lo que a los jóvenes de la plaza les fue negado como consecuencia de la progresiva visualización (mayoritariamente negativa) por parte de distintos sectores sociales: medios, policía, “vecinos”. Se les negó el derecho al distanciamiento y a la reserva, dejando de resultar desconocidos que no despiertan ningún interés, para pasar a ser detectados y localizados como individuos cuya presencia suscita situaciones de malestar, inquietud o temor (Delgado, 2007: 139). Perdieron, entonces, “la posibilidad de pasar desapercibidos, el derecho de no dar explicaciones” (Delgado, 2003) y, según las situaciones, fueron sospechados, temidos, evitados y/o expulsados.

Nos encontramos con el nudo central que desató el drama: lo que generó la práctica habitual de chicos de barrios periféricos de ocupar una plaza central de la ciudad es que “llamaron la atención” -de la policía, de la prensa, de los comerciantes cercanos, de algunos “vecinos”- precisamente porque su presencia y sus prácticas contradecían la hasta

¹²⁴ Es necesario señalar las diversas posibilidades de acción susceptibles de suceder en –y a través de– el espacio público urbano. En este sentido, Jesús Martín Barbero señaló la oposición entre “el estar” y “el circular” y remarcó la tendencia dominante en la arquitectura de los últimos tiempos a construir espacios donde el segundo obtura al primero, dado que “la preocupación de los urbanistas ya no será que los ciudadanos se encuentren sino todo lo contrario: ¡que circulen!” (1995: 36-37). Ahora bien, más allá de esta oposición, en el propio “estar” en el espacio público urbano es posible identificar diferencias relativas a lo que Michel de Certeau (2000) denominó “estilos de andar” y “retóricas caminantes”, que refieren a modos de andar, formas de pasar. Si bien aún está por hacerse una investigación exhaustiva al respecto, es posible quizás distinguir formas de estar/pasear por el espacio público urbano analizando la relación entre espacio y tiempo. Así, en contraposición con circular, nos encontramos ante prácticas que “pretenden dar el máximo de tiempo a un mínimo de espacio” (Mayol, 2000: 12).

ese momento implícita “estructura de interacción” dominante y naturalizada en la ciudad que delineamos en el capítulo cinco que estipula tránsitos básicamente instrumentales por parte de los residentes de la periferia pobre de la ciudad hacia el centro. De esta manera, su presencia “fuera de lugar” supuso para estos chicos su visibilización creciente, la consecuente pérdida de su “derecho al anonimato” y el verse interpelados constantemente a dar explicaciones sobre sí mismos y sobre lo que hacían ese lugar.

De “la convivencia pacífica pero distante” al conflicto

De este modo, una presencia “fuera de lugar” desde el punto de vista dominante (e implícito) acerca de los usos de la ciudad derivó progresivamente de una “convivencia pacífica pero distante” (Torres, 2008), predominante en la situación en que “la desatención cortés” regula las relaciones entre actores que son a la vez espacialmente próximos y socialmente distantes, al conflicto. Conflicto que, en base a los fragmentarios materiales de los que disponemos, parece no reducirse a un problema de *urbanidad*, es decir, de formas de vincularse en el espacio público. Si bien hay cuestiones relacionadas con discrepancias respecto a los modos socialmente legítimos de vincularse con -y de conducirse hacia- los demás en el espacio público, como es el caso de los “disturbios” en el acceso a un edificio de la UNLP referidos por las autoridades de la institución, sostenemos que el rechazo a la presencia de los jóvenes de barrios periféricos en un espacio público central de la ciudad remite también a cuestiones de *pertenencias socio-espaciales* (de clase) y a los supuestos que regulan el acceso al espacio público urbano.

Tampoco podemos perder de vista que la persistencia de estos jóvenes en dicho espacio central pese a las sistemáticas presiones (de la policía, de la prensa, de algunos comerciantes y “vecinos”) para que lo abandonaran, sumado a un conjunto de apoyos que consiguieron en organizaciones sociales y políticas, fue vista por algunos no sólo como una molesta experiencia de urbanidad sino como un desafío a la autoridad por parte de personas que desde esa lógica dominante pertenecen a “otro lugar”; además, nos encontramos ante un desafío realizado precisamente en el territorio destinado para la representación y celebración de esa autoridad... Y actuaron en consecuencia con ese diagnóstico.

Refiriéndose a las reacciones que la creciente visibilidad de los chicos de la plaza provocaba en distintos sectores, un integrante de Autoconvocados sostuvo que ante el hecho de que niños y jóvenes vivieran en una de las plazas centrales de la ciudad

“la preocupación de los diarios, de los medios no fue “no hay un lugar para contener a los chicos en situación de calle”, sino que la preocupación es “¿cómo sacamos a estos pibes que están en el medio de la Plaza San Martín, en el medio de

todo el poder político, en el medio de la clase media para que no molesten?” La preocupación es cómo sacar esto del panorama turístico de la ciudad” (ver www.apdn-laplata.blogspot.com).

Luego de diversos intentos (sistemática persecución policial, presión de los medios y “los vecinos”) se produjo la agresión, en la que circunstancialmente estuvieron presentes algunos miembros de autoconvocados, organización que dio a conocer públicamente lo ocurrido a través del siguiente comunicado de prensa:

Como práctica sistemática, la Policía de la Provincia de Buenos Aires, desde hace tiempo que detiene arbitrariamente a los pibes, y los agrede física, psicológica y verbalmente, sin control de ninguna autoridad gubernamental. Esta campaña continuó en el tiempo que realizamos la olla popular, con efectivos uniformados vigilándonos de forma intimidante y amedrentadora en las cercanías del lugar. Esta situación llegó al punto de que delante de los compañeros que conforman el grupo de Autoconvocados, vestido con su uniforme policial, un efectivo de la Bonaerense golpeó y amenazó a uno de los chicos en nuestra presencia, donde debimos intervenir para evitar la agresión.

Sin ser suficiente, el día de ayer viernes a las 23:00hs recibimos la agresión de “un grupo organizado”, luego de que la policía uniformada se retirara del lugar sugestivamente, dando la idea de zona liberada después de haber estado “custodiándonos” toda la jornada. Este grupo, de aproximadamente 25 personas, quienes se movilizaban en varios autos, aparecieron a modo de emboscada y desde diferentes direcciones, a las órdenes de una persona robusta que se comunicaba con handy, identificándose algunos de ellos como policías, sin exhibir placas ni uniformes, atacando a los pibes diciendo de que “así van a aprender” y “hay que tirarlos a todos en un pozo”. Algunos de los episodios fueron: cadenas en las piernas a los pibes, fierrazos en la cabeza y el rostro, golpes de puño entre varios sujetos contra un mismo pibe que era agarrado por el cuello. Asimismo, nos amenazaron empuñando armas blancas y mostrando armas de fuego. Ante todo esto, un grupo de 4 bici policías se ubicaron sobre la zona de 7 y 51, y evitaban que los pibes huyan y los obligaban a volver al interior de la plaza, donde se encontraba este grupo (www.argentina.indymedia.org).

Manuel Delgado sostuvo que “en la calle suelen contar –aunque por desgracia no siempre- más las pertinencias que las pertenencias” (2007: 130). En este caso se trata, sin dudas, más allá de eventuales discrepancias en las pertinencias y en las formas, de una cuestión de pertinencias sociales,¹²⁵ dimensión que precisamente no tendría que ser relevante en un espacio público igualitario y accesible a todos. En definitiva, es la presencia de jóvenes provenientes de sectores populares de la periferia, quienes no sólo

¹²⁵ Vale señalar además que, como muestra el caso analizado, pertinencias y pertenencias no son fácilmente dissociables, en el sentido de que ciertas (in) pertinencias son leídas en clave de pertenencias a la vez que las pertenencias generan pertinencias, razón por la cual es eficaz la interminable máquina de hacer inferencias que asocia rápidamente en el espacio público pertinencias sociales con indicios en los modales, la vestimenta, el color de piel, entre otros. Sin embargo, sin perder de vista los vínculos entre pertinencias y pertenencias, la distinción es útil ya que nos sirve para señalar que en este caso las personas son menos segregadas por lo que hacen que por lo que se supone que son.

responden al estereotipo de delincuente socialmente dominante analizado en el capítulo anterior sino que con su presencia cuestionan ciertos usos y límites espaciales naturalizados de la ciudad precisamente en un espacio central y simbólicamente relevante, lo que para muchos resultó intolerable y, tras sistemáticos intentos de expulsión, fueron agredidos violentamente con algún tipo de responsabilidad de las autoridades públicas.

La “banda de la plaza” como problema

La agresión y sus inmediatas repercusiones colocaron a la “banda de la plaza” como “problema local” al que referían diversos actores y agentes sociales: la prensa gráfica local, la policía, los comerciantes, las intervenciones sociales del estado, los movimientos sociales. En este sentido, las referencias mediáticas a “la banda de la plaza San Martín” volvieron, sintomáticamente, a los pocos días de la publicitación de la agresión. Así, el 28 de julio de 2008 El Día volvió a ocuparse del tema al resaltar la persistencia del “problema” anunciado meses atrás e insistir en el “temor” que esos chicos generan “en las personas que diariamente deben recorrer ese tradicional paseo público de nuestra ciudad”, a la vez que se introducía explícitamente la cuestión de “la edad” de esos chicos como obstáculo para la resolución del “problema”. También fue en esos mismos días donde se sucedieron las primeras manifestaciones públicas por parte de distintos sectores de la sociedad sobre “la banda”, entre las que se destacan las quejas y denuncias de los comerciantes del centro de la ciudad y la manifestación convocada por la organización “Autoconvocados en defensa de los pibes de la calle”, quienes marcharon hasta la comisaría primera de la ciudad de La Plata, cercana a la plaza San Martín, señalada como responsable directa de la agresión a los chicos de la plaza (El Día, 29/08/2008).

De manera simultánea a estos acontecimientos, desde la Subsecretaría de Niñez y Adolescencia de la Provincia, dependiente del Ministerio de Desarrollo Social, y con el aval de la Municipalidad de La Plata,¹²⁶ el Estado comenzó a intervenir en la problemática de los chicos de la plaza: “estamos albergando a estos chicos para tener un trabajo de fondo con la familia. Algunos tienen muchas entradas en las comisarías por cuestiones de orden asistencial; otras son verdaderamente delitos. Hay que trabajar con cada uno de ellos, hay que protegerlos, darles un lugar y asistirlos”, explicó la psicóloga Martha Arriola (El Día, 29/07/2008). De esta manera, dentro del Estado provincial es posible identificar

¹²⁶ Esto se debe a los ya referidos convenios que cada uno de los municipios de la provincia de Buenos Aires debía firmar con el Gobierno Provincial para instrumentar los Servicios Locales desde los cuales abordar las problemáticas de la niñez desde el paradigma de los derechos. El caso de “la banda de la plaza” puso en evidencia los problemas de instrumentación (financiamiento, recursos, profesionales) que tuvieron las leyes de la niñez y, como veremos, las distintas posiciones en los gobiernos provincial y municipal en torno al paradigma de los derechos.

diferentes lógicas de intervención sobre un mismo “problema”, en un arco que se extiende desde la sistemática persecución y criminalización de estos chicos y jóvenes hasta intervenciones que buscan diferenciar entre cuestiones de orden asistencial y otras de índole delictual.

Así, “la banda” se consolidó como “problema”, involucrando a diversas instancias gubernamentales (municipales y provinciales) con propuestas diferenciales en cuanto a la intervención adecuada (policial, social, médica) y dividiendo a la opinión pública -división que iría en aumento con el paso del tiempo- entre quienes veían a ese grupo de chicos como *victimarios*, una fuente de peligro, temor e inseguridad, y quienes los veían como *víctimas* de un sistema económico y social y, por lo tanto, reclamaban mayor presencia y responsabilidad del Estado en la temática.

Es por el efecto conjunto de estas prácticas que parece más lógico suponer que fue la plural y conflictiva mirada exterior –de los medios, de la policía, de los comerciantes, de las instituciones sociales que intervinieron y de las organizaciones políticas que se manifestaron- la que con el tiempo constituyó a una agregación fluctuante e inestable de chicos y jóvenes que tenían en la plaza un punto urbano de referencia habitual para sus trayectorias cotidianas,¹²⁷ en “una banda” que expresaba un “problema social” sobre el cual había posiciones contrapuestas en cuanto a las formas de intervención social necesaria y adecuada.

La protesta (y sus brechas)

El 14 de agosto de 2008 “Autoconvocados por los pibes en situación de calle” organizó una “Jornada Cultural y de Acción Popular” en la glorieta de la plaza San Martín, con la instalación de una radio abierta, la presencia de murgas, espectáculo de malabares, intervenciones artísticas y performances. El lema principal de la convocatoria que podía leerse en el volante que circuló tanto de mano en mano como por cadenas de mails era “Las plazas son para jugar, no para que nos maten (ni de hambre, ni a palos)”, proponiendo de este modo en el espacio público una narrativa alternativa (y opuesta) a la dominante hasta ese momento. En efecto, la narrativa desplazaba el foco del problema de “los chicos” a los procesos sociales de producción de desigualdades y a los mecanismos de estigmatización social hacia los sectores sociales desfavorecidos, anclando su reclamo en

¹²⁷ Los relatos de dos hermanas de 15 y 16 años residentes en Puente de Fierro que frecuentaban la plaza para –según sus palabras- “boludear, pedir, robar” y que no se encontraban en el lugar la noche de la agresión nos inclinan a suponer que antes de estas intervenciones “la banda” era en realidad una asociación inestable y fluida de niños y jóvenes de la periferia que tenían en la plaza uno de sus puntos de encuentro en la ciudad.

una frase de fuerte carga emotiva que, aludiendo al sentido común acerca de los usos de la ciudad (“las plazas son para jugar”), resaltaba el derecho negado a los chicos de la periferia, quienes no tienen plazas cerca de sus casas y a quienes no se les permite acceder a las plazas existentes en (el centro de) la ciudad. Además, en el volante podía leerse la siguiente historia:

Había una vez...

Una Argentina patas para arriba

Donde los chicos tienen que jugar y no juegan

Donde para crecer sanos y fuertes no tienen que comer...

Donde en vez de una cama para dormir, tienen el frío y el duro piso de una plaza.

Un país de la abundancia y de los derechos humanos

Donde son violados todos sus derechos.

Una noche, cuando se iban a dormir,

Apareció de la oscuridad un grupo de malvados,

Armados con cadenas, palos y pistolas.

Eran hombres y mujeres malos que, en nombre del bien común, los querían matar.

Porque no jugaban, porque no comían, porque dormían en una plaza.

El evento contó con la asistencia de militantes de diversas organizaciones sociales y políticas, estudiantes universitarios y residentes de Puente de Fierro, debido a que al menos tres de los chicos agredidos la noche del 25 eran del barrio y muchos otros chicos de la zona frecuentaban la plaza pero no se encontraban el día de la agresión. Ese día, luego de asistir a la jornada, anoté en el diario de campo:

Llego a la plaza, es un día soleado. Me encuentro con Daniel, coordinador del comedor “Los chicos del Puente”, que está parado cerca de la glorieta de la plaza, donde unos chicos realizan dibujos en el piso, mientras algunos jóvenes prueban sonido que luego usarán bandas de rock. Nos quedamos charlando sobre la asamblea de Puente de Fierro del día anterior. Luego comienza a hablar de *la gente del barrio*. “¿Viste la diferencia entre la gente del barrio y los demás?”, me pregunta. Contesto que no, aunque con anterioridad a su pregunta había identificado a un grupo de cerca de 20 personas (predominantemente mujeres y niños) quienes, desde mi perspectiva, eran *del barrio*. La vestimenta, el cuerpo y la actitud las diferenciaban del resto. Estaban en grupo, sentadas casi formando un círculo sobre un cantero lateral de la plaza, un tanto alejadas del resto de los presentes, en su gran mayoría jóvenes (varones y mujeres) universitarios, que ocupan el camino principal de la plaza, se mueven, bailan, toman mate, hablan entre ellos. “¿Cuál es la diferencia?”, le pregunto. “Siempre a un costado, calladas”, me dijo, y comenzó a hablar de los obstáculos para la participación en el barrio, de las dificultades que existen para juntarse y para salir del barrio a participar.

Me despedí de Daniel y me acerqué al grupo del barrio. Saludé a Mónica y Adolfo, quienes me presentaron *como un investigador de la universidad* a varias de las personas del grupo, me senté en el piso y comencé a charlar con ellos. Estaba frente a una chica joven, de unos 25 años, con quien me quedé charlando largo rato. Se llama María Azucena y me cuenta que está interesada en seguir estudiando. Según me contó, a ella le interesan “los astros y la naturaleza” y tenía dudas si iba a poder comenzar sus estudios por cuestiones de tiempo (tiene dos hijas chicas) y porque

hace mucho tiempo que no estudia (terminó la secundaria hace siete años, se casó y nunca más volvió a estudiar). A pesar de vivir en La Plata desde muy chica y de encontrarse en ese momento a escasas cuadras del rectorado, la universidad era para ella una gran incógnita: desconocía la modalidad de funcionamiento, las facultades, las carreras, los tiempos y los requerimientos. No sabía qué estudiar. Botánica, zoología o ecología (los nombres se los di yo) estaban entre sus posibles opciones en base a lo que me contaba eran sus intereses. *¿Hay que pagar ahí?*, me preguntó. Quedé en conseguirle los programas.

De este modo entablé diálogo por primera vez con María Azucena, con quien luego compartiríamos mucho tiempo en el barrio y en el comedor, y que en reiteradas oportunidades me relataría acerca de lo mucho que le gustaba participar en las marchas porque era una forma de salir del barrio (y de la casa) para pasear y despejarse, como lo llamó ella. Ese día, tanto a partir de su relato y de su desconocimiento (y de sus preguntas) sobre la universidad como de mis observaciones y de las de Daniel acerca de las diferencias de la gente del barrio, comencé a identificar y reflexionar sobre *otras brechas*. Comprendí que, si bien fundamentales, las brechas no se limitaban a las *fracturas socioeconómicas* que separan centro y periferia, ni tampoco a las *matrices socioculturales* que se condensan en el espacio público en al menos dos narrativas enfrentadas acerca de la ciudad y sus usos, por un lado, y sobre las causas y los modos de intervención necesarios con los “chicos de la calle”, por otro. Pude ver, “en acto”, *las brechas sociales y simbólicas que atravesaban un mismo colectivo* que se encontraba en la plaza para repudiar un acontecimiento violento, exigir su esclarecimiento y reclamar por un acceso igualitario a la ciudad. Y de estas brechas se desprendían dos cuestiones con lógicas opuestas e igualmente relevantes. Por un lado, en la plaza se ponía de manifiesto el hecho de que, más allá de las distancias y las diferencias sociales y territoriales, los actores presentes pudieron coincidir política y espacio-temporalmente en el reclamo, cuestión que nos recuerda que las matrices culturales no se correlacionan de modo unívoco con las posiciones sociales y territoriales de los actores y que nos señala la comunicación y el trabajo conjunto realizado por múltiples y diversas formas de organización social y política para tender puentes que permitan minimizar esas distancias y diferencias y actuar colectivamente. Por el otro, y en sentido opuesto, en la plaza se evidenciaba el hecho de que en un mismo colectivo que forma parte de una matriz cultural acerca de la ciudad, existen brechas relativas a esas posiciones sociales y espaciales desiguales, que se traducen en modos diferentes de vivir y usufructuar la ciudad, y construyen agendas y temporalidades distintas en torno a demandas similares.

En esta última dirección -y como ya señalamos en el capítulo cinco- en la asamblea de Puente de Fierro el tema de los jóvenes del barrio era desde mucho antes de la agresión

uno de los temas principales de deliberación y acción tanto por parte de las distintas instancias institucionales participantes en su práctica cotidiana (comedores, guarderías y refugios, organizaciones políticas, programas provinciales y municipales vinculados con la salud, la educación y el trabajo, entre otros) como de las propuestas surgidas colectivamente en el marco de la asamblea. Aquello que los residentes del barrio sostenían “no se veía” en el centro, era una preocupación recurrente en la periferia; a la vez, y de manera paradójica, la problemática tuvo que hacerse presente en el centro de la ciudad para obtener visibilidad pública.

Es precisamente esta *temporalidad (y urgencia) diferenciales* sobre la temática entre casco y barrio la que persistió, al menos desde el punto de vista de las personas de la periferia, incluso después de la agresión y de las actividades conjuntas que la misma motivó. Así, unos días después de la jornada de protesta, durante una reunión de la Asamblea del barrio Puente de Fierro, anoté lo siguiente en el diario de campo:

Se discute sobre el destino de unos subsidios del gobierno. Ninguna de las organizaciones que conforman la asamblea ha sido beneficiaria de ellos y al parecer una sola organización del PJ los ha acaparado y no se sabe qué se ha hecho con el dinero ni cuáles son los criterios establecidos para su acceso y distribución. Como es habitual, la discusión tiene como preocupación fundamental la situación de los chicos y los jóvenes del barrio. Es en ese momento que Manuel cuenta lo que sucedió en las últimas reuniones de la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez, a las que asistió en representación de la asamblea del barrio. Sostiene que no está muy convencido del futuro de las acciones. Desde su perspectiva las personas que participan en dicha asamblea *tienen buenas intenciones pero no son muy operativos* y no pueden cumplir con el objetivo: lograr continuidad en el trabajo con los pibes, tener un plan a largo plazo. Le parece que *no saben mucho lo que ocurre fuera del casco* y agrega, irónico, *son militantes del casco urbano*. A lo que todos los presentes responden con una sonrisa.

Identificamos, nuevamente, aquella *otra brecha* que remite a los des-tiempos y los desencuentros producto de realidades distintas entre personas que luchan por objetivos similares. Si en términos generales existe una perspectiva compartida de crítica a la actuación de la policía, los medios y el gobierno en relación a los jóvenes de sectores populares e incluso demandas propuestas en forma compartida, las distintas realidades vividas remiten a puntos de vista diferentes basados en necesidades y urgencias también diferentes, diferencias sintetizadas en la ironía de Manuel y en la risa de la totalidad de los presentes.

La banda, entre el delito y el temor

En los dos meses que siguieron a la jornada de protesta el tema se consolidó en la esfera pública local, consolidación legible en varios aspectos: la existencia de alrededor de

200 chicos viviendo en las calles del casco urbano de la ciudad de La Plata se instaló como problema público local (La Pulseada, N° 62); el grupo de autoconvocados continuó con sus prácticas de protesta y solidaridad, realizando ollas populares, presentado amparos ante la justicia y conformándose a partir de esta experiencia la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez¹²⁸ que desde entonces se aboca a la temática; los miembros de “la banda de la plaza” comenzaron a ser atendidos conjuntamente por profesionales de los Servicios Locales del municipio y del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia. Así, como decíamos, los distintos actores, incluso en el disenso, recortaron un problema común.

Para este momento del drama, tanto para la prensa como para la policía, la “banda de la plaza” se había convertido en la primera –y por momentos da la sensación que también la única- hipótesis a la hora de encontrar responsables para los delitos producidos en las cercanías a plaza, cuestión que al mismo tiempo se reforzaba con el hecho de que para muchos de los comerciantes cercanos y para algunos de los usuarios de la plaza la presencia de los chicos era señal de temor y preocupación. En efecto, para el diario El Día, en el lapso de dos meses que se extiende desde mediados de agosto a mediados de octubre, la contigüidad se transformó en causalidad, y muchos de los delitos cometidos en la zona céntrica de la plaza San Martín eran rápidamente atribuidos a “la banda de la plaza” que al parecer extendía sus dominios desde la plaza y sus alrededores hasta la casi totalidad del centro comercial de la ciudad.

Así, en esta etapa del drama, la prensa gráfica propuso una imagen de la “banda de la plaza” que se sintetizaba en la ecuación centro=banda=delito/temor. En una entrevista que realicé por esos días, una estudiante universitaria de 22 años señalaba, en consonancia con el relato mediático, la novedad: “resulta que *ahora* Plaza San Martín es peligrosa, no podés pasar, en ciertos sectores del centro hay que tener cuidado con los pibitos”. Se evidencia de este modo el doble carácter de la prensa, en el sentido que es tanto *fuentes* que nos permite reconstruir los acontecimientos aquí analizados como -en la medida en que narrativiza la ciudad para sus lectores- la prensa es también *mediación* (Fritzsche, 2008) en los procesos de representación y de acceso a la ciudad para los distintos actores sociales urbanos.

¹²⁸ En el blog de la Asamblea puede leerse: “Nace en agosto de 2008 para dar respuesta a un brutal ataque parapolicial que sufre un grupo de niños en situación de calle en la Plaza San Martín de La Plata. Desde entonces, se consolida como un lugar de encuentro de diversas organizaciones sociales, políticas, organismos de DDHH y personas independientes que buscan reflexionar sobre la problemática de la niñez en riesgo, para concretar herramientas de lucha conjuntas encaminadas a defender y consolidar los derechos de la misma”.

Para mediados de octubre el escenario se modificó, volviéndose aún más complejo. El 16 de octubre de 2008 un chico de 12 años de edad que vendía flores en la vía pública fue herido con el pico de una botella por otro menor, identificado por la policía como “uno de los presuntos integrantes de la denominada “banda de la frazada”, que para en Plaza San Martín (El Día, 17/10/2008). Esto volvió a colocar a “la banda” en el centro de la escena, más aún cuando el menor atacado murió en el hospital al día siguiente. “Golpe de la delincuencia juvenil”, tituló El Día y habló de una “tragedia anunciada”, ya que el acusado integraba la “banda de la Plaza San Martín” denunciada en reiteradas oportunidades por “la ola de inseguridad que rodea a ese paseo céntrico y sus inmediaciones” (El Día, 18/10/2008).

Las reflexiones mediáticas y las críticas a las autoridades que siguieron a la muerte del chico dan indicios de la *geografía simbólica* que actualiza la prensa ya que, en palabras del diario, “cuesta entender cómo un grupo de chicos, de 12 a 20 años, pueda vivir en un espacio público, ubicado en pleno centro de La Plata, y desde allí salir a delinquir por toda la zona, sembrado sólo miedo y terror a su paso” (El Día, 19/10/2008), sin encontrar respuestas en las autoridades pese a que “vecinos y comerciantes de La Plata manifestaron en diversas oportunidades su indignación por los distintos hechos de violencia en el corazón de nuestra ciudad y a plena luz del día. (El Día, 20/10/2008).

Como se desprende de la gran mayoría de las notas, lo que más parece sorprender a los medios es que “la banda” altera, con su presencia, una geografía social que remite a la *topología del miedo* descrita en el capítulo anterior: desde esta perspectiva lo llamativo (lo que causa indignación y es motivo de reclamo) es menos lo que ocurre (hurtos, robos, agresiones) que el lugar dónde eso sucede, es decir, un “tradicional paseo de la ciudad”, “la Ciudad”, o “el Centro” (ambos con mayúsculas) y el momento del día en que sucede, poniendo de relevancia una vez más que la deslocalización y desdiferenciación del temor (Kessler, 2009) son procesos relativos y restringidos. En definitiva, como sintetizaba una nota publicada en esos días “*el miedo llegó a pleno Centro*” (El Día, 20/10/2008; las cursivas son mías).

Simultáneamente, se observa en este y otros relatos que las demandas de mayor seguridad se desplazan casi de manera inmediata e imperceptible a la exigencia de expulsión de los jóvenes de ese espacio. Vemos así como la *dangerization* (Lianos y Douglas, 2000) justifica una demanda que claramente puede ser leída en clave de estigmatización pero que sin embargo el diario hace pública ya que, al menos en términos explícitos, la presión para expulsar a los jóvenes de ese espacio no se hace en base a sus pertenencias (sociales o étnicas) sino a la amenaza que representan y al temor que generan

para comerciantes, vecinos y transeúntes. Este pedido muestra, además, la ausencia de identidad entre delito y temor. Así, no se trata (al menos no únicamente) de terminar con los delitos, sino de que esos jóvenes no estén más en ese espacio: *su presencia genera temor*. Lo que llega al centro con estos chicos no es el delito (ya estaba desde antes), sino el miedo.

Ante tales demandas, que no se limitaron a una línea editorial de los medios locales, por orden de la Jefatura Departamental de La Plata la policía bonaerense estableció un operativo policial por tiempo indeterminado durante las 24 horas del día, con el fin de “prevenir hechos ilícitos y desalentar la instalación en ese espacio público de personas mayores o menores que atenten contra la tranquilidad de los vecinos y ocasionales transeúntes” (El Día, 22/10/2008). La orden de la Jefatura Departamental de La Plata es clara y condensa de forma sucinta lo que venimos diciendo: el dispositivo policial no sólo debía prevenir delitos, sino también desalentar la instalación de personas en el espacio público que atenten contra la tranquilidad de los vecinos y de los transeúntes. Y esas presencias extrañas e inhabituales, “fuera de lugar”, independientemente de que delincan, intranquilizan y atemorizan a vecinos y transeúntes. Seguridad y delito, si bien se intersectan, no se identifican. En definitiva, lo ocurrido con “la banda de la plaza” muestra cómo su presencia alteró una “estructura de interacción” hegemónica y, al hacerlo, la puso de manifiesto. Tanto es así que durante meses se pusieron en discusión los criterios que implícitamente regulan el derecho a acceder a un espacio público.

La (in) seguridad como frente cultural: narrativas contrapuestas y cambio de escalas

De manera sincrónica con estos eventos locales, el 21 de octubre se produce en San Isidro en el marco de un asalto a una casa por parte de “dos jóvenes ladrones” el asesinato a sangre fría del ingeniero Barrenechea., aparentemente a manos de un menor (Clarín, 22/10/2008). Este crimen tuvo una rápida e inmediata repercusión política y mediática y, a partir de declaraciones de Daniel Scioli, gobernador de la provincia de Buenos Aires, quien reconoció que “llegó el momento de debatir una baja en la imputabilidad de los menores” y adelantó que promovería acciones con los legisladores nacionales por la provincia de Buenos Aires para que el Congreso modifique el Código Penal para “bajar la edad de imputabilidad para los delitos graves que cometan los menores” (Clarín, 23/10/2008), se instaló en el espacio público provincial y nacional el debate en torno al tema.

El debate de escala nacional y provincial se yuxtapuso con la dinámica local iniciada a partir de los acontecimientos vinculados con “la banda de la plaza”, potenciando las demandas por seguridad y diluyendo progresivamente su anclaje específico en torno a “la banda”. De esta manera, el 27 de octubre de 2008 el Consejo Consultivo de Instituciones de La Plata (CACILP), influenciado por lo acontecido un día antes en San Isidro, convocó a una marcha en la plaza San Martín en reclamo de mayor seguridad a las autoridades provinciales. En el marco de la manifestación a la que concurrieron alrededor de 4000 personas, se leyó un documento al que adhirieron centros comerciales, algunas entidades barriales, cámaras empresariales, organizaciones culturales, deportivas, asambleas vecinales autoconvocadas y distintos espacios políticos (incluyendo al intendente municipal y a representantes de las fuerzas de oposición) solicitando “la necesidad de declarar a la capital bonaerense y la Región Capital en estado de emergencia por la inseguridad” (Diario Hoy, 28/10/2008). De esta manera, con solo listar la cantidad de instituciones públicas y privadas que adhirieron y constatar la masividad del acto en el que participaron “comerciantes y vecinos”, podemos vislumbrar la centralidad de la inseguridad como problema público y el peso de una narrativa social de fuerte contenido moral que busca explicar esa problemática contraponiendo vecinos honrados con delincuentes quienes, como ya vimos, son asociados mayormente con jóvenes varones de sectores populares.

La respuesta crítica no se hizo esperar. A los pocos días de la marcha en reclamo de mayor seguridad y de las declaraciones de Scioli sobre la baja en la edad de imputabilidad de los menores, el juez Luis Arias dio lugar a un hábeas corpus presentado a partir de la agresión de plaza San Martín por la Defensoría Oficial de Responsabilidad Penal Juvenil número 16 de La Plata, a cargo de Julián Axat, y dispuso la inconstitucionalidad de la habitual práctica policial de detener a los menores por averiguación de identidad y/o antecedentes (Diario Hoy, 31/10/2008). La disposición del juez platense traspasó el ámbito local y la noticia fue tomada por la prensa de escala nacional. Así, el diario La Nación publicó una nota donde se refería a declaraciones posteriores del juez Arias a radio Continental en las que “justificó su decisión en medio de la ola de inseguridad” argumentando que “hay que prevalecer los aspectos preventivos ante los represivos, porque estamos hablando de niños en estado de vulnerabilidad con una enorme problemática desde el punto de vista familiar y social” e instó a que “desde el Estado y la sociedad misma hay que tratar de no estigmatizar” a los menores (La Nación, 31/10/2008).

Sin dudas, la disposición del juez y sus repercusiones abrieron un escenario de cuestionamiento a los modos habituales de pensar tanto las prácticas policiales como el lugar de los jóvenes de bajos recursos en los espacios públicos. Aunque la medida no fue bien recibida por diversos sectores, instaló en el espacio público una narrativa opuesta a la movilizadora en las marchas por la seguridad. Así, “el número de entradas a la comisaría”, dato habitualmente utilizado para argumentar acerca de la peligrosidad de los jóvenes en general y de los miembros de “la banda de la plaza San Martín” en particular, encontraba en esta disposición judicial una explicación alternativa: en lugar de hablar de la peligrosidad del detenido, refería a una práctica naturalizada e inconstitucional de la policía que, reproduciendo los estereotipos asociados a la delincuencia y el temor y actualizando una cartografía de los usos legítimos de la ciudad, detenía sistemáticamente a jóvenes que estaban en el “lugar y el momento equivocados”. De hecho, ponía en evidencia que el acceso, el disfrute y la permanencia en el espacio público remite, antes que a pertinencias, a una cuestión de pertenencias, las cuales en este caso se traducían en una pérdida del “derecho al anonimato”.

Además del ámbito judicial, como respuesta a las voces que ponían el foco en la baja en la edad de imputabilidad, ligando de modo unívoco inseguridad a niñez/juventud empobrecida, la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez convocó a una marcha a la plaza San Martín el mismo 31 de octubre bajo la consigna “Ningún pibe nace chorro. La ausencia del Estado los genera”, en la que se cuestionaba la “marcha blumberiana del lunes 27” y se exigía “la seguridad de todos nuestros pibes”. En este sentido, en el comunicado de la Asamblea se sostuvo que “otra vez ‘la gente’ pide seguridad, más condenas, cadenas, palos, alambres de púa electrificado. Y el gobernador Scioli ya fogonea una baja en la edad de imputabilidad. Lo hace porque mataron a un ingeniero de San Isidro” (Diario Hoy, 31/10/2008), proponiendo a la vez otra clave de lectura de la realidad: “La inseguridad es morir de hambre y no tener futuro”.

La marcha, que en un primer momento pensó en realizarse el mismo día que aquella que reclamaba por mayor seguridad, contó con la presencia de estudiantes universitarios, representantes de organismos de derechos humanos, gremios y entidades civiles que se concentraron en la plaza Moreno, frente a la Municipalidad de La Plata, donde dejaron al intendente un globo con la consigna: “Los niños son las víctimas. Exigimos que el Estado los contenga y no los abandone”; la protesta prosiguió luego frente a las instalaciones del diario El Día, donde se realizó un escrache por la cobertura dada a los acontecimientos vinculados con “la banda de la plaza”; y por último se dirigió a

la plaza San Martín, para manifestar ante la Casa de Gobierno de la provincia de Buenos Aires en repudio a la propuesta del gobernador de bajar la edad de imputabilidad.

Nos encontramos así con un “frente cultural urbano” (González, 1991) donde *dos matrices culturales* opuestas disputan en torno al sentido de *un significante socialmente compartido*, (in)seguridad, el cual funciona simultáneamente como de punto de encuentro y como frontera entre ambas matrices enfrentadas en la tarea de estabilizar un sentido para dicho significante.¹²⁹ ¿Los menores de edad de sectores populares en general –y la “banda de la plaza” en particular– son una fuente de peligro, temor e inseguridad? ¿O inseguridad remite a aquellos procesos sociales por los cuales los jóvenes deben vivir en una plaza y carecer de futuro? ¿Las soluciones son incrementar las medidas de vigilancia y represión, o mejorar los mecanismos estatales de integración social?

Como sostuvo Luis Reygadas refiriéndose a las narrativas de la desigualdad, “las imágenes que los agentes tienen sobre la desigualdad no describen [o al menos no lo hacen de manera exhaustiva] las causas y los procesos que la generan”, cuestión que no las invalida ya que estas imágenes son significativas menos por lo que describen que porque “modelan la desigualdad, son importantes para entender cómo se experimenta la inequidad, de qué manera se legitima o cómo es resistida y desafiada. Son intervenciones simbólicas que inciden sobre las relaciones de poder y sobre los procesos que configuran las desigualdades”. (2008: 302). Así, sólo de modo oblicuo y parcial las narrativas sobre la inseguridad describen las causas y los procesos que se encuentran en su origen, pero buscan incidir sobre las formas de definir e intervenir sobre el problema. En esta dirección, la narrativa pública que cuestiona los lugares comunes dominantes sobre el fenómeno de la inseguridad, sintetiza procesos sociales complejos en imágenes sencillas pero cargadas de dramatismo, elementos emotivos y éticos (los chicos, el futuro, las plazas para jugar); procede a la des-culpabilización de quienes ocupan posiciones subordinadas, proponiendo incluso una narrativa inversa (la culpa es de los poderosos); se centra en los aspectos intencionales (la falta de voluntad del gobierno) y es básicamente estado-céntrica en cuanto a sus reclamos. Así, nos encontramos ante narrativas simétricas e inversas, con

¹²⁹ Como señalamos en el capítulo anterior, las posiciones acerca de la inseguridad no se reducen a una polaridad dicotómica; por el contrario existen distintos “relatos de la inseguridad” en lo que refiere a la intensidad, las causas y el modo de hacerle frente (Kessler, 2009) Sin embargo, en la disputa política analizada en torno a la baja en la edad de imputabilidad (disputa que implicó, como señalamos, una toma de partido acerca de lo que se entiende por inseguridad) estas diferencias fueron subsumidas en dos únicas alternativas que se expresaron y enfrentaron en el espacio público.

puntos de encuentro en la disputa por la definición del significante “inseguridad”, por un lado, y en la explicación de las causas del “delito juvenil”, por otro.¹³⁰

Y la disputa se mantuvo (y se mantiene) abierta. En este sentido, el Poder Ejecutivo bonaerense apeló el fallo judicial que declaró inconstitucional que la policía demore a menores de edad para averiguar su identidad y antecedentes (El Día, 12/11/2008) y ante la insistencia del Ejecutivo Provincial de modificar el código penal y bajar la edad de imputabilidad, lo que significó al interior del gobierno provincial el despido de Martha Arriola, subsecretaria de Niñez y Adolescencia opuesta a dicha medida (Clarín, 11/11/2008), y su reemplazo por Cristina Tabolaro, quien se mostró a favor de “un debate serio” (El Día, 13/11/2008), se produjeron nuevas manifestaciones en la ciudad. Así, el 12 de noviembre una importante manifestación se realizó desde la República de los Niños, simbólico lugar de concentración ubicado en la localidad de Gonnet asociado a las políticas sociales del peronismo clásico orientadas a la niñez, donde se produjo una suelta de globos, y luego se marchó en caravana hacia la plaza San Martín, a la gobernación. La manifestación contó con la presencia de dirigentes políticos y sindicales, organismos de derechos humanos y organizaciones sociales. Quince días después, el 28 de noviembre, a tan solo un mes de la marcha reclamando seguridad, se reeditó la manifestación contra la baja en la edad de imputabilidad, realizando el mismo recorrido que la manifestación anterior: desde la República de los Niños hasta la plaza San Martín, para protestar frente a la Casa de Gobierno.

La dilución

De esta manera, el enfrentamiento tomó nivel nacional y progresivamente “la banda de la plaza” perdió la centralidad y la visibilidad que había tenido en un primer momento. En efecto, en los últimos meses de ese año, luego de la expulsión de los jóvenes de sectores populares de un conjunto de espacios céntricos que pasaron a estar controlados y vigilados las veinticuatro horas del día por la policía, “la banda de la plaza” se diluyó como problema mediático y político, al tiempo que el debate en torno a minoridad y delito alcanzaba visibilidad pública a nivel nacional.

Nos encontramos, como decíamos al inicio, ante un drama abierto (y no concluyente) que posibilitó ver ciertos supuestos y algunos clivajes en torno a la ciudad y a

¹³⁰ Si bien no es la idea realizar una “crítica ideológica” a ambas narrativas, es llamativo que la disputa pública principal se haya dado en torno a las causas que explican el delito juvenil y no se haya desestabilizado la asociación “joven pobre=delincuente”. Que el debate se dio en estos términos lo muestra el eslogan principal de los volantes de difusión de la marcha en contra de la baja en la edad de imputabilidad: “Ningún pibe nace chorro”.

sus usos. Desde luego, el fin del drama no significa que la situación se haya resuelto, en varios de los múltiples sentidos en que podría haber ocurrido: no se conocieron los agresores de los chicos de la noche del 25 de agosto; no se resolvieron cuestiones relativas a la atención social de esos jóvenes; y varias de las causas penales que mediática (y policialmente) se le endilgaban a algunos de sus miembros no fueron esclarecidas. Al momento de escribir estas páginas se calcula que son más de 200 los chicos que pasan sus días y sus noches en las calles de la ciudad¹³¹ y el debate político y mediático en torno a la (in)seguridad, sus causas y las alternativas para hacerle frente es un proceso abierto.

Tenemos, sin embargo, una certeza: los jóvenes fueron expulsados de la plaza y los delitos en el centro, que no comenzaron con la presencia de “la banda” ni cesaron con su expulsión, fueron atribuidos a otros actores y situaciones. Al parecer, el miedo ya no ronda por el centro, o lo hace bajo otros ropajes y otros rostros.

5- Epílogo: el acontecimiento y la estructura de interacción

Nos centramos aquí análisis en el análisis del espacio público como producto de una coyuntura singular donde se intersectan forma urbana y política, se encuentran involucradas diversas escalas y actores sociales, y emergen múltiples narrativas acerca de la ciudad, la inseguridad y el acceso al espacio público urbano. Se trató de mirar un acontecimiento como disparador de un “proceso” durante el cual entran en conflicto, tensión, diálogo y negociación las categorías con las cuales pensar la ciudad.

El análisis del acontecimiento y su “espacio intermedio” se encuentra en consonancia tanto con la “estructura de interacción” identificada en las prácticas espaciales de los residentes de la periferia, la cual se sintetizaba en la ecuación “recursos

¹³¹ Vale señalar la persistencia del problema de acceso de los niños y jóvenes de sectores periféricos al centro de la ciudad y los malos tratos que reciben cuando lo transitan. Así, en una “Carta abierta a los Ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires” firmada el 5/04/2010 por la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez, en la cual solicitan se restablezca el habeas corpus dado por el juez Arias para que la policía no pueda detener a menores para averiguación de identidad puede leerse: “En el trabajo que llevamos adelante como organizaciones de niñez, somos testigos de que se encuentra en riesgo la vida y la integridad física y psíquica de estos niños y niñas, que de ningún modo es potencial sino cierto e inminente, y que resulta una consecuencia de la situación de pobreza extrema que padecen y que los compele a trabajar y/o vivir en la calle.

Que los miembros de la policía bonaerense que los detienen arbitrariamente lo hacen bajo algunas consignas políticas de “limpieza de la zona céntrica”, amparándose en figuras contravencionales que permiten sostener prácticas abusivas, y claramente violatorias de Derechos y Garantías constitucionales de los niños y niñas en riesgo.

Que la estigmatización que padecen estos niños y niñas, por parte de los medios de comunicación masiva, y los adultos responsables de su inclusión social, refuerza el sistemático castigo que reciben por parte de las fuerzas de seguridad en total desmedro de su condición de niños y sujetos de derechos y por tanto de su interés superior”. (disponible en www.apdn-laplata.blogspot.com).

hacia fuera, vínculos hacia adentro” y remarcaba el carácter estrictamente instrumental de las “salidas” del barrio, como con el “relato de la estigmatización” sostenido fundamentalmente (aunque no únicamente) por jóvenes varones de la periferia que, solidario con dicha estructura de interacción, desalienta las prácticas espaciales que se alejan del esquema prefijado y asocia a tales actores con la delincuencia y el peligro.

En concordancia con lo que venimos diciendo, no es infrecuente escuchar a residentes de los barrios periféricos de la ciudad de La Plata quejarse de que los jóvenes de esos barrios únicamente van al centro de la ciudad los 19 de noviembre cuando, con motivo de la conmemoración de la fundación de la ciudad, la Municipalidad decreta ese día feriado y organiza multitudinarios festivales de música gratuitos durante todo el día, generalmente en la plaza Moreno, centro geográfico del trazado fundacional. Al respecto, durante una asamblea en Puente de Fierro en la que se discutía la fecha de organización de una actividad para los chicos del barrio, ante la propuesta de realizarla el 19 de noviembre para aprovechar el feriado se produjo el siguiente diálogo:

-¡El 19 de noviembre no va a venir nadie!

-¡No! Es el aniversario de la ciudad y hay muchas cosas en la plaza

-¿Y va la gente del barrio?

-¿Y de donde pensás que sale toda esa gente que llena plaza?, pregunta Manuel con su habitual ironía.

Todos ríen y Ester acota: Sí, es cierto, los chicos van todos, como pueden. Algunos van y vienen caminando.

Más allá de que se cumpla o no, el señalamiento de esta *regular excepcionalidad* habla de un modo de vivir (pensar y sentir) los vínculos entre “la ciudad” y “el barrio”, constituyendo otro indicio de la estructura de interacción que, según hemos descrito, regula las prácticas espaciales en la ciudad. Es por esto que en las lógicas de sus desplazamientos desde la periferia hacia el centro (su andar) y en el tipo de espacio apropiado y los modos de apropiarse del mismo (su estar) los chicos de la plaza cuestionaban, quizás sin saberlo, un conjunto de límites sociales y simbólicos acerca de los usos de la ciudad. Y fueron precisamente las reacciones que el modo de andar y de estar de estos chicos generaron en las autoridades, en la policía, en los medios, en los comerciantes de la zona y en algunos “vecinos” las que nos dejaron ver y analizar tales límites sobre la ciudad y sus usos.

No es conveniente, entonces, idealizar el espacio público de las ciudades, suponiendo desde una posición normativa que en el mismo quedan “en suspenso” los conflictos y clivajes que atraviesan a la sociedad contemporánea. Al respecto, lo que el acontecimiento y su posterior desarrollo nos muestran es que los conflictos y clivajes

socialmente relevantes se (re) producen en el espacio público de las ciudades; y, a la vez, que es el espacio público de las ciudades un ámbito fundamental para cuestionarlos e intentar transformarlos.

CONCLUSIONES

Algunas reflexiones el lugar de la experiencia urbana en la investigación de la ciudad contemporánea

“La ciudad es al mismo tiempo escena, instrumento, puesta en juego, resultado”

Giandoménico Améndola, La ciudad postmoderna

1- La antropología y la ciudad

Refiriéndose a la incomodidad de todo antropólogo urbano a verse compelido a explicar la naturaleza de su objeto de análisis, Michele de La Pradelle sostuvo que la causa de tal sentimiento radica en dos supuestos disciplinares generalmente implícitos: mientras el primer supuesto, una muestra más de la persistencia de la distinción entre sociedades simples y complejas, supone que hay objetos más antropológicos que otros, entre los que la ciudad (con su escala y sus relaciones fluidas, inestables y anónimas) no se encuentra, el segundo supuesto exige la restitución de la totalidad del universo social y cultural autónomo que el antropólogo debería estudiar. Es esta doble prescripción la que para la antropóloga francesa ayuda a comprender el predominio de una suerte de “etnologización” de la vida urbana en investigaciones antropológicas en la ciudad, es decir, la búsqueda por recortar al interior del espacio urbano universos imaginados como autónomos en base a criterios como la co-residencia, la etnia, la esfera de actividad, entre otras, donde la tarea consistiría en entender su “cultura”. De esta manera, lo propio y peculiar de esta “ciudad de los antropólogos” en relación con las investigaciones de otras disciplinas, es la tendencia a que “la ciudad desaparezca” (2007: 3). En contraposición con esta ciudad como mosaico, donde el antropólogo se aboca al análisis en detalle de un sector o área de actividad “como si” fuera autónomo perdiendo de vista la ciudad y lo urbano, de La Pradelle señala que “para el antropólogo es urbano lo que es producido como tal por los diferentes actores para quienes, por diversas razones, la ciudad es objeto de discusión” (2007: 6).

Ciertamente, diversos estudios antropológicos han escapado en las últimas décadas a ese riesgo de “aislamiento” del objeto. Es precisamente en la última dirección señalada por La Pradelle que orientamos nuestro trabajo, deteniendo la mirada en los habitantes de la ciudad, acercándonos por distintas vías al proceso que Setha Low (2003) denominó construcción social de la ciudad, es decir, a la indagación de la experiencia del espacio por medio de la cual las personas intercambian, recuerdan, imaginan y usan

diariamente el marco material, transformándolo y dándole sentido. En efecto, como nos lo recuerda Améndola (2000) en el epígrafe, la ciudad (no sólo la ciudad postmoderna) se produce cotidianamente, siendo simultáneamente “escena, instrumento, puesta en juego, resultado” para la multiplicidad de agentes para los cuales la misma es objeto de su acción, en un continuo e inestable proceso de condicionamientos recíprocos entre espacio y sociedad.

Debido a que, como sosteníamos al inicio de esta tesis, la ciudad como experiencia urbana es polifónica (Mongin, 2006), tanto en el sentido inmediato y literal de que toda ciudad supone la existencia de diversas (y muchas veces contrapuestas) voces, como en lo que refiere al reconocimiento de la yuxtaposición de distintas dimensiones – representacionales, corporales, espaciales, temporales, identitarias- que se vinculan y entrelazan en la experiencia de la ciudad, la estrategia escogida fue acercarnos a la experiencia urbana a través del análisis de diversas vías. En sentido estricto, lo que buscamos fue analizar distintas operaciones que realizan quienes viven en la ciudad; representar, habitar y transitar devinieron entradas complementarias para la indagación del heterogéneo mundo urbano, en tanto prácticas sociales involucradas en el doble movimiento de estar condicionadas social y espacialmente y, a la vez, ser social y espacialmente productivas. En definitiva, se trató de un acercamiento a lo urbano por vías distintas y complementarias con el objetivo de que, más allá de su especificidad, se iluminaran recíprocamente y permitieran una mejor comprensión de la plural experiencia urbana de la ciudad.

2- Tres ejes para pensar la experiencia urbana y la ciudad

A partir de los resultados obtenidos en las distintas partes de la tesis, como un modo de reordenarlos, articularlos y a la vez trascenderlos, discutiremos brevemente en estas conclusiones *tres ejes transversales* a las distintas partes de la tesis. Se trata de tres ejes relevantes para pensar el lugar de la experiencia urbana en la investigación de las ciudades contemporáneas, a saber: las relaciones entre formas espaciales y prácticas sociales; las vinculaciones entre lo articulado y lo vivido en el proceso de experimentar la ciudad; y el papel de los límites, las separaciones y las relaciones en la dinámica urbana contemporánea.

Primer eje: las formas espaciales y las prácticas sociales

La relación entre las formas espaciales y las prácticas sociales en la ciudad remite a una *tensión constitutiva* (Gorelik, 1998) de la ciudad como espacio vivido. Aunque dicha

tensión ha sido identificada y expresada de modos diversos por distintos autores a partir de distinciones analíticas como ciudad y urbano (Lefebvre, 1969), lugar y espacio (de Certeau, 2000), espacio y territorio (Silva, 2000), entre otras, y se ha reconocido la necesidad de estudiar sus condicionamientos recíprocos y sus vínculos siempre inestables en tanto no existe necesariamente articulación plena entre espacio y sociedad, la mayoría de las investigaciones ha disuelto dicha tensión en estudios bifurcados: aquellos que estudian la forma espacial sin detenerse a analizar las prácticas sociales, por un lado, y aquellos que estudian las prácticas sociales teniendo a la ciudad tan sólo como localización, telón de fondo o escenario donde transcurre la acción, por el otro.

Uno de los ejes transversales a las distintas operaciones (representar, habitar, transitar) abordadas en esta tesis ha sido precisamente la búsqueda explícita por mantenernos al interior de esta tensión constitutiva de la vida urbana entre forma espacial y prácticas sociales. Así, en el caso específico de nuestra investigación sobre la ciudad de La Plata, es relevante señalar el modo como a través de un proceso urbano, político y simbólico delineado en el capítulo uno, la forma es incorporada como marco relevante para la vida urbana por la mayoría de las personas que habitan la ciudad, la cual (como mostramos en el capítulo dos) por medio de un complejo entrelazamiento entre espacio material, representaciones y prácticas deviene parámetro cognitivo básico para pensar la propia posición en la ciudad, la manera de relacionarse con los demás y los modos de transitarla. Es también la incorporación de esa imagen de la ciudad la clave para entender el sentido de “vivir afuera” abordado en detalle en la segunda parte de la tesis, del que se desprenden los sentidos contrapuestos de “la ciudad” y “el barrio”, categorías socio-espaciales que en ciertos contextos y situaciones de interacción actúan como principios de visión y división del espacio social en “nosotros” y “ellos”. De esta manera, las formas espaciales son cargadas de sentido y se utilizan como criterios para separar grupos o señalar peligros y riesgos, como mostramos en la topología del miedo delineada en el capítulo seis. Por último, no podemos pasar por alto las coyunturas puntuales en las cuales los sentidos dominantes, naturalizados e implícitos, son puestos en cuestión. Como en el acontecimiento analizado en el último capítulo, una práctica territorial no esperada (la cotidiana apropiación de un espacio central de la ciudad por parte de jóvenes de sectores populares) desata un drama social donde se encuentran y confrontan distintas visiones y posiciones sobre los usos legítimos de las formas urbanas.

Se trata, en definitiva, de mantenerse en el interior de una tensión inacabada e inacabable entre forma urbana y prácticas sociales, ya que la forma urbana socialmente producida condiciona y orienta las prácticas de los distintos actores sociales a la vez que

diversos y desiguales actores sociales actúan cotidianamente, en distintas direcciones y con temporalidades diferenciales sobre la forma urbana. De esta manera, si miramos la tensión del lado de las formas espaciales, nos encontramos ante objetivaciones de prácticas sociales que, una vez asumidas como dadas, orientan las prácticas a la vez que son susceptibles de ser transformadas por ellas. A la vez, si miramos la tensión del lado de las prácticas sociales de los actores, éstos no pueden prescindir de un soporte material que actúa no como contenedor sino como prolongación del propio cuerpo (Ingold, 2000), resultado de la incorporación de la forma urbana, a la cual usan, le dan sentido e, incluso, la modifican.

Esta es la dinámica que se buscó conocer en esta tesis por medio de la relación entre forma urbana y prácticas sociales: la experiencia urbana como la parte dinámica de la cultura (Duhau y Giglia, 2008), es decir, las prácticas sociales de actores social y espacialmente situados que incorporan, reproducen y/o transforman el marco material, el cual únicamente en términos analíticos puede ser pensado como un marco para la acción; es necesario reconocer que en términos experienciales es mucho más que un marco, ya que como mostramos el espacio es vivido como una prolongación de la propia existencia y un criterio fundamental para pensar y expresar la propia posición social, la mismidad y la otredad.

En definitiva, consideramos que *el concepto de experiencia urbana actúa como mediación o instancia de articulación entre la ciudad y lo urbano*. Es precisamente en la experiencia social (por definición, *en proceso*) del espacio urbano donde se produce la articulación (*siempre inestable*) entre la forma espacial y las prácticas sociales: los actores incorporan de determinada y variable manera la forma espacial (en relación con las condiciones socio-espaciales de existencia) y la usan (ya sea de modo rutinario o disruptivo, por nombrar sólo las posibilidades extremas) en relación con el modo en que la incorporaron y los sentidos que le atribuyeron en dicho proceso de incorporación y uso.

Segundo eje: lo articulado y lo vivido

La vida en la ciudad no puede ser caracterizada apriorísticamente con expresiones sencillas y generalizadoras acerca de su supuesta riqueza o pobreza. Y uno de los primeros argumentos contra esta habitual atribución es el reconocimiento de que más allá de que sea posible señalar tendencias dominantes o procesos emergentes como privatización, segregación, virtualización y dualización de lo urbano, entre otros, no hay “una vida urbana”; por el contrario, una misma ciudad es diferencial y desigualmente vivida. Por esto, en la tesis se buscó reponer la ciudad como espacio vivido, reconociendo que *la*

ciudad es una en tanto espacio ocupado y construido y, a la vez, en tanto espacio representado, habitado y transitado, *la ciudad es múltiple*.

Ahora bien, más allá de la constatación de la pluralidad de formas de vida en la ciudad, uno de los desafíos en el uso en la tesis de la noción de experiencia urbana radicó en el reconocimiento de que los actores sociales no sólo actualizan o reproducen representaciones, esquemas de acción y/o prácticas preexistentes; en lugar de este recurso habitual en las ciencias sociales, la investigación tuvo como meta analizar el proceso por el cual los actores social y espacialmente situados vinculan constantemente en el curso de su experiencia de la ciudad lo articulado con lo vivido (Williams, 1997, 2000), proceso a partir del cual pueden emerger innovaciones y cambios.

No se trata de sostener que sea posible una experiencia prístina de lo real, sin categorías sociales y formas culturales que median y posibilitan comprender lo real; pero sí de señalar que es por medio de esas categorías sociales y formas culturales comunes socialmente disponibles (clasificaciones, imágenes, relatos, etc.), las cuales posibilitan la comprensión de lo real, que los actores refieren al constante proceso de comparación entre lo que está socialmente articulado y lo que es vivido por ellos, proceso que no puede realizarse sin tales categorías y formas a la vez que no se reduce a las mismas, y proceso en el cual las mismas pueden ser socialmente modificadas.

Fue precisamente reconociendo la complejidad de ese proceso que nos acercamos a la comprensión de prácticas diversas como representar la ciudad, habitar la periferia y conocer las formas de sociabilidad en el espacio público. Para esto nos detuvimos a analizar, según el caso, distintas formas culturales como dibujos, relatos, clasificaciones y prácticas espaciales, acontecimientos urbanos. El análisis e interpretación de estas formas culturales partió de un supuesto central: antes que verificar la adecuación de tales formas con la realidad, se trató de interpretar las semejanzas y las diferencias en el uso de las categorías sociales y las formas culturales como indicadores de distintas experiencias urbanas.

De esta manera, las variaciones en los modos de representar la ciudad no se cualificaron en virtud de su mayor o menor adecuación con “lo real” (paradojalmente, sólo accesible a través de representaciones), sino como indicios en los modos de relacionarse con la ciudad según condiciones variables como el lugar de residencia, el tiempo de vivir la ciudad y las actividades laborales. Siguiendo la hipótesis de que “los desvíos” hablan más de la relación que se tiene con la ciudad que de la adecuación con “lo real”, las discrepancias de los dibujos realizados por los habitantes en relación con la cartografía oficial al representar partes no visibles de la ciudad, cambiar el punto de vista

desde el cual se la representa y señalar la distancia o la frontera entre el propio lugar de residencia y “la ciudad”, entre otras, nos permitieron vislumbrar experiencias urbanas diferenciales. Del mismo modo, la recurrencia y similitudes en los relatos de personas que poblaron la periferia urbana en distintos tiempos y en condiciones (legales y materiales) diferentes nos posibilitaron sostener la existencia de una “experiencia común”. Pero no tanto en el sentido superficial de que hayan pasado por procesos idénticos ya que, como señalamos, fue posible identificar tanto semejanzas como diferencias en las formas de arribar y establecerse en la periferia, sino en un sentido experiencial profundo: la semejanza en los relatos hablaba menos de las formas de arribar y establecerse en la periferia que de la distancia vivida con lo que social e históricamente es “la ciudad” y lo que con ella se asocia. Por último, la constante comparación entre lo articulado y lo vivido se evidenció de modo claro en relación con los miedos y la ciudad. Así, si bien existe una narrativa dominante acerca de la inseguridad y el miedo urbanos, la relación que los actores establecían con esta narrativa y los modos en que se traducían en las formas de transitar el espacio urbano eran variables en virtud fundamentalmente de las posiciones socio-espaciales y los estilos de vida.

En definitiva, el análisis detallado de la experiencia urbana permite no reducir a los actores sociales a posiciones socio-espaciales específicas ni a meros instrumentos de actualización de lógicas preexistentes; por el contrario, a la vez que posibilita captar semejanzas y diferencias, lo común y lo singular, es una vía productiva para acceder y comprender cómo cambian en el proceso social las relaciones entre significantes y significados.

Tercer eje: límites, separaciones y relaciones

Del análisis de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata se podría llegar a una sentencia (negativa) que diga más o menos así: *ni flujos ni enclaves*. En efecto, son dos las alternativas habituales, si no para la comprensión, al menos para la caracterización de la vida urbana contemporánea. Por un lado, aquellas investigaciones que resaltan su carácter fluido, desterritorializado e inestable, vinculado fundamentalmente con las nuevas tecnologías y los procesos globales. Por otro lado, aquellas investigaciones que remarcan el creciente fijismo y el encierro urbanos, ya sea de los pobres urbanos en sus guetos producto del impacto de los procesos de exclusión social, como de los ricos en sus enclaves fortificados, recludos en nuevas formas de habitar como efecto necesario del miedo y la inseguridad crecientes. Los resultados obtenidos, sin embargo, cuestionan ambas imágenes poderosas sobre la vida en la ciudad. En última instancia, ambas

caracterizaciones no son más que los polos extremos de un continuo donde se podrían colocar las distintas experiencias urbanas “realmente existentes” en base a la mayor o menor fluidez de los tránsitos y los circuitos de sus residentes, y al grado de apertura y clausura para con la diversidad en los distintos ámbitos involucrados en la vida urbana.

Por supuesto, nada impide suponer la existencia de enclaves o guetos como tampoco la situación simétrica e inversa de una amplia libertad de movimientos; incluso es totalmente posible suponer que ambas situaciones coexistan en una misma ciudad. Sin embargo, se trata de formas extremas y sólo es posible conocer el grado en que se verifican en la experiencia contemporánea de la ciudad luego de una investigación empírica. Por esto, en lugar de tomar una posición apriorística sobre la vida en la ciudad, el punto de partida de la tesis fue analizar límites o fronteras (Simmel, 2001; Lamont y Molnár, 2002), para conocer cómo se combinan en cada uno de los ámbitos o dominios urbanos analizados (Hannerz, 1986) las funciones opuestas y complementarias de toda frontera: la unión y la separación. Se trató, entonces, de comprender la selectividad de tales fronteras urbanas (Grimson, 2004), lo que comunican y lo que separan, según el momento, la situación, el contexto y los actores involucrados.

La imagen (en cierto sentido, la epifanía) propuesta por Georg Simmel acerca de que en nuestra vida cotidiana somos constantemente quienes “separan lo ligado o ligan lo separado” (2001: 46) constituyó la fuente de inspiración inicial. Esta productiva intuición se complementó con la observación (y sugerencia) realizada por David Frisby a la obra de Simmel, quien sostuvo que “el análisis de la compleja red interseccional de comunicaciones y transacciones, y de las respuestas jerárquicas y diferenciadas que provoca, es uno de los lugares donde Simmel podría haber insertado un *estudio de las fronteras de clase, género y etnia*” (2007: 172), consistiendo el análisis en sopesar “la intensidad (densidad) social, temporal y espacial de las interacciones de clase social, género y etnia como medio de indicar fronteras de clase, género y etnia en las interacciones” (2007: 173).

Sin desarrollar de manera exhaustiva el proyecto latente en la obra simmeliana identificado por Frisby, en la tesis se trató de identificar en cada situación urbana concreta cómo los actores -social y espacialmente situados- ven a la ciudad, a los espacios que la componen y a las demás personas con quienes la viven. En esta dirección nos preguntamos de manera reiterada sobre cada tópico abordado: ¿cuáles son los límites relevantes para los actores sociales involucrados y de qué naturaleza son tales límites (sociales, simbólicos y/o espaciales)?; ¿qué categorías utilizan para pensar al sí mismo y a los demás (arriba, abajo, cerca, lejos, al fondo) y qué significaciones les atribuyen?; ¿con qué términos describen los movimientos propios y ajenos por la ciudad (entrar, salir) y a

qué sentidos los asocian?; ¿cuándo los ámbitos distinguidos y separados se ponen en contacto?; ¿ante qué situaciones el límite se refuerza, ante cuáles se debilita?

Se trató, en definitiva, de estar atento a éstas y otras operaciones igualmente posibles vinculadas con el cotidiano separar y relacionar implicado en el experimentar la ciudad. Al respecto, es necesario resaltar dos cuestiones relevantes que se despenden del análisis de los límites o de las fronteras urbanas realizado en la tesis.

En primer lugar, si bien *límite* refiere a un hecho sociológico que puede tener (aunque no necesariamente) forma espacial y no a la inversa, la forma espacial tiende a naturalizarse y condiciona las relaciones sociales presentes (Simmel, 1986). Queremos decir con esto que el análisis de las interacciones en el espacio urbano tiene que tener siempre presente la pregunta por el modo en que los límites sociales se materializan en el espacio urbano y una vez establecidos pueden tener relevancia en las clasificaciones e imaginarios socialmente establecidos y en los modos en que relaciones sociales entre actores situados en lados opuestos del límite se establecen en base a las mismas. Es esta lógica socio-espacial la que hemos encontrado en las relaciones entre el adentro y el afuera de la ciudad y también entre los distintos residentes de la periferia a través de oposiciones como delante-detrás y cerca-lejos. Como sostuvimos, esta lógica no habla –al menos no principalmente- de las cualidades materiales del espacio físico (de hecho, muchas de las oposiciones se desdoblan y se replican en situaciones de distinta escala) sino de las relaciones que se establecen entre actores sociales, las cuales se traducen al espacio construido y, simultáneamente, encuentran en el espacio construido la confirmación de que se trata de grupos distintos. Dicho de otro modo: en el proceso de traducción del espacio social en el espacio urbano, no necesariamente lineal, incluso la más de las veces “turbia” (Bourdieu, 2002), el espacio urbano puede servir para crear categorías sociales (González Ortiz, 2009), para definir un conjunto de actores que comparten un límite que los distingue de al menos otro conjunto de actores visiblemente excluidos por ese límite (Tilly, 2000).

En segundo lugar, es necesario tener presente que la existencia de límites no supone ausencia de relaciones así como la existencia de relaciones no implica necesariamente la abolición de los límites. Ni flujos, ni enclaves, decíamos. En su lugar, *pensar los límites y cómo se combinan en la vida urbana la separación y la relación*, teniendo como dimensiones relevantes para dicho análisis los actores involucrados, las esferas o dominios de la vida urbana (trabajo, vecindario, parentesco, entre otros) y los contextos de interacción, entre otras. De esta manera, en nuestra investigación intentamos mostrar cómo la marcada discontinuidad (infraestructural, urbanística, administrativa, histórica y

económica) entre casco y periferia no suponía fragmentación urbana, entendida como una ciudad compuesta por espacios separados y autónomos, sino un complejo entrelazamiento entre separaciones y relaciones, prescripciones y proscripciones territoriales implícitas. En esta dirección, como resultado del análisis de las representaciones de la ciudad (la ciudad es un cuadrado, vivir afuera) y de las prácticas espaciales de los residentes de la periferia, propusimos la ecuación “recursos hacia fuera, vínculos hacia adentro”, por medio de la cual buscamos remarcar tanto el carácter eminentemente instrumental de las “salidas” del barrio como la centralidad de ese “afuera” en los vínculos familiares, vecinales y el tiempo libre. Desde nuestra perspectiva, esta dinámica relacional expresa –y es mantenida– por la convergencia de límites de distinta naturaleza: espaciales (distancia, accesibilidad e infraestructura urbana), económicos (falta de dinero, carencia de medios de transporte) y simbólicos (estigmas territoriales). Al respecto, el “relato de la estigmatización” sostenido fundamentalmente (aunque no únicamente) por jóvenes varones de la periferia y los muy extendidos prejuicios existentes acerca de dichos espacios y de sus residentes, son solidarios con esta dinámica, desalentando las prácticas espaciales que se alejan del esquema prefijado y asociando a tales actores con la delincuencia y el peligro.

Propugnamos, entonces, por investigaciones de la vida urbana que tengan como horizonte desentrañar lo que, retomando a Barth (1976), denominamos *estructuras de interacción* y que, sin usar tal expresión, se encuentran magistralmente analizadas en trabajos tan distintos como el de Pierre Bourdieu (2004) sobre la oposición entre pueblo y caserío en la comprensión de las transformaciones de las estrategias matrimoniales de una sociedad campesina, la investigación de Norbert Elías y John Scotson (2000) centrada en el análisis de las relaciones entre establecidos y *outsiders* en una localidad obrera inglesa, y la indagación histórica de Richard Sennet (1997) acerca de la relación entre católicos y judíos en la Venecia del siglo XVI. Más allá de sus diferencias, en todas estas investigaciones se identifican límites sociales traducidos espacialmente que, según los casos, son más o menos rígidos y se encuentran sustentados en distintos diacríticos (estilo de vida, tiempo y religión, respectivamente), consistiendo cada investigación en desentrañar cómo el límite ordena vínculos, une y separa, regulando esferas de la vida social y, ciertamente, (re)produciendo asimetrías y desigualdades sociales. El desafío consiste, entonces, en pensar de manera conjunta los límites y las relaciones en la vida urbana.

3- El futuro de (los estudios sobre) la ciudad

En principio, parece bastante claro que el destino de la ciudad no dependerá (al menos no únicamente) de los estudios sobre ella. Sin embargo, estamos convencidos de que, como escribió Adrián Gorelik, “el analista cultural urbano no puede desentenderse de las relaciones que también su trabajo analítico traza con la dinámica urbana” (2004: 13). En este sentido sí, como decíamos al principio de esta tesis, ciudad y representaciones – aún sin confundirse ni identificarse- se remiten y producen mutuamente, el discurso “experto” acerca de la ciudad tiene eventualmente algún tipo de efecto sobre el objeto del cual habla.

Al respecto, en su crítica al pensamiento cultural urbano contemporáneo, Gorelik señaló el desacople entre la proliferación de investigaciones acerca de los imaginarios urbanos y la clausura o, por lo menos, la obturación de la imaginación urbana en términos políticos y proyectivos, separando dos dimensiones que habían ido juntas en la tradición anterior de estudios culturales de la ciudad representada por las investigaciones de José Luis Romero, Richard Morse y Ángel Rama. Sin suponer complicidad por parte de los estudios culturales urbanos para con el urbanismo contemporáneo, Gorelik no podía dejar de señalar lo que en términos de Evelina Dagnino (2004) podríamos denominar “convergencia perversa” entre estudios culturales que cuestionaban el autoritarismo y verticalismo de la ciudad –y la planificación- moderna, exaltando la diversidad y la pluralidad, y las nuevas políticas urbanas de corte culturalista o identitario que, basadas en las críticas posmodernas a la ambición proyectual, santifican lo existente por medio de la transformación (a algunas zonas de) la ciudad en marca o logo, renunciando a pensar la totalidad urbana y sin dar respuesta a una realidad urbana compleja y desigual. Por esto, desde la perspectiva del citado autor, los estudios culturales urbanos fueron tarde o temprano utilizados para justificar la fractura inaudita que se produjo en la ciudad y en la sociedad.

“La crisis de la ciudad se acompañó de una crisis de las ideas para pensarla, y el recorrido distraído del *flâneur*, la lectura “a contrapelo” de los productos de la más crasa realidad del mercado (léase el shopping, o el *keitsch* de los pobres urbanos), la atención a las prácticas desterritorializadas o la búsqueda de identidades tribales en cada esquina, es decir, la difusión de las novedosas herramientas provistas por los estudios culturales, no implicaron más una liberación del proyecto autoritario de la modernidad, sino un respaldo al destino dictado por la economía de mercado como ideología única” (Gorelik, 2004: 278).

Se trata, sin dudas, de una crítica contundente con la cual en líneas generales coincidimos. Sin embargo, pensamos que la alternativa no puede ser abandonar el estudio sobre la perspectiva que tienen los habitantes acerca de la ciudad en la que viven. Y menos

aún se puede abandonar dicho estudio si lo que buscamos conocer es precisamente cómo es la vida urbana, los sentidos y las prácticas que moviliza y que la constituyen. Al respecto –y para finalizar- queremos señalar dos cuestiones que consideramos fundamentales para el futuro de (los estudios sobre) la ciudad: uno crítico sobre cierta tendencia actual de los estudios urbanos; el otro propositivo relativo a cómo estudiar de la vida urbana.

En relación con la primera cuestión, y teniendo presente las complejas relaciones entre analista y objeto, resulta realmente problemática la proliferación de discursos “expertos” que por medio de la pretendida descripción de una realidad que sintomáticamente no conocen ni investigan (la vida urbana), refuerzan sentidos socialmente dominantes acerca de la crisis de la vida urbana. No estamos queriendo decir con esto que dicha crisis no exista, sino que necesitamos más investigaciones acerca de los modos de vivir la ciudad para saber en qué medida y sobre qué aspectos la ciudad es vivida por sus habitantes como crisis. Al respecto Oliver Mongin (2006), a partir de un análisis exhaustivo de la producción académica contemporánea sobre la ciudad, contraponía el espacio delimitado, abierto y finito de la ciudad moderna que permitía infinitas operaciones, con el mundo de la posciudad, del urbanismo generalizado, donde desde su perspectiva la ausencia de límites conduce a la fragmentación, haciendo casi imposibles los intercambios, y donde predominan, en consecuencia, los flujos sobre los lugares, lo privado sobre lo público y la protección sobre el conflicto. La paradoja planteada por este autor no deja de resultar sugerente; a la vez, afirmaciones fuertes como la posibilidad de pensar la vida social y urbana sin límites requieren necesariamente de investigaciones que la pongan a prueba. En última instancia, se necesitan investigaciones que antes que suponer desplazamientos mecánicos y lineales, nos ayuden a conocer cómo se combinan en cada caso los lugares y los flujos, lo público y lo privado, el conflicto y la protección.

Y esto nos lleva a la segunda cuestión, de tipo propositivo. Después del camino recorrido –y de los resultados obtenidos- parece bastante claro que para hacernos a la vida urbana no se pueden contraponer de forma esquemática la ciudad (con los valores que habitualmente se le asocian: unicidad, totalidad y sistema) y lo urbano (vinculado generalmente con la pluralidad, la singularidad y la contingencia), lo que conduce a dos caminos alternativos y antagónicos: el que presuponiendo la imposición disciplinaria de la ciudad sobre lo urbano, torna invisibles e improductivas las prácticas sociales urbanas; o aquel que da por supuesta la existencia multiforme y resistente de lo urbano más allá, por debajo o a un costado de la ciudad, sin preguntarse por las relaciones con la ciudad como condición de posibilidad de lo urbano.

En lugar de alguna de estas dos posiciones propusimos mirar la *experiencia urbana*, entendida como la instancia de articulación (y de condicionamiento recíproco) entre la ciudad y lo urbano, donde ningunos de los dos términos opaca (y escapa) al otro. Desde nuestra perspectiva la ciudad no agota la vida urbana, a la vez que ésta no puede realizarse sin (o por fuera de) aquella. Nada está más alejado de nuestros resultados que la idea de *una realidad urbana radicalmente otra*, totalmente ajena y extraña a la ciudad; por el contrario, lo que el análisis de la experiencia urbana nos muestra es cómo se condicionan recíprocamente ciudad y vida urbana. Proponemos, entonces, el concepto de experiencia urbana como una categoría analítica productiva para acercarse al desafío de conocer los modos de vivir la ciudad, los cuales no se pueden entender por fuera de la ciudad (es ésta, en efecto, la que los matiza y en cierta medida nos ayuda a comprender porqué no son ni infinitos ni se distribuyen aleatoriamente) a la vez que es precisamente a través de esos modos de vivirla que la ciudad se produce y se transforma.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AAVV (1982) *La Plata, una obra de arte*. La Plata, Municipalidad de La Plata.
- AAVV (1992) *La Plata: de la ciudad antigua a la ciudad nueva*. LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- ABRIC, J. C. (1994) *Pratiques et représentations sociales*. París, PUF.
- AGAMBEN, Giorgio (2007) “Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia”, en *Infancia e historia*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.
- AGNEW, John. (1995). “Representing space. Space, scale and culture in social science” en J. Duncan y D. Levy. *Place/culture/representation*. Londres, Routledge,
- AGUSTI, Andreina (2005) “Mapas mentales y ciudad”, en *Fermentum* (15/42).
- ALCOBA, Laura (2008) *La casa de los conejos*. Buenos Aires, EDHASA.
- ALTHUSSER, Louis (2003) “Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado”, en S. Zizek (Comp.) *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires, FCE.
- AMÉNDOLA, Giandoménico (2000) *La ciudad postmoderna*. Barcelona, Celeste Ediciones.
- ANDERSON, Perry (1990) *Teoría política e historia: un debate con Edward Thompson*. Barcelona, Siglo XXI.
- APPLETON, Jay. (1999) *The experience of Landscape*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- ARANTES, Antonio (1989). “La preservación del patrimonio como práctica social”, en: Rita Ceballos (Comp.). *Antropología y políticas culturales. Patrimonio e Identidad*. Buenos Aires, Rita Ceballos (ed.).
- ARANTES, Antonio (org.) (2000). *O espaço da diferença*. San Pablo, PAPIRUS.
- ARANTES, Antonio (2000). *Paisagens paulistanas*. San Pablo: Editora da UNICAMP.
- ARRIETA, Rafael Alberto (1935) *La ciudad del bosque: viñetas platenses*. Buenos Aires, Imprenta López.
- AUGE, Marc (1995) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, GEDISA.
- AUGE, Marc (1996) *Los “no lugares”*. Barcelona, GEDISA.
- AUYERO, Javier (2001 a) *La política de los pobres*. Buenos Aires, Manantial.
- AUYERO, Javier (2001b) “Introducción. Claves para pensar la marginación”, en L. Wacquant *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Manantial.
- AUYERO, Javier y SWISTUN, Débora (2008) *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires, Paidós.
- BACHELARD, Gastón (1994) *La poética del espacio*. España, FCE.
- BARBA, Enrique Mariano (1982) “En el centenario de la fundación de la ciudad de La Plata”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Vol. 54/55.
- BARROS, José Márcio (2005) *Cultura e Comunicação nas avenidas de contorno em Belo Horizonte e La Plata*. Belo Horizonte, Editora PUCMINAS.
- BARTH, Fredrik (1976) “Introducción”, en *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, FCE.
- BARTHES, Roland. (1993). “Semiología y urbanismo”. En: *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- BASSAND, M. y CSILLAGHY, J. (1992). “Introducción”, en: Garnier, A. *El Cuadrado Roto*. LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- BAUMAN, Zygmunt (2001) *En busca de la política*. Buenos Aires, FCE.
- BAUMAN, Zygmunt (2007) *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona, Paidós.
- BECK, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. PAIDOS, Buenos Aires.
- BELLAVANCE, Gustave (1999) “Proximidade e distancia da cidade: a experiência da cidade e suas representações”, en *Intersecoes. Revista de Estudos Interdisciplinares*. UERJ. Año 1 N° 1. pp. 67-86.

- BENJAMIN, Walter (1994) “Experiencia y pobreza”, en *Discursos Interrumpidos*. Buenos Aires, Planeta-Agostini.
- BENJAMIN, Walter. (1999) *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*. Bogotá, Taurus.
- BERMAN, Marshall. (1989) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires, SIGLO XXI.
- BERNAND, Carmen (1994) «Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation. Quelques éléments de réflexion», en C. Bernand, J. Brun and C. Rhein *La Ségrégation Dans La Ville : Concepts Et Mesures*. Paris, L'Harmattan.
- BIOY CASARES, Adolfo (2005) *La aventura de un fotógrafo en La Plata*. Buenos Aires, Emecé.
- BONALDI, Pablo y DEL CUETO, Carla (2009) “Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno”, en A. Grimson, C. Ferraudí Curto y R. Segura (Comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- BONASTRA, Joaquim (1999) “Higiene pública y construcción de espacio urbano en Argentina. La ciudad higiénica de La Plata”, en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. N° 45. Universidad de Barcelona. Disponible en <http://www.ub.es/geocrit/sn-45-28.htm>
- BORGES, Antonádia (2009) “Vecinos”, en Grimson, A., Ferraudí Curto, C. y Segura, R. (Comp.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- BORGES, Jorge Luis (1974) “Del rigor en la ciencia”, en *Obras Completas*. Buenos Aires, Emecé.
- BOURDIEU, Pierre (2002 a) “Efecto de lugar”, en: *La miseria del mundo*. México, FCE, 2002.
- BOURDIEU, Pierre (2002 b) “La economía de los bienes simbólicos”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre (2004) “Celibato y condición campesina”, en *El baile de los solteros*. Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre (2007) “La casa o el mundo dado vuelta”, en *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- BOURDIN, Alain (2007) *La metrópoli de los individuos*. Universidad Iberoamericana de Puebla.
- BRICEÑO ÁVILA, Morella y GIL SCHEUREN, Beatriz (2005) “Ciudad, imagen y percepción”, en *Revista Geográfica Venezolana*. Vol. 46, pp. 11-33.
- BRUBAKER, Roger y COOPER, Frederick (2001) “Más allá de identidad”, en *Apuntes de investigación* N° 7, Buenos Aires, pp. 30-67.
- CAIMARI, Lila (2007) “La ciudad y el miedo”, en *Punto de Vista*. N° 89, pp. 9-13.
- CALDEIRA, Teresa (2000) *Cidade de Muros*. San Pablo, Editora 34.
- CALDEIRA, Teresa (1984) *A política dos outros. O cotidiano dos moradores da periferia e o que pensan do poder e dos poderosos*. San Pablo, Editora Brasiliense.
- CAMARUTI, Mireya (1990) *Bioy Casares y el alegre trabajo de la inteligencia*. Buenos Aires, Corregidor.
- CARMAN, María (2006) *Las trampas de la cultura*. Buenos Aires, Paidós.
- CARVALHO DA ROCHA, Ana Luiza y ECKERT, Cornelia (2005) *O tempo e a cidade*. Puerto Alegre, UFRGS Editora.
- CASTEL, Robert (2004) *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires, Manantial
- CASTILLO, Abelardo (2000) *Crónica de un iniciado*. Buenos Aires, Editorial Planeta.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago (2005) *La poscolonialidad explicada a los niños*. Popayán, Universidad del Cauca.
- CASTRO, Constancio (1999) “Los mapas cognitivos. Qué son y cómo explorarlos”, en *Scripta Nova* (33). Accedido en Mayo de 2007.
- CEVASCO, María Elisa (2003) *Para leer a Raymond Williams*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

- CHAVES, Mariana (2005) *Juventud y espacios urbanos en la ciudad de La Plata*. Tesis final de doctorado. La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP. Inédita.
- CHAVES, Mariana (2006) “Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea”. *Revista Última Década* N° 23. Viña del Mar: CIDPA.
- CHILDE, Thèodore (1982). “La Plata, ciudad incomprendible”, en Pedro Barcia *La Plata vista por los viajeros 1882-1912*. La Plata, Ediciones del 80.
- CICOLELLA, Pablo (1999) “Globalización y dualización en la región metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa”, en *EURE Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, vol. 25 (76).
- CLASTRE, Francois. (1982). “La Plata, necrópolis”, en Pedro Barcia *La Plata vista por los viajeros 1882-1912*. La Plata, Ediciones del 80.
- CLIFFORD, James (1991) “Sobre la autoridad etnográfica”, en Reynoso, Carlos (comp.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa.
- CLIFFORD, James (1992) “Verdades parciales”, en Clifford y Marcus (comp.). *Retóricas de la antropología*. Barcelona, Júcar.
- CONCHA-EASTMAN, Alberto (2000) “Violencia urbana en América Latina y el Caribe”, en Rotker, S. (Editora) *Ciudadanías del miedo*. Caracas, Nueva Sociedad.
- CORTES, Susana (2008) “Vergüenza de vivir donde vivo”: ideas para una reconceptualización de la segregación residencial socioeconómica”, en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*. Vol. 3, N° 3, pp. 419-445.
- CORVETTO, P. M. de. (1982) “La Plata o el poder creador de la Argentina”, en Barcia, Pedro. *La Plata vista por los viajeros 1882-1912*. La Plata: Ediciones del 80.
- COSTA VARGAS, Joao (2005) “Apartheid brasileiro: raza e segregacao residencial no Rio de Janeiro”, en *Revista de Antropología*. Vol. 48, N° 1, pp. 75-131. San Pablo, USP.
- CRAVINO, María Cristina (2006) *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Los Polvorines, UNGS.
- CRAVINO, María Cristina (2008) *Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. Los Polvorines, UNGS.
- DAGNINO, Evelina (2004) “Confluencia perversa, deslocamiento de sentido, crise discursiva”, en A. Grimson (Comp.) *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO.
- DA MATTA, Roberto (1997) *A Casa & A Rua*. Río de Janeiro, Rocco.
- DA MATTA, Roberto (1999) “El oficio de etnólogo o como tener ‘Antropological Blues’”, en M. Boivin, A. Rosato, V. Arribas (org.) *Constructores de Otredad*. Buenos Aires, Eudeba.
- DAMMERT, Lucía (2004) “¿Ciudad sin ciudadanos? Fragmentación, segregación y temor en Santiago”, en *Revista Eure*, Vol. XXX, N° 91 pp. 87-96, Santiago de Chile.
- DE ALBA, Martha (2004) “Experiencia urbana e imágenes colectivas de la ciudad de México”, en *Estudios Demográficos y Urbanos* (21/63): 663-700.
- DE CERTEAU, Michel (2000) *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- DE LA PRADELLE, Michèle (2007) “La ciudad de los antropólogos”, en *Cultura urbana*. N° 4. Santiago de Chile.
- DE PAULA, Alberto. (1987). *La ciudad de La Plata, sus tierras y su arquitectura*. La Plata, Ediciones del Banco de la Provincia de Buenos Aires.
- DE URRAZA, Rodolfo Estanislao (1981). *La Plata, ciudad de Mayo*. La Plata, Colegio de Abogados.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (1988) “Rizoma”, en *Mil Mesetas*. Valencia, Pre-textos
- DELGADO, Manuel (2007) *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona, Anagrama.

- DÍAZ CRUZ, Rodrigo (1997) “La vivencia en circulación. Una introducción a una antropología de la experiencia”, en *Revista Alteridades*, Vol. 7, N° 13, pp. 5-15.
- DONALD, James (1999). *Imaginig the city*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DONZELOT, Jacques (2007) “La ciudad de las tres velocidades”, en *La fragilización de las relaciones sociales*. Madrid, Círculo de Bellas Artes.
- DOUGLAS, Mary (1973) *Pureza y peligro*. Barcelona, Siglo XXI.
- DUHAU, Emilio y GIGLIA, Ángela (2008) *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México, Siglo XXI.
- DURHAM, Eunice Ribeiro (2000) “Viewing society from periphery”, en *Brasilian Review of Social Sciences*, N° 1, pp. 7-24.
- DURKHEIM, Émile y MAUSS, Marcel (1996) “Sobre algunas formas primitivas de la clasificación”, en *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*. Barcelona, Ariel.
- ELIAS, Norbert (1998) “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, en: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá, Norma.
- ELIAS, Norbert y SCOTSON, John (2000) *Os Estabelecidos e os Outsiders*. Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- EVANS-PRITCHAD, E.E (1997). *Los nuer*. Barcelona, Anagrama.
- FERRAUDI CURTO, Cecilia (2009) “Divisiones espaciales en el proceso de urbanización de una villa en La Matanza”. Ponencia presentada en las Jornadas del Proyecto de Desigualdad. Buenos Aires, IDAES.
- FIORI ARANTES, Otilia. (2000). “Uma estratégia fatal”. En: Arantes et. al. *A cidade do pensamento único*. San Pablo, Editora Vozes.
- FOUCAULT, Michel (1967) “Los espacios otros”. Disponible on line.
- FOUCAULT, Michel. (1989) *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- FRASER, Nancy (1997) *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá, Siglo del Hombre / Universidad de los Andes.
- FREDERIC, Sabina (2004) *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- FREDERIC, Sabina (2009) “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005”, en Grimson, A., Ferraudi Curto, C. y Segura, R. (Comp.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- FREUD, Sigmund (2001) “El malestar en la cultura”, en *Sigmund Freud. Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires, Amorrortu.
- FRISBY, David (2007) *Paisajes urbanos de la modernidad. Exploraciones críticas*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo.
- FRITZSCHE, Peter (2008) *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- GAGGIOTTI, Hugo (2006) *Un lugar en su sitio. Narrativas y organización cultural urbana en el espacio latinoamericano*. Sevilla, Comunicación Social/Doble J.
- GANDOLFI, Fernando y GENTILE, Eduardo. “La Plata: un trazado inconcluso en tres movimientos”. Mimeo.
- GARCIA CANCLINI, Néstor (1990) *Culturas Híbridas*. México, Grijalbo.
- GARCIA CANCLINI, Néstor (1996) “Público-privado: la ciudad desdibujada”, en *Alteridades*. Vol. 6, N° 11, pp. 5-10.
- GARCIA CANCLINI, Néstor (2005) *La antropología urbana en México*. México, FCE.
- GARCIA CANCLINI, Néstor. (1989). “La política cultural en países en vías de subdesarrollo”. En: Rita Ceballos (Comp.). *Antropología y políticas culturales. Patrimonio e Identidad*. Buenos Aires, Rita Ceballos (ed.).
- GARCIA CANCLINI, Néstor. (1998). “La ciudad espacial y la ciudad comunicacional: cambios culturales de México en los ‘90”. En: Bayardo, R. y Lacarrieu, M. (comp.). *Globalización e identidad cultural*. Buenos Aires, Ciccus.

- GARLAND, David (2005) *La cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad contemporánea*. Barcelona, Gedisa.
- GARNIER, Alain (1992 a) *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*. La Plata, LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- GARNIER, Alain (1992 b) “Los espacios públicos de La Plata: de la tradición a la modernidad”. En: *La Plata: de la ciudad antigua a la ciudad nueva*. La Plata, LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- GEERTZ, Clifford (1989) *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós.
- GEERTZ, Clifford (1996) *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Barcelona, Paidós.
- GEERTZ, Clifford (1997) *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.
- GIDDENS, Anthony (1993) *Consecuencias de la modernidad*. Alianza, Madrid.
- GIDDENS, Anthony (1995) *Modernidad e identidad del yo*. Buenos Aires, Península.
- GONZÁLEZ ORTIZ, Felipe (2009) *Multiculturalismo y metrópoli. Cultura y política en un fragmento urbano*. México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- GONZÁLEZ, Jorge (1994) *Más (+) Cultura (s). Ensayos sobre realidades plurales*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GORELIK, Adrián (1998) *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Universidad Nacional de Quilmes.
- GORELIK, Adrián (2002) “Ciudad”, en Carlos Altamirano (Dir.). *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires, Paidós.
- GORELIK, Adrián. (2004) *Miradas sobre Buenos Aires*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- GOULD, Peter (1966) *On Mental Maps*. Michigan: Michigan Inter University Community of Mathematical Geographers.
- GRASSI, Estela (1993) “Vivir en la villa ¿dónde está la diferencia?”, en *Las cosas del poder*. Buenos Aires, Espacio.
- GRAVANO, Ariel (2003) *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- GRIMSON, Alejandro (2003) “La nación después del deconstructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas”. *Sociedad* (20-21): 147-162.
- GRIMSON, Alejandro (2004) “La culturas son más híbridas que las identificaciones”, Ponencia presentada en “Reflections on the Future”, Universidad de California, Santa Cruz.
- GRIMSON, Alejandro (2007) “Introducción”, en A. Grimson (Comp.). *Pasiones Nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires, Edhasa.
- GRIMSON, Alejandro (2009) “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”, en Grimson, A., Ferraudi Curto, C. y Segura, R. (Comp.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- GUBER, Rosana (1991) “Villeros o cuando querer no es poder”, en *Barrio sí, villa también. Dos estudios de antropología urbana sobre la producción ideológica de la vida cotidiana*. Buenos Aires, CEAL.
- GUBER, Rosana (1999) “Identidad social villera”, en M. Boivin, A. Rosato, V. Arribas (org.) *Constructores de Otredad*. Buenos Aires, Eudeba.
- GUPTA, Akhil y FERGUSON, James (2000). “Mais além da cultura: espaço, identidade e política da diferença”, en Arantes, A. (org.). *O espaço da diferença*. Campinas, PAPIRUS.
- GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis Alberto (1995) *Sectores populares, cultura y política*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- HALBWACHS, Maurice (2004) *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HALL, Stuart (1994) “Estudios culturales: dos paradigmas” en Revista *Causas y azares*. N° 1.
- HALL, Stuart (Ed.) (1997). *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London, Sage Publications.

- HANNERZ, Ulf. (1986) *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Buenos Aires, FCE.
- HARLEY, John (2001) *The new nature of maps: essays in the history of cartography*. Baltimore, The John Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1998) *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires, Amorrortu editores.
- HERZFELD, Michael (1995) "Hellenism and Occidentalism: The Permutations of Performance in Greek Bourgeois Identity", en J. Carrier (Ed.) *Occidentalism. Images of the west*. Oxford, Clarendon Press.
- HIERNAUX, Daniel y LINDON, Alicia (2004) "La periferia: voz y sentido en los estudios urbanos", en *Papeles de Población*. N° 42, pp. 101- 123. Universidad Autónoma de México.
- HIRSCH, Eric (1997) "Introduction: Between Place and Space", en HIRSCH, E. y O'HANLON, M. (1997) *The Anthropology of Landscape*. Oxford, Clarendon Press.
- INGOLD, Tim (2000) *The perception of the Environment: Essays of Livelihood, Dwelling and Skill*. London, Routledge.
- JAMESON, Frederic (2002) *Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona, Paidós.
- JAY, Martin (2009) *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Buenos Aires, Paidós.
- JODELET, Denise (1991) "Representaciones sociales: un área en expansión", en *Sida: imagen y prevención*. Madrid, Editorial Fundamentos.
- JODELET, Denise (2002) "La representación social: fenómenos, concepto y teoría", en D. Jodelet *Seminario "El estado actual de las representaciones sociales"*. México, Universidad de Puebla.
- JORGENSEN, Anja (2010) "The Sense of Belonging in New Urban Zones of Transition", en *Current Sociology*. Vol. 58, N° 1, pp. 3-23.
- JOSEPH, Issac. (1988) *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona, GEDISA.
- KATZMAN, Rubén (2001) "Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos", en: *Revista de la CEPAL* N° 75, pp. 171-185.
- KEANE, John (1995). "Structural Transformations on the Public Sphere", en *The Communication Review*, Vol. 1, N° 1.
- KESSLER, Gabriel (2004) *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós.
- KESSLER, Gabriel (2006) "Miedo al crimen: representaciones colectivas, comportamientos individuales y acciones públicas". Ponencia presentada en el Coloquio "Violencias, Culturas Institucionales y Sociabilidad", FLACSO, Buenos Aires.
- KESSLER, Gabriel (2009) *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- KOWARICK, Lucio (1993) *A espoliacao urbana*. San Pablo, Paz e Terra.
- KUPER, Hilda (2003) "The Language of Sites in the Politics of Space", en S. Low y D. Lawrence-Zúñiga. *The Anthropology of Space and Place*. Oxford, Blackwell Publishing.
- KUPPINGER, Petra (2004) "Introduction: exploring urban segregation", en *City & Society*.
- LACARRIEU, M. (2000). "La 'inevitable pesadez' del patrimonio histórico y la 'invisible levedad' de un infinito laberinto de tiempos", en: *Actas del V Congreso argentino de Antropología Social. Parte III*. La Plata.
- LACARRIEU, Mónica; CARMAN, María; GIROLA, Florencia (2009) "Miradas antropológicas de la ciudad: desafíos y nuevos problemas", en *Cuadernos de Antropología Social* N° 30, pp. 7-16. UBA.
- LAMONT, M. (1992) *Money, Morals and Manners. The culture of French and the American Upper-Middle Class*. Chicago, The University of Chicago Press.

- LAMONT, M. y MOLNÁR, V. (2002). "The study of boundaries in the social sciences", en *Annual review of Sociology*. N° 28.
- LARDEN, Walter M. A. (1982) "La Plata, ciudad muerta", en Pedro Barcia *La Plata vista por los viajeros 1882-1912*. La Plata, Ediciones del 80.
- LASH, Scott y URRY, John (1998) *Economías de signos y espacios*. Buenos Aires, Amorrortu.
- LATOURETTE, Bruno (2007) *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- LEDRUT, Raymond. (1973) *Les images de la ville*. París, PUF.
- LEFEVRE, Henri (1969) *El derecho a la ciudad*. Barcelona, Península.
- LEFEVRE, Henri (1974) *La production de l'espace*. Paris, Anthropos.
- LERANGE, Catalina (directora) (1982). *La Plata, ciudad milagro*. La Plata, Ediciones Corregidor.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1992) "Las estructuras sociales en el Brasil central y oriental", en *Antropología estructural*. Barcelona, Paidós.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1997) *El pensamiento salvaje*. México, FCE.
- LIANOS, Michalis y DOUGLAS, Mary (2000) "Dangerization at the End of Deviance: the Institutional Environment", en D. Garland y R. Sparks (Comps.). *Criminology and Social Theory*. Oxford, Oxford University Press.
- LIERNUR, Jorge (1993) "La ciudad efímera", en Jorge Liernur y Graciela Silvestri. *El umbral de la metrópolis*. Buenos Aires, Sudamericana.
- LINDÓN, Alicia (2005) "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias", en Reguillo, Rossana y Godoy, Marcial (Ed.). *Ciudades Translocales: espacio, flujo, representación*. México, ITESO/SSRC.
- LINDÓN, Alicia (2006) "Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial" (2006) en Ramírez Kuri, Patricia y Aguilar Díaz, Miguel (Coords.) *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México, ANTHROPOS.
- LINS RIBEIRO, Gustavo. "Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica", en M. Boivin, A. Rosato, V. Arribas (org.) *Constructores de Otredad*. Buenos Aires, Eudeba.
- LOW, S. y LAWRENCE-ZÚÑIGA, D. (2003) *The Anthropology of Space and Place*. Blackwell Publishing.
- LOWENTHAL, David (1967) *Environmental Perception and Behavior*. University of Chicago, Research Paper n° 10.
- LYNCH, Kevin (2006) *A imagen da cidade*. San Pablo, Martins Fontes.
- MAGNANI, José. (2002) "De perto e de dentro: notas para uma etnografía urbana", en *Revista brasileira de ciencias sociais*. Volumen 17 N° 49 pp. 11-29.
- MALINOWSKI, Bronislaw (2001) *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, Ediciones Península.
- MANDRINI, Raúl (1988) "La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX", en Mirta Lischetti. (comp.), *Antropología*. Buenos Aires, Eudeba.
- MARCUS, George y CUSHMAN, Dick (1991) "Las etnografías como textos", en: Reynoso, Carlos (comp.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa.
- MARGULIS, Mario (1994) *La cultura de la noche*. Buenos Aires, Espasa.
- MARGULIS, Mario (1998) "La 'racialización' de las relaciones de clase", en Mario Margulis, Marcelo Urresti y otros. *La Segregación Negada. Cultura y Discriminación Social*. Buenos Aires, Biblos.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (2000) "La ciudad: entre medios y miedos". En: Rotker, S. (Editora) *Ciudadanías del miedo*. Caracas, Nueva Sociedad.
- MASSEY, Douglas y DENTON, Nancy (1988) "The Dimensions of Residential Segregation", en *Social Forces*. N° 67, pp. 281-315.

- MATO, Daniel (2001) “Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempos de globalización”, en Mato, Daniel (Comp.) *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires, CLACSO.
- MAUSS, Marcel. (1991) *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos.
- MAYOL, Pierre (1999) “Habitar”, en M. de Certeau, L. Giard y P. Mayol *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México, ITESO.
- MERKLEN, Denis (2000) “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90”, en: Svampa, M. (ed.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- MERKLEN, Denis. (2005) *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires, Editorial Gorla.
- MIGNOLO, Walter (1995) *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Harbor: The University of Michigan Press.
- MILGRAN, S. y JODELET, D. (1976) “Psychological Maps of Paris”, en H. Proshansky, W. Ittelson y R. Rivlin (Eds.). *Environmental Psychology: People and Their Physical Settings*. Nueva York, Holt Rinehart and Winston.
- MINUJIN, Alberto y KESSLER, Gabriel (1995) *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires, Planeta.
- MONGIN, Oliver (2006) *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires, Paidós.
- MONTOYA ARANGO, Vladimir (2007) “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, en *Universitas Humanística* (63): 155-179.
- MOROSI, Julio. (1982). *La Plata. Ciudad Nueva, Ciudad Antigua*. Instituto de Estudios de Administración Local (España) – UNLP (Argentina).
- MOSCOVICI, Serge (1979) *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Huemul.
- MURILO DE CARVALHO, José (1997) *La formación de las almas. El imaginario de la república en el Brasil*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- NIVÓN, Eduardo (1999) “De periferias y suburbios. Territorio y relaciones culturales en los márgenes de la ciudad”, En: Néstor García Canclini (coord.). *Cultura y comunicación en la ciudad de México*. México, Grijalbo. Vol. 1. pp: 204-233.
- NUERE, Silvia (2000) “¿Qué es la cartografía mental?”, en *Arte, Individuo y Sociedad*. N° 12, pp. 229-239.
- OLIVEN, Ruben (1995) *A antropología de los grupos urbanos*. Petrópolis, Editora Vozes.
- ORTNER, Sherry (1999) "Introduction", en S. Ortner (ed.). *The Fate of 'Culture'. Geertz and Beyond*. Los Angeles, University of California Press.
- ORTNER, Sherry (2005) “Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna”, en *Etnografías contemporáneas*. Año 1, N° 1. pp. 25-54. Buenos Aires, UNSAM, 2005.
- ORTNER, Sherry (2006) “Reading America: Preliminary Notes on Class and Culture”, en *Anthropology and Social Theory. Culture, Power, and the Acting Subject*. Durham and London, Duke University Press.
- PARK, Thomas Ezra (1999) *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- PEGORARO, Juan (2000) “Violencia delictiva, inseguridad urbana”, en *Revista Nueva Sociedad*, N° 167, Caracas.
- PEREC, Georges (2001) *Especies de espacios*. Barcelona, Montesinos.
- PERGOLIS, Juan Carlos (1995) *Express, arquitectura, literatura y ciudad*. Bogotá, Universidad Católica de Colombia.
- PESCI, Rubén. (Coordinador) (1997). *Postulación: La Plata Patrimonio Cultural de la Humanidad*. La Plata, Municipalidad de La Plata – Fundación CEPA.
- PICCOLOTTO, Beatriz (2004) “Decifrando mapas: sobre o conceito de “território” e suas vinculações con la cartografía”, en *Anais do Museu Paulista* (12/12): 193-234.

- PORTES, A., BRYAN, R. y GRIMSON, A. (editores) *Ciudades Latinoamericanas*. Buenos Aires, Prometeo.
- PREVOT-SCHAPIRA, Marie-France (2001) “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades”, en *Perfiles Latinoamericanos* N° 19, pp. 33-56.
- RABINOW, Paul (1992) *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Barcelona, Júcar Universidad.
- RABOSSI, Fernando (2000) “Políticas culturales: algunas notas críticas para un entramado conceptual complejo”, en *Actas del V Congreso argentino de Antropología Social. Parte III*. La Plata.
- RADCLIFFE-BROWN, A.R. (1940) “Preface”, en M. Fortes y E. E. Evans-Pritchard (eds.). *African Political Systems*. London, Oxford University Press.
- RAFFESTIN, Claude (1980). *Pour une géographie du pouvoir*. París, Nathan.
- RAMA, Ángel (1984) *La ciudad letrada*. Hanover, Ed. Del Norte.
- RATIER, Hugo (1985) *Villeros y villas miseria*. Buenos Aires, CEAL.
- REARDON, Sean y O’SULLIVAN, David (2004) “Measures of Spatial Segregation”, en *Sociological Methodology*. Vol. 34, pp. 121-162.
- REGUILLO, Rossana (1996 a) “Ensayo(s) sobre las(s) violencia (s): breve agenda para la discusión”, en *Siglo y Pensamiento*. N° 29. Colombia.
- REGUILLO, Rossana (1996 b) “Los mitos gozan de cabal salud”, en *Comunicación y Sociedad*. N° 27. Guadalajara.
- REGUILLO, Rossana (1996) “Ensayo(s) sobre la(s) violencia(s): breve agenda para la discusión”, en: *Siglo y Pensamiento* N° 29, pp. 23-30.
- REGUILLO, Rossana (1998) “Imaginario global, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad”. Ponencia presentada en el IV Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC), Brasil.
- REGUILLO, Rossana (1999) *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. México, ITESO.
- REGUILLO, Rossana (2000) “La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas”, en: Rotker, S. (Editora) *Ciudadanas del miedo*. Nueva Sociedad, Caracas.
- REGUILLO, Rossana (2003) “Utopías urbanas: la disputa por la ciudad posible”, en *Revista Ciudades*. N° 60. RNIU, Puebla, México.
- REY, José María (1932) *La Nueva Capital*. La Plara, Editorial Peuser.
- REYGADAS, Luis (2008) *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*. Barcelona, Antropos.
- RODMAN, M. (2003) “Empowering Place: Multilocality and Multivocality”, en Low, S. y Lawrence-Zúñiga, D. (Ed.) *The Anthropology of Space and Place*. Blackwell Publishing.
- RODRIGUEZ, R., ARRIAGA, C. (2004) “La segregación residencial en la ciudad latinoamericana”, en *Revista EURE*, Vol. 29, N° 89.
- ROFRIGUEZ, Alfredo (2001) “Segregación residencial socioeconómica”, Santiago, CEPAL.
- ROMERO, José Luis. (2008). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- ROSALDO, Michelle (1974) “Woman, Culture and Society: A Theoretical Overview”, en Rosaldo, M. y Lamphere, L. (eds.). *Woman, Culture and Society*. Stanford, Stanford University Press.
- ROSALDO, Renato (1991) *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México, Grijalbo.
- ROSAS MANTECON, Ana. (1998). “La monumentalización del patrimonio: políticas de conservación y representaciones del espacio en el Centro Histórico”, en *Modernidad y Multiculturalidad: la ciudad de México a fin de siglo*. México, UAM-Grijalbo.
- ROSAS MANTECON, Ana (1996). “La exploración antropológica sobre la conservación, apreciación y usos del patrimonio cultural urbano”, en: Sevilla, A. – Aguilar Díaz, M.

(coordinadores). *Estudios recientes sobre cultura urbana en México*. INAH. Plaza y Valdés Editores.

ROSSI, Aldo (1982) *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona, Gustavo Gili.

ROTKER, Susana (2000) “Ciudades escritas por la violencia. (A modo de introducción)”, en Rotker, S. (Editora) *Ciudadanías del miedo*. Nueva Sociedad, Caracas.

RUIZ BALLESTEROS, Esteban. (2000). *Construcción simbólica de la ciudad*. Madrid, Miño y Dávila.

SABATINI, F., CÁCERES, G., CERDÁ, J. (2001) “La segregación residencial en las principales ciudades chilenas”, en *Revista EURE*, Vol. 27, N° 82.

SANCHEZ REULET, Aníbal (1939) *La Plata a su fundador*. La Plata, Municipalidad de La Plata.

SANFELIU y TORNÉ (2004). “Miradas a otros espacios urbanos: las ciudades intermedias”, en *Scripta Nova*, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Vol. 8 (165).

SARLO, Beatriz (2009) *La ciudad vista*. Buenos Aires, Siglo XXI.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1982) “La Plata”, en Pedro Barcia. *La Plata vista por los viajeros 1882-1912*. La Plata, Ediciones del 80.

SARMIENTO, Julio; TELLO, Claudia; SEGURA, Ramiro (2007) “Ciudadanía, sociedad civil y participación en políticas públicas. La experiencia de los Foros Vecinales de Seguridad en el Municipio de La Plata”, en *Revista Katálysis*. Vol. 10, N° 2, pp. 187-196. Florianópolis.

SASSEN, Saskia. (1999) *La Ciudad Global*. Buenos Aires, Eudeba.

SCALABRINI, Angelo. (1982) “La Plata, esqueleto de ciudad”, en Pedro Barcia *La Plata vista por los viajeros 1882-1912*. La Plata, Ediciones del 80.

SCARDIN, Francesco. (1982). “La Plata: Minerva, hija de Roca”, en Pedro Barcia *La Plata vista por los viajeros 1882-1912*. La Plata, Ediciones del 80.

SCHNELL, Izhak y YOAV, Benjamini (2001) “The Sociospatial Isolation of Agents in Everyday Life Spaces as an Aspect of Segregation”, en *Annals of the Association of American Geographers*. Vol. 91, pp. 622-636.

SCHORSKE, Carl. (1981) *Viena Fin-de-Siècle*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.

SCHTEINGART, Martha (2001) “La división social del espacio en las ciudades”, en *Perfiles Latinoamericanos* N° 19, pp. 13-31.

SCOTT, Joan Wallach (1999). “Experiencia”, en *Hiparquía*, vol. X, 1, pp. 59-83.

SEGURA, Ramiro (2006) “Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad residencial. Un acercamiento etnográfico”. *Cuadernos del IDES* N° 9.

SEGURA, Ramiro (2007) “Los pliegues de la experiencia urbana. Operaciones de separación y operaciones de conjunción”, ponencia presentada en VII Reunión Antropológica del MERCOSUR, Universidad Federal de Río Grande do Sul, Porto Alegre.

SEGURA, Ramiro (2009 b) “La persistencia de la forma (y sus omisiones). Un estudio del espacio urbano de La Plata a través de sus ciudades análogas”, en *Cuadernos de Antropología Social*. N° 30, pp. 173-197. Universidad de Buenos Aires.

SEGURA, Ramiro (2009 a) “Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires”, en A. Grimson, C. Ferraudí Curto y R. Segura (Comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.

SEGURA, Ramiro (2009 c) “Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata”, en *CUADERNO URBANO. Espacio, cultura, sociedad*. N° 8. pp. 59-76. Universidad Nacional del Noreste (UNNE).

SENNET, Richard (2004) “Las ciudades norteamericanas: planta ortogonal y ética protestante”, en *Bifurcaciones* N° 1. <http://www.bifurcaciones.cl/001/reserva.htm> .
Accedido el 10 de mayo de 2008.

- SENNET, Richard (2001) *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona, Península.
- SENNET, Richard. 1997. *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid, Alianza Editorial.
- SIAFAS, Pericles (1963) *La musa platense. Canto epinicio y loa a la ciudad de La Plata*. Buenos Aires, Talleres gráficos Lumen Nosedá y Cía.
- SIGNORELLI, Amalia. (1999). *Antropología urbana*. Universidad Autónoma Metropolitana de México, ANTHROPOS.
- SILVA, Armando. (2000). *Imaginario Urbanos*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- SILVESTRI, Graciela (2003) *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo.
- SIMMEL, Georg (1977) *Filosofía del dinero*. Madrid, Alianza.
- SIMMEL, Georg (1986) “El espacio y la sociedad”, en *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Alianza Editorial.
- SIMMEL, Georg (2001) “Puente y puerta”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Ediciones Península.
- SIMMEL, Georg (2002) *Sobre la aventura. Ensayos de estética*. Barcelona, Península.
- SIMMEL, Georg. (2001) “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Ediciones Península.
- SOJA, Edward. (1993) *Geografías Posmodernas*. Brasil: Jorge Zahar Editor.
- SOLER, Ricardo (1982) *100 años de vida platense*. La Plata, El Día – Sociedad Impresora Platense.
- SVAMPA, Maristella (2005) *La sociedad excluyente*. Buenos Aires, Taurus.
- SVAMPA, Maristella (ed.) (2000). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- TERRASA, Mary (1982) *La Plata y su gente – Primeros Habitantes. Homenaje al centenario*. La Plata, Editorial Almafuerte.
- THOMPSON, Edward Palmer (2002) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica.
- TILLY, Charles (2000) *La desigualdad persistente*. Buenos Aires, Manantial.
- TORRES PEREZ, Francisco (2008) “Los nuevos vecinos en la plaza. Inmigrantes, espacios y sociabilidad pública”, en *AIBR. Revista Iberoamericana de Antropología*. Vol. 3, N° 3, pp. 366-397.
- TUAN, Yi-Fu (1975) “Images and mental maps”, en *Annals of the Association of American Geographers*. Vol. 65, N° 2, pp. 205-213.
- TURNER, Victor (1974) *Dramas, Fields and Methaphors*. Ithaca, Cornell University Press.
- ULLA, Noemí (1991) “Del diálogo en La aventura de un fotógrafo en La Plata – La huella de Hemingway”, en Roland Spiller (Ed.) *La novela argentina de los años ochenta*. Frankfurt, Vervuert.
- URRY, John (2002) “Mobility and Proximity”. *Sociology*. Vol. 36, N° 2, pp. 255-274.
- VAINER, Carlos. (2000). “Patria, empresa y mercadería”, en Fiori Arantes et. al. *A cidade do pensamento único*. San Pablo, Editora Vozes.
- VALLEJO, Gustavo (2001) “La ciudad y sus denominaciones: La Plata a través de las representaciones colectivas. 1882-1930”. *Jornadas Imaginario urbanos y acción urbana*.
- VALVERDE, Juan (1989) “La percepción del espacio geográfico de Managua”, en *Revista de Geografía*. Vol. XXIII. Barcelona, pp. 87-99.
- VARELA, Cecilia (2005) “¿Qué significa estar seguro? De delitos, miedos e inseguridades entre adultos mayores”, en *Cuadernos de Antropología Social*. N° 22, pp. 153-171. UBA.
- VERNE, Julio (2005) *Los quinientos millones de la Begún*. Madrid, Alianza Editorial.
- WACQUANT, Loic (2001) *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Manantial.
- WACQUANT, Loic (2007) *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI.

WHITE, William Foote (2005) *Sociedade de Esquina*. Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
WIEVIORKA, Michel (2009) *El racismo: una introducción*. Barcelona, Gedisa.
WILLIAMS, Raymond (2000). “Experiencia”, en *Palabras clave*. Buenos Aires, Nueva Visión.
WILLIAMS, Raymond. (1997). *Marxismo y Literatura*. España, Biblos.
WILLIAMS, Raymond. (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires, Paidós.
WIRTH, Louis (2005). “El urbanismo como modo de vida”, en *Bifurcaciones* [online]. N° 2, World Wide Web document, URL: <www.bifurcaciones.cl/002/reserva.htm>.
ZUKIN, Sharon. (1996). “Paisagens Urbanas Pos-Modernas: mapeando cultura e poder”, en *Revista de Patrimônio Histórico y Artístico Nacional*, 24. Brasil: IPHAN.

Fuentes:

Diarios El Día, Hoy, Clarín y La Nación

Revistas La Pulseada, SUMMA, Anuario de la Sociedad de Arquitectos de La Plata.